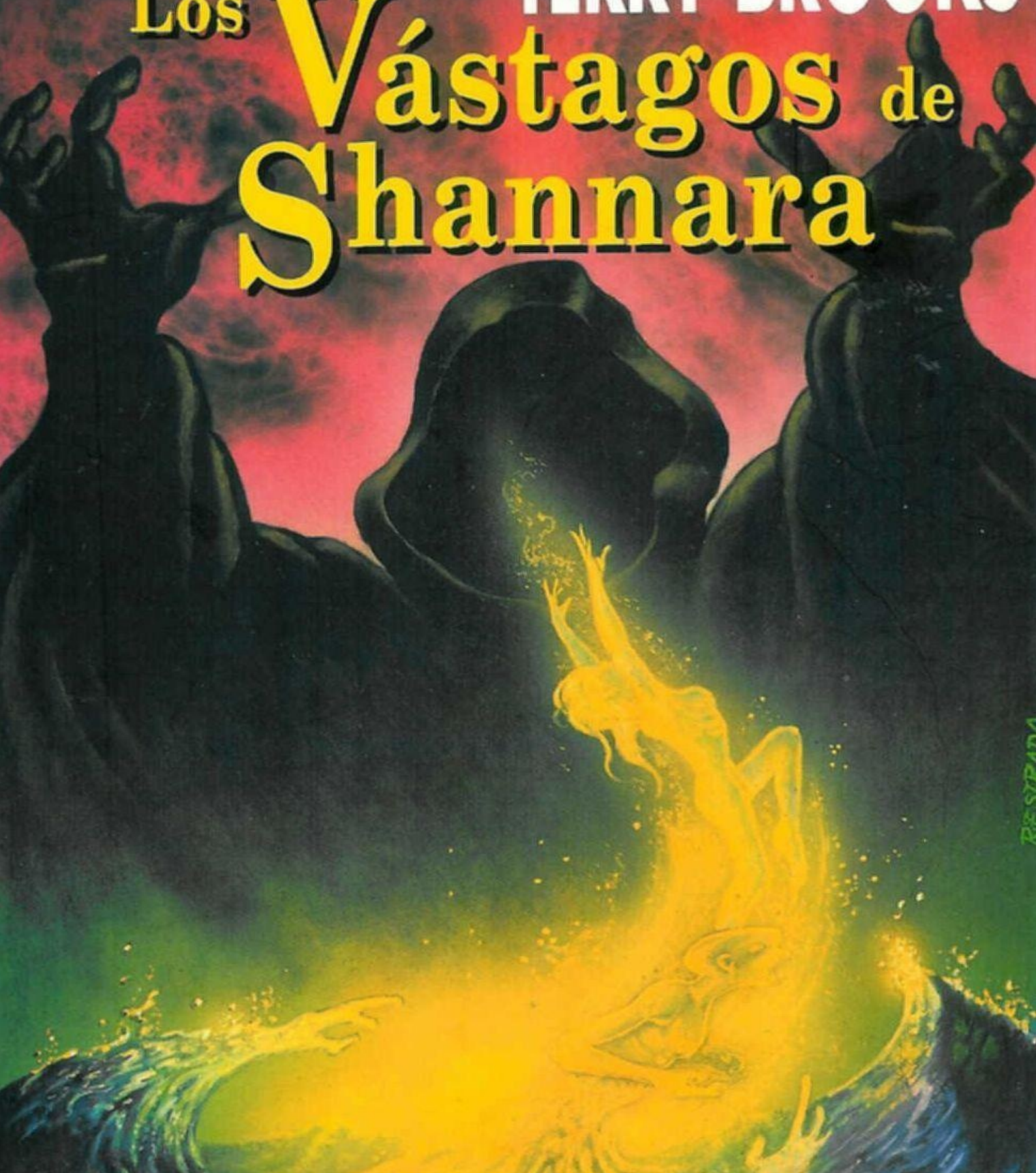


acervo ciencia / ficción y fantasía

TERRY BROOKS

Los **Vástagos** de
Shannara



Libro I de la Herencia de

Lectulandia

Han transcurrido trescientos años desde la muerte de Allanon, y las Cuatro Tierras están deterioradas. Los elfos han desaparecido, y los enanos han sido esclavizados. La Tierra del Sur se halla bajo el régimen totalitario de la Federación, y la magia está rigurosamente prohibida.

Par Ohmsford, descendiente del mítico Shea, todavía conserva parte de su poder del Cantar. Su hermano Coll recita las viejas leyendas mientras él les da vida con su Canción. Son aprisionados por un Buscador, bajo la acusación de que utilizan la magia, pero escapan con la ayuda de Padishar Creel, que asegúra ser descendiente de Panamon Creel.

Así se inicia la nueva serie, cuyo título general es La Herencia de Shannara.

Lectulandia

Terry Brooks

Los Vástagos de Shannara

La herencia de Shannara 1

ePUB v1.1

Moover 18.04.12

más libros en lectulandia.com

Diseño de cubierta: Víctor Viano
Ilustración de cubierta: Keith Parkinson

Título original: *Scions of Shannara*

Traducción: José Vicente Martín

© 1990 by Terence D. Brooks

*This edition published by arrangement with Ballantine Books,
a Division of Random House, Inc.*

© Grupo Editorial Ceac, S.A., 1998

Para la presente versión y edición en lengua castellana

Timun Mas es marca registrada por el Grupo Editorial Ceac, S.A.

ISBN 10: 84-7002-441-8

ISBN 13: 978-84-7002-441-2

Depósito legal: B. 23.149-1998

Gráficas y Encuadernaciones Reunidas, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Grupo Editorial Ceac, S.A. Perú, 164 • 08020 Barcelona

Internet: <http://www.ceacedit.com>

*Para Judine,
que hace posible
cualquier magia.*

LIBRO I



Sentado a la sombra proyectada por los Dientes del Dragón, el anciano contemplaba cómo la oscuridad, en su incesante avance, hacía retroceder la luz hacia el oeste. El día había sido fresco, demasiado para estar en pleno verano, y la noche se anunciaba fría. Nubes dispersas manchaban el cielo, y proyectaban sus siluetas sobre la tierra mientras vagaban cual bestias sin rumbo entre la Luna y las estrellas. El silencio ocupó el vacío dejado por la marcha de la luz, y daba la sensación de que una voz esperaba el momento oportuno para romperlo. El anciano pensó que era un silencio con susurros de magia.

Ante él ardía una pequeña e incipiente hoguera, tan sólo el inicio de la que necesitaba. Al fin y al cabo, se ausentaría durante varias horas. Observó las débiles llamas con una mezcla de esperanza e inquietud antes de inclinarse para agregar algunos troncos grandes y secos, que ardieron al instante. La atizó con un palo largo, y el calor le obligó a retroceder. Se quedó inmóvil en el límite del resplandor, atrapado entre el fuego y la creciente oscuridad, como si fuera una criatura ajena a ellos o perteneciente a ambos.

Sus ojos destellaron cuando miró a lo lejos. Los picos de los Dientes del Dragón se destacaban contra el cielo como huesos que la tierra no pudiera contener. El silencio envolvía a las montañas igual que la niebla en una helada mañana, como si fuera un velo que ocultara los sueños de todas las épocas.

La hoguera chisporroteó con fuerza y el anciano se sacudió una partícula de ceniza incandescente que había caído sobre él. El hombre no era más que un manojo de ramas mal atadas, que podrían convertirse en polvo ante una fuerte ráfaga de viento. Unas ropas grises y una capa de leñador colgaban de él como si fuera un espantapájaros. Tenía la piel correosa y oscura, pegada a los huesos. Su cabeza estaba orlada por una cabellera y una barba blancas que parecían jirones de gasa a la luz de la hoguera. Estaba tan arrugado y encorvado que parecía que tuviera cien años.

De hecho, casi había cumplido mil.

Qué extraño, pensó de repente al recordar su edad. Paranor, los Consejos de las Razas e incluso los druidas habían desaparecido. Era muy extraño que él hubiera conseguido sobrevivir.

Hizo un gesto de incredulidad. Después del largo tiempo transcurrido, apenas podía recordar ese período de su vida como tal. Se había convencido a sí mismo de que había terminado, y había llegado a considerarse libre. Pero ahora se daba cuenta de que nunca lo había sido. Es imposible liberarse de lo que nos mantiene con vida.

Sin el Sueño del Druida, ¿cómo podría estar allí?

El avance inexorable de las sombras de la noche le hizo estremecerse. La oscuridad lo rodeó tan pronto como el último rayo de sol se deslizó bajo el horizonte.

Había llegado la hora. Así se lo habían ordenado los sueños, y él creía en los sueños porque los comprendía. También eso formaba parte de su antigua vida, de la que nunca podría huir: sueños, visiones de mundos que se encontraban más allá de los mundos, de presagios y realidades, de cosas que podían y que, a veces, tenían que suceder.

Se retiró de la hoguera y empezó a ascender por el estrecho sendero que conducía hacia las rocas. Las sombras se cerraban a su alrededor y su contacto era frío. Caminó durante largo tiempo, serpenteando entre estrechos desfiladeros, saltando sobre grandes pedruscos, sorteando declives escarpados y grietas abiertas en las rocas. Cuando consiguió sobrepasar este escarpado lugar, se encontró ante un valle pedregoso y poco profundo, dominado por un lago cuya cristalina superficie emitía inquietantes y verdosos reflejos.

En las aguas del lago Cuerno del Infierno, lugar donde él había sido convocado, reposaban los espíritus errantes de los druidas.

—Será mejor que continúe —se dijo a sí mismo en voz baja.

Descendió hacia el lago con lentitud y cautela; caminaba con paso inseguro, mientras resonaban en sus oídos los latidos de su corazón. Se había mantenido alejado de aquel lugar durante mucho tiempo. Las aguas que se extendían ante él no se movieron; los espíritus dormían. Era preferible que así fuera, pensó. Era preferible que nada los perturbase.

Cuando llegó a la orilla del lago, se detuvo. Todo estaba en silencio. Tomó aliento y, cuando expulsó el aire de los pulmones, se produjo un sonido semejante al de las hojas secas al ser lanzadas contra las piedras por el viento. Hurgó en su cinturón hasta encontrar una bolsa y desató el cordel que la mantenía cerrada. Sacó con sumo cuidado un puñado de polvo negro con destellos plateados y, tras un breve instante de duda, lo arrojó al aire sobre la superficie del lago.

El polvo explotó elevándose hacia el cielo y emitiendo un extraño resplandor que iluminó los alrededores con la misma claridad que la luz del día. No desprendía calor, sólo luz. Rielaba y danzaba en la noche como si tuviera vida. El anciano observaba, envuelto en su capa de leñador, y sus ojos brillaban por el reflejo del resplandor. Se balanceó hacia atrás y hacia delante y, durante un breve instante, volvió a sentirse joven.

De repente, en medio de la luz apareció una sombra, que había surgido de ella como un fantasma; una sombra oscura que parecía proceder de las tinieblas que había detrás. Pero el anciano sabía que no era tal, sino que era la respuesta a su llamada. Los contornos de la sombra se definieron. Era el espectro de un hombre encapuchado, una figura alta y lúgubre que estaba grabada en la memoria de cualquier persona que la hubiese visto con anterioridad.

—Bien, Allanon —murmuró el anciano.

La figura encapuchada inclinó hacia atrás la cabeza para permitir que la luz desvelara sus duras facciones: el rostro anguloso y barbudo, la fina y larga nariz, la boca tensa, la frente que daba la impresión de estar forjada en hierro, los ojos que parecían penetrar en el alma. Éstos se clavaron en los del anciano.

Te necesito...

En su mente, la voz sonó como un susurro, como un siseo de insatisfacción y apremio. El espíritu sólo podía comunicarse a través del pensamiento. El anciano retrocedió inmediatamente, deseando que el ser al que había convocado no hubiese acudido a su llamada. Pero enseguida se recobró y se enfrentó con firmeza a sus temores.

—¡Ya no soy uno de vosotros! —le dijo, olvidando que no era necesario hablar en voz alta— ¡No puedes darme órdenes!

No te doy órdenes. Te lo ruego. Escúchame. Tú eres todo lo que queda, el único hasta que surja mi sucesor. Has de comprender...

—¿Comprender? ¡Ja! —El anciano estalló en una risa nerviosa—. ¿Quién puede comprender mejor que yo?

Una parte de ti siempre será lo que antaño nunca habrías dudado que eras. La magia persiste en ti. Siempre ha estado dentro de ti. Ayúdame. Los descendientes de Shannara no responden a los sueños que les envió. Alguien ha de ir a verlos. Alguien debe hacer que comprendan. Tú...

—¡Yo no! Hace mucho tiempo que vivo apartado de las Razas, no deseo involucrarme en sus problemas —respondió el anciano, irguiéndose y frunciendo el entrecejo—. Hace ya muchos años que me aparté de tales desatinos.

Le dio la sensación de que el espíritu se elevaba y ensanchaba de repente, y sintió que él mismo se elevaba sobre la tierra. Ascendió hacia el cielo y se adentró en las sombras de la noche. No opuso resistencia, aunque podía sentir que la ira del otro fluía en él como un río negro. La voz del espíritu era igual que un rechinar de huesos.

Observa...

Las Cuatro Tierras aparecieron extendidas ante él, formando un conjunto de praderas, montañas, colinas, lagos, bosques y ríos, cuyos colores brillantaba la luz del sol. Aunque sabía que sólo era una visión, se le cortó el aliento. Sin embargo, la luz empezó a debilitarse casi al instante y a desvanecerse los colores. Todo quedó envuelto por la oscuridad, impregnada de brumas grises y cenizas sulfurosas procedentes de cráteres apagados. El paisaje perdió todo su atractivo y se tornó árido y muerto. Sintió que empezaba a descender, y las vistas y los olores que captaron sus sentidos le repugnaron. Los hombres vagaban en grupos en medio de la devastación como si fueran animales. Se atacaban unos a otros entre aullidos y gritos, produciéndose terribles heridas. Sombras tenebrosas, que carecían de sustancia pero tenían ojos de fuego, revoloteaban entre ellos. Se desplazaban entre ellos, se unían a

ellos, se fundían con ellos y, por último, se desprendían de ellos. Interpretaban una danza macabra, pero con un fin determinado. Vio que las sombras devoraban a los hombres, que se alimentaban de ellos.

Observa...

Entonces la visión cambió, y se vio a sí mismo como un mendigo esquelético y andrajoso ante un caldero de extraño fuego blanco que hervía, burbujeaba y susurraba su nombre. Los vapores que desprendía bajaban hacia él, serpenteando, lo envolvían y lo acariciaban como si fuera su hijo. Las sombras revolotearon a su alrededor y entraron en su cuerpo como si fuese un molde vacío donde pudieran jugar a su antojo. Sintió su contacto y quiso gritar.

Observa...

La visión cambió una vez más. Ante sus ojos apareció un inmenso bosque, en cuyo centro se alzaba una gran montaña. En su cima había un castillo, viejo y ruinoso. Las torres y las almenas se destacaban en la negrura. ¡Paranor!, pensó. ¡Paranor de nuevo! Un sentimiento alegre y esperanzado brotó en su interior, y sintió unas ganas locas de gritar su júbilo. Pero los vapores ya empezaban a enroscarse en el castillo y las sombras se acercaban. La antigua fortaleza empezó a agrietarse y a desmoronarse; las piedras y el mortero saltaban como si estuvieran sometidos a una gran presión. La tierra tembló y los hombres aullaron como bestias. Del interior de la montaña brotó un estallido de fuego, arrasándola, y con ella la fortaleza que sustentaba en su cima. Un alarido de dolor se elevó en el aire por la pérdida de la única esperanza que aún quedaba, y el anciano pudo reconocer su voz.

Entonces desaparecieron las imágenes y se encontró de nuevo ante el Cuerno del Infierno, junto a los Dientes del Dragón, sin otra compañía que el espíritu de Allanon. A pesar de su resolución, estaba temblando.

El espíritu señaló hacia él.

Si no se tienen en cuenta los sueños, sucederá lo que te he mostrado. Si te niegas a intervenir, ocurrirá. Has de prestar tu ayuda. Ve en su busca. Ve en busca del muchacho, de la chica y del Tío Oscuro. Diles que los sueños son reales. Diles que acudan a mí la primera noche de luna nueva, cuando concluya el actual ciclo. Entonces les hablaré...

El anciano frunció el entrecejo, murmuró unas palabras ininteligibles y se mordió el labio inferior. Sus dedos volvieron a atar los cordones de la bolsa, y la sujetó de nuevo al cinturón.

—¡Así lo haré porque no hay nadie más! —respondió el anciano, escupiendo las palabras—. Pero no esperes...

Basta con que te encuentres con ellos. No se te pide otra cosa, ni se te pedirá. Ve...

El espíritu de Allanon destelló y desapareció. La luz se apagó y el valle volvió

a aparecer vacío. El anciano contempló durante un breve instante las quietas aguas del lago, antes de emprender el camino de regreso.

Cuando llegó al punto de partida, aún ardía la hoguera que había dejado encendida, pero se había debilitado notablemente y estaba a punto de apagarse. La contempló distraídamente. Luego se agachó, retiró las cenizas y se sumió en sus pensamientos.

Conocía al muchacho, a la muchacha y al Tío Oscuro. Eran los descendientes de Shannara, los únicos que podían salvarlos a todos, los únicos que podían hacer que la magia regresara. Hizo un gesto de resignación. ¿Cómo conseguiría convencerlos? Si se habían negado a escuchar las señales que hasta entonces les había enviado Allanon, ¿qué posibilidades podía tener él?

Se reprodujeron en su mente las aterradoras visiones que acababa de tener, y pensó que tenía que encontrar la forma de que lo escuchasen. Porque, como solía recordarse a sí mismo, sabía algo de visiones, y aquéllas encerraban una verdad que hasta una persona como él, que había abjurado de los druidas y de su magia, podía reconocer.

Si los descendientes de Shannara se negaban a escucharle, aquellas visiones se harían realidad.

Par Ohmsford se detuvo en el umbral de la puerta trasera de la cervecería Barba Azul, y volvió la vista hacia el túnel oscuro que la estrecha calle abría entre los edificios hasta el resplandor de las luces de Varfleet. La cervecería Barba Azul era un caserón viejo y destartado, con muros de madera y tejado hecho también con piezas de madera que le daban la apariencia de un típico granero. Tenía dormitorios en la segunda planta, sobre la cervecería propiamente dicha y los almacenes ubicados en la parte trasera. El edificio se levantaba sobre una colina situada en el extremo occidental de la ciudad, delante de un grupo de construcciones, que formaban una especie de U.

Par respiró profundamente el aire nocturno, saboreando sus agradables e inconfundibles aromas. Olores de ciudad, olores de vida, de estofados de carnes y verduras aderezadas con especias, de licores aromáticos y cerveza fuerte; olores procedentes de las habitaciones y de los cuerpos, de los arneses de cuero, del hierro de las forjas aún al rojo vivo sobre carbones que nunca se apagan, de sudor de los animales y hombres en recintos cerrados; olores de piedra, madera y polvo formando una mezcla de la que, a veces, alguno se liberaba para imponerse a los demás. Al final de la callejuela, más allá de las vallas de madera de la parte trasera de tiendas y oficinas rotuladas con sus nombres, la colina descendía hacia el centro de la ciudad. La ciudad, que a la luz del día ofrecía un feo y descolorido conjunto de edificios, un laberinto de muros de piedra y de calles, de fachadas de madera y tejados embreados, presentaba un aspecto muy distinto por la noche. Las casas se desvanecían en la oscuridad y aparecían las luces, millares de luces que se extendían hasta donde alcanzaba la vista como una multitud de luciérnagas. Punteaban el paisaje enmascarado, parpadeando entre las oscuras e impenetrables sombras, trazando líneas de oro sobre la superficie líquida del río Mermidón que seguía su curso hacia el sur. Varfleet era bella entonces; como por arte de magia, la criada se transformaba en la reina de un cuento de hadas.

A Par le entusiasmaba la idea de una ciudad mágica. En cualquier caso, le gustaba la ciudad, su extensión y la mezcla de gentes y cosas, el incesante bullir de vida. Era muy diferente de Valle Umbroso, la aldea boscosa donde había establecido su hogar. Carecía de la pureza de los árboles y arroyos, de la soledad, de la sensación de sosiego infinito que impregnaba la vida de Valle Umbroso. La ciudad no sabía nada de esa vida y, además, le tenía sin cuidado. Pero a Par no le importaba. A pesar de todo, le agradaba la ciudad. Por otra parte, nadie lo obligaba a elegir entre las dos. No había razón alguna que le impidiera apreciar a ambas.

Por supuesto, Coltar no estaba de acuerdo. La veía desde otra perspectiva. Para él, Varfleet no era más que un lugar al margen de la ley, una cueva de bribones, donde

podía ocurrir cualquier cosa. No existía otro sitio peor en Callahorn ni siquiera en todas las Tierras Meridionales. Coltar odiaba la ciudad.

De las oscuras sombras de la noche que se extendían a sus espaldas le llegaron voces y el tintineo de vasos, los sonidos de la cervecería liberados por unos instantes al abrirse la puerta y encarcelados de nuevo en cuanto volvió a cerrarse. Se volvió. Su hermano avanzaba por el pasillo, con el rostro velado por las sombras.

—Ya es casi la hora —dijo Coltar cuando llegó a su altura.

Par hizo un gesto de asentimiento. Al lado de Coltar, que era alto y fuerte, de facciones marcadas y pelo castaño, parecía pequeño y flacucho. Quien no los conociera, nunca se le ocurriría pensar que pudieran ser hermanos. Coltar era la viva estampa del típico hombre del valle, curtido y rudo, con unas grandes manos y unos pies enormes. Por estos últimos, sobre todo, debía soportar frecuentes bromas. Par solía compararlos con los de un pato. Por el contrario, Par era delgado y rubio, de rasgos inequívocamente élficos, desde las puntiagudas orejas y cejas hasta el fino contorno de la cara. Hubo una época en que la sangre élfica casi se había extinguido en la familia como consecuencia de las numerosas generaciones de Ohmsford que habían vivido en Valle Umbroso. Pero algunos años atrás —así se lo había contado su padre—, su tatarabuelo había vuelto a viajar a las Tierras Occidentales y a las de los elfos, donde se casó con una elfina que le dio dos hijos, un varón y una hembra. El hijo se casó, a su vez, con otra elfina y, por razones que nunca le habían aclarado, la joven pareja, que serían los bisabuelos de Par, tomó la decisión de regresar a Valle Umbroso, aportando nueva sangre élfica al linaje de los Ohmsford. A pesar de ello, muchos miembros de la familia no ofrecían el más leve indicio de tal herencia. Coltar y sus padres, Jaralan y Mirianna, eran un buen ejemplo. En cambio, la ascendencia de Par resultaba obvia.

Por desgracia, no era aconsejable mostrarla. En Varfleet, la disimulaba depilándose las cejas, dejando que le creciera el pelo para así poder ocultar las orejas y oscureciendo su tez. No tenía otra alternativa. En aquellos días, no hubiera sido prudente llamar la atención al respecto.

—Esta noche se ha vestido bien, ¿verdad? —inquirió Coltar, mientras dirigía su mirada hacia la ciudad—. De terciopelo negro y lentejuelas. No le falta un detalle. Esta ciudad es una chica lista. Hasta el cielo es amigo suyo.

Par esbozó una leve sonrisa. Su hermano, el poeta. El cielo estaba despejado, iluminado por la luna creciente y las estrellas.

—Podría llegar a gustarte si le dieras una oportunidad.

—¿A mí? —gruñó Coltar—. No es probable. Estoy aquí porque tú estás aquí. Si de mí dependiera, no me quedaría ni un minuto más.

—Puedes marcharte si es eso lo que deseas.

—No empieces otra vez, Par —repuso Coltar, visiblemente disgustado—. Ya

hemos hablado de ello. Fuiste tú quien sugirió la conveniencia de conocer las ciudades del norte. A mí no me agradó entonces la idea, ni tampoco me agrada ahora. Pero eso no cambia el hecho de que decidiéramos hacerlo juntos. ¡Buen hermano sería yo si te dejase aquí y regresara a Valle Umbroso! En cualquier caso, no creo que fueras capaz de arreglártelas sin mí.

—De acuerdo, de acuerdo. Yo sólo quería... —se apresuró a responder Par, intentando disculparse.

—¡Divertirte a mi costa! —concluyó Coltar acaloradamente—. No es la primera vez que lo haces en los últimos tiempos. Y parece que te gusta.

—No es cierto.

Coltar ignoró su respuesta y escrutó la oscuridad.

—Jamás me burlaría de alguien con pies de pato —insistió Par.

—Mira quién habla, un tipo con las orejas puntiagudas —respondió Coltar, esbozando una sonrisa muy a su pesar—. ¡Deberías mostrar tu agradecimiento por haberme quedado a cuidar de ti!

Par le propinó un pequeño empujón y los dos hermanos rieron abiertamente. Después se quedaron en silencio, mirándose en la oscuridad, escuchando los sonidos procedentes de la cervecería y de las calles que conducían a ella. Par dio un prolongado suspiro. Era una cálida y tranquila noche veraniega que hacía que los días fríos y desapacibles vividos pocas semanas atrás quedaran lejanos en el recuerdo. Era la clase de noche en que los problemas se disipan y emergen los sueños.

—Se rumorea que hay investigadores en la ciudad —dijo Coltar de improviso.

—Siempre corren rumores —respondió Par.

—Pero suelen confirmarse. Se dice que planean apresar a todas las personas que practican la magia y cerrar las cervecerías — repuso Coltar, mirándolo con insistencia—. Investigadores, Par, no soldados.

Par sabía lo que eran. Investigadores, la policía secreta de la Federación, la mano armada de los Legisladores del Consejo de Coalición. Lo sabía.

Hacía dos semanas que Coltar y él habían llegado a Varfleet. Habían partido de Valle Umbroso en dirección norte, abandonando la seguridad del entorno conocido y la protección del hogar familiar para dirigirse a las tierras fronterizas de Callahorn. Habían emprendido el viaje porque Par pensaba que era su deber, que había llegado el momento de contar sus historias en otros lugares, ya que su conocimiento no debía limitarse a los habitantes de Valle Umbroso. Se dirigieron a Varfleet porque era una ciudad abierta, que no estaba sometida al gobierno de la Federación, un paraíso para quienes vivían al margen de la ley y los refugiados, pero también para las ideas; un lugar donde las gentes todavía escuchaban sin prejuicios, un sitio donde aún se toleraba, y hasta se solicitaba, la magia. Él poseía la magia y, en compañía de Coltar, se dirigió a Varfleet para compartir sus maravillas. Muchos practicaban la magia,

pero la suya era diferente. La suya era real.

Encontraron la cervecería Barba Azul el mismo día de su llegada, una de las más espaciosas y conocidas de la ciudad. En la primera entrevista que mantuvieron con el propietario, Par consiguió convencerlo de que debía contratarlos. Confiaba en su éxito. Al fin y al cabo, podía persuadir a cualquiera con el cantar.

Magia auténtica. Sus labios modelaron las palabras sin llegar a pronunciarlas.

No quedaba mucha magia verdadera en las Cuatro Tierras ni en las lejanas zonas desiertas donde no llegaba el dominio de la Federación. El cantar era todo lo que quedaba de la magia de los Ohmsford. Se había transmitido a lo largo de diez generaciones hasta llegar a él. El don se había mostrado esquivo con algunos miembros de su familia, haciendo su elección, al parecer, a capricho. Coltar no lo poseía, ni tampoco sus padres. De hecho, ningún miembro del linaje de los Ohmsford lo había tenido desde que sus bisabuelos regresaran de las Tierra Occidentales. Pero él había poseído la magia desde el momento de su nacimiento, la misma magia que había surgido casi trescientos años antes con su antepasado Jair. Así lo atestiguaban los relatos y las leyendas. Con la canción creaba imágenes en las mentes de quienes la escuchaban, imágenes que parecían reales. Y era capaz de crear sustancia del aire.

Eso era lo que le había llevado a Varfleet. Durante trescientos años, la familia Ohmsford había transmitido las historias de la casa élfica de Shannara. Se decía que esta práctica había sido iniciada por Jair, pero la realidad es que sus orígenes se remontaban mucho más atrás, cuando los relatos no se referían a la magia, porque aún no había sido descubierta, sino al mundo antiguo que había sido destruido por las Grandes Guerras, y los narradores eran los escasos supervivientes de aquel holocausto aterrador. Sin embargo, se ha de decir que Jair fue el primero en incorporar la canción a los relatos para dar realismo a las imágenes creadas con sus palabras, para lograr que sus historias adquiriesen vida en sus oyentes. Eran narraciones de los viejos días, leyendas de la casa élfica de Shannara, de los druidas y su castillo de Paranor, de elfos y enanos, y de la magia que regía sus vidas. Las historias hablaban de Shea Ohmsford y su hermano Flick, y de la búsqueda de la Espada de Shannara; de Wil Ohmsford y Amberle, la bella elfina de trágico destino y de su lucha para que las hordas de demonios regresaran tras los muros de la Prohibición; de Jair Ohmsford y su hermana Brin, de su expedición a la fortaleza de Marca Gris y de su enfrentamiento con los Espectros Corrosivos y el *Ildatch*; de los druidas Allanon y Bremen; del rey de los elfos Eventine Elessedil; de guerreros como Balinor Buckhannah y Stee Jans; y de otros muchos héroes. Quienes habían poseído el don del cantar, utilizaron su magia. Y quienes habían carecido de él, sólo se valieron de las palabras. Los Ohmsford habían ido de aquí para allá, y muchos habían llevado consigo los relatos a lejanas tierras. Pero hacía ya tres generaciones que ningún miembro de la familia había narrado las historias fuera de Valle Umbroso.

Ninguno había querido correr el riesgo de ser hecho prisionero.

El riesgo era real. La práctica de la magia, en cualquiera de sus formas, estaba prohibida en las Cuatro Tierras o, al menos, allí donde gobernaba la Federación, lo cual, en la práctica, significaba lo mismo. Desde que se estableció la prohibición, ningún Ohmsford había osado salir de Valle Umbroso. Par era el primero. Estaba cansado de relatar una y otra vez las mismas historias a los mismos y escasos oyentes. También había otras personas que necesitaban oírlas, conocer la verdad sobre los druidas y la magia, sobre las luchas que precedieron a la época en que vivían. El miedo a que pudieran hacerle prisionero era dominado por el sentimiento que lo impulsaba a atender esa necesidad, y tomó la decisión pese a las objeciones de sus padres y de Coltar. Al final, Coltar se comprometió a acompañarlo, como hacía siempre que, en su opinión, Par necesitaba protección. Varfleet sería la primera etapa, una ciudad donde todavía se practicaba la magia en sus formas menores, un secreto a voces que desafiaba a la Federación. Pero la magia que podía hallarse en Varfleet carecía de importancia y no provocaba inquietudes. Callahorn era sólo un protectorado de la Federación, y Varfleet una ciudad tan lejana que podía considerarse parte de los territorios libres. No había sido ocupada por el ejército. La Federación había desdeñado preocuparse por ella.

Pero ¿qué ocurría con los investigadores? Par movió la cabeza. Los investigadores eran otro asunto. Sólo hacían acto de presencia cuando había un intento serio de la Federación para acabar con la práctica de la magia. Nadie deseaba tener contacto con ellos.

—Este lugar se está volviendo demasiado peligroso para nosotros —dijo Coltar como si leyera sus pensamientos.

—Sólo somos un par más entre el centenar de practicantes de este arte —repuso Par, haciendo un gesto negativo—. Sólo dos jóvenes más en una ciudad habitada por muchos.

—Sólo dos, sí, pero los únicos que utilizan la verdadera magia —insistió Coltar, mirando a su hermano.

Par volvió la vista atrás. En la cervecería les pagaban bien, tenían más dinero que nunca. Lo necesitaban para pagar los impuestos que exigía la Federación. Lo necesitaban para su familia y para Valle Umbroso. No estaba dispuesto a renunciar a eso por un simple rumor.

Apretó los dientes. Tampoco estaba dispuesto a regresar a Valle Umbroso sin haber difundido las historias, sin que nunca llegaran a los oídos que necesitaban escucharlas. Eso significaría rendirse a la represión que sufrían las Cuatro Tierras, permitir que la tuerca diera una vuelta más.

—Tenemos que irnos —insistió Coltar, interrumpiendo su meditación.

Par sintió un súbito acceso de ira antes de advertir que su hermano no se refería a

la ciudad, sino al umbral de la cervecería. La gente los estaría esperando. Dejó que se disipara la ira y sintió que la tristeza ocupaba su lugar.

—Me gustaría vivir en otra época —murmuró, y se detuvo al ver que Coltar tensaba sus músculos—. Me gustaría que hubiese elfos y druidas. Y héroes. Me gustaría que volviera a haber héroes... aunque sólo fuese uno.

Coltar se separó de la puerta, apoyó una de sus enormes manos en el hombro de su hermano y lo obligó a darse la vuelta para que lo mirase de frente.

—Si continúas cantando aquí, acabarán viniendo.

Par se dejó conducir al interior como si fuese un niño. Pero ya no pensaba en héroes, elfos y druidas; ni siquiera pensaba en los investigadores.

Estaba pensando en los sueños.

Relataron la resistencia que opusieron los elfos en el paso de Haly. Cómo habían luchado Eventine Elessedil, los elfos, Stee Jans y las legiones para defender Frontera Quebrada contra las hordas de demonios. Ésa era una de las historias favoritas de Par, la primera de las grandes batallas élficas en aquella terrible guerra de las Tierras Occidentales. Estaban sobre un tablado bajo situado en un extremo de la estancia principal de la taberna, Par delante, y Coltar al lado, un paso detrás. Frente a ellos, un mar de cuerpos hacinados y ojos escrutadores. Mientras Coltar narraba la historia, Par utilizaba el cantar para evocar sus imágenes, y la cervecería se llenaba con la magia de su voz. Ante el centenar de personas reunidas invocó los sentimientos de temor, ira y determinación de los defensores del paso. Permitted que sintiesen la furia de los demonios, que escucharan sus gritos de guerra. Las envolvió y no permitiría que pudieran escaparse. Se hallaron en el lugar en que se produjo el asalto de los demonios. Contemplaron las heridas de Eventine y el ascenso de su hijo Ander al liderazgo de los elfos; al druida Allanon enfrentarse prácticamente solo a la magia demoníaca, y rechazarla. Sintieron la vida y la muerte con una intensidad aterradora.

Cuando Coltar y él terminaron el relato, se produjo un silencio de asombro y, a continuación, un gran alboroto. El estruendo de las jarras de cerveza, los vítores y los gritos de júbilo superaron a los de cualquier actuación anterior. Tan vehemente era el entusiasmo de los oyentes que durante un momento pareció que iba a estallar la cervecería. Par estaba empapado en sudor, consciente por vez primera del gran esfuerzo que le costaba. Sin embargo, su mente estaba apartada de aquello cuando abandonaron el tablado para disfrutar del breve descanso que se les concedía entre dos relatos, pensando en los sueños.

Coltar se detuvo para coger un vaso de cerveza y Par continuó caminando pasillo abajo hasta llegar a un barril colocado junto a la puerta de la bodega. Se sentó sobre él, agotado, sumido en sus pensamientos.

Hacía un mes que tenía aquellos sueños, pero ignoraba la causa.

Se producían con una frecuencia inquietante. Siempre empezaban con una figura encapuchada y lúgubre que emergía de un lago; una figura que podía ser la de Allanon y un lago que podía ser el Cuerno del Infierno. Las imágenes poblaban sus sueños con la indefinición de las visiones difíciles de interpretar. La figura siempre le hablaba e, indefectiblemente, siempre pronunciaba las mismas palabras: *Ven a mí, te necesito. Las Cuatro Tierras corren un grave peligro. La magia casi se ha perdido. Ven ahora, hijo de Shannara.*

El resto variaba. A veces se veía imágenes de un mundo surgido de una espantosa pesadilla; otras, de los talismanes perdidos: la Espada de Shannara y las piedras élficas. En ocasiones se incluía una llamada para Wren, la pequeña Wren, y en otras para su tío Walker Boh. También ellos debían acudir. También se les necesitaba.

Tras la primera noche, decidió que los sueños eran una consecuencia de la reiterada utilización del cantar. Narraba sin cesar las viejas historias del Señor de los Hechiceros y de los Portadores de la Calavera, de los demonios y los Espectros Corrosivos, de Allanon y un mundo amenazado por el mal, y era natural que algo de aquello pasase a formar parte de sus sueños. Intentó combatir el efecto aplicando la canción a narraciones menos trágicas, pero de nada sirvió. Los sueños persistieron. Había reprimido el deseo de contárselo a Coltar, porque lo hubiese utilizado como argumento para convencerle de que debía dejar de invocar a la magia y regresara a Valle Umbroso.

Hacía tres noches que los sueños habían cesado tan bruscamente como se habían iniciado, y ahora se preguntaba por qué. Se preguntaba si les había atribuido un origen erróneo. Pensaba en la posibilidad de que alguien se los enviara.

Pero ¿quién podría ser?

¿Allanon? Pero si hacía ya trescientos años que había muerto.

¿Acaso otra persona?

¿Tal vez *algo* distinto? ¿Algo que tuviera una razón para perjudicarlo?

Se estremeció ante esta idea, la rechazó y volvió sus pasos hacia la sala en busca de Coltar.

El número de espectadores había aumentado notablemente. Junto a las paredes se alineaban las personas que no habían encontrado sillas ni bancos para sentarse. Barba Azul era una gran cervecería, con un salón de más de 30 metros de anchura y techo con vigas de madera al descubierto de las que colgaban lámparas de aceite y redes de pescar; al parecer, con la idea de dar sensación de intimidación. Sin embargo, Par no hubiese podido soportar más intimidación, porque eran muchos los clientes que se apiñaban junto al tablado, e incluso algunos bebían sentados en él. Era un público diferente del anterior, aunque el joven del valle no hubiera sabido decir por qué se lo parecía. Su talante era distinto. Había algo extraño en la expresión de sus rostros. Era

probable que también Coltar lo hubiese advertido. Lo miró varias veces mientras se preparaban para actuar, y sus oscuros ojos reflejaban inquietud.

Un hombre alto, con barba negra, envuelto en una capa de leñador parda, se abrió paso entre la gente hasta llegar al borde del tablado y colocarse entre otros dos individuos. Los dos jóvenes lo miraron como si fueran a reprocharle su comportamiento, pero al ver su rostro de cerca, desistieron. Par los observó durante un momento, y apartó la vista. Sintió que todo iba mal.

Coltar se le acercó cuando empezaron a sonar rítmicamente las palmas. La gente se impacientaba.

—Par, esto no me gusta nada. Hay algo...

No pudo concluir la frase. El dueño de la cervecería se había acercado para ordenarles, en un tono que no admitía réplica, que iniciaran su actuación antes de que el público se descontrolase y empezara a romper cosas. Coltar se apartó sin pronunciar una sola palabra. Las luces se amortiguaron y Par empezó a cantar. La historia narraba la lucha de Allanon con el jachyra. Coltar empezó a hablar, describiendo el entorno, nombrando a los reunidos e indicando las características del día y cómo era la cañada en la que se había adentrado el druida con Brin Ohmsford y Rone Leah. Par creó las imágenes en las mentes del público, intentando infundir en ellos ansiedad y expectación.

De pronto, varios hombres situados en el fondo de la sala bloquearon las puertas y ventanas. Después se quitaron las capas, mostrando sus vestidos negros. Se produjeron destellos de armas. Sobre el pecho y las mangas de sus trajes había unos parches blancos que debían de ser insignias. Par parpadeó y aguzó su vista de elfo.

Cabezas de lobo.

Los hombres de negro eran investigadores.

Su voz falló, y las imágenes ondearon y perdieron fuerza. Los hombres empezaron a gruñir y a mirar a su alrededor. Coltar interrumpió su narración. Ahora había movimiento en todas partes. Alguien estaba tras ellos, escondido en la oscuridad, acechando.

Coltar, en un gesto protector, se acercó a su hermano.

Entonces se avivaron las luces y un grupo de investigadores negros avanzó desde la puerta principal. Se levantaron gritos y gruñidos de protesta, pero quienes los profirieron fueron apartados de su camino. El dueño de Barba Azul intentó intervenir, pero lo empujaron hacia un lado.

El grupo de investigadores se detuvo ante el tablado. Otro grupo bloqueó las salidas. También estaba formado por hombres vestidos de negro de la cabeza a los pies, con el rostro tapado hasta la boca y las insignias con la cabeza de lobo emitiendo destellos. Iban armados con espadas cortas, dagas y porras, y las tenían

preparadas. Eran distintos unos de otros, altos y bajos, erguidos y encorvados, pero todos tenían en común una mirada feroz.

Su jefe era un individuo corpulento, con brazos muy largos y aspecto fuerte. Su boca, que la máscara no llegaba a cubrir, tenía un gesto duro, y una barbita hirsuta y rojiza cubría su mentón. Llevaba la mano izquierda enguantada hasta el codo.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó en voz baja, casi en un susurro.

—¿Qué hemos hecho? —inquirió Par, como respuesta, tras un instante de vacilación.

—¿Vuestro nombre es Ohmsford? —le preguntó el jefe de los investigadores sin dejar de estudiar su rostro.

—Sí —respondió Par, haciendo un gesto de asentimiento—. Pero no hemos...

—Quedáis detenidos por haber violado la Ley Suprema de la Federación —les dijo con voz suave, y algunos clientes protestaron—. Habéis utilizado la magia, transgrediendo...

—¡Sólo cuentan historias! —gritó uno de los hombres que estaban cerca.

Un investigador descargó sobre él un golpe con su porra, y el hombre se desplomó.

—Habéis utilizado la magia desafiando los dictados de la Federación y, en consecuencia, habéis puesto en peligro a los espectadores. —Ni siquiera se molestó en mirar al hombre caído—. Seréis conducidos...

Pero no pudo concluir la frase. De repente, una lámpara de aceite se desplomó del centro del techo y explotó en una lluvia de llamas sobre el suelo de la abarrotada cervecería. La gente se puso de pie, profiriendo gritos. El que hablaba y sus compañeros se volvieron, sorprendidos. En ese mismo instante, el hombre alto y barbudo que se había sentado en el borde del tablado se levantó de repente, arrolló a varios clientes que estaban desprevenidos y se lanzó contra el grupo de investigadores, consiguiendo derribar a varios de ellos. Luego saltó frente a Par y Coltah Ohmsford y entonces se despojó de la raída capa para mostrar sus vestidos verde bosque de cazador y armado hasta los dientes. Levantó un brazo y cerró el puño.

—¡Nacido libre! —gritó en medio de la confusión.

Tras pronunciar aquellas palabras, los acontecimientos se precipitaron. Las decorativas redes se soltaron sin saber cómo y siguieron el camino de la lámpara de aceite. En un instante, quedaron atrapados casi todos los reunidos en la cervecería Barba Azul. Se oyeron gritos y maldiciones. Por las puertas irrumpieron otros hombres vestidos de verde que atacaron a los investigadores y los derribaron. Rompieron las lámparas y la sala quedó sumida en la oscuridad.

El hombre alto pasó junto a Par y Coltah a una velocidad increíble. De una sola patada derribó al primer investigador que le salió al paso en la salida trasera. En sus

manos aparecieron una daga y una espada corta, y otros dos cayeron tras el primero.

—¡Por aquí, rápido! —les gritó a Par y a Coltar.

Los dos jóvenes lo obedecieron sin rechistar. Una figura negra les agarró mientras corrían, pero de un puñetazo Coltar la lanzó hacia la masa de gente que luchaba entre sí. Se volvió para asegurarse de que no había perdido a su hermano, y su manaza se cerró sobre el delgado hombro de Par, que no pudo reprimir un grito. Coltar olvidaba con frecuencia la magnitud de su fuerza.

Abandonaron el tablado y llegaron al pasillo de atrás, precedidos varios pasos por el alto y desconocido cazador. Alguien intentó detenerlos, pero éste lo arrolló. El ruido de la sala era ensordecedor y las llamas se extendían por todas partes, lamiendo el suelo y las paredes con ansiedad. El hombre desconocido los condujo hasta la puerta que daba al callejón, la abrió y se encontraron con otros dos hombres vestidos de verde que los estaban esperando. Sin mediar palabra, rodearon a los dos jóvenes del valle y los sacaron de la cervecería. Par volvió la vista atrás. Las llamas asomaban ya por las ventanas y trepaban hacia el tejado. Aquélla sería la última noche de la cervecería Barba Azul.

Corrieron por el callejón entre rostros sorprendidos y ojos desorbitados, y entraron en un pasadizo que Par juraría que no había visto nunca a pesar de sus frecuentes paseos por la zona. Atravesaron varias puertas y recovecos, y al fin salieron a una calle desconocida. Nadie había hablado. Cuando ya estuvieron lejos de los gritos y el resplandor del fuego, el hombre aminoró la marcha, hizo señas a sus dos compañeros para que montaran guardia y empujó a Par y Coltar hacia un atrio.

Todos jadeaban a causa de la carrera. El desconocido se volvió hacia ellos y les dedicó una cálida sonrisa.

—Dicen que un poco de ejercicio es bueno para la digestión. ¿Qué os parece? ¿Estáis bien?

Los dos hermanos hicieron un gesto de asentimiento.

—¿Quién eres? —preguntó Par.

—Prácticamente, uno de la familia, muchacho —respondió el desconocido, ampliando su sonrisa—. ¿No me reconoces? ¿Y tú? Pero ¿por qué tenéis que reconocerme? Después de todo nunca nos habíamos visto, aunque las canciones pueden daros una pista. —Cerró la mano izquierda formando un puño del que emergió un solo dedo, que apoyó en la nariz de Par—. ¿Recuerdas ahora?

—No creo... —balbuceó Par desconcertado, mirando a Coltar, que estaba tan confuso como él.

—Bien, bien, eso no importa ahora. Todo a su debido tiempo. —Se inclinó hacia él—. Éste ya no es un país seguro para ti, muchacho. Desde luego no lo es Varfleet y, probablemente, tampoco el resto de Callahorn. Tal vez ya no puedas estar seguro en ninguna parte. ¿Sabes quién era aquel de allí? ¿El tipo horrible de la voz susurrante?

Par intentó identificar a aquel individuo hosco que hablaba con suavidad, pero no lo consiguió e hizo un gesto negativo.

—Rimmer Dall —dijo el desconocido, que ya no sonreía—. Primer Investigador, el gran cerdo en persona. Forma parte del Consejo de la Coalición cuando no está matando moscas. Pero debe de tener un interés especial por ti, ya que se ha molestado en venir a Varfleet para apresarte. Eso no forma parte de su caza de moscas habitual. Eso es ir a la caza del oso. Cree que eres peligroso, muy peligroso; si no fuera así, no se hubiese ocupado personalmente de tu captura. Menos mal que yo estaba buscándote. Así ocurrió. Oí que Rimmer Dall seguía tus pasos y vine para impedir que consiguiera su propósito. Sin embargo, puedes estar seguro de que no renunciará a capturarte. Esta vez has podido librarte de sus garras, pero eso avivará su interés: Seguirá persiguiéndote.

Hizo una breve pausa para comprobar el efecto que habían causado sus palabras. Par lo miraba fijamente, pero sin decir nada, así que continuó.

—La magia que tú posees, el cantar, es magia auténtica, ¿verdad? He visto la suficiente de la otra clase para saberlo. Si quisieras, podrías darle un buen uso, en lugar de desperdiciarla en cervecerías y callejuelas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Coltar, suspicaz.

—El Movimiento precisa de esa magia —respondió el desconocido esbozando una amplia y afable sonrisa.

—¡Eres uno de los proscritos! —exclamó Coltar, resoplando.

—Sí, y me siento muy orgulloso de serlo, muchacho —respondió el desconocido, haciendo una reverencia. Pero hay algo más importante. Soy nacido libre y no acepto el gobierno de la Federación. Ningún hombre cuerdo lo hace. —Se acercó un poco más al joven del valle—. Tampoco tú, ¿verdad? Reconócelo.

—No —respondió Coltar, a la defensiva—. Pero dudo mucho que los proscritos tengan algo mejor que ofrecer.

—¡Eso son palabras ofensivas, muchacho! —exclamó el hombre alto—. Tienes suerte de que no me ofenda con facilidad —concluyó, haciendo un gesto burlón.

—¿Qué quieres? —lo interrumpió Par, cuya mente ya se había aclarado.

Había estado pensando en Rimmer Dall. Conocía su reputación y le asustaba la idea de ser perseguido por él.

—Deseas que nos unamos a ti, ¿no es eso? —inquirió sin esperar la respuesta.

—Creo que no tardarás en descubrir que es una meta digna —respondió el desconocido, haciendo un gesto de asentimiento.

Par hizo un gesto negativo. Una cosa era aceptar la ayuda del desconocido para escapar de los investigadores y otra muy distinta unirse al Movimiento. Aquello requería un estudio minucioso y pormenorizado.

—Me parece que, por ahora, será mejor que declinemos tu ofrecimiento —dijo—.

Suponiendo que podamos elegir.

—¡Naturalmente que podéis! —El desconocido pareció que se había sentido ofendido.

—Entonces debemos decir no. Pero agradecemos tu ofrecimiento y, sobre todo, el que nos hayas librado de nuestros perseguidores y traído hasta este lugar.

—Seríais bien recibidos, creedme —respondió con solemnidad el desconocido, tras estudiarlo durante un momento—. Sólo deseo lo mejor para ti, Par Ohmsford. Toma. —Se quitó un anillo de plata con el emblema de un halcón—. Mis amigos me conocen por esto. Si necesitas un favor o cambias de opinión, llévalo a la herrería de Kiltan en Punta de Reaver, al norte de la ciudad, y pregunta por el arquero. ¿Lo recordarás?

—Pero, ¿por qué...? —inquirió Par, haciendo un gesto de asentimiento y cogiendo el anillo, tras un instante de vacilación.

—Porque tenemos muchas cosas en común, muchacho —respondió el desconocido en voz baja, anticipándose a la pregunta.

»Existe una historia que nos une, un lazo tan fuerte que exige que esté allí donde me necesitéis, si puedo hacerlo —prosiguió el desconocido, extendiendo una mano y apoyándola en el hombro de Par, mientras con su mirada también abarcaba a Coltar—. Más aun, exige que nos mantengamos unidos contra aquello que amenaza a esta tierra. Recuerda también eso. Creo que un día triunfaremos... si conseguimos conservar la vida hasta entonces.

»Ya es hora de que nos vayamos todos, y sin tardanza —continuó el hombre desconocido, dedicando una amplia sonrisa a los dos hermanos que lo observaban en silencio, mientras se retiraba unos pasos de ellos—. Esta calle conduce al río. Desde aquí podéis dirigiros donde queráis. Pero tened cuidado. Guardaos bien las espaldas. Este asunto no ha concluido aquí.

—Lo sé —afirmó Par, y le tendió su mano—. ¿No vas a decirnos tu nombre?

—Otro día —respondió el desconocido tras un breve instante de duda.

Estrechó con fuerza las manos de Par y de Coltar. Después silbó a sus compañeros para que se acercaran, dirigió un gesto de despedida a los jóvenes del valle, se internó entre las sombras y desapareció.

Par fijó su mirada en el anillo durante un momento y luego miró interrogativamente a Coltar. Desde algún lugar cercano llegaron gritos a sus oídos.

—Creo que las preguntas deben esperar —dijo Coltar.

Par guardó el anillo en un bolsillo, y emprendieron la huida en silencio.

Era casi media noche cuando Par y Coltar llegaron a los muelles de Varfleet. Entonces fueron conscientes por primera vez de lo poco preparados que estaban para huir de Rimmer Dall y de los investigadores de la Federación. Ninguno de los dos había previsto la necesidad de huir y, por tanto, carecían de todo aquello que es imprescindible para emprender un largo viaje. No tenían alimentos, ni mantas, ni otras armas que los cuchillos largos que solían llevar los hombres del valle. Y, lo que aún era peor, tampoco tenían dinero. Hacía un mes que no les pagaba el dueño de la cervecería y el incendio había acabado con todas sus pertenencias, incluido el dinero que habían ahorrado el mes anterior. Sólo contaban con lo puesto, y eso les hizo pensar que deberían de haberse quedado con el desconocido sin nombre.

Los muelles eran una mezcla de cobertizos, espigones, talleres de reparación y almacenes. Había luces encendidas por doquier, y los estibadores y pescadores bebían y bromeaban. Salía humo de hornillos de estaño y de los barriles, y el olor a pescado impregnaba la atmósfera.

—Tal vez hayan renunciado a perseguirnos esta noche —dijo Par—. Los investigadores, quiero decir. Quizá lo hayan dejado para mañana... o para siempre.

—También es posible que vuelen las vacas —respondió Coltar, dirigiendo a su hermano una mirada incrédula y arqueando una ceja. A continuación miró a lo lejos—. Si hubiéramos insistido en que no se demorase tanto el pago de nuestro trabajo, ahora no nos veríamos en este apuro.

—No creo que eso hubiese supuesto alguna diferencia —repuso Par, haciendo un gesto de indiferencia.

—¿Cómo? Al menos tendríamos dinero.

—Siempre que se nos hubiese ocurrido llevarlo encima durante la actuación. ¿Te parece probable que lo hubiéramos hecho?

—Pero nos lo debe el dueño de la cervecería —respondió Coltar, haciendo un gesto de desaliento.

Caminaron hasta el extremo sur de los muelles sin volver a intercambiar ni una sola palabra, y se detuvieron al final de la zona iluminada. Entonces se miraron. La temperatura había bajado y sus ropas eran demasiado finas para protegerlos del frío de la noche. Tiritaban, con las manos metidas en los bolsillos y los brazos pegados al cuerpo. A su alrededor zumbaban los insectos.

—¿Tienes idea del lugar al que debemos dirigirnos, Par? —preguntó Coltar, lanzando un suspiro. ¿Has elaborado algún plan?

Par sacó las manos de los bolsillos y las frotó una contra la otra.

—Sí. Pero necesitamos una embarcación.

—¿Para navegar hacia el sur, siguiendo el curso del río Mermidón?

—Exacto.

Coltar esbozó una sonrisa. Pensaba que regresarían a Valle Umbroso. Par había decidido que era mejor dejarlo que acariciara aquella idea.

—Espera aquí —dijo Coltar, desapareciendo antes de que su hermano pudiese oponer alguna objeción.

Par se quedó solo al final de los muelles durante un tiempo que a él le pareció una hora larga, aunque, probablemente, no excediera de media. Se dirigió hacia un banco situado junto a un almacén de pescado y se sentó al abrigo de la brisa nocturna. Experimentaba sensaciones diversas. Se sentía irritado, sobre todo con el desconocido que les había ayudado a huir para abandonarlos poco después. Desde luego, él mismo se lo había pedido, pero eso no hacía que se sintiera mejor. La Federación los perseguía como si fuesen vulgares ladrones, y la culpa era suya por haber sido lo bastante estúpido para creer que podía utilizar la auténtica magia cuando estaba prohibida. Una cosa era practicar las magias de los juegos de manos y otra muy distinta utilizar el cantar. Su autenticidad era obvia, y él debería haber sido consciente de que un poco antes o un poco después la noticia llegaría a oídos de las autoridades.

Extendió las piernas y cruzó los pies. Bueno, ahora es inútil lamentarse, pensó, porque el asunto ya no tiene solución. Coltar y él tendrían que empezar de nuevo. No entraba en sus cálculos el abandonar. Los relatos eran demasiado importantes, y él había asumido la responsabilidad de conseguir que no se olvidaran. Estaba convencido de que el don de la magia se le había concedido con ese propósito. No importaba lo que dijera la Federación, ni tampoco le importaba que declarara a la magia fuera de la ley, alegando que provocaba graves daños para la Tierra y sus habitantes. ¿Qué sabía la Federación sobre la magia? Los miembros del Consejo de Coalición no tenían ninguna experiencia práctica, pero habían decidido que era preciso hacer algo para desviar las inquietudes de quienes afirmaban que estaban deteriorándose algunas zonas de las Cuatro Tierras, y que en ellas los hombres cada vez se parecían más a las criaturas oscuras de la época de Jair Ohmsford, engendros de una existencia subterránea que desafiaban toda comprensión, seres que obtenían su poder de la noche y de una magia perdida desde los tiempos de los druidas.

E incluso se les había dado un nombre a aquellas criaturas. Fueron llamadas Espectros.

De repente, Par pensó de nuevo, con desagrado, en los sueños y en el ser tenebroso que se valía de ellos para llamarlo.

Hasta ese momento no había reparado en la quietud de la noche; ya no se oían las voces de los pescadores ni el zumbido de los insectos, y hasta el rumor del viento había cesado. Podía percibir el sonido de su propio pulso y el susurro de algo más...

Después, el ruido de un chapoteo le obligó a levantarse, alarmado. A menos de

cuatro metros, Coltar salió del río Mermidón y se le acercó, desnudo y chorreando agua. Par recuperó la calma, y lo miró sin dar crédito a sus ojos.

—Me has asustado. ¿Qué estabas haciendo?

—Lo que acabas de ver. —El rostro de Coltar estaba iluminado por una amplia sonrisa—. Nadar.

Lo que en realidad había hecho, como Par supo tras insistir un rato, era apropiarse de un esquife pesquero perteneciente al dueño de la cervecería Barba Azul. Éste lo había mencionado en un par de ocasiones, cuando en sus conversaciones con Coltar presumía de su destreza para la pesca. Coltar lo recordó cuando Par dijo que necesitaban una embarcación. También consiguió recordar la descripción que de él había hecho el cervecero y que lo mantenía en excelente estado. Por tanto, sólo tuvo que nadar hasta el lugar donde lo guardaba, saltar la cerradura del cobertizo, desatar las amarras y llevárselo.

—Es lo menos que nos debe después de los beneficios que le proporcionamos —dijo, justificándose mientras se secaba y vestía.

Par no opuso ninguna objeción. Necesitaban la embarcación más que el dueño de la cervecería y, probablemente, aquélla era su única oportunidad de conseguirla. Si los investigadores aún continuaban rastreando la ciudad, no les quedaría otra alternativa que atravesar a pie las montañas de Runne, y para ello necesitarían más de una semana. Sin embargo, si seguían el curso del río Mermidón en una embarcación, sólo tendrían que invertir tres o cuatro días. Después de todo, no robaban el esquife. Se corrigió. Bueno, quizá sí, pero lo devolverían o entregarían la compensación adecuada cuando pudieran.

El esquife tenía unos cuatro metros de eslora. Estaba equipado con remos, enseres de pesca, una pequeña cocina y útiles de acampada, un par de mantas y una tienda de lona alquitranada. Subieron a bordo, lo impulsaron lejos de la orilla y dejaron que lo arrastrase la corriente hasta adentrarse en la oscuridad.

Navegaron siguiendo el curso del río durante toda la noche, utilizando los remos para mantener a la embarcación en el centro del cauce mientras escuchaban los sonidos nocturnos, observaban las orillas y hacían notables esfuerzos para mantenerse despiertos. Entretanto, Coltar expuso su teoría sobre lo que debían hacer a continuación. Era imposible regresar a Callahorn en un futuro inmediato. La Federación seguiría buscándolos. También sería peligroso dirigirse a cualquiera de las grandes ciudades del sur, porque las autoridades de la Federación establecidas en ellas podían estar alertadas. Lo más aconsejable era regresar a Valle Umbroso, donde podrían seguir contando las historias. No inmediatamente, pero sí tras un mes de descanso, cuando la Federación dejara de buscarlos. Después estarían en condiciones de dirigirse a algunas de las aldeas, a las comunidades más aisladas, a los lugares que la Federación no acostumbraba visitar. Así no tendrían ningún problema.

Par lo dejó hablar. Suponía que su hermano no creía en sus propias palabras, pero aunque no fuese así, no tenía ningún sentido entablar una discusión.

Al amanecer se dirigieron a la orilla y acamparon en un bosquecillo, al pie de un risco azotado por el viento. Durmieron hasta el mediodía, y luego se levantaron para pescar y comer los peces cobrados. Al comienzo de la tarde volvieron a embarcarse, y al oscurecer regresaron a la orilla. Empezaba a llover y montaron la tienda de lona para cobijarse. Encendieron una pequeña hoguera, se envolvieron en las mantas y se sentaron en silencio de cara al río, contemplando los dibujos que formaban las gotas al caer sobre su alborotada superficie.

Luego comentaron durante un rato los cambios que se habían producido en las Cuatro Tierras desde la época de Jair Ohmsford.

Trescientos años antes, la Federación sólo ejercía su poder en las lejanas ciudades de las Tierras Meridionales, siguiendo una estricta política de aislacionismo. El Consejo de Coalición, que entonces ya era muy influyente, estaba constituido por los representantes electos de las ciudades. Pero los ejércitos de la Federación consiguieron dominar el Consejo de forma gradual, y la política aislacionista cedió el paso a una política de expansión. La Federación decidió que había llegado el momento de ampliar su esfera de influencia, de ensanchar sus fronteras y ofrecer una opción de liderazgo a todas las Tierras Meridionales. Era lógico que todo ese territorio estuviera sometido a un solo gobierno. ¿Y qué mejor gobierno que el de la Federación?

Ése había sido el comienzo. La Federación empezó a presionar hacia el norte, engullendo los pueblos y las comarcas de las Tierras Meridionales. Cien años después de la muerte de Jair Ohmsford, toda la zona meridional de Callahorn estaba sometida a la Federación. Las otras razas, los elfos, los trolls, los enanos e incluso los gnomos miraban con nerviosismo hacia el sur. Poco después, Callahorn accedió a convertirse en protectorado. Hacía mucho tiempo que sus reyes habían muerto, sus ciudades estaban enemistadas y divididas, y el último parachoques entre la Federación y las restantes tierras había desaparecido.

Fue también en aquella época cuando empezaron a correr los rumores sobre los Espectros, y se echaba la culpa de su aparición a la magia de la Antigüedad. Se decía que la magia se había sementado, se había nutrido de la tierra durante décadas y que ahora fructificaba. La magia adoptaba formas diversas; a veces sólo era una ráfaga de viento frío y otras algo vagamente humano. No obstante, siempre recibían la denominación de Espectros. Agostaron los campos, convirtiendo los prados en lodazales de podredumbre y muerte. Atacaban a las criaturas, fuesen hombres o bestias, y cuando estaban bastante debilitadas, se apoderaban de ellas por completo poseyendo sus cuerpos. Necesitaban la vida de otras criaturas para poder subsistir. Así lograban sobrevivir.

La Federación otorgó credibilidad a tales rumores, admitió la posibilidad de que aquellos seres pudieran existir y afirmó rotundamente que sólo ella era lo bastante fuerte para proteger a las tierras de sus desmanes.

Nadie arguyó que tal vez no fuese la magia la causante de los problemas, ni que los Espectros, o comoquiera que se llamaran, no estuviesen relacionados con la magia. Era más fácil aceptar la explicación ofrecida por la Federación, ya que no la magia se había perdido con la extinción de los druidas. Los Ohmsford contaban sus historias, pero eran muy pocos los que las escuchaban, y muchos menos los que las creían. La mayoría pensaba que los druidas no eran más que personajes de leyenda. Cuando Callahorn aceptó convertirse en protectorado y la ciudad de Tyrsis fue ocupada, la Espada de Shannara desapareció. Nadie supo cómo ni se preocupó mucho por ello. Nadie había visto la Espada en los últimos doscientos años. Sólo veían la cripta del Parque del Pueblo que la guardaba, clavada en un tocón petrificado, según se decía.

Las piedras élficas desaparecieron poco después. Nadie conocía su paradero, ni siquiera los Ohmsford.

A continuación, empezó a disminuir el número de elfos. Desaparecieron comunidades enteras, ciudades enteras, incluso la emblemática ciudad de Arborlon, hasta que no quedaron elfos. Fue como si nunca hubiesen existido. Las Tierras Occidentales, con la excepción de algunos cazadores y tramperos procedentes de otros lugares y de las bandas de bohemios vagabundos, estaban desiertas. Éstos, rechazados en todas partes, siempre habían estado allí, pero dijeron que no sabían nada de lo que pudiera haberles pasado a los elfos. La Federación enseguida sacó partido de la situación. Declaró que las Tierras Occidentales eran el semillero de la magia que constituía la raíz de los problemas de las Cuatro Tierras. Al fin y al cabo, habían sido los elfos quienes habían introducido la magia. Ellos habían sido los primeros en practicarla. La magia los había consumido, y eso debía servir de lección para todos los que pretendieran imitarlos.

La Federación reforzó su teoría prohibiendo la práctica de la magia en cualquiera de sus formas. Convirtió en protectorado las Tierras Occidentales, aunque sin ocuparlas, porque no contaba con los soldados necesarios para patrullar tan vasto territorio. Pero prometió que la limpiaría de los efectos malignos de cualquier magia residente en ellas.

Poco después, la Federación declaró la guerra a los enanos. Lo hizo con la excusa de que ellos la habían provocado, aunque jamás se aclaró de qué manera. La contienda tuvo el final previsto. La Federación contaba con el ejército más numeroso y mejor entrenado y pertrechado de las Cuatro Tierras en aquella época, y los enanos carecían de ejército profesional. Además, ya no contaban con la ayuda de los elfos, que habían sido sus aliados en otros tiempos, y nunca habían sido amigos de los

gnomos ni de los trolls. No obstante, la guerra se prolongó durante casi cinco años. Los enanos conocían las montañosas Tierras Orientales mucho mejor que la Federación; y aunque Culhaven cayó casi de inmediato, prosiguieron defendiendo su país en las tierras altas hasta que el hambre los obligó a rendirse. Fueron evacuados de las montañas y enviados a las minas que explotaba la Federación en el sur, donde murió la mayoría. Al ver lo que les había sucedido a los enanos, las tribus de gnomos se sometieron sin oponer la menor resistencia. Las Tierras Orientales también fueron declaradas protectorado por la Federación.

Subsistieron algunos focos de resistencia aislados. Aún quedaban un puñado de enanos y tribus dispersas de gnomos que se negaban a reconocer el gobierno de la Federación, y continuaban luchando desde las selvas del norte y del este. Pero eran muy pocos para crear problemas graves.

En memoria de la unificación de la mayor parte de las Cuatro Tierras y en honor de los que se habían esforzado por conseguirlo, la Federación erigió un monumento en la orilla septentrional del Lago del Arco Iris, donde desembocaba el río Mermidón después de atravesar las montañas de Runne. El monumento, realizado en granito negro, se asentaba sobre una base amplia y cuadrada, y sobre ella se alzaba una torre monolítica que superaba en poco menos de cien metros a los riscos cercanos y podía verse a una distancia de varios kilómetros en todas las direcciones. Se le dio el nombre de Atalaya Meridional.

Estos acontecimientos habían tenido lugar casi cien años antes. Ahora sólo los trolls constituían un pueblo libre, todavía atrincherado en las montañas de las Tierras Septentrionales —las montañas de Charnal— y en las Tierras de Kershalt. Aquél era un país peligroso y hostil, una fortaleza natural, y ningún miembro de la Federación estaba dispuesto a internarse en él. Se decidió dejarlo mientras los trolls no se mezclaran en los asuntos de las otras tierras. A lo largo de la historia, los trolls habían mostrado su inclinación por el aislamiento; por tanto, esa decisión los satisfizo.

—¡Es todo tan diferente ahora! —exclamó Par con añoranza, mientras continuaban sentados en su refugio contemplando la caída de la lluvia sobre las aguas del río Mermidón—. Ya no existen los druidas, ni Paranor, ni la magia, excepto la falsa y la poca que nosotros conocemos. Tampoco existen los elfos. ¿Qué pudo haberles sucedido, Coltar?

Hizo una pausa, pero Coltar no pronunció ni una sola palabra.

—Ni monarquías, ni Leah, ni los Cuerpos Libres de la Legión, ni todo lo que Callahorn representaba.

—Ni libertad —dijo Coltar en tono lúgubre.

—Ni libertad —repitió Par—. Me gustaría saber cómo desaparecieron las piedras élficas —prosiguió, echándose hacia atrás y apretando las piernas dobladas contra su pecho—. Y la Espada. ¿Qué pudo ocurrir con la Espada de Shannara?

—Lo mismo que a todas las demás cosas. Se perdió —respondió Coltar encogiéndose de hombros.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo pudo perderse?

—Nadie se preocuparía de su vigilancia.

Par reflexionó sobre las últimas palabras pronunciadas por su hermano. Tenían sentido. Nadie se había preocupado mucho de la magia tras la muerte de Allanon, después de la desaparición del último druida. La magia había sido dejada de lado, como si fuera una reliquia de otro tiempo, temida e incomprensida por la mayoría. Era mejor olvidarla, y eso hicieron. Todos lo hicieron, incluidos los Ohmsford, porque de lo contrario conservarían las piedras élficas. Todo lo que quedaba de su magia era la canción.

—Conocemos por los relatos lo que había sido. Sabemos toda la historia y, a pesar de eso, no sabemos nada —susurró.

—Sabemos que la Federación no quiere que la contemos —observó Coltar en tono irónico.

—A veces me pregunto si nuestro esfuerzo produce algún efecto. —El rostro de Par se contrajo en una mueca de disgusto—. La gente viene a escucharnos, pero ¿hay alguno que recuerde al día siguiente lo que ha oído? ¿Lo recuerda alguien? Y si hay algunos, ¿qué importancia tiene para ellos? Sólo es historia antigua, y para muchos ni siquiera eso. Para ellos no son más que leyendas y mitos; un cúmulo de absurdos.

—Pero no para todos —agregó Coltar.

—¿De qué sirve el cantar si no creen en los relatos? Tal vez nuestro salvador estuviese en lo cierto. Quizá pueda emplearse la magia en algo más útil.

—¿Cómo vas a ayudar a los proscritos en su lucha contra la Federación? ¿Dejándote matar? ¿Qué puede hacer el cantar en su favor?

De alguna parte del río les llegó el ruido de un súbito chapoteo, y los dos hermanos se volvieron para averiguar la causa. Pero sólo consiguieron ver las aguas golpeadas por la lluvia.

—Todo carece de sentido —dijo Par, dando un puntapié a la tierra que tenía ante sí—. ¿Qué estamos haciendo, Coltar? Huir de Varfleet como si también nosotros fuésemos proscritos, coger esta embarcación como si fuéramos unos vulgares ladrones y correr a casa como perros con el rabo entre las piernas. ¿Por qué crees que todavía utilizamos la magia? —le preguntó tras hacer una breve pausa, que dedicó a observarlo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Coltar a su vez, volviendo la cara hacia su hermano.

—¿Por qué la utilizamos? ¿Por qué no ha desaparecido como todo lo demás? ¿Crees que existe alguna razón?

—Lo ignoro —respondió Coltar, tras un guardar un largo silencio—. Ignoro lo

que implica la posesión de la magia.

Par lo miró fijamente, comprendiendo de repente lo inconveniente de su pregunta y avergonzándose de haberla formulado.

—Y no es que yo desee tenerla, entiéndelo —se apresuró a aclarar Coltar, consciente del apuro en que había puesto a su hermano—. Basta con que la tenga uno de nosotros —concluyó, esbozando una sonrisa.

—Eso espero —respondió Par devolviéndole la sonrisa y dirigiéndole una cariñosa mirada. Luego bostezó—. ¿No tienes sueño?

—No, quiero seguir hablando —respondió Coltar, haciendo un gesto negativo y retrepándose ligeramente—. Es una noche ideal para charlar.

Pero, a continuación, se quedó en silencio como si no tuviera nada que decir. Par lo observó un breve instante antes de volver la vista al río Mermidón para fijarla en una enorme rama que arrastraba sobre sus aguas, posiblemente arrancada por la tormenta. El viento, que al principio había soplado con fuerza, se había calmado, y la lluvia caía en vertical, produciendo un sonido agradable al chocar contra las hojas de los árboles.

Par se encontró pensando en el desconocido que los había librado de los investigadores de la Federación. Había pasado casi todo el día empeñado en identificarlo, pero no había conseguido dar con el más leve indicio al respecto. Sin embargo, le resultaba familiar por su forma de hablar, su seguridad y la confianza que inspiraba. Le recordaba a algún personaje de las historias que contaba, pero no conseguía determinar a cuál de ellos. Todos los personajes de sus relatos eran muy parecidos, héroes de los días de la magia y de los druidas, héroes que él echaba de menos en el tiempo presente, aunque quizás estuviese equivocado. Aquel hombre había actuado de una forma increíble cuando los rescató en la cervecería Barba Azul. Parecía dispuesto a enfrentarse con toda la Federación. ¿Había aún alguna esperanza para las Cuatro Tierras?

Se inclinó hacia delante y echó unos cuantos palos secos a la pequeña hoguera, contemplando las volutas de humo que salían de la tienda de lona para perderse entre las sombras de la noche. Un relámpago destelló de repente en el este, seguido por el retumbar del trueno.

—Ahora nos vendrían muy bien ropas secas —murmuró—. Las mías están completamente mojadas por la humedad del ambiente.

—Y también un poco de pan y un estofado caliente —respondió Coltar, haciendo un gesto de asentimiento.

—Y un baño y una cama cómoda.

—Y hasta el olor de especias frescas.

—Y de agua de rosas.

—En este momento me conformaría con que cesara esta maldita lluvia —dijo

Coltar, emitiendo un suspiro y fijando sus ojos en la oscuridad—. Siento que en una noche así casi podría creer en los Espectros.

En aquel preciso momento, Par decidió hablarle de sus sueños. No vio ninguna razón para continuar reservándolos para sí.

—Hace tiempo que tengo sueños. En realidad, siempre es el mismo, que se repite una y otra vez.

Se lo contó en pocas palabras, insistiendo en el desconcierto que le producía la figura de ropaje oscuro que le hablaba.

—No la veo con la suficiente claridad para saber quién es —le dijo—, pero tal vez se trate de Allanon.

—O de cualquier otro —respondió Coltar, encogiéndose de hombros—. Es un sueño, Par. Y los sueños siempre son imprecisos.

—Pero he soñado lo mismo una docena de veces, quizá dos. Al principio pensaba que se debía a la magia, que actuaba en mí, pero... —Se detuvo, mordiéndose un labio—. ¿Y si...? —Se detuvo de nuevo.

—¿Y si qué?

—¿Y si no es sólo la magia? ¿Y si Allanon, o cualquier otro, se valiera de los sueños para enviarme un mensaje?

—¿Un mensaje para qué? ¿Para que vayas al Cuerno del Infierno o a otro sitio tan peligroso como ése? —inquirió Coltar, a su vez, haciendo un gesto de incompreensión—. Yo, en tu lugar, no me preocuparía por eso. Y, desde luego, no me plantearía la posibilidad de acudir a su llamada —prosiguió, frunciendo el entrecejo—. Lo estás haciendo, ¿verdad?

—No —respondió Par.

Al menos, no hasta que haya reflexionado profundamente sobre ello, rectificó mentalmente, sorprendido por aquella salvedad.

—Eso es un alivio. Ya tenemos bastantes problemas como para ahora ir en busca de druidas muertos.

Era evidente que, con esas palabras, Coltar consideraba zanjada la cuestión.

Par no dijo nada, prefirió remover el fuego con un palo, cambiando las brasas de sitio. En aquel momento se dio cuenta de que estaba pensando en ir. Hasta entonces, no había prestado mucha atención al asunto, pero de repente sintió una acuciante necesidad de conocer el significado de los sueños. Carecía de importancia que fuera o no Allanon quien los provocara. Una voz interior, un minúsculo atisbo de conocimiento, le indicaba que el descubrimiento del origen de sus sueños le ayudaría, a su vez, a descubrir algo sobre sí mismo y sobre la utilización de la magia. Le molestó aquel pensamiento, le molestó admitir que, de repente, había admitido la posibilidad de considerar algo que había rechazado desde el mismo momento en que se habían presentado los sueños. Pero eso no fue suficiente para disuadirle. En la

familia Ohmsford existía una tradición sobre los sueños, según la cual éstos casi siempre llevaban implícito un mensaje.

—Me gustaría estar seguro —murmuró.

—¿Seguro de qué? —preguntó Coltar, que estaba tendido boca arriba con los ojos cerrados.

—De los sueños. De si han sido o no enviados por alguien.

—Yo tengo esa seguridad por los dos, por ti y por mí —respondió Coltar con un bufido—. No hay druidas, tampoco Espectros. No hay espectros tenebrosos que intentan trasmitirte mensajes cuando duermes. Estás fatigado y exhausto, nada más, y sueñas con fragmentos deslavazados de las historias que cantas.

—Supongo que así debe ser —convino Par, aunque no estaba de acuerdo, envolviéndose en la manta y tendiéndose junto a su hermano.

—Es probable que esta noche sueñes con inundaciones y peces, teniendo en cuenta la humedad que hay en este lugar —respondió Coltar, bostezando.

Par permaneció callado. Escuchó durante un rato el sonido de la lluvia con la mirada puesta en la oscura lona que reflejaba las llamas.

—Tal vez elija mi propio sueño —dijo en voz baja, e inmediatamente se durmió.

Aquella noche volvió a soñar después de no hacerlo durante casi dos semanas, y su sueño fue el que había deseado, el de la figura de ropaje oscuro, como si dependiera de su voluntad. Le pareció que surgió de las profundidades de su subconsciente en cuanto se quedó dormido. Le sorprendió su rapidez, pero no se despertó. Vio que la figura fantasmal emergía del lago y se dirigía hacia él, difusa y sin rostro, en actitud tan amenazadora que hubiese echado a correr. Pero el sueño lo dominaba, y le impedía huir. Se oyó a sí mismo que le preguntaba por qué había estado ausente durante tanto tiempo, pero no obtuvo ninguna respuesta. La figura se acercaba a él en silencio, sin mostrar el más leve indicio de su propósito.

Luego se detuvo frente a él, un ser que podía haber sido cualquier persona o cualquier cosa, buena o mala, viva o muerta.

Háblame, pensó Par aterrorizado.

Pero la figura se limitó a permanecer muda e inmóvil en el lugar donde se había detenido, envuelta en sombras, como si esperara algo.

Entonces Par, impulsado por una fuerza que nunca hubiera creído poseer, avanzó hasta llegar a su altura y le retiró la capucha. Vio la cara que ocultaba con la misma claridad que si la iluminara la luz del Sol, y la reconoció al instante. La había cantado un millar de veces, y le era tan familiar como la suya propia.

Era la cara de Allanon.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, decidió no hacer ningún comentario a Coltar sobre el sueño. En primer lugar, no sabía qué decirle. No estaba seguro de si el sueño había surgido por sí mismo o, por el contrario, había sido provocado por sus fuertes deseos de que se produjera. Por tanto, no tenía ningún medio para averiguar si se trataba del auténtico. En segundo lugar, contárselo a Coltar significaba que volviera a calificarlo de estúpido por seguir pensando en algo que quedaba fuera de su posibilidad de acción. Por último, si era sincero con su hermano, tendría que discutir sobre la conveniencia de internarse en los Dientes del Dragón en busca del Cuerno del Infierno y de un druida que hacía trescientos años que había muerto. Por el momento, era preferible olvidar el tema.

Tomaron un desayuno frío, compuesto de bayas silvestres y agua de un arroyo, que tuvieron la suerte de hallar. Había dejado de llover, pero el cielo estaba encapotado y el día se presentaba gris y amenazador. Soplaban un fuerte viento del noroeste que doblaba las ramas de los árboles y agitaba con violencia sus hojas. Recogieron el equipo, se embarcaron en el esquife y soltaron amarras.

El río Mermidón estaba muy crecido, y la embarcación se balanceaba y cabeceaba sin cesar mientras seguía el curso del río hacia el sur. Las aguas arrastraban innumerables ramas y desechos, y debían utilizar los remos para apartar aquellos que pudieran dañar la embarcación. Las montañas de Runne se alzaban a ambos lados, oscuras, envueltas en jirones de niebla y nubes bajas. Hacía frío, y los dos hermanos sintieron que se les entumecían las manos y los pies.

Siempre que les era posible, se aproximaban a la orilla y descansaban, pero no servía de mucho. No tenían reservas de alimentos ni tampoco podían calentarse sin encender una hoguera, y para ello necesitaban un tiempo que no estaban dispuestos a perder. Al empezar la tarde volvió a llover. El frío se intensificó con la lluvia, el viento acrecentó su fuerza y se hizo peligroso continuar en el río. Cuando descubrieron una pequeña cala donde se alzaba un viejo pino, maniobraron hacia ella, desembarcaron y se dispusieron a acampar para pasar la noche.

Encendieron un fuego, cenaron los peces que Coltar había pescado e intentaron secarse bajo la tienda de lona, con el viento rugiendo a través del cañón formado por los montes y las aguas del río chocando contra las orillas. Pero no soñó aquella noche.

La mañana llevó consigo el cambio de tiempo que tanto necesitaban. La tormenta se había desplazado hacia el este, el cielo estaba despejado, brillaba la luz del Sol y el aire se había calentado. Sus ropas se secaron mientras el esquife seguía el curso del río hacia el sur, y al mediodía la atmósfera se había caldeado tanto que pudieron quitarse las túnicas y las botas, y disfrutar del calor del Sol sobre la piel.

—Como suele decirse, tras la tempestad viene la calma —comentó Coltar, con

evidente satisfacción—. A partir de ahora tendremos buen tiempo, ya lo verás. Tres días más, y estaremos en casa.

Par esbozó una sonrisa, pero permaneció callado.

El día transcurrió en calma, y los árboles y las flores, en plena estación veraniega, volvieron a impregnar el aire con su fragancia.

Dejaron atrás la Atalaya Meridional, una mole de granito negro que se proyectaba hacia el cielo sobre la montaña rocosa de un lado del río. Incluso a tanta distancia, la torre era impresionante. Su piedra granítica y opaca era tan oscura que parecía absorber luz. Corrían toda clase de rumores sobre la Atalaya Meridional. Algunos decían que estaba viva y que subsistía alimentándose de la tierra, otros aseguraban que era capaz de desplazarse y casi todos estaban de acuerdo en que parecía aumentar de tamaño por medio de una construcción permanente. Les dio la sensación de que estaba desierta. Siempre presentaba ese aspecto. Se suponía que era custodiada por una unidad de elite del ejército de la Federación, pero nadie había visto a los soldados. Par se alegró de eso cuando pasaron a sus pies sin ser molestados.

A últimas horas de la tarde llegaron a la desembocadura del río Mermidón, que vertía sus aguas en el Lago del Arco Iris, y se encontraron ante su extensa superficie de plata azulada cuyo extremo occidental doraba el Sol en su peregrinaje hacia el horizonte. El arco iris que le daba nombre se alzaba sobre sus cabezas, tenue bajo el resplandor de la luz solar, con los azules y púrpuras casi invisibles y los rojos y amarillos muy pálidos. En la lejanía, las grullas se movían lentamente. Sus elegantes cuerpos se silueteaban a contraluz.

Los hermanos Ohmsford dirigieron su embarcación a la orilla y, al llegar, la vararon a la sombra de unos árboles que crecían junto a un risco bajo. Acamparon allí, y montaron la tienda para poder cobijarse si el tiempo empeoraba. Coltar se dedicó a pescar mientras su hermano buscaba leña para encender fuego.

Par recorrió la orilla oriental del lago disfrutando de la brillante superficie de sus aguas y de los colores de su entorno. Al cabo de un rato se adentró en el bosque y empezó a recoger ramas secas. Sólo había dado unos cuantos pasos cuando percibió el olor a humedad y a podredumbre. Entonces advirtió que había muchos árboles moribundos, con las hojas marchitas y pardas, las ramas desgajadas y los troncos descortezados. La tierra tampoco ofrecía muy buen aspecto. La golpeó y removió con la bota, y la examinó atentamente. Tuvo la impresión de que allí no había nada vivo; ni pequeños animales que huyeran ni pájaros que cantaran en los árboles. El bosque estaba desierto.

Decidió renunciar a buscar leña en esa dirección. Estaba a punto de regresar a la orilla, cuando vio la casa. En realidad era una cabaña, y estaba cubierta de plantas trepadoras, cizaña y maleza. Algunos tablones de los muros estaban sueltos, los postigos yacían en el suelo y una parte del tejado había cedido. Los cristales de las

ventanas estaban rotos y la puerta principal abierta. Se levantaba al borde de una cala formada por la penetración del lago entre los árboles, el agua era verdosa e inmóvil, y su olor desagradable.

Par hubiera pensado que estaba deshabitada si no hubiera visto una ligera columna de humo que emergía de su ruinosa chimenea.

Dudó y se preguntó cómo podía haber alguien que pudiera elegir semejante lugar para vivir. También se preguntó si en realidad habría alguien o si el humo no era más que un residuo y, acto seguido, si ese alguien podría necesitar ayuda.

Había tomado la decisión de comprobarlo, pero había algo repulsivo en la cabaña y sus alrededores que le impidió avanzar. Se limitó a gritar. Esperó un momento y volvió a hacerlo. Al no obtener respuesta, giró sobre sus talones, aliviado, y se alejó del lugar.

Coltar lo esperaba con un pez en la mano, así que se apresuraron a encender fuego y a asarlo. Los dos hermanos estaban cansados de comer siempre lo mismo, pero era mejor que nada y tenían más hambre de la que hubieran podido imaginar. Cuando acabaron la cena, se sentaron a contemplar cómo el Sol se ocultaba tras el horizonte y el Lago del Arco Iris se tornaba en una balsa de plata. El cielo se oscureció y se llenó de estrellas, y los sonidos de la noche llenaron el silencio del atardecer. Las sombras de los árboles que los rodeaban se alargaron y se unieron en la cada vez más difusa luz del día.

Par se esforzaba en buscar las palabras adecuadas para decirle a Coltar que no le gustaba la idea de regresar a Valle Umbroso, cuando apareció ante ellos la leñadora.

Salió de entre los árboles que crecían a sus espaldas, desgajándose de la oscuridad como si formara parte de ella, encorvada como si estuviese doblada por la mitad. Iba vestida de harapos, unos sobre otros, y daba la impresión de que hacía muchos años que no se los había quitado. Tenía la coronilla calva, y su tosca y desagradable cara estaba enmarcada por guedejas de pelo incoloro. Era imposible determinar su edad.

Se apartó del bosque con suma cautela y se detuvo justo ante el círculo iluminado por la hoguera, apoyándose en un bastón desgastado por el sudor y el roce de su mano. Después, levantó un brazo nudoso para señalar a Par.

—¿Fuiste tú quien me llamó? —preguntó con voz cascada.

Par fijó la vista en ella contra su voluntad. Parecía un ser de otro mundo, un ser que no tenía derecho a vivir ni a caminar. El polvo y la suciedad colgaban de ella como si hubieran echado raíces mientras dormía.

—¿Fuiste tú? —insistió.

—¿Quien gritó hacia la casa? Sí, fui yo —respondió Par, que al fin había logrado comprender a qué se refería.

—Debiste haber entrado en lugar de quedarte allí —le reprochó la leñadora esbozando una sonrisa, y su cara se contorsionó por el esfuerzo—. La puerta estaba

abierta.

—No quería...

—La tengo así para asegurarme de que no pasa nadie sin que lo salude. El fuego siempre está encendido.

—Vi el humo, pero...

—Estabas recogiendo leña, ¿verdad? ¿Venís de Callahorn? —Sus ojos se desviaron hacia el esquiife varado—. ¿Tal vez huís de algo?

Par se quedó rígido, e intercambió una rápida mirada con Coltar.

La mujer se acercó, tanteando el camino que debía seguir con el bastón.

—Son muchos los que llegan hasta aquí huyendo. Gentes de todas clases. Vienen en busca de una cosa u otra. —Se detuvo—. ¿Sois de éstos?

—No huimos de nada —respondió Coltar con premura.

—¿No? Entonces, ¿por qué vais tan bien equipados? —les preguntó, agitando su bastón en el aire—. ¿Cómo os llamáis?

—Y tú ¿qué buscas? —le preguntó Par de repente, a quien cada vez le gustaba menos el aspecto de la leñadora.

La vieja dio otro paso adelante. Había algo extraño en ella, algo que Par no había advertido antes. No parecía ser completamente sólida, andaba como si lo hiciera a través de humo o de una masa de aire caliente. Sus movimientos tampoco eran normales, y ello no se debía precisamente a la edad. Parecía una de esas marionetas que se exhiben en las ferias, con las articulaciones sujetas con alfileres y pendientes de unos hilos.

El hedor de la cala y de la cabaña ruinosa la envolvía, y ella husmeó el aire de repente como si también lo percibiera.

—¿Qué es eso? —inquirió, clavando sus ojos en Par—. ¿Huelo a magia?

Par se quedó helado. Fuera quien fuese aquella mujer, no quería ninguna relación con ella.

—¡Magia! ¡Sí! ¡Clara, pura y llena de vida! —exclamó la leñadora, lamiendo con su lengua el aire nocturno para probar su sabor—. ¡Tan dulce como la sangre para los lobos!

—Mejor será que te vayas por donde has venido —respondió Coltar, sin molestarse lo más mínimo en disimular su repulsión—. Aquí no tienes nada que hacer. Vete.

Pero ella se quedó donde estaba. Su boca se curvó y sus ojos adquirieron de repente el color rojo y el fulgor de los carbones encendidos.

—Acércate, muchacho —silbó, dirigiéndose a Par—. ¡Ven aquí!

Le tendió una mano, y Par y Coltar retrocedieron para protegerse, alejándose del fuego. La mujer dio varios pasos hacia delante, dejó atrás la hoguera y forzó su retroceso hacia la oscuridad.

—¡Dulce muchacho! —murmuró como si hablara para sí—. ¡Deja que te pruebe!

Los dos hermanos se mantuvieron inmóviles, negándose a alejarse más de la luz. La vieja captó en sus ojos su firme resolución, y esbozó una péfida sonrisa. Avanzó, un paso, otro y otro más...

Coltar se abalanzó contra ella, que miraba a Par, con el propósito de agarrarla y sujetarle los brazos. Pero la mujer fue más rápida. Levantó el bastón y le propinó un fuerte golpe en la cabeza, dejándolo tendido en el suelo. Inmediatamente fue hacia él, aullando como una bestia enloquecida. Pero Par se le adelantó, recurriendo al cantar de manera inconsciente, llenando el lugar de imágenes terribles. La vieja se echó hacia atrás, sorprendida, intentando rechazarlas con las manos y el bastón. Par aprovechó la oportunidad para incorporar a su hermano y ayudarlo a ponerse de pie. Después tuvo que darle un empujón a fin de evitar que su atacante le clavara las garras. La leñadora se detuvo de repente y dejó que las imágenes deambularan a su alrededor. Entonces se volvió hacia Par esbozando una sonrisa que le heló la sangre en las venas. El joven del valle envió la imagen de un espectro demoníaco para asustarla, pero la vieja se enfrentó a ella, abrió la boca y absorbió. La imagen se disipó y la anciana se humedeció los labios y emitió un gemido.

Par envió a un guerrero armado, y la vieja lo devoró con avidez. Se acercaba de nuevo, sin que las imágenes supusieran ningún obstáculo para ella, ansiosa de que le enviara más. Daba la sensación de que disfrutaba con el sabor de la magia. Par intentó afianzar a Coltar, pero su hermano, todavía semiinconsciente, necesitaba el apoyo de sus brazos.

—¡Coltar, despierta! —lo apremió.

—Ven, muchacho —repitió la mujer en voz baja, mientras se acercaba—. ¡Ven a alimentarme!

Entonces la hoguera explotó en un fogonazo y el claro se iluminó como si fuese de día. Ella se apartó, aún más encogida, y su grito de asombro se transformó en un alarido de rabia. Par parpadeó, forzando los ojos para ver lo que ocurría más allá.

Un anciano salió de entre los árboles. Sus cabellos eran blancos, sus ropas grises y su piel tan oscura como la madera seca. Pasó de la oscuridad a la luz como si fuera un fantasma. Su boca dibujaba una fiera sonrisa y sus ojos refulgían con un brillo extraño. Par se volvió con cautela, desenfundando el largo cuchillo que llevaba en el cinturón. Ya son dos, pensó con angustia, y zarandó a Coltar para intentar reanimarlo.

Pero el anciano, que había fijado su mirada en la leñadora, no le prestó atención.

—Te conozco —susurró—. No asustas a nadie. ¡Vete de aquí o tendrás que enfrentarte conmigo!

La vieja siseó como si fuera una serpiente y se puso en cuclillas, dispuesta para saltar. Pero advirtió algo en la cara del hombre que la hizo desistir del ataque.

Lentamente, empezó a retroceder, rodeando la hoguera.

—Vuelve a las tinieblas —le ordenó el anciano.

La leñadora siseó por última vez, dio media vuelta y desapareció entre los árboles sin producir el más leve ruido, pero su hedor siguió impregnando el ambiente algún tiempo más. El anciano hizo un ademán con la mano en dirección al fuego, y éste recuperó la normalidad. La noche volvió a llenarse de sonidos tranquilizadores, y todo fue como había sido.

—Bah. Uno de los pequeños horrores que escapan de las pesadillas —dijo el anciano con tono disgustado, resoplando y acercándose a la hoguera mientras miraba a Par—. ¿Te encuentras bien, joven Ohmsford? ¿Quién es éste? ¿Coltar? Ha recibido un mal golpe.

—Sí gracias —respondió Par, haciendo un gesto de asentimiento y dejando a su hermano en el suelo—. ¿Puedes hacer el favor de acercarme ese paño y un poco de agua?

El anciano le dio lo que le había pedido el joven del valle. Par humedeció el lado de la cabeza de Coltar donde estaba empezando a formarse una fea magulladura. Éste se estremeció, se sentó y puso la cabeza entre sus piernas, en espera de que cesaran los dolorosos latidos. Par levantó la vista y entonces cayó en la cuenta de que el anciano había pronunciado el nombre de Coltar y el apellido de ambos.

—¿Cómo sabes quiénes somos? —le preguntó con tono precavido.

—Bueno, sé quiénes sois porque os he estado buscando —respondió el anciano sosteniéndole la mirada—. Pero no soy enemigo vuestro, si es eso lo que estás pensado.

—En realidad, no —contestó Par, haciendo un gesto negativo—. No después de la ayuda que nos has prestado. Muchas gracias.

—No necesitas dárme las.

—Esa mujer, o lo que quiera que fuese, parece que se asustó cuando te vio. —No era una pregunta, sino la afirmación de un hecho.

—Quizá —respondió el anciano, encogiéndose ligeramente de hombros.

—¿La conoces?

—Sé algunas cosas sobre ella.

—¿Y por qué razón nos buscabas? —preguntó Par, tras dudar sobre la conveniencia de seguir insistiendo sobre el mismo tema.

—Me temo que es una historia demasiado larga —respondió el anciano en un tono que parecía indicar que el esfuerzo que debería hacer para narrarla era excesivo para él— ¿Nos sentamos junto al fuego para hablar sobre ello? El calor será beneficioso para mis viejos huesos. ¿No tenéis cerveza? ¿No? ¡Qué lástima! Bueno, supongo que, dadas las circunstancias de vuestra huida de Varfleet, no tuvisteis tiempo para preocuparos de esas minucias. Bastante hicisteis con conseguir huir.

Se acercó a la hoguera y se sentó con cuidado en la hierba, doblando las piernas ante sí y ciñéndose sus ropas grises.

—Mi intención era reunirme con vosotros allí. Pero se produjo aquel asalto de la Federación y os marchasteis antes de que pudiera lograr mi propósito.

Cogió una taza y la llenó del agua del cubo, que bebió con avidez. Coltar, que también se había sentado y mantenía el paño húmedo apretado contra la parte dañada de su cabeza, lo observaba con curiosidad. El joven Par se acomodó junto a él.

—Me envía Allanon —dijo con la mayor naturalidad cuando acabó de beber, tras secarse la boca con la manga.

Los hermanos Ohmsford, que se habían quedado estupefactos, lo miraron, se miraron y volvieron a mirar al anciano.

—¿Allanon? —repitió Par.

—Hace trescientos años que murió —gritó Coltar.

—Ya lo sé— respondió el hombre, haciendo un gesto de asentimiento—. Me he expresado mal. En realidad fue su espíritu, pero es Allanon a todos los efectos.

—¿El espíritu de Allanon? —Coltar apartó el paño de su cabeza, olvidándose de la herida, sin molestarse en disimular su incredulidad.

—Debéis de tener un poco de paciencia para que pueda explicaros el asunto —les dijo el anciano, mientras se frotaba el mentón—. Os costará mucho aceptar lo que voy a decir, pero debéis intentarlo. Creedme, es muy importante.

»Por el momento, consideradme un mensajero, ¿de acuerdo? —prosiguió, acercando las manos abiertas al fuego—. Como el mensajero de Allanon, porque es lo que soy ahora. Tú, Par, ¿por qué no has respondido a los sueños?

—¿Lo sabes? —inquirió como respuesta el joven del valle, sintiendo un estremecimiento.

—Fue Allanon quien te envió los sueños para atraerte hacia él. ¿No lo entiendes? Su voz te hablaba, su espíritu se mostraba ante ti. Te convoca al Cuerno del Infierno, a ti y a tu prima Wren y...

—¿Wren? —lo interrumpió Coltar con incredulidad.

—Eso es lo que he dicho, ¿no? —respondió el anciano, que pareció sentirse molesto—. ¿Es que voy a tener que repetirlo todo? Vuestra prima Wren Ohmsford. Y también Walker Boh.

—Tío Walker —susurró Par.

—Eso es ridículo —intervino de nuevo Coltar visiblemente irritado, mirando a su hermano y haciendo un gesto de incredulidad—. ¡Nadie sabe dónde están! Wren vive en algún lugar de las Tierras Occidentales con los bohemios. ¡En un carro! Y hace casi diez años que nadie ha visto a Walker Boh. ¡Incluso podría haber muerto!

—Podría haber muerto, pero sigue con vida —afirmó el anciano, dirigiendo a Coltar una expresiva mirada y volviéndose a continuación hacia Par—. Tenéis que ir

al Cuerno del Infierno cuando haya concluido este ciclo lunar, es decir, la primera noche de luna nueva. Allanon os hablará allí.

—¿Sobre la magia? —preguntó Par, sintiendo que una corriente helada atravesaba su cuerpo.

—¿Sobre los Espectros? —preguntó Coltar, mientras oprimía los hombros de su hermano.

—¡De lo que él quiera! —respondió el anciano, inclinándose de repente hacia delante, con expresión dura—. ¡Sí, de magia! ¡Y de los Espectros! ¡De unas criaturas parecidas a la que te golpeó como si fueras un bebé! ¡Pero, sobre todo, joven Coltar, de esto!

Lanzó un puñado de polvo negro a la hoguera de improviso, y Par y Coltar se echaron hacia atrás. El fuego flameó lo mismo que a su llegada, pero esta vez la luz desapareció al instante y todo quedó envuelto en tinieblas.

Inmediatamente, las tinieblas crearon una imagen, que creció hasta dar la impresión de llenar todo el espacio que los rodeaba. Era una imagen de las Cuatro Tierras, de campos áridos y vacíos abandonados por la vida. Todo estaba sumido en la penumbra, cubierto de humo ceniciento. Los ríos estaban tan contaminados que sus aguas parecían envenenadas, y los árboles tan arqueados y resecaos, que parecían moribundos. Sólo la maleza crecía por doquier. Los hombres reptaban como si fueran animales; y los animales, a su vez, huían de ellos. Espectros con espantosos ojos rojizos deambulaban por todas partes. Penetraban en los cuerpos de los humanos reptantes, haciéndolos retorcerse hasta que perdían su forma.

Era una pesadilla tan real y terrorífica que los Ohmsford tuvieron la sensación de que la estaban viviendo, y de que los gritos que brotaban de las bocas de los humanos torturados los proferían ellos.

Cuando desapareció aquella visión y volvieron a encontrarse junto a la hoguera, el anciano los observó con ojos de halcón.

—Eso formaba parte de mi sueño —dijo Par.

—Eso es el futuro —afirmó el anciano.

—O un truco —respondió Coltar, luchando contra su propio miedo.

—El futuro es un laberinto de posibilidades cambiantes hasta que se convierte en presente —le contestó el anciano, mirándolo directamente a los ojos—. El futuro que os he mostrado esta noche no es más que una de esas posibilidades. Pero cada día que transcurre sin que nadie haga nada por evitarlo, trabaja en su favor. Si no quieres que nos alcance, haz lo que te he dicho. ¡Ve al encuentro de Allanon y escucha sus palabras!

Coltar permaneció en silencio. Sus oscuros ojos reflejaban inquietud y duda.

—Dinos quién eres —dijo Par en voz baja.

El anciano se volvió hacia él, lo observó durante un breve instante y apartó la

vista de ambos para fijarla en la oscuridad, como si allí hubiese mundos y vidas.

—Muy bien, aunque no entiendo de qué puede servir. Tengo un nombre, un nombre que ambos deberíais reconocer al instante. Me llamo Cogleine.

Par y Coltar guardaron silencio durante un momento, y después empezaron a hablar al unísono.

—Cogleine, ¿el mismo Cogleine que vivía en las Tierras Orientales con...?

—¿Con Kimber Boh? —los interrumpió, irritado—. ¡Claro! ¿Cuántos Cogleine creéis que existen?

—Cogleine era muy viejo en la época de Brin Ohmsford, hace ya trescientos años —repuso Par, haciendo una profunda inspiración.

—¡Muy viejo! —exclamó el anciano, soltando una sonora carcajada—. ¿Y qué sabes tú de viejos, Par Ohmsford? ¡La verdad es que no sabes nada! —Volvió a reír con ganas, pero enseguida su rostro se ensombreció con una expresión de tristeza—. Escucha, joven del valle. Allanon tenía quinientos años cuando murió. No cuestionas eso, ¿verdad? Lo deduzco de la forma en que narras su historia. Y si es así, ¿por qué te parece tan asombroso que yo haya vivido trescientos?

Se interrumpió un breve instante, y los dos hermanos pudieron captar un inesperado destello malicioso en sus ojos.

—Si eso te sorprende tanto, ¿cómo hubieras reaccionado si te hubiese dicho que he vivido mucho más? —prosiguió el anciano, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. No, no te molestes en responder. En cambio me gustaría que contestases a estas preguntas: ¿Qué sabes de mí? ¿Qué sabes del Cogleine de tus historias?

—Que vivía como un ermitaño con su nieta, Kimber Boh —respondió Par, haciendo un gesto de incompreensión—. Que mi antepasada Brin Ohmsford y su compañero Rone Leah lo encontraron cuando...

—Sí, sí, ¿pero qué sabes respecto al hombre? Piensa en lo que sabes de él.

—Que... —Par se detuvo, encogiéndose de hombros—. Que usaba unos polvos que estallaban. Que tenía conocimientos de las ciencias antiguas, que las había estudiado en alguna parte.

Empezó a recordar detalles concretos de los relatos sobre Cogleine y a pensar en que quizá no fuese tan inverosímil lo que el anciano afirmaba.

—Empleaba diferentes formas de poder descartadas por los druidas cuando reconstruyeron el viejo mundo. Oye, si de verdad eres Cogleine, aún debes de conservar ese poder, ¿no? ¿Es una magia parecida a la que yo poseo?

—¡Par! —exclamó Coltar, mostrando una inquietud repentina.

—¿Cómo la tuya? —preguntó el anciano— ¿Magia como la del cantar? No, en absoluto. ¡Nada tan incierto como eso! ¡Ése ha sido siempre el problema de las magias de los elfos! Mi poder se basa en ciencias demostradas a través de los años por estudios serios. No actúa por sí misma, no se desenvuelve como si fuera algo

vivo. —Se detuvo un instante y una dura sonrisa arrugó aún más su viejo rostro—. ¡Pero mi poder no canta, Par Ohmsford!

—¿De verdad eres Cogle? —insistió Par, cuya voz mostraba su sorpresa ante semejante posibilidad.

—Sí —murmuró el anciano—. Sí, Par.

Se volvió con rapidez para mirar a Coltar, que estaba a punto de intervenir, llevándose a los labios un dedo largo y huesudo.

—Chist, joven Ohmsford. Sé que aún no me creéis, ni tú ni tu hermano, pero escuchadme un momento. Vosotros dos pertenecéis a la casa élfica de Shannara. Nunca fueron numerosos los miembros de esa casta y siempre se ha esperado mucho de ellos. Creo que lo mismo os ocurrirá a vosotros. Quizá más. Pero a mí no se me ha dado la facultad de la profecía. Como ya os he dicho, solamente soy un mensajero, un pobre mensajero, en el mejor de los casos, y además en contra de mi voluntad. Pero Allanon no contaba con nadie más.

—¿Y por qué contigo? —preguntó Par, ansioso y a la vez preocupado.

El anciano calló, y su rostro se contrajo como si la respuesta que el joven del valle le pedía estuviese más allá de sus posibilidades. Cuando por fin habló, su rostro reflejaba ya una gran serenidad.

—Porque fui druida en otra época, en una época tan remota que apenas recuerdo lo que significaba. Estudié los caminos de la magia y los caminos de la ciencia descartada, y opté por esta última, abandonando la primera y el derecho a continuar con los demás. Allanon me conocía o, si lo preferís, sabía de mi existencia y recordaba lo que fui. Bueno, he exagerado un poco al decir que fui druida. No. Yo no era más que un estudioso de sus conocimientos. Pero Allanon me recordaba. Cuando recurrió a mí lo hizo como un druida se dirige a otro, aunque no lo dijo. Sólo contaba conmigo para realizar lo que ahora es necesario, para buscaros a ti y a los demás, y advertiros que los sueños son auténticos. Todos los habéis tenido. Me refiero a Wren y a Walker Boh, ya sabes. A todos os envió una visión del peligro que guarda el futuro. Como ninguno de vosotros respondió a su mensaje, me envió a mí en vuestra búsqueda.

»Fui druida en espíritu, aunque no en ejercicio, y todavía conservo bastante ciencia drúidica —prosiguió el anciano, parpadeando al sentirse invadido por los recuerdos—. Pero lo mantuve en secreto. Ni mi nieta Kimber ni sus antepasados lo supieron. He tenido muchas vidas diferentes. Cuando fui con Brin Ohmsford al Maelmord, yo era Cogle el ermitaño, medio loco, medio cuerdo, poseedor de polvos mágicos y extrañas ideas. Así era yo entonces. Me convertí en aquella persona. Necesité mucho tiempo para recuperarme del dolor que me produjo la muerte de Kimber, y tardé muchos años en volver a actuar y hablar como yo mismo. —Dio un suspiro—. El Sueño del Druida es lo que prolonga mi existencia. Yo

conocía su secreto y lo llevé conmigo cuando los abandoné. Pensé muchas veces en no esforzarme, en no oponerme a la muerte, pero una fuerza superior siempre me lo impedía. Ahora pienso que tal vez fuese Allanon, que había regresado del país de los muertos para conseguir que los druidas tuviesen un portavoz después de su desaparición.

Captó la inquisitiva mirada que le dirigió Par y, anticipándose a su pregunta, se apresuró a decir:

—¡No, no, yo no! ¡Yo no soy el portavoz que el druida necesita! Apenas si dispongo del tiempo suficiente para llevar el mensaje que me ha sido confiado. Allanon lo sabe. Es consciente de que no debe pedirme que acepte una vida que ya he rechazado. Tiene que pedírselo a otro.

—¿A mí? —preguntó Par.

—Tal vez —respondió el anciano, tras guardar un instante de silencio—. ¿Por qué no se lo preguntas?

Ninguno de los dos hermanos hizo ningún comentario. Los tres se inclinaron hacia el fuego, mientras la oscuridad se intensificaba a su alrededor. Los sonidos emitidos por las aves nocturnas les llegaban débilmente a través de las aguas del Lago del Arco Iris, unos sonidos inquietantes que, de alguna manera, parecían un eco de la incertidumbre que sentía Par.

—Quiero preguntárselo —dijo al fin—. Creo que necesito hacerlo.

—Entonces debes hacerlo —respondió el anciano, contrayendo sus finos labios.

—Todo este asunto requiere una cuidadosa meditación —se limitó a comentar Coltar, aunque ardía en deseos de oponer serias objeciones.

—Disponemos de muy poco tiempo para eso —gruñó el anciano.

—Por tanto, no lo perdamos —concluyó Coltar, que ya no se mostraba hostil, sino sólo insistente.

—Coltar está en lo cierto —dijo Par, mirando a su hermano y haciendo un gesto de asentimiento—. Debo pensarlo.

—Yo he cumplido mi misión y te he dado el mensaje, así que debo seguir mi camino —respondió el anciano, encogiéndose de hombros y poniéndose de pie para indicarles que él ya no tenía nada que hacer allí—. Tengo que visitar a los otros.

—¿Te vas ahora? ¿De noche? —le preguntó Par, que se había puesto en pie, sorprendido, al mismo tiempo que su hermano.

Había creído que el anciano se quedaría hasta que consiguiera convencerlo de la finalidad de los sueños.

—Sí. Cuanto antes reemprenda el viaje, antes lo terminaré. Ya te lo he dicho. Te he visitado a ti en primer lugar.

—¿Pero cómo podrás encontrar a Wren y a Walker? —le preguntó Coltar.

—De la misma forma que os he encontrado a vosotros —respondió el anciano. A

continuación chasqueó los dedos y se produjo un destello de luz plateada. En su esquelética cara, iluminada por la luz de la hoguera, se dibujó una afable sonrisa—. ¡Magia!

Tendió a los hermanos su huesuda mano. Par fue el primero en estrecharla y se extrañó de la fuerza que conservaba. Coltar experimentó la misma sensación, y los dos hermanos intercambiaron una mirada.

—Permitidme un consejo —dijo el anciano—. Aunque no estáis obligados a seguirlo... o tal vez sí. Contáis esas historias, esos relatos de druidas y magia de vuestros antepasados, una especie de letanía de lo que fue y ya no es. Está bien, pero no quisiera que perdierais de vista lo que ocurre aquí y ahora, porque eso es muy importante. Todas las historias del mundo no servirán para nada si la visión que os he mostrado se convierte en realidad. Tenéis que vivir en este mundo, no en otro. La magia puede servir para muchos propósitos, pero vosotros sólo la empleáis para uno. Tenéis que averiguar qué más puede hacer, pero no lo conseguiréis hasta que la comprendáis. Me parece que ninguno de los dos entendéis nada.

Fijó su mirada en los dos hermanos. Después les dio la espalda y avanzó hacia la oscuridad.

—¡No lo olvidéis, la primera noche de luna nueva! —Se detuvo cuando ya era sólo una sombra y volvió la cabeza—. También tenéis que recordar que debéis cuidaros.

»Los Espectros no son sólo rumores y cuentos de viejas. —Su voz había adquirido un tono distinto—. Son tan reales como vosotros y como yo. Es posible que hasta ahora no lo creyeseis, pero ya lo sabéis. Estarán presentes dondequiera que vayáis. Esa mujer era uno de ellos. Llegó hasta aquí porque descubrió que Par posee la magia. Seguramente otros harán lo mismo.

»Muchos seres os perseguirán —concluyó, alejándose de nuevo.

Dijo algo más, pero ninguno de los dos hermanos consiguió entender sus palabras, y a continuación desapareció.

Par y Coltar Ohmsford apenas si consiguieron conciliar el sueño aquella noche. Estuvieron despiertos mucho tiempo después de que el anciano se fuera, hablando y, a ratos, discutiendo, siempre con los ojos puestos en la oscuridad intentando descubrir los seres, espectros o lo que fuesen, que pudieran estar acechándolos. Incluso después, cuando ya no les quedó nada por decir y se envolvieron en las mantas y cerraron los ojos, a pesar del miedo, no durmieron bien. Daban vueltas, agitados e inquietos, despertándose con angustiosa regularidad hasta que llegaron las primeras luces del alba.

Entonces se levantaron, abandonaron el calor de las mantas, se lavaron en las frías aguas del lago, y empezaron de nuevo a hablar y a discutir. Continuaron la discusión durante el desayuno, lo cual les vino bien, ya que no tenían mucho que llevarse a la boca y eso les permitió mantener apartados sus pensamientos del problema. La conversación, que derivaba en discusión con más frecuencia que la noche anterior, se centraba en el anciano que había afirmado que era Cogline y en los sueños enviados o no por Allanon, pero también incluía a los Espectros, a los investigadores de la Federación, al desconocido que los había liberado en la cervecería Barba Azul, en Varfleet, y el sentido del mundo que conocían. Habían establecido unas posiciones tan distantes en la mayoría de los temas que se veían obligados a comunicarse a través de una fuerte incompreensión.

Antes de que hubiera transcurrido una hora del nuevo día ya estaban enfadados.

—¡Debes admitir la posibilidad de que ese hombre sea realmente Cogline! — repitió Par por enésima vez, mientras se disponían a cargar la lona plegada en el eskuife.

—No la niego —respondió su hermano, encogiéndose de hombros.

—¡Y si es Cogline, también debes admitir la posibilidad de que todo lo que nos dijo sea cierto!

—Tampoco la niego.

—¿Y qué me dices de la vieja? ¿Qué era sino un Espectro, un ser de la noche con una magia más poderosa que la nuestra?

—Que la tuya —puntualizó Coltar.

—Perdón, la mía —admitió Par, visiblemente irritado—. ¡Lo que importa es que la vieja era un Espectro! ¡Tenía que serlo! ¡Lo mires como lo mires, eso confirma, al menos en parte, lo que nos dijo el anciano!

—Espera un momento —dijo Coltar, dejando en el suelo el extremo de la lona que sostenía y quedándose de pie con las manos apoyadas en las caderas, observando a su hermano con fingido desaliento—. Siempre haces lo mismo cuando discutimos. Sacas unas deducciones lógicas y te comportas como si tuviesen sentido. ¿Qué tiene

que ver el que la vieja sea un Espectro con la veracidad de lo que nos dijo el anciano?

—Bueno, pues...

—Ni siquiera cuestiono tu afirmación de que era un Espectro —lo interrumpió Coltar—. Aunque no tengamos ni la más remota idea de lo que es un Espectro, y aunque muy bien pudiera ser cualquier otra cosa.

—¿Otra cosa? ¿Qué clase de...?

—Una compañera del anciano, por ejemplo. Un señuelo para apoyar su historia.

—¡Eso es ridículo! —exclamó Par, fuera de sí—. ¿Con qué finalidad?

—Para persuadirte de que lo acompañaras al Cuerno del Infierno —respondió Coltar, mordiéndose el labio inferior en actitud pensativa—. Para que volvieras a Callahorn. Piénsalo. Tal vez tenga el mismo interés por la magia que la Federación.

—No lo creo —respondió Par, haciendo un explícito gesto negativo.

—Porque nunca estás dispuesto a admitir nada que haya pensado otro —repuso Coltar mientras volvía a coger el extremo de la lona—. Tú decides algo, y todo el mundo debe admitirlo sin discusión. Bueno, pues en esta ocasión será mejor que no tomes una decisión apresurada. Existen otras posibilidades que debemos tener en cuenta, y yo acabo de exponerte una.

Se acercaron a la orilla y depositaron la lona en el fondo del esquife. El Sol empezaba a asomar por el horizonte oriental, templando el ambiente con el calor desprendido por sus rayos. El Lago del Arco Iris estaba liso como un espejo, no soplaba ni la más ligera brisa y el aroma de las flores silvestres, de los árboles y las hierbas altas impregnaba la atmósfera.

—Mira, no me importa que seas tú quien tome las decisiones, pero me molesta que creas que debo limitarme a aceptarlas sin discusión —dijo Coltar, volviéndose hacia su hermano—. Pues estás equivocado. Si quieres correr hacia el Cuerno del Infierno y los Dientes de Dragón, corre. Pero deja de comportarte como si yo tuviese que saltar de alegría por concederme la oportunidad de acompañarte.

Par no le respondió. Estaba pensando en lo que había supuesto para ellos crecer juntos. Coltar tenía dos años menos que él y, sin embargo, por su constitución física era más fuerte, pero a él le había correspondido ejercer el papel de líder. Después de todo, él era quien poseía la magia. Debió de tomar decisiones cuando se enfrentó a la tentación de utilizarla para resolver cualquier problema. No había sido tan ecuánime como debiera en el pasado, y debía reconocer que tampoco había mejorado mucho con el tiempo. Coltar había sido siempre el más equilibrado de los dos, el más sosegado, el más reflexivo, un pacificador nato en todas las diferencias y disputas que surgían en la vecindad porque nadie más poseía su presencia física y emocional. O tal vez porque inspiraba simpatía, ya que pertenecía a esa clase de personas que a todo el mundo le caen bien desde el principio. Dedicaba la mayor parte del tiempo a los demás, limando diferencias y aliviando agravios. Él, en cambio, se pasaba el día

entero planeando algo, sin prestar atención a esas minucias, ocupado en la búsqueda de lugares que explorar, de retos que superar, de ideas nuevas que desarrollar. Era un visionario, pero carecía de la sensibilidad de Coltar. Captaba al instante las posibilidades que le ofrecía la vida, pero era Coltar quien comprendía mejor los sacrificios.

En muchas ocasiones, uno había tenido que corregir los errores cometidos por el otro. Par poseía la magia y le era fácil ayudar a Coltar, pero no lo era tanto para su hermano. Aunque a veces Coltar debía realizar un gran esfuerzo para proteger a su hermano, nunca se había quejado, y cuando recordaba aquellos años solía avergonzarse por haberlo permitido.

Apartó los recuerdos de su mente. Coltar lo miraba esperando su respuesta. Se balanceó sobre sus pies mientras pensaba qué debía decirle. Por fin se decidió a hablar.

—De acuerdo. ¿Qué crees que debemos hacer?

—¡No sé lo que debemos hacer! —se apresuró a responder Coltar—. ¡Lo único que sé es que hay muchas preguntas sin respuestas, y que no creo que debemos comprometernos hasta que aclaremos, al menos, algunas de ellas!

—Antes de que acabe el ciclo lunar quieres decir, ¿no? —preguntó Par, haciendo un estoico gesto de asentimiento.

—Para eso aún faltan más de tres semanas, y tú lo sabes muy bien.

—¡No es tanto tiempo como pretendes dar a entender! —exclamó Par, apretando las mandíbulas— ¿Cómo piensas que obtendremos las respuestas a todas las preguntas antes de que transcurra ese tiempo?

—Eres terrible. ¿Lo sabías? —le espetó Coltar, mirándolo fijamente.

Se dio media vuelta y regresó al lugar donde estaban apilados los útiles de cocina y las mantas, y empezó a llevarlos al esquife sin dignarse mirar a Par ni una sola vez. Éste permaneció inmóvil, observando a su hermano en silencio, recordando cómo lo había sacado medio ahogado de los rápidos del río Rappahalladron, donde se cayó durante una excursión. Se hundió entre las aguas y Coltar se tiró tras él. Después, cuando estuvo a salvo pero temblando de fiebre y casi delirando, lo llevó a costas a su casa. Coltar siempre había cuidado de él, y de repente se preguntó: ¿por qué si era él quien poseía magia?

—Lo siento —dijo Par, acercándose a su hermano, cuando éste hubo terminado de cargar la embarcación.

—No, no lo sientes. Sólo lo dices —respondió Coltar con gesto solemne tras mirarlo durante un breve instante, y después esbozó una amplia sonrisa.

—¡No es cierto! —exclamó Par, correspondiendo a la sonrisa contra su voluntad.

—Sí, lo es. Pretendes que baje la guardia para volver a empezar con tus condenadas decisiones cuando estemos en medio del lago y ya no tenga ninguna

posibilidad de separarme de ti —respondió Coltar, riendo abiertamente.

—De acuerdo, ésa es la verdad. No lo siento —admitió Par, esforzándose en aparentar que se sentía molesto.

—¡Lo sabía! —exclamó Coltar, con voz triunfal.

—Pero te equivocas sobre la razón de mi disculpa. No lo hago con la finalidad de llevarte hasta el centro del lago, sino que sólo intentaba liberarme del sentimiento de culpabilidad que provoca en mí el ser tu hermano mayor.

—¡Olvídalo! —dijo Coltar, todavía con la sonrisa en los labios—. ¡Siempre has sido un hermano mayor terrible!

Par le dio un golpe cariñoso, y Coltar correspondió de la misma forma. Por el momento, sus diferencias habían quedado olvidadas. Rieron, recorrieron con la mirada el lugar donde habían acampado y empujaron la embarcación hacia el lago, saltando a bordo cuando las aguas ganaron profundidad. Coltar cogió los remos y empezó a remar.

Navegaron a lo largo de la costa occidental, escuchando los distantes trinos de los pájaros, procedentes de los árboles y los cañaverales, mientras el día se calentaba agradablemente a su alrededor. Permanecieron en silencio durante un rato, complacidos por la sensación de intimidad recién reencontrada e intentado evitar una nueva discusión.

Sin embargo, Par no tardó en advertir que estaba pensando en sus argumentos, y suponía que Coltar debía de estar haciendo lo mismo. Su hermano tenía razón en una cosa: eran muchas las preguntas que carecían de respuestas. Al reflexionar sobre los acontecimientos de la noche anterior, sintió no haber sido capaz de conseguir más información del anciano. ¿Era posible que conociera la identidad del desconocido que los había liberado en la cervecería Barba Azul, en Varfleet? Conocía los problemas a los que se habían enfrentado en la cervecería y algunas cosas sobre la forma en que habían logrado huir. Los había seguido, primero en Varfleet y después a través del curso del río Mermidón, y había ahuyentado a la vieja, Espectro o lo que fuese, sin demasiado esfuerzo. Asimismo, estaba claro que poseía algún poder, tal vez magia drúidica o tal vez ciencia del mundo antiguo, pero no lo había especificado. ¿Cuál era, en realidad, su relación con Allanon? ¿Existía tal relación o la había inventado? ¿Por qué cedió con tanta facilidad cuando él le dijo que tenía que pensarlo antes de tomar la decisión de ir al Cuerno del Infierno para encontrarse con Allanon? ¿No debería de haberse esforzado un poco más en convencerlo?

Pero Par no quería arriesgarse a discutir con Coltar la cuestión más inquietante, porque se refería precisamente a su hermano. En los sueños se le había dicho que él era necesario, y que también lo eran su prima Wren y su tío Walker Boh. El anciano había afirmado lo mismo... que los tres habían sido convocados.

¿Por qué no había mencionado a Coltar?

Ésa era una pregunta que, sin duda, se quedaría sin respuesta, porque él no la tenía. Al principio había pensado que la llamada estaba relacionada con el cantar, con la magia que él poseía y su hermano no. Pero ¿por qué incluía a Wren que tampoco tenía dotes mágicas? Desde luego, lo de Walker Boh era diferente, puesto que siempre se había rumoreado que poseía amplios conocimientos sobre la magia, conocimientos de los que carecían Wren y Coltár. Sin embargo, su prima había sido mencionada y su hermano no.

Eso, más que cualquier otra cosa, era lo que le hacía dudar. Quería descubrir la razón de sus sueños. Si era cierto lo que el anciano decía de Allanon. Deseaba saber lo que el druida quería comunicarle, pero renunciaría a ello si para conseguirlo tenía que separarse de Coltár. Éste era para él más que un hermano; era su mejor amigo, su compañero más leal, casi su otro yo. No pensaba intervenir en ningún proyecto que no los incluyera a ambos. De ninguna manera.

Pero ni el anciano ni los sueños habían prohibido expresamente que lo acompañase Coltár. Nadie se había opuesto a ello. Simplemente, lo habían ignorado. ¿Por qué?

A últimas horas de la mañana se levantó el viento. Los dos hermanos improvisaron un mástil con uno de los remos y una vela con la lona de la tienda, y la embarcación enseguida ganó velocidad sobre las aguas del Lago del Arco Iris, que ahora se agitaban formando espuma a su alrededor. Varias veces estuvieron a punto de volcar, pero se mantuvieron atentos a los repentinos cambios del viento y utilizaron el peso de sus cuerpos para equilibrar el esquife. Habían puesto rumbo al suroeste, y a primeras horas de la tarde llegaron a la desembocadura del río Rappahalladron.

Vararon la embarcación en una caleta, la cubrieron con ramas y cañas dejando todo el equipo dentro, excepto las mantas y los utensilios de cocina, y empezaron a caminar río arriba hacia el bosque de Duln. Pronto comprendieron que debían caminar a campo través para ganar tiempo, y se alejaron del río, internándose en las tierras altas de Leah. Desde la tarde anterior no habían hablado de su punto de destino, cuando pospusieron tácitamente la discusión del asunto. Ninguno de los dos lo había intentado. Coltár porque seguían la dirección que él quería, y Par porque pensaba que su hermano tenía razón y que debía reflexionar antes de volver a Callahorn. Valle Umbroso era un lugar tan bueno como otro cualquiera para dedicarse a eso.

Sin embargo, ninguno de los dos había hablado de los sueños, del anciano, ni de nada relacionado con ellos desde primeras horas de la mañana. Ambos meditaban sobre sus respectivas posiciones, acercándolas a las del otro, aceptando parte de sus razones.

Cuando volvieron a hablar del tema, fue con criterios más amplios. La tarde

estaba mediada, el calor era pegajoso y el Sol, situado ante ellos, una esfera blanca y cegadora que los obligaba a protegerse los ojos con las manos. El campo era un conjunto de suaves colinas, una alfombra de hierba y flores silvestres punteada por grupos de árboles de anchas hojas y parches de maleza y roca. Las nieblas que cubrían las tierras altas durante la mayor parte del año se habían retirado a las zonas más elevadas y colgaban de los picos de las cordilleras como jirones de gasa.

—Creo que la vieja se asustó del anciano —comentó Par mientras ascendían por una ladera que conducía a un bosquecillo de fresnos—. Me pareció que no fingía. Nadie puede hacerlo tan bien.

—Me parece que tienes razón —respondió Coltar, haciendo un gesto de asentimiento—. Si antes dije que podían estar de acuerdo, fue para obligarte a reflexionar. En cualquier caso, me pregunto si el anciano nos dijo todo lo que sabía. De las historias de Allanon, recuerdo muy bien que era muy reservado en sus relaciones con los Ohmsford.

—Nunca les daba explicaciones. Ésa es la verdad.

—Así que también cabe la posibilidad que el anciano siga su ejemplo.

Llegaron a la cumbre de la colina, se dirigieron a la sombra de los fresnos, desenrollaron las mantas y se quedaron de pie contemplando el paisaje. Estaban empapados de sudor, con las túnicas pegadas a la espalda.

—No llegaremos esta noche a Valle Umbroso —dijo Par, sentándose en el suelo, con la espalda apoyada en uno de los árboles.

—Eso creo —convino Coltar, imitándolo, y se estiró hasta que le crujieron los huesos.

—Estaba pensando...

—Piensa, que eso es bueno.

—Estaba pensando en un lugar donde pasar la noche. No estaría mal dormir en una cama para variar.

—No voy a contradecirte —respondió Coltar, riendo abiertamente—. ¿Tienes idea de dónde podemos encontrar una cama aquí, en medio de ninguna parte?

—Creo que sí —afirmó Par, volviéndose y fijando en él su mirada—. El pabellón de caza de Morgan se encuentra a unos pocos kilómetros en dirección sur. Podríamos pasar allí la noche.

—Sí, supongo que no hay ningún inconveniente —admitió Coltar tras pensar un instante en la proposición.

Morgan Leah era el primogénito de una familia cuyos antepasados habían gobernado en Leah con el título de reyes. Pero la monarquía había sido derrocada hacía ya casi doscientos años, cuando la Federación se extendió hacia el norte y engulló de un solo bocado las tierras altas. Desde entonces no hubo reyes en Leah, y la familia sobrevivió dedicándose al cultivo de sus tierras y a la artesanía. El cabeza

de familia actual, Kyle Leah, era un terrateniente que vivía al sur de la ciudad y se dedicaba a la cría de ganado vacuno. Morgan, su hijo mayor y amigo íntimo de Par y Coltar, sólo se dedicaba a sus caprichos.

—¿Crees que Morgan estará por aquí? —preguntó Coltar, sonriendo ante tal posibilidad.

Par le devolvió la sonrisa. En realidad, el pabellón de caza era una propiedad familiar, pero por lo general sólo lo utilizaba Morgan. La última vez que los hermanos Ohmsford estuvieron en las tierras altas pasaron en él una semana como invitados suyos. Acamparon, cazaron y pescaron, pero dedicaron la mayor parte del tiempo a comentar los incesantes esfuerzos de Morgan para incordiar a los funcionarios de la Federación que residían en Leah. Morgan Leah tenía la mente y las manos más rápidas de las Tierras Meridionales, y sentía un profundo desdén hacia el ejército que había ocupado su país.

A diferencia de Valle Umbroso, Leah era una gran ciudad y requería vigilancia. Tras abolir la monarquía, la Federación había nombrado un gobernador, asesorado por un gabinete, y establecido una guarnición militar para asegurar el orden. Morgan lo consideraba como un desafío personal. Aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban, y buscaba otras, para dificultar la vida de los funcionarios, ahora cómodamente instalados en su mansión contra el legítimo derecho de propiedad de su familia. Morgan era un auténtico genio para crear problemas, y demasiado listo para permitir que los funcionarios de la Federación sospecharan que él era la espina en su costado que no podían hallar y, mucho menos, eliminar. En su última correría había encerrado al gobernador y al vicegobernador con una piara de cerdos completamente cubiertos de lodo en una sala de baños privada, y a continuación obstruyó todas las cerraduras de las puertas. La sala era muy pequeña y los cerdos numerosos. Se necesitaron dos horas para sacarlos de allí, y Morgan afirmaba solemnemente que, cuando lo consiguieron, era difícil determinar quién era quién.

Los hermanos se pusieron en pie, recogieron sus escasas pertenencias y reanudaron la marcha. La tarde se deslizaba hacia el ocaso mientras el Sol proseguía su imperturbable camino hacia el oeste, pero no corría ni la más ligera brisa y el calor era sofocante. A mediados de la estación estival y a aquellas alturas, la hierba se había secado tanto que crujía al pisarla; lo que antes había sido una verde alfombra se había trocado en una extensión pardo grisácea. El polvo se elevaba formando pequeñas volutas junto a sus botas, y tenían las bocas reseca.

Al caer el crepúsculo divisaron el pabellón, un edificio de piedra y madera tras un grupo de pinos y sobre una colina desde la que se dominaba la parte occidental de la comarca. Acalorados y sudorosos, dejaron su equipo junto a la puerta principal y se dirigieron a unos manantiales ocultos, a poca distancia, entre los árboles. Cuando llegaron a ellos —varios estanques azulados cuyas aguas brotaban del fondo y que

estaban a rebosar, formando una pequeña y lenta corriente—, empezaron a quitarse la ropa, ansiosos de sumergirse en sus aguas.

En ese preciso instante repararon en la fangosa criatura que se aprestaba a caer sobre ellos.

Había surgido de unos matorrales cercanos. De apariencia vagamente humana a pesar de la cobertura de fango, emitía unos feroces rugidos que rompieron la calma de la tarde como si se tratara de un cristal. Coltar dio un alarido, saltó hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó al agua. Par retrocedió, tropezó, rodó por el suelo y la criatura se abalanzó sobre él.

—¡Ahhh! ¡Un sabroso joven del valle! —exclamó la pérfida criatura con una voz que, de repente, creyó que le era muy conocida.

—¡Vaya, Morgan! —dijo Par, retorciéndose y empujándole para quitárselo de encima—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Sabía que intentabas expulsar de Leah a la Federación, pero no que también quisieras hacerlo con tus amigos —dijo Coltar con voz serena, tras salir del agua aún con las botas y el pantalón puestos mientras se secaba los ojos con las manos.

—Os pido perdón, de verdad —se excusó Morgan Leah, sin poder contener la risa bajo su caparazón de barro—. Pero era una tentación que ningún hombre hubiera podido resistir. ¡Supongo que lo comprendéis!

Par intentó quitar las manchas de barro de sus ropas, pero no lo consiguió, por lo que se metió en la alberca con ellas puestas. Tras dar un suspiro de alivio, se volvió para mirar a Morgan.

—¿Qué demonios pretendes hacer con esa pinta?

—¿Te refieres al barro? Es bueno para la piel. —Morgan se metió lentamente en el agua—. Hay unas charcas de barro no muy lejos de aquí. Las encontré el otro día por casualidad. Nunca las había visto antes. Puedo deciros que no hay nada mejor que el barro para refrescarse en un día caluroso. Es más eficaz que el agua, os lo aseguro. Así que me embadurné y vine a lavarme. Entonces os oí llegar y decidí daros la bienvenida a las tierras altas como os lo merecéis.

Zambulló la cabeza. Cuando emergió a la superficie, el monstruo de barro se había convertido en un joven esbelto y musculoso, tan tostado por el sol que su piel era de color chocolate. Los cabellos rojizos le llegaban hasta los hombros, y sus claros ojos grises conferían a su rostro una mezcla de astucia e inocencia.

—¡Mirad! —exclamó, sonriendo.

—¡Maravilloso! —dijo Par sin el menor entusiasmo.

—¡Vamos! Sólo ha sido una broma —se disculpó Morgan, inclinándose hacia delante con gesto interrogativo y expresión burlona—. Y ahora que recuerdo, ¿no debíais estar en algún lugar de Callahorn deslumbrando a los nativos? ¿No fue eso lo último que supe de vuestros planes? ¿Qué hacéis aquí?

—¿Qué haces *tú* aquí? —replicó Coltar.

—¿Yo? ¡Oh!, otro pequeño malentendido con el gobernador o, para ser más exacto, con la esposa del gobernador. Desde luego, no sospechan de mí... jamás se les ocurriría tal cosa. En cualquier caso, me pareció un buen momento para tomarme unas vacaciones. —Morgan acentuó su sonrisa—. Pero yo fui el primero en preguntar. ¿Qué pasa?

No era fácil esquivar la respuesta y, por otra parte, nunca había habido secretos entre los tres. Así que Par, con la inestimable ayuda de Coltar, le refirió lo sucedido desde aquella noche en la cervecería Barba Azul, en Varfleet, cuando Rimmer Dall y los investigadores de la Federación empezaron su persecución. Le habló de sus sueños y de la posibilidad de que hubieran sido provocados por Allanon, de su encuentro con la horrible leñadora que podía ser un Espectro, y del anciano que los había salvado y que podía ser Cogline.

—Hay bastantes «podía ser» en esa historia —observó el joven de las tierras altas cuando concluyeron su narración—. ¿Estáis seguros de que no la habéis inventado para reiros un rato a mi costa?

—Ojalá fuera así —respondió Coltar.

—En cualquier caso, esta noche dormiremos en una cama y mañana partiremos para Valle Umbroso —concluyó Par.

—Si yo estuviese en vuestro lugar no iría —les aconsejó Morgan, trazando una raya en el agua con el dedo y haciendo un gesto de contrariedad.

Par y Coltar intercambiaron una inquisitiva mirada.

—Si la Federación se interesa tanto por vosotros como para enviar a Rimmer Dall a Varfleet, es muy probable que también lo mande a Valle Umbroso —aclaró Morgan con la mirada fija en los dos hermanos.

—Es verdad —respondió Par tras guardar un largo silencio—. No había caído en ello.

—Bueno, pensar nunca ha sido tu fuerte, muchacho —le espetó Morgan, mientras nadaba hasta la orilla. Después salió del agua y empezó a secarse—. Menos mal que tienes un amigo como yo. Vayamos al pabellón y os prepararé algo de comer, algo que no sea pescado para variar, y hablaremos del asunto.

Acabaron de secarse, lavaron sus ropas y se encaminaron hacia el pabellón, donde Morgan se dispuso a preparar la cena. Hizo un delicioso estofado de carne, zanahorias y cebollas, y lo sirvió con pan caliente y cerveza fría. Se sentaron en los bancos que flanqueaban una mesa colocada a la sombra de los pinos, y dieron buena cuenta de casi toda la comida y la bebida. Al caer la tarde, cuando la brisa bajó de las cimas, empezó a refrescar, Morgan les ofreció peras y queso de postre, y los comieron lentamente mientras el cielo enrojecía hasta adquirir un tono púrpura, que después se convirtió en un negro punteado de estrellas.

—Estoy enamorado de las tierras altas —dijo Morgan tras un largo silencio, después de que se hubieran sentado en los escalones de piedra del pabellón—. Supongo que también podría llegar a amar la ciudad, pero nunca lo conseguiré mientras pertenezca a la Federación. A veces me pregunto cómo sería la vida en nuestro antiguo hogar antes de que nos lo quitaran. Desde luego, ha pasado mucho tiempo, casi seis generaciones, y nadie lo recuerda ya. Mi padre ni siquiera lo menciona. Pero aquí... bueno, esta tierra todavía es nuestra. La Federación aún no se ha atrevido a apoderarse de ella. Y es extensa. Tal vez ésa sea la razón de que la ame tanto, porque es lo único que mi familia conserva de los viejos tiempos.

—Además de la Espada —le recordó Par.

—¿Aún llevas esa deteriorada reliquia? —preguntó Coltar—. Creía que la habías cambiado por otra mejor y más moderna.

—¿No recuerdas que según los relatos la Espada de Leah era mágica? —le reprochó Morgan, mirándolo.

—Se dice que la magia se la confirió el mismísimo Allanon —corroboró Par.

—Sí, en la época de Rone Leah —prosiguió Morgan, frunciendo el entrecejo—. En ocasiones, pienso que todavía conserva la magia. No como antes, no como el arma que podía oponerse a los Espectros Corrosivos y seres semejantes, sino de un modo diferente. A lo largo de los años ha tenido media docena de vainas, se le ha cambiado la empuñadura al menos dos veces, y ambas cosas, vaina y empuñadura, están ahora en malas condiciones. Pero la hoja, la hoja está tan afilada y brillante como siempre, como si fuera inmune al tiempo. ¿No es eso un claro indicio de alguna clase de magia?

—La magia no siempre actúa de la misma forma —dijo Par, haciendo un gesto de asentimiento—. Crece y evoluciona. Quizás ése sea el caso de la Espada de Leah.

Recordó que el anciano le había reprochado su incompreensión de la magia, y se preguntó si tendría razón.

—Bueno, en realidad nadie se interesa por la Espada —dijo Morgan, estirándose como un gato y dando un suspiro—. Al parecer, nadie quiere nada de los viejos tiempos. Creo que los recuerdos son demasiado dolorosos. Mi padre no dijo ni una palabra cuando se la pedí. Simplemente, se limitó a dármela.

—Tu padre debería mirar con más cuidado en qué manos deja sus armas —bromeó Coltar, inclinándose hacia él y dándole una amistosa palmada.

—¿Acaso es a mí a quien han pedido que se una al Movimiento? —preguntó Morgan, siguiendo la broma y esbozando una sonrisa—. A propósito. Dijisteis que el desconocido os entregó un anillo. ¿Puedo verlo?

Par sacó del bolsillo el anillo con el emblema del halcón y se lo dio.

—No lo reconozco —dijo Morgan, tras examinarlo con atención. Después, al devolvérselo, se encogió de hombros—. Pero no creo que eso tenga mucha

importancia. He oído que al menos una docena de bandas forman parte del Movimiento, y que todas cambian periódicamente sus símbolos para confundir a la Federación.

»A veces, pienso que debería ir al norte y unirme a ellos en lugar de seguir jugando con los estúpidos que viven en mi casa y gobiernan mi país sin siquiera conocer su historia —prosiguió tras beber un largo trago de cerveza, retrepándose de nuevo.

»Pero hablemos de vosotros —concluyó, cruzando su rostro una sombra de tristeza, que le hizo parecer viejo por un momento—. No podéis arriesgaros a regresar a Valle Umbroso hasta que no estéis seguros de que no corréis ningún peligro. Así que os quedaréis aquí uno o dos días y, entretanto, yo echaré un vistazo. Me aseguraré de que la Federación no se ha adelantado. ¿De acuerdo?

—¡Claro! —exclamó Par—. Gracias, Morgan. Pero antes has de prometernos que serás prudente.

—¿Prudente? ¿Con esos estúpidos de la Federación? ¡Ja! —respondió el joven de la tierras altas, esbozando una amplia sonrisa—. ¡Puedes dar un paso al frente, escupirles en la cara y aun así tardarán varios días en averiguar quién había sido! ¡No me asustan!

—Quizá no los que están en Leah —insistió Par con semblante serio—. Pero pueden haber enviado investigadores a Valle Umbroso.

—Tienes razón —admitió Morgan, adoptando una expresión seria—. Iré con cuidado. Pero ha llegado el momento de acostarse, porque quiero salir temprano —concluyó, apurando el vaso de cerveza y poniéndose en pie.

—¿Qué hiciste a la esposa del gobernador? —le preguntó Coltar, levantándose al mismo tiempo que su hermano.

—Ah, eso. No mucho —respondió Morgan, encogiéndose de hombros—. Alguien dijo que no le gustaba el aire de las tierras altas, y yo le envié un perfume en una botellita de cristal muy fino para aliviar su disgusto. Hice que se lo pusieran en la cama, para darle una sorpresa. Lo rompió accidentalmente al meterse en ella. —Parpadeó—. Por desgracia, el perfume estaba mezclado con aceite de mofeta.

Los tres se miraron en la oscuridad y rieron como tontos.

Los hermanos Ohmsford durmieron a pierna suelta aquella noche, disfrutando de la comodidad de las camas provistas de mantas y almohadas limpias. Hubieran deseado continuar durmiendo hasta mediodía, pero Morgan los despertó al amanecer, cuando se disponía a partir para Valle Umbroso. Les enseñó la Espada de Leah. La empuñadura y la vaina estaban muy estropeadas, pero la hoja estaba tan brillante y perfecta como había afirmado su propietario. Sonriendo de satisfacción al ver las expresiones de sus caras, la colgó del hombro, metió un largo cuchillo en una de sus

botas y un cuchillo de monte en el cinturón, y se echó un arco de fresno a la espalda.

—Siempre conviene estar preparado —les dijo, guiñándoles un ojo.

Lo observaron mientras atravesaba la puerta y bajaba por el lado occidental de la colina hasta que se volvió para despedirse con un gesto de sus manos. Todavía estaban soñolientos, y sus palabras de despedida se mezclaron con los bostezos.

—Volved a la cama —les gritó Morgan—. Dormid cuanto os plazca. Descansad, y no os preocupéis. Regresaré dentro de un par de días.

Volvió a hacer un gesto de despedida con la mano y les dio la espalda. Su esbelta figura se silueteaba contra el horizonte todavía oscuro, denotando su proverbial seguridad.

—¡Ten cuidado! —gritó Par.

—¡Tenedlo vosotros! —les respondió, sonriendo.

Los dos hermanos siguieron su consejo y volvieron a meterse en la cama. Durmieron hasta primeras horas de la tarde, y pasaron el resto del día deambulando por los alrededores. El segundo lo aprovecharon mejor. Se levantaron temprano, se bañaron en los manantiales y exploraron los alrededores en un inútil esfuerzo por encontrar las charcas de barro. Limpiaron el pabellón y prepararon la cena con unos pájaros que habían cazado y arroz. Aquella noche hablaron mucho sobre el anciano y los sueños, la magia y los investigadores, y de lo que deberían hacer en el futuro inmediato. No discutieron, pero tampoco consiguieron llegar a un acuerdo.

El tercer día amaneció nublado, y al atardecer llovía. Se sentaron ante el fuego que encendieron en la gran chimenea de piedra y practicaron la narración de historias durante largo rato, insistiendo en los relatos más oscuros, intentando fundir las imágenes del cantar de Par con las palabras de la narración de Coltar. Morgan Leah no había dado señales de vida. A pesar de su mutua y tácita decisión de mantenerse serenos, empezaron a preocuparse por lo que le hubiera podido ocurrir a su amigo.

Morgan regresó el cuarto. Apareció a últimas horas de la tarde. Los dos hermanos Ohmsford estaban sentados frente a la chimenea, reparando el entramado de una de las sillas del comedor, cuando abrió la puerta de repente. Había llovido durante todo el día y el joven estaba empapado. Goteaba por todas partes mientras se desprendía del morral y de las armas, que dejó en el suelo, y cerraba la puerta de un puntapié.

—Malas noticias —dijo sin esperar a que le preguntaran.

Sus cabellos rojizos estaban pegados a su cabeza, y sus cinceladas facciones brillantadas por el agua de lluvia. Parecía muy alterado cuando cruzó la habitación para acercarse a ellos.

—No podéis ir a Valle Umbroso —dijo Morgan en voz baja, mientras Par y Coltar se levantaban lentamente—. Hay soldados de la Federación por todas partes. No puedo asegurar que haya investigadores entre ellos, pero no me extrañaría que así fuera. La aldea está bajo la «Protección de la Federación»; ése es el eufemismo que

emplean para referirse a una ocupación armada. No cabe duda de que os están esperando. Sólo necesité hacer unas cuantas preguntas para confirmar mis sospechas. No lo ocultan. Vuestros padres se hallan bajo arresto domiciliario. Creo que se encuentran bien, pero no quise arriesgarme a ponerme en contacto con ellos. Lo siento. —Inspiró una bocanada de aire—. Hay alguien que os quiere muy mal, amigos.

Par y Coltar intercambiaron una mirada sin disimular sus temores.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Par.

—He estado pensando en ello durante todo el viaje de vuelta —respondió Morgan, extendiendo el brazo y poniendo la mano en el delgado hombro de su amigo—. Así que os diré lo que vamos a hacer, porque también yo estoy involucrado en este asunto. Iremos hacia el este en busca de Walker Boh —concluyó con firmeza, oprimiendo el hombro de Par con su mano.

Morgan Leah podía ser muy persuasivo cuando se lo proponía, y se lo demostró a Par y a Coltar aquella noche lluviosa en las tierras altas.

No cabía la menor duda de que había meditado mucho sobre la cuestión, ya que su razonamiento era bastante sólido. Resumido en pocas palabras, todo era un asunto de elección. Dedicó bastante tiempo a cambiarse de ropa antes de que los tres se sentaran ante la chimenea con las piernas cruzadas, un vaso de cerveza en una mano y un trozo de pan caliente en la otra.

Empezó por lo que ya sabían, que no era aconsejable que volvieran a Valle Umbroso y que probablemente esta situación se prolongaría durante mucho tiempo. Tampoco podían regresar a Callahorn. En realidad, no les quedaba mucho para elegir, porque si la Federación había invertido tanto tiempo y esfuerzo en su búsqueda, sería difícil que se detuviera ahora. Rimmer Dall era conocido por su tenacidad. Se había comprometido personalmente en su persecución, y no cedería. Los investigadores rastrearían todos los lugares sometidos al gobierno de la Federación, que eran innumerables. Par y Coltar ya podían considerarse unos proscritos.

En esas circunstancias, ¿qué podían hacer? No podían dirigirse a ningún sitio donde los estuvieran esperando, sino únicamente donde esto no ocurriera y siempre que fueran útiles en ese lugar.

—En cualquier caso, podéis quedaros aquí, si así lo deseáis, y no os descubrirían hasta sabe Dios cuándo, porque la Federación nunca os buscará en las tierras altas —dijo Morgan, encogiéndose de hombros—. Quizá fuera divertido durante una temporada, pero ¿de qué serviría? Pasados dos meses, cuatro o los que fuesen, seguiríais siendo unos proscritos, sin ninguna posibilidad de regresar a vuestra casa, y nada habría cambiado. ¿Tengo o no razón? Lo que debéis hacer es coger las riendas de los acontecimientos, para así evitar ser dominados por ellos. ¡Salid y enfrentaros a ellos!

Lo que Morgan quería decirles era que debían resolver el enigma de los sueños. Nada podían hacer respecto a la persecución de que eran objeto, a la ocupación de Valle Umbroso por los soldados de la Federación o a que fuesen considerados proscritos. Las circunstancias podrían cambiar... pero no, desde luego, en un futuro inmediato. Por otra parte, los sueños constituían un tema que podían abordar sin excesivas dificultades. Si respondían a una realidad, merecería la pena conocer más detalles sobre ellos. El anciano había dicho a Par que fuera al Cuerno del Infierno la primera noche de luna nueva, pero los dos hermanos no habían tomado la decisión de emprender ese viaje por dos importantes razones: en primer lugar porque no sabían lo bastante de los sueños para estar seguros de su autenticidad, y en segundo lugar porque solamente eran dos y podía acecharlos un grave peligro.

—¿Por qué no hacemos algo para aliviar estas preocupaciones? —concluyó Morgan—. ¿Por qué no vamos al este en busca de Walker Boh? Dijisteis que el anciano os aseguró que Allanon también había provocado sueños en Walker. ¿No os parece sensato averiguar lo que él pueda pensar sobre el asunto? ¿Estará decidido a ir? El anciano también pensaba ponerse en contacto con él. Lo consiga o no, estoy seguro de que Walker tiene una opinión muy personal sobre la autenticidad de los sueños. Siempre he pensado que vuestro tío es un tipo raro, lo reconozco, pero nunca que sea estúpido. Y los tres conocemos las historias que se cuentan sobre él. Si posee parte de la magia de Shannara, ésta es la ocasión propicia para descubrirlo.

»Si Walker cree en los sueños y decide ir al Cuerno del Infierno, es posible que eso os ayude a tomar la decisión de ir también vosotros —prosiguió, bebiendo un trago de cerveza e inclinándose hacia delante—. Entonces ya seríamos cuatro. Cualquiera que se haya propuesto crearnos problemas allí, tendrá que pensarlo dos veces.

»Y si tomáis la decisión de no asistir a la cita —continuó, encogiéndose de hombros—, os sentiréis más satisfechos que permaneciendo escondidos aquí o en cualquier otro lugar. ¡A la Federación no se le ocurrirá buscaros en el Anar! ¡Ése sería el último sitio en que pensarían!

Llenó de nuevo el vaso, dio un mordisco al trozo de pan y se retrepó, interrogándolos con la mirada. Su rostro había vuelto a adquirir esa expresión que sugería el conocimiento de algo que ellos ignoraban, y lo divertido que le parecía.

—¿Y bien? —les preguntó por fin.

Los dos hermanos permanecieron callados. Par pensaba en su tío, recordando las historias que se contaban sobre él. Walker Boh se autoproclamaba estudioso de la vida, y aseguraba que tenía visiones y sentía cosas que pasaban inadvertidas a todos los mortales. Se rumoreaba que practicaba una magia distinta de todas las conocidas. Hacía tiempo, casi diez años, que se había alejado de la familia, saliendo de Valle Umbroso para dirigirse a las Tierras Orientales. Entonces, Par y Coltar eran muy pequeños, pero Par aún conservaba algunos recuerdos.

De repente, Coltar se aclaró la garganta, se inclinó hacia delante e hizo un gesto afirmativo. Par creyó que le diría a Morgan que su idea era descabellada: Sin embargo, le preguntó:

—¿Cómo conseguiremos encontrar a Walker?

Par miró a Morgan y éste le devolvió la mirada, compartiendo su sorpresa. Los dos habían supuesto que Coltar se opondría por considerar absurdo y temerario el plan. Ninguno esperaba aquella reacción.

—En vuestro lugar, yo no daría por supuestas mis reacciones —les advirtió Coltar, interpretando las miradas que Morgan y su hermano acababan de cruzarse—. Ninguno de los dos me conocéis tan bien como creéis. Bueno, ¿por qué no contestáis

a mi pregunta?

—Iremos a Culhaven —respondió Morgan, parpadeando para ocultar el sentimiento de culpabilidad que se había reflejado en sus ojos—. Tengo allí un amigo que debe de saber dónde está Walker, y si no lo sabe, podría averiguarlo.

—¿A Culhaven? —preguntó Coltar, frunciendo el entrecejo—. Culhaven está ocupada por la Federación.

—Pero es bastante segura para nosotros —insistió Morgan—. La Federación no os busca allí, y sólo estaremos uno o dos días en la ciudad. En cualquier caso, procuraremos pasar desapercibidos.

—¿Y nuestras familias? Sin duda, se preguntarán qué puede habernos ocurrido.

—La mía, desde luego, no. Mi padre está acostumbrado a que desaparezca durante varias semanas. Y será mejor que Jaralan y Mirianna ignoren en qué estáis metidos. No me cabe la menor duda de que ya tienen bastantes preocupaciones.

—¿Y Wren? —preguntó Par.

—Ignoro dónde pueda encontrarse Wren —respondió Morgan, haciendo un gesto negativo—. Si todavía sigue con los bohemios, puede hallarse en cualquier parte. —Se interrumpió y adoptó una actitud pensativa—. Además, no creo que nos pueda servir de mucha ayuda. Era casi una niña cuando abandonó Valle Umbroso. No disponemos de tiempo para buscarlos a los dos, y Walker Boh parece una apuesta más segura.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó Par a su hermano, dirigiéndole una mirada dubitativa, mientras hacía un lento gesto de asentimiento.

—Que deberíamos habernos quedado en Valle Umbroso —respondió Coltar, dando un suspiro.

—¡Vamos, Coltar Ohmsford! —exclamó Morgan alegremente—. ¡Piensa en la aventura! ¡Yo cuidaré de ti, te lo prometo!

—¿Debo sentirme bien por eso? —inquirió Coltar, dirigiendo una mirada a su hermano.

—Yo estoy de acuerdo con Morgan en que debemos ir —respondió Par, haciendo una profunda inspiración.

—Bueno, no tenemos nada que perder —dijo Coltar, observando a su hermano con atención y haciendo un gesto de asentimiento.

Así fue como se resolvió la cuestión. Cuando poco después Par se detuvo a pensarlo, se dio cuenta de que no había constituido una sorpresa para él. Después de todo, no había mucho para elegir, y ninguna otra opción parecía satisfactoria.

Aquella noche durmieron en el pabellón, y emplearon la mañana siguiente en aprovisionarse de los víveres almacenados en la despensa y de las ropas guardadas en los armarios. Había armas, mantas, capas de viaje y prendas de recambio más que suficientes para los dos hermanos. También había carnes curadas, verduras y frutas,

quesos y nueces. Asimismo, había utensilios de cocina, cantimploras para el agua y medicamentos. Cogieron todo lo que necesitaban, y a primeras horas de la tarde estaban preparados para emprender el viaje.

El día era nebuloso y gris, y la lluvia se había convertido en llovizna. La tierra que pisaban ya no era dura y polvorienta, como el día de su llegada, sino húmeda y blanda como una esponja. Tomaron la dirección norte, de nuevo hacia el Lago del Arco Iris, con el propósito de llegar a sus orillas al atardecer. El plan de Morgan para la primera etapa de viaje era sencillo. Recuperarían el esquife que los hermanos habían dejado oculto junto a la desembocadura del río Rappahalladron, y bordearían la costa meridional, manteniéndose apartados de las Tierras Bajas de Clete, de los Robles Negros y de la Ciénaga Brumosa, lugares llenos de peligros que era preferible evitar. Cuando llegaran a la orilla opuesta, buscarían el Río Plateado y seguirían su curso hasta Culhaven.

Era un buen plan, pero no carecía de problemas. Morgan hubiese preferido navegar por el Lago del Arco Iris al amparo de las sombras de la noche, guiándose por la luna y las estrellas. Pero pronto pudieron comprobar que el tiempo no se iba a despejar y, por tanto, que no habría luna ni estrellas para indicarles el camino. Si navegaban en esas circunstancias, había muchas probabilidades de que se desviasen demasiado y acabaran cayendo en los peligros que trataban de evitar.

Por ello, cuando hubieron encontrado el esquife y comprobado que se conservaba en buen estado, pasaron su primera noche en un helado y húmedo campamento junto a la orilla del lago, soñando con climas más cálidos y agradables. Las luces del alba les sorprendieron con ligero cambio de tiempo. La lluvia había cesado por completo y hacía menos frío, aunque continuaba nublado y las brumas cubrían el lago en toda su extensión.

Par y Coltar contemplaron el panorama con la preocupación reflejada en sus rostros.

—Despejará —aseguró Morgan, impaciente por reemprender el viaje.

Empujaron el esquife hasta el agua y remarón. Después se levantó una leve brisa e izaron su improvisada vela. Las nubes se aclararon un poco, pero la niebla continuó adherida a la superficie del lago como lana de cordero, cubriéndolo por completo. El mediodía llegó y se fue sin apenas aportar alteración alguna, por lo que Morgan se vio obligado a confesar que no tenía ni idea de dónde se hallaban.

Al atardecer todavía seguían navegando en las aguas del lago. La luz empezó a disminuir, y acabó extinguiéndose por completo. La brisa cesó y se quedaron inmóviles en medio de un silencio absoluto. Comieron un poco, más por conveniencia que por hambre. Cuando terminaron de comer y recogieron todos los utensilios, establecieron turnos para dormir.

—¿Recuerdas aquella historia de Shea Ohmsford y el ser que vivía en la Ciénaga

Brumosa? —preguntó Coltar a su hermano—. ¡Espero averiguar por mí mismo si es o no verdadera!

La noche se deslizaba en medio de un profundo silencio, una impenetrable oscuridad y la premonición de un mal inevitable. Sin embargo, llegó la mañana sin que se produjera ningún incidente. La niebla se levantó, el cielo brilló y los tres amigos descubrieron que estaban a salvo en medio del lago, con la proa del esquife mirando al norte. Ya relajados, bromearon sobre sus propios temores y los de los demás. Volvieron a poner la embarcación rumbo al este y remarón en espera de que se levantara la brisa. Poco después, la niebla se disipó por completo y las nubes se rompieron, permitiéndoles ver la orilla meridional. Al mediodía, sopló un vientecillo del noroeste. Dejaron los remos e izaron la vela.

El esquife ganó velocidad con el transcurso del tiempo. Empezaba a oscurecer cuando consiguieron llegar a la orilla y desembarcaron en una caleta poblada de árboles próxima a la desembocadura del Río Plateado. Empujaron el esquife hasta un cañaveral que crecía en el agua, lo amarraron y emprendieron el camino tierra adentro. El cielo había adquirido un peculiar tono rosado que se reflejaba en una nueva combinación de nubes bajas y jirones de niebla. El bosque aún estaba silencioso; los sonidos de la noche esperaban expectantes la llegada de la oscuridad para iniciar su sinfonía. El río se movía perezosamente junto a ellos mientras avanzaban, crecido por el agua de la lluvia y cubierto de hojas y ramas. Las sombras se alargaron y extendieron, daba la sensación de que los árboles se hubieran apiñado y la luz empezó a disolverse en la nada. Poco después, la oscuridad los envolvió.

Su conversación giró en torno a la figura del Rey del Río Plateado.

—Desapareció como el resto de la magia —afirmó Par, que caminaba con gran precaución para no resbalarse en el embarrado sendero.

Aquella noche se podía ver un poco, aunque no tanto como les hubiera gustado. La luna y las estrellas jugaban al escondite entre las nubes.

—Desapareció igual que los druidas y los elfos —dijo a continuación—. Sólo han logrado sobrevivir las historias.

—Tal vez sí o tal vez no —repuso Morgan—. Algunos viajeros afirman que se han encontrado con un anciano portador de un farol, que les sirvió de guía y les ofreció protección. Sin embargo, admiten que su poder ya no es el que era antes. Él mismo asegura que sólo se extiende sobre el río y una pequeña parte de las tierras limítrofes. El resto nos pertenece.

—¡El resto pertenece a la Federación, como todo lo demás! —exclamó Coltar con evidente disgusto.

—Conozco a un hombre que afirma que ha hablado con el Rey del Río Plateado, un buhonero que vende sus mercancías entre las tierras altas y el Anar —prosiguió Morgan, apartando de una patada un trozo de madera seca—. Recorre esta comarca

continuamente, y no cesa de repetir que una vez se perdió en las Tierras Bajas del Túmulo de la Batalla y que el anciano apareció con su farol y le condujo al buen camino. —Morgan hizo un gesto de incredulidad—. Nunca supe si debía creerlo o no. Los buhoneros son mejores cuentistas que informadores.

—Yo creo que desapareció —dijo Par, entristecido por su propia certeza—. La magia no se conserva cuando no se practica ni se cree en ella. El Rey del Río Plateado no va a ser una excepción. Ya no es más que un personaje de leyenda; nadie cree en su existencia, salvo nosotros tres y algunos más.

—Nosotros, los Ohmsford, siempre lo hemos creído —concluyó Coltar en voz baja.

Caminaron en silencio, escuchando los sonidos de la noche, sin abandonar el sendero cuando se curvó hacia el este. No conseguirían llegar aquella noche a Culhaven, pero tampoco estaban dispuestos a detenerse, así que continuaron caminando en silencio. El bosque se espesaba a medida que se internaban en el Bajo Anar y el sendero se estrechó cuando la maleza empezó a invadirlo. El río se enfureció al atravesar varios rápidos y el terreno se hizo más abrupto, convirtiéndose en un laberinto de hondonadas y montículos sembrado de pedruscos y tocones.

—El camino a Culhaven ya no es lo que era —murmuró Morgan.

Par y Coltar no podían opinar, porque era la primera vez que lo recorrían. Intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada.

En ese preciso momento se encontraron con el sendero bloqueado por varios árboles caídos. Un camino secundario se alejaba del río y se internaba en el bosque. Tras un breve instante de duda, Morgan decidió seguirlo. Los árboles se unían sobre sus cabezas, sus ramas sólo dejaban pasar algún rayo de luna, y los tres amigos tuvieron que avanzar a tientas. Morgan murmuró de nuevo, esta vez de forma casi inaudible, pero el tono de su voz era explícito. Las enredaderas y las ramas colgantes los golpeaban, obligándolos a andar con las cabezas bajas. El bosque empezó a desprender un olor extrañamente fétido, como si los matorrales estuviesen podridos. Par intentó contener la respiración, irritado por la intensidad del mal olor. Deseaba avanzar más deprisa, pero Morgan, que era quien abría la marcha, se esforzaba al máximo.

—Es como si hubiera algo muerto —susurró Coltar a su espalda.

Aquellas palabras refrescaron la memoria de Par. Recordó el olor que emanaba de la cabaña de la vieja leñadora, que según el anciano era un Espectro. Era exactamente el mismo olor.

Poco después salieron de la maraña del bosque para entrar en un claro rodeado de cortezas de árboles sin vida y cubierto de detritus, ramas secas y huesos dispersos. En el centro del claro borboteaba una charca de agua como si se tratara del contenido de un caldero hirviendo al fuego. Desde la oscuridad los observaban animales carroñeros

de ojos agudos.

Se detuvieron, sin saber qué hacer.

—Morgan, esto es igual que... —empezó a decir Par, pero se interrumpió.

El Espectro avanzó desde los árboles sin hacer el menor ruido y se puso ante ellos. Par no necesitó preguntarse qué era aquella horrible criatura, lo supo instintivamente. El escepticismo se disipó en un instante, la creencia de que los Espectros eran lo que los hombres sensatos decían: rumores y cuentos de viejas. Quizá lo que provocó su cambio de opinión fue la advertencia que el anciano le había susurrado al oído, o tal vez sólo fuera el terrible aspecto de aquel ser.

Este Espectro era completamente distinto del anterior. Era una criatura enorme, de movimientos torpes, que le produjo temblores y angustia, que doblaba la estatura de un hombre normal, con el cuerpo cubierto de pelo áspero y enmarañado, con los miembros terminados en garras y los hombros encorvados como los de un gorila. Entre aquella pelambarrera asomaba una cara vagamente humana, que se arrugaba y retorció en torno a una boca de la que asomaban unos dientes que parecían huesos atrofiados, y tras unos pliegues correosos ocultaba unos ojos que miraban con gran hostilidad y ardían como el fuego. Se quedó frente a los tres, observándolos como si fuese un animal de escasa inteligencia.

—¡Vaya! —susurró Morgan.

El Espectro dio un paso adelante, un movimiento que sugería el de un gato dispuesto a saltar sobre ellos.

—¿Por qué estáis aquí? —bramó desde el profundo vacío de su interior.

—Nos hemos equivocado... —empezó a decir Morgan.

—¡Habéis irrumpido en lo que es mío! —lo interrumpió el Espectro, chasqueando los dientes en señal de amenaza—. ¡Habéis conseguido irritarme!

—Espectro —le susurró Par a Morgan, cuando éste le dirigió una inquisitiva mirada.

Coltar, tan pálido y tenso como su hermano, tampoco abrigaba dudas respecto a la naturaleza de aquel ser.

—¡Uno de vosotros quedará bajo mi poder en pago de los daños que me habéis causado! —gruñó el Espectro—. ¡Decidid vosotros mismos cuál!

Una vez más, los tres amigos intercambiaron inquisitivas miradas. Sabían que sólo había una manera de salir de aquella situación. No tenían un anciano a quien recurrir. No tenían nada, excepto a sí mismos.

Morgan echó la mano a la espalda y sacó la Espada de Leah de su vaina. La hoja se reflejó en los ojos del monstruo.

—Nos dejas pasar o... —empezó a decir el joven de las tierras altas.

No pudo acabar la frase. El Espectro se lanzó hacia él profiriendo terribles aullidos y atravesando el pequeño claro con inusitada rapidez. Casi al instante, estuvo

junto a Morgan y lo atacó con sus garras. Pero el joven de las tierras altas logró parar la acometida con el plano de la hoja y desequilibrar a su enemigo. Coltar bordeó la charca esgrimiendo su espada corta y Par lo golpeó con la magia del cantar, nublando su visión con un enjambre de insectos zumbadores.

El Espectro retrocedió con un rugido de furia, manoteó en el aire y volvió a atacar. Alcanzó a Morgan cuando éste saltaba hacia un lado, y lo tiró al suelo. El Espectro se volvió. Coltar le asestó tal golpe con su espada que le cortó un brazo por encima del codo. El monstruo se alejó girando sobre sí mismo, luego volvió sobre sus pasos, recogió el miembro seccionado y volvió a alejarse. Con gran cuidado, colocó el trozo de brazo en su lugar. Se estremeció cuando se soldaron los tendones, los músculos y el hueso, moviéndose como serpientes. El miembro recobró su estado anterior.

El Espectro siseó para mostrar su satisfacción y se lanzó de nuevo sobre ellos. Par intentó detenerla con imágenes de lobos, pero el monstruo apenas les prestó atención. Cargó contra Morgan, esquivando la hoja de su espada, y lo obligó a retroceder. Hubiera estado perdido si los dos hermanos no se hubiesen lanzado contra la bestia, consiguiendo derribarla. Sólo pudieron mantenerla así un momento. Se liberó de ellos dándoles un empujón y se incorporó. Uno de sus enormes brazos alcanzó a Par en la cara, echándole la cabeza hacia atrás. Su vista se nubló y cayó al suelo. Oyó que el ser se acercaba a él, y le envió todas las imágenes que pudo reunir mientras rodaba por el suelo e intentaba ponerse en pie. Pudo escuchar el grito de aviso de Coltar y una serie de gruñidos. Cuando consiguió incorporarse, intentó aclarar su visión.

El Espectro estaba erguido frente a él, con los brazos extendidos para atraparlo. Coltar yacía contra un árbol a una docena de pasos a su izquierda y no había rastro de Morgan. Par retrocedió lentamente, buscando la forma de escapar. Ya no quedaba tiempo para la magia, porque criatura estaba demasiado cerca. Entonces sintió la áspera corteza de un árbol contra su espalda.

De repente, apareció Morgan, como si brotara de la oscuridad, gritando «Leah, Leah» mientras golpeaba al monstruo con la Espada. Su rostro y sus ropas estaban manchados de sangre, y sus ojos destellaban de furia y decisión. La Espada de Leah describió un arco descendente... y sucedió algo maravilloso. Cayó sobre el Espectro, que chispeó antes de arder.

Par se encogió y levantó un brazo para protegerse la cara. No, pensó asombrado, no era fuego lo que estaba viendo. ¡Era magia!

La magia se había presentado de repente, sin previo aviso, y pareció inmovilizar a los contendientes en el círculo de su luz. El Espectro se puso rígido y lanzó un grito de agonía e incredulidad. La magia se extendió de la Espada de Leah al cuerpo de la criatura, penetrando en él como un cuchillo en el queso. Tembló, dio la impresión de disminuir de tamaño, perdió la forma y empezó a deshacerse. Par se apartó con

rapidez y quedó en libertad. Vio que el ser se estiraba con desesperación, llameaba con el mismo brillo que el arma que lo estaba matando y quedaba reducido a cenizas.

La Espada de Leah destelló un momento y recuperó su estado primitivo. El aire se cubrió de un silencio agobiante. Sobre el claro flotaba una nube que desprendía un olor fuerte y acre. La charca de agua estancada todavía burbujeó un breve instante y luego se quedó inmóvil.

Morgan Leah puso una rodilla en tierra con la espada ante sí. Tocó con su punta el pequeño montón de ceniza y la espada brilló de nuevo. El joven de las tierras altas se echó hacia atrás y después se estremeció.

—¡Vaya! —murmuró con voz ahogada por la sorpresa—. El poder que sentí era... Jamás creí que fuese posible...

Par se le acercó, se arrodilló junto a él y contempló su rostro magullado, herido y manchado de sangre. Lo rodeó con sus brazos, sosteniéndolo.

—¡Todavía es mágica, Morgan! —exclamó, excitado por lo que había sucedido—. ¡Nadie lo sabía, pero todavía conserva la magia!

—¿No lo ves? —dijo el joven de las tierras altas, dirigiendo una mirada perpleja a Par—. ¡La magia ha estado dormida desde los tiempos de Allanon! ¡No era necesaria! ¡Ha sido necesaria otra magia para reavivarla! ¡Una criatura como el Espectro! Por eso no sucedió nada hasta que las magias entraron en contacto y...

Dejó la frase en suspenso cuando Coltar se acercó a ellos con paso inseguro y se dejó caer a su lado. Uno de sus brazos colgaba fláccidamente.

—Creo que está roto —dijo.

No lo estaba, pero sí lo bastante magullado para que Par pensara que era conveniente mantenerlo en cabestrillo al menos un día. Se lavaron con el agua que llevaban para beber, se vendaron las heridas y arañazos, recogieron sus armas y se dispusieron a reemprender la marcha.

—El anciano nos dijo que nos perseguirían muchos seres —dijo Par.

—No sé si éste intentaba atraparnos o si nos tropezamos con él por casualidad —respondió Coltar con voz ronca—, pero no quiero volver a encontrarme con algo semejante. No tengo ninguna duda sobre ello.

—Pero si volviera a ocurrir —dijo Morgan Leah con voz serena—, si volviera a ocurrir, sabemos que contamos con los medios para hacerle frente.

Pasó un dedo por la hoja de la Espada de Leah como si acariciara la cara de una mujer.

Par nunca olvidaría lo que sintió en aquel momento. Su recuerdo se impondría incluso al de la lucha con el Espectro. Un instante que siempre permanecería vivo en su memoria. En ese preciso momento afloró en él un sentimiento de envidia. Hasta entonces, él había sido el único que poseía auténtica magia. Ahora era Morgan Leah. Desde luego, aún contaba con el cantar, pero su poder era insignificante comparado

con el de la Espada. Las mejores imágenes de Par sólo habían conseguido irritar al Espectro, mientras que la Espada lo había destruido.

Eso le obligó a preguntarse si el cantar servía para algo.

Poco después Par recordó algo que lo obligó a enfrentarse con sus sentimientos hacia Morgan. Reemprendieron el viaje a Culhaven, ansiosos por llegar, dispuestos a caminar toda la noche y el día siguiente, si era necesario, antes que dormir en aquel bosque. Regresaron al sendero principal, que seguía el curso del Río Plateado. Mientras avanzaban, el temor les asaltaba a cada paso, haciéndolos mirar hacia atrás antes de dar el siguiente. Cansados e inquietos, sus pensamientos se dispersaban como el ganado en un campo de hierba. Par Ohmsford se encontró pensando en las historias vivificadas con su cantar.

Recordó que, según la leyenda, el poder de la Espada de Leah tenía, literalmente, dos filos. Allanon le había otorgado la magia en la época de Brin Ohmsford, cuando viajaba con la joven del valle y el que sería su protector, Rone Leah, el antepasado de Morgan. El druida sumergió la hoja en las aguas del Cuerno del Infierno, y cambió para siempre su carácter. Se convirtió en algo más que una simple espada, en un talismán que podía aniquilar a los Espectros Corrosivos. Pero su magia era como todas las de la antigüedad: bendición y maldición al mismo tiempo. Su poder producía adicción, causando dependencia creciente al usuario. Brin Ohmsford advirtió el peligro, pero Rone Leah desoyó sus advertencias. En su confrontación final con la magia negra, los poderes de la joven y de su hermano Jair fueron la salvación y acabaron con la necesidad futura de la magia de la espada. No se hacía mención alguna sobre lo que pudo ocurrir después con el arma. Sólo que no volvió a ser necesaria y, por lo tanto, tampoco fue utilizada.

Hasta el momento. Y ahora, al parecer, Par estaba obligado a informar a Morgan del peligro que suponía la utilización de la magia de la espada, pero, ¿cómo hacerlo? Morgan era su mejor amigo y la magia reencontrada les había salvado la vida. Estaba anonadado por los sentimientos de culpabilidad que le provocaba la envidia que antes había sentido. ¿Cómo podía decir a Morgan que no debía utilizarla? Fueran cuales fuesen las razones que adujese, parecería que era impulsado por la frustración. Por otra parte, si volvían a tropezarse con otro Espectro, necesitarían la magia de la Espada de Leah. Y existían muchas razones para que eso volviera a suceder.

No pasó mucho tiempo tratando de dilucidar el dilema. No podía prescindir de su inquietud ni del vívido recuerdo del aliento de la criatura sobre él, y tomó la decisión de callar. Quizá no fuese necesario advertírsele, y si lo fuera, lo haría en el momento oportuno.

Hablaron muy poco aquella noche, y sólo del Espectro. Ni siquiera Coltar albergaba ya ninguna duda sobre la existencia de esos seres. Pero la aceptación de su existencia no aportaba ninguna luz. Los Espectros seguían siendo un misterio para ellos. Desconocían su lugar de procedencia y la causa de su repentina aparición. Ni

siquiera sabían qué eran. No tenían idea de la fuente de su poder, aunque imaginaban que se derivaba de alguna clase de magia. Sólo estaban seguros de que el anciano no se había equivocado cuando les aconsejó que debían de tener cuidado.

Llegaron a Culhaven al amanecer. Salieron de las oscuras sombras del bosque a la media luz del nuevo día con los ojos adormilados. Por los cielos de las Tierras Orientales deambulaban unas nubes bajas, que rozaban las copas de los árboles al pasar, dando un tinte grisáceo e invernal al pueblo de los enanos. Se detuvieron, inseguros; se estiraron, bostezaron y miraron alrededor. Delante de ellos escaseaban los árboles y había un grupo de cabañas con chimeneas de piedra, de las que se alzaban volutas de humo, cobertizos llenos de aperos de labranza y carros, y pequeños vallados con animales. Huertos no más grandes que una huella digital se defendían del acoso de la maleza. Todo parecía estar amontonado: las cabañas y los cobertizos, los animales, las huertas y el bosque. Y todo parecía descuidado. La pintura estaba descascarillada y sucia, el mortero y la piedra agrietados, las vallas rotas y combadas, los animales desgüeñados y desaseados, y los jardines tan llenos de matorrales que no parecían lo que eran.

Las mujeres salían y entraban de las cabañas y pasaban ante las ventanas, viejas en su mayoría. Algunas con ropa para tender, otras atendiendo la cocina; todas con el mismo aspecto desaliñado. Los niños, tan zarrapastrosos y salvajes como cabras montesas, jugaban en los patios, en las veredas y en los caminos.

—Olvidé decíroslo... el Culhaven que conocíais por vuestras historias no se parece en nada al actual —dijo Morgan a los hermanos al advertir el intercambio de asombradas miradas entre los dos—. Todo aquello se acabó. Sé que estáis cansados, pero ya que habéis llegado hasta aquí, es conveniente que veáis algunas cosas.

El joven de las tierras altas se puso a la cabeza y reemprendió la marcha por el sendero que conducía a la aldea. Los edificios empeoraron, las cabañas dejaron paso a las chabolas y las huertas y los animales desaparecieron por completo. El sendero se convirtió en calzada, plagada de surcos y baches por no haber recibido en mucho tiempo los más imprescindibles cuidados de conservación, y llena de basura y piedras. También allí había niños, que jugaban como los anteriores, y mujeres dedicadas a las faenas domésticas, que intercambiaban algunas palabras entre sí o con los pequeños, pero plenamente concentradas en sus respectivas tareas. Observaron el paso de los tres desconocidos, y en sus ojos se reflejaron la suspicacia y el miedo.

—¡Culhaven, la ciudad más bella de las Tierras Orientales, el corazón y el alma del país de los enanos! —exclamó Morgan sin mirar a los dos jóvenes amigos del valle—. Conozco las historias. Era un santuario, un oasis, un refugio para los espíritus selectos, un monumento a lo que el orgullo y el trabajo pueden conseguir. Pues bien, ahora ha quedado reducida a estas ruinas.

Se acercaron a ellos varios niños y les pidieron unas monedas. Morgan les hizo un

afable gesto negativo, acarició a los dos más próximos y siguió adelante.

Torcieron por un callejón que conducía a un riachuelo lleno de basura y aguas residuales. Los niños iban y venían por sus orillas, hurgando sin propósito en todo lo que flotaba. Pasaron a la otra orilla por una pasarela. El aire estaba impregnado de olor a podredumbre.

—¿Dónde están los hombres? —preguntó Par.

—Los más afortunados, muertos —respondió Morgan, mirando a lo lejos—. Los otros en las minas o trabajando en los campos. Por eso está todo tan abandonado. En el pueblo sólo han quedado los niños, los ancianos y algunas mujeres. Así ha sido durante los últimos cincuenta años —prosiguió, dando un suspiro—. Así lo quiere la Federación. Sigamos adelante.

Los condujo por un camino estrecho que transcurría detrás de varias casitas que parecían mejor cuidadas. Habían sido pintadas hacía poco tiempo, la piedra también había sido limpiada, el mortero estaba intacto y los huertos y el césped, en perfecto estado. Había gente en los patios y las habitaciones, en su mayoría mujeres jóvenes, que realizaban las mismas faenas que las anteriores, pero con resultados muy diferentes. Aquí todo era brillante, nuevo y limpio.

Morgan los llevó por un pequeño parque hasta una plataforma de pino.

—¿Las veis? —preguntó, señalando hacia las casas bien cuidadas, y Par y Coltar respondieron con un gesto de asentimiento—. En ellas viven los soldados y oficiales del ejército de la Federación. Las enanas más fuertes y jóvenes están obligadas a trabajar para ellos, y la mayoría también a convivir con ellos.

Desde el parque descendieron por una ladera hacia el centro de la comunidad. Allí había muchas tiendas y talleres, y un denso tráfico peatonal. Los enanos se dedicaban a la compraventa, pero también eran ancianos y poco numerosos. Las calles estaban llenas de forasteros que habían ido a comerciar, y los soldados de la Federación patrullaban por todas partes.

Morgan llevó a los hermanos por calles secundarias para pasar desapercibidos, señalando esto o indicando aquello con voz amarga e irónica.

—Por allí está el mercado de la plata. Obligan a los enanos a extraerla de las minas. Pasan bajo tierra la mayor parte del tiempo, ya sabéis lo que eso significa, y luego tienen que venderla al precio fijado por la Federación y entregar la mayor parte de los beneficios a sus guardianes en concepto de impuestos. Hasta los animales pertenecen también a la Federación, por una supuesta cesión. Están esquilmando a los enanos. Allí está el mercado de abastos. Todas las frutas y verduras son cultivadas y vendidas por ellos. Sus beneficios se gravan de la misma manera que todo lo demás. Así son las cosas ahora. Eso es lo que significa un «protectorado» para estas gentes.

Se detuvo al final de la calle, detrás del corro de mirones que rodeaba una tarima donde se ofrecían para la venta como esclavos jóvenes enanos de ambos sexos,

encadenados. Los tres los miraron durante un momento.

—Venden los que no necesitan para el trabajo —les informó Morgan.

Desde la zona comercial los llevó hacia una ladera que se levantaba sobre la ciudad formando un amplio abanico. Estaba ennegrecida y yerma. Era como una enorme mancha que se destacaba contra un horizonte sin árboles. En otros tiempos escalonada en terrazas, los restos de sus muros de contención sobresalían de la tierra como si fueran lápidas sepulcrales.

—¿Sabéis qué es esto? —les preguntó, y los dos hermanos respondieron con un gesto negativo—. Es lo que queda de los jardines de Meade. Ya conocéis la historia. Los enanos hicieron los jardines con una tierra especial traída de los campos de cultivo, una tierra tan negra como el carbón. En ellos plantaron y cuidaron todas las flores conocidas por las Razas. Mi padre afirma que era lo más bello que ha visto en su vida. Hizo una visita a la ciudad cuando era niño.

»La Federación quemó los jardines cuando tomó la ciudad —prosiguió Morgan, tras guardar un prolongado silencio para que los dos hermanos pudieran observar las ruinas con tranquilidad—. Los queman todos los años para reducir a cenizas cualquier hierba que pueda crecer en ellos.

—¿Cómo sabes todo eso, Morgan? ¿Por tu padre? —le preguntó Par, mientras se alejaban del lugar, de regreso a los arrabales de la ciudad.

—Mi padre visitó Culhaven cuando era pequeño y nunca más ha vuelto a la ciudad —respondió Morgan, haciendo un gesto negativo—. Creo que prefiere no ver el deplorable estado en que se encuentra ahora y conservar el recuerdo de lo que fue. Tengo amigos que me cuentan cómo es la vida de los enanos, esa parte de la vida que se escapa a los ojos del visitante. No os he hablado mucho de mi visita, ¿verdad? Hace poco que estuve en la ciudad, unos seis meses. Pero ya os lo explicaré.

Entraron en el barrio más pobre por una calzada nueva, pero tan deteriorada y llena de surcos y baches como las otras. Tras un corto paseo, llegaron a un camino que conducía a un edificio de madera y piedra que, en otros tiempos, debió de ser una posada. Tenía tres pisos y estaba rodeado por un porche con columpios y balancines. El patio carecía de plantas, pero estaba limpio y lleno de niños que jugaban.

—¿Es una escuela? —preguntó Par.

—Un orfanato —respondió Morgan, haciendo un gesto negativo.

Los precedió pasando entre los grupos de niños hasta el porche, y por él hasta llegar a una puerta lateral situada al fondo de un pórtico. La golpeó con los nudillos y esperó.

—¿Puede dar a un pobre hombre algo que comer? —dijo cuando se entreabrió la puerta.

—¡Morgan!

La puerta se abrió por completo y una enana entrada en años apareció ante ellos.

Sus cabellos eran grises, su cara adusta y angulosa. Esbozó una forzada sonrisa que difuminó parcialmente las arrugas de cansancio y desilusión.

—¡Morgan Leah, qué sorpresa tan agradable! ¿Cómo estás?

—Sigo siendo el orgullo y la alegría de mi padre —respondió el joven de las tierras altas, luciendo en su rostro una amplia y afable sonrisa—. ¿Podemos entrar?

—¡Claro! ¿Desde cuándo necesitas preguntarlo?

La mujer se hizo a un lado para dejarles paso. Abrazó a Morgan y saludó con un gesto a Par y a Coltar, que le correspondieron con inseguridad. Después cerró la puerta y dijo:

—Así que os gustaría que os diese de comer, ¿no es cierto? —dijo, cuando hubo cerrado la puerta.

—Hasta nuestras vidas daríamos por conseguirlo —respondió Morgan, riendo—. Abuela Elise, éstos son amigos míos, Par y Coltar Ohmsford, de Valle Umbroso. Pero, de momento, no tienen hogar.

—Como todos nosotros —dijo, con expresión ceñuda, la abuela Elise. Tendió una mano callosa a los hermanos, que se la estrecharon, y después los miró con más atención—. Morgan, ¿habéis luchado contra un oso?

—Creo que fue con algo peor que eso —respondió el joven de las tierras altas, llevándose la mano a la cara y tocando con cuidado los cortes y arañazos—. El camino que conduce a Culhaven ya no es lo que era.

—Ni tampoco Culhaven. Siéntate, muchacho... y vosotros también. Os traeré una fuente de bollos, y fruta.

Había varias mesas con bancos en el centro de una cocina de grandes dimensiones. Los tres amigos optaron por la más próxima y se sentaron. Aunque espaciosa, la cocina era bastante oscura y sus muebles de mala calidad. La abuela Elise se apresuró en la preparación del desayuno prometido y les sirvió, además, zumo de alguna clase de fruta. —Os ofrecería leche, pero tengo que reservarla para los niños —se disculpó.

Estaban comiendo cuando apareció otra mujer, también enana, aún más vieja, pequeña y marchita, con expresión inquieta y movimientos semejantes a los de un pájaro. Cruzó la habitación al ver a Morgan, quien se levantó inmediatamente para saludarla.

—Es tía Jilt —dijo a los dos hermanos.

—Encantada de conoceros —dijo ella en un tono que sugería la necesidad de que fueran dignos de su cumplido.

Se sentó junto a la abuela Elise y empezó a trabajar en el bordado que llevaba cuando entró en la cocina.

—Estas señoras son madres para todo el mundo, incluido yo, aunque no sea un huérfano como los que tienen a su cargo —dijo Morgan, reanudando su desayuno—.

Me adoptaron hechizadas por mi irresistible atractivo.

—¡Suplicaste como los demás la primera vez que te vimos, Morgan Leah! —le espetó tía Jilt sin levantar la vista de su labor—. Ésta fue la única razón de que te aceptáramos... la única por la que aceptamos a cualquiera.

—Aunque nadie lo diría, son hermanas —prosiguió Morgan—. La abuela Elise es como un edredón de plumas de ganso, suave y cálido. Pero tía Jilt... ¡Bueno, tía Jilt es... es como una plataforma de piedra!

—En estos tiempos, la piedra dura mucho más que las plumas de ganso —respondió tía Jilt, resoplando—. ¡Y ambas más que el almíbar de las tierras altas!

Morgan y la abuela Elise se echaron a reír, tía Jilt se unió a ellos enseguida y Par y Coltar esbozaron una sonrisa. Les pareció extraño sentirse de buen humor cuando todavía persistían en sus mentes las imágenes de la ciudad y sus habitantes, y llegaban a sus oídos las voces de los huérfanos que jugaban fuera, recordándoles la triste realidad. Pero había algo indomable en aquellas mujeres ancianas, algo que se sobreponía a la miseria y a la pobreza, algo que hablaba de promesas y esperanzas.

Cuando acabaron el desayuno, la abuela Elise se dedicó a fregar la vajilla y tía Jilt salió a echar un vistazo a los niños.

—Estas señoras mantienen el orfanato desde hace casi treinta años —les dijo Morgan en voz baja—. La Federación se lo permite porque le solucionan un problema. Hay centenares de niños sin padres, así que el orfanato siempre está lleno. Cuando los niños tienen edad suficiente, ellas se encargan de sacarlos de aquí, porque si se quedaran demasiado tiempo, la Federación los enviaría a trabajar a las minas o a los campos, o los vendería como esclavos. A veces, las señoras yerran en sus cálculos. —Hizo un gesto de resignación—. No sé cómo lo soportan. Yo me hubiera vuelto loco hace tiempo.

—¿Os ha contado Morgan cómo nos conocimos? —preguntó la abuela Elise a los hermanos Ohmsford, sentándose junto a ellos—. ¿No? Bueno, pues lo haré yo. Nos trajo víveres y ropas para los niños, nos dio dinero para comprar lo que pudiéramos y se llevó al norte a una docena de chicos para confiarlos a varias familias de los territorios libres.

—¡Vamos, vamos, abuela! —exclamó Morgan, turbado.

—Fue así. Y cuando nos visita, siempre nos ayuda en los arreglos de la casa —añadió sin hacerle caso—. Somos los beneficiarios de su caridad, ¿verdad, Morgan?

—Eso me recuerda... —Morgan buscó en su túnica y sacó una bolsita cuyo contenido tintineó—. Gané una apuesta sobre un perfume hace una semana —dijo, haciendo un guiño a los dos jóvenes del valle.

—Bendito seas, Morgan. —La abuela Elise se levantó y rodeó la mesa para besarlo en la mejilla—. Los tres parecéis agotados. Ahí detrás hay camas y mantas. Podéis dormir hasta la hora de cenar.

Los llevó a una pequeña habitación, situada en la parte posterior del caserón, con varias camas, un lavabo, mantas y toallas. Par miró a su alrededor, y observó que las ventanas estaban cerradas y las cortinas echadas.

La abuela Elise advirtió la mirada que el joven del valle cruzó con su hermano.

—A veces, mis invitados no quieren llamar la atención —observó la abuela Elise, que había advertido la mirada que el joven del valle había cruzado con su hermano—. ¿Es ése vuestro caso?

—Tan perspicaz como siempre, abuela —respondió Morgan, acercándose a ella y besándola cariñosamente—. Necesitamos reunirnos con Steff. ¿Puedes ocuparte de hacerle llegar el recado?

La abuela Elise fijó sus ojos en el joven de las tierras altas durante un momento, luego hizo un gesto de asentimiento, le devolvió el beso y salió.

Oscurecía cuando despertaron en la pequeña estancia entre sombras y silencio. Enseguida apareció la abuela Elise, sonriente y tranquila. Se deslizó por la habitación como un gato para susurrarles de uno en uno que ya era hora de levantarse, y después volvió sobre sus pasos para regresar a sus ocupaciones. Cuando Morgan Leah y los hermanos Ohmsford se levantaron, encontraron sus ropas limpias. La abuela Elise se había ocupado de ellas mientras dormían.

—Esta noche veremos a Steff —les dijo Morgan—. Es miembro de la Resistencia, y tiene ojos y oídos en todas partes. Si Walker Boh sigue viviendo en las Tierras Orientales, aunque sea en el centro del Anar, Steff lo sabrá.

»Steff fue uno de los huérfanos acogidos por la abuela —prosiguió, tras calzarse las botas y ponerse de pie—. Ella lo considera como a un hijo. Aparte de tía Jilt, él es la única familia que tiene.

Salieron del dormitorio y recorrieron el pasillo en dirección a la cocina. Los niños ya habían terminado de cenar y estaban en sus habitaciones de los pisos de arriba, excepto algunos de los más pequeños a quienes tía Jilt daba la sopa a cucharadas por orden riguroso. Levantó los ojos cuando entraron e hizo un gesto de asentimiento sin pronunciar una sola palabra.

La abuela Elise les indicó que se sentaran a una de las largas mesas que había en la cocina y les llevó la cena, ya servida en los platos, y vasos de cerveza. De arriba les llegaba el ruido de las carreras y los gritos de los niños que todavía jugaban.

—Para sólo dos personas es difícil vigilar a tantos —se disculpó mientras servía a Coltar otro plato de carne estofada—. Las mujeres que contratamos para que nos ayuden, no se quedan mucho tiempo.

—¿Pudiste ponerte en contacto con Steff? —le preguntó Morgan.

—Me gustaría ver a ese muchacho con más frecuencia, Morgan —respondió la abuela Elise, haciendo un gesto de asentimiento y la sonrisa teñida de tristeza—. Estoy preocupada por él.

Acabaron la cena y esperaron entre las sombras del crepúsculo a que la abuela Elise y tía Jilt llevaran a los niños a la cama. Un par de velas ardían sobre la mesa, pero el resto de la cocina estaba a oscuras. Las voces de los pisos altos fueron extinguiéndose poco a poco hasta que toda la casa quedó en absoluto silencio.

Tía Jilt regresó y se sentó con ellos, sin hablar, concentrándose en su labor y sacudiendo ligeramente la cabeza. Fuera, en alguna parte, una campana sonó tres veces y luego enmudeció. Tía Jilt levantó los ojos durante un breve instante.

—El toque de queda de la Federación —dijo—. A partir de este momento nadie puede salir a la calle.

La habitación se quedó de nuevo en silencio. Entró la abuela Elise y se dirigió al fregadero. Arriba, uno de los niños empezó a llorar, pero se calló poco después. Los hermanos Ohmsford y Morgan Leah intercambiaban miradas, miraban a su alrededor y esperaban.

De repente se oyeron unos golpecitos en la puerta de la cocina. Tres. Tía Jilt levantó los ojos, sus dedos se detuvieron y esperó. Pasaron varios segundos, y se reprodujeron los golpecitos. Tres, una pausa, y tres de nuevo.

Tía Jilt se levantó con rapidez, fue hacia la puerta, descorrió el cerrojo, la abrió un poco y miró por la rendija. Después la abrió del todo durante un momento, y una figura encapuchada entró. Al mismo tiempo, la abuela Elise se acercó a ellos, les indicó por señas que se levantasen y los condujo donde esperaba el desconocido.

—Ésta es Teel —dijo la abuela Elise—. Ella os llevará a ver a Steff.

Era difícil describir a Teel. Pertenecía a la raza de los enanos, pero era más baja que la mayoría. Vestía ropas oscuras, unas anodinas prendas de bosque que incluían una capa corta y una capucha. Sus facciones quedaban ocultas por una extraña máscara de cuero que le cubría toda la cara, salvo la mandíbula derecha y la boca. Bajo la capucha se vislumbraban los cabellos de un color rubio oscuro.

—Ten cuidado, muchacho —dijo la abuela Elise a Morgan, dándole un abrazo.

Esbozó una sonrisa, dio unas palmaditas en las espaldas de Par y Coltar, y se apresuró hacia la puerta. Miró durante un breve instante a través de las cortinas un instante, e hizo un signo afirmativo. Teel atravesó la puerta sin pronunciar una sola palabra, seguida de los hermanos Ohmsford y de Morgan Leah.

Una vez fuera, se deslizaron en silencio a lo largo de uno de los muros de la vieja casa y a través de la verja trasera hacia una vereda. La siguieron hasta un camino abierto, y allí torcieron a la derecha. Las casas y chabolas que lo bordeaban estaban a oscuras, proyectando sus ruinosas siluetas contra el cielo. Teel avanzó a paso rápido hasta que entraron en un bosquecillo de abetos. Entonces se detuvo y se agachó, haciéndoles señas para que la imitaran. Poco después apareció una patrulla de cinco soldados de la Federación. Bromeaban y charlaban cuando pasaron, sin preocuparse de que alguien pudiera oírlos. Luego sus voces se alejaron. Teel se puso de pie, y

reanudaron la marcha.

Regresaron al camino, recorrieron unos cien metros y volvieron a entrar en el bosque. Habían llegado ya casi al final de la ciudad, por el lado norte, y los zumbidos de los insectos empezaban a romper el silencio. Caminaron entre los árboles, procurando no hacer ruido. Teel se detenía de vez en cuando para escuchar. El aroma de las flores silvestres, intenso y dulce, prevalecía sobre el desagradable olor a basura.

Teel se detuvo ante una línea de espesos matorrales, retiró unas ramas y se puso en cuclillas para agarrar la anilla de hierro que ocultaban y tirar de ella. Una trampa se levantó de la tierra, dejando al descubierto una escalera. Entraron a tientas, y se agazaparon en la oscuridad hasta que Teel cerró la trampa, encendió una vela y volvió a encabezar la marcha. Entonces empezaron a bajar.

El descenso fue corto. La escalera no tenía más de dos docenas de peldaños, y acababa en un túnel con los muros y el techo apuntalados con gruesas vigas de madera, aseguradas con pernos de hierro. Teel no les dio ninguna explicación sobre el túnel, limitándose a seguirlo. En dos ocasiones se dividió en varios ramales, y en ambas eligió el que debía seguir sin titubear. Par pensó que si tuviesen que realizar el camino de vuelta sin ella, lo más probable era que se perdieran.

Poco después, el túnel terminó ante una puerta de hierro. Teel la golpeó con la empuñadura de su daga, se detuvo, y dio dos golpes más. En el otro lado descorrieron los cerrojos y la puerta se abrió.

El enano que lo hizo era más o menos de su edad. Era un joven robusto y musculoso, con una sombra de barba y largos cabellos color canela, un rostro lleno de cicatrices y la maza más voluminosa que Par hubiese visto nunca colgada a la espalda. Había perdido la parte superior de una oreja y del lóbulo colgaba una argolla de oro.

—¡Morgan! —exclamó a modo de saludo, y lo abrazó efusivamente.

»¿Amigos? —preguntó al joven de las tierras altas, esbozando una sonrisa que eliminó la fiera expresión de su rostro cuando lo invitó a pasar y miró a Par y a Coltar, que esperaban visiblemente nerviosos.

—De los mejores —respondió Morgan—. Steff, éstos son Par y Coltar Ohmsford, del Valle Umbroso.

—Sois bienvenidos, jóvenes del valle —les dijo el enano, haciendo una ligera inclinación de cabeza y separándose de Morgan para estrecharles las manos—. Tomad asiento y decidme qué os trae por aquí.

Estaban en una habitación subterránea llena de cajas, cestas y envoltorios, que rodeaban una mesa larga con bancos. Steff los llevó hasta ella, los invitó a sentarse, fue a buscar un vaso de cerveza para cada uno y después se sentó. Teel se quedó junto a la puerta, sentándose en un taburete alto.

—¿Aquí es donde vives ahora? —le preguntó Morgan, observando el entorno—. Deberías arreglar esto un poco.

—Vivo en muchos sitios, Morgan, y todos necesitan un pequeño arreglo —respondió Steff, esbozando una leve sonrisa—. Éste es uno de los mejores, aunque subterráneo como los otros. Todos los enanos vivimos bajo tierra en estos días, aquí, en las minas o en la tumba. Es triste. —Levantó su vaso y brindó—. Salud para nosotros e infortunio para nuestros enemigos.

Bebieron todos menos Teel, que seguía vigilando.

—¿Está bien tu padre? —preguntó Steff al joven de las tierras altas, tras dejar su vaso sobre la mesa.

—Traje algo a la abuela Elise para que comprara pan —respondió Morgan, haciendo un gesto de asentimiento—. Está preocupada por ti. ¿Cuánto tiempo hace que no has ido a verla?

—Ahora es demasiado peligroso. ¿Ves mi cara? La Federación me detuvo hace tres meses —respondió el enano, dirigiendo una mirada de complicidad a los jóvenes del valle—. Morgan lo ignora porque no nos vemos. Cuando viene a Culhaven, prefiere la compañía de ancianas y niños.

—¿Qué te ocurrió, Steff? —le preguntó Morgan, pasando por alto el comentario.

—Al menos conseguí huir con parte de mi cuerpo —respondió el enano, haciendo un gesto de resignación. Levantó su mano izquierda, de la que faltaban los dedos meñique y anular—. Pero ya está bien, muchacho. Dejemos eso. Dime qué es lo que te ha traído al este.

Morgan iba a responderle, pero en ese momento reparó en la presencia de Teel y prefirió callar.

—Ah, sí, Teel —dijo Steff, adivinando los temores de Morgan—. Hablaremos de eso después. Me sorprendieron los de la Federación cuando les estaba robando armas en el principal arsenal de Culhaven. Me encarcelaron y torturaron para obtener información. Allí fue donde me hicieron esto —dijo, tocándose la cara—. Teel estaba en la celda contigua. En realidad, lo que me hicieron a mí no es nada comparado con lo que le hicieron a ella. Le destrozaron casi todo el rostro y parte de la espalda en castigo por haber matado al perro favorito de uno de los miembros del gobierno provisional de Culhaven. Y lo mató para comer. Hablamos a través de la pared y así llegamos a conocernos. Una noche, cuando aún no se habían cumplido dos semanas desde mi detención, la Federación perdió el interés por mí y sólo podía esperar que acabaran con mi vida. Teel consiguió que el carcelero entrara en su celda. Lo mató, cogió las llaves, me liberó y nos fuimos los dos. Desde entonces no nos hemos separado.

»Muchacho, yo te tengo en gran estima, y comprendo que eres tú quien ha de decidir en este asunto, pero Teel y yo lo compartimos todo —concluyó tras hacer una

breve pausa. La expresión de su mirada era tan dura como el pedernal.

Un largo y profundo silencio inundó la estancia. Morgan dirigió una rápida mirada a los hermanos Ohmsford. Par había observado detenidamente a Teel durante la narración de Steff. Ella no hizo ningún gesto ni sus ojos reflejaron nada. Parecía una estatua de piedra.

—Creo que debemos confiar en el criterio de Steff —dijo Par, buscando la aprobación de su hermano con la mirada. Coltar hizo un gesto de asentimiento, pero no habló.

—Muy bien —dijo Morgan, tras estirar las piernas bajo la mesa, coger el vaso de cerveza con una mano y beber un largo trago—. Pero debéis prometerme que nada de lo que yo diga saldrá de esta habitación.

—Todavía no has dicho nada digno de ser propagado —respondió el enano.

—Steff, necesitamos que nos ayudes a encontrar a una persona, a un hombre que vive en el Anar o, al menos, eso creemos —dijo Morgan esbozando una sonrisa y dejando el vaso de cerveza sobre la mesa—. Se llama Walker Boh.

—Walker Boh —repitió Steff en voz baja, en un tono que indicaba que ese nombre le resultaba familiar.

—Par y Coltar, mis amigos, son sobrinos suyos.

—Bien. Ahora cuéntame el resto —exigió Steff, mirando a los dos jóvenes del valle como si los viera por primera vez.

Morgan le refirió en pocas palabras su viaje a Culhaven, remontándose a la huida de Varfleet de los hermanos Ohmsford para terminar con su lucha contra el Espectro en los linderos del Anar. Le habló del anciano y sus advertencias, de los sueños que convocaban a Par al Cuerno del Infierno y de cómo había conseguido despertar la magia dormida en la Espada de Leah. Steff lo escuchó sin hacer ningún comentario, inmóvil, sin dejar traslucir la más mínima emoción en su rostro.

—Druidas, magia y criaturas de la noche —exclamó Steff cuando Morgan hubo concluido la narración, haciendo un gesto de incredulidad—. Muchacho, siempre consigues sorprenderme.

Después se levantó del banco, paseó alrededor de la mesa, se detuvo un instante con la mirada fija en Teel y volvió a concentrarse en sus pensamientos.

—Conozco a Walker Boh —dijo por fin el enano.

—¿Y? —le presionó Morgan.

—Y ese hombre me asusta —respondió Steff, volviéndose lentamente y mirando a Par y a Coltar—. Es vuestro tío, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo hace que no lo habéis visto... diez años? Bien, entonces escuchadme. El Walker Boh que yo conozco puede no ser el tío que vosotros recordáis. Este Walker Boh es más rumor que realidad, y muy real al mismo tiempo... alguien de quien huyen hasta los seres que viven en las partes más oscuras de la tierra y atacan a los viajeros, los caminantes y los

extraviados.

Se sentó de nuevo, cogió el vaso y bebió un largo trago. Morgan Leah y los hermanos Ohmsford se miraron en silencio.

—Creo que hemos tomado una decisión definitiva sobre la cuestión —dijo Par, rompiendo el incómodo silencio—. Sea quien fuere o lo que ahora fuere Walker Boh, estamos unidos por un lazo mucho más fuerte que la sangre: nuestros sueños de Allanon. Necesito saber cómo va a actuar mi tío. ¿Nos ayudarás a encontrarlo?

—Vas al grano, y eso me gusta —respondió Steff, esbozando una leve e inesperada sonrisa y volviéndose hacia Morgan—. Supongo que también habla en nombre de su hermano. ¿Lo hace también por ti?

Morgan respondió con un gesto de asentimiento.

—Bien, entonces os ayudaré —dijo Steff, tras estudiar a los tres jóvenes detenidamente, sumido en sus pensamientos. Y después de observar su reacción, concluyó—: Os llevaré hasta Walker Boh... si es posible encontrarlo. Pero será por mis propias razones, y es mejor que las conozcáis.

Bajó la cabeza y su cara se hundió en las sombras. Las cicatrices parecían un entramado de hierro superpuesto sobre su piel.

—La Federación se ha apropiado de vuestros hogares. Bien, la Federación me ha quitado más a mí. Me ha privado de todo... de mi hogar, de mi pasado e incluso de mi presente. La Federación ha destruido todo lo que era y lo que es, y sólo me ha dejado lo que podría ser. Se ha convertido en la enemiga de mi vida, y haría cualquier cosa para verla aniquilada. Nada de lo que hago aquí lo logrará. Lo que hago sólo sirve para conservar mi existencia y darme alguna pequeña razón para ello. Pero ya estoy cansado. Quiero y necesito algo más.

»Si hay una magia que pueda romper las cadenas del tiempo que la aprisionan, si aún hay druidas, espíritus o cualquier otro medio capaz de ejercerla, quizás existan caminos para liberar a mi país y a mi pueblo... caminos que a todos nosotros nos están vedados —prosiguió levantando la cara. Sus ojos lanzaban destellos de furia—. Si los descubrimos, si conseguimos los conocimientos precisos, podremos ayudar a mi patria y a mi gente. Quiero que me lo prometáis —exigió, tras tragar saliva.

A continuación se produjo un largo silencio, que sus oyentes aprovecharon para intercambiar miradas.

—Me avergüenzo de las Tierras Meridionales cuando veo lo que ha sucedido aquí —dijo Par, rompiendo el silencio—. No consigo entenderlo. No hay nada que pueda justificarlo. Si conseguimos algo que sea capaz de devolver la libertad a los enanos, lo utilizaremos con ese fin.

—Lo utilizaremos —repitió Coltar, y Morgan Leah hizo un gesto de asentimiento.

—La posibilidad de ser libre, sólo la posibilidad, es más de lo que los enanos nos atrevemos a esperar en estos tiempos —dijo Steff, tragando una bocanada de aire y

apoyando con fuerza sus gruesas manos sobre la mesa—. Así que estamos de acuerdo. Os ayudaré a encontrar a Walker Boh. Mejor dicho, os ayudaremos porque Teel irá donde yo vaya.

»Necesitaremos uno o dos días para reunir todo lo necesario y hacer las indagaciones precisas —prosiguió, tras buscar con su mirada algún signo de desaprobación, sin conseguirlo, en cada uno de los tres jóvenes—. No creo preciso recordaros, aunque lo estoy haciendo, las dificultades y peligros que este viaje entraña. Volved a casa de la abuela y descansad. Teel os acompañará. Cuando todo esté preparado, os lo haré saber.

Se levantaron, y el enano se despidió de Morgan con un estrecho abrazo; después esbozó una sonrisa y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Tú y yo, muchacho. ¡Más les vale a nuestros enemigos que obren con cautela!

Se echó a reír, y sus carcajadas resonaron por toda la estancia.

Teel permaneció alejada de ellos, observando con unos ojos que parecían trocitos de hielo.

Pasaron dos días sin tener noticias de Steff. Par y Coltar Ohmsford y Morgan Leah se quedaron en el orfanato, haciendo algunas reparaciones urgentes en el caserón y ayudando a la abuela Elise y a tía Jilt a cuidar de los niños. Fueron unos días agradables pero lentos, llenos de vocecitas juguetonas. El mundo limitado por los muros de la destartalada casa y sus alrededores era distinto del que acechaba a doce metros de distancia en cualquier dirección a partir de la valla. En el caserón había comida, camas cálidas, comodidad y cariño, y se respiraba una sensación de seguridad y de esperanza. No sobraba nada, pero tenían un poco de todo. El resto de la ciudad se disolvía en una serie de recuerdos desagradables: chabolas, ancianos abatidos, niños harapientos, madres y padres desaparecidos, suciedad y desánimo, desesperación y derrota, y un sentimiento de desesperanza. En más de una ocasión, Par pensó en salir del orfanato y volver a pasear por Culhaven, porque no quería abandonar la ciudad sin contemplar una vez más los paisajes que nunca olvidaría. Pero las ancianas lo disuadieron de su propósito. Era peligroso para él vagar por la ciudad. Podía llamar la atención aunque intentase pasar desapercibido. Era mejor que se quedase donde estaba y no meterse en posibles complicaciones. Era mejor para todos.

—Nada podemos hacer en lo que respecta a la miseria de los enanos —dijo tía Jilt con amargura—. Esa miseria tiene unas raíces muy profundas.

Par obedeció, sintiéndose invadido a la vez por dos sentimientos contradictorios: de desgracia y de alivio. Le molestaba la ambigüedad. No podía simular, ni quería hacerlo, que ignoraba lo que estaba ocurriendo a la gente de la ciudad. Sin embargo, ese conocimiento era difícil de afrontar. Seguiría el consejo de las ancianas y dejaría que el mundo se las arreglara sin él lo mejor que pudiese, pero no podía olvidar que estaba allí, junto a la puerta, como una bestia hambrienta en espera de comida.

El tercer día, la bestia intentó clavarles sus garras. Por la mañana temprano, un escuadrón de soldados de la Federación que marchaba por la carretera, entró en el patio. Al mando estaba un investigador. La abuela Elise ordenó a los jóvenes del valle y a Morgan que se escondieran en el desván y, seguida de tía Jilt, salió al patio para enfrentarse con los visitantes. Desde el desván, los tres amigos observaron lo que sucedía en el patio del orfanato. Obligaron a los niños a alinearse en el porche de la fachada. Eran demasiado pequeños para desempeñar cualquier tarea, pero eligieron a tres de ellos. Las ancianas probaron todos los argumentos posibles para evitarlo, pero fue en vano. Al final, lo único que pudieron hacer fue quedarse allí, impotentes, viendo cómo se los llevaban.

Todos se sintieron deprimidos después de presenciar aquella barbarie, incluso los niños más alborotadores. Tía Jilt se sentó junto a una ventana, desde donde se veía

todo el patio y podía vigilar a los niños trabajando en su labor. No dirigió la palabra a nadie. La abuela Elise se fue a la cocina. Habló poco y su rostro mantuvo una expresión seria. Los hermanos Ohmsford y Morgan se dedicaron a sus quehaceres, procurando no estorbar, sintiendo que deberían estar en otra parte y deseando en secreto que así fuera.

Al final de aquella tarde, Par no pudo resistir por más tiempo su bajo estado de ánimo y bajó a la cocina para hablar con la abuela Elise. La encontró sentada ante una de las largas mesas, tomando una taza de té con expresión ausente, y le preguntó sin ambages por qué la Federación trataba tan mal a los enanos, por qué los soldados de la Federación —procedentes del sur como él mismo, al fin y al cabo— tomaban parte en tales actos de crueldad.

La abuela Elise esbozó una triste sonrisa, le cogió una mano e hizo que se sentara junto a ella.

—Par. —Había empezado a llamarlo por su nombre el día anterior, claro indicio de que ya lo consideraba uno más de los niños del orfanato—. Par, hay cosas que no se pueden explicar; al menos, no del todo, ni entenderse como sería preciso. A veces pienso que debe existir una razón que justifique lo que está ocurriendo, y otras que no puede haberla porque carece de lógica. Hace mucho tiempo que empezó esto, ya sabes. La guerra duró más de cien años. No conozco a nadie que recuerde sus comienzos. Por tanto, si nadie sabe cómo empezó, ¿crees que es posible determinar las causas?

»Lo siento Par, pero no tengo mejor respuesta que darte —prosiguió la anciana, haciendo un gesto negativo y abrazándolo impulsivamente—. Supongo que hace ya mucho tiempo que renuncié a encontrarla. Ahora dedico todas mis energías al cuidado de los niños. Como ya no doy importancia a las preguntas, tampoco busco respuestas. Alguien tendrá que hacerlo. A mí sólo me preocupa salvar la vida de un niño, y después otra, y otra, y otra, mientras sea necesario y yo pueda hacerlo.

Par hizo un gesto de asentimiento en silencio y le devolvió el abrazo, pero no se sintió satisfecho con su respuesta. Sin duda, existe una razón para explicar todo cuanto sucede, aunque no siempre podamos encontrarla enseguida. Los enanos habían perdido la guerra contra la Federación. Ya no constituían una amenaza para nadie. Entonces, ¿por qué eran sojuzgados de manera sistemática? Hubiera sido mucho más sensato curar las heridas abiertas por la guerra que cubrirlas de sal. Parecía que los estaban provocando intencionadamente, obligándolos a que se rebelaran contra las injusticias y los malos tratos. ¿Por qué?

—Tal vez la Federación esté buscando una excusa para exterminarlos por completo —sugirió Coltar cuando, después de cenar, Par le pidió su opinión.

—¿Quieres decir que la Federación considera inútiles a los enanos, incluso en las minas? —Par se negaba a admitir tal posibilidad—. ¿O que su vigilancia resulta

demasiado problemática e intentan desembarazarse de ellos? ¿De toda la raza?

—Lo que quiero decir es que sé lo que he visto, lo que hemos visto los dos —respondió Coltar con expresión impasible—. ¡Me parece que la situación está muy clara!

Par no la veía tan clara. Abandonó el tema porque, de momento, no tenía otra respuesta mejor. Pero se prometió a sí mismo que la conseguiría.

Durmió mal aquella noche. Ya estaba despierto cuando, antes del alba, la abuela Elise entró en el dormitorio para comunicarles en voz baja que Teel había ido a buscarlos. Se levantó rápidamente y despertó a Coltar y a Morgan. Se vistieron, cogieron las armas y se dirigieron a la cocina. Allí estaba Teel, esperando, como una sombra junto a la puerta, enmascarada y embozada en la pardusca capa de leñador que le daba la apariencia de un mendigo. La abuela Elise dio los buenos días a los tres con un beso y les sirvió té caliente y tortas. Tía Jilt les aconsejó que se guardaran de los peligros que pudieran acecharlos, y Teel salió a la oscuridad exterior seguida de los hermanos Ohmsford y Morgan Leah.

Todavía era de noche, el amanecer ni siquiera se vislumbraba tras los lejanos árboles orientales, cuando ellos se deslizaron sin hacer el menor ruido a través del pueblo que dormía como cuatro fantasmas en busca de su guarida. El aire era gélido, y su aliento formaba nubecillas ante ellos. Teel los llevó por caminos secundarios y por bosquecillos de árboles apiñados y llenos de matorrales, siempre entre las sombras, alejados de las calzadas y las luces. Salieron por el norte de la ciudad sin ver a nadie. Cuando llegaron al Río Plateado, siguieron su curso hasta llegar a un vado, evitando los puentes. Cuando lo cruzaron, el agua, fría como el hielo, lamió sus piernas. Acababan de entrar en otro bosque cuando Steff se reunió con ellos. Llevaba varios cuchillos largos sujetos al cinturón y la gigantesca maza colgada a la espalda. Sin pronunciar una sola palabra, sustituyó a Teel a la cabeza del grupo. En el este aparecieron tenues rayos de luz, el cielo empezó a aclararse y las estrellas y la luna desaparecieron. La escarcha desprendía destellos en las hojas de los árboles y en las hierbas como trocitos de cristal al recibir los rayos de sol.

Poco después llegaron a un claro dominado por un sauce gigantesco, donde Steff se detuvo. En el tronco hueco de un árbol caído entre la maleza había morrales, mantas enrolladas, impermeables, utensilios de cocina, botas con agua potable y capotes para todos ellos. Los distribuyeron en silencio y, sin más dilación, reanudaron el viaje.

El resto del día caminaron a un ritmo pausado, siempre en dirección norte. No hablaron mucho, ni siquiera mencionaron el lugar adonde se dirigían, Steff no dio explicaciones, y ni los jóvenes del valle ni Morgan Leah sintieron ninguna necesidad de preguntarle. El enano les daría las explicaciones pertinentes en el momento que considerase oportuno. El día transcurrió rápidamente y a media tarde llegaron a las

estribaciones de las montañas de Wolfsktaag. Continuaron avanzando ladera arriba durante una hora, hasta que los árboles empezaron a escasear. Entonces Steff ordenó que se detuvieran en un claro rodeado de pinos cerca del riachuelo que fluía entre las rocas. Se sentó en un tronco caído y empezó a explicarles sus planes.

—Si hemos de hacer caso a los rumores que corren, y eso es lo único que tenemos, Walker Boh debe de hallarse en la Cuenca Tenebrosa. Para llegar allí, a través de las montañas de Wolfsktaag en dirección norte, entraremos por el desfiladero del Lazo y saldremos por el desfiladero de Jade, para dirigirnos a continuación al este.

»Hay otros caminos —prosiguió, tras hacer una pausa para observar las expresiones de sus rostros—. Caminos seguros, podríais objetar, pero yo disiento. Si bordeáramos las montañas de Wolfsktaag tanto por el este como por el oeste, en ambos casos nos arriesgaríamos a encontrarnos, casi con toda seguridad, con gnomos o con soldados de la Federación. Pero estoy convencido de que eso no ocurrirá en las montañas. Son muchos los espíritus y seres de la antigua magia que habitan en ellas, y los gnomos son muy supersticiosos. La Federación solía enviar patrullas, pero la mayoría de ellas nunca regresaron. La verdad es que se perdieron por desconocer el lugar. Pero podéis estar tranquilos, porque no es ése mi caso.

Ni los tres amigos ni Teel hicieron ningún comentario.

—Creo recordar que dos de nuestros antepasados tuvieron algunos problemas cuando siguieron esta misma ruta hace ya muchos años —dijo Coltar, rompiendo el opresivo silencio.

—No sé nada de eso —respondió Steff, encogiéndose de hombros—. Yo he atravesado estas montañas docenas de veces y nunca he sufrido el menor contratiempo. El truco consiste en mantenerse sobre las crestas y lo más lejos posible de los bosques. Los habitantes de las montañas de Wolfsktaag prefieren la oscuridad, y la verdad es que la mayoría de ellos tienen muy poco de mágico.

—No me gusta nada —dijo Coltar, haciendo un gesto negativo y dirigiendo una inquisitiva mirada a Par.

—Bien, debemos elegir entre el demonio que conocemos y aquel del que sólo sospechamos su existencia —dijo Steff en tono autoritario—. Entre los soldados de la Federación y sus aliados gnomos, que sabemos dónde están, y los espíritus y espectros que desconocemos.

—Espectros —dijo Par en voz baja.

—Entérate de una vez, joven del valle: los Espectros no existen —respondió Steff esbozando una lúgubre sonrisa y rompiendo el silencio que se había producido tras la palabra pronunciada por Par—. No son otra cosa que producto de rumores. Además, contamos con tu magia para protegernos, ¿no es así? Con la tuya y también con la del joven de las tierras altas. ¿Quién puede atreverse a desafiarlas? —inquirió,

deteniendo su mirada en los ojos de cada uno de ellos—. Vamos. Nadie ha dicho que este viaje fuera seguro. Tomemos una decisión definitiva. Pero recordad lo que os he dicho sobre las opciones que nos quedan si prescindimos de la ruta de las montañas. No lo olvidéis.

No había mucho que decir después de escuchar aquella argumentación y confiaron en el buen juicio del enano. Después de todo, se encontraban en su país, y él era quien lo conocía. Dependían de él para encontrar a Walker Boh, y sería estúpido poner cualquier objeción a sus planes.

Pasaron la noche en el claro del pinar, rodeados por su aroma, el de las flores silvestres y la pureza del aire. Durmieron tranquilos y sin sueños, en un silencio profundo. Al amanecer, Steff los llevó a las montañas de Wolfsktaag. Entraron en ellas por el desfiladero del Lazo, donde los gnomos intentaron capturar a Shea y a Flick Ohmsford, cruzaron la pasarela de cuerdas extendida sobre el abismo y continuaron su ascenso entre piedras de cantos afilados y pendientes pobladas de árboles mientras el Sol proseguía su camino por un cielo sin nubes. La mañana había dejado paso a la tarde cuando llegaron a la cumbre de la cordillera que se extendía hacia el norte, y empezaron a seguir sus curvas y revueltas. El camino no ofrecía dificultades, los rayos del Sol eran cálidos y reconfortantes, y los temores y dudas de la noche anterior empezaban a disiparse. Estaban atentos a cualquier movimiento que pudiera producirse en las sombras de las rocas y los árboles, pero no advirtieron ninguno. Los pájaros cantaban, pequeños animales correteaban entre los matorrales. Al parecer, aquellos bosques no diferían en nada de cualquier otro de las Cuatro Tierras. Los dos jóvenes del valle y el de las tierras altas sonreían inconscientemente, Steff tarareaba, mientras que Teel ocultaba sus sentimientos.

Cuando el crepúsculo envió los primeros indicios de su llegada, acamparon en un pequeño prado situado entre dos laderas cubiertas de abetos y cedros. Apenas soplaba el viento, y el calor del día se conservó en aquel valle resguardado hasta mucho después de la puesta de sol. Las estrellas titilaron tenuemente en el cielo oscurecido y la luna llena se destacó en el horizonte occidental. Par volvió a recordar el mensaje del anciano: debían estar en el Cuerno del Infierno el primer día de luna nueva, y el tiempo corría a un ritmo vertiginoso.

Pero no eran el anciano y Allanon quienes ocupaban los pensamientos de Par cuando el pequeño grupo se reunió alrededor de la hoguera, que Steff les había permitido encender, para tomar una cena acompañada con agua de un manantial. Pensaba en Walker Boh. Hacía casi diez años que no veía a su tío, pero conservaba una clara imagen de su aspecto físico. Entonces él era casi un niño, y su tío le parecía una persona bastante misteriosa... un hombre alto y delgado, de rostro sombrío y ojos que daban la impresión de mirar a través de la persona que tenía delante... Los ojos... eso era lo que mejor recordaba, pero más por lo extraordinarios que eran que porque

produjeran en él la más leve inquietud. De hecho, su tío siempre se había mostrado con él muy afable y cariñoso, aunque era una persona bastante introspectiva o quizá sólo reservada, como si estuviera presente y, a la vez, en otra parte.

En aquellos años ya se contaban historias sobre Walker Boh, pero Par apenas si se acordaba de ellas. Se decía que utilizaba la magia, pero nunca quedó claro de qué clase de magia se trataba. Era descendiente directo de Brin Ohmsford, pero nunca utilizó el cantar. Ningún miembro de esa rama de la familia lo había hecho durante las diez últimas generaciones. La magia había muerto con Brin. Con ella había funcionado de una forma diferente que con su hermano Jair. Mientras que Jair sólo podía crear imágenes con el cantar, Brin creaba realidad. Sin duda, su magia fue la más poderosa. Sin embargo, desapareció con ella, y la de Jair consiguió sobrevivir.

Siempre se contaban historias sobre Walker Boh y la magia. Par recordaba que, en ocasiones, su tío le había hablado de cosas que estaban sucediendo en otros lugares, de cosas que no podía saber en aquel momento. A veces, su tío movía objetos, y hasta personas, con sólo mirarlos. También podía conocer los pensamientos de cualquier persona. Miraba fijamente a alguien y le decía que no se preocupara, que sucedería esto o aquello, y siempre daba una respuesta a lo que estaba pensando.

Desde luego, existía la posibilidad de que su tío sólo fuese lo bastante astuto para deducir lo que inquietaba a la gente y aparentar que era capaz de penetrar en sus mentes.

Pero también tenía la habilidad de solucionar los problemas, de hacerlos desaparecer casi en el mismo momento en que se presentaban. Cualquier amenaza se disolvía, como por arte de magia, al tropezarse con él.

Y cuando se dio cuenta de que Par intentaba de utilizar el cantar, lo animó a que lo hiciera. Le aconsejó que aprendiese a controlar las imágenes, que las utilizara con cautela, que buscara la forma adecuada de mostrar la magia a los demás. Walker Boh fue una de las pocas personas de su familia que no sintió miedo de su poder.

Mientras estaba sentado junto a sus compañeros de viaje en el silencio de la noche con la mente ocupada por los recuerdos de su tío, creció su curiosidad por todo lo referente a él. Por ello, le preguntó a Steff qué había oído sobre Walker Boh.

—La mayoría de las cosas proceden de leñadores, cazadores, rastreadores... y de unos cuantos enanos que lucharon en la Resistencia como yo, quienes se adentraron bastante al norte para oír hablar de él —respondió Steff, tras quedarse un momento pensativo—. Dicen que tiene amedrentadas a las tribus de los gnomos, que piensan que es un espíritu. Algunos afirman que ha vivido centenares de años, que es como un druida de leyenda —prosiguió, guiñándole un ojo—. Supongo que son sólo habladurías, si es que se trata de vuestro tío.

—No recuerdo que nadie dijera que había vivido más tiempo que cualquier hombre normal —dijo Par, haciendo un gesto de asentimiento.

—Un individuo me juró que vuestro tío hablaba con los animales, y que ellos lo entendían. Dijo que lo había visto dirigirse a un gato del páramo tan grande como un toro de las llanuras y hablarle como yo lo estoy haciendo contigo ahora.

—Se decía que Cogline podía hacerlo —intervino Coltar, mostrando su repentino interés en el tema—. Tenía un gato llamado Murmullo, que lo seguía. El felino protegía a su nieta Kimber, que también se apellidaba Boh, ¿verdad, Par?

Par hizo un gesto de asentimiento al recordar que su tío había tomado el nombre de Boh de la rama materna de su familia. Ahora que lo pensaba, era extraño que su tío nunca hubiese utilizado el apellido Ohmsford.

—Hay un relato —dijo Steff, haciendo una pausa para ordenar los detalles en su mente—. Se lo oí contar a un rastreador que conocía los secretos del Anar mejor que nadie. Creo que también conocía a Walker Boh, aunque nunca lo admitió. Me dijo que, hace dos años, una criatura que había nacido en los tiempos de la antigua magia, descendió de las montañas del Cuerno Negro Azabache, llegó vagando hasta la Cuenca Tenebrosa y empezó a vivir de lo que allí encontraba. Walker Boh fue a su encuentro, se enfrentó a ella y la obligó a regresar a su lugar de procedencia. Así de fácil. Este tipo de cosas le hacen pensar a uno, ¿no crees? —concluyó Steff, haciendo un gesto de incredulidad y rascándose la barbilla con aire pensativo.

»Por eso me asusta, porque no parece que haya nada que sea capaz de acobardarlo —prosiguió Steff, sin esperar respuesta, extendiendo las manos hacia el fuego—. Va y viene como un fantasma. Aseguran que aparece y desaparece en un instante, como una sombra en la noche. Me pregunto si teme a los Espectros, aunque supongo que no.

—Tal vez deberíamos preguntárselo —intervino Coltar, haciendo una mueca burlona.

—Bueno, quizá podamos hacerlo ahora —respondió Steff, esbozando una sonrisa—. ¡Y sugiero que seas tú quien lo haga! —le dijo a Coltar, soltando una carcajada—. Eso me recuerda otra cosa. ¿Os ha dicho ya vuestro amigo de las tierras altas lo que ocurrió la primera vez que nos encontramos?

Los hermanos Ohmsford hicieron un gesto negativo y, a pesar de los gruñidos de Morgan, Steff empezó a explicarlo. Unos diez meses atrás, Morgan estaba pescando en el Lago del Arco Iris, junto a la desembocadura del Río Plateado, cuando una fuerte ráfaga de viento volcó su lancha, perdiendo todo el equipo y obligándolo a alcanzar la orilla a nado. Empapado y tiritando, intentaba, sin conseguirlo, encender una hoguera cuando se presentó Steff y lo socorrió.

—Supongo que hubiese muerto de frío si no me hubiese apiadado de él —concluyó Steff—. Charlamos, intercambiamos información, y pronto se dirigió hacia Culhaven para comprobar si realmente la vida en la tierra natal de los enanos era tan terrible como yo se la había descrito.

»Después, volvió de vez en cuando, siempre con algo para ayudar a sus habitantes y también a la Resistencia —prosiguió Steff, a quien parecía divertirse la desazón del joven de las tierras altas—. Supongo que su conciencia no le permite olvidar lo que sucede —concluyó.

—¡Ya está bien! —exclamó Morgan, visiblemente irritado.

—¡De acuerdo, orgulloso príncipe de las tierras altas! ¡Hablemos de otra cosa! —respondió Steff, volviéndose hacia Par y soltando una carcajada que resonó en el silencio nocturno—. Por ejemplo, de ese desconocido que te dio el anillo. Sé algo de las bandas de proscritos que integran el Movimiento. En su mayor parte son un atajo de inútiles sin mandos ni disciplina. Los enanos se han ofrecido a trabajar con ellos, pero la oferta aún no ha sido aceptada. El problema estriba en que el Movimiento está muy fragmentado. En cualquier caso, ¿el anillo que te entregó tiene un halcón como emblema?

—Sí, Steff, ¿sabes qué significa? —respondió el joven del valle, irguiéndose.

—Lo sé y no lo sé, Par —dijo Steff, esbozando una sonrisa—. Como ya he dicho, los proscritos de las Tierras Meridionales siempre han estado divididos... pero es posible que la situación esté empezando a cambiar. Corren algunos rumores de que uno de ellos ha tomado las riendas, reuniendo a las bandas dispersas y proporcionándoles el mando de que carecían. No utiliza su nombre para identificarse, sino el símbolo de un halcón.

—Tiene que ser el mismo —respondió Par—. También con nosotros se mostró remiso a dar su nombre.

—En estos tiempos, a nadie le gusta mucho darlo —respondió Steff, haciendo un gesto de indiferencia—. Sin embargo, por la forma en que os facilitó la huida de los buscadores, creo que debe de ser el mismo hombre del que he oído hablar. Dicen que es capaz de emprender las acciones más arriesgadas cuando está de por medio la Federación.

—Sin la menor duda, aquella noche fue audaz —admitió Par, esbozando una sonrisa.

Hablaron un poco más del desconocido, de las bandas de proscritos del sur y del este, y de cómo la situación se estaba enconando como una llaga abierta en las Cuatro Tierras bajo el dominio de la Federación. No volvieron a hablar de Walker Boh, pero Par se sentía satisfecho con lo que ya sabía. Había tomado una decisión respecto a su tío. Por muy aterrador que les pudiera parecer a los demás, incluido Steff, para él seguiría siendo la persona que había conocido en Valle Umbroso cuando era niño mientras nadie le probara que estaba equivocado... y tenía la sensación, casi la certeza, de que jamás sucedería tal cosa.

La conversación, interrumpida por frecuentes bostezos y miradas distraídas, acabó decayendo y uno tras otro empezaron a arrebujarse en sus mantas. Par se

brindó a cargar la hoguera por última vez antes de disponerse a dormir y se acercó a los árboles más próximos en busca de leña. Había reunido varias ramas de un viejo cedro derribado por el viento el invierno anterior cuando, de repente, se encontró cara a cara con Teel. Parecía que hubiera surgido de la nada. La expresión de su rostro traslucía una firme resolución y sus ojos, serenidad.

—¿Puedes hacer magia para mí? —le preguntó en voz baja.

Par la miró, sorprendido. No había pronunciado ni una sola palabra desde que la viera por primera vez en la cocina de la abuela Elise, y tampoco lo hizo entonces. Por tanto, creía que era incapaz de hacerlo. Había viajado con ellos como si fuera el perro de Steff, obediéndolo, recelosa de los demás, manteniéndose apartada de ellos. Mientras estuvieron junto al fuego, se había limitado a escuchar, reservando para sí sus opiniones. Y ahora, esto.

—¿Puedes crear imágenes? —insistió, con voz grave y áspera—. ¿Solamente una o dos para que las vea? Me gustaría muchísimo.

Nunca se había fijado en sus ojos, y entonces lo hizo. Eran de un extraño color azul, parecido al que había lucido el cielo durante el día, claro e insondable. Le sorprendió su brillo, y de repente recordó que sus cabellos, cubiertos por la capucha, tenían el color de la miel. Hasta aquel momento le había parecido bastante desagradable por su actitud reservada y distanciada, pero allí, de pie entre el silencio y las sombras, sólo parecía pequeña.

—¿Qué imágenes te gustaría ver? —le preguntó Par.

—Desearía ver cómo era Culhaven en los tiempos de Allanon —respondió la joven enana tras pensar en ello durante un momento.

—Lo intentaré —dijo el joven del valle, haciendo un gesto de asentimiento, aunque estuvo a punto de decirle que no estaba seguro de cómo era Culhaven en aquella época tan remota.

Cantó en tono bajo, cantó para la muchacha que se hallaba sola rodeada de árboles, extendiendo la magia de su canción para llenar su mente con las imágenes del pueblo que podía haber existido tres siglos antes. Describió el Río Plateado, los jardines de Meade, las cabañas y los hogares, limpios y cuidados, la vida en la ciudad de los enanos antes de la guerra contra la Federación. Cuando acabó, la joven enana lo observó un instante con rostro inexpresivo y, acto seguido, le dio la espalda sin decir una palabra, desapareciendo como un fantasma entre las sombras de la noche.

El joven del valle la siguió con la mirada, extrañado, luego hizo un gesto de indiferencia, acabó de recoger la leña para alimentar la hoguera y se fue a dormir.

Reemprendieron la marcha al amanecer, avanzando por los altos parajes de las montañas de Wolfsktaag donde clareaban los bosques y el cielo parecía estar más cerca. El día era cálido y luminoso, con la atmósfera impregnada de aromas, y

prometía posibilidades sin fin. La brisa soplaba suavemente contra sus caras, entre los árboles y por las rocas pululaban pequeños animales que a su paso emprendían una veloz huida o echaban a volar. En las montañas reinaba la paz.

A pesar de ello, y a diferencia de los días precedentes, Par sentía una gran inquietud. Intentó disipar su ansiedad, diciéndose a sí mismo que no existían motivos para albergar esos sentimientos, que tal vez se debiera a la necesidad de preocuparse por algo cuando, al parecer, Steff parecía tener razón y aquella era la ruta más segura. Observó las caras de sus compañeros, intentado descubrir en ellos algún signo de inquietud, pero sus expresiones revelaban una profunda satisfacción. Incluso Teel, siempre tan retraída, caminaba con total despreocupación.

Tras la mañana llegó la tarde, y su nerviosismo acabó convirtiéndose en la certidumbre de que alguien los seguía. Se encontró volviendo la cabeza en numerosas ocasiones, sin saber lo que buscaba, pero con la absoluta certeza de que había algo a sus espaldas. Escrutó entre los árboles lejanos y las rocas, pero no consiguió descubrir nada. Arriba, a su derecha, se alzaban las cumbres dentadas por picos y desfiladeros, demasiado peligrosas para atravesarlas. Abajo, a su izquierda, el bosque se llenaba de sombras, que eran como charcas negras sobre maleza y los troncos cercanos a ella.

El camino se bifurcó en varias ocasiones hacia aquellos parajes sombríos.

—Eso es lo que pudo suceder a las patrullas de la Federación que desaparecieron —comentó Steff, que con Teel abría la marcha del pequeño grupo—. No se puede deambular por los lugares oscuros de estas montañas.

El comentario hizo que Par les atribuyera la causa de su inquietud. Se dijo a sí mismo que la identificación de su origen le permitiría apartarla de sí. Pero justo cuando estaba dispuesto a creer que el problema se resolvería, miró hacia atrás por última vez y vio que algo se movía entre las peñas.

Se detuvo. Los otros siguieron caminando, y poco después se volvieron para mirarlo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Steff.

—Ahí detrás hay algo —respondió Par en voz baja, sin apartar los ojos del lugar donde había percibido el último movimiento.

—Allí —dijo Par a Steff, que se había acercado a él, señalando las rocas.

Los demás también se acercaron al joven del valle, y durante largo rato miraron con atención hacia el lugar indicado sin que consiguieran ver nada. La tarde llegaba a su fin, las sombras se alargaban a medida que el Sol descendía por el horizonte occidental, y la media luz dificultaba la visión.

—Tal vez me haya equivocado —admitió al fin Par, haciendo un gesto de frustración.

—Tal vez no —dijo Steff.

Ignorando el gesto de sorpresa de Par, reanudó la marcha en compañía de Teel, con el joven del valle a la retaguardia. En una o dos ocasiones le dijo a Par que mirara hacia atrás, y una o dos más lo hizo él. Par no vio nada, pero no consiguió liberarse de la sensación de que había algo a sus espaldas. Cruzaron una cresta que se extendía de este a oeste, y empezaron a descender. La nueva vertiente estaba más oscura, puesto que el Sol poniente quedaba al otro lado. El camino serpenteaba entre una masa de pedruscos y matorrales que se apiñaban en la ladera como las ovejas de un rebaño. Ahora el viento soplaba a sus espaldas e impulsaba hacia delante el sonido de la voz de Steff, alejándolo de sus oídos.

—Cualquier ser que nos esté siguiendo, esperará a que caiga la noche, o al menos el crepúsculo, para dejarse ver. No sé lo que es, pero sí que es grande. Tenemos que buscar un lugar donde podamos defendernos.

Nadie hizo el menor comentario. Par sintió un súbito escalofrío. Coltar dirigió una mirada a su hermano, y después miró a Morgan. Teel ni siquiera se molestó en volver la cabeza.

Habían dejado atrás el laberinto de rocas y maleza, y seguían de nuevo un camino despejado, cuando la criatura emergió de entre las sombras y permitió que la vieran. Steff fue el primero, y con un grito ordenó a sus amigos que se reunieran junto a él. El ser estaba a más de cien metros, agazapado sobre una piedra plana, y un fino rayo de sol cortaba su cara igual que una lanza. Parecía una especie de perro o lobo monstruoso, provisto de un pecho muy ancho, un cuello grueso cubierto de pelo y un rostro informe. Tenía las patas excesivamente gruesas, el cuerpo cilíndrico, las orejas y la cola pequeñas, y el aspecto de un animal que rechaza cualquier posible amistad. Abrió sus fauces, las más grandes que Par había visto en su vida, y babeó. Las cerró de golpe, y se dirigió hacia ellos con pasos lentos.

—Continuad la marcha —ordenó Steff en voz baja.

Le obedecieron. Avanzaron siguiendo las curvas del camino, obligándose a no mirar atrás.

—¿Qué es? —preguntó Morgan en voz baja.

—Los llaman Devoradores —respondió Steff, sin perder la calma—. Viven en el este, en lo más profundo del Anar, más allá de las montañas del Cuerno Negro Azabache. Son muy peligrosos. —Tragó saliva—. Pero nunca he oído que hayan sido vistos en el Anar Central, y menos aún en las montañas de Wolfsktaag.

—Hasta ahora, querrás decir —intervino Coltar.

Avanzaban por una ancha hendidura entre las montañas, donde la vereda iniciaba una abrupta bajada hacia una hondonada. El Sol se había escondido tras el horizonte, y el crepúsculo grisáceo cubría todas las cosas como un sudario. Su visión se dificultaba por momentos. El ser que los perseguía, tan pronto aparecía como desaparecía, y Par se preguntó qué ocurriría cuando lo perdieran de vista por

completo.

—Tampoco he oído que ataquen a los hombres —dijo Steff, de repente, justo a su espalda.

La extraña caza continuó, el Devorador seguía sus pasos a unos ochenta metros de distancia, dispuesto, al parecer, a que la oscuridad cayera por completo. Steff los apremió para que buscaran un lugar donde guarecerse.

—¿Por qué no dejas que me enfrente al Devorador? —preguntó Morgan.

—Porque estarías muerto en menos tiempo del que tardo en pronunciar tu nombre, Morgan —respondió el enano—. No te engañes. Esa criatura acabaría con nosotros al menor descuido. ¡Toda la magia del mundo sería incapaz de evitarlo!

Par guardó silencio, pero se preguntó para sus adentros si la espada de Morgan actuaría contra aquella bestia. ¿No era verdad que la magia de la espada sólo se activaba al entrar en conflicto con una magia similar? ¿No sería una espada corriente en cualquier otro caso? ¿No fue ése el poder que Allanon otorgó a su hoja? Se esforzó en recordar los detalles de la historia y no lo consiguió. Pero las otras magias, las de la Espada de Shannara y las piedras élficas, sólo habían sido eficaces contra las cosas mágicas. Eso lo recordaba muy bien. Por tanto, lo más probable era que lo mismo ocurriera con...

—Adelante, bajad —ordenó Steff, poniendo fin a su razonamiento—. Por ahí es dónde...

No pudo acabar la frase. El Devorador apareció junto a ellos, emergiendo de la oscuridad; una enorme y negra figura que saltaba entre las rocas y la maleza con una rapidez asombrosa.

—¡Seguid! —gritó Steff, señalando apresuradamente el sendero mientras se daba media vuelta para enfrentarse a la bestia.

Todos prosiguieron la marcha sin pararse a pensar, excepto Morgan, que desenvainó la Espada de Leah y corrió junto a su amigo para prestarle su ayuda. Teel, Coltar y Par siguieron adelante, volviendo la cabeza en el preciso momento en que el Devorador alcanzaba a sus compañeros. La criatura atacó a Steff, pero el enano estaba preparado, con su enorme maza dispuesta. Golpeó con todas sus fuerzas un lado de la cabeza de la bestia. La fuerza del impacto hubiera derribado a cualquier otro ser, pero el Devorador la soportó y se abalanzó de nuevo sobre el enano. Steff le asestó otro mazazo y, a continuación, echó a correr, tirando del joven de las tierras altas. Se precipitaron por el sendero como flechas y enseguida alcanzaron a los hermanos del valle y a Teel.

—¡Bajad por la ladera! —gritó Steff, empujándolos literalmente fuera del camino.

Se lanzaron entre la maleza y los pedruscos, resbalando y tropezando. Par cayó de bruces y se puso en pie sin detenerse. Estaba desorientado, y tenía sangre en los ojos.

Steff lo agarró y tiró de él por la pendiente, mientras los jadeos y los gritos de los demás lo envolvían.

En ese preciso momento fue plenamente consciente de la proximidad del Devorador. Lo oyó antes de que consiguiera verlo. Su pesado cuerpo descendió tras ellos, arrastrando piedras y polvo, profiriendo unos gritos que parecían horribles gemidos de hambriento. La magia, pensó Par con angustia, tengo que utilizar la magia. El cantar funcionará, lo confundirá, al menos...

Steff lo ayudó a subir a una piedra plana, y pudo darse cuenta de que los demás se apiñaban a su alrededor.

—¡Permaneced juntos! ¡No os mováis de esta piedra! —ordenó el enano, mientras él bajaba para enfrentarse a la acometida del Devorador.

Par nunca olvidaría lo que sucedió a continuación. Steff se encontró con el Devorador en la ladera justo en el momento en que se apartó de ellos. Dejó que la criatura se abalanzara sobre él. De repente retrocedió, acertando con la maza en la garganta del monstruo a la vez que saltaba para golpear su enorme pecho con los pies. Steff cayó y el ser se precipitó sobre él, pero la fuerza del impulso no le permitió detenerse. Saltó por encima del enano y rodó hasta tropezar con los primeros árboles del fondo. Se levantó profiriendo terribles gruñidos y rugidos, pero en ese momento algo enorme surgió entre los troncos, cogió al Devorador entre sus fauces y lo arrastró al interior del bosque. Se oyó un grito agudo, un crujir de huesos y después un profundo silencio invadió el lugar.

Steff se puso de pie, se llevó un dedo a los labios ordenando con este gesto a sus amigos que permanecieran en silencio y, a continuación, les hizo señas para que lo siguieran. Con el menor ruido posible, treparon por la ladera hasta volver al sendero y, desde allí, contemplaron la impenetrable oscuridad que había a sus pies.

—En las montañas de Wolfsktaag hay que aprender a estar atento —dijo Steff en voz baja, esbozando una lúgubre sonrisa—. Aunque uno sea un Devorador.

Se sacudieron el polvo de sus ropas y pusieron orden en el equipaje. Los cortes y magulladuras eran superficiales y no revestían gravedad. Según las estimaciones de Steff, el desfiladero de Jade, que debían atravesar para salir de las montañas, se hallaba a una o dos horas de camino, por lo que decidieron proseguir la marcha.

Tardaron más de lo que Steff había previsto en llegar al desfiladero de Jade, por lo que ya era casi medianoche cuando el pequeño grupo dejó atrás las montañas de Wolfsktaag. Durmieron en un cañón estrecho, protegido por una maraña de pinos y viejos abetos. Estaban tan exhaustos que no se molestaron en encender una hoguera ni en comer, limitándose a acostarse envueltos en sus mantas. Par soñó aquella noche, pero no con Allanon y el Cuerno del Infierno, sino con el Devorador. La terrible criatura lo perseguía sin tregua por el paisaje de su mente, desde un rincón oscuro hasta el siguiente, como una sombra apenas perceptible, pero cuya identidad le resultaba tan clara como la suya propia. Cuando estaba a punto de caer sobre él, Par conseguía huir, completamente aterrorizado. Por fin, la terrible criatura lo acorraló, obligándolo a retroceder hasta un sombrío nicho de roca y bosque. En el preciso instante en que se disponía a zafarse de su acoso de un salto, algo monstruoso surgió de la oscuridad a sus espaldas y lo cogió entre sus fauces, arrastrándolo a las tinieblas mientras él pedía a gritos una ayuda que nunca llegaría.

Se despertó sobresaltado.

No había luz, aunque el cielo empezaba a aclarar por el este. Sus compañeros seguían disfrutando de un sueño profundo y reparador. Al parecer, sus gritos no habían traspasado los límites de su mente. Estaba empapado en sudor y respiraba con dificultad. Se quedó echado, sin moverse, pero no consiguió conciliar el sueño.

Aquella mañana entraron en el Anar, en dirección este, zigzagueando por un laberinto de colinas boscosas y barrancos. Cinco pares de ojos escrutaban las sombras y los lugares recónditos de los alrededores mientras avanzaban. Hablaban muy poco. El encuentro del día anterior había aumentado su inquietud y recelo. El cielo estaba nublado y gris, lo que otorgaba lobreguez al entorno. Hacia el mediodía llegaron a los rápidos del torrente de Chard, y siguieron su curso hasta el atardecer.

El día siguiente amaneció lluvioso. La tierra estaba cubierta de niebla y humedad. La marcha se hizo más lenta, y la tibieza y luminosidad de los días anteriores se borró de sus memorias. Dejaron atrás el Centro de Ventas el Paso de los Grajos, un alto en el camino para los cazadores y comerciantes de la época de Jair Ohmsford, que fue un próspero lugar de intercambio hasta que la guerra entre los enanos y la Federación acabó con el tráfico mercantil de las Tierras Orientales con el norte de Culhaven. Ahora estaba abandonado, sus puertas y ventanas habían desaparecido, el tejado estaba roto y podrido, y su interior parecía albergar innumerables fantasmas de otros tiempos.

A la hora de comer, reunidos bajo la protección de un enorme y viejo sauce, cuyas ramas sobrepasaban la orilla del río, Steff habló con inquietud del Devorador, e insistió en que nunca hasta ahora había sido visto uno al oeste de las montañas del

Cuerno Negro Azabache. ¿De dónde procedería aquél? ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Por qué razón los había perseguido? Sin duda, todas estas preguntas tenían sus correspondientes respuestas, pero ninguno de ellos se molestó en buscarlas. Todos se limitaron a afirmar que se debía a la casualidad, aunque en realidad pensarán lo contrario.

La lluvia perdió intensidad a la caída de la tarde, pero continuó lloviznando hasta la mañana siguiente, en que se convirtió en una bruma densa. El grupo reemprendió el viaje sin apartarse del río, que descendía a la Cuenca Tenebrosa. Las dificultades del viaje se multiplicaban a medida que avanzaban, los bosques estaban cubiertos de maleza y de ramas y troncos caídos, y las veredas eran prácticamente inexistentes. Cuando al mediodía se alejaron del río, el terreno se transformó en una serie de hondonadas y barrancos, que les impedían establecer con precisión la dirección que debían seguir. Se esforzaron para caminar sobre el barro y los obstáculos, con Steff a la cabeza del grupo, gruñendo y resoplando rítmicamente. El enano era como una máquina, firme e incansable. Sólo le igualaba Teel, más pequeña que él, pero mucho más ágil. Nunca se quedaba atrás ni se quejaba, y siempre mantenía el paso. Eran los jóvenes del valle y el de las tierras altas quienes se sentían agotados, sin aliento y con los músculos rígidos. Se alegraban cuando el enano les ofrecía la más mínima oportunidad de descanso y, cuando ordenaba reanudar la marcha, se limitaban a obedecer. La monotonía del viaje también empezaba a afectarles, especialmente a los dos jóvenes del valle. Hacía ya varias semanas que Par y Coltar corrían de un lado para otro, huyendo la mayor parte del tiempo, y habían tenido que afrontar tres horribles encuentros con seres que superaban lo imaginable. Estaban agotados por el esfuerzo de mantenerse constantemente alerta, y la oscuridad, la bruma y la humedad contribuían notablemente a intensificar su agotamiento. No intercambiaban una sola palabra, pero los dos empezaban a preguntarse si sabían lo que estaban haciendo, aunque jamás lo hubiesen admitido.

Ya estaba avanzada la tarde cuando cesó la lluvia y las nubes se abrieron para dejar paso a una débil luz solar. Coronaron un risco y se encontraron ante un valle ocupado por un bosque y dominado por una extraña formación pétreo que parecía una chimenea. Se erguía sobre los árboles como un centinela en sus horas de guardia, destacando negra e inmóvil contra el lejano horizonte.

—Allí —dijo Steff, señalando hacia abajo—. Si existe alguna posibilidad de encontrar a Walker Boh, ha de ser allí.

—¡Conozco este lugar! —exclamó Par, olvidándose de la fatiga y el desaliento, y mirando al enano con cara de sorpresa—. ¡Es la Chimenea de Piedra! ¡Lo he reconocido por las historias! ¡Éste es el hogar de Cogleine!

—Era —puntualizó Coltar con voz cansada.

—Era, de acuerdo. ¿Qué más da? —respondió Par, visiblemente excitado—. La

cuestión es saber qué está haciendo aquí Walker Boh. Quiero decir que no sería extraño que estuviese, puesto que en este lugar residieron los Boh, y también Cogleine. Si Walker vive aquí, ¿por qué no nos lo dijo el anciano? A menos que no fuese Cogleine, o no lo supiera, o Walker... ¿Estás seguro de que éste es el lugar donde se supone que vive mi tío? —preguntó a Steff, de repente.

El enano lo había observado durante su disertación como podía haber mirado a un perro con tres cabezas.

—Joven del valle, estoy seguro de muy pocas cosas, y lo admito —respondió Steff, encogiéndose de hombros—. Me dijeron que era aquí donde vivía tu tío. Así que, si has terminado de hablar, ¿por qué no bajamos y comprobamos si es cierto o no?

Par cerró la boca, e iniciaron el descenso. Cuando pisaron la tierra del valle, encontraron el bosque sorprendentemente limpio de maleza y madera muerta. Los árboles se abrían en claros cruzados por arroyuelos y salpicados de florecillas silvestres blancas, azules y de un violeta intenso. El ambiente era tranquilo, el viento estaba en calma y las alargadas sombras que se extendían ante ellos parecían suaves y apacibles. Par olvidó los peligros y las fatigas del viaje, el cansancio y la inquietud, y concentró su pensamiento en el hombre que buscaba. Admitía su confusión, pero comprendía el motivo. Cuando, trescientos años antes, Brin Ohmsford entró en la Cuenca Tenebrosa, la Chimenea de Piedra era el hogar de Cogleine y de la niña a la que llamaba nieta, Kimber Boh. El anciano y la niña la condujeron hasta el Maelmord, donde Brin tenía que enfrentarse al *Ildatch*. La amistad que entonces surgió entre los Boh y los Ohmsford, se mantuvo durante diez generaciones. El padre de Walker Boh fue un Ohmsford y su madre, una Boh. Por la rama paterna, su genealogía llegaba hasta Brin, y por la materna, hasta Kimber. Por tanto, era lógico que hubiera decidido ir a vivir allí, pero también era ilógico que el anciano, el hombre que les había dicho que era Cogleine, el mismo Cogleine de trescientos años antes, no lo supiera.

O, si lo sabía, que no se lo hubiese dicho.

Par frunció el entrecejo. ¿Qué les había dicho el anciano de Walker Boh? Su ceño se contrajo aún más. Sólo que sabía que Walker estaba vivo, se respondió a sí mismo. Sólo eso.

¿Pero había algo más entre ellos de lo que el anciano había revelado? Estaba completamente seguro de que así era, y estaba decidido a averiguarlo.

Los últimos rayos de sol desaparecieron y el crepúsculo cubrió el valle de sombras grises. El cielo permaneció despejado y empezó a tachonarse de estrellas, y la luna menguante a bañar el bosque con luz lechosa. El pequeño grupo avanzó con cautela hacia la formación rocosa con forma de chimenea, cruzando docenas de arroyuelos y serpenteando entre el laberinto de calveros. El bosque estaba tranquilo,

pero su silencio no les pareció opresivo. Coltar dio un codazo a Par cuando vio una ardilla gris sentada sobre sus patas traseras, mirándolos solemnemente. Percibían sonidos nocturnos distantes y ajenos al valle, según sus impresiones.

—Uno se siente aquí como... protegido. ¿No te parece? —preguntó Par a su hermano en voz baja, y Coltar respondió con un gesto de asentimiento.

Siguieron caminando casi una hora más sin que se encontraran con nadie. Estaban ya en el centro del valle cuando, de repente, vieron parpadear una luz entre los árboles del bosque. Steff aminoró el paso y les indicó con señas que se mantuviesen alerta. La luz se acercaba, fluctuando en la oscuridad, cambiando de un solo punto luminoso a una multitud de ellos. Son faroles, pensó Par. Se acercó a Steff. Sus agudos sentidos élficos habían identificado la procedencia de la luz.

—Es una casita —le dijo al enano en voz baja.

Salieron de entre los árboles para entrar en un prado cubierto de hierba. Una casita se alzaba ante ellos, en el centro del prado. Era una construcción bien conservada, de piedra y madera, con un porche delante y otro detrás, caminos de piedra y macizos de flores. Estaba flanqueada por un pino y un abeto que parecían atalayas en miniatura. La luz que salía por las ventanas se mezclaba con la de la luna para alumbrar el entorno como si fuera mediodía.

La puerta principal estaba abierta, y Par se adelantó sin pensarlo.

—No te precipites, joven del valle —dijo Steff a Par, mientras lo sujetaba.

Dio alguna orden a Teel, y después los dejó allí. Avanzó solo, corriendo por los espacios abiertos entre el abeto y el pino, resguardándose en las sombras, sin perder de vista la puerta abierta. Los otros lo observaron, agazapados en el lindero del bosque por indicación de Teel. Steff llegó al porche, se agachó y permaneció largo rato en esa postura. Luego subió con rapidez los escalones y atravesó el umbral. Siguió un momento de silencio. Después reapareció y les hizo señas para que se acercaran.

—Aquí no hay nadie —les dijo, cuando llegaron junto a él—. Pero creo que nos esperaban.

Cuando entraron en la casa, pudieron comprender el significado de sus palabras. Había dos chimeneas en la habitación principal; una en la zona de estar, rodeada de sillas y bancos, y otra destinada a la cocina y al horno. Las dos estaban encendidas. En la segunda humeaba una olla de estofado, y en una tabla se enfriaba pan recién hecho. Sobre una larga mesa de caballetes había cuidadosamente dispuestos cinco platos y otros tantos vasos.

Se miraron, asombrados, antes de volver de nuevo los ojos a la estancia. La madera de las paredes y las vigas estaba pulida y encerada. A la luz de las lámparas de aceite y las llamas de los dos hogares brillaban la plata, el cristal, los objetos de madera tallada y los tapices. En la mesa había un jarrón con flores, y otros en la zona

de estar. Un pasillo conducía a los dormitorios. La casa era alegre y acogedora, pero estaba desierta.

—¿Es esto de Walker? —preguntó Morgan a Par en tono de duda, porque aquello no encajaba con la idea que se había formado del hombre.

—Lo ignoro —respondió Par, haciendo un gesto dubitativo—. Aquí no hay nada que yo pueda reconocer.

Morgan se dirigió al pasillo y desapareció durante un breve espacio de tiempo.

—No hay nadie —dijo el joven de las tierras altas cuando regresó, con la frustración dibujada en su rostro.

—Bueno, es obvio que nuestra llegada no ha sido una sorpresa. No sé qué pensaréis vosotros, pero esto huele muy bien —dijo Coltar, que se había acercado a la olla de estofado, encogiéndose de hombros—. Puesto que alguien se ha molestado en prepararlo, Walker Boh o quien sea, creo que podemos sentarnos y comer.

Par y Morgan dieron como respuesta un gesto de asentimiento, e incluso Teel se mostró interesada. Steff se inclinaba por ser cauteloso, pero ante la aplastante lógica de Coltar acabó cediendo. Sin embargo, insistió en que debían verificar que la comida o la bebida no estuvieran contaminadas o envenenadas. Cuando pronunció su veredicto exculpatario, todos se sentaron a la mesa y se dispusieron a cenar.

Cuando hubieron terminado, lavaron y secaron los platos y los vasos, y los guardaron en una alacena destinada para ese fin. Luego volvieron a revisar la casa, el terreno que la rodeaba y, por último, ampliaron su inspección a un círculo de unos cuatrocientos metros de radio, pero no encontraron nada.

Se sentaron junto al fuego, y allí estuvieron hasta la media noche, pero no llegó nadie. En la parte trasera de la casa había dos pequeños dormitorios, con dos camas en cada uno de ellos. Estaban hechas, y las sábanas y las mantas, limpias. Establecieron turnos de vigilancia, y se dispusieron a dormir. Cuando despertaron al amanecer, se sintieron muy descansados. Pero nadie había hecho acto de presencia.

Aquel día registraron el valle de un extremo al otro, desde la casa hasta la extraña formación rocosa en forma de chimenea, de norte a sur y de este a oeste. El tiempo era tibio y luminoso, lleno de sol y suaves brisas impregnadas con olores de la primavera. Vagaron a lo largo de los arroyos, recorrieron las veredas, exploraron las escasas cavernas abiertas en las laderas del valle. Hallaron huellas dispersas, todas de animales, pero ninguna otra cosa. Los pájaros volaban sobre sus cabezas como fugaces destellos de color entre los árboles, los animalillos del bosque los observaban con ojos penetrantes y los insectos zumbaban a su alrededor. Par y Coltar encontraron a un tejón cuando exploraban la ladera occidental cerca de la formación rocosa, que se negó a retirarse de su camino. Salvo este pequeño incidente, ninguno de los otros miembros del pequeño grupo vio nada.

Por la noche, tuvieron que preparar la cena, pero había carne y queso en una

nevera, pan del día anterior y verduras en la huerta. Los hermanos del valle comieron bien, animando a los demás a que los imitaran a pesar del inevitable recelo de Steff, convencido de que eso era precisamente lo que se esperaba de ellos. La noche era tibia y agradable. Empezaban a sentirse realmente a gusto en aquel ambiente. Steff se sentó con Teel ante el fuego y fumó una pipa; Par y Coltar lavaron los platos, y Morgan hizo la guardia en los escalones del porche delantero.

—Alguien se ha esforzado mucho en mantener limpia y cuidada esta casa —le dijo Par a su hermano cuando acabaron la tarea—. No parece razonable que la haya abandonado.

—Sobre todo después de ocuparse en prepararnos el estofado —añadió Coltar con gesto pensativo—. ¿Crees que puede pertenecer a Walker?

—No lo sé, pero me gustaría saberlo.

—Sin embargo, nada de lo que hay en la casa parece que guarde la más mínima relación con él, ¿verdad? No con el Walker que yo recuerdo, ni con el que nos describió Steff.

—Tal vez sea ése su deseo —respondió Par, acabando de secar una fuente y dejándola con cuidado sobre otra.

Eran las primeras horas de la madrugada cuando salió al porche para relevar a Teel en el turno de guardia. Bostezaba, aún adormilado, y no la encontró. Había conseguido despertarse por completo cuando la joven enana apareció rodeando un abeto bastante alejado. Se deslizó sin hacer el menor ruido a través de las sombras, pasó ante él y desapareció en el interior de la casa sin pronunciar una sola palabra. Par la siguió con la mirada, extrañado, luego se sentó en un escalón, apoyó la barbilla en las manos y se quedó mirando a la oscuridad.

Llevaba en esta postura casi una hora cuando escuchó un sonido que le hizo agudizar los sentidos.

Era un ruido extraño, una especie de zumbido semejante al producido por un enjambre de abejas, pero profundo y bronco. Pero desapareció con la misma rapidez con que había llegado. Al principio pensó que había sido cosa de su imaginación, que sólo había sonado en su mente. Pero en ese preciso momento volvió a repetirse, aunque solo duró un breve instante.

Se puso de pie, miró a su alrededor y se dirigió al sendero. La noche era muy clara y las estrellas brillaban en el cielo. El bosque era un remanso de paz, nada se movía. Se tranquilizó y avanzó con paso tranquilo hacia la parte trasera de la casa. Un poco alejado de la casa, entre las sombras, había un viejo sauce, y bajo sus ramas, un par de bancos. Se dirigió hacia ellos y se detuvo, intentando volver a captar el sonido, pero no lo logró. Se sentó en el banco más próximo. Estaba tallado para adaptarse a la forma del cuerpo y se sintió protegido. Estuvo sentado un rato, atisbando a través del velo que formaban las ramas colgantes del sauce, soñando despierto, intentando

descubrir los secretos que encerraba el silencio de la noche. Entonces se acordó de sus padres, y se preguntó si se encontrarían bien, si se sentirían preocupados por la ausencia de sus hijos. Valle Umbroso era un recuerdo lejano.

Cerró los ojos para que descansaran del esfuerzo al que los había sometido. Cuando los abrió, el gato del páramo estaba ante él.

La sorpresa paralizó a Par. El gato se hallaba frente a él, con la cara bigotuda al nivel de la suya y unos ojos que refulgían en la noche como oro luminoso. Era el animal más grande que había visto nunca, mayor incluso que el Devorador. Negro de la cabeza a la cola, salvo los ojos que lo miraban sin pestañear.

Entonces, el felino comenzó a ronronear, y reconoció el sonido que había escuchado antes. El gato le dio la espalda, anduvo unos pasos y volvió la cabeza, esperando que lo siguiera. Como Par continuaba con la mirada fija en él, regresó para alejarse de nuevo, detenerse y volver a esperar.

El joven valle comprendió que el animal quería que lo siguiera.

Se levantó de manera mecánica, incapaz de lograr que su cuerpo respondiera a sus deseos, intentando decidir si debía hacer lo que el gato le proponía o, por el contrario, si debía huir. Descartó la segunda opción casi de inmediato. No era momento para hacer tonterías. Además, si el animal hubiese querido atacarlo, nada se lo hubiera impedido.

Avanzó con cautela tras el gigantesco gato, que se dirigió hacia los árboles.

Caminaron por la oscuridad del bosque durante largos minutos, en silencio y con paso regular. La luz de la luna bañaba los terrenos despejados y Par no tuvo ningún problema para seguir al animal. Observó los ágiles movimientos del gato, que apenas repercutían en su entorno. Parecía casi inmaterial. El miedo que le había inspirado al principio se estaba desvaneciendo por la fuerza de su curiosidad. Alguien había enviado al gato, y no le fue difícil imaginar quién había sido.

Llegaron a un claro en el que convergían varios arroyuelos, a través de minúsculos rápidos, para desaguar en una gran charca iluminada por la luna. Los árboles eran viejos y enormes, y sus ramas proyectaban un complicado dibujo de sombras sobre todo el claro. El gato se acercó a la charca, bebió con avidez un instante, y luego se sentó y se quedó mirándolo. Par dio varios pasos adelante y se detuvo.

—Hola, Par —le saludó alguien.

El joven del valle recorrió el claro con los ojos hasta encontrar al hombre que había hablado, que estaba sentado en la oscuridad sobre un tocón, apenas distinguible de las sombras que lo rodeaban. Al advertir la indecisión del muchacho, se levantó y salió a la luz.

—Hola, Walker —respondió Par en voz baja.

Su tío se parecía mucho a los recuerdos que conservaba de él y, al mismo tiempo,

no se parecía en nada. Seguía siendo alto y esbelto, y sus facciones revelaban su ascendencia élfica, aunque en menor medida que las de Par. Su piel era asombrosamente blanca, en marcado contraste con los cabellos negros que le llegaban a los hombros y la corta barba. Tampoco había cambiado la expresión de sus ojos, que parecían atravesarlo incluso a aquella distancia. Más difíciles de precisar eran las diferencias. Éstas podían observarse en su forma de comportarse y en la impresión que causaba al hablar. Era como si estuviese rodeado por un muro invisible e impenetrable.

Walker Boh se acercó y cogió las manos de Par entre las suyas. Vestía como un leñador; túnica y pantalones anchos, capa corta y botas de piel suave; todo de colores terrosos y verdes.

—¿Estáis cómodos en la casa? —le preguntó.

—Walker, no lo entiendo —respondió Par, recuperando la lucidez—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no saliste a recibirnos cuando llegamos? Es evidente que esperabas nuestra visita.

—Ven a sentarte conmigo, Par —lo invitó su tío, soltándole las manos y retrocediendo un paso.

Y regresó a las sombras sin esperar su respuesta. Par lo siguió, y tío y sobrino se sentaron en el tocón que antes ocupaba Walker.

—Sólo hablaré contigo —dijo Walker, mirando a Par con atención—. Y sólo lo haré una vez.

Par no respondió, esperando que su tío continuara hablando.

—Se han producido muchos cambios en mi vida —prosiguió su tío, tras guardar un momento de silencio—. Aunque entonces eras un niño, espero que conserves algunos recuerdos de mí. Sin embargo, debo confesarte que la mayoría no guardan mucha relación con lo que ahora soy. Renuncié a mi vida en Valle Umbroso y a las Tierras Meridionales, y vine hasta aquí para empezar una nueva vida. Me aparté de la locura de los hombres que se dejan llevar por sus vidas a los instintos primarios. Me separé de los hombres de todas las razas, de su codicia y de sus prejuicios, de sus guerras y sus políticas, de su monstruoso concepto del progreso. Vine aquí para vivir en soledad. Desde luego, siempre he estado solo y me he sentido solo. La diferencia es que ahora lo estoy por voluntad propia, no porque otros me lo impongan. Soy libre por ser lo que soy... y no me siento extraño con mi nueva condición.

»Es la época en que vivimos y el ser quienes somos lo que nos crea dificultades —prosiguió, esbozando una leve sonrisa—. Lo sabes, ¿verdad? Tú también posees la magia... una magia muy tangible en tu caso. No te proporcionará muchos amigos, sino todo lo contrario, te marginará. Ser un Ohmsford en estos días es causa de rechazo, porque los Ohmsford conservan la magia de sus antepasados élficos, y ni la magia ni los elfos son apreciados ni comprendidos. Acabé cansándome de todo eso,

de ser rechazado, de ser mirado con suspicacia y recelo. Acabé cansándome de que me consideraran diferente. Y también te sucederá a ti, si es que no te ha ocurrido ya. Así son las cosas.

—Yo no permito que eso pueda afectarme —respondió Par a la defensiva—. La magia es un don.

—¿Sí? ¿Lo es ahora? ¿Cómo? Un don no es algo que se oculte como si fuera una repugnante enfermedad. No es algo que provoque vergüenza, cautela o miedo. No es algo que pueda matarte.

Aquellas palabras fueron pronunciadas con tal dosis de amargura que Par sintió un escalofrío. Entonces, el humor de su tío pareció cambiar, y se mostró calmado, sereno.

—A veces, me olvido hasta de mí mismo cuando hablo del pasado —prosiguió su tío, haciendo un gesto de autorreproche—. Te pido disculpas. Te he hecho venir para hablarte de otras cosas, pero sólo a ti, Par. Dejé la casa para que tus compañeros la ocuparan durante vuestra estancia en la Chimenea de Piedra, pero no iré a verlos. Sólo me interesas tú.

—¿Y Coltar? —preguntó Par, confuso—. ¿Por qué excluyes a mi hermano?

—Piensa un poco, Par —respondió su tío, esbozando una irónica sonrisa—. Nunca me he sentido ligado a él, no con los lazos que me unen a ti.

Par lo miró en silencio. Suponía que ésa era la verdad. Fue la magia lo que hizo que Walker se acercara a él, y Coltar jamás tuvo parte en ella. En ninguna de las ocasiones en que había estado con su tío, cuando se había creado esa intimidad entre ellos, Coltar había estado presente.

—Además —prosiguió su interlocutor en voz baja—, lo que tenemos que hablar sólo nos concierne a los dos.

—Te refieres a los sueños —respondió Par, adivinando los pensamientos de su tío.

Walker se limitó a responder con un gesto de asentimiento.

—Entonces, tú también los has tenido... la figura de negro que se parece a Allanon, de pie ante el Cuerno del Infierno, avisándonos, llamándonos. —Par se había quedado sin aliento—. ¿Y qué me dices del anciano? ¿Te ha visitado?

Su tío volvió a responder con un gesto de asentimiento:

—Así que lo conoces, ¿no es cierto, Walker? ¿Es Cogle, en realidad?

—Sí, Par, lo es —respondió Walker Boh con rostro inexpresivo.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Par, rojo de excitación y frotándose las manos—. ¿Cuántos años tiene? Centenares, supongo. Eso dijo. Y fue druida. ¡Estaba seguro de que era cierto! ¿Vive todavía aquí, Walker? ¿Vive contigo?

—Me visita en algunas ocasiones, y a veces se queda una temporada. El gato era suyo, pero me lo regaló. Recordarás que siempre ha existido un gato del páramo.

Aquél al que llamaban Murmullo en tiempos de Brin Ohmsford. Éste se llama Rumor. El anciano le puso el nombre. Dijo que era un buen nombre para un gato; en especial, para uno que me perteneciera.

Se detuvo, e hizo un gesto rápido que Par no supo interpretar. El joven del valle miró hacia donde descansaba el animal, pero había desaparecido.

—Rumor va y viene igual que todos los gatos del páramo —le dijo Walker Boh como si leyera sus pensamientos.

—¿Qué vas a hacer, Walker? —le preguntó Par, haciendo un gesto de asentimiento y volviendo los ojos hacia él.

—¿Respecto a los sueños? Nada.

—Pero el anciano... —objetó Par, titubeando.

—Escúchame —lo interrumpió Walker—. Ya he tomado una decisión y es irrevocable. Sé lo que me pedían los sueños y también sé quién los enviaba. El anciano vino a verme y hablamos. Partió la semana pasada. No me interesa. Ya no soy un Ohmsford, soy un Boh. Si pudiera deshacerme del pasado, con todo su legado mágico y su gloriosa historia élfica, no lo dudaría un instante. No quiero nada de eso. Vine a las Tierras Orientales en busca de este valle, para vivir como vivieron mis antepasados, a un lugar donde todo es fresco, limpio y sin la problemática presencia de otras personas. He aprendido a ordenar mi vida y la vida que me rodea. Has visto este valle; el pueblo de mi madre lo hizo así y he aprendido a conservarlo. Tengo la compañía de Rumor y, ocasionalmente, la del anciano. De vez en cuando, hasta recibo visitas de otras personas. La Cuenca Tenebrosa se ha convertido en un paraíso para mí y la Chimenea de Piedra, en mi hogar.

»Poseo la magia, Par —prosiguió Walker, inclinándose hacia delante con expresión tensa—; diferente de la tuya, pero magia auténtica. Puedo adivinar lo que otros piensan, a pesar de la distancia que nos separe, aunque no siempre. Puedo comunicarme con los seres vivos de un modo que les está vedado a los demás. Con todas las formas de vida. Puedo desaparecer igual que el gato del páramo. ¡Incluso puedo activar el poder! —Chasqueó los dedos de repente y una llamarada azul destelló sobre ellos, que se apresuró a apagar—. Carezco de la magia del cantar, pero, al parecer, parte de su fuerza arraigó en mí. Muchos de mis conocimientos son innatos; los restantes los aprendí solo o me los enseñaron. Tengo todo lo que necesito, y no quiero más. Me siento muy bien aquí y no me iré. El mundo puede arreglárselas sin mí como lo ha hecho hasta ahora.

—¿Y si los sueños expresan la verdad, Walker? —preguntó Par, sin poderse contener.

—¡Par!— exclamó Walter Boh, soltando una carcajada burlona—. ¡Los sueños nunca son verdaderos! ¿Es que no prestas atención a tus propias historias? En los de ahora, como en los de los tiempos en que vivía Allanon, hay algo que no cambia: ¡A

los Ohmsford no se les dice todo, sólo lo que el druida considera que es necesario!

—Crees que estamos siendo utilizados —afirmó Par.

—¡Estoy convencido de que sería una estupidez creer otra cosa! No confío en lo que se me ha dicho. —Sus ojos eran tan duros como la piedra—. La magia que tú consideras un don siempre ha sido un instrumento útil para los druidas, y poco más. No voy a dejar que me asignen cualquier nueva tarea que se les ocurra. ¡Si el mundo necesita la salvación que los sueños sugieren, que Allanon o el anciano se apresuren a salvarlo!

—Me sorprendes, Walker —respondió Par, haciendo un gesto de impotencia y rompiendo el largo silencio que se había producido, durante el cual se habían estado estudiando el uno al otro—. No recordaba la amargura ni la ira que hay en ti.

—Pero estaban en mí, siempre estuvieron —afirmó Walker Boh, esbozando una triste sonrisa—. Lo que ocurre es que nunca te molestaste en descubrirlas.

—¿No deberían haberte abandonado ya?

Su tío no contestó.

—Así que estás decidido —insistió Par.

—Sí, lo estoy.

—¿Qué harás si se cumplen los presagios de los sueños, Walker? —le preguntó el joven del valle, haciendo una inspiración profunda—. ¿Qué será de tu casa? ¿Qué sucederá si el mal que los sueños muestran te persigue?

Su tío siguió guardando silencio, sin cambiar la expresión de sus ojos.

—Yo veo las cosas de otra manera, Walker —prosiguió Par, sin levantar la voz—. Siempre he creído que la magia es un don y que me ha sido otorgado por algún motivo. Durante mucho tiempo he estado convencido de que debía emplearla para contar historias y evitar de esta manera que cayeran en el olvido. Ahora mis ideas al respecto se han ampliado. Creo que el don de la magia se me ha concedido para alguna cosa más.

»Coltar y yo no podemos regresar a Valle Umbroso, porque la Federación nos persigue por utilizar la magia —continuó Par, irguiéndose porque de repente sintió su pequeñez ante la presencia de su tío—. El anciano que dice llamarse Cogline afirma que puede haber otros seres que también quieran capturarnos, tal vez incluso Espectros. ¿Has visto alguno? Yo sí. También Coltar, y nos sentimos presas de un terror indescriptible, Walker, aunque es mejor que no hablemos mucho de ello. Lo divertido es que supongo que las criaturas que nos persiguen también están aterradas. Probablemente de la magia. —Se interrumpió un breve instante—. No sé de qué, pero deseo averiguarlo.

Walker Boh se sintió sorprendido, y sus ojos reflejaron su estado de ánimo.

—Sí, Walker, he decidido obedecer a los sueños —prosiguió Par, haciendo un gesto de asentimiento—. Creo que han sido enviados por Allanon y que debo

atenderlos. Iré al Cuerno del Infierno. Me parece que acabo de tomar la decisión, y que escucharte me ha ayudado a ello. Se lo diré a Coltar. Ignoro cuál será su actitud. Tal vez termine yendo solo, pero iré, no te quepa la menor duda, aunque sólo sea porque creo que Allanon me dirá lo que debo hacer con la magia.

»No me parezco a ti, Walker —continuó Par con expresión triste y resignada—. No puedo vivir apartado del resto del mundo. Quiero regresar a Valle Umbroso. No deseo ni estoy dispuesto a empezar una vida en otro lugar. Durante el trayecto he pasado por Culhaven. Los enanos que nos han guiado hasta aquí son de esa ciudad. Todas las arbitrariedades y las codicias, las intrigas y las guerras, toda la locura de que hablas es mucho más evidente en Culhaven. Pero yo no quiero huir, en eso diferimos, quiero encontrar la manera de arreglar las cosas. ¿Cómo podría conseguirlo si me comportara como si el mal no existiera?

»¿Y si Allanon supiera algo que pudiera ayudarme en mi propósito, algo que ponga final a esta locura? —inquirió, por último, el joven del valle, cerrando las manos y apretando los puños.

Tío y sobrino permanecieron largo rato en silencio, mirándose abiertamente a la cara en la oscuridad. Par creyó captar en los negros ojos de su tío expresiones que no había visto desde su infancia, expresiones que hablaban de cariño, de entrega y de sacrificio. Después los ojos volvieron a mostrarse inexpresivos, vacíos, y Walker Boh se puso en pie.

—¿Reconsiderarás tu decisión? —le preguntó Par en voz baja.

Walker le observó en silencio, luego se dirigió a la charca del centro del claro y contempló sus aguas. Cuando chasqueó los dedos, Rumor se materializó de la nada y se acercó a él.

—Buena suerte, Par —fue todo lo que su tío dijo, volviéndose para mirarlo.

Después empezó a alejarse, con el gato a su lado, y desapareció en medio de las sombras de la noche.

Par esperó a la mañana para comunicar a sus compañeros de viaje su encuentro con Walker Boh. No le pareció necesario apresurarse. Walker había dejado muy claras sus intenciones, y nadie podía hacer nada para que cambiara de criterio. Así que regresó a la casa, reanudó la guardia sin despertar a sus compañeros, se sumió en sus pensamientos y esperó la llegada del alba.

Su relato del encuentro con Walter Boh mientras ellos dormían suscitó reacciones muy distintas. Al principio, surgieron algunas sobre si el pretendido encuentro había sido sueño o realidad, pero Par las disipó al instante. Lo obligaron a repetir la historia otras dos veces, interrumpiéndolo con comentarios y preguntas. Morgan se sintió ofendido por el comportamiento de Walker, y afirmó que al menos merecían la cortesía de su presencia. Insistió en que recorriesen el valle de nuevo, convencido de que el hombre estaría cerca y podrían encontrarlo. Steff fue más pragmático. Opinaba que Walker Boh no era muy diferente de la mayoría y evitaba los problemas, manteniéndose al margen, siempre que le era posible.

—Creo que su actitud, por irritante que nos pueda parecer, es propia de su carácter —dijo el enano, encogiéndose de hombros—. Al fin y al cabo, dijisteis que vino aquí para evitar cualquier contacto con las razas. Por tanto, su negativa a ir al Cuerno del Infierno es coherente con ese propósito.

Teel, como de costumbre, no expresó su opinión.

—Me hubiera gustado hablar con él —se limitó a comentar Coltar.

Aunque ya no había ninguna razón para quedarse más tiempo en la Chimenea de Piedra, acordaron aplazar su partida, al menos, otro día. Más de la mitad de la luna aún brillaba, por lo que tenían tiempo de sobra para llegar a tiempo al Cuerno del Infierno si, finalmente, tomaban esa decisión. Pero evitaron hablar del tema. Par ya había tomado una decisión, pero no se la había comunicado a los demás. Sin duda, ellos esperaban a que hablara para expresar en voz alta sus pensamientos. Mientras jugaban al ratón y al gato, acabaron el desayuno, aceptaron la sugerencia del joven de las tierras altas y se dispusieron a realizar una nueva exploración del valle. Así estarían ocupados en algo mientras consideraban las consecuencias de la decisión negativa de Walker Boh. Al día siguiente, por la mañana, tomarían sus propias decisiones.

Por tanto, se dirigieron al claro donde Par se había reunido con Walker la noche anterior e iniciaron otra búsqueda, quedando en reunirse en la casa a últimas horas de la tarde. Steff y Teel formaron un grupo, Par y Coltar otro, y Morgan emprendió la exploración en solitario. El día era templado y luminoso, y una ligera brisa soplabla de las montañas lejanas. Steff recorrió el calvero palmo a palmo en busca de cualquier rastro, pero no lo encontró; ni siquiera las huellas del gato. Par tenía la sensación de

que aquél iba a ser un día realmente largo.

Tras separarse de los demás, se dirigió hacia el este acompañado de Coltar, pensando en lo que debía decirle. Se sentía invadido por una mezcla de emociones difícil de precisar. Caminaba con desgana, consciente de que Coltar lo observaba con disimulo, pero evitando su mirada. Después de haber vagabundeado por varias docenas de claros y cruzado numerosos arroyuelos sin hallar el más mínimo indicio de la presencia de Walker Boh, Par decidió detenerse.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo con cierta exasperación—. Nunca encontraremos nada.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió Coltar.

—He decidido ir al Cuerno del Infierno —dijo Par, volviéndose hacia su hermano—. No importa lo que Walker haga, sólo soy responsable de mis propias decisiones. Tengo que ir.

—Lo sé —respondió Coltar, haciendo un gesto de asentimiento y esbozando una sonrisa—. He pasado demasiados años contigo para no conocer tu forma de pensar, Par. Desde el momento en que dijiste que Walker no quería mezclarse en el asunto, supe que habías tomado la decisión de ir. Es una reacción típica en ti. Eres como un perro con un hueso entre los dientes... nunca estás dispuesto a soltarlo.

—Al menos, eso es lo que parece, ¿no es verdad?

Par se refugió en la sombra de un viejo nogal. Su aspecto denotaba cansancio. Apoyó la espalda en el tronco del árbol y se deslizó hasta el suelo. Coltar lo imitó, y los dos hermanos contemplaron durante un breve instante el bosque desierto.

—Reconozco que tomé la decisión de una manera similar a como la has descrito. No podía aceptar la postura de Walker. La verdad es que ni siquiera puedo entenderla. Me afectó tanto que me olvidé de preguntarle si creía que los sueños eran auténticos o no.

—Quizá no de forma consciente, pero pensaste en ello. Y también que no era necesario preguntárselo. Walker dijo que había tenido los mismos sueños que tú, y que también lo había visitado el anciano. Asimismo, admitió que el anciano era Cogle. No discutió nada de eso. Sólo dijo que no quería comprometerse. Eso implica que está convencido de que los sueños son auténticos. De lo contrario, ¿con qué podía comprometerse?

—No lo entiendo, Coltar —respondió Par, tensando las mandíbulas—. Estuve con Walker anoche. Sé que era él, pero no hablaba como creo que lo hubiera hecho Walker. El negarse a comprometerse, la decisión de mantenerse alejado de las Razas y vivir en este lugar como un ermitaño... Algo no va bien. Puedo notarlo. Me ocultó algunas cosas. ¡Se excusó diciendo que los druidas habían ocultado algunos secretos a los Ohmsford, pero él hizo lo mismo conmigo!

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Coltar, que no parecía muy convencido.

—No lo sé, sólo lo intuyo —respondió Par, haciendo un gesto negativo y mirando fijamente a su hermano—. Los dos sabemos muy bien que Walker nunca ha retrocedido ante ningún obstáculo. Nunca ha sentido temor por un posible enfrentamiento y, cuando las circunstancias lo requerían, siempre se podía contar con él. ¡Ahora habla como si apenas pudiera soportar el pensamiento de tener que levantarse por la mañana! —El joven del valle se apoyó contra el tronco del nogal—. ¡Consiguió que me sintiera avergonzado de él! ¡Que me ruborizara por su culpa!

—Creo que has dado demasiadas vueltas a este asunto —dijo Coltar, golpeando el suelo con el tacón de su bota—. Es posible que no haya más de lo que dice. Hace mucho tiempo que vive solo. Quizá no se sienta cómodo con la gente.

—¿Ni siquiera contigo? —preguntó Par a su hermano, visiblemente excitado—. ¡Por favor, Coltar, si se negó a verte!

—La verdad es que nunca hablamos mucho —respondió Coltar, sosteniendo la mirada de su hermano—. Tú eras el único por quien mostraba algún interés, porque sólo tú poseías la magia.

Par no se atrevió a contradecirlo. Era lo mismo que había dicho Walker. Era una estupidez poner al mismo nivel la relación de Coltar con su tío con la suya propia. Jamás estuvieron al mismo nivel.

—Todavía está pendiente el tema de los sueños —dijo Par, frunciendo el entrecejo—. ¿Por qué no comparte mi curiosidad por ellos? ¿No quiere saber lo que Allanon tiene que decir?

—Tal vez lo sepa ya —respondió Coltar, encogiéndose de hombros—. La mayoría de las veces, daba la impresión de que sabía lo que pensaban los demás.

Par hizo un gesto dubitativo. No había tenido en cuenta aquella posibilidad. ¿Era posible que su tío conociera ya lo que el druida iba a decirles en el Cuerno del Infierno? ¿Era capaz de leer en la mente de un espíritu, de un hombre que hacía trescientos años que había muerto?

—No, no lo creo —dijo Par, haciendo un gesto negativo—. Habría dicho algo sobre el motivo de los sueños. Se limitó a rechazar el asunto, alegando que se trataba de una nueva manipulación de los druidas, con los Ohmsford como víctimas. Pero no adujo ninguna razón.

—Entonces, quizás espera que se la expliques tú.

—Tal vez —dijo Par, haciendo un pausado gesto de asentimiento—. Yo le dije que iría. Quizá piense que basta con que vaya uno de nosotros.

—Pero no lo crees, ¿verdad? —le preguntó Coltar, estirándose en el suelo y mirando hacia la copa del árbol.

—No —respondió Par, esbozando una sonrisa.

—¿Todavía piensas en que hay algo más?

—Sí.

Permanecieron un rato en silencio, con las miradas perdidas en el bosque, absortos en sus pensamientos. Finos rayos de sol penetraban entre las hojas de los árboles y jugueteaban sobre sus cuerpos, y los trinos de los pájaros se filtraban en el silencio.

—Me gusta estar aquí —dijo Par.

—¿Dónde crees que está escondido? —preguntó Coltar con los ojos cerrados.

—¿Walker? No lo sé. Debajo de una piedra, supongo.

—Te precipitas al juzgarlo, Par. No tienes ningún derecho a hacerlo.

Par se tragó la respuesta que estaba a punto de dar y concentró su atención en un rayo de sol que recorría la cara de Coltar hasta llegar a los ojos, obligándolo a parpadear y a cambiar de postura. Coltar se sentó. Su cara mostraba una expresión satisfecha y tranquila. Era difícil que algo lo alterase, tenía una gran capacidad de equilibrio. Ésa era una de las razones por las que Par lo admiraba. Siempre estaba dispuesto a comprender la relativa importancia de los acontecimientos en el gran esquema de la existencia.

—¿Vendrás conmigo al Cuerno del Infierno, Coltar? —preguntó Par a su hermano, al captar de repente el sentido de sus palabras.

—¿No es extraño que Walker y tú, e incluso Wren, tengáis esos sueños y yo no, que todos vosotros seáis mencionados y convocados en ellos, pero yo no? —le preguntó Coltar, parpadeando. En su voz no había resentimiento, sólo perplejidad—. ¿Por qué supones que es? Nunca hemos hablado de ello, ¿verdad? Ni una sola vez. Creo que los dos hemos procurado evitarlo.

Par lo miró, pero no supo darle ninguna respuesta.

—Asombroso, ¿verdad? —prosiguió Coltar, esbozando una sonrisa al advertir la turbación de su hermano—. No pongas esa cara. Tú no tienes la culpa. —Se inclinó hacia él—. Es posible que esté relacionado con la magia. Tal vez sea eso.

—Mentiría si te dijese que no me molesta el hecho de que yo tenga sueños y tú no —respondió Par, dando un suspiro—. En realidad, no sé qué decir. Espero que te mezcles en algo que no te concierne. Ni siquiera debería pedírtelo, pero supongo que no puedo evitarlo. Eres mi hermano y deseo que estés a mi lado.

—Siempre encuentras las palabras adecuadas, Par —dijo Coltar, oprimiendo el hombro de su hermano y esbozando una cordial sonrisa—. Iré adonde tú vayas. Así ha sido hasta ahora y así seguirá siendo en el futuro. Eso no significa que esté de acuerdo con tu manera de ver las cosas, pero no cambia mis sentimientos hacia ti. Si crees que debes ir al Cuerno del Infierno para resolver la cuestión de los sueños, yo te acompañaré.

Par abrazó a su hermano, pensando en que había estado a su lado siempre que se lo había pedido, y que ahora volvería a estarlo.

—Sabía que podía contar contigo —fue todo lo que dijo.

Estaba muy avanzada la tarde cuando iniciaron el camino de regreso. Habían pensado hacerlo antes, pero la conversación sobre los sueños y Allanon los había absorbido de tal manera que llegaron al límite oriental del valle antes de que pudieran darse cuenta del tiempo que había transcurrido. Entonces, cuando el Sol se aproximaba al horizonte occidental, volvieron sobre sus pasos.

—Me parece que vamos a mojarnos —dijo Coltar mientras apresuraba el paso entre los árboles.

Par levantó la vista y vio una masa de nubes que avanzaba desde el norte del valle, oscureciendo el cielo a su paso. El Sol empezaba a ocultarse, envuelto en la creciente penumbra. El aire era caliente y pegajoso, y el bosque estaba en silencio.

Avivaron el paso con la intención de evitarse un remojón. Se levantó viento, anunciando la aproximación de la tormenta, y las frondosas ramas de los árboles bailaron una danza frenética. La temperatura bajó y el bosque se cubrió de sombras.

Par murmuró algo entre dientes cuando sintió las primeras gotas de lluvia en su cara. Ya era bastante desagradable estar buscando a alguien que no deseaba ser encontrado, para que además, ahora, sus esfuerzos se vieran premiados con un aguacero.

Fue entonces cuando vio que algo se movía entre los árboles.

Parpadeó, miró de nuevo, pero no vio nada. Ralentizó el paso de forma inconsciente y Coltar, que lo seguía a poca distancia, le preguntó qué pasaba. Par se encogió de hombros y recuperó el anterior ritmo de marcha.

El viento golpeaba su rostro, obligándolo a bajar la cabeza. Miró a la derecha y después a la izquierda, y percibió movimientos en ambos lados.

Alguien los seguía.

Sintió que se le erizaban los pelos de la nuca, pero se obligó a continuar caminando. Fuera lo que fuese, no tenía nada que ver con Walker Boh ni con el gigantesco gato. Aquello era demasiado escurridizo, demasiado furtivo. Intentó ordenar sus pensamientos. ¿A qué distancia estarían de la casa? ¿A una milla o tal vez a menos? Mantuvo la cabeza levantada, intentando seguir aquel movimiento con el rabillo del ojo. ¡Movimientos!, se corrigió a sí mismo. Sin duda, era más de uno.

—¡Par! —dijo Coltar cuando entraron en una estrecha vereda bordeada de árboles — Hay algo...

—¡Lo sé! —respondió Par, sin dejarle que acabara la frase—. ¡No te detengas!

Cruzaron un bosquecillo de pinos, y la lluvia empezó a caer con fuerza. El Sol, las laderas del valle e incluso el oscuro pináculo de la Chimenea de Piedra, habían desaparecido. Par sintió que su respiración se aceleraba. Ahora sus perseguidores, fantasmas que adquirirían vagas formas humanas cuando se deslizaban entre los árboles, los tenían rodeados.

Nos están encerrando, pensó Par lleno de angustia. ¿A qué distancia estaría de la casa?

—¡Corre, Par! —gritó Coltar a su hermano cuando entraron en un pequeño claro, tras dejar atrás un grupo de arces—. ¡Están muy cerca...!

Cayó al suelo de bruces con un gemido agudo. Par se dio la vuelta de forma instintiva y lo levantó. Tenía sangre en la frente y se había desmayado.

Par no tuvo tiempo para comprender lo que había sucedido. Miró hacia arriba y vio a los fantasmas sobre él. Irrumpieron desde su escondite entre los árboles por todas partes, moviéndose con una rapidez increíble. Vislumbró unas figuras encorvadas, cubiertas de hirsuto pelo negro y relucientes ojos de hurón, que cayeron sobre él. Las rechazó, intentando escapar, sintiendo que unos miembros esqueléticos y vigorosos lo agarraban. Consiguió mantenerse en pie un momento. Gritó, enloquecido, convocando a la magia del cantar, creando unas imágenes aterradoras en su afán de protegerse. Entonces se escucharon aullidos de pánico, y sus atacantes emprendieron la huida.

Ahora consiguió verlos bien. Tenían unas formas extrañas, parecidas a las de los insectos, con rostros vagamente humanos, contraídos y velludos.

Gnomos araña, pensó, sin dar crédito a sus ojos.

Volvieron a abalanzarse sobre él, y lo abatieron por la fuerza de su número. Bajo una masa de tendones y pelos, se encontró en el suelo. Le fue imposible recurrir a la magia. Forzaron sus brazos hacia atrás, y sintió que se ahogaba. Luchó con todas sus fuerzas, pero eran demasiados.

Sólo pudo gritar una vez más pidiendo ayuda. Después, todo se oscureció.

Cuando recuperó el conocimiento, Par Ohmsford se encontró sufriendo una terrible pesadilla. Estaba atado de pies y manos, y colgando de un palo. Lo llevaban por un bosque cubierto de brumas y sombras, con la línea oscura de un profundo precipicio a su izquierda y las dentadas cumbres de una cordillera, dibujando su silueta contra el cielo nocturno, a su derecha. Colgado como estaba, los matorrales y la densa maraña de hierbas y maleza arañaban su espalda y su cabeza. El aire era denso, húmedo y quieto.

Iba rodeado de gnomos araña, que gateaban en la penumbra sobre sus patas torcidas.

Cerró los ojos para ahuyentar aquellas imágenes, pero los abrió enseguida. El cielo estaba encapotado y oscuro, entre los jirones de nubes brillaban algunas estrellas y más allá del precipicio se vislumbraba una tenue claridad. Se dio cuenta de que la noche había pasado y que empezaba a amanecer.

Entonces recordó lo que había sucedido: su persecución y captura por los gnomos araña. Pero ¿qué le había ocurrido a Coltar? Estiró el cuello para ver si también lo llevaban, pero no había señales de él. Apretó las mandíbulas con rabia al recordar la caída de su hermano y su cara ensangrentada.

Apartó la imagen de su mente. Era inútil pensar en aquello. Tenía que encontrar la forma de liberarse y volver al lugar donde había caído Coltar. Forcejeó un momento con las cuerdas que lo ataban para comprobar su resistencia, pero no cedieron. En su posición, carecía del apoyo necesario para aflojarlas. No le quedaba más remedio que esperar. Se preguntó adónde lo llevarían y por qué lo habían capturado. ¿Qué querían de él los gnomos araña?

Los insectos zumbaban ante su rostro, alrededor de sus ojos y de su boca, y ocultó la cara entre los brazos.

Cuando retiró los brazos, intentó determinar dónde se encontraba. La luz había aumentado a su izquierda. Empezaba un nuevo día. Por tanto, dedujo que se dirigían hacia el norte. Eso tenía sentido. En la época de Brin Ohmsford, los gnomos araña habitaban en la Cresta de Toffer. Por tanto, lo más probable era que lo llevaran allí. Notó que tenía la boca y la garganta secas. Sed y miedo, pensó. Intentó recordar lo que decían las viejas historias de los gnomos araña, pero fue incapaz de ordenar sus pensamientos. Brin se encontró con ellos cuando iba en busca de la Espada de Leah en compañía de Rone Leah, Cogleine, Kimber Boh y Murmullo, el gigantesco gato del páramo. Había algo más, algo acerca de un erial y las horribles criaturas que vivían en él...

Entonces recordó. *Los hombres bestias*. El nombre resonó en su mente como una maldición.

Los gnomos araña descendieron por un angosto desfiladero, manchándolo de negro con sus figuras peludas, hablando animadamente sobre lo que parecía un futuro acontecimiento. La luz procedente del este desapareció, y las sombras y las nieblas los cercaron. Le dolían las muñecas y los tobillos, y se sentía como descoyuntado. Los gnomos eran de corta talla y lo llevaban colgando tan cerca del suelo que su cuerpo recibía continuos golpes y arañazos. Desde su incómoda posición vio que el desfiladero se convertía en una plataforma rocosa, desde donde se divisaba una extensión yerma cubierta por la niebla que parecía no tener fin. Después entraron en un corredor que transcurría entre peñascos esparcidos por la ladera de la Cresta de Toffer. Se veían luces parpadeantes a lo lejos, puntitos luminosos que jugaban al escondite entre las rocas. Varios gnomos araña se adelantaron, saltando sin aparente esfuerzo sobre las rocas.

Par hizo una inspiración profunda. Fuera cual fuese el punto de su destino, parecía que estaban a punto de llegar a él.

Un momento después, salieron de entre las piedras y se detuvieron sobre un farallón bajo, que daba acceso a una serie de madrigueras y cuevas abiertas en la ladera del risco. Por todas partes ardían hogueras y pululaban centenares de gnomos araña. Dejaron a Par en el suelo sin la menor consideración, cortaron sus ligaduras y quitaron el palo. El joven del valle se quedó un instante tendido de espaldas, frotándose las muñecas y los tobillos, que sangraban, consciente en todo momento de los ojos que lo vigilaban. Entonces lo pusieron en pie y lo arrastraron hacia las cuevas y madrigueras. Las nudosas manos de los gnomos, que hablaban ininterrumpidamente entre sí en su propia lengua, lo agarraban por todas partes, y el hedor de sus cuerpos llenó sus fosas nasales. No opuso resistencia, porque apenas si podía tenerse en pie. Lo llevaron a la cueva de boca más ancha, lo obligaron a entrar, lo empujaron hacia una pequeña hoguera y se detuvieron. Los gnomos discutieron durante un momento y volvieron a empujarlo hacia el interior. Vio que se encontraban en una cueva que no tendría más de quince o dieciséis metros de profundidad y unos dos y medio de altura en su punto más elevado. De la parte rocosa del fondo pendían dos anillas de hierro, y a ellas lo ataron. Después se marcharon todos, excepto dos, que se quedaron de guardia junto a la hoguera.

Par intentó aclarar su mente, escuchando el silencio en espera de nuevos acontecimientos. Como no se produjeron, se dedicó a observar el lugar. Lo habían dejado de pie, con los brazos extendidos contra el muro y atados a las anillas. Tuvo que permanecer en esta posición, porque la altura a que estaban colocados los brazos no le permitía sentarse. Comprobó las ligaduras. Eran de cuero, y estaban tan apretadas que ni siquiera podía mover las muñecas.

Durante un momento se sintió invadido por la desesperación, pero supo reaccionar y luchar contra el pánico que amenazaba con dominarlo. Sus compañeros,

Morgan, Steff y Teel, debían de estar buscándolo. Ya habrían encontrado a Coltar. En ese preciso momento estarían siguiendo las huellas de los gnomos araña para ir a rescatarlo y, sin duda, lo conseguirían.

Sabía que se estaba engañando. Casi había oscurecido cuando los gnomos lo capturaron, y llovía intensamente. No habrían tenido tiempo de buscarlo ni ninguna posibilidad de encontrar huellas. Lo más que podía esperar era que hubiesen encontrado a Coltar, o que él mismo hubiera recuperado el conocimiento y conseguido llegar hasta la casa para informarlos de lo sucedido.

Tragó saliva para combatir la sequedad. ¡Estaba tan sediento!

El tiempo transcurría de forma inexorable, transformando los segundos en minutos y los minutos en horas. La penumbra exterior se aclaró un poco, con una luz que apenas penetraba en la estancia, sofocada por el humo y la niebla. Los tenues sonidos de los gnomos araña dejaron de oírse, y hubiera pensado que se habían marchado todos si los guardianes encargados de su vigilancia no continuasen apostados junto a la entrada de la cueva. La hoguera se apagó, humeando durante un rato antes de convertirse en cenizas. El día avanzaba. En una ocasión, uno de los guardianes se levantó y le llevó un cuenco de agua. Bebió con avidez de las manos que lo sostenían junto a su boca, vertiendo una gran parte del agua, que le empapó la camisa. Su hambre iba en aumento, pero no le ofrecieron comida.

Cuando volvió a oscurecer, los guardianes encendieron de nuevo una hoguera en la entrada de la cueva y luego desaparecieron.

Par esperó, expectante, olvidando por primera vez los dolores de su cuerpo, el hambre y el miedo. Estaba a punto de suceder algo. Podía sentirlo.

Lo que sucedió fue completamente inesperado. Luchaba de nuevo con sus ligaduras, que el sudor, mezclado con la sangre de las rozaduras, había aflojado, cuando una figura salió de las sombras. Pasó junto a la hoguera y se detuvo en la zona iluminada.

Era una niña.

El joven del valle parpadeó. Debía de tener unos doce años. Parecía bastante alta y delgada a contraluz, con los cabellos lacios y oscuros y los ojos hundidos. No pertenecía a la raza de los gnomos, sino a la de los hombres y a las Tierras Meridionales. Su vestido estaba viejo y roto, sus botas desgastadas y un pequeño dije de plata colgaba de su cuello. Ella lo miró con curiosidad, lo observó como si fuera un perro o un gato perdido; luego se acercó lentamente. Se detuvo al llegar junto a él y levantó una mano para acariciar sus cabellos y tocar una de sus orejas.

—Elfo —susurró.

Par la miró con asombro. ¿Qué hacía una niña con los gnomos araña?

—Desátame —le pidió, humedeciéndose los labios.

La joven siguió con los ojos fijos en él, sin decir nada.

—¡Desátame! —repitió Par, en un tono más apremiante.

Esperó, pero la niña no reaccionó. Sintió que una incipiente duda crecía en su interior. Algo no iba bien.

—Te abrazo —dijo la niña de repente.

Sus brazos lo rodearon, casi con ansiedad, apretándose contra él como una sanguijuela. Se colgó de Par, ciñéndose contra su cuerpo mientras murmuraba una y otra vez algo que no pudo entender. ¿Qué le pasaba a aquella niña?, se preguntó, abrumado, el joven del valle. Parecía perdida, quizás aterrada, tan necesitada de ayuda como él mismo...

Dejó de pensar al sentir sus temblores, la agitación de que era presa bajo sus harapos. Sus dedos se aferraban a él, presionando cada vez más. El asombro lo dominó. Parecía que estaba enterrándose en su cuerpo, fundiéndose con él, formando parte de él.

¿Qué estaba sucediendo?

La repulsión lo inundó con una rapidez terrorífica. Gritó y se estremeció de horror, pateó desesperadamente y, por fin, consiguió separarla de su cuerpo. Cayó encogida, y su rostro infantil se transformó en algo odioso, con el gesto de una bestia en el momento de abalanzarse sobre su presa. Sus ojos emitían un resplandor rojizo.

—¡Entrégame la magia, muchacho! —gritó con una voz que de ningún modo correspondía a una niña.

Entonces lo supo.

—¡Oh, no!, ¡oh, no! —murmuró una y otra vez, intentando enderezarse cuando ella se puso en pie lentamente.

¡La niña era un Espectro!

—¡Dámela! —repitió con voz autoritaria—. ¡Deja que penetre en ti y la saboree!

Se acercó a él, con su apariencia frágil, como un trocito de nada, pero su cara la traicionaba. Cuando estuvo a su lado, él pateó con desesperación. La niña retrocedió, esbozando una sonrisa maligna.

—Eres mío —siseó—. Eres un regalo que me han hecho los gnomos. Conseguiré tu magia, muchacho. Entrégate a mí. ¡Haz que pueda sentirla!

Se deslizó hacia él como un reptil hacia su presa, evitando sus patadas, ciñéndose a él mientras profería un aullido. Enseguida pudo sentir sus movimientos; no los de la niña, sino los de algo que había dentro de ella. Se obligó a mirar hacia abajo y pudo vislumbrar la oscura silueta que vibraba dentro del cuerpo de la niña y se esforzaba en pasar al suyo. Sintió su presencia como un escalofrío en un día de verano, como las patas de una mosca sobre la piel. La sombra lo rozaba, buscaba. Echó la cabeza hacia atrás, tensó las mandíbulas, hizo que su cuerpo adquiriera la dureza del hierro, y luchó desesperadamente. El ser estaba intentando introducirse en él, fundirse con él. ¡No debía permitirlo! ¡No podía permitirlo!

Entonces, de forma inesperada, gritó, exhalando la magia del cantar en un aullido en el que se mezclaban la rabia y la angustia. No tomó forma, porque ya sabía que hasta las imágenes más aterradoras eran ineficaces contra aquellas criaturas. Brotó por sí mismo, liberado de algún rincón oscuro de su ser para adquirir una apariencia que él no pudo reconocer. Era una cosa oscura e inconcebible, y vibró a su alrededor como la tela de una araña alrededor de su presa. El Espectro siseó y se apartó de forma violenta, escupiendo y desgarrando el aire. Se agachó de nuevo. El cuerpo de la niña se retorció y estremecía por la acción de algo invisible. El grito de Par cesó ante la vista de aquel suplicio.

—¡Aléjate de mí! —le dijo, jadeante, apoyándose contra el muro de la cueva—. ¡No vuelvas a tocarme nunca!

Ignoraba lo que había hecho y cómo lo había logrado, pero el Espectro se encogió y lo miró, reflejando la amargura de la derrota en su rostro. La huella del ser que ocupaba el cuerpo de la niña destelló brevemente y desapareció, y también el resplandor rojizo de sus ojos. La niña se levantó poco a poco hasta ponerse de pie, adquiriendo de nuevo su apariencia frágil y desamparada.

—Abrázame —le dijo de nuevo, tras mirarlo un momento.

Entonces gritó hacia la oscuridad exterior y docenas de gnomos araña entraron corriendo en la cueva, haciendo una reverencia. Ella les habló en su propia lengua cuando se arrodillaron, y Par recordó lo supersticiosos que eran aquellos seres, que creían en dioses y espíritus de todas clases. Y ahora estaban esclavizados por un Espectro. Quiso gritar.

Los gnomos araña se acercaron a él, soltaron las ligaduras que lo sujetaban, agarraron sus brazos y sus piernas y lo empujaron hacia delante. La niña les cerró el paso.

—¿Me abrazas?

Parecía casi desesperada.

Par hizo un gesto negativo, intentado liberarse de las docenas de manos que lo sujetaban. Lo sacaron de allí a la luz crepuscular del exterior, en la que se mezclaban el humo de las hogueras y la bruma de las tierras bajas. Se detuvieron al borde del farallón, y entonces pusieron al joven del valle de cara al vacío.

La niña estaba junto a él. Su voz era suave e insidiosa.

—El Páramo Viejo —murmuró—. En él viven los hombres bestias. ¿Has oído hablar de los hombres bestias, muchacho élfico?

—Par se quedó rígido.

—Te entregaremos a ellos si no me abrazas. Te devorarán a pesar de tu magia.

Entonces consiguió liberarse de sus captores, apartándolos con violencia. El Espectro siseó y saltó hacia atrás, y los gnomos araña se dispersaron. Se dispuso a huir, tratando de pasar entre ellos, pero se lo impidieron. Giró, golpeando a derecha e

izquierda. Innumerables manos nudosas y peludas intentaban capturarlo. Era el centro de un remolino de cuerpos deformes y voces parlanchinas, pero sólo oía la suya propia que gritaba que no permitiría que volvieran a capturarlo.

De repente, se encontró al borde del farallón. Recurrió a la magia del cantar, lanzando imágenes contra los gnomos araña que lo rodeaban, intentado desesperadamente abrirse camino entre ellos. El Espectro no estaba a la vista. El humo la ocultaba.

Entonces sintió que perdía pie. El borde del farallón había cedido bajo el peso de sus atacantes. Intentó agarrarse a ellos, a cualquier cosa, pero no encontró nada. Cayó al abismo, girando en el remolino de niebla. El Espectro, los gnomos araña, las hogueras, las cuevas y las madrigueras; todo quedó detrás de él. Cayó hecho una bola, dando volteretas entre los matorrales y los pedruscos. Milagrosamente, no chocó contra ninguna roca, que podría haberlo matado o malherido, y aquella larga y angustiosa bajada terminó en la más profunda oscuridad.

Estuvo inconsciente durante un tiempo indefinido; jamás podría saber cuánto. Cuando despertó, se encontró en un aplastado lecho de húmedas hierbas pantanosas. Pensó que las hierbas habían suavizado el golpe y salvado su vida. Yació allí, con la respiración entrecortada, oyendo el sonido de su corazón que bombeaba en el pecho. Cuando recuperó fuerzas y su vista se aclaró, se puso de pie con cuidado y comprobó el estado de su cuerpo. Tenía cortes y magulladuras por todas partes, pero no había sufrido ninguna fractura. Se quedó quieto y permaneció a la escucha. Desde algún lugar muy alto llegaron a sus oídos las voces de los gnomos araña.

Irían en su persecución, estaba seguro. Tenía que alejarse de allí cuanto antes.

Miró a su alrededor. La bruma y las sombras se reunían en un mundo crepuscular en el que la noche anunciaba su inminente llegada. Pequeños seres casi invisibles saltaban y corrían entre las altas hierbas. El fango succionaba y borboteaba por todas partes, en lodazales ocultos que rodeaban islotes de tierra firme. El lugar estaba lleno de árboles atrofiados y maleza, inmóviles en posturas grotescas. Los sonidos eran lejanos y su procedencia difícil de precisar. No se apreciaban diferencias en el paisaje. Parecía un laberinto sin fin.

Par respiró profundamente para tranquilizarse. Sabía dónde se encontraba o, al menos, lo suponía. Había estado en la Cresta de Toffer y, desde el farallón, había caído al Páramo Viejo. Sus esfuerzos para escapar de la muerte sólo habían servido para acelerarla. Se había situado en el lugar con el que el Espectro lo amenazaba; en los dominios de los hombres bestias.

Apretó los dientes y emprendió la marcha. Se dijo a sí mismo que estaba en el borde del páramo, no en su interior, no perdido en él. El risco le serviría para orientarse. Si lo seguía hacia el sur, conseguiría huir. Pero tenía que apresurarse.

Casi podía sentir el acecho de los hombres bestias.

Recordó las historias que mencionaban a aquellas criaturas, atraídas por la conciencia de su precaria situación y la intensidad de su miedo. Eran seres de una antigua magia, monstruos que cazaban a las criaturas perdidas en el páramo o enviadas a él; robándoles su fuerza y espíritu y nutriéndose de sus vidas. Los gnomos araña constituían su principal fuente alimentaria. Los gnomos araña creían que los hombres bestias eran espíritus que exigían ser apaciguados y, en consecuencia, se ofrecían en sacrificio. Par sintió un escalofrío al pensarlo. A eso lo destinaba el Espectro.

El cansancio redujo el ritmo de su marcha y eso hizo que aumentara su inquietud. Tropezó varias veces, y una de ellas se hundió hasta las caderas en un lodazal antes de que tuviera tiempo de reaccionar y liberarse. Su vista estaba nublada y el sudor le corría por la espalda. El calor del páramo embotaba, incluso de noche. Miró al cielo, y comprobó que estaban desapareciendo los últimos rastros de luz. No tardaría en reinar la oscuridad.

Y no vería nada.

Una gran charca de fango se interpuso en su camino. La ladera del risco estaba tan erosionada que era imposible subir por ella para salvarla. Su única opción era rodearla, internándose en el páramo. Anduvo con paso rápido, siguiendo la orilla de la ciénaga, atento a cualquier posible sonido de persecución, pero no escuchó ninguno. El páramo estaba desierto y silencioso. Giró hacia el risco, se encontró ante una serie de hondonadas con innumerables seres moviéndose en ellas y volvió a dar media vuelta. Continuó sin detenerse; exhausto, pero incapaz de descansar. La oscuridad aumentó. Llegó al final del laberinto y volvió a dirigirse al risco. Recorrió una larga distancia, sorteando lodazales y charcos, con ojos vigilantes. No conseguía encontrar la Cresta de Toffer.

Avivó el paso, angustiado, luchando contra el miedo que amenazaba con dominarlo. Se daba cuenta de que estaba perdido, pero se negaba a aceptarlo. Siguió buscando, sin querer creer que hubiera fallado tanto su sentido de la orientación. ¡El pie del risco había estado justo allí! ¿Había dado tantas vueltas para despistarse de aquella manera?

Al fin se detuvo, rindiéndose ante el rompecabezas. No tenía ningún sentido continuar, porque no tenía ni la más mínima idea de adónde se dirigía. Podía deambular indefinidamente hasta que una ciénaga o los hombres bestias lo capturaran. Era mejor quedarse en un sitio y luchar.

Fue una decisión extraña, obligado a tomarla más por la fatiga que por el razonamiento. Su única esperanza era salir del páramo, pero ¿cómo iba a conseguirlo si renunciaba a caminar? Pero estaba cansado y no quería vagar a ciegas.

Seguía pensando en la niña, en el Espectro que había retrocedido ante él, obligada

por algún matiz de su magia desconocido para él. Aún no había descubierto qué era, pero si conseguía convocarlo de nuevo y manejarlo de alguna forma, tendría una oportunidad contra los hombres bestias y contra cualquier cosa que lo atacara en el páramo.

Miró a su alrededor, y se dirigió hacia un montecillo flanqueado por dos ciénagas, con la parte posterior protegida por un saliente rocoso y sólo abierto por un lado. Con una sola entrada, pero también con una sola salida, se dijo a sí mismo mientras lo subía. Encontró una piedra plana y se sentó, de cara a la niebla y a la noche. Allí se quedaría hasta que volviera la luz.

Pasaron los minutos, oscureció aún más, y la niebla se hizo más espesa. Sin embargo, todavía quedaba luz, una especie de extraña fosforescencia que se desprendía de la dispersa vegetación. Su resplandor era tenue y engañoso, pero le permitió distinguir lo que había en su entorno y la creencia de que descubriría a cualquier criatura que se dirigiera hacia él.

Sin embargo, no vio al Espectro hasta que lo tuvo encima. Otra vez era la niña, alta, delgada, andrajosa. Se materializó de la nada, a pocos pasos frente a él, y Par se asombró de la rapidez de su llegada.

—¡Apártate de mí! —le gritó, poniéndose de pie—. Si intentas tocarme...

El Espectro destelló en la niebla y se evaporó.

Par tragó una bocanada de aire. Después de todo, no había sido un Espectro, pensó, sino un hombre bestia... y no muy feroz, puesto que he conseguido que se alejara con una simple amenaza.

Sintió deseos de reír. Estaba casi agotado, tanto física como psíquicamente, y sabía que no reaccionaba de manera normal. En realidad, no se había librado de nadie. Aquel hombre bestia sólo había ido a echar un vistazo. Estaban jugando con él, como solían hacerlo con sus presas. Adoptaban formas familiares, esperaban la oportunidad precisa, a que la fatiga, el miedo o la irreflexión se la sirviesen en bandeja. Pensó otra vez en las historias, en la inevitabilidad del acecho, y luego las rechazó.

De algún lugar lejano llegó a sus oídos un grito, un fugaz alarido de angustia, e inmediatamente después todo quedó de nuevo en silencio.

Fijó la mirada en las brumas, observando, y su pensamiento se centró en las circunstancias que lo habían llevado hasta allí: su huida de la Federación, sus sueños, el encuentro con el anciano y la búsqueda de Walker Boh. Había recorrido un largo camino por todos esos motivos y no había llegado a ninguna parte. Sintió una punzada de decepción por no haber conseguido más, por no haber sacado de todo ello una enseñanza provechosa. Repasó su conversación con Walker. Éste le había dicho que la magia del cantar no era un don, a pesar de su insistencia en lo contrario, y que no merecía la pena esforzarse en comprender su utilidad. Bueno, quizá tuviera razón.

Quizá él se había engañando a sí mismo durante mucho tiempo.

Sin embargo, estaba seguro de que algo había aterrorizado al Espectro. Algo, aunque no pudiera determinar qué.

Pero sólo a la niña, no a los otros Espectros con los que antes se había topado.

¿Dónde estaba la diferencia?

Percibió movimiento al borde de las nieblas, y una figura salió de ellas y se acercó a él. Era el segundo Espectro, la enorme y torpe criatura que había salido a su encuentro en el Anar. Profería terribles gruñidos, llevando un monstruoso garrote. Se horrorizó al recordar que el cantar había sido ineficaz contra aquel ser. Empezó a retroceder, pero enseguida consiguió controlarse, sobreponiéndose a la confusión y aclarando su mente. Movidio por un instintivo impulso, recurrió al cantar y su magia creó una imagen idéntica a la criatura, una imagen que utilizó para cubrirse con ella. Un Espectro frente a otro Espectro. Entonces el hombre bestia rieló y se desvaneció entre las brumas.

Par permaneció inmóvil y dejó que se disolviera la imagen que lo había ocultado. Después, volvió a sentarse. ¿Cuánto tiempo podría resistir así?

Se preguntó si Coltar estaría bien. Lo vio tendido sobre el suelo del bosque, con la cara cubierta de sangre, y recordó la impotencia que había sentido en aquel momento. Pensó cuánto dependía de su hermano.

—¡Coltar! —exclamó.

Su mente vagó de una cosa a otra. Su magia era eficaz, se dijo a sí mismo con firmeza. Walker estaba equivocado. Tenía una finalidad. Era un don. Tenía que buscar las respuestas en el Cuerno del Infierno. Debía encontrarlas cuando hablase con Allanon. Debía huir de aquel páramo y...

Un grupo de formas inconsistentes surgieron de la niebla, fragmentos oscuros y espantosos del movimiento etéreo en la noche. Los hombres bestias habían decidido no esperar más tiempo. Se puso en pie de un salto, enfrentándose a ellos. Se acercaban muy despacio, primero uno y a continuación otro, sin formas precisas, ondeando y cambiando con la misma rapidez que la niebla.

Entonces vio a Coltar, arrastrado por aquellos seres, sujeto por unas manos inmatrimales, con la cara cenicienta y ensangrentada.

Par se quedó helado. *Ayúdame*, oyó que decía su hermano, aunque la voz sólo sonaba en su mente. *Ayúdame, Par*.

Par gritó algo con la magia del cantar, pero su grito se fragmentó en ruidos inconexos entre la repugnante humedad del Páramo Viejo. Se estremeció. ¡Sin duda era Coltar! Su hermano se esforzaba en soltarse, sin dejar de llamarlo: *¡Par, Par!*

Se precipitó en su ayuda casi sin pensar. Atacó a los hombres bestias con furia inesperada. Lanzó contra ellos la magia del cantar, golpeándolos y obligándolos a retroceder. Llegó hasta Coltar, lo cogió y tiró. Varias manos se extendieron hacia él, y

consiguieron tocarlo. Sintió un dolor penetrante; congelación y quemadura a la vez. Coltar se agarró a él, y el dolor se intensificó. El veneno fluyó en su interior, amargo y áspero. Sintió que las fuerzas lo abandonaban, pero consiguió mantenerse en pie, arrastrar a su hermano y llevarlo hasta el montecillo.

Abajo, las figuras se reunieron y oscilaron. Par les gritó, sabiendo que estaba infectado, notando el veneno en su cuerpo. Coltar estaba a su lado, sin hablar. Los pensamientos de Par se dispersaron y perdió el sentido de lo que hacía.

Los hombres bestias empezaron a acercarse.

Entonces se produjo un nuevo movimiento en las rocas que había a su derecha y apareció una criatura enorme. Intentó alejarse, pero el esfuerzo le hizo caer de rodillas. Unos grandes y luminosos ojos amarillos parpadearon en la noche, y una enorme y negra figura saltó junto a él.

—¡Rumor! —murmuró con expresión incrédula.

El gigantesco gato del páramo lo rodeó lentamente para enfrentarse a Coltar. El animal profirió un gruñido que pareció un aviso amenazador que taladró la bruma y llenó las tinieblas de sonidos.

—¡Coltar! —Par llamó a su hermano y avanzó hacia él.

Pero el gato del páramo le cerró el paso, empujándolo hacia atrás. Las siluetas se acercaban y tomaban forma, convirtiéndose en seres torpes y pesados, con cuerpos cubiertos de escamas y de pelo, rostros que mostraban ojos demoníacos y fauces hambrientas. Rumor les enseñó los dientes y se abalanzó sobre ellos, persiguiéndolos durante un momento.

Después, cuando regresó, hizo pedazos a Coltar con la boca y las pezuñas.

Coltar, lo que había tomado la apariencia de Coltar, se tornó en algo terrorífico e indescriptible antes de rielar y desaparecer. Otro engaño más, pensó Par, gritando su angustia y su furia. ¡Una trampa! Olvidándose del dolor y de la súbita náusea que en ese momento sintió, lanzó la magia del cantar contra los hombres bestias: dagas y flechas de ira, imágenes de criaturas capaces de despedazar y aniquilar. Los hombres bestias ondearon, y la magia los atravesó sin causarles el menor daño.

Tras adoptar nuevos aspectos, iniciaron un nuevo ataque.

Rumor se lanzó sobre el primero cuando estaba a una docena de pasos, y lo arrojó muy lejos de un solo zarpazo. Se acercó otro, y el gato lo cogió entre sus garras, lanzándolo a continuación por los aires. Otros fueron saliendo de las brumas para sustituir a los que habían sido puestos fuera de combate. ¡Son demasiados!, pensó Par con desesperación. Se sentía demasiado débil para poder mantenerse en pie. El veneno que le habían inoculado, el toque de los hombres bestias, se extendía ahora por su cuerpo con más rapidez, amenazando con arrojarlo al negro abismo que había empezado a abrirse en su interior.

Entonces sintió una mano sobre su hombro, firme y confortable, que lo

tranquilizaba y, a la vez, lo sostenía.

—¡Rumor! —oyó que llamaba una voz autoritaria.

El gato retrocedió sin volverse a mirar, respondiendo sólo al sonido de la voz. Par levantó sus ojos, y vio a Walker Boh a su lado, envuelto en ropas negras y neblina. Su fina y cincelada cara tenía un aspecto que dejó helado a Par. Su piel era tan blanca que parecía cubierta de cal.

—No te muevas, Par —le ordenó.

Avanzó para enfrentarse a los hombres bestias. Ya había más de una docena, agazapados al pie del montículo, surgiendo de la bruma y la noche y desapareciendo en ellas. Vacilaron ante la aproximación de Walker Boh, como si lo conocieran. El tío de Par fue directamente hacia ellos, y se detuvo a menos de una docena de pasos del que estaba más cerca.

—Marchaos —se limitó a decir, señalando a la oscuridad.

Los hombres bestias se mantuvieron en su posición. Walker dio un paso más, y esta vez su voz fue tan fuerte que pareció que el aire se estremecía.

—¡Marchaos!

Uno de los monstruos se lanzó sobre él, un ser horrible con las mandíbulas dispuestas para agarrar a la figura vestida de negro. La mano de Walker Boh se levantó de repente para arrojar unos polvos sobre la bestia. Se produjo una llamarada deslumbrante, acompañada de una explosión que hizo temblar la tierra, y el hombre bestia desapareció.

La mano extendida de Walker describió un círculo hacia los que quedaban en actitud amenazadora. Un instante después, todos se habían sumergido entre las sombras de la noche.

Walker dio media vuelta, regresó junto a Par y se arrodilló a su lado.

—Ha sido por mi culpa —dijo en voz baja.

Par intentó responder, pero no pudo. Estaba enfermo y perdía la conciencia. Por tercera vez en menos de dos días cayó en el abismo. Pero, como después recordó, en esta ocasión no estaba seguro de que pudiera volver a salir.

Par Ohmsford vagó por un paisaje de sueños.

Estaba dentro y fuera de sí mismo mientras lo hacía. Era a la vez actor y espectador. Había un movimiento constante; unas veces tan fuerte como el de un mar tempestuoso, y otras tan suave como la brisa veraniega entre los árboles. Se hablaba, alternativamente, en el oscuro silencio de su mente y desde su imagen reflejada en el exterior. Su voz era un susurro incorpóreo y un grito atronador. Los colores aparecían para, después, convertirse en blanco y negro. Los sonidos llegaban y se iban. Él era todo y no era nada.

No tenía más realidad que los sueños.

Al principio soñó que caía en un pozo tan negro como la noche y tan interminable como el ciclo de las estaciones. Sentía dolor y miedo, y no podía encontrarse a sí mismo. Oía voces que lo llamaban para prevenirlo, tranquilizarlo o asustarlo. Se crispó. Sabía de algún modo que, si no detenía la caída, estaría perdido para siempre.

Por fin consiguió detenerse. Redujo la velocidad y se niveló, cesando sus convulsiones. Entonces se encontró en un campo de flores silvestres tan maravillosas como un arco iris. Los pájaros y las mariposas se dispersaron cuando se acercó, otorgando al aire un nuevo esplendor, y los olores del campo eran suaves y fragantes. No consiguió percibir ningún sonido. Intentó hablar para romper el silencio, pero no pudo encontrar su voz. Y también carecía de tacto. No podía sentir nada de sí mismo ni del mundo que lo rodeaba. Podía sentir un calor agradable, suave, pero eso era todo.

Deambuló de un lado a otro, y un murmullo interior le dijo que estaba muerto.

Esa voz pertenece a Walker Boh, pensó.

Entonces, el mundo de las fragancias y las bellas imágenes desapareció, y se encontró en otro tenebroso y pestilente. La tierra erupció fuego y lo escupió hacia un cielo hosco y ahumado. Los Espectros revoloteaban y saltaban, con sus ojos rojizos desprendiendo destellos mientras lo rodeaban, apareciendo y desapareciendo una y otra vez. Las nubes se arremolinaban en lo alto y relampagueaban, impulsadas por un viento enfurecido y aullante. Se sintió zarandeado y golpeado, arrastrado como si se tratara de una hoja seca a través de la tierra, y le pareció que aquél era el final de todas las cosas. El tacto y la voz retornaron, volvió a sentir el dolor y dio un grito.

—¿Par?

La voz llegó y volvió a perderse. La voz de Coltar. Y en su sueño lo vio tendido sobre las rocas, sin vida y con la cara cubierta de sangre.

—Me dejaste. Me abandonaste —le acusaban sus ojos abiertos.

Dio un grito y la magia del cantar creó innumerables imágenes que se extendieron por todas partes. Pero las imágenes se convirtieron en monstruos dispuestos a

devorarlo. Fue consciente de su proximidad. Sintió sus dientes y sus garras...

En ese momento despertó.

La lluvia mojaba su cara. Abrió los ojos. Sólo halló oscuridad, sensación de presencias cercanas, de movimiento, y el sabor de la sangre. Oyó gritos, voces que se llamaban unas a otras en medio de la furia de una tormenta. Se levantó, sofocado, escupiendo. Unas manos lo tendieron de nuevo, deslizándose sobre su cuerpo y su rostro.

—... está despierto, sujetadlo...

—... es demasiado fuerte, es como diez...

— ¡Walker! ¡Deprisa!

Los árboles, gigantes de largos brazos que se levantaban en la agitada oscuridad, eran presas de fuertes temblores y el viento rugía. Sus sombras se proyectaban contra las rocas que bloqueaban su paso y amenazaban con encerrarlos. Par se oyó a sí mismo gritando.

Los rayos desprendían su fulgor y los truenos retumbaban, llenando la oscuridad con ecos de locura. Entonces, una ráfaga rojiza se interpuso en su línea visual.

Cuando pasó, Allanon estaba allí... ¡Allanon! Llegó de ninguna parte, completamente vestido de negro, una figura de la leyenda inmune al tiempo. Se inclinó sobre Par, su voz era un murmullo que consiguió imponerse al caos. Duerme, Par, le susurró. Una mano curtida se extendió y tocó al joven del valle, el caos se disipó y su lugar fue ocupado por una profunda sensación de paz.

Par sintió que perdía la conciencia, pero se esforzó en evitarlo porque tenía la impresión de que sólo su voluntad le evitaría la muerte. Recordó lo sucedido como algo muy lejano... El ataque de los hombres bestia, que su contacto lo había envenenado, lo había hecho enfermar y lo había arrojado a aquel negro abismo. Walker lo había salvado de las horribles criaturas, aunque no sabía cómo. Vio los brillantes ojos amarillos de Rumor, y su parpadeo de aviso. Vio a Coltar y a Morgan. Vio a Steff con su sonrisa sardónica, y a Teel, enigmática y silenciosa.

Vio al Espectro en forma de niña—mujer, suplicándole que la abrazara, intentando por todos los medios penetrar en su cuerpo. Sintió su propia resistencia, su rechazo, y la vio desaparecer. ¡Había intentado entrar en él, apoderarse de él, convertirse en él! Ésa era su forma de actuar, pensó en un momento de lucidez. Aquellos seres carecían de sustancia propia y ocupaban los cuerpos de los hombres, de las mujeres, de los niños.

Pero ¿cómo podían tener vida?

Sus pensamientos giraron alrededor de varias preguntas sin respuesta, y Par cayó en un estado de confusión. Su mente dormía, y su viaje a través del país de los sueños continuó. Escaló montañas llenas de seres parecidos al Devorador, cruzó ríos y lagos cubiertos por la niebla y llenos peligros ocultos, atravesó bosques en los que no

penetraba ni un solo rayo de luz y páramos cubiertos por la bruma en los que nada se oía ni se movía.

Ayúdame, suplicó. Pero no había nadie que pudiera oírlo.

Entonces el tiempo se detuvo. El viaje finalizó y los sueños se diluyeron en la nada. Tras un indeterminado intervalo de tiempo, se despertó. Supo que había dormido, pero no durante cuánto tiempo. Sólo era consciente de que había transcurrido cierto tiempo desde que concluyeron los sueños hasta que empezó a dormir sin ellos.

Pero, sobre todo, supo que estaba vivo.

Se estremeció y sintió la suavidad de unas sábanas y una cama, que estaba tendido en ella y que estaba cómodo.

Pero no quería moverse, temeroso de que fuera un sueño más. Escuchó el sonido de su propia respiración y saboreó la sequedad del aire en su garganta.

Por fin se atrevió a abrir los ojos. Se encontraba en una habitación pequeña, con pocos muebles, alumbrada por un farol colocado sobre una mesa junto a su cama. Las paredes estaban desnudas y el techo era de vigas vistas. Estaba cubierto con un edredón y su cabeza reposaba sobre almohadas. Las cortinas de las ventanas situadas frente a él no estaban completamente corridas, lo cual le permitió ver que era de noche.

Morgan Leah dormitaba en una silla dentro del círculo de luz proyectado por el farol. Tenía la cabeza baja, con la barbilla apoyada en el pecho y los brazos cruzados.

—Morgan —lo llamó con voz insegura.

El joven de las tierras altas abrió los ojos inmediatamente y su rostro de halcón adquirió una expresión de alerta. Parpadeó y se puso de pie.

—¡Par! ¡Par! Al fin has despertado. ¡Estábamos muy preocupados!

Se precipitó hacia él con la intención de abrazarlo, pero se contuvo.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien? —le preguntó, pasándose los dedos por su pelo rojizo.

—Aún no lo sé —respondió Par, esbozando una débil sonrisa—. Todavía estoy medio dormido ¿Qué ha ocurrido?

—¡Terminaría antes si te contase lo que no ha ocurrido! —respondió con presteza el joven de las tierras altas— ¿Sabes que has estado a punto de morir?

—Lo supongo —dijo Par, haciendo un gesto de asentimiento—. Morgan, ¿dónde está Coltar?

—Durmiendo, esperando que te despiertes. Lo eché de aquí hace unas horas, cuando se cayó de la silla. Ya lo conoces. Lo llamaré. —Esbozó una sonrisa—. Tú espera aquí. ¡Qué tontería! Como si pudieras ir a alguna parte. Bueno, ahora voy a buscarlo.

Par tenía muchas cosas que contarle e innumerables preguntas que formularle,

pero el joven de las tierras altas ya había cruzado la puerta. Las dejaría para después.

Permaneció tranquilo, inundado por una agradable sensación de alivio. Lo importante era que Coltar estaba bien.

Morgan volvió casi de inmediato, acompañado de Coltar. Su hermano, a diferencia de su amigo, no dudó en abalanzarse sobre él y abrazarlo hasta dejarlo casi sin aliento llevado por su entusiasmo al verlo consciente. Par le correspondió, aunque débilmente, y los tres rieron como si acabasen de oír el chiste más gracioso de sus vidas.

—¡Creímos que íbamos a perderte! —exclamó Coltar, que tenía la frente vendada y la cara muy pálida—. Estabas muy mal, hermano.

—¿Querrá alguien explicarme lo ocurrido? —inquirió Par, esbozando una sonrisa y haciendo un gesto de asentimiento—. Sus ojos fueron del uno al otro—. Además, ¿dónde estamos?

—En Storlock —dijo Morgan, arqueando una ceja—. Walker Boh te trajo aquí.

—¿Walker?

—Supuse que te sorprendería saberlo... —respondió el joven de las tierras altas, esbozando una sonrisa—. Walker Boh que desaparece para aparecer en el primer lugar en que se le necesita. —Dio un suspiro—. Bueno, es una larga historia, así que será mejor empezar por el principio.

Y eso hizo, relatándola con la inestimable ayuda de Coltar. Ambos se quitaban las palabras de la boca en su afán de no omitir nada. Par escuchaba con creciente sorpresa.

Al parecer, Coltar había recibido una pedrada de un gnomo araña cuando éstos los atacaron en el claro del valle de la Chimenea de Piedra. Sólo perdió el sentido. Cuando lo recobró, Par y sus atacantes habían desaparecido. Diluviaba y las huellas desaparecían tan pronto como se marcaban en la tierra; por otra parte, Coltar estaba demasiado débil para poder darles alcance. Así que encaminó sus pasos, con muchas dificultades, a la casa, donde encontró a los demás y les contó lo que había sucedido. Ya era casi de noche y seguía lloviendo, pero Coltar les exigió que empezaran a buscar a su hermano. Morgan, Steff, Teel y él mismo vagaron a ciegas durante horas, sin encontrar nada. Cuando la oscuridad se hizo completa, Steff insistió en que debían suspender la búsqueda, descansar y reanudarla por la mañana. Siguieron su consejo. Al día siguiente, Coltar se encontró con Walker Boh.

—Nos separamos, intentando cubrir la mayor extensión de terreno posible, dirigiéndonos hacia el norte del valle, porque yo sabía por las historias de Brin y Jair Ohmsford que los gnomos araña habitaban en la Cresta de Toffer y, por tanto, era probable que se hubieran dirigido allí. Al menos, eso esperaba, porque era el único dato que teníamos. Acordamos que, si no te encontrábamos, seguiríamos hasta llegar a la Cresta. —Hizo un gesto de impaciencia—. Estábamos bastante desesperados.

—Es verdad —confirmó Morgan.

—Me dirigía al noreste del valle cuando, de repente, me encontré con Walker y el gigantesco gato del páramo. ¡Ése que es tan grande como una casa! Me dijo que había sentido algo. Me preguntó qué había ocurrido, qué había salido mal. Mi sorpresa fue tal que ni siquiera pensé en preguntarle qué hacía allí o por qué había decidido aparecer después de haber estado escondido tanto tiempo. Sólo le dije lo que él quería saber.

—¿Sabes qué le respondió? —intervino Morgan, cuyos ojos grises se clavaron en Par con un destello maligno.

—Espera —lo interrumpió Coltar, haciéndose de nuevo con el control de la conversación—. Él me dijo: «Quédate aquí, ésta no es una tarea que tú puedas realizar. Yo lo traeré». ¡Cómo si fuéramos unos niños jugando a personas mayores!

—Pero cumplió su palabra —observó Morgan.

—Es cierto —admitió Coltar de mala gana, dando un suspiro.

Walker Boh estuvo ausente todo el día y la noche siguiente, pero cuando regresó a la Chimenea de Piedra, donde lo esperaban Coltar y sus compañeros, traía a Par con él. El joven del valle había sido infectado por el toque de los hombres bestias y estaba moribundo. La única esperanza de salvarlo, insistió Walker, se hallaba en Storlock, la comunidad de gnomos sanadores. Ellos tenían experiencia en el tratamiento de los males de la mente y del espíritu, y podrían combatir el veneno de aquellos monstruos.

Se pusieron en marcha al instante, los seis; todos menos el gato. Partieron de la Chimenea de Piedra en dirección oeste, siguiendo el curso del torrente de Chard hacia las montañas de Wolfsktaag. Cruzaron el desfiladero de Jade y llegaron a la aldea de los gnomos sanadores. Durante los dos días de viaje, apenas descansaron. Par habría muerto sin la intervención de Walker, que utilizó una extraña clase de magia, desconocida para los demás, con la que impidió la extensión del veneno por su cuerpo, manteniéndolo al mismo tiempo dormido y tranquilo. A veces, Par se revolvió y gritaba, ardiendo de fiebre y escupiendo sangre. Una de ellas durante una terrible tormenta, cuando se encontraban en el desfiladero de Jade. Pero Walker consiguió calmarlo, tocándolo y susurrando algo a su oído que lo hizo dormir de nuevo.

—Pero ten en cuenta que hace ya casi tres días que estamos en Storlock y ésta es la primera vez que despiertas —concluyó Coltar. Se interrumpió un breve instante y bajó la mirada—. Estuviste muy cerca de la muerte, Par.

Par se limitó a hacer un gesto de asentimiento. Aunque era incapaz de recordar nada con claridad, sentía que lo había rozado la muerte.

—¿Dónde está Walker ahora? —preguntó el joven del valle, rompiendo el silencio.

—No lo sabemos —respondió Morgan, encogiéndose de hombros—. Lo

perdimos de vista en cuanto llegamos. Desapareció.

—Supongo que habrá regresado a casa —añadió Coltár, con un tono de amargura en la voz.

—Vamos, muchacho —lo animó Morgan.

—Ya sé, Morgan... ya sé que no debo juzgarlo —respondió Coltár, levantando las manos—. Nos prestó su ayuda cuando la necesitamos. Ha salvado la vida de Par, y le estoy muy agradecido por ello.

—Además, creo que todavía anda por los alrededores —añadió Morgan.

Cuando los dos hermanos le dirigieron una mirada interrogativa, se limitó a hacer un gesto de disculpa burlona.

Par les refirió lo que le había sucedido tras ser capturado por los gnomos araña. Aún no había logrado asimilar todos los acontecimientos, y titubeaba de vez en cuando. Estaba convencido de que los gnomos araña habían sido enviados por el Espectro, aquella niña—mujer, para que lo capturasen, porque de lo contrario también se habrían llevado a Coltár. ¿Pero cómo sabía quién era él y dónde podía encontrarlo?

La pequeña habitación quedó en silencio mientras pensaban en ello.

—La magia —sugirió por fin Morgan—. Todos se muestran muy interesados por ella. Ese Espectro también debió de percibirla.

—¿Desde la Cresta de Toffer? —Par hizo un gesto dubitativo.

—¿Y por qué no intentaron capturar a Morgan? —preguntó Coltár de repente—. Al fin y al cabo, él domina la magia de la Espada de Leah.

—No, no es ésa la clase de magia que los atrae —se apresuró a responder Morgan—. Están interesados en la que forma parte del cuerpo o del espíritu, como la de Par.

—O tal vez en el mismo Par —concluyó Coltár en tono lúgubre.

Dejaron que esa idea quedara suspendida en el silencio durante un momento.

—El Espectro intentó entrar en mí —dijo Par, y después se lo explicó de forma detallada—. Aquello quería sumergirse en mí, formar parte de mí. Repetía «abrázame, abrázame...», como si fuera una niña perdida o algo semejante.

—No es eso lo que me parece —disintió Coltár.

—Más sanguijuela que niña perdida —agregó Morgan.

—¿Pero qué son? —preguntó Par, mientras conseguía recordar retazos de sus sueños, destellos carentes de significado—. ¿De dónde vienen y qué desean?

—A nosotros —dijo Morgan con voz serena.

—A ti —puntualizó Coltár.

Después de hablar un rato más sobre sus escasos conocimientos acerca de los Espectros y de su avidez por la magia, Coltár y Morgan se levantaron. Ya era hora de que Par volviera a descansar, dijeron. Aún estaba enfermo, seguía estando muy débil, y necesitaba recuperar las fuerzas.

El Cuerno del Infierno, recordó de repente.

—¿Cuánto tiempo falta para la luna nueva?

—Cuatro días... si todavía insistes en ir —respondió Coltar, dando un suspiro.

—Estaremos cerca por si nos necesitas —añadió Morgan, que salía detrás de Coltar, esbozando una sonrisa—. Me alegro de que ya estés casi bien —concluyó dirigiéndose a la puerta.

—Y yo —dijo Coltar, apretándole la mano.

Cuando se fueron, Par siguió con los ojos abiertos, dejando que sus pensamientos se interrelacionaran y tiraran unos de otros. Las preguntas surgían pidiendo unas respuestas que él no tenía. Había sido perseguido y acosado desde Varfleet hasta el Lago del Arco iris, desde Culhaven hasta la Chimenea de Piedra, por la Federación y los Espectros, por unos individuos de los que sólo había oído hablar y por unos seres cuya existencia ignoraba. Estaba cansado y confundido. Había estado a punto de perder la vida. Al parecer todo se centraba en su magia, cuando, en realidad, de poco le había servido. Pasaba de una cosa a otra, sin entender mucho de ninguna. Se sintió desamparado. Y a pesar de la presencia de su hermano y sus amigos, también extrañamente solo.

Su último pensamiento antes de dormirse fue que, aunque no pudiera entenderlo, en realidad estaba solo.

Durmió a intervalos, sin soñar, despertando entre estremecimientos de angustia e inquietud que corrían por los túneles de su mente como ratas acosadas. Cada vez que se despertó, se dio cuenta de que seguía siendo de noche, excepto la última, que ya empezaba a amanecer, porque entre las cortinas de la habitación se abría paso una luz tenue. Un stor vestido de blanco atravesó el dormitorio, surgiendo de las sombras como un fantasma para detenerse junto a su cama y tocar su muñeca y su frente con manos sorprendentemente cálidas. Después le dio la espalda y se marchó. A partir de ese momento, Par se sumió en un sueño profundo, alejándose de sí mismo, flotando en un mar de tibia y tranquilizadora negrura.

Cuando volvió a despertar, llovía. Abrió los ojos, parpadeó y miró fijamente la grisácea habitación. Podía oír el sonido producido por las gotas de agua al chocar contra las ventanas y el tejado, un constante repiqueteo y un chapoteo en el silencio. Era de día. A lo lejos refulgían los relámpagos, seguidos de desiguales ecos estruendosos.

Se irguió con cuidado sobre un codo. Vio una pequeña estufa encendida en la que no había reparado la noche anterior. Difundía por la estancia un calor uniforme que lo envolvía y le daba sensación de seguridad. Junto a su cama había té y pastelillos. Terminó de sentarse, apoyándose con las almohadas contra la cabecera de la cama, y cogió la bandeja. Tenía hambre, y devoró los pasteles en unos segundos. Luego bebió

un poco de té, que, aunque ya estaba frío, era muy bueno.

Estaba a punto de consumir la tercera taza cuando se abrió la puerta sin hacer ningún ruido y apareció Walker Boh. Su tío se detuvo un instante al verlo despierto, pero enseguida cerró la puerta y se acercó a la cama. Iba vestido de color verde bosque, con túnica y pantalones ceñidos por un cinturón, botas de cuero flexible desatadas y manchas de barro, y larga capa de viaje salpicada de gotas de lluvia. También había gotas de agua en su barbado rostro, y sus oscuros cabellos estaban completamente mojados.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó, echando la capa detrás de los hombros.

—Mucho mejor —respondió Par, haciendo un gesto de asentimiento y dejando la taza a un lado—. Sé que tengo que darte las gracias por eso. Me salvaste de los hombres bestias, me llevaste a la Chimenea de Piedra, y tuya fue la idea traerme a Storlock. Coltar y Morgan me han dicho que hasta recurriste a la magia para mantenerme vivo durante el viaje.

—Magia —repitió Walker en voz baja y con tono de preocupación—. Una combinación de palabras y contacto, algo muy parecido al cantar. Lo que he heredado de Brin Ohmsford. No tengo la maldición de sus poderes completos, sólo la molestia de su proyección. Sin embargo, a veces se convierte en el don que tú crees que es. Puedo establecer contacto con otro ser, sentir su fuerza vital y, en ocasiones, hallar la manera de incrementarla. Aunque no sé si eso puede ser calificado como magia.

—¿Y qué utilizaste contra los hombres bestias en el Páramo Viejo para salvarme? ¿No fue la magia?

—Hice lo que pude —respondió su tío, apartando de él su mirada.

—Fuera lo que fuese, siempre me sentiré agradecido. Nunca lo olvidaré —dijo Par, tras esperar un momento para dar oportunidad a su tío de que siguiera hablando.

—No merezco tu agradecimiento —respondió Walker, haciendo un gesto negativo—. Solamente yo tuve la culpa de lo ocurrido.

—Creo recordar que ya te había oído decir eso antes —dijo Par, acomodándose en las almohadas.

—Si te hubiese vigilado como debía, los gnomos araña no habrían conseguido entrar en el valle —respondió Walker, retrocediendo hasta los pies de la cama y sentándose en el borde—. Lo hicieron porque decidí alejarme de ti. Corriste muchos riesgos para venir a buscarme. Por tanto, lo menos que yo podía hacer era encargarme de tu seguridad. Y fallé en eso.

—No te culpes por lo sucedido —le dijo el joven del valle.

—No puedo evitarlo —respondió Walker, levantándose con la rapidez y agilidad de un gato. Después se dirigió a la ventana y contempló la lluvia a través de los cristales—. Vivo solo por mi propia elección —prosiguió—. Otros hombres en otros tiempos hicieron que decidiese que eso era lo mejor. Pero a veces olvido que existe

una diferencia entre disociarse y ocultarse. Hay unos límites para las distancias que podemos fijar entre nosotros y los demás... porque los dictados de nuestro mundo no permiten los términos absolutos. —Se volvió, y su pálida cara destacó contra el gris del día—. Yo estaba escondiéndome cuando tú viniste a buscarme. Por eso te quedaste desprotegido.

Par no conseguía comprender por completo lo que Walker intentaba decirle, pero prefirió no interrumpir, deseoso de que continuara hablando. Inmediatamente después, Walker se retiró de la ventana y se acercó a él.

—No he venido a verte desde que te dejamos aquí —le dijo, deteniéndose junto a la cama—. ¿Lo sabías?

Par hizo un gesto de asentimiento.

—No porque quisiera dejarte de lado. Sabía que estabas a salvo, que te pondrías bien, y yo necesitaba tiempo para pensar. Me interné en el bosque. Ahora acabo de regresar. Los stors me dijeron que habías despertado, que el veneno había desaparecido, y decidí venir a verte.

Se detuvo y fijó la mirada en un punto lejano. Cuando volvió a hablar, eligió con cuidado las palabras.

—He estado pensando en los sueños.

Otro breve silencio. Par se removi6 en la cama, empezaba a sentirse cansado. Tardaría en recuperar sus fuerzas.

—Me iré enseguida —dijo Walker, advirtiendo su cansancio y sentándose de nuevo lentamente a los pies de la cama—. Supuse que me buscarías cuando empezaron los sueños. Siempre fuiste muy impulsivo. Pensé en tal posibilidad y en lo que te diría. —Hizo una pausa—. Tú y yo estamos muy relacionados de una forma que aún no comprendes por completo. Compartimos la herencia de la magia, pero también algo más; compartimos un futuro preordenado que puede impedir el ejercicio de nuestro derecho a cualquier forma significativa de decisión propia.

»Lo que quiero decir, Par —prosiguió tras hacer otra breve pausa y esbozar una leve sonrisa—, es que somos descendientes de Brin y de Jair Ohmsford, herederos de la magia de la casa élfica de Shannara, depositarios de un legado. ¿Recuerdas ahora? Fue Allanon quien nos lo encomendó cuando, a punto de morir, le dijo a Brin que los Ohmsford salvaguardarían la magia durante generaciones, hasta que fuera necesaria de nuevo.

—Y tú crees que nosotros podemos ser los predestinados a resucitarla —dijo Par, que empezaba a comprender.

—¡Lo creo, y me asusta esa posibilidad como jamás me ha asustado nada en la vida! —La voz de Walker se había convertido en un siseo—. ¡Me siento aterrado! ¡No quiero mezclarme con los druidas y sus misterios! ¡No quiero saber nada de la magia élfica, de sus exigencias y perfidias! Sólo deseo que me dejen solo, para vivir

mi vida como crea más oportuno. ¡Ése es mi único deseo!

—A veces, la elección no nos corresponde a nosotros, Walker —respondió Par, cerrando los ojos para protegerse de la furia de las palabras pronunciadas por su tío y esbozando una triste sonrisa.

—Yo también he llegado a esa misma conclusión —dijo Walker, sorprendido por su respuesta. Su cara se había endurecido cuando Par volvió a mirarlo—. Mientras esperaba a que despertaras, mientras me mantenía lejos de los demás en el bosque que se extiende más allá de Storlock, llegué a esa conclusión.

»A veces los acontecimientos y las circunstancias conspiran contra nosotros —prosiguió, haciendo un gesto de resignación—. Si nos empeñamos en ser inflexibles en nuestros propósitos, acabamos traicionándonos a nosotros mismos. Salvamos una serie de principios a costa de prescindir de otros. Mi decisión de permanecer oculto a punto estuvo de costarte la vida. Podría volver a ocurrir. ¿Y qué consecuencias tendría para mí?

—No puedes responsabilizarte de los riesgos que yo decida asumir, Walker —dijo Par—. Ningún hombre puede cargar con semejante responsabilidad.

—Puede hacerlo, Par. Y debe hacerlo cuando cuenta con los medios adecuados. ¿No lo ves? Si yo tengo los medios, tengo la responsabilidad de utilizarlos. —Hizo un gesto de resignación, entristecido—. Me gustaría que no fuese así, pero eso no cambia las cosas.

»Bueno —continuó, tras enderezarse—, he venido a decirte algo y aún no lo he hecho. Será mejor que lo haga de una vez y te deje descansar. Iré contigo —afirmó levantándose y envolviéndose en la húmeda capa como si quisiera protegerse del frío.

—¿Al Cuerno del Infierno? —inquirió Par, dando un respingo por la sorpresa.

—Para encontrarme con el espíritu de Allanon, si es el espíritu de Allanon quien nos ha convocado, y escuchar lo que diga —respondió Walker Boh, haciendo un gesto de asentimiento—. Sólo me comprometo a eso, pero no a otras posibles concesiones que tú consideres necesarias en el futuro y yo no. No podemos pretender que el mundo empiece y acabe en las fronteras trazadas por nosotros. Debemos reconocer que, en ocasiones, influye en nuestras vidas de una manera desagradable, y que tenemos que enfrentarnos a los retos que nos presenta.

—A mí también me gustaría saber algo de lo que me reserva el futuro —dijo Par, reflejando en su rostro unas emociones que sólo podía empezar a imaginarse.

—Ahora descansa —respondió Walker, extendiendo una mano pálida y delgada, que oprimió con cariño y suavidad las de Par—. Nos espera otro viaje y sólo disponemos de uno o dos días para prepararnos. Deja que yo me encargue de los detalles. Se lo diré a tus compañeros, y vendré a buscaros cuando llegue el momento de partir.

»Intenta tenerme en mejor consideración a partir de ahora —concluyó,

deteniéndose y esbozando una sonrisa cuando se dirigía a la salida.

Cerró la puerta a sus espaldas, y entonces fue Par quien esbozó una amplia sonrisa.

Walker Boh cumplió su palabra. Dos días más tarde estaba de regreso. Llegó poco después del amanecer, con caballos y provisiones. Par ya se había levantado de la cama y empezado a caminar. Estaba muy recuperado de su experiencia en el Páramo Viejo. Se hallaba vestido y esperando en el porche con Steff y Teel cuando su tío salió de la oscuridad del bosque, seguido por su recua, para entrar en la neblinosa media luz de la incipiente mañana.

—Qué persona tan extraña —murmuró Steff—. No se ha dejado ver más de cinco minutos en todo el tiempo que llevamos aquí. Y ahora regresa como si nada. Parece más un fantasma que un ser humano.

Su sonrisa era triste y su mirada aguda.

—Walker Boh es bastante real —replicó Par sin dignarse mirar al enano—. Y está acosado por sus propios fantasmas.

—Fantasmas valientes, me inclino a pensar.

—Todavía te asusta, ¿verdad? —le preguntó Par, mirándolo de soslayo.

—¿Asustarme? —La voz de Steff sonó áspera mientras él soltaba una carcajada—. ¿Has oído, Teel? ¡Quiere conocer mis debilidades! No, joven del valle, ya no me asusta; sólo me asombra —concluyó el enano, volviendo hacia Par su rostro lleno de cicatrices durante un breve instante.

Entonces llegaron Coltar y Morgan, y se dispusieron a partir. Algunos stors salieron a despedirlos, como otra clase de fantasmas vestidos de blanco, siempre silenciosos por propia voluntad, y miradas de alerta en sus pálidas caras. Se reunieron en grupos, vigilantes, curiosos, y unos cuantos se acercaron para ayudar a los viajeros. Walker habló con uno o dos, en tono tan bajo que nadie pudo oír sus palabras. Luego montó en su caballo.

—¡Buena suerte, amigos míos! —les dijo, y se dirigió hacia las llanuras del oeste. Buena suerte, musitó Par Ohmsford.

Wren Ohmsford vio a través de los árboles la tranquila superficie del lago Myriam, que el sol pintaba de un deslumbrante oro rojizo. La intensidad de su brillo la obligó a apartar la mirada. Más alejadas en dirección oeste, las montañas Irrybis eran como un desgarrón negro en el horizonte que separaba la tierra del cielo y proyectaba las primeras sombras crepusculares sobre la vasta llanura de Tirfing.

Otra hora, quizás un poco más, y será de noche, pensó.

Se detuvo a la orilla del lago y, por un momento, permitió que la soledad del ocaso que se aproximaba penetrara en ella. Las Tierras Occidentales extendían la calma del día veraniego que finalizaba con la complacencia perezosa de un gato soñoliento, como si esperase la llegada de la noche y su frescor.

Le faltaba tiempo.

Se demoró un instante en buscar las huellas que había perdido unos cien metros atrás, pero no consiguió encontrarlas. Parecía que el hombre se hubiera disuelto en el aire. Pensó que, quizá por su causa, estaba jugando al ratón y al gato.

Se decidió a continuar su camino, deslizándose sin hacer ruido entre los árboles que crecían frente al lago, escrutando el follaje y la tierra con renovada determinación. Era pequeña y de aspecto delicado, pero fuerte y flexible. La intemperie y el sol habían teñido su piel del color de las nueces. Sus cabellos, de un rubio ceniza, parecían los de un muchacho, cortos y acaracolados contra la cabeza. Sus facciones eran élficas: cejas pobladas y oblicuas, orejas pequeñas y puntiagudas, y pómulos prominentes en una cara estrecha. Sus ojos eran de color avellana y se movían sin descanso, buscando.

Tras un centenar de pasos, descubrió el primer error del hombre, un minúsculo trozo de rama rota, y poco más adelante, la huella de una bota cerca de un montón de piedras. Esbozó una sonrisa contra su voluntad, se sintió mucho más segura y enarboló su lanza anticipadamente. Lo capturaría.

Delante, el lago se adentraba entre los árboles formando una profunda ensenada, y se vio obligada a retroceder y dar un rodeo por un bosquecillo de pinos situado a su izquierda. Redujo el ritmo de su paso, moviéndose con mayor cautela y agudizando la vista. Los pinos terminaban en una tupida masa de matorrales que crecía junto a un grupo de cedros. La bordeó, captando la marca de una rozadura reciente en la raíz de un árbol. Ya se descuida, pensó, o tal vez pretende que lo crea.

Descubrió la trampa en el último momento, justo cuando estaba a punto de pisarla. Sus cuerdas iban desde el lazo, cuidadosamente cubierto, hasta el interior de la maleza, y desde ella a un arbusto, donde estaban atadas. Si no la hubiese visto, se hallaría colgada de los pies cabeza abajo.

Un poco más adelante encontró la segunda trampa, mejor oculta que la anterior,

concebida para capturarla en el caso de que no cayera en la primera. También la evitó y, a partir de ese momento, duplicó sus precauciones.

A pesar de ello, estuvo a punto de no verlo a tiempo cuando se dejó caer del arce. Cansado de intentar despistarla en el bosque, había decidido concluir la persecución de la manera más rápida. Lo hizo sin ruido, cuando ella pasaba bajo la sombra del viejo árbol, y sólo su instinto la salvó. Saltó a un lado en el momento que él tocaba el suelo, girando la lanza y alcanzándolo en el hombro. Su atacante se resintió del golpe y profirió un gruñido. Era un hombre muy alto y de constitución fuerte, que parecía enorme en los confines de aquel pequeño claro. Saltó hacia Wren, que utilizó su lanza como pértiga para ponerse fuera de su alcance. Resbaló, y él se lanzó sobre ella con una rapidez asombrosa. Rodó sobre sí misma, usando la lanza para bloquearlo, lo atacó desde abajo con su daga, apretando la parte plana de la hoja contra el vientre del gigante.

El rostro bronceado y barbudo se volvió para mirar directamente el de Wren, y fijó los ojos en ella.

—Estás muerto, Garth —le dijo la muchacha, esbozando una sonrisa. A continuación, levantó las manos y le habló por señas.

El gigantesco bohemio se desplomó en señal de burlona sumisión antes de rodar sobre sí mismo y ponerse de pie, esbozando también una sonrisa. Los dos se sacudieron el polvo con gesto divertido bajo la luz ya menguante.

—Lo he hecho mejor, ¿verdad? —preguntó Wren, moviendo las manos mientras hablaba.

Garth contestó valiéndose de rápidos signos realizados con los dedos.

—Mejor, pero no lo suficiente —tradujo ella, cogiéndolo del brazo—. Sospecho que para ti nunca será bastante, porque de lo contrario te quedarías sin trabajo.

Recogió su lanza y simuló que lo atacaba. El hombre saltó hacia atrás, alarmado. Practicaron un poco la lucha antes de emprender el camino de regreso hacia la orilla del lago. Había un pequeño claro a una media hora de camino, pasada la ensenada, que sería un magnífico lugar para acampar aquella noche. Wren lo había descubierto durante la persecución, y allí encaminaron sus pasos.

—Estoy cansada, dolorida y nunca me he encontrado mejor —dijo la muchacha alegremente mientras caminaba, disfrutando de los últimos rayos de sol que tocaban su espalda, aspirando los aromas del bosque y sintiéndose viva y en paz.

Tarareó algunas de las canciones que hablan sobre los bohemios y la vida en libertad, sobre los caminos recorridos y los que quedaban por recorrer. Garth la seguía como una sombra muda.

Encontraron el lugar que buscaban, encendieron una hoguera, cenaron y bebieron cerveza de una gran bota de cuero. La noche era templada y tranquila, y los pensamientos de Wren Ohmsford discurrían con placidez. Contaban con otros cinco

días hasta el fijado para él regreso. Disfrutaba de aquellas excursiones con Garth; eran divertidas y desafiantes. El gigante era el mejor de los maestros... porque hacía que sus alumnos aprendieran con la experiencia. Nadie sabía más que él sobre la mejor manera de seguir una pista, ocultarse, tender trampas, y sobre todas las clases de trucos del difícil arte de conservar la vida. Había sido su mentor desde el principio. Nunca llegó a preguntarse por qué la había elegido a ella; simplemente, se limitaba a sentirse agradecida.

Escuchó por un instante los sonidos del bosque, intentando, ya por costumbre, imaginarse a los seres que se movían en la oscuridad. Su vida era dura y exigente, pero era la suya y le gustaba. Había nacido bohemia y siempre había vivido con los suyos, salvo en los años de su niñez, pasados en Valle Umbroso, una aldea de las Tierras Meridionales, junto a sus primos, los Ohmsford. Había pasado mucho tiempo desde su regreso a las Tierras Occidentales, desde que viajaba con Garth y todos los demás; los únicos que se habían preocupado por ella tras la muerte de sus padres, y que le habían enseñado sus costumbres y su forma de vida. Todas las Tierras Occidentales pertenecían a los bohemios, desde las Tierras de Kershalt hasta las montañas Irrybis, desde el valle de Rhenn hasta la Linde Azul. En otra época, también había pertenecido a los elfos. Pero se habían ido, habían desaparecido. Los bohemios solían decir que habían regresado a la leyenda. Que habían perdido el interés por el mundo de los seres mortales y habían vuelto al país de la fantasía.

Algunos disentían y afirmaban que los elfos continuaban allí, escondidos. Wren ignoraba quién tenía razón. Sólo sabía que habían abandonado un territorio paradisíaco.

Garth le pasó la bota, y ella bebió un largo trago antes de devolvérsela. Empezaba a sentirse somnolienta. Normalmente bebía poco. Pero aquella noche se sentía muy orgullosa de sí misma. No era frecuente que Garth se mostrara tan contento por sus progresos.

Lo observó durante un momento, pensando en lo mucho que había llegado a significar para ella. Su vida en Valle Umbroso le parecía muy lejana, aunque conservaba muchos recuerdos de aquellos años de su infancia. Y los Ohmsford, en especial Par y Coltar, aún estaban presentes en sus pensamientos. Ellos fueron su única familia. Pero sentía como si todo aquello le hubiese sucedido en otro mundo. Garth era ahora su familia, su padre, su madre y su hermano; todo en uno. Se sentía ligada a él como nunca lo había estado con nadie. Y lo idolatraba.

Sin embargo, debía admitir que, a veces, se sentía desconectada de todos, incluso de él, como una huérfana sin hogar que pasa de una familia a otra sin pertenecer a ninguna, sin estar segura de su identidad. Le inquietaba no saber más sobre sí misma y que nadie diese muestras de saberlo. Había preguntado con bastante frecuencia, pero las respuestas siempre habían sido vagas. Era hija de un Ohmsford y una

bohemia. No estaban claras las circunstancias en que se había producido su muerte, ni tampoco qué había ocurrido con los otros miembros de su familia directa. Y desconocía quiénes eran sus antepasados.

Pero poseía un objeto que podía darle una pista sobre sus orígenes. Era una bolsita de cuero que llevaba colgada al cuello y contenía tres piedras. A primera vista, podían tomarse por piedras élficas, pero si se miraban con atención, se veía que eran unos simples guijarros pintados de azul. Estaban con ella cuando la encontraron casi recién nacida, y constituían todo su patrimonio.

Sospechaba que Garth sabía algo de aquel asunto. Él lo había negado, pero su manera de hacerlo la convenció de que ocultaba algo. Garth guardaba los secretos mejor que la mayoría de la gente, pero ella lo conocía demasiado bien para dejarse engañar. A veces, cuando meditaba sobre su soledad, deseaba arrancarle una respuesta, furiosa y frustrada ante su falta de sinceridad sobre este tema cuando tan franco era sobre todo lo demás. Pero sabía contener su furia y su frustración. No podía forzar a Garth. Se lo diría en el momento oportuno.

Hizo un gesto de resignación, como siempre terminaba haciendo al pensar en la historia de su familia. ¿Qué importaba? Ella era quien era, fuera cual fuese su linaje. Era una muchacha bohemia cuya vida cualquiera envidiaría. El mundo era suyo, porque no estaba atada a ningún lugar. Podía ir adonde quisiera y hacer lo que deseara. En eso aventajaba a la mayoría de las personas. Además, muchos de sus compañeros tenían ascendientes dudosos y nunca oyó salir una sola queja de sus labios. Se jactaban de su libertad, de su habilidad para conseguir lo que deseaban. ¿Es que eso no era bastante para ella?

Removió la tierra con el tacón de su bota. Desde luego, ninguno de ellos era elfo. Ninguno de ellos llevaba sangre de los Ohmsford—Shannara, con su historia de magia élfica. Ninguno de ellos era acosado por sueños...

Sus ojos de color avellana se levantaron de repente cuando advirtió que Garth la observaba. Gesticuló una respuesta inocua, pensando en que ninguno de los otros bohemios había sido adiestrado tan a conciencia como ella para sobrevivir, y se preguntaba por qué.

Bebieron un poco más de cerveza, echaron más leña en la hoguera y se taparon con sus mantas. Wren permaneció despierta más tiempo del que hubiese deseado, atrapada en la red de preguntas sin respuesta y enigmas sin resolver que marcaba su vida. Ya dormida, dio vueltas y más vueltas bajo las mantas, inquietada por fragmentos de sueños que resbalaban sobre ella como gotas de lluvia de una tormenta de verano que se notan y se olvidan al instante.

Se despertó al amanecer. El anciano estaba sentado frente a ella, removiendo distraídamente con un palo las cenizas de la hoguera.

—Ya era hora —dijo, por todo saludo.

Parpadeó con incredulidad. Después retiró las mantas y se levantó. Garth continuaba durmiendo, pero sus bruscos movimientos lo despertaron. Ella cogió la lanza que tenía al lado, presa de la confusión. ¿De dónde había salido aquel anciano? ¿Cómo había logrado acercarse tanto sin que advirtieran su presencia?

—No te alteres —le dijo el anciano, levantando un esquelético brazo en un gesto tranquilizador—. Agradéceme que te haya dejado dormir.

Garth ya estaba de pie, dispuesto a atacar, pero, para sorpresa de Wren, el anciano empezó a hablarle en su propio lenguaje, diciéndole por señas lo mismo que a Wren, y añadiendo que no pretendía causarles ningún daño. Garth, obviamente sorprendido, dudó durante un breve instante, pero enseguida se sentó.

—¿Cómo sabes hacer eso? —preguntó Wren al anciano.

No había visto a nadie ajeno al campamento de los bohemios que dominara el lenguaje de Garth.

—¡Oh, sé un par cosas sobre comunicación! —respondió el anciano, esbozando una sonrisa orgullosa.

Su piel estaba curtida por la intemperie y marcada de cicatrices, tenía los cabellos blancos y la barba rala, y un cuerpo descarnado y huesudo, del que colgaban sus polvorientas ropas grises.

—Por ejemplo —prosiguió—, sé que los mensajes pueden transmitirse escritos en un papel, de palabra, mediante gestos con las manos... e incluso a través de los sueños.

—¿Quién eres? —preguntó Wren, preocupada.

—Vaya —dijo el anciano—. Ésa parece la pregunta favorita de todos. No importa mi nombre. Lo importante es que me han enviado para decirte que ya no puedes seguir haciendo caso omiso de tus sueños. Esos sueños, muchacha, te los envía Allanon.

Mientras hablaba, traducía las palabras en signos para Garth, con tanta destreza como si los hubiese utilizado durante toda su vida. Wren era consciente de que el gigantesco bohemio la miraba, sin embargo, no podía apartar sus ojos del anciano.

—¿Cómo sabes lo de los sueños? —le preguntó en voz baja.

Entonces, el anciano le dijo que se llamaba Cogle, que era un antiguo druida obligado a volver a desempeñar sus funciones porque todos los demás habían desaparecido de las Cuatro Tierras y ya no quedaba nadie que pudiera visitar a los miembros de la familia Ohmsford e informarlos de que los sueños eran auténticos. Le explicó que lo enviaba el espíritu de Allanon para convencerla de la finalidad de sus sueños, para persuadirla de que decían la verdad, de que las Cuatro Tierras corrían el más grave de los peligros, de que la magia estaba casi perdida, de que sólo los Ohmsford podían restaurarla y que tenían que encontrarse con él la primera noche de la luna nueva para que supieran lo que debían hacer. Acabó diciendo que ya había

hablado con Par Ohmsford y también con Walker Boh, receptores asimismo de los sueños, y que por fin había conseguido encontrarla a ella.

Cuando terminó, Wren se quedó pensativa un instante antes de responder.

—Hace mucho tiempo que me angustian los sueños —confesó—. Pero siempre he pensado que eran simples pesadillas. La magia de los Ohmsford nunca ha formado parte de mi vida...

—Y te preguntas si eres o no una Ohmsford —la interrumpió el anciano—. Porque no estás segura, ¿verdad? En caso negativo, no tendrías por qué preocuparte de la magia... lo que te parecería muy bien, según deduzco.

—¿Cómo sabes todo eso, Cogline? —le preguntó Wren, sin apartar su mirada del anciano.

En ningún momento cuestionó que fuese la persona que afirmaba ser. Lo aceptó porque creía que eso no cambiaba las cosas.

—¿Cómo sabes tanto de mí? —le preguntó, inclinándose hacia delante, mostrando un interés repentino—. ¿Sabes quién soy en realidad?

—No importa tanto saber quién eres como quién puedes ser —respondió enigmáticamente, encogiéndose de hombros—. Si deseas averiguarlo, obedece a los sueños. Ve al Cuerno del Infierno y habla con Allanon.

La joven se echó hacia atrás, dirigiendo una rápida mirada a Garth antes de volver a fijarla en el anciano.

—Estás jugando conmigo —le dijo.

—Quizás.

—¿Por qué?

—¡Oh, es elemental! Si consigo intrigarte lo suficiente, es posible que accedas a acompañarme. Opté por zaherir y reprender a tus primos y a tu tío, y he pensado que contigo debía emplear otro método. Ya queda poco tiempo, y yo sólo soy un viejo. Faltan seis días para la luna nueva. Incluso a caballo, como mínimo se necesitan cuatro para llegar al Cuerno del Infierno... cinco si yo he de acompañarte.

Seguía reproduciendo por signos todas sus palabras, y entonces Garth hizo una rápida intervención. El anciano se echó a reír.

—¿Que si voy a hacer el viaje? Sí, creo que lo haré. Llevo semanas dedicado a esta tarea y me considero con derecho a saber en qué acaba el asunto. —Se calló para pensar un momento—. Además, no estoy muy seguro de que se me haya dado posibilidad de elección...

Wren miró hacia el este, donde el Sol era una pálida bola de fuego blanco apoyada sobre el horizonte y velada por nubes y neblinas, sin difundir calor todavía. Las gaviotas, dedicadas a procurarse el alimento cotidiano, revoloteaban sobre las espejeantes aguas del lago Myriam. La serenidad de las primeras horas de la mañana permitió que sus pensamientos discurrieran con tranquilidad en su mente.

—¿Qué respuesta te dio mi primo...? —empezó a preguntar, pero se contuvo.

Las palabras que acababa de pronunciar no le sonaron bien en sus oídos. La distanciaban de su pariente en un sentido que no le gustó.

—¿Qué decisión tomó Par? —rectificó.

—Dijo que lo pensaría —respondió el anciano—. Él y su hermano. Estaban juntos cuando los encontré.

—¿Y mi tío?

—Lo mismo —respondió el anciano, encogiéndose de hombros, aunque había algo en sus ojos que lo desmentía.

—Vuelves a jugar conmigo —dijo Wren, haciendo un gesto de inconformidad—. ¿Qué dijeron?

—Muchacha, estás acabando con mi paciencia —respondió el anciano, estrechando los ojos—. Carezco de la energía necesaria para sentarme aquí y repetir conversaciones enteras que te sirvan de apoyo para tomar una decisión. ¿Es que no eres capaz de pensar por ti misma? Si ellos van, lo harán por sus propias razones y no por las que tú puedas darles. ¿No deberías actuar de la misma manera?

—¿Qué dijeron? —repitió, recalcando las palabras al pronunciarlas, sin modificar un ápice su postura.

—¡Lo que les pareció bien! —exclamó el anciano, y sus dedos se aceleraron de rabia al transmitírselo a Garth, aunque sus ojos no se apartaron de los de Wren—. ¿Acaso soy un loro que repite las frases de otros para divertirme?

»¡Muy bien! ¡Aquí tienes la historia completa! —concedió, por fin, el anciano, dirigiendo a la joven una feroz mirada y levantando las manos en un gesto de resignación—. El joven Par y su hermano huyeron de Varfleet, perseguidos por la Federación, acusados de utilizar la magia al relatar las aventuras de su familia y de los druidas. Cuando me despedí de ellos, pensaban dirigirse a su casa para reflexionar sobre los sueños. ¡Ya habrán descubierto que no es posible, que su casa está en manos de la Federación, y sus padres, como los tuyos en otros tiempos, prisioneros!

Las últimas palabras cogieron a Wren por sorpresa y produjeron en ella un fuerte estremecimiento, pero el anciano lo ignoró.

—Walker Boh es otra cuestión. Se considera independiente de la familia Ohmsford. Ha elegido vivir en soledad, y no quiere saber nada de su familia ni del mundo, y menos aún de los druidas. ¡Cree que sólo él conoce los usos adecuados de la magia, y que el resto de los que la poseemos no tenemos más que habilidades sin importancia y somos incapaces de razonar! ¡Olvida quién lo adiestró y en qué! Él...

—Tú —lo interrumpió Wren.

—... se atribuye la misión de... —Se detuvo—. ¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Tú —repitió ella, mirándolo a los ojos—. Tú fuiste su maestro, ¿verdad?

Se produjo un momento de silencio, mientras la aguda mirada del anciano la

estudiaba con aprecio.

—Sí, muchacha, fui yo. ¿Ya estás contenta? ¿Es ésta la revelación que buscabas? ¿O necesitas alguna más?

Había olvidado traducir al lenguaje de Garth lo que decía, pero al parecer éste lo había leído en sus labios. Atrajo la atención de Wren y le hizo un gesto de aprobación. Intenta a tu adversario algo que no quiera que conozcas, le había enseñado. Eso te dará ventaja sobre él.

—¿Así que no piensa ir? —lo presionó—. Me refiero a Walker.

—¡Ah! —exclamó el anciano, satisfecho—. Justo cuando había llegado a la conclusión de que eras una chica lista, me demuestras lo contrario —Arqueó una ceja—. Walker Boh dice que no irá y, además, lo piensa. ¡Pero irá! Como el joven... Par. Así sucederá. A veces las cosas funcionan de la forma que menos se espera. O tal vez sea porque la magia de los druidas cambia las promesas y los juramentos que hicimos con precipitación, conduciéndonos hacia donde jamás quisimos ir. Siempre hay sorpresas. —Hizo un gesto de satisfacción, se ciñó las ropas y se inclinó hacia delante—. ¿Cuál es tu decisión, pequeña Wren? ¿Ser un ave audaz o un tímido pajarillo?

—¿Por qué no ambas cosas, según las circunstancias? —respondió la joven, esbozando una sonrisa contra su voluntad—. Él gruñó con impaciencia.

—Porque la situación exige que te decantes por una u otra. Elige —le urgió el anciano, a punto de perder la paciencia.

Wren desvió su mirada durante un breve instante hacia Garth, y después hacia el bosque, hacia las intensas sombras que la distante luz solar aún no había disipado. Los pensamientos y las preguntas de la noche anterior ocuparon de nuevo su mente, recorriéndola con acuciante insistencia. Bueno, podía ir, si tomaba esa decisión. Los bohemios no le pondrían ninguna objeción, ni siquiera Garth, aunque insistiría en acompañarla. Era capaz de enfrentarse al espíritu de Allanon. Podría hablar con el fantasma de una leyenda, con un hombre al que muchos negaban la existencia. Podría conseguir respuestas para las preguntas que arrastraba desde hacía años; al menos, para algunas. Y quizás conseguir una comprensión de sí misma que ahora no tenía. Una tarea demasiado ambiciosa, pensó. Y fascinante.

Sintió que un rayo de sol tocaba su nariz. Aquello significaría reunirse con Par, Coltar y Walker Boh, su otra familia, aunque tal vez tampoco fuese la verdadera. Frunció el entrecejo en un gesto pensativo. Podía ser divertido. Pero también significaría afrontar la realidad de sus sueños, o al menos la versión que de esa realidad le diese el espíritu. Y podría suponer un cambio en el curso de su vida, una vida de la que siempre se había sentido satisfecha. Podría implicar su ruptura, y envolverla en asuntos de los que debía mantenerse alejada.

Su mente se desbocó. Sintió que la bolsita con las piedras pintadas presionaba su pecho, como si quisiera recordarle lo que era capaz de ser. Conocía los relatos de los

Ohmsford y de los druidas, y sintió que debía proceder con cautela.

Entonces, inesperadamente, se dio cuenta de que estaba sonriendo. ¿Desde cuándo la cautela le había impedido hacer algo? ¿Se trataba de una puerta cerrada a la espera de que alguien la abriera! ¿Cómo podría vivir si no lo hacía?

—Muchacha, estoy cansado— intervino el anciano, interrumpiendo sus pensamientos—. Mis viejos huesos necesitan moverse para evitar el anquilosamiento. Dime cuál es tu decisión. ¿O es que también tú, como los otros miembros de tu familia, necesitas larguísimas meditaciones para tomarla?

Wren miró a Garth, levantado una ceja. El gigante bohemio hizo un gesto de asentimiento apenas perceptible.

—¿Qué testarudo eres, abuelo! —exclamó la joven, volviéndose hacia Cogline—. ¿Dónde está tu paciencia? —le preguntó en tono jocoso.

—Se fue con mi juventud, niña —le respondió el anciano con voz inesperadamente cordial—. Bueno, ¿cuál es?

—El Cuerno del Infierno y Allanon —dijo, esbozando una sonrisa—. ¿Qué esperabas?

Pero el anciano no respondió.

Cinco días después, cuando el Sol explotaba en rayos de fuego de color violeta y rojo sobre el horizonte occidental, en una exhibición de fuegos artificiales que sólo proporcionan los crepúsculos del verano, Wren, Garth y el hombre que hacía llamarse Cogleine llegaron al pie de los Dientes del Dragón y al comienzo del serpenteante sendero pedregoso que conducía al Valle de Pizarra y al Cuerno del Infierno.

Par Ohmsford fue el primero en verlos. Se había alejado un poco del camino para dirigirse a un saliente de piedra, para sentarse a contemplar desde allí el sur de Callahorn y aclarar sus pensamientos. Había llegado el día anterior en compañía de Coltar, Morgan, Walker, Steff y Teel, y su paciencia, forzado a esperar la primera noche de luna nueva, se agotaba. Estaba inmerso en la contemplación de la majestad del atardecer cuando vio al extraño trío montado a caballo, que salía de un grupo de álamos y se dirigía hacia donde él estaba. Se levantó de su asiento lentamente, negándose a dar crédito a sus ojos. Luego, tras comprobar que no estaba equivocado, saltó del saliente y corrió sendero abajo para comunicárselo a sus compañeros de viaje, que habían establecido allí el campamento.

Wren casi se anticipó a su llegada. Sus agudos ojos élficos lo habían descubierto en el mismo momento en que él la había visto a ella. Se dejó llevar por un impulso y se adelantó a sus compañeros, espoleando al caballo hasta llegar al campamento. Saltó de la silla antes de que éste se detuviera por completo, corrió hacia Par gritando de alegría, y lo abrazó con tal entusiasmo que estuvo a punto de tirarlo al suelo. Cuando acabó con él, saludó con la misma cordialidad y efusión al asombrado, pero satisfecho, Coltar. Walker recibió un beso en la mejilla y Morgan, a quien apenas recordaba de su niñez, un apretón de manos y una inclinación de cabeza.

Mientras los tres Ohmsford, que parecían hermanos aunque Wren no lo fuera, intercambiaban abrazos y palabras de bienvenida, sus acompañantes permanecieron de pie, dando muestras de incomodidad e intercambiando miradas de desconfianza. La mayoría de las miradas se dirigían a Garth, que doblaba en corpulencia a cualquiera de los otros. Sus ropas, de colores vivos como acostumbran a vestir los bohemios, exageraban su volumen. Soportó con serenidad esas miradas y las mantuvo. Wren se acordó de él poco después, e inició las presentaciones necesarias. A continuación, Par hizo lo propio con Steff y Teel. Cogleine se mantuvo apartado, pero como todos parecían conocerlo, nadie lo presentó. Se sucedieron las inclinaciones de cabeza y los apretones de manos, se cumplió con la cortesía de la forma adecuada, pero persistió la desconfianza dibujada en algunos rostros. Cuando se dirigieron a la hoguera encendida en el centro del pequeño campamento para compartir la cena que los enanos estaban preparando cuando llegaron Wren y sus compañeros, se dividieron. Steff y Teel centraron su atención en los últimos toques de

la comida, mudos mientras se inclinaban sobre las ollas y el fuego. Walker se sentó bajo un pino y Cogleine desapareció entre las rocas sin decir una palabra. Pero a Cogleine no se le consideraba parte del grupo, así que nadie se preocupó por su ausencia. Par, Coltar, Wren y Morgan se reunieron junto a los caballos, desensillándolos y masajeándolos, y hablaron de los viejos tiempos, de los antiguos amigos, de los lugares en que habían estado, de las cosas que habían visto y de las vicisitudes de la vida.

—Has crecido mucho, Wren —le dijo Coltar—. No te pareces en nada a la niña flaca que se marchó de Valle Umbroso.

—¡Ahora es una amazona tan veloz como el viento! ¡No hay fronteras para ella! —bromeó Par mientras levantaba las manos en un gesto que incluía toda la Tierra.

—Tengo una vida mejor que las vuestras, que las pasáis sentados cantando viejas leyendas —respondió Wren, esbozando una sonrisa—. Las Tierras Occidentales son, como bien sabéis, un buen país para los seres de espíritu libre. —La amplia sonrisa que antes iluminaba su rostro había desaparecido—. El anciano Cogleine me contó lo sucedido en Valle Umbroso. Durante un tiempo, Jaralan y Mirianna fueron unos padres para mí, y todavía los quiero. Me dijo que habían sido hechos prisioneros. ¿Tenéis noticias de ellos?

—No hemos dejado de huir desde que salimos de Varfleet —respondió Par, haciendo un gesto negativo.

—Lo siento, Par —dijo la joven, reflejando en sus ojos el pesar que sentía—. La Federación hace todo lo que puede para amargarnos la vida. Incluso las Tierras Occidentales han de soportar su cuota de soldados y de lacayos administrativos, aunque no le prestan demasiada atención. En cualquier caso, los bohemios conocen la manera de evitarlos. Si es necesario, allí seréis muy bien recibidos.

—Mejor será que antes veamos cómo acaba el asunto de los sueños —respondió Par, abrazándola de nuevo.

Consumieron la cena, que consistió en carne frita, verduras hervidas, pan recién hecho, queso y nueces, y regada con cerveza y agua, mientras contemplaban cómo se hundía el Sol en el horizonte. Los ingredientes eran excelentes, y todos lo dijeron para satisfacción de Steff, que había cocinado la mayor parte. Cogleine se mantuvo ausente, pero los demás empezaron a hablar entre sí con más confianza. Todos excepto Teel, que no abrió la boca. Par era el único, sin contar a Steff, a quien la enana había dirigido la palabra. Al menos, él nunca la había visto hablar con nadie.

Cuando terminaron, Steff y Teel se encargaron de lavar los platos, y los otros se alejaron, solos o en parejas, mientras el crepúsculo abría paso a la noche.

Coltar y Morgan fueron a un manantial cercano en busca de agua fresca, y Par se encontró paseando por el camino que se internaba en las montañas hacia el Valle de Pizarra en compañía de Wren y el gigante Garth.

—¿Has estado antes allí? —le preguntó Wren, señalando en dirección al Cuerno del Infierno.

—Está a varias horas de camino y nadie se muestra muy interesado en apresurar los acontecimientos —respondió Par, haciendo un gesto negativo—. Incluso Walker se ha negado a ir antes del momento preciso.

Miró al cielo, donde las estrellas formaban complicados dibujos y una casi invisible luna menguante tocaba el horizonte septentrional.

—Mañana por la noche —concluyó.

Wren permaneció en silencio. Caminaron sin hablar hasta que llegaron al saliente rocoso desde donde Par los había visto llegar hacía pocas horas, y se detuvieron en él para contemplar el paisaje del sur.

—Tú también has tenido sueños, ¿verdad? —le preguntó Wren y, ante su gesto de asentimiento, empezó a hablarle de los suyos propios.

—¿Qué piensas sobre ellos? —le preguntó.

Par se sentó en la roca, junto a los otros dos.

—Creo que las diez generaciones de Ohmsford que nos separan de Brin y Jair se han pasado la vida esperando este momento —respondió Par, sentándose en la roca junto a su prima y el gigante—. Creo que la magia de la casa élfica de Shannara, ahora la magia de los Ohmsford, es algo más de lo que suponemos. Confío en que Allanon, o su espíritu, nos lo aclare. —Hizo una breve pausa—. Creo que puede ser algo maravilloso... y terrible.

»No pretendo dramatizar. Sólo he dicho lo que siento —concluyó, haciendo un gesto de disculpa al advertir la intensa mirada de los ojos color avellana de la joven bohemia.

Ella traducía a Garth las palabras de Par a medida que éste las pronunciaba, pero el gigante permaneció imperturbable.

—Walker y tú empleáis la magia a veces —dijo Wren—. Yo no la poseo. ¿Por qué me ha convocado?

—Lo ignoro —respondió Par—. La magia de Morgan es ahora más fuerte que la mía, y tampoco él ha sido convocado.

Le relató su encuentro con el Espectro y el descubrimiento del joven de las tierras altas de la magia que se conservaba dormida en la Espada de Leah.

—Me pregunto por qué los sueños no le fueron enviados a él en lugar de a mí, por mucho que yo haya utilizado el cantar.

—Pero no conoces bien la fuerza de tu magia, Par —dijo ella—. Deberías recordar, según las historias, que ninguno de los Ohmsford la entendía por completo al iniciarse en el uso de la magia élfica. ¿No puede ser también ése tu caso?

—O el tuyo Wren. ¿Qué me dices de ti? —respondió Par, pensando que era posible y sintiendo que todo su cuerpo se estremecía.

—No, no, Par Ohmsford. Yo soy una simple vagabunda, sin la sangre que transmite la magia de generación en generación —se apresuró a decir la muchacha, riendo abiertamente—. ¡Me temo que debo conformarme con la bolsita de las piedras élficas falsas!

Él coreó su risa al recordar la bolsita de cuero con los guijarros pintados que guardaba con tanto cuidado cuando era niña. Durante un rato se dedicaron a hablar de lo acaecido en sus vidas, de lo que habían hecho, de los lugares que habían visitado y de las personas que habían encontrado en sus viajes. Se comportaban con naturalidad, como si su separación sólo hubiese durado unas semanas, no varios años. Según Par, Wren le infundía ese estado de ánimo. Ella había creado un ambiente relajado. Estaba impresionado por la gran seguridad en sí misma que mostraba aquella muchacha libre y salvaje, visiblemente satisfecha de su vida de vagabunda y, al parecer, inmovible ante las exigencias o limitaciones que pretendieran constreñirla. Era fuerte tanto interior como exteriormente, y la admiraba por ello. Se dijo a sí mismo que se sentiría satisfecho si sólo tuviera la mitad de su empuje.

—¿Cómo encontraste a Walker? —le preguntó la joven poco después.

—Distante —respondió él sin el menor atisbo de duda—. Todavía obsesionado por demonios que están fuera de mi comprensión. Habla de la desconfianza que le inspiran la magia élfica y los druidas. Sin embargo, posee una magia que utiliza con liberalidad. La verdad es que no lo entiendo.

Wren transmitió sus comentarios a Garth, y el gigante le contestó con un breve signo. Wren se quedó mirándolo fijamente.

—Garth dice que Walker está asustado —le tradujo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Par, sorprendido.

—Lo sabe. Es verdad. Como es sordo, agudiza los otros sentidos. Detecta los estados anímicos con más rapidez que tú o que yo, incluso los que pretenden ocultarse.

—Pues bien, en este caso lo ha conseguido —respondió Par, haciendo un gesto de asentimiento—. Walker está aterrorizado. Me lo ha dicho. Me dijo que teme las consecuencias que puedan derivarse de este asunto de Allanon. Es extraño, ¿verdad? Me cuesta trabajo aceptar que pueda haber algo que asuste a Walker Boh.

Wren hizo unos signos a Garth, pero el gigante se limitó a encogerse de hombros. Permanecieron sentados en silencio, sumidos en sus pensamientos.

—¿Sabías que Cogline fue maestro de Walker? —le pregunto Wren, rompiendo el silencio.

—¿Te dijo eso? —preguntó Par, a su vez, sorprendido.

—Casi conseguí que lo confesara.

—Wren, ¿maestro de qué? ¿De magia? —O de alguna otra cosa —respondió la muchacha, reflejando en su moreno rostro un aire introspectivo y con mirada distante

—. Creo que hay muchos secretos entre ellos.
Par se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

Todos los miembros del pequeño grupo tuvieron un sueño reparador a la sombra de los Dientes del Dragón, pero despertaron al amanecer y se pusieron en movimiento. Aquella noche sería la primera de la luna nueva, la noche en que estaban convocados a la reunión con el espíritu de Allanon. Acometieron sus tareas con nerviosismo. Desayunaron sin paladear los alimentos. Hablaban poco, yendo de un lado para otro en busca de un entretenimiento que distrajera su pensamiento de lo que les esperaba. Era un día claro, sin nubes, impregnado por los cálidos aromas del verano; la clase de día que hubieran celebrado en otras circunstancias, pero que en esta ocasión les resultaría interminable.

Cogline regresó hacia el mediodía, descendiendo de las montañas como un andrajoso profeta de condenación. Presentaba un aspecto polvoriento y desordenado cuando llegó hasta ellos. Tenía los cabellos revueltos y las ojeras marcadas por la falta de sueño. Les dijo que todo estaba dispuesto, significara lo que significase, y que volvería a su encuentro cuando cayera la noche. Estad preparados, les advirtió. No pronunció ni sola palabra más, aunque los hermanos Ohmsford lo presionaron para lo hiciera, y desapareció por el mismo camino que le había traído.

—¿Qué puede hacer ahí arriba? —preguntó Coltar, cuando la distancia había reducido a una mota negra a la harapienta figura.

El Sol seguía su ruta hacia el oeste como si arrastrase cadenas, y los miembros del pequeño grupo se aislaron aún más. La inmensidad de lo que iba a ocurrir empezaba a emerger en sus pensamientos inexpresados, un espectro de tal magnitud cuya contemplación producía terror. Incluso Walker Boh, al que se suponía más familiarizado con los espíritus y los fantasmas, se encerró en sí mismo como un tejón en su madriguera y se hizo inaccesible.

Sin embargo, ya casi mediada la tarde, Par se encontró con su tío mientras vagaba por los parajes más frescos de las colinas que rodeaban a los manantiales. Redujeron el paso al aproximarse, luego se detuvieron y se miraron, un poco violentos.

—¿Crees que vendrá? —preguntó Par al fin.

Las pálidas facciones de Walker estaban semiocultas bajo la capucha, dificultando el estudio de su expresión.

—Vendrá —afirmó.

—No sé qué esperar —dijo Par, tras quedarse pensativo un breve instante.

—Eso no importa, Par —respondió Walker, haciendo un gesto negativo—. Puedes esperar lo que te plazca, pero será superado. Este encuentro no se parecerá a nada que tú puedas imaginar, te lo aseguro. Los druidas siempre han dominado el arte de sorprender.

—Sospechas lo peor, ¿no es cierto?

—Sospecho... —empezó a decir Walker, pero no acabó la frase.

—Magia —añadió Par.

Walker Boh se limitó a fruncir el entrecejo.

—Magia druídica... eso es lo que crees que veremos esta noche, ¿verdad? — prosiguió Par—. Espero que estés en lo cierto. Espero que se extienda y resuene, y que abra todas las puertas que han estado cerradas ante nosotros, para que consigamos saber lo que puede hacer la magia.

—Es mejor que algunas puertas continúen cerradas —respondió Walker Boh, cuando logró rehacerse de la sorpresa, esbozando una sonrisa irónica—. Sería conveniente que lo recordaras.

Un instante antes de reanudar su camino, apoyó la mano en el brazo de su sobrino.

La tarde avanzó a paso lento hacia el crepúsculo. Cuando el Sol llegó por fin al oeste y empezó a sumergirse en el horizonte, todos se dirigieron al campamento para cenar. Morgan se mostraba locuaz, claro síntoma de su nerviosismo, y hablaba sin cesar de magia y espadas, y de toda clase de sucesos insólitos que Par confiaba en que nunca se produjeran. Los demás permanecían en silencio, comían sin hacer ningún comentario y dirigían miradas suspicaces hacia las montañas del norte. Teel no probó bocado, y se alejó del grupo para sentarse en la oscuridad. La máscara que cubría su rostro era como un muro que se levantaba entre ella y los demás. Incluso Steff dejó que se aislara.

Las estrellas empezaron a parpadear aquí y allá, y poco después llenaban el cielo. La Luna no hizo acto de presencia. Era el momento en que la pálida hermana del Sol vestía de negro. Los ruidos diurnos se fueron extinguiendo, para dejar su lugar a los susurros de la noche. La hoguera crujía y crepitaba en el silencio que se produjo cuando todos callaron. Algunos empezaron a fumar, y el olor del tabaco invadió el aire. Morgan cogió la brillante Espada de Leah y limpió su hoja distraídamente con un trapo. Wren y Garth dieron de comer y cepillaron a los caballos. Walker subió por el sendero y se detuvo poco después para contemplar las montañas. Los demás se quedaron sentados y pensativos.

Esperando.

Era medianoche cuando regresó Cogleine. Surgió como un fantasma, materializándose tan de repente en la oscuridad que se sobresaltaron. Nadie, ni siquiera Walker, lo había visto llegar.

—Ya es hora —les dijo.

Se pusieron en pie y lo siguieron en silencio. Iba a la cabeza del grupo en el camino ascendente hacia las densas sombras de los Dientes del Dragón. Aunque las

estrellas brillaban intensamente sobre sus cabezas cuando iniciaron la marcha, los montes pronto empezaron a cerrarse a su alrededor, envolviéndolos en un sudario de tinieblas. Cogline no aminoró el paso; parecía que tuviese ojos de gato. Sus acompañantes se esforzaron por no quedarse rezagados. Par, Coltar y Morgan seguían de cerca al anciano, y tras ellos marchaban Wren y Garth. A continuación iban Steff y Teel, y Walker Boh cerraba la marcha. La vereda se hizo más empinada cuando se aproximaron a las cumbres, penetrando en un estrecho desfiladero que parecía un pliegue entre los montes. El lugar era tan silencioso que cada uno podía escuchar la respiración de los otros.

Los minutos pasaban. Los peñascos y los muros rocosos dificultaban notablemente el camino, que se retorció como una serpiente. Había fragmentos de roca por todas partes y tenían que andar sobre ellos. Sin embargo, Cogline no parecía advertirlo. Par perdió pie y se cortó las rodillas con una piedra tan afilada como un trozo de cristal. Muchas de ellas eran de un intenso y brillante color negro parecido al del carbón. Cogió una y la guardó en el bolsillo.

Entonces, de repente, las montañas se abrieron ante ellos y se encontraron al borde del Valle de Pizarra. Era una amplia depresión, poco profunda, salpicada de piedras semejantes a la que Par llevaba en el bolsillo. Nada crecía en aquel valle; estaba desprovisto de vida. Había un lago en el centro, y sus aguas verdinegras se movían en lentos remolinos.

—El Cuerno del Infierno —dijo Cogline, deteniéndose y dándose la vuelta para mirarlos—. La morada de los espíritus de los tiempos, de los druidas del pasado.

Su vieja cara reflejaba una expresión casi reverente. Empezó a bajar hacia el valle.

Excepto por el jadeo de su respiración y el ruido que producían sus botas contra las piedras, el valle estaba envuelto en silencio. Los ecos de sus movimientos jugaban en la quietud como niños en un bochornoso día de verano. Los ojos de los viajeros buscaban fantasmas donde no los había, imaginando vida en cada sombra. Allí hacía un calor extraño, como si el calor de día se quedara atrapado y resguardado del frío de la noche en aquel cuenco sofocante. Par sintió que por su espalda corría un hilo de sudor.

Pronto estuvieron sobre el suelo del valle, arracimados mientras se dirigían al lago. Ahora veían las aguas con más claridad, cómo chocaban los remolinos entre sí, al azar, desordenadamente, y oyeron el rumor que producían. También percibieron el olor penetrante de cosas viejas y putrefactas.

Estaban todavía a varias docenas de metros de la orilla del agua cuando Cogline, levantando las manos, les indicó que se detuvieran.

—Quietos. No os acerquéis más. ¡Las aguas del Cuerno del Infierno son dañinas para los mortales, venenosas!

Se agachó y se puso un dedo sobre los labios como si tratara de callar a un niño.

Todos le obedecieron, porque se sentían niños ante el poder que yacía allí. Todos captaron algo en el aire semejante al humo de una hoguera. Permanecieron donde estaban, atentos, ansiosos, presas de una mezcla de asombro e indecisión. Ninguno se atrevió a hablar. El cielo plagado de estrellas no tenía fin, era como un toldo extendido de horizonte a horizonte, y parecía que se centraba en el valle, en el lago y en los nueve que lo miraban.

Por fin Cogleine se irguió y se volvió hacia ellos, agitando las manos como si fueran alas de pájaro para que se aproximaran. Cuanto estuvieron hombro con hombro a su alrededor, les habló.

—Allanon vendrá antes del alba. —Sus agudos y viejos ojos los miraron solemnemente—. Desea que os hable primero. Ya no es lo que fue en vida. Ya sólo es un fantasma. Su presencia durará lo que un parpadeo. Cada vez que cruza las fronteras del mundo del espíritu ha de hacer un gran esfuerzo. Debe aprovechar el tiempo de que dispone. Lo dedicará a deciros lo que necesita de vosotros. Me ha encargado que os explique la razón de esa necesidad. Estoy aquí para hablaros de los Espectros.

—¿Has hablado con él? —le preguntó Walker Boh.

Cogleine no respondió.

—¿Por qué has esperado hasta ahora para hablar de los Espectros? —preguntó Par, enfurecido—. ¿Por qué no lo has hecho antes?

El anciano hizo un gesto de disgusto, pero su rostro reflejaba desaprobación y simpatía al mismo tiempo.

—No me estaba permitido, muchacho. No hasta que todos estuvierais aquí.

—¡Tonterías! —exclamó Walker.

—Pensad lo que queráis, pero escuchad —prosiguió el anciano, sin prestar atención a Walker—. Esto es lo que Allanon os diría de los Espectros. Son más malignos de lo que podáis imaginar. No son invenciones ni cuentos de viejas, sino tan reales como vosotros y como yo. Nacieron por una circunstancia que Allanon, con toda su sabiduría y habilidad para la organización, no pudo prever. Cuando abandonó el mundo de los hombres mortales, Allanon creía que la era de la magia había tocado a su fin y que comenzaba una nueva era. Había desaparecido el Señor de los Hechiceros. Los demonios del antiguo mundo fantástico volvían a estar recluidos en la Prohibición. El *Ildatch* había sido destruido. Paranor había pasado a la historia, y el último de los druidas se hallaba a punto de acompañarlo. De todo eso podía deducirse que ya no era necesaria la magia.

—Pero seguía siendo necesaria, y siempre lo será —respondió Walker.

—Los Espectros son una aberración —prosiguió el anciano, ignorando a Walker una vez más—. Magia surgida de la utilización de otras magias, un residuo de algo

que se extinguió. Empezaron como una semilla que yacía dormida en las Cuatro Tierras, desconocida en la época de Allanon, unas semillas que germinaron sólo después de que los druidas y su poder protector hubiesen desaparecido. Nadie podía saber que estaban allí, ni siquiera Allanon. Eran los desechos de la magia que llegó y se fue, y eran tan invisibles como el polvo sobre el camino.

—¡Espera un momento! —lo interrumpió Par—. ¿Qué estás diciendo, Cogline? ¿Que los Espectros son fragmentos y restos de una magia perdida?

Cogline respiró hondo, con las manos unidas ante sí.

—Joven del valle, ya te dije en una ocasión que, aunque utilizas la magia, sabes muy poco sobre ella. La magia es una fuerza de la naturaleza como el fuego de las entrañas de la tierra, las mareas de los océanos, los vientos que agitan los bosques o las hambrunas que asolan las naciones. ¡No aparece y desaparece sin producir efecto! ¡Piensa un poco! ¿Qué ocurrió con Wil Ohmsford y sus piedras élficas cuando su sangre élfica no permitió que continuara utilizándolas? ¡Dejaron como residuo el cantar, que tomó vida en tus antepasados! ¿Era una magia inconsecuente? Todos los usos de la magia tienen más efectos de los inmediatos. Y todos son importantes.

—¿Cuál fue la magia que creó a los Espectros? —preguntó Coltar con gesto impasible.

—Allanon lo ignora —respondió el anciano, haciendo un gesto negativo—. No hay manera de averiguarlo. Pudo suceder durante la época de Shea Ohmsford y sus descendientes. En aquellos tiempos la magia era muy utilizada, y mucha era maligna. Los Espectros pudieron nacer de alguna parte de esta última. —Hizo una breve pausa—. Al principio no eran nada, sólo desechos de magia gastada. De alguna manera consiguieron sobrevivir sin manifestarse. Tras el derrumbamiento de Paranor y la muerte de Allanon, aparecieron en las Cuatro Tierras y empezaron a adquirir fuerza. Se había producido un vacío en el orden de las cosas. Un vacío ha de llenarse, y los Espectros se apresuraron a hacerlo.

—No comprendo —dijo Par—. ¿A qué clase de vacío te refieres?

—¿Y por qué no previó Allanon lo que sucedería? —añadió Wren.

—La vida ha sido siempre cíclica —respondió el anciano, levantando la mano con los dedos extendidos, y empezó a doblarlos uno a uno mientras hablaba—. El poder llega y se va. Adopta formas diferentes. Antaño fue la ciencia la que dio poder a la humanidad. Después fue la magia. Allanon previó el retorno de la ciencia como medio de progreso... sobre todo tras la desaparición de los druidas y de Paranor. Ésa debía de ser la época que sucedería. Pero el desarrollo de la ciencia no fue lo bastante rápido para llenar el vacío. En parte, a causa de la Federación, que mantuvo intactas las antiguas costumbres; proscribió el uso de cualquier forma de poder que no fuese el suyo... y el suyo era primitivo y castrense. Extendió su influencia por las Cuatro Tierras hasta que todo quedó sometido a sus dictados. Los elfos también tenían

influencia en ciertos asuntos. Sin embargo, por razones que aún desconocemos, desaparecieron. Constituían una fuerza equilibradora, eran los últimos representantes del viejo mundo fantástico. Su presencia era necesaria para que la transición de la magia a la ciencia se produjera sin grandes sobresaltos.

Pero aun en el caso de que los elfos hubieran permanecido en el mundo de los hombres y la Federación, los Espectros podrían haber surgido. El vacío se produjo por la desaparición de los druidas. Era imposible evitarlo. —Dio un suspiro—. Allanon no supo preverlo. No pudo imaginar la importancia que adquirirían los Espectros. Hizo lo que pudo para proteger a las Cuatro Tierras mientras vivió, y se esforzó en prolongar su vida.

—Al parecer, no consiguió ni una cosa ni la otra —observó Walker.

—Bien, Walker Boh —respondió el anciano Cogleine fijando en él su mirada y dejando traslucir su ira—. Quizá se te presente la oportunidad de demostrar que tú puedes hacerlo mejor.

Se produjo un tenso silencio mientras ambos se miraban.

—Tenéis que entender qué son los Espectros —prosiguió Cogleine, desviando la mirada de Walker—. Son parásitos. Viven de los seres mortales. Se alimentan de las criaturas vivas. Entran en ellas, las absorben, se convierten en ellas. Pero, por alguna razón, no siempre logran los mismos resultados. Piensa, Par, en la leñadora que Coltar y tú encontrasteis cuando nos vimos por primera vez. No cabe duda de que era un Espectro, un humano infectado, un ser destruido, con tan poco autocontrol como un animal loco. Pero, ¿te acuerdas de la niña de la Cresta de Toffer?

Rozó con los dedos la mejilla de Par. Al instante, el joven del valle se vio invadido por el recuerdo del monstruo al que fue entregado por los gnomos araña. Pudo sentir sus ansias por apoderarse de él, suplicándole que la abrazara. Se encogió, abrumado por el impacto de la imagen.

—También era un Espectro, aunque más difícil de identificar —prosiguió Cogleine, sujetando a Par por el hombro—. Presentan apariencias distintas lo mismo que nosotros, puesto que adoptan formas humanas. Alguno Espectros son grotescos, tanto por su aspecto como por su conducta. Ésos son los más fáciles de descubrir.

—Pero, ¿por qué los hay de ambas clases? —preguntó Par, que no parecía muy convencido.

—Ni siquiera Allanon podría contestarte —respondió Cogleine, frunciendo el entrecejo—. Los Espectros han conseguido mantener el secreto.

El anciano miró a lo lejos durante un momento. Después volvió a concentrar su atención en el grupo. Su cara reflejaba desesperación.

—Pensad en una plaga. La enfermedad se extiende hasta que el número de infectados se multiplica con resultados incalculables. Cualquier Espectro puede transmitir el mal. Su magia les proporciona medios para superar, prácticamente, todas

las defensas. Cuanto más numerosos son, más aumenta su fuerza. ¿Qué haríais para detener el avance de una epidemia de origen desconocido, cuyos síntomas no se detectan hasta que están arraigados y nadie conoce los remedios que se han de aplicar?

Los miembros del grupo intercambiaron miradas de inquietud durante el silencio que siguió a estas palabras del anciano.

—¿Actúan con un propósito determinado, Cogleine? —preguntó Wren—. ¿Con un objetivo que no se cumple con la simple infección de seres vivos? ¿Piensan como tú y como yo, o carecen de inteligencia?

Par miró a la muchacha con manifiesta admiración. Eran las mejores preguntas que se habían formulado hasta entonces, y deseó haberlas hecho él.

—Piensan como tú y como yo, muchacha, y pretenden alcanzar un fin —respondió Cogleine, frotándose las manos lentamente—. Pero lo que se proponen es un misterio.

—Podrían subvertirnos —sugirió Morgan—. Quizá sea eso lo que pretenden.

—Creo que llegarán más lejos —respondió Cogleine, haciendo un gesto negativo.

De repente, Par se dio cuenta de que estaba recordando los sueños que Allanon le había enviado, las visiones de un mundo de pesadilla en el que todo estaba ennegrecido y agostado, y la vida se reducía a algo apenas reconocible. Ojos enrojecidos centelleaban como ascuas y formas oscuras revoloteaban entre la neblina cenicienta y el humo.

Entonces comprendió que eso era precisamente lo que pretendían los Espectros. Pero ¿cómo conseguirían convertir en realidad semejante visión?

Miró a Wren y vio la misma pregunta reflejada en sus ojos. También la captó en los ojos de Walker Boh. Habían compartido los sueños y éstos los vinculaban hasta el punto de hacer que sus pensamientos coincidieran.

Cogleine levantó ligeramente la cabeza, liberando su cara de la oscuridad que la cubría.

—Algo dirige a los Espectros —dijo en voz baja—. Hay un poder aquí que trasciende a cualquier otro conocido...

No consiguió acabar la frase; fue como si su voz no lo obedeciera. Los demás se miraron extrañados.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la joven Wren al cabo de un rato.

—Escuchar todo lo que Allanon tenga que decirnos, muchacha —respondió el anciano, levantándose con gesto de cansancio.

Se alejó de ellos, y ninguno le pidió que volviera.

Los miembros del grupo se separaron de uno en uno, en busca de soledad para concentrarse en sus propios pensamientos. Sus ojos recorrían sin descanso la brillante alfombra de piedras negras que cubría el valle, concluyendo siempre su trayecto en el Cuerno del Infierno para captar en las perezosas ondas de sus aguas posibles indicios de un nuevo movimiento.

Pero no los había.

Quizá no ocurra nada, pensó Par. Quizá todo esto no sea más que una mentira.

Sintió su pecho oprimido por sentimientos contrapuestos de decepción y alivio, e intentó dejarlos de lado. Coltar estaba a menos de una docena de pasos, pero no quiso mirarlo. Deseaba estar solo, necesitaba meditar sobre algunas cosas y su hermano lo distraería.

Era extraño que desde el comienzo de aquel viaje hubiese procurado distanciarse de Coltar, pensó de repente. Tal vez se debía a que temía que pudiese sufrir algún daño grave.

De nuevo se obligó a cambiar de pensamientos. Cogleine era un verdadero enigma. ¿Quién era, en realidad, este anciano que parecía saber mucho de todo? Un druida fracasado, decía él. También se había proclamado el mensajero de Allanon. Pero aquellas sucintas referencias no completaban al personaje. Par estaba seguro de que ocultaba más de lo que decía. Había una serie de hechos en sus relaciones con Allanon y Walker Boh que los demás ignoraban. Allanon no hubiese recurrido a un druida fracasado ni en las circunstancias más desesperadas. Existía una razón que relacionaba a Cogleine con aquel asunto, aunque ellos la desconocieran.

Observó con disimulo al anciano, que estaba de pie peligrosamente cerca de las aguas del Cuerno del Infierno. Conocía todo lo referente a los Espectros. No cabía duda de que había hablado más de una vez con Allanon, y era el único humano vivo que lo había hecho desde su muerte, acaecida trescientos años atrás. Par pensó en las historias de la época de Brin Ohmsford, en las que Cogleine aparecía como un viejo medio loco que esgrimía la magia contra los Espectros Corrosivos como si fuese una escoba. Ésa era la imagen que evocaban los relatos. Bueno, ahora se comportaba de una manera completamente distinta. Sabía controlarse. Era irritable y excéntrico, sí... pero, sobre todo, sabía controlarse. Era consciente del problema en el que se había metido; al menos, lo suficiente para no sentirse satisfecho con su misión. Desde luego, él no lo había confesado, pero Par no estaba ciego.

Se produjo un destello en el cielo nocturno, una momentánea luminosidad que parpadeó a lo lejos y enseguida se extinguió. El final de una vida y el comienzo de otra, solía decir su madre. Dio un suspiro. No había pensado en sus padres desde la huida de Varfleet. Sintió una punzada de remordimiento. Se preguntó si estarían bien

y si volvería a verlos.

Apretó las mandíbulas con determinación. ¡Claro que volvería a verlos! Los problemas se resolverían. Allanon tendría respuestas que darle sobre el uso de la magia del cantar, las razones de los sueños, lo que debían hacer con los Espectros y la Federación...

Allanon sabría.

El tiempo pasaba, los minutos se convertían en horas y la noche en amanecer. Par se acercó a Coltar para hablar con él; ahora necesitaba sentir la proximidad de su hermano. Los demás se removían y estiraban presas del nerviosismo y el cansancio.

En el este aparecieron las primeras señales del alba sobre la oscura línea del horizonte.

No acudirá a la cita, pensó Par desesperanzado.

Y como respuesta a su pensamiento, las aguas del Cuerno del Infierno se agitaron y el valle se estremeció como si algo hubiera despertado bajo sus pies. Las rocas temblaron y rechinaron, y los miembros del pequeño grupo se agazaparon para protegerse. El lago empezó a hervir, las aguas a revolverse y salpicar hacia el cielo con un agudo siseo. Unas voces, inhumanas y llenas de ansiedad, gritaron. Surgían de la tierra, luchando contra ataduras invisibles para los nueve reunidos en el valle, pero muy fáciles de imaginar. Los brazos de Walker se levantaron, esparciendo un polvo plateado que fulguró, formando una cortina protectora. Los demás se taparon los oídos, pero nada podían hacer para aliviar aquel estruendo.

Entonces la tierra empezó a rugir. Un fragor salió de sus profundidades y se impuso a los gritos. Cogleine levantó un esquelético brazo, señalando el lago. El Cuerno del Infierno estalló en un torbellino, las aguas se agitaron con violencia y de ellas surgió...

—¡Allanon! —exclamó Par con voz potente y presa de una gran excitación.

Era el druida. Todos lo reconocieron al instante. Lo recordaban por los relatos de tres siglos atrás, lo reconocieron en el fondo de sus corazones con una certeza íntima y secreta. Se elevó en el aire de la noche, rodeado de un resplandor, desprendiéndose de las aguas del Cuerno del Infierno. Permaneció flotando sobre su superficie, un espíritu procedente de otro mundo, fundido en gris transparente, que brilla con luz trémula en la oscuridad. Una capa con capucha cubría de la cabeza a los pies la alta e impresionante figura del hombre que había sido. Su largo rostro barbado de facciones angulosas se volvió hacia ellos, sus ojos penetrantes barrieron sus defensas y dejaron sus vidas al descubierto.

Par Ohmsford empezó a temblar.

Las agitadas aguas se calmaron, cesó el estruendo y los gemidos se convirtieron en un susurro que quedó suspendido sobre el valle. El espíritu se acercó a ellos con lentitud, como si quisiera desmentir a Cogleine por haberles dicho que su estancia en

el mundo de los hombres tenía que ser breve. Mantuvo los ojos fijos en los de los miembros del grupo. Par nunca había sentido tanto miedo. Sintió deseos de correr, de huir precipitadamente para salvar la vida, pero permaneció inmóvil en el lugar donde se hallaba, incapaz de moverse.

El espíritu se detuvo a la orilla del agua. En algún lugar del interior de sus mentes, los allí reunidos le oyeron hablar.

Soy el que fue Allanon.

Un murmullo de voces llenó el aire, voces de seres que ya no vivían y que hacían eco a las palabras del espíritu.

—Os he llamado por medio de vuestros sueños... Par, Wren y Walker. Hijos de Shannara, habéis sido convocados ante mí. La rueda del tiempo gira de nuevo... para el renacer de la magia, para honrar la tarea que se os ha confiado, para principio y fin de muchas cosas...

La voz, profunda y sonora en sus mentes, se tornó áspera, provocando en ellos sensaciones que arañaban el cráneo.

—Llegan los Espectros. Llegan con una promesa de destrucción, esparciéndose por las Cuatro Tierras con la seguridad del día que sucede a la noche...

Las delgadas manos del espíritu tejieron una visión de sus palabras a través de la urdimbre del aire, un tapiz de vivos colores que destacó momentáneamente en la oscura neblina. Los sueños que les había enviado adquirieron vida, como escenas de locas pesadillas. Luego se enturbiaron y desaparecieron. La voz susurró sin producir ningún sonido.

Así será si vosotros no atendéis...

Par sintió que las palabras resonaban a través de su cuerpo como un eco procedente de la tierra. Quería mirar a los otros, deseaba ver la expresión de sus caras, pero la voz del espíritu lo inmovilizó como si lo hubiese hechizado.

A Walker no le afectó de la misma manera. Cuando habló, lo hizo en un tono tan gélido como el del espíritu.

—¡Dinos lo que quieres, Allanon!

La mirada inexpresiva del druida se desplazó hacia la oscura figura y se detuvo en ella. Contra su voluntad, Walker Boh retrocedió un paso. El espíritu le habló:

¡Destruir a los Espectros! Subvierten a las gentes de las Razas, introduciéndose en sus cuerpos, adoptando sus formas cuando quieren, convirtiéndose en ellas, utilizándolas, transformándolas en el gigante deforme y la leñadora enloquecida que habéis encontrado... y en cosas aún peores. Nadie lo ha impedido y nadie lo hará si vosotros...

—Pero ¿qué se espera de nosotros? —preguntó Par, casi sin pensar.

Cuando se apareció ante ellos, el espíritu tenía forma, era un fantasma que había adquirido plenitud de vida, pero las líneas y contornos empezaban ya a desdibujarse,

y el que fue Allanon ondeaba con la transparencia e inconsistencia del humo.

Hijo de Shannara. Se han de restablecer algunos equilibrios para poder destruir a los Espectros; no sólo durante un período de tiempo, ni siquiera durante el siglo actual, sino para siempre. La magia es necesaria. Una magia que acabe con este mal uso de la vida. Una magia que restaure el entramado de la existencia del hombre en el mundo mortal. Esa magia es tu herencia... la vuestra, la de Wren y la de Walker. Debéis conocerla y aceptarla...

Las aguas del Cuerno del Infierno empezaban a agitarse de nuevo, y todos los miembros del pequeño grupo retrocedieron ante sus siseos y salpicaduras, excepto Cogle, que permaneció inmóvil como una roca delante de los otros, con la cabeza inclinada sobre su frágil pecho.

El espíritu de Allanon pareció dilatarse de repente, elevándose ante ellos. Sus vestiduras se desplegaron, sus ojos se fijaron en Par, y el joven del valle sintió la presión de un dedo invisible en su cuerpo.

Par Ohmsford, portador de la promesa del cantar, te encargo la recuperación de la Espada de Shannara. Sólo a través de ella podrá revelarse la verdad, y sólo a través de la verdad serán vencidos los Espectros. Encuentra la Espada, Par. Esgrímela de acuerdo con los dictados de tu corazón... y descubrirás la verdad sobre los Espectros.

Sus ojos se apartaron de él.

Wren, hija de vidas ocultas y olvidadas, tu misión tiene la misma importancia. No hay salvación posible para las Tierras ni sus habitantes sin los elfos. Encuéntralos y haz que regresen al mundo de los hombres. Encuéntralos, muchacha. Sólo entonces finalizará la enfermedad.

El Cuerno del Infierno tosió ruidosamente.

Y tú, Walker Boh, que no crees, busca esa fe... y el entendimiento preciso para sostenerla. Encuentra el único remedio curativo que puede devolver la vida a las Tierras. Descubre el desaparecido Paranor y restaura a los druidas.

El asombro se reflejaba en las caras de todos ellos y, durante un breve instante, retuvo los gritos de incredulidad que estaban a punto de emerger. Luego gritaron a coro, y las palabras se interpusieron unas sobre otras en sus intentos de hacerse oír sobre el tumulto. Pero los gritos cesaron de inmediato cuando los brazos del espíritu se extendieron en un barrido que provocó nuevos ecos en la tierra.

Callad.

Las aguas del Cuerno del Infierno escupieron y sisearon a sus espaldas mientras el druida se encaraba con ellos. La luz aumentaba en el este. Había llegado el amanecer.

La voz del espíritu se convirtió de nuevo en un murmullo.

Deberíais saber más. Ése es mi deseo. Pero os he dicho todo lo que puedo

deciros. Muerto, carezco del poder que tuve en vida. Sólo se me ha permitido ver fragmentos del mundo que fue o del futuro que será. No puedo hallar lo que está oculto para vosotros porque estoy enclaustrado en un mundo donde la materia tiene poco significado. Los recuerdos se alejan más de mí cada día. Percibo lo que existe y lo que es posible, eso debe bastaros. Prestadme atención. No puedo acompañaros. No puedo guiaros. No puedo responder a las preguntas que os proponíais formularme sobre la magia, sobre la familia, sobre vuestro propio valor. Todo depende de vosotros. Mi tiempo en las Cuatro Tierras terminó, hijos de Shannara. La situación de Bremen se repite en mí. No estoy encadenado por grilletes de fracaso, pero estoy encadenado. La muerte, el tiempo y la existencia. Soy el pasado. El futuro de las Cuatro Tierras os pertenece a vosotros y sólo a vosotros.

—¡Pero nos pides cosas imposibles! —exclamó Wren con desesperación.

—¡Peor aún! ¡Pides cosas que nunca deberían suceder! —le dijo Walker— ¿El regreso de los druidas? ¿La restauración de Paranor?

El espíritu contestó con voz suave.

Sólo os pido lo que debe ser —respondió el espíritu con voz suave—. Tenéis la destreza requerida, el valor, la razón y la necesidad de hacer lo que os he pedido. Creed lo que os he dicho, actuad como os he dicho, y los Espectros serán aniquilados.

Par se sintió ahogar de desesperación. Allanon empezaba a disolverse.

—¿Dónde hemos de buscar? —gritó, fuera de sí—. ¿Por dónde debemos empezar? ¡Allanon, tienes que decírnoslo!

No recibió respuesta. El espíritu se desdibujó aún más.

—¡No! ¡No puedes irte! —exclamó Walker Boh de repente.

El espíritu empezó a sumergirse en las aguas del Cuerno del Infierno.

—¡Druida, te lo prohíbo! —gritó Walker Boh, lanzando destellos de su propia magia con los brazos extendidos como si quisiera agarrarlo.

El valle completo pareció estallar en respuesta, la tierra tembló hasta que las piedras saltaron y resonaron pavorosamente, sopló un viento que bajó de las montañas como si hubiera sido conjurado. El Cuerno del Infierno era un torbellino de furia. Los muertos chillaron, y el espíritu de Allanon se consumió en llamas. Los miembros del grupo cayeron al suelo cuando las fuerzas que los envolvían entraron en colisión y todo fue engullido por un remolino de luz y sonido.

Por fin retornaron la calma y la penumbra. Levantaron las cabezas con cautela y miraron a su alrededor. El valle estaba vacío, sin espíritus, sin fantasmas y sin los fenómenos que los habían acompañado. La tierra estaba en reposo y el Cuerno del Infierno era una plácida superficie que reflejaba la brillante imagen del Sol naciente.

Par Ohmsford se puso de pie con la impresión de que acababa de despertar.

Cuando los miembros del pequeño grupo consiguieron recuperar la tranquilidad, descubrieron que Cogline había desaparecido. Al principio no se lo acabaron de creer, y lo buscaron por los alrededores. Pero en el valle había pocos sitios donde esconderse, y en ninguno lo encontraron.

—Tal vez se lo haya llevado consigo el espíritu de Allanon —sugirió Morgan, en un intento de desdramatizar la tensa situación creada.

Pero nadie rió. Ni siquiera nadie sonrió. Ya estaban bastante angustiados por todo lo sucedido, y la extraña desaparición del anciano sólo sirvió para aumentar su inquietud. Una cosa era que los espíritus de los druidas aparecieran y se desvanecieran sin previo aviso, y otra muy distinta que lo hiciera una persona de carne y hueso. Además, Cogline era su último eslabón con el significado de los sueños y quien les había convencido de la necesidad de realizar aquel viaje. Con la aparente ruptura de ese eslabón, todos fueron plenamente conscientes de que, desde ese momento, sólo podrían contar consigo mismos.

Dieron algunas vueltas más por el valle, sin saber qué hacer ni qué decisión tomar, hasta que Walker dijo que estaban perdiendo el tiempo e inició por su cuenta el camino de regreso, siendo seguido por todos los demás. El Sol ya estaba sobre el horizonte, como una bola dorada en el cielo despejado y azul, y el calor del día descendía sobre las desnudas cumbres de los Dientes del Dragón. Par volvió la vista atrás antes de abandonar el valle. El Cuerno del Infierno le devolvió la mirada, tenebroso e indiferente.

Todos viajaban en silencio. Pensaban en lo que el druida había dicho, ponderando y midiendo las revelaciones y los encargos, y ninguno se mostraba dispuesto a comentarlo, y Par menos que nadie. Estaba tan confuso que le costaba aceptar que lo había oído. Seguía a los otros acompañado de Coltar, contemplando sus espaldas mientras serpenteaban en fila india entre las rocas por la vereda que conducía a su campamento. Pensaba que, después de todo, Walker tenía razón y que el equivocado era él, ya que debía haber supuesto cómo sería el encuentro con el espíritu de Allanon. Coltar le preguntó si se encontraba bien, y se limitó a responder con un gesto de asentimiento, preguntándose a sí mismo si podría volver a estar bien alguna vez.

El espíritu le había encomendado la recuperación de la Espada de Shannara. ¿Cómo podía hacerlo?

La aparente imposibilidad de la misión era descorazonadora. No sabía por dónde empezar. Según sus noticias, nadie había visto la Espada desde hacía más de cien años, cuando la Federación conquistó Tyrsis. Y cabía la posibilidad de que hubiera desaparecido antes. Como la mayoría de las cosas relacionadas con la época de los

druidas y la magia, la Espada formaba parte de una leyenda casi olvidada. Ya no había druidas, ni elfos, ni magia en el mundo de los hombres. ¿Cuántas veces había oído eso?

Apretó los dientes. ¿Qué era exactamente lo que debía hacer? ¿Qué tenía que hacer cada uno para cumplir el encargo que había recibido? Allanon no les había dado nada que les permitiera dar los primeros pasos. Se había limitado a adjudicarles sus respectivas tareas y a asegurar que su realización era posible y necesaria.

Sintió una oleada de calor. No había mencionado su magia ni los usos del cantar, que permanecían secretos para él. No había dicho nada de las situaciones en que podía ser eficaz. Ni siquiera le había dado la oportunidad de formular alguna pregunta. Sus conocimientos sobre la magia no se habían ampliado lo más mínimo.

Par se sentía furioso y decepcionado, e invadido por una docena más de sentimientos demasiado confusos para poder precisarlos. ¿Recuperar la Espada de Shannara! ¿Y luego qué? ¿Qué tenía que hacer con ella? ¿Desafiar a los Espectros? ¿Buscarlos por todo el mundo y destruirlos de uno en uno?

Su cara se enrojeció. Aquello no merecía ni siquiera un pensamiento.

Logró controlarse. Bueno, ése era el quid de la cuestión, ¿verdad? ¿Merecía la pena considerar siquiera lo que Allanon le había pedido?

Eso era, precisamente, lo que debía decidir.

Intentó olvidarse durante un tiempo del asunto, deleitándose en el frescor de las sombras que proyectaban las rocas en el sendero; pero, de la misma forma que un niño asustado se aferra a su madre, éste se negó a separarse de él. Vio que Steff decía algo a Teel y después a Morgan, gesticulando con su vehemencia habitual. Vio la postura rígida de Walker Boh. Vio que Wren apresuraba el paso tras su tío como si pretendiera adelantarlos. Todos estaban tan furiosos y decepcionados como él. Consideraban que habían sido objeto de burla por lo que se les había dicho... o por lo que no se les había dicho. Esperaban algo más concreto, algo definitivo, algo que diera respuestas a sus preguntas.

¡Algo, además, sobre las misiones imposibles que les había encomendado!

Allanon había dicho que las misiones no eran imposibles, que eran realizables, y que los tres que habían sido designados para llevarlas a cabo tenían la destreza, el valor y la razón suficientes para cumplirlas.

Par dio un suspiro. ¿Podía creerlo?

Una vez más volvió a preguntarse si debía considerar o no lo que se le había pedido.

Pero ya lo estaba considerando, ¿no era así? ¿Qué otra cosa estaba haciendo hasta ese mismo momento?

Dejó atrás la sombra de las rocas y siguió el camino pedregoso que conducía al campamento. A la vez, intentó olvidarse de su furia y su frustración, y pensar con

claridad. ¿Tenía conocimientos en los que basarse? Los sueños habían sido una llamada de Allanon. Sobre eso ya no cabía la menor duda. El druida había recurrido a ellos como a los Ohmsford del pasado, para pedirles su ayuda contra la magia negra que amenazaba a las Cuatro Tierras. La única diferencia era que ahora se había visto obligado a presentarse como un espíritu. Cogleine, un antiguo druida, había sido su mensajero para que su llamada fuese atendida. Cogleine tenía la confianza de Allanon.

Par reflexionó un momento para decidir si debía admitir o no la última premisa, y su decisión fue afirmativa.

Los Espectros eran reales, continuó. Eran peligrosos y malignos, y constituían una clara amenaza para las Razas y las Cuatro Tierras. Eran criaturas mágicas.

Y si los Espectros eran unas criaturas mágicas, se precisaba la magia para destruirlos. Una vez aceptado esto, era creíble la mayor parte de lo que Allanon y Cogleine habían dicho, y más probable la veracidad de su afirmación sobre el desequilibrio de las cosas. Tanto si admitía como si rechazaba que existía responsabilidad en la aparición de los Espectros, era evidente que las Cuatro Tierras estaban aquejadas de muchos males. La Federación culpaba de esos males a la magia de los elfos y de los druidas, a la magia que los antiguos relatos proclamaban beneficiosa. Pero Par pensaba que la verdad debía encontrarse a medio camino entre ambas afirmaciones. La magia en sí no era ni buena ni mala, sólo era poder. En esto consistía la lección del cantar. Todo dependía de cómo se utilizara la magia.

Par frunció el entrecejo. Si era así, los Espectros debían de estar utilizando la magia para crear problemas a las Razas sin que nadie lo advirtiera. ¿Y si la única manera de combatir esa magia fuese volviéndola contra quien la empleaba, invertir la finalidad de sus efectos? ¿Y si para conseguirlo fuera necesaria la presencia de los druidas, los elfos y los talismanes como la Espada de Shannara?

Debió de admitir, muy a su pesar, que el razonamiento tenía sentido.

Pero ¿tenía suficiente sentido?

El campamento apareció ante él tal como lo habían dejado la noche anterior, débilmente iluminado por los primeros rayos de sol en la oscuridad en declive. Los caballos relincharon al advertir su presencia, todavía atados a los postes. Par enseguida se dio cuenta de que el de Cogleine estaba con ellos. Al parecer, el anciano no había pasado por el campamento.

Cuando se quiso dar cuenta, estaba pensando en la manera en que Cogleine se había presentado ante ellos. Había aparecido de forma inesperada ante Walker, Wren y él mismo, les había dicho lo que tenía que decir y se había marchado de una forma tan imprevista y repentina como había llegado. Siempre había sucedido de esta manera. Les informó de lo preciso y les dejó a solas para que tomaran libremente su decisión. Quizá su comportamiento de ahora obedecía a las mismas razones, pensó de pronto, dejarlos a solas para que pudieran decidir sin presiones.

Llegaron al campamento sin haber intercambiado más que algunas palabras, y se detuvieron con visibles muestras de inquietud. Alguien sugirió que debían comer algo y descansar, pero los demás se opusieron. En realidad, ninguno de ellos quería comer ni descansar; no estaban hambrientos ni cansados, pero sí dispuestos a hablar de lo sucedido. Querían discutir el asunto y expresar los pensamientos y emociones que los habían invadido durante el trayecto de regreso.

—Muy bien —dijo Walker Boh, rompiendo el incómodo silencio—. Puesto que nadie se atreve a decirlo, lo haré yo. Todo esto es una locura. Paranor ha desaparecido y los druidas se han extinguido. Los elfos están ausentes de las Cuatro Tierras desde hace un centenar de años. Y, al menos durante ese tiempo, nadie ha visto la Espada de Shannara. Ninguno de nosotros tiene la más remota idea de cómo recuperar esas tres cosas, suponiendo que sea posible. Yo no lo creo, Sospecho que los druidas quieren jugar una vez más con los Ohmsford. ¡Y eso me ofende!

Estaba sofocado y tenía las ojeras muy marcadas. Par recordó la furia que mostró en el valle, casi incontrolado. Aquél no era el Walker Boh que había conocido en su niñez.

—No estoy seguro de que podamos considerar lo sucedido como un simple juego... —dijo Par.

—No, claro que no, Par —lo interrumpió Walker—. ¡Para ti constituye una gran oportunidad para satisfacer la enorme curiosidad que tienes sobre el empleo de la magia! ¡Ya te he dicho que la magia no es el don que tú crees, sino una maldición! ¿Por qué te empeñas en seguir pensando de la misma manera?

—¿Y si el espíritu dijera la verdad? —preguntó Coltar con voz serena pero firme, atrayendo la atención de Walker.

—¡La verdad no está en esos tramposos encapuchados! ¿Cuándo nos han dicho la verdad? ¡Nos descubren indicios y fragmentos, pero nunca todo! ¡Nos utilizan! ¡Siempre nos han utilizado!

—Pero no sin prudencia, no sin tener en cuenta lo que se debe hacer. Eso es lo que nos transmiten las historias —prosiguió Coltar, manteniendo inamovible su postura—. No estoy diciendo que debamos obedecer al espíritu, Walker, sino que no es razonable rechazar la cuestión por una sola posibilidad cuando existen otras muchas.

—Esos indicios y fragmentos de que hablas... nunca fueron erróneos —dijo Par, apoyando la elocuente e inesperada defensa de Coltar—. Lo que quieres decir es que Allanon jamás reveló toda la verdad al principio, siempre se reservó algo.

—Una verdad a medias puede ser tan destructora como una mentira —respondió Walker con voz serena, mirando a Par y a Coltar como si fuesen niños. La resignación había ocupado el lugar de la ira—. Deberías saberlo, Par.

—Sé que ambas son peligrosas.

—Entonces, ¿por qué sigues insistiendo? ¡Olvídalo!

—Tío —dijo Par con un tono de reproche en su voz que incluso él mismo se sorprendió—. Aún no he tomado ninguna decisión.

Walker, cuya alta figura se destacaba contra la cálida luz del alba, lo miró durante largo rato. Su cara reflejaba una mezcla de emociones difíciles de interpretar.

—¿Aún no has tomado ninguna decisión? Te lo diré de otra manera —prosiguió, dándose la vuelta para recoger sus mantas—. Aunque fuese cierto todo lo que nos dijo el espíritu, la situación seguiría siendo la misma. Yo he tomado una decisión firme y definitiva. No haré nada para restablecer Paranor ni a los druidas en las Cuatro Tierras. No deseo que vuelvan. En la época de los druidas y Paranor se realizaron más locuras que las que podemos ver en nuestra época. ¿Contribuir a que regresen aquellos hombres de la Antigüedad, con sus magias y conjuros, para que manipulen a las gentes como si fuesen muñecos? ¡Antes de hacer algo para facilitar el regreso de los druidas me cortarían una mano! —concluyó, irguiéndose y con una expresión tan dura como el granito en su pálido rostro.

Todos los miembros del pequeño grupo intercambiaron miradas de consternación, mientras se ocupaban de recoger sus escasas pertenencias.

—¿Volverás a esconderte en tu valle? —le preguntó Par.

Walker no se dignó ni a mirarlo.

—¿Y si el espíritu ha dicho la verdad, Walker? ¿Qué ocurrirá si se cumplen las profecías y los Espectros extienden sus dominios incluso hasta la Chimenea de Piedra? ¿Qué harás entonces?

—Lo que deba hacer.

—¿Con tu propia magia? —le preguntó Par—. ¿Con la magia que te enseñó Cogline?

—¿Cómo has sabido de eso? —inquirió Walker, levantando su pálida cara.

—¿Qué diferencia existe entre tu magia y la de los druidas, Walker? ¿No es la misma? —insistió Par, desafiando su mirada.

—A veces te comportas como un loco, Par —respondió Walker, esbozando una sonrisa dura y hostil, y volviendo a su tarea—. He hecho lo que debía —prosiguió tras concluir de recoger sus cosas y recuperar la calma—. He venido hasta el Cuerno del Infierno como se me había pedido y he escuchado lo que se suponía que debía escuchar. Aquí acaban mis obligaciones. Vosotros tenéis que decidir lo que debéis hacer. Yo ya he puesto punto final a este asunto.

Pasó entre ellos sin detenerse, y se dirigió al lugar donde estaban los caballos. Colocó sus pertenencias en el suyo, montó y se alejó sin volver la vista atrás.

Los restantes miembros del grupo observaron en silencio su partida. Aquella había sido una decisión rápida, que Walker Boh parecía ansioso de tomar. Par se preguntó por qué.

—¿Y tú? —preguntó a Wren, cuando su tío se perdió de vista.

—No tengo los prejuicios y la predisposición de Walker —respondió la joven bohemia, haciendo un gesto negativo y sentándose en una roca cercana—, pero comparto sus dudas.

—¿Crees que el espíritu ha dicho la verdad? —le pregunto Par, sentándose junto a ella.

—Todavía estoy intentado averiguar si el espíritu era quien afirmaba que era —respondió Wren, haciendo un gesto dubitativo—. Yo sentí que lo era, lo sentí en mi corazón, y sin embargo... —Se interrumpió un breve instante—. Sólo sé de Allanon lo que relatan las historias, y mi conocimiento de ellas no es muy amplio. ¿Qué opinas tú?

—Era Allanon —respondió Par con plena convicción.

—¿Y ha dicho la verdad?

—Creo que hay razones para creerlo —respondió Par, consciente de que los otros miembros del grupo se aproximaban a ellos en silencio, expectantes.

Expuso sus pensamientos, en el mismo orden en que se habían desarrollado durante el camino de regreso desde el valle. Parecían más convincentes de lo que hubiera podido suponer, y se mostró sorprendido. Ya no vacilaba, la fuerza de sus argumentos le hacían sentirse seguro.

—No he reflexionado sobre el tema tanto como me hubiera gustado —concluyó—, pero si el espíritu no nos convocó para revelarnos la verdad, ¿para qué lo hizo? ¿Para mentirnos? Walker parece completamente convencido de que el engaño existe, pero yo no puedo imaginar de qué forma se reviste ni cuál es su propósito. Además, Walker está asustado... teme a los druidas, a la magia, a todo. Lo he observado, y creo que nos oculta algo. Hace el mismo juego que le reprocha a Allanon.

—Pero también comprende a los druidas —respondió Wren, haciendo un gesto de asentimiento, y ante la confusión de Par, esbozó una sonrisa triste—. Siempre ocultan cosas, Par. Ocultan todo lo que les parece oportuno. Es su forma de actuar. También Allanon lo ha hecho ahora. Lo que nos ha dicho ha sido demasiado incompleto, demasiado limitado. Sea cual fuere el ángulo desde el que lo mires, no hemos recibido un trato diferente del que recibieron nuestros antepasados.

—Quizá debiéramos regresar al valle esta noche por si reaparece el espíritu —sugirió Morgan en un tono cargado de dudas, rompiendo el largo silencio que se había producido.

—Quizá debiéramos dar a Cogleine la oportunidad de regresar —añadió Coltar.

—No creo que, por ahora, volvamos a ver ni a uno ni al otro —respondió Par, haciendo un gesto negativo—. Creo que tendremos que tomar una decisión sin contar con su ayuda.

—Estoy de acuerdo —respondió Wren, poniéndose de pie—. A mí me encargó

que buscara a los elfos. ¿Cómo dijo? Que los devolviera al mundo de los hombres. Estoy segura de que eligió deliberadamente las palabras, pero no las entiendo. No tengo ni idea de dónde están los elfos, ni siquiera por dónde empezar a buscarlos. He pasado los últimos diez años en las Tierras Occidentales, y Garth muchos más. Los dos las hemos recorrido de un extremo a otro, y puedo asegurarnos que nunca nos hemos encontrado con ningún elfo. ¿En qué otro lugar puedo buscar?

—Regreso a casa —dijo la joven bohemia, mirando y acercándose a Par—. No tengo ninguna otra cosa que hacer aquí. Pensaré en todo esto, aunque me parece una pérdida de tiempo. Si los sueños se repiten y me indican un lugar para iniciar la búsqueda, es posible que lo intente. Pero por ahora... Bueno, Par. Adiós —concluyó, encogiéndose de hombros.

Abrazó y besó a sus primos, primero a Par y a continuación a Coltar, e incluso a Morgan. Dedicó una inclinación de cabeza a los enanos y empezó a recoger sus cosas con la ayuda de Garth.

—Me gustaría que te quedaras un poco más, Wren —dijo Par, que sentía un nudo en el estómago porque dejaban todo el peso sobre sus espaldas.

—¿Por qué no vienes tú conmigo? —le preguntó ella—. En las Tierras Occidentales te sentirías muy a gusto.

—No, primero he de tomar una decisión —dijo Par, dando un suspiro y mirando a Coltar, quien se limitó a fruncir el entrecejo. Morgan miró hacia otro lado—. No puedo ir a ningún sitio hasta que no tome una decisión.

—Quizá mi punto de vista fuese distinto si contara con la protección de la magia como Walker y tú —respondió Wren, tras acabar de recoger sus cosas, haciendo un gesto de asentimiento en señal de comprensión y acercándose a él—. Pero no la tengo. No dispongo del cantar ni de las enseñanzas de Cogline. Lo único que poseo es una bolsita con unas piedras pintadas. —Volvió a darle un beso—. Si me necesitas, puedes encontrarme en el Tirfing. Ten cuidado, Par.

Se alejó del campamento sobre su montura, seguida de Garth. Los demás observaron la partida de la muchacha bohemia de rizados cabellos y de su gigantesco compañero vestido de colores. Minutos más tarde sólo eran unos puntitos en el horizonte occidental.

Par no apartó su mirada ni siquiera cuando desaparecieron por completo. Poco después volvió los ojos hacia el este, en la dirección seguida por Walker Boh. Se sentía como si le hubieran robado algunas partes de sí mismo.

Coltar insistió en que debían comer algo, porque habían transcurrido más de doce horas desde que cenaran el día anterior y carecía de sentido el dedicarse a pensar con el estómago vacío. Par agradeció aquella interrupción que aplazaba sus decisiones cuando se hallaba inquieto y entristecido por la partida de Walker y Wren. Tomó el

caldo que Steff había preparado, pan duro y fruta, bebió varios vasos de cerveza y bajó a la fuente para lavarse. Cuando volvió, aceptó la sugerencia de su hermano de que se echara unos minutos a descansar, y enseguida se quedó dormido.

Cuando despertó a mediodía, le palpitaban las sienes, tenía todo el cuerpo dolorido y la garganta, reseca y ardiente. Había soñado con cosas que hubiera preferido olvidar: con Rimmer Dall y los investigadores, que lo perseguían por los edificios vacíos de una ciudad quemada, con enanos famélicos e impotentes frente a una ocupación de la que no podían librarse, con hombres al acecho en cada rincón oscuro que pasaba en su huida, con el espíritu de Allanon advirtiéndole ante cada nuevo riesgo y riéndose a la vez de sus desgracias. Sentía el estómago revuelto, pero se obligó a no pensar en ello. Volvió a lavarse, bebió más cerveza, se sentó a la sombra de un viejo álamo y esperó a que desapareciera el malestar. Desapareció antes de lo que esperaba, y pidió un nuevo cuenco de caldo.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Coltar, que se había quedado haciéndole compañía—. Cuando despertaste, tenías mal aspecto.

—No me encontraba bien —respondió Par, dejando el cuenco a un lado tras acabar el caldo—. Pero ahora ya me siento bien. —Esbozó una sonrisa como prueba.

Coltar se sentó junto a él, apoyándose en el áspero tronco del árbol, contemplando desde su agradable sombra la calina del mediodía.

—He estado pensando —dijo con gesto dubitativo y, al parecer, sin sentirse muy satisfecho—. He estado pensando en lo que yo haría si decidiese ir en busca de la Espada.

—Coltar, ni siquiera... —dijo Par, volviéndose hacia él.

—No, Par, déjame terminar —lo interrumpió Coltar—. Si hay algo que he aprendido por ser tu hermano, es que tengo que hablar contigo antes de que tomes una decisión. Porque, una vez tomada, adquiere la consistencia de una piedra.

»Ya hemos hablado de esto en otras ocasiones —prosiguió, mirándolo de reojo—. Mantengo que te conozco mejor de lo que te conoces tú. ¿Recuerdas que, hace unos años, te caíste al río Rappahalladron y casi te ahogas cuando intentábamos cazar aquel zorro plateado en el bosque de Duln? Se decía que ya no quedaba ninguno en las Tierras Meridionales, pero aquel viejo trampero afirmó que había visto uno, y eso fue suficiente para ti. El río Rappahalladron iba crecido, porque era al finales de primavera, y nuestro padre nos prohibió cruzarlo... nos hizo prometerle que no lo intentaríamos. En cuanto hiciste la promesa, supe que la romperías si sentías el impulso de hacerlo. ¡En cuanto lo prometiste!

—Bueno, yo no daría... —respondió Par, frunciendo el entrecejo.

—La cuestión es que suelo darme cuenta si has tomado o no una decisión sobre algo —lo interrumpió Coltar—. Y creo que Walker sabía lo que decía. Creo que piensas buscar la Espada de Shannara, ¿no es verdad?

Par lo miró, sorprendido.

—Tus ojos dicen que vas a hacerlo, Par —prosiguió Coltar, con voz serena y una amplia sonrisa dibujada en su rostro—. Tanto si existe como si no, irás a buscarla. Te conozco. Y te mueve la convicción de que así ampliarás tus conocimientos sobre tu propia magia, porque quieres utilizarla en pro de una causa grande y noble, porque dentro de ti hay una vocecita que no cesa de susurrarte que la magia tiene una finalidad. No, no, espera... escúchame.

»No creo que haya nada malo en ello —prosiguió, levantando las manos para detener las objeciones de Par—. Lo entiendo. Pero ignoro si te afecta hasta tal punto que pueda condicionar tu decisión. Y has de ser capaz de reconocerlo porque, de lo contrario, nunca te sentirás seguro de lo que estás haciendo. Sé que carezco de la magia, pero, de alguna manera, comprendo el problema mejor que tú.

»Siempre has buscado lo que otros habían rechazado —continuó, tras hacer una breve pausa—. En parte, eso es lo que está sucediendo ahora. Como Walker y Wren se han retirado, tú deseas hacer lo contrario. Así eres tú, Par. Ahora no puedes renunciar, aunque deberías hacerlo.

»Me creas o no, siempre te he admirado por eso —prosiguió Coltar, adoptando una actitud reflexiva—. Sé que también hay otras consideraciones. Nuestra familia todavía está confinada en Valle Umbroso, y nosotros dos, sin hogar, sin un lugar adonde ir, convertidos en una especie de proscritos. Si renunciamos a la búsqueda que el espíritu de Allanon nos ha encomendado, ¿a dónde podemos ir? ¿Qué podemos hacer para cambiar la situación, si no es buscar la Espada de Shannara? Sé que eso cuenta. Y sé...

—Estás diciendo *nosotros* —lo interrumpió Par.

—¿Qué? —inquirió Coltar, asombrado.

—Has pronunciado varias veces la palabra *nosotros* —respondió Par, estudiando a su hermano—. Has dicho: si *renunciamos* a la búsqueda, ¿a dónde podemos ir?

—Sí, eso he dicho —admitió Coltar, bajando la cabeza con pesar—. Empiezo a hablar de ti y termino incluyéndome sin darme cuenta. Pero ése es el problema, supongo. Estamos tan unidos que, a veces, pienso en nosotros como si fuésemos iguales... y no lo somos. En realidad, somos muy distintos y nunca tanto como ahora. Tú tienes la magia y la oportunidad de aprender algo sobre ella, y yo no. A ti te han encomendado una misión, y a mí no. ¿Qué debo hacer si tú vas, Par?

—¿Y bien? —le preguntó Par, tras guardar un breve momento de silencio.

—Bueno. Ya que está dicho todo, ya que los argumentos a favor y en contra están sobre la mesa, a mí me quedan un par de cosas que decir —respondió Coltar, cambiando de postura para encararse con Par—. En primer lugar, soy tu hermano y te quiero. Eso significa que no te abandonaré aunque no esté de acuerdo con lo que hagas. Ya te lo dije antes. En segundo lugar, si vas... —Hizo una breve pausa—. Vas a

ir, ¿verdad?

Se produjo un largo silencio, que Par no interrumpió.

—Muy bien. Si decides ir, será un viaje peligroso y necesitarás a alguien para que te cubra las espaldas. Y para eso están los hermanos —afirmó, aclarándose la garganta—. Por último, he reflexionado sobre todo esto desde tu punto de vista, sobre ir o no ir, sopesando las ventajas e inconvenientes según mi criterio. Si yo tuviese que decidir, si yo estuviese en tu lugar, creo que iría.

Se apoyó en el álamo y esperó la respuesta de su hermano.

—Si he de ser sincero, Coltar —contestó Par, tras respirar profundamente—, debo decirte que no esperaba de ti nada semejante.

—Es posible que ése sea el motivo de mi confesión —respondió Coltar, esbozando una sonrisa—. Me gusta ser desconcertante.

—Así que ¿irías si estuvieses en mi lugar? —Par observó a su hermano mientras dejaba que sus palabras penetraran en su mente—. No sé si debo creerte.

—Pero me crees —respondió Coltar, acentuando su sonrisa.

Todavía se miraban cuando llegó Morgan y se sentó frente a ellos, quedándose sorprendido al ver reflejada la misma expresión en ambas caras. Después se unieron a ellos Steff y Teel, y también les causó extrañeza la identidad de sus expresiones.

—¿Qué está pasando? —preguntó Morgan.

Par lo miró un instante sin verlo, concentrado en las tierras de más allá, las colinas salpicadas de árboles que se extendían hacia el sur de la árida comarca de los Dientes del Dragón, nubladas por un calor que hacía rielar el paisaje. El polvo formaba pequeños remolinos cuando la brisa soplaba sobre la vereda. Todos permanecían en silencio bajo el árbol. Par pensaba en el pasado, recordando los tiempos que Coltar y él habían compartido. Los recuerdos estaban impregnados de una intimidad reconfortante. En su mayoría eran claros y precisos, y sentía nostalgia.

—Bueno, ¿qué? —insistió Morgan.

—Según Coltar, debo aceptar el encargo del espíritu —respondió Par, pestañeando—. Dice que debo buscar la Espada de Shannara. —Hizo una breve pausa—. ¿Cuál es tu opinión, Morgan?

—Creo que iré contigo —respondió el joven de las tierras altas sin dudar ni un instante—. Ya estoy cansado de pasar la vida incordiando a los cretinos de la Federación que pretenden gobernar Leah. Hay actividades más adecuadas para un hombre como yo. —Se puso de pie—. ¡Además, tengo un arma que necesito probar contra la magia negra!

»¡Y como todos los aquí presentes pueden atestiguar —prosiguió, simulando en broma que desenvainaba la espada—, no hay mejor medio de conseguirlo que acompañar a Par Ohmsford!

—Morgan, no deberías bromear... —dijo Par, haciendo un gesto de disgusto.

—¡Bromear! ¡Pero si es la verdad! Antes de que llegaras sólo me dedicaba a eso, a bromear. ¿Y de qué ha servido? —Las facciones de Morgan se endurecieron—. Ahora tengo la oportunidad de hacer algo concreto, algo mucho más importante que irritar y ridiculizar a los enemigos de Leah. ¡Vamos! Míralo desde mi punto de vista, Par. No puedes refutar lo que digo.

Apartó los ojos de él para fijarlos en el enano.

—¿Qué opinas tú, Steff? ¿Qué piensas hacer? ¿Y Teel?

—Teel y yo pensamos lo mismo sobre este asunto —respondió Steff, esbozando una sonrisa y arrugando su tosca cara—. Ya hemos tomado una decisión. Iremos con vosotros. En primer lugar, porque esperamos encontrar algo, mágico o no, que nos ayude a liberar a nuestro pueblo de la Federación. Aún no hemos conseguido encontrar nada, pero es posible que estemos más cerca. Lo que dijo el espíritu acerca de que los Espectros difundían la magia negra introduciéndose en los cuerpos de los hombres, las mujeres y los niños para lograrlo, puede explicar buena parte de la locura que consume a las Tierras. ¡Incluso el empeño de la Federación en machacar a los enanos! Vosotros lo habéis visto. Ése parece que es el propósito de la Federación. Allí opera la magia negra. Los enanos pueden sentirlo mejor que la mayoría porque las comarcas más remotas de las Tierras Orientales siempre les han proporcionado escondrijos. La única diferencia consiste en que, en vez de ocultarse, ahora se manifiesta sin tapujos como un animal enloquecido que nos amenaza a todos. Quizás el descubrimiento de la Espada de Shannara sea el primer paso para encerrar de nuevo a ese animal, como ha dicho el espíritu.

—¡Magnífico, has tomado una buena decisión! —exclamó Morgan con aire de triunfo—. ¿Dónde ibas a conseguir mejor compañía, Par Ohmsford?

—En ningún sitio, Morgan, pero... —respondió Par, que no podía salir de su asombro.

—¡Te aseguro que lo conseguirás! ¡Olvídate de Walker, de Wren, y de sus excusas! ¡Esto tiene sentido! ¡Piénsalo! —exclamó Morgan, dirigiendo una mirada lastimera a su amigo—. Vamos, Par, considera la situación. ¿Qué podemos perder intentándolo y qué podemos ganar?

—No lo fuerces tanto, Morgan ¡Déjalo respirar! —le dijo Steff, acercándose a él.

Par los miró uno por uno. Al imperturbable Steff, la enigmática Teel, el entusiasta Morgan Leah y, por último, a Coltar. De repente se dio cuenta de que su hermano no había manifestado su opinión. Sólo había afirmado que lo acompañaría.

—Coltar... —empezó a decir.

—Si tú vas, yo voy —respondió Coltar, como si hubiera leído sus pensamientos. Las facciones de su rostro parecían esculpidas en piedra—. Desde aquí hasta el final.

Se produjo un largo silencio durante el cual se limitaron a intercambiar miradas. La esperanza que reflejaban sus ojos era como el susurro de las hojas de sus

pensamientos agitadas por una fuerte brisa.

—Entonces, supongo que queda zanjada la cuestión —concluyó Par Ohmsford, respirando profundamente—. ¿Por dónde empezamos ahora?

Como de costumbre, Morgan Leah había trazado un plan.

—Necesitamos ayuda para localizar la Espada. Nosotros cinco solos nunca lo conseguiremos. Después de tanto tiempo, encontrar la Espada de Shannara es tan difícil como buscar una aguja en un pajar. Además, sabemos muy poco del pajar. Es posible que vosotros, Steff y Teel, estéis familiarizados con las Tierras Orientales, pero Callahorn y las Tierras Fronterizas os son desconocidas. Algo parecido les ocurre a los jóvenes del valle y también a mí: no conocemos bien la zona. Y no debemos olvidar que nos toparemos con la Federación en cualquier lugar donde vayamos. Los enanos y los fugitivos de la ley no son bien acogidos en las Tierras Meridionales; eso es lo que repetían allí. También tendremos que estar alerta contra los Espectros, porque parece que se sienten atraídos por la magia como el olor de la sangre atrae a los lobos, y es absurdo suponer que no volveremos a encontrarlos. Así que hemos de cubrirnos bien las espaldas durante el cumplimiento de la misión. Pero solos, no podremos lograrlo. Necesitamos que alguien nos ayude, alguien que conozca bien las Cuatro Tierras, alguien que pueda proporcionarnos hombres y armas.

Su mirada se fijó en Par, y esbozó una sonrisa como si ocultara algo divertido.

—Necesitamos a tu amigo del Movimiento.

Par dio un suspiro. No estaba muy dispuesto a volver a relacionarse con los proscritos porque, en su opinión, serían una fuente de problemas. Pero a Steff y Teel, e incluso a Coltar, les pareció bien la idea y, tras ofrecer cierta resistencia durante un rato, se vio obligado a admitir que la propuesta del joven de las tierras altas tenía sentido. Los proscritos poseían los recursos que a ellos les faltaban y estaban familiarizados con las Tierras Fronterizas y con los territorios libres que las rodeaban. Sabrían dónde buscar y las trampas que debían evitar durante la búsqueda. Por otra parte, el salvador de Par parecía una persona digna de confianza.

—Te dijo que acudieras a él si necesitabas ayuda —le recordó Morgan—. Creo que ésta es una buena ocasión para aceptar su ofrecimiento.

El asunto quedó zanjado. Pasaron el resto del día en el campamento, bajo las estribaciones que conducían al Valle de Pizarra y el Cuerno del Infierno. No consiguieron dormir bien la segunda noche de la luna nueva al pie de los Dientes del Dragón. Con las primeras luces del alba, recogieron sus pertenencias, montaron en los caballos y partieron para cumplir el encargo que Par había recibido. El plan era muy simple. Irían a Varfleet, buscarían la herrería de Kiltan en Punta de Reaver, un barrio del norte de la ciudad, y preguntarían por el Arquero, siguiendo las instrucciones del misterioso salvador de Par. Después, ya tendrían tiempo de decidir cuál sería el siguiente paso.

Cabalgaron hacia el sur por los campos de matorrales que bordeaban los llanos de Rabb hasta cruzar el brazo oriental del río Mermidón. Luego giraron hacia el oeste y siguieron el curso del río hasta las primeras horas de la tarde. El Sol tostaba la tierra desde un cielo sin nubes, el aire era seco y estaba lleno de polvo. Los miembros del pequeño grupo, sumidos en sus pensamientos, apenas si hablaron. Desde que emprendieron el camino, ninguno había mencionado a Allanon, ni tampoco a Wren ni a Walker. De vez en cuando, Par acariciaba el anillo con la insignia del halcón y se preguntaba por la identidad del hombre que se lo había entregado. Atravesaron las montañas de Runne por el valle del río hasta el norte de Varfleet, y se aproximaron a los suburbios de la ciudad, que se extendía a través de una serie de colinas, polvorientas y requemadas, bajo la luz del sol poniente. Estaba rodeada de una serie de chozas y chabolas que servían de refugio a hombres y mujeres desprovistos hasta de lo más necesario. Muchos se acercaban a los viajeros para pedirles limosna y comida, y Par y Coltar les dieron lo poco que tenían. Morgan se volvió para dirigirles una mirada de reproche, como un padre a un niño demasiado ingenuo, pero no dijo nada.

Poco después, Par se arrepintió de no haber pensado en disimular sus rasgos élficos. Tras pasar varias semanas sin preocuparse de ello, había perdido la costumbre. Aunque sus cabellos habían crecido lo suficiente y le cubrían las orejas, debería mostrarse precavido. Observó a los enanos. Iban envueltos en sus capas de viaje y con el rostro casi oculto por las capuchas. Ellos se arriesgaban mucho más que él, porque la Federación había prohibido expresamente a los enanos viajar por las Tierras Meridionales. Incluso en Varfleet corrían un serio peligro.

Cuando atravesaron los arrabales y entraron en la ciudad, cuyas calles estaban rotuladas con su nombre correspondiente y pobladas de tiendas, el tráfico aumentó de manera notable. Pronto les resultó difícil seguir adelante. Desmontaron y llevaron a los caballos de las riendas hasta que encontraron una cuadra donde alejarlos.

Morgan se encargó de los trámites mientras los demás esperaban al otro lado de la calle junto a la pared del edificio de enfrente, para no obstaculizar el paso, y observaban el lento fluir de la muchedumbre. Pronto aparecieron mendigos pidiendo limosna. Par se fijó en un artista circense ambulante que mostraba su arte de tragar las llamas en el mercado de frutas y verduras ante un asombrado grupo de muchachos y hombres. Sus murmullos y exclamaciones se imponían al ruido de la calle.

—A veces nos acompaña la suerte —les dijo Morgan cuando regresó—. Estamos en Punta de Reaver. La herrería de Kiltan está cerca de aquí.

Caminaron contra la corriente humana hasta llegar a una calle secundaria menos concurrida, pero impregnada de un fétido olor, y pronto se encontraron en un callejón sombrío y tortuoso, atravesado por un surco por el que discurrían aguas fecales. Par hizo un gesto de desagrado. Ésta era la ciudad tal como la veía Coltar. Dirigió una

rápida mirada a su hermano, pero éste ponía toda su atención en ver dónde pisaba.

Cruzaron varias calles más hasta que salieron a una que pareció satisfacer a Morgan, quien giró hacia la derecha y los condujo a través de la multitud a un amplio cobertizo de dos plantas que mostraba el rótulo «Herrería de Kiltan», tallado sobre una plancha de madera. Tanto el edificio como el rótulo, viejos y astillados, ofrecían un aspecto ruinoso, pero los hornos del interior ardían al rojo vivo, chispeando y llameando cuando los herreros metían o sacaban los metales. Las máquinas gruñían y los martillos golpeaban y moldeaban el metal. El estrépito se imponía a los ruidos de la calle, resonaba en los muros de los edificios colindantes y se disolvía en el calor de la tarde.

Morgan serpenteó entre el gentío, seguido por los demás, y al fin consiguió llegar a la puerta de la herrería. Varios hombres trabajaban en los hornos bajo la dirección de un individuo alto, de mostachos caídos y coronilla calva manchada de hollín, quien pareció ignorarlos.

—¿Puedo servirlos en algo? —preguntó el capataz, volviéndose hacia ellos, cuando todos estuvieron dentro.

—Buscamos al Arquero —respondió Morgan.

—¿A quién dices que buscáis? —preguntó el hombre de los mostachos, dando unos pasos hacia él.

—Al Arquero —repitió Morgan.

—¿Y quién es ése? —preguntó el capataz, cuyos anchos hombros brillaban a causa del sudor que los cubría.

—No sé —reconoció Morgan—. Sólo nos dijeron que preguntásemos aquí por él.

—¿Quién os lo dijo?

—Mira...

—¿Quién? ¿Es que no lo sabes, hombre?

Hacía mucho calor en la herrería de Kiltan, y era evidente que Morgan iba a tener problemas con aquel individuo si las cosas seguían por aquel camino. Algunas cabezas empezaban a volverse hacia ellos.

—Un hombre que lleva un anillo con el emblema de un halcón —respondió Par, que se había acercado a ellos preocupado por que el grupo pudiese llamar la atención.

Los incisivos ojos del herrero se estrecharon, estudiando la cara del joven del valle y sus rasgos élficos.

—Este anillo —añadió Par, enseñándoselo.

—¡No enseñes eso aquí, joven estúpido! —exclamó el capataz, apartándolo como si fuese venenoso y retrocediendo como si lo hubieran pinchado con una aguja.

—Entonces, dínos dónde podemos encontrar al Arquero —intervino Morgan, visiblemente irritado.

Se produjo un repentino movimiento en la calle, y todos volvieron la cabeza para

ver lo que sucedía. Una escuadra de soldados de la Federación se aproximaba entre la multitud, en dirección a la herrería.

—¡Quitaos de en medio! —gritó el hombre de los mostachos, alejándose.

Los soldados entraron en la herrería, escrutando la oscuridad que rodeaba el resplandor del fuego, mientras el hombre de los mostachos salía a recibirlos. Morgan y los hermanos del valle se reunieron con los enanos, pero los soldados se interponían entre ellos y la puerta de la calle. Morgan se deslizó hacia las sombras más densas.

—Un pedido de armas, Hirehone —dijo el jefe de la escuadra al hombre de los mostachos, entregándole un papel—. Las necesitaremos a finales de semana. Y no admito excusas.

Hirehone hizo un gesto de asentimiento mientras murmuraba algo ininteligible. El jefe de la escuadra, que parecía cansado y acalorado, habló un poco más con él. Los soldados estaban inquietos. Uno de ellos se acercó al pequeño grupo, y Morgan intentó ponerse delante de sus compañeros para responder a sus preguntas. El soldado, un hombre corpulento y de barba rojiza, titubeó, pero enseguida reparó en algo y empujó hacia un lado al joven de las tierras altas.

—¡Oye, tú! ¿Qué te pasa? —preguntó a Teel, extendiendo una mano y retirando la capucha que cubría su cabeza.

—¡Enanos! ¡Capitán, son...!

No pudo terminar la frase. Teel lo mató de una sola cuchillada que le atravesó el cuello. Todavía hacía esfuerzos para hablar cuando murió. Los otros soldados empuñaron sus armas, pero Morgan ya estaba ante ellos, con la espada desenvainada, bloqueándolos. Gritó a los demás, y los enanos y los hermanos del valle se lanzaron hacia la puerta. Llegaron a la calle con Morgan pisándoles los talones y los soldados de la Federación un paso por detrás. Los viandantes chillaron y se apartaron. Una docena de soldados iniciaron su persecución, pero dos estaban heridos y los restantes tropezaban unos con otros en su intento de dar alcance al joven de las tierras altas. Morgan arremetió contra el que iba a la cabeza del grupo, chillando como un loco. Steff, que iba el primero, llegó a la puerta barrada de un almacén, esgrimió su maza y convirtió el travesaño en astillas de un solo golpe. Se precipitaron hacia la oscuridad interior y encontraron una puerta trasera por la que accedieron a un callejón sin salida, cerrado por una valla. Desesperadamente, giraron y volvieron sobre sus pasos.

Los soldados de la Federación ya habían traspasado la puerta del almacén y corrían hacia ellos.

Par recurrió al cantar y llenó la distancia que los separaba con un enjambre de avispas zumbantes. Los soldados gritaron y huyeron en busca de un refugio protector. En la confusión, Steff rompió las suficientes tablas de la valla para que pudieran pasar. Corrieron por otra callejuela entre un laberinto de cobertizos destinados a almacenes, torcieron a la derecha y abrieron una puerta con goznes metálicos.

Se encontraron en un patio lleno de trozos de metal, detrás de la herrería.

—¡Por aquí! —dijo alguien, abriendo una puerta en la fachada de la herrería.

Obedecieron sin cuestionarlo. Ya se oían por todas partes los gritos y las trompas. Cuando entraron en la pequeña habitación, la puerta se cerró a sus espaldas.

—¡Espero que merezcáis que me haya tomado tanto trabajo! —les dijo Hirehone, con las manos en las caderas.

Los escondió en un hueco practicado en el suelo del almacén, y allí los tuvo varias horas, según les pareció. Hacía calor y casi no podían moverse, no había luz, y en dos ocasiones oyeron pisadas de botas sobre sus cabezas, que crisparon sus nervios y los dejaron sin aliento. Cuando Hirehone les permitió salir, ya era de noche, el cielo estaba encapotado y negro, y las luces de la ciudad brillaban a través de los agujeros de las tablas que formaban las paredes de la herrería. Los llevó a una pequeña cocina, les pidió que se sentaran a una mesa alargada y les sirvió la cena.

—Tuve que esperar a que los soldados acabaran de registrar la herrería y se convencieran de que no habíais vuelto —les dijo—. Estaban furiosos, os lo aseguro... sobre todo por el muerto.

Teel permaneció impasible, y los demás no hicieron ningún comentario.

—Tampoco significa nada para mí —prosiguió Hirehone, haciendo un gesto de indiferencia.

—¿Qué hay del Arquero? ¿Lo veremos ahora? —preguntó Morgan, rompiendo el largo silencio.

—No lo creo posible, porque no existe —respondió Hirehone, esbozando una sonrisa.

—Entonces, ¿por qué...? —empezó a preguntar Morgan, sorprendido.

—Es una clave —lo interrumpió Hirehone—. Es la forma de indicarme lo que se espera de mí. Os puse a prueba. A veces, las claves se descifran. Tenía que asegurarme de que no erais espías de la Federación.

—Eres un proscrito —dijo Par.

—Y tú, Par Ohmsford —replicó el otro—. Cuando acabéis de comer, os llevaré ante el hombre que vinisteis a ver.

Cuando acabaron la cena, lavaron los platos en una vieja pileta y después siguieron a Hirehone hasta el taller de forja, que estaba desierto, exceptuando al herrero encargado de mantener el fuego en los hornos durante la noche, quien no les prestó ninguna atención. Atravesaron la oscura y solitaria nave con pies de gato, oliendo a ceniza y metal, y viendo danzar a las sombras a la cadencia de las llamas.

—Hemos dejado nuestros caballos en una cuadra a varias manzanas de aquí —dijo Morgan a Hirehone en voz baja cuando salieron a la oscuridad de la noche por una puerta secundaria.

—No te preocupes de ellos —respondió el herrero en el mismo tono—. Para hacer este trayecto no necesitáis caballos.

Recorrieron las calles de Varfleet con calma y naturalidad, atravesaron el cinturón de chozas y chabolas, y al fin estuvieron fuera de la ciudad. Entonces se dirigieron hacia el norte, remontando el curso del río Mermidón donde serpenteaba a los pies de las colinas limítrofes con los Dientes del Dragón. Caminaron durante toda la noche y cruzaron el río justo antes de su confluencia norte—sur, donde una serie de rápidos lo dividían en varias corrientes más estrechas. El río llevaba poco caudal debido a la época del año; de lo contrario, hubieran necesitado una embarcación para atravesarlo. Aun así, a los enanos les llegaba el agua hasta las barbillas en algunos lugares, y todos se vieron obligados a llevar sus morrales y armas sobre la cabeza.

Cuando alcanzaron la otra orilla, se encontraron frente a varios desfiladeros y barrancos cubiertos de vegetación que penetraban profundamente en los Dientes del Dragón.

—Es la Cuña de Parma —dijo Hirehone—. Un paraje traicionero cuando no se conoce el camino.

Par no tardó en descubrir que se había quedado corto. La Cuña de Parma era un laberinto de crestas y precipicios que se levantaban y caían sin indicación previa entre una sofocante masa de árboles y matorrales. La luna nueva no iluminaba, las estrellas estaban ocultas por la capota de ramas, y el pequeño grupo se encontró sumido en la oscuridad. Tras una breve incursión por el bosque, Hirehone se sentó a la espera de las primeras luces del alba.

Incluso a la luz del día, parecía imposible pasar. Los montes boscosos de la Cuña de Parma siempre estaban cubiertos de brumas, y las crestas y barrancos se entrecruzaban en todas direcciones. Había un camino, que era totalmente invisible para cualquier persona que no lo conociera, una tortuosa vereda que Hirehone siguió sin esfuerzo, pero que hizo perder el sentido de la orientación a todos los miembros del grupo. El mediodía estaba ya muy próximo. El Sol filtraba estrechos rayos luminosos entre la densa arboleda, que surtían poco efecto sobre la persistente niebla y parecían perdidos en aquel mundo sombrío.

Cuando se detuvieron para tomar un almuerzo ligero, Par preguntó a su guía si aún faltaba mucho.

—Ya no está lejos. Allí —respondió Hirehone, señalando hacia un enorme afloramiento rocoso que se levantaba sobre la Cuña de Parma donde el bosque se allanaba contra los Dientes del Dragón—. Aquello, Ohmsford, recibe el nombre de Saliente. Es la fortaleza del Movimiento.

—¿Sabe la Federación que han establecido allí su cuartel general? —preguntó el joven del valle, observando el lugar con gesto pensativo.

—Sabe que lo tienen por aquí —respondió Hirehone—. Pero no conocen el lugar

exacto ni saben cómo llegar a él.

—Y al misterioso salvador de Par, a tu jefe proscrito, ¿no le preocupa recibir visitantes como nosotros que después puedan descubrir su escondrijo? —preguntó Steff en tono escéptico.

—Enano, para poder indicar a alguien el camino de ida, primero tendrías que encontrar el camino de vuelta —respondió Hirehone, esbozando una sonrisa—. ¿Crees que lo conseguirías sin mi ayuda?

Steff sonrió contra su voluntad al verse obligado a admitir que el herrero tenía razón. Podía vagar eternamente en aquel laberinto sin encontrar la salida.

Al caer la tarde llegaron al afloramiento, que no habían perdido de vista en todo el día. El crepúsculo caía sobre el bosque, sumiéndolo en la penumbra. Durante la última hora, Hirehone había silbado varias veces y después había esperado hasta recibir otro silbido de respuesta que lo autorizaba a continuar la marcha. En la base de las rocas esperaba un ascensor abierto, asentado sobre un claro, cuyas cuerdas desaparecían en los picos más altos. Tenía la suficiente capacidad para acogerlos a todos. Subieron y se agarraron a la barandilla cuando ascendió con lentitud y seguridad hasta situarlos sobre las copas de los árboles. Llegaron a un estrecho reborde donde un puñado de hombres accionaban un enorme torno. Allí había otro ascensor, al que subieron. De nuevo fueron izados a lo largo del muro rocoso, colgando sobre el vacío. El joven del valle miró una vez hacia abajo, y luego se arrepintió de haberlo hecho. Captó la asustada expresión de Steff, cuya cara estaba pálida a pesar de su piel bronceada. Hirehone parecía despreocupado y silbaba alegremente para entretenerse durante la ascensión.

Realizaron una tercera ascensión, mucho más corta, y tras ella se encontraron en un amplio risco cubierto de vegetación a medio camino de la subida al farallón que se extendía varios centenares de metros formando varias cuevas. El borde estaba fortificado; en las grietas rocosas que se levantaban sobre sus cabezas había puestos defensivos. Una pequeña cascada se precipitaba desde la montaña para verter sus aguas en un estanque. Había hombres por todas partes, con herramientas, armas y cestos de provisiones, que daban órdenes a gritos o las cumplían.

Entre aquella organizada confusión se destacó el salvador de Par, vestido de escarlata y negro. Ahora estaba afeitado, y su bronceada cara, marcada por cicatrices y de facciones angulosas, impresionaba bajo el sol. Su edad era difícil de precisar.

Sus cabellos castaños, peinados hacia atrás, empezaban a escasear. Era delgado y alto, y se movía con la agilidad de un gato. Mientras avanzaba hacia ellos les gritó su saludo, y a continuación extendió los brazos para abrazar a Hirehone y después a Par.

—Así que has cambiado de manera de pensar, ¿no es cierto, muchacho? Te doy mi bienvenida, y también a tus compañeros. Tu hermano, un joven de las tierras altas y una pareja de enanos. ¿Pensáis uniros a nosotros?

Era tan espontáneo como Morgan se había imaginado.

—No exactamente. Tenemos un problema —respondió Par, sonrojándose.

—¿Otro? —preguntó el jefe de los proscritos, divertido—. Los problemas te persiguen, ¿no es cierto? Tendrás que devolverme el anillo.

Par lo sacó de uno de sus bolsillos y se lo entregó.

—El halcón —dijo el jefe de los proscritos, mirando el anillo y poniéndoselo en un dedo—. Un buen símbolo para una persona que ha nacido libre, ¿no crees?

—¿Quién eres? —le preguntó Par sin rodeos.

—¿Quién soy yo? —El jefe de los proscritos esbozó una alegre sonrisa—. ¿Aún no lo has adivinado, amigo? ¿No? Pues te lo diré.

»Mira mi mano —prosiguió el jefe de los proscritos, inclinándose hacia delante y extendiendo el puño cerrado mientras con un dedo señalaba a la nariz de Par—. Una mano perdida por obra de una lanza. ¿Quién soy yo?

Sus ojos, de color verde mar, estaban inundados de malicia. Se produjo un momento de silencio calculado, mientras el joven del valle lo miraba completamente confundido.

—Mi nombre, Par Ohmsford, es Padishar Cesta —dijo por fin el jefe de los proscritos—. Pero tú me identificarás mejor si te digo que soy un descendiente lejano de Panamon Cesta.

Entonces Par comprendió.

Aquella noche, una vez concluida la cena y sentados a una mesa deliberadamente separada de las que ocupaban los habitantes del Saliente, Par y sus compañeros escucharon atentamente y absortos la historia de Padishar Cesta contada por él mismo.

—Aquí es una norma establecida que la vida pasada es asunto propio —les advirtió, utilizando un tono de conspirador—. Así que los demás podrían escandalizarse si me oyeran hablar de la mía.

»Yo era propietario de tierras —prosiguió, aclarándose la garganta—, agricultor y ganadero, con una docena de pequeñas granjas e incontables acres de bosque acotados para la caza. Heredé la mayor parte de mi padre y él del suyo, y así ocurría desde épocas remotas. Pero, al parecer, todo empezó con Panamon Cesta. Me dijeron, aunque no he podido confirmarlo, que después de ayudar a Shea Ohmsford a recuperar la Espada de Shannara regresó a las Tierras Fronterizas del norte, donde alcanzó gran éxito en la profesión que había elegido y acumuló una considerable fortuna. Cuando se retiró, invirtió con acierto en las tierras que constituyen el patrimonio de la familia Cesta.

Par casi esbozó una sonrisa. Padishar Cesta relataba la historia con rostro inexpresivo, pero sabía tan bien como los dos jóvenes del valle y Morgan que Panamon Cesta era un ladrón cuando se encontró con Shea Ohmsford.

—Se hacía llamar Barón Cesta —prosiguió—. Desde entonces, todos los primogénitos de la familia han ostentado el título de Barón Cesta. —Hizo una pausa, recreándose en aquellas dos palabras, y dio un suspiro antes de continuar su narración—. Pero la Federación invadió las tierras de mi padre cuando yo era un muchacho, y nos las robó, puesto que no recibimos nada a cambio. Mi padre murió cuando intentaba recuperarlas. Y también mi madre. Su muerte fue muy misteriosa. —Esbozó una sonrisa—. Así que me uní al Movimiento.

—¿Sin más? —preguntó Morgan, que no parecía dispuesto a creerlo.

—Mis padres recurrieron al gobernador de la provincia, un esbirro de la Federación que se había instalado en nuestra casa —respondió el jefe de los proscritos, pinchando un trozo de carne con el cuchillo—, y le exigieron la devolución de lo que les pertenecía legítimamente, amenazándole veladamente si no hacía algo para resolver el asunto. Mi padre siempre había sido muy impulsivo. Denegaron su petición y los echaron de allí a los dos. Desaparecieron durante el trayecto de regreso. Algunos días después los encontraron colgados de un árbol en un bosque próximo. Habían sido destripados y desollados.

Lo dijo sin rencor, como si expusiera un hecho, con una calma aterradora.

—Podéis estar seguros de que crecí deprisa después de aquel trágico suceso —concluyó Padishar Cesta.

Los cinco acompañantes del jefe de los proscritos guardaron un largo y respetuoso silencio.

—Ocurrió hace mucho tiempo —dijo Padishar Cesta, rompiendo el silencio haciendo un gesto de resignación—. Aprendí a luchar, a seguir con vida. Me alisté en el Movimiento y, cuando vi lo mal organizado que estaba, formé mi propio grupo. —Masticó la carne—. A algunos de sus jefes no les gustó la idea, e intentaron entregarme a la Federación. Ése fue su error. Cuando acabé con ellos, la mayoría de las bandas se unieron a mí. Y estoy completamente convencido de que con el tiempo lo harán todas.

Nadie hizo ningún comentario.

—¿Es que no tenéis hambre? —preguntó Padishar Cesta, mirando hacia arriba—. Queda mucha comida. No se debe desperdiciar.

Acabaron con ella rápidamente, mientras que el jefe de los proscritos continuaba refiriendo episodios posteriores de su vida violenta en el mismo tono desenfadado. Par se preguntaba con qué clase de hombre se había mezclado. Antes de conocerlo pensaba que su salvador podía convertirse en el gobernante que las Cuatro Tierras necesitaban desde los tiempos de Allanon, y su estandarte en la llamada a la unión de todas las Razas oprimidas.

Se rumoreaba que era el jefe carismático que el Movimiento había estado esperando. Pero parecía más un rebanador de gargantas que otra cosa. Por muy

peligroso que Panamon Cesta hubiera sido en su época, Par estaba convencido de que Padishar Cesta lo era mucho más.

—Ésta es mi historia completa —concluyó Padishar Cesta, retirando su plato. Sus ojos centelleaban—. ¿Deseáis que os aclare algún detalle?

Sus acompañantes guardaron silencio.

—¿Hay mucha verdad en lo que has dicho? —preguntó Steff, cogiendo a todos por sorpresa.

Sus compañeros se quedaron helados, pero Padishar Cesta soltó una carcajada, divertido por la pregunta.

—Alguna, amigo oriental, alguna —respondió el jefe de los proscritos, haciéndole un guiño. Sus ojos reflejaban respeto hacia el enano—. La historia va mejorando cada vez que la cuento.

Cogió su vaso de cerveza y lo llenó. Par miró a Steff con renovada admiración. Nadie se hubiera atrevido a formular esa pregunta.

—Vamos —dijo el jefe de los proscritos, inclinándose hacia delante—. Es una historia pasada. Ahora debéis decirme por qué estáis aquí. Empieza, Par Ohmsford. —Sus ojos se fijaron en el joven del valle—. Tiene algo que ver con la magia, ¿verdad? —continuó—. Ninguna otra cosa te hubiese movido a ello. Dime.

—¿Tu oferta sigue en pie? —preguntó Par, tras un instante de duda.

—¡Yo solamente tengo una palabra, muchacho! —exclamó Padishar, que pareció ofenderse—. ¡Dije que te ayudaría, y te ayudaré!

—Necesito encontrar la Espada de Shannara —dijo Par, mirando a sus compañeros.

Le habló del encuentro con el espíritu de Allanon y de la misión que le había encomendado, del viaje que los cinco habían realizado para reunirse con el druida, de los soldados de la Federación, los investigadores y los monstruos llamados Espectros que les habían salido al paso. No ocultó nada a pesar de la desconfianza que sentía hacia aquel hombre. Pensó que era mejor no mentir ni recurrir a las medias verdades, que era preferible exponerle abiertamente los hechos para que les brindara libremente su ayuda o se negara a hacerlo.

Al fin y al cabo, fuera cual fuese su decisión, su situación no podía empeorar.

Cuando terminó, el jefe de los proscritos se recostó lentamente en la silla y apuró el vaso de cerveza, dirigiendo a Steff una sonrisa de complicidad.

—¡Ahora debería ser yo quien preguntara si hay mucha verdad en esa historia!

Par inició una protesta.

—No, muchacho, ahórrate las palabras —lo interrumpió Padishar, levantando la mano—. No creo que intentes engañarme. Estoy convencido de que lo has contado según tu experiencia.

—Tú cuentas con los hombres, las armas, las provisiones y una importante red de

espías para ayudarnos a encontrar lo que buscamos —intervino Morgan con voz serena—. Por eso estamos aquí.

—Y supongo que también con el carácter adecuado para esta clase de locura —añadió Steff esbozando una maliciosa sonrisa.

—Tengo más que eso, amigos míos —dijo Padishar Cesta, esbozando una sonrisa de lobo y frotándose la barbilla—. ¡Tengo sentido del destino!

Sin pronunciar una sola palabra más, se levantó de la mesa y les indicó que lo siguieran hasta el borde del farallón, desde donde se podía contemplar una amplia panorámica de la Cuña de Parma, una masa de copas de árboles y rocas bañada por los últimos rayos del sol que se ocultaba tras el horizonte occidental.

—Éstas son mis tierras ahora —les dijo, abarcándolas con un amplio giro de su brazo—. Las tierras del Barón Cesta, si así lo preferís. Pero no las conservaré mucho más tiempo que las otras si no encuentro la manera de desestabilizar a la Federación. —Hizo una breve pausa—. Creo en el destino. Él me hizo lo que soy, y me deshará con la misma facilidad si no tomo parte en su juego. El papel que me toca interpretar es el que tú me ofreces; al menos, eso creo. No has venido a mí por casualidad, Par Ohmsford. Tenías que venir. Lo sé, sobre todo desde que me has dicho lo que pretendes. ¿No te das cuenta? Nuestros antepasados, Shea Ohmsford y Panamon Cesta, fueron en busca de la Espada de Shannara hace más de trescientos años. Ahora nos toca a nosotros, a ti y a mí. Un Cesta y un Ohmsford de nuevo, el principio de un cambio en la Tierra, de un nuevo comienzo. ¡Puedo sentirlo!

»La amistad os ha unido —prosiguió, tras estudiarlos con expresión concentrada—. La necesidad de un cambio de vida os ha traído hasta aquí, joven Par. Hay lazos que nos atan. Ya te lo dije la primera vez que nos vimos. Hay una historia que debe repetirse. Hay unas aventuras que hemos de compartir y unas batallas que hemos de ganar. ¡Esto es lo que el destino nos ha reservado!

—Entonces, ¿nos ayudarás? —le preguntó Par, que se sentía un poco confuso ante tanta retórica.

—No te quepa la menor duda —respondió el jefe de los proscritos, arqueando una ceja—. Soy dueño de la Cuña de Parma, pero he perdido las Tierras Meridionales, mi hogar, mis campos, mi herencia. Quiero recuperarlos. ¡La magia es ahora el instrumento, como lo fue en el pasado, el catalizador del cambio, el aguijón que hará revolverse a la bestia de la Federación y huir a su cueva!

—Lo has dicho varias veces —lo interrumpió Par—. Has dicho con distintas palabras que la magia puede destruir a la Federación. Pero el temor de Allanon se centra en los Espectros, y es a ellos a quienes debemos enfrentarnos con la Espada. ¿Por qué...?

—¡Ah, ah, muchacho! —lo interrumpió Padishar—. Has hecho diana una vez más. La respuesta a tu pregunta es ésta: yo percibo las relaciones entre causa y efecto

en todos los casos. Maldades como la Federación y los Espectros no son independientes. Están conectadas de algún modo, quizá como los Ohmsford y los Cesta. ¡Y si conseguimos hallar el medio de acabar con una, también acabaremos con la otra!

La mirada que les dirigió reflejaba tanta seguridad que todos guardaron silencio. Los últimos rayos del sol se difuminaban con rapidez, y el crepúsculo extendía su manto grisáceo sobre la Cuña de Parma y las tierras circundantes. Detrás de ellos, los hombres abandonaban las mesas y empezaban a retirarse a sus dormitorios. Incluso a aquella altura, la noche de verano era cálida y no corría ni la más leve brisa. Aparecieron las primeras estrellas, acompañadas de una luna que iniciaba su crecimiento.

—De acuerdo —dijo Par—. Sea cierto o no lo que has dicho, ¿qué puedes hacer para ayudarnos?

Padishar Cesta alisó las arrugas de las mangas de su túnica escarlata y aspiró profundamente el aromático aire de la montaña.

—Puedo hacer lo que me has pedido, muchacho. Puedo ayudarte a encontrar la Espada de Shannara, porque me parece que sé dónde se encuentra —añadió en tono despreocupado.

Durante los dos días siguientes, Padishar Cesta no hizo ninguna referencia a la Espada de Shannara. Cada vez que Par o cualquiera de sus compañeros la sacaba a colación en su presencia, los hacía callar diciendo que el tiempo se encargaría de dar todas las respuestas, que la paciencia era una virtud o alguna otra trivialidad similar que sólo servía para irritarlos. Sin embargo, como siempre se mostraba optimista sobre el asunto, optaron por reservar para sí sus sentimientos.

Por otra parte, a pesar de las atenciones y la hospitalidad que les dispensaba el jefe de los proscritos, en cierto modo eran sus prisioneros. Les permitían recorrer el Saliente, pero no podían abandonarlo, aunque, en realidad, no tenían la menor posibilidad de hacerlo. Los tornos que hacían subir y bajar las enormes cestas entre las alturas y la Cuña de Parma siempre estaban vigilados, y nadie podía acercarse a ellos sin una causa justificada. Y los ascensores eran el único medio de salir de allí. Las rocas eran escarpadas y habían sido cuidadosamente privadas de asideros, eliminando los pequeños huecos y salientes que tenían.

Sólo quedaban las cuevas. Par y sus amigos se aventuraron a entrar en la caverna central el primer día, picados por la curiosidad de descubrir sus secretos. Vieron que su interior era enorme, como la nave principal de una catedral. A ella se abrían docenas de cámaras más pequeñas, donde los proscritos almacenaban provisiones y todo tipo de armas, vivían cuando el tiempo era malo, se adiestraban y celebraban sus reuniones. Había túneles que se adentraban en la montaña, pero estaban acordonados y vigilados. Cuando Par preguntó a Hirehone, que se quedó allí varios días, adónde conducían, el capataz de la herrería de Kiltan esbozó una sonrisa sardónica y le respondió que, como los senderos de la Cuña de Parma, los túneles del Saliente llevaban al olvido.

A pesar de la frustración que sentían por no poder tratar con su anfitrión el asunto de la Espada, el tiempo transcurría con rapidez. Los cinco visitantes se dedicaron a explorar la fortaleza de los proscritos. Mientras no se acercasen a los ascensores ni a los túneles, podían vagar a placer por el Saliente. Padishar Cesta nunca pidió información a Par sobre sus compañeros de viaje. Parecía que no tenía ningún interés en conocer su identidad ni si eran o no dignos de confianza. Quizá esos detalles le traían sin cuidado, dedujo Par tras reflexionar sobre el asunto, puesto que el refugio de los proscritos era inaccesible.

Par, Coltar y Morgan pasaban juntos la mayor parte del tiempo. Steff los acompañaba en alguna ocasión, pero Teel se mantenía alejada, tan solitaria y hermética como de costumbre. Los hermanos del valle y el joven de las tierras altas llegaron a convertirse en figuras familiares para los proscritos, debido a sus idas y venidas por el farallón, las fortificaciones y las cuevas, estudiando lo creado por el

hombre y la naturaleza en colaboración, hablando con los individuos que vivían y trabajaban allí cuando no estorbaban sus tareas, fascinados por todo lo que descubrían.

Pero nada ni nadie era tan fascinante como Padishar Cesta. El jefe de los proscritos era un personaje extraño. Vestido de escarlata, se destacaba en cualquier lugar donde hiciera acto de presencia. Hablaba sin cesar, contando historias, dando órdenes a gritos, comentando todo lo que pasaba por su mente. Siempre se mostraba alegre, como si la sonrisa fuese su única expresión. Sin embargo, bajo ese brillante y amable exterior, se escondía una persona tan dura como el granito. Todas sus órdenes se cumplían sin rechistar. Nadie se atrevía a cuestionarlo. Su cara podía revestirse con una sonrisa tan cálida como el sol del verano mientras su voz adquiría un tono que helaba los huesos.

En el campamento de los proscritos reinaban la organización y la disciplina. No era una banda heterogénea de inadaptados la que trabajaba allí. Todo funcionaba siguiendo unos planes precisos. El campamento siempre estaba limpio y ordenado. Y en los almacenes, separados según su contenido y perfectamente catalogados, se podía encontrar cualquier cosa al instante. Cada uno tenía asignado un trabajo y se encargaba de realizarlo sin demora y con la máxima eficacia. Había más de trescientos hombres en el Saliente, y ninguno parecía albergar la más mínima duda sobre lo que le correspondía hacer ni sobre ante quién respondería si no cumplía con su cometido.

El segundo día de su estancia, dos proscritos fueron llevados ante Padishar Cesta bajo la acusación de hurto. El jefe escuchó los cargos que se les imputaban con gesto apacible, y después permitió hablar a los acusados en su propia defensa. Uno admitió su culpa y el otro la negó de forma poco convincente. Padishar Cesta ordenó que el primero fuese azotado y que luego fuera reincorporado a su trabajo, y que el segundo fuese arrojado al precipicio. A nadie pareció preocuparle tan drástica sentencia.

Aquel mismo día, aprovechando un momento en que Par estaba solo, Padishar se acercó a él y le preguntó si le había impresionado lo sucedido. Sin esperar la respuesta, empezó a justificarse argumentando que la disciplina era esencial en un campamento como aquél, y que la justicia tenía que administrarse y aplicarse con rapidez y firmeza.

—A menudo, las apariencias revisten mayor importancia que la equidad, ya sabes —añadió enigmáticamente—. Somos una banda unida y debemos confiar los unos en los otros. Si en el campamento un hombre demuestra que no es digno de confianza, lo más probable es que tampoco lo sea en el combate. ¡Y aquí está en juego mucho más que su propia vida!

Cambió de tema de forma brusca, y admitió en tono de disculpa que no había sido completamente fiel a la verdad cuando la primera noche les había contado la historia

de su vida. Sus padres no habían sido terratenientes ni habían muerto colgados de un árbol, sino comerciantes en sedas que habían acabado sus vidas en las mazmorras de la Federación por negarse a pagar los impuestos. Alegó que la otra era una historia mejor.

Cuando poco después Par se encontró con Hirehone, con las palabras de Padishar Cesta aún frescas en su memoria, le preguntó si había conocido a los padres del jefe de los proscritos.

—No, murieron de las fiebres antes de que yo me afiliase —respondió Hirehone.

—¿En prisión?

—¿Prisión? No. Fallecieron durante el viaje de una caravana que había partido de Vado del Camino hacia el sur. Traficaban con metales preciosos. Me lo dijo Padishar.

Aquella misma noche, después de la cena, Par relató a Coltar ambas conversaciones. Se habían separado de los demás y estaban junto al borde del farallón, en un reducto donde apenas llegaban los sonidos del campamento y se podía contemplar el lento receso del crepúsculo que descubría las innumerables estrellas del cielo nocturno. Coltar no pudo contener las carcajadas cuando su hermano acabó el relato.

—La verdad brilla por su ausencia cuando ese individuo habla de sí mismo. ¡Es idéntico a Panamon Cesta!

—Sin duda —convino Par, haciendo una mueca.

—Viste igual que él, habla de la misma forma y es tan extravagante y cínico como él —prosiguió Coltar, dando un suspiro—. Pero ¿por qué me estoy riendo? ¿Qué hacemos aquí con ese loco?

—¿Qué crees que nos oculta, Coltar? —preguntó Par.

—Todo.

—No, todo no. No es de esa clase. —Coltar parecía dispuesto a seguir poniendo objeciones, pero Par levantó las manos para evitarlo—. Piensa un momento. El asunto de quién y qué es ha sido preparado. Refiere esos absurdos cuentos de manera deliberada, no por capricho. Padishar Cesta tiene algo más en común con Panamon, si creemos las historias. Se ha recreado a sí mismo en las mentes de quienes lo rodean. Evoca una imagen de sí mismo que no se corresponde con la que presenta a continuación. —Se inclinó—. Puedes apostar lo que quieras a que tiene alguna razón para hacerlo.

Sus cavilaciones sobre el pasado de Padishar Cesta finalizaron pocos minutos más tarde, cuando fueron convocados a una reunión. Hirehone llegó con la concisa orden de que lo siguieran. Los condujo a las cuevas, donde el jefe de los proscritos los esperaba en una cámara. Lámparas de aceite colgaban de cadenas negras sujetas al techo, igual que arañas. Su luz apenas llegaba a las sombras que oscurecían los rincones y las grietas. Morgan y los enanos estaban allí, sentados a una mesa en

compañía de varios proscritos a quienes Par había visto en el campamento. Chandos era un gigante de aspecto feroz y gran barba negra. Le faltaban el ojo y la oreja del mismo lado, y tenía cicatrices por todas partes. Ciba Blue era joven y lampiño, con rubios cabellos lacios y una extraña mancha azul cobalto, en forma de media luna, sobre la mejilla izquierda. Stasas y Drutt, que contaban con algunos años más, eran delgados y fuertes, con pobladas barbas negras, rostros morenos y ojos vigilantes. Hirehone hizo pasar a los hermanos del valle, cerró la puerta y a continuación se quedó de pie ante ella.

Par sintió, durante un breve instante, que el pelo de la nuca se le erizaba en señal de advertencia.

Entonces Padishar Cesta les dio la bienvenida, con voz alegre y tranquilizadora.

—Aquí están el joven Par y su hermano —dijo. A continuación, con un gesto, indicó a los dos hermanos el lugar que tenían reservado en los bancos junto a los demás—. Mañana al amanecer partiremos en busca de la Espada —les dijo, tras hacer unas presentaciones rápidas.

—¿Dónde está? —preguntó Par.

—En un lugar de donde no se nos escapará —respondió el jefe de los proscritos, esbozando una amplia sonrisa.

Par intercambió una mirada con Coltar.

—Cuanto menos se hable del lugar adonde vamos, más oportunidades tendremos de que se mantenga en secreto —dijo Padishar.

—¿Hay alguna razón para mantenerlo en secreto? —preguntó Morgan Leah.

—Ninguna que se aparte de la normalidad —respondió el jefe de los proscritos, encogiéndose de hombros—. Pero siempre soy cauteloso cuando planeo abandonar el Saliente. —La expresión de sus ojos era dura—. Intenta comprenderme, joven de las tierras altas.

Morgan sostuvo su mirada, sin replicar.

—Iremos siete —continuó Padishar Cesta con voz amable—. Stasas, Drutt, Blue y yo del campamento; los hermanos del valle y el joven de las tierras altas por parte de los visitantes.

Surgieron protestas de las bocas de los restantes, pero el jefe de los proscritos las atajó sin demora.

—Chandos, tú serás el responsable del Saliente durante mi ausencia. Quiero dejar aquí a alguien en quien pueda confiar. Hirehone, tú debes regresar a Varfleet y mantener los ojos abiertos. Además, te sería difícil explicar tu presencia en el sitio adónde vamos.

»Por lo que respecta a vosotros, amigos orientales —prosiguió dirigiéndose a Steff y Teel—, os llevaría si pudiese. Pero los enanos suelen llamar la atención fuera de las Tierras Orientales, y no podemos correr ese riesgo. Bastantes corremos ya

permitiendo que nos acompañen los hermanos del valle, a quienes siguen persiguiendo los investigadores. Pero deben venir, porque se trata de su misión.

—Que ahora es también la nuestra, Padishar —puntualizó Steff con voz lúgubre—. Hemos recorrido un largo camino para participar en ella. No nos gusta que nos dejen atrás. ¿No podríamos disfrazarnos?

—Un disfraz se descubriría, sobre todo en el lugar adonde vamos —respondió el jefe de los proscritos, haciendo un gesto negativo—. Eres un hombre decidido, Steff, pero tenemos que ser precavidos en esta expedición.

—Supongo que se trata de una ciudad, ¿no es así?

—Así es.

—Me enojaría mucho si aquí se estuviera jugando con nosotros —repuso el enano.

Los proscritos profirieron un gruñido amenazador, pero Padishar Cesta los hizo callar inmediatamente.

—Yo también me enojaría —dijo, mirando fijamente al enano.

Steff sostuvo la mirada del jefe de los proscritos durante un momento. Luego miró a Teel e hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien. Esperaremos.

—Saldremos al amanecer y no estaremos ausentes más de una semana —prosiguió el jefe de los proscritos, recorriendo la mesa con la mirada—. Si nos retrasamos, es posible que nunca regresemos. ¿Alguna pregunta?

—¿Tomamos una copa en compañía de todos los demás para que puedan brindar por nuestro éxito? —preguntó Padishar Cesta, dirigiéndoles una mirada deslumbrante—. ¡Adelante, muchachos, animadnos a los que desafiaremos al león en su cubil!

Abandonó la cueva, seguido de los demás, incluidos Morgan y los hermanos del valle, cuyos rostros reflejaban incomodidad e inquietud.

—Conque desafiaremos al león en su cubil, ¿verdad? —dijo el joven de las tierras altas en voz baja—. Me pregunto qué significan esas palabras.

Los dos hermanos del valle intercambiaron una inquisitiva mirada. Ninguno de los dos estaba muy seguro de querer saberlo.

Par pasó una noche agitada, plagada de sueños y ansiedades que lo despertaron en numerosas ocasiones y dejaron en él unas profundas ojeras. A la llegada del alba se levantó de la cama al mismo tiempo que Coltar y Morgan para ir al encuentro de Padishar Cesta y sus compañeros proscritos, que ya se habían levantado y empezado a desayunar. El jefe de los proscritos había sustituido sus ropas escarlata por las verdes y pardas de los leñadores, que también llevaban sus hombres. Los hermanos del valle y el joven de las tierras altas se apresuraron a vestirse, temblando un poco a causa del frío de la noche que aún persistía. Steff y Teel se unieron a ellos, y se

quedaron junto al fuego de la cocina sin pronunciar ni una sola palabra. Cuando terminaron de desayunar, los siete cargaron con sus morrales y se dirigieron al borde del farallón. El Sol se vislumbraba ya por el oriente, y en sus primeras luces se mezclaban el oro y plata luchando contra las tinieblas en disolución. Steff les dijo en voz baja que tuviesen cuidado y, seguido de Teel, desapareció en la oscuridad. Morgan se frotaba las manos con fuerza y aspiraba el aire como si ésa fuera su última oportunidad de hacerlo. Tomaron el primer ascensor e iniciaron la bajada, pasando al segundo y al tercero sin pronunciar una palabra, entre los crujidos espectrales de los tornos. Cuando llegaron a la Cuña de Parma, se internaron en el bosque cubierto por la bruma. Padishar Cesta, junto a Blue, abría la marcha del grupo, seguidos de los hermanos del valle y el joven de las tierras altas, con Stasas y Drutt en la retaguardia. Pocos segundos después habían perdido de vista el muro rocoso del Saliente.

Caminaron hacia el sur durante la mayor parte del día, y a media tarde, cuando llegaron a las márgenes del río Mermidón, se dirigieron hacia el oeste. Siguieron el curso del río por la orilla septentrional, hasta que oscureció, y acamparon al pie del extremo sur del desfiladero de Kennon, a la sombra de los Dientes del Dragón. Encontraron un pequeño valle bordeado de cipreses con una fuente que les proporcionó agua potable. Encendieron una hoguera, cenaron y se tendieron para contemplar el nacimiento de las estrellas.

Poco después, Stasas y Drutt empezaron a hacer la primera guardia, uno corriente arriba y el otro corriente abajo. Ciba Blue se envolvió en sus mantas y se durmió al instante. Su rostro parecía aún más joven mientras dormía. Padishar Cesta se sentó con los hermanos del valle y Morgan, removiendo el fuego con un palo mientras saboreaba la cerveza que bebía de un frasco.

—Vamos a Tyrsis, ¿verdad? —le dijo Par, que había pasado todo el día preguntándose cuál sería su destino.

—No hay ninguna razón para que os lo diga ahora —respondió Padishar, haciendo un gesto de asentimiento y mirándolo con expresión de sorpresa.

—Pero, ¿por qué hemos de buscar en Tyrsis la Espada de Shannara? Desapareció de allí hace más de cien años, cuando la Federación se anexionó Callahorn. ¿Por qué va a estar en la ciudad?

—Quizá porque nunca haya salido de allí.

Par y sus compañeros se quedaron perplejos.

—Mirad, el hecho de que la Espada de Shannara desapareciera no significa necesariamente que la hayan llevado a otra parte. En ocasiones, una cosa puede desaparecer y, sin embargo, estar a la vista. Desaparece porque ha cambiado de aspecto. La vemos, pero no la reconocemos.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Par.

—Estoy diciendo que la Espada de Shannara puede estar en el mismo lugar en

que estaba hace trescientos años —respondió Padishar Cesta, acentuando su sonrisa de una manera perceptible.

—¿Guardada en la cripta del centro del Parque del Pueblo sin que nadie lo sepa? —Morgan Leah no podía salir de su asombro—. ¿Cómo es posible?

—Mañana llegaremos —respondió Padishar, tomando un trago de su frasco—. ¿Por qué no esperar a comprobarlo?

El cansancio acumulado por la marcha de aquel día y la mala noche pasada hizo mella en Par Ohmsford, pero permaneció despierto mucho tiempo mientras los demás roncaban. No podía dejar de pensar en lo que había dicho Padishar Cesta. La Espada de Shannara, después de que Shea Ohmsford la utilizara hacía ya más de trescientos años para destruir al Señor de los Hechiceros, había sido empotrada en un bloque de mármol rojo y guardada en una cámara subterránea en el Parque del Pueblo de la ciudad meridional de Tyrsis, y allí había permanecido hasta la entrada de la Federación en Callahorn. Todos sabían que la Espada había desaparecido tras aquel suceso. Si no había ocurrido tal cosa, ¿por qué lo creía tanta gente? Si estaba donde siempre había estado, ¿por qué nadie la reconocía?

Pensó sobre ello. No cabía la menor duda de que muchos de los acontecimientos desarrollados en los tiempos de Allanon habían perdido crédito. Muchas de las historias habían pasado a ser consideradas leyendas. En la época de la desaparición de la Espada de Shannara quizá nadie creyera en ellas. Tal vez nadie comprendiera su valor. ¡Pero todos sabían que estaba allí! ¡Era un monumento nacional! ¿Cómo podían decir que había desaparecido si no fuera cierto? ¡Aquello no tenía sentido!

Sin embargo, Padishar Cesta parecía estar completamente seguro de ello.

Par se durmió sin conseguir descifrar el enigma.

Se levantaron a la salida del Sol, cruzaron el río Mermidón por un vado situado a menos de un kilómetro corriente arriba y giraron hacia el sur en dirección a Tyrsis. El día era caluroso y tranquilo, y el polvo de la pradera se introducía por las narices y la boca. Siempre que les era posible se mantenían a la sombra, pero en el sur escaseaban los árboles y los bosques cedían su lugar a los prados. De vez en cuando, recurrían al agua que llevaban, y aminoraron el ritmo de marcha, pero el Sol ascendía en el cielo sin nubes y los viajeros pronto se encontraron bañados de sudor. A mediodía, cuando ya estaban cerca de las murallas de la ciudad, tenían la ropa pegada a la piel.

Tyrsis era la capital de Callahorn, su ciudad más antigua y la fortaleza más inexpugnable de las Tierras Meridionales. Asentada en una amplia meseta, estaba protegida por altos acantilados al sur y por un par de gigantescas murallas almenadas al norte. La muralla exterior se levantaba casi treinta metros sobre la meseta. Constituía una colosal obra defensiva en la que sólo una vez se abrió brecha, cuando los ejércitos del Señor de los Hechiceros atacaron la ciudad en la época de Shea Ohmsford. Tras ella se levantaba una segunda muralla, un reducto para sus

defensores. En otros tiempos, la defensa de la ciudad estaba encomendada a la Legión Fronteriza, el ejército más poderoso de las Tierras Meridionales. Pero ya no existía la Legión, porque había sido disuelta por la Federación. Ahora sólo los soldados de la Federación patrullaban por las murallas y los pasajes, y ocupaban las tierras que, hasta un siglo antes, nadie había ocupado jamás. Los soldados habitaban en los cuarteles de la Legión, tras la primera muralla, y los ciudadanos vivían y trabajaban tras la segunda, en la ciudad propiamente dicha, que se extendía por toda la meseta hasta la base de los acantilados.

Par, Coltar y Morgan nunca habían estado en Tyrsis. Sólo la conocían por las historias que habían oído de los tiempos de sus antepasados. Mientras se aproximaban, comprendieron lo difícil que era describirla con palabras. La ciudad se destacaba sobre el horizonte como un gigante voluminoso, como una mole de piedra y argamasa que empequeñecía todo lo que habían conocido hasta entonces. Incluso a la intensa luz del mediodía ofrecía un aspecto sombrío, como si la piedra absorbiera los rayos del sol. La ciudad rielaba ligeramente por efecto del intenso calor, como si fuera un espejismo. Una amplísima rampa ascendía desde la llanura hasta la meseta, torciéndose como una serpiente al atravesar los pórticos de entrada y los terraplenes. El tráfico era abundante; carros y animales transitaban en ambas direcciones bajo el fuerte calor y el polvo.

Los siete prosiguieron su marcha.

—Ahora, cuidado, muchachos —dijo Padishar Cesta al principio de la rampa, volviéndose hacia sus compañeros de viaje—. Procurad no llamar la atención. No debéis olvidar que es mucho más difícil salir de la ciudad que entrar en ella.

Se mezclaron con la corriente de tráfico que ascendía hacia la meseta. Las ruedas chirriaban, los tirantes crujían, los animales rebuznaban y mugían y los hombres gritaban. En los puntos de control había soldados de la Federación, pero no interrumpían el tráfico. Y lo mismo en las entradas, en las enormes puertas, tan altas que a Par le costaba trabajo creer que un ejército hubiera conseguido derribarlas en otra época. Los soldados no parecían prestar atención a los que entraban o salían. Era una ciudad ocupada que se esforzaba en aparentar que era libre.

Tras atravesar el pórtico, cuya sombra los cubrió como un sudario, se encontraron con la segunda muralla, más baja pero no menos impresionante. Hacia ella se dirigieron siguiendo la corriente del tráfico. En los campos encerrados entre ambas murallas no había más que soldados, sus animales y pertrechos. Eran muy numerosos, un gran ejército acuartelado y a la espera. Par observó de reojo, con la cabeza protegida por la capucha, las filas de hombres que hacían instrucción.

Después de atravesar el segundo pórtico, Padishar los sacó de la Vía Tyrsiana, la principal arteria de la ciudad donde se habían establecido las principales residencias y comercios que serpenteaba por el centro de la población hasta llegar a los acantilados,

donde en tiempos pasados se levantaba el palacio de sus gobernantes, y los condujo por un laberinto de calles. También en ellas había tiendas y residencias, pero no tantos soldados y sí, en cambio, más mendigos. A medida que avanzaban, los edificios se veían más descuidados. Llegaron a una zona de cervecerías y prostíbulos, pero Padishar los ignoró. Continuó su marcha, sin hacer caso de las súplicas de los mendigos y de las ofertas de los vendedores callejeros.

Al fin salieron a un barrio alegre y espacioso lleno de tenderetes y pequeños parques. Las casas, rodeadas de jardincillos, se mezclaban con ellos, y circulaban carruajes tirados por caballos enjaezados con sedas y cintas. Los vendedores ofrecían banderitas y dulces a unos niños sonrientes y a sus madres. En cada esquina lucían sus habilidades actores, payasos, magos, músicos y domadores de animales. Grandes y coloreados toldos sombreaban los puestos y los pabellones de los parques, donde las familias se preparaban para comer y el aire rebosaba de gritos, risas y aplausos.

Padishar Cesta aminoró el paso como si buscara algo. Abrió la marcha entre los puestos, bajo la sombra de los toldos donde la gente se detenía ante sus ofertas, y al fin se detuvo junto a un carretón de manzanas. Compró un saquito lleno para todos, cogió una, se apoyó en una farola y empezó a comerla. Par tardó un momento en comprender que esperaba algo. El joven del valle se dedicó a su manzana como los demás, y observó con atención los alrededores. Detrás de ellos había puestos con toda clase de frutas. Al otro lado de la calle, junto a un puesto de helados, vio a un malabarista que mostraba sus habilidades con la colaboración de un chico y una chica, a un par de monos danzarines con su amo y a un grupo de niños y adultos que los contemplaban. Advirtió que sus ojos se volvían hacia la muchacha. Su cabello era de un color rojo brillante, acentuado por la negra seda de su vestido y su capa. Extraía monedas de las orejas de unos niños que no podían ocultar su asombro y luego hacía que desaparecieran. Una vez sacó fuego del aire y lo lanzó a lo lejos, girando. Par nunca había visto algo parecido. La muchacha era muy buena.

Tan concentrado estaba en ella que a punto estuvo de no ver al joven de piel oscura que se acercó a Padishar Cesta, recibió un objeto de sus manos y desapareció sin pronunciar una sola palabra. Lo siguió con la mirada, pero lo perdió como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Ya es hora de marcharse —dijo el jefe de los proscritos, un par de minutos después.

Empezó a andar. Par dirigió una última mirada a la muchacha pelirroja, y vio que hacía flotar un aro en el aire mientras un niño delgado y rubio saltaba y chillaba intentando alcanzarlo.

El joven del valle sonrió complacido ante la diversión del niño.

Durante el trayecto de regreso por entre los puestos, Morgan Leah vio a Hirehone.

El capataz de la herrería de Kiltan estaba junto a un grupo que aplaudía a un titiritero, con su corpulenta figura envuelta en una gran capa. Sólo pudo vislumbrar su coronilla calva y sus mostachos caídos. Morgan parpadeó, y pensó que se había equivocado. ¿Qué podía estar haciendo Hirehone en Tyrsis?

Poco después, había olvidado el incidente.

Pasaron las horas siguientes en el sótano de un almacén anejo a la tienda de un armero, sin duda un hombre que estaba al servicio de los proscritos porque Padishar Cesta conocía la grieta del marco donde se guardaba la llave de la puerta. El jefe de los proscritos los invitó a pasar como si estuviera en su casa. En el interior encontraron víveres y bebida, jergones y mantas para dormir, y agua para lavarse. El sótano era fresco y seco, y pronto dejaron de sentir el calor que habían acumulado durante el día. Descansaron un rato, comieron y hablaron a la espera de futuros acontecimientos. Sólo el jefe de los proscritos parecía conocerlos, pero como era habitual en él, no les dio ninguna explicación. Todo lo contrario, se echó a dormir.

Transcurrieron varias horas antes de que despertara. Entonces se levantó, se estiró, se lavó la cara.

—Vamos a salir —le dijo a Par, acercándose a su lado—. Los demás os quedaréis aquí hasta que regresemos. No tardaremos mucho ni correremos ningún peligro.

Coltar y Morgan se dispusieron a protestar, pero lograron contenerse. Par siguió a Padishar por las escaleras, y la trampilla se cerró tras ellos. El jefe de los proscritos esperó un breve instante ante la puerta que daba a la calle, luego le hizo señas para que lo siguiera y salieron al exterior.

La calle aún estaba muy concurrida, llena de vendedores, artistas, compradores y mendigos. Con paso rápido, el jefe de los proscritos se dirigió hacia los acantilados, seguido de Par, mientras las sombras del crepúsculo empezaban a extenderse por la ciudad. No siguieron el camino de las calles que los había conducido hasta allí, sino que deambularon por una serie de callejuelas. Las caras de las personas con las que se cruzaban eran máscaras de desinterés deliberado, pero sus ojos reflejaban ferocidad. Padishar los ignoró y Par se mantuvo pegado a él. Los cuerpos lo rozaban, pero como no llevaba ningún objeto valioso, no se preocupó demasiado.

Cuando ya estaban cerca de los acantilados, volvieron a la Vía Tyrsiana. Delante, el puente de Sendic se levantaba sobre el Parque del Pueblo, un extenso prado cubierto de césped bien cuidado y árboles, limitado por un muro bajo y un grupo de edificios al final del puente. Más allá había un ancho barranco cubierto de abundante vegetación, y detrás se alzaban contra el Sol poniente las torres y las murallas del que fuera el palacio de los señores de Tyrsis.

Par contempló el parque, el puente y el palacio mientras se acercaban. Había algo en su configuración que no acababa de cuadrar. ¿No era lógico que el puente de

Sendic llegara hasta las puertas del palacio?

—¿Verdad, muchacho, que es difícil creer que la Espada de Shannara pueda estar aquí? —le preguntó Padishar, dándose la vuelta.

—¿Dónde está? —pregunto Par, haciendo un gesto de asentimiento, con el entrecejo fruncido.

—No seas impaciente. No tardarás en tener la respuesta —respondió Padishar, poniéndole un brazo en los hombros e inclinándose—. Ocurra lo que ocurra, no te muestres sorprendido.

Par contestó con un gesto de asentimiento. Con pasos lentos, el jefe de los proscritos se acercó a un carrito de flores y se detuvo ante él. Miró las flores como si quisiera escoger un ramo. Ya lo había hecho cuando Par sintió que un brazo le rodeaba la cintura. Cuando se volvió para ver de quién se trataba, se encontró con la muchacha de los cabellos rojos.

—Hola, joven elfo —le saludó en voz baja, mientras sus fríos dedos le acariciaban una oreja y ella depositaba un beso en la mejilla.

Entonces aparecieron una niña y un niño. La primera se agarró a la áspera mano de Padishar y el segundo, a la de Par. Padishar esbozó una cariñosa sonrisa, levantó a la niña en el aire hasta que gritó, la besó y repartió las flores entre ella y el niño. Silbando, precedió a los cinco por el parque. Par se había recuperado lo suficiente para advertir que la muchacha pelirroja llevaba una cesta cubierta con un paño de colores. Cuando estuvieron cerca del muro que separaba el parque del barranco, Padishar escogió un arce para acomodarse bajo él, la chica pelirroja extendió el paño y todos empezaron a sacar el contenido de la cesta: pollo frío, huevos, pan, mermelada, bollos y té.

—Par Ohmsford, te presento a Damson Rhee, tu novia durante esta pequeña excursión.

—El amor es fugaz, Par Ohmsford. Aprovechémoslo mientras dure —dijo Damson Rhee, mientras le daba un huevo. En sus ojos verdes se reflejaba una sonrisa.

—Tú eres mi hijo —añadió Padishar—. Ésos dos niños, cuyos nombres no recuerdo, son tus hermanos. Damson, no te olvides de decirme sus nombres después. Si alguien pregunta, somos una familia que ha venido a pasar la tarde y a merendar al parque.

Nadie les preguntó nada. Los hombres comieron en silencio, escuchando el ininterrumpido parloteo de los niños, que se comportaban como si todo aquello fuera completamente normal. Damson Rhee los atendía y compartía sus bromas. Su sonrisa era cálida y contagiosa. La muchacha, que era preciosa, a Par le parecía maravillosa cuando sonreía. Cuando concluyeron la merienda, hizo el truco de las monedas para los dos niños y los mandó a jugar.

—Vamos a dar un paseo —dijo Padishar, levantándose.

Los tres deambularon bajo los árboles, acercándose con aire indiferente al muro que limitaba con el barranco. Damson colgaba amorosamente del brazo de Par, a quien no molestaba lo más mínimo la situación.

—Las cosas han cambiado en Tyrsis desde los viejos tiempos —dijo el jefe de los proscritos a Par mientras paseaban—. Cuando se extinguió la dinastía de los Buckhannah, finalizó la monarquía. Tyrsis, Varfleet y Kern constituyeron el Consejo de las Ciudades para gobernar Callahorn. El Consejo se disolvió cuando la Federación convirtió Callahorn en protectorado. El palacio, que había sido su sede, ahora lo utiliza la Federación, pero nadie sabe para qué.

Llegaron al muro y se detuvieron. Estaba construido con bloques de piedra y su altura no llegaba al metro. Había pinchos metálicos en toda su parte superior.

—Echa un vistazo —dijo a Par el jefe de los proscritos. El joven del valle obedeció. El barranco descendía casi en vertical hasta una masa de árboles y matorrales tan espesa que parecía ahogarse a sí misma. La niebla se arremolinaba a través de ella con una persistencia inquietante, incluso en las copas de los árboles más altos. El barranco se extendía, aproximadamente, kilómetro y medio por cada lado, y a una cuarta parte de esa distancia se levantaba el palacio, cuyas ventanas estaban cerradas y oscuras, y las puertas aseguradas con barras. La piedra del palacio estaba erosionada y sucia, por lo que daba la impresión de que todo el edificio había estado abandonado durante décadas. Una estrecha pasarela conducía desde el edificio frontal hasta el portalón de entrada. Se volvió hacia Padishar.

—Este murete es la línea divisoria entre el pasado y el presente —dijo en voz baja el jefe de los proscritos, mirando hacia la ciudad—. La tierra que pisamos recibe el nombre de Parque del Pueblo. Pero el verdadero Parque del Pueblo es el de nuestros antepasados. Está ahí abajo —le dijo, señalando el barranco.

»Mira bajo la conserjería —prosiguió, tras hacer una breve pausa para que sus palabras calaran en la mente del joven del valle—, convertida en el cuartelillo de la Federación que guarda la pasarela.

Par siguió sus indicaciones y vio unas piedras enormes que emergían del bosque.

—Esas piedras —continuó el jefe de los proscritos en tono lúgubre— es todo lo que queda del verdadero puente de Sendic. Según mis noticias, quedó en muy malas condiciones tras el asalto realizado por el Señor de los Hechiceros, en la época de Panamon Cesta, y algunos años más tarde se desplomó por completo. Este otro puente no es más que un elemento decorativo. ¿Lo entiendes ahora?

Par no tuvo ninguna dificultad para comprenderlo. Su mente funcionaba con rapidez, encajando las piezas.

—¿Y la Espada de Shannara? —Con el rabillo del ojo captó la expresión de sorpresa que se había dibujado en el rostro de Damson Rhee.

—En algún lugar de ahí abajo, salvo en el caso de que mis suposiciones sean

erróneas —respondió Padishar—. En el mismo sitio que estuvo siempre. Damson, ¿tienes algo que explicar?

—¿Para eso has venido, Padishar? —respondió la muchacha de los cabellos rojos, visiblemente irritada, tirando del brazo de Par y apartándolo del muro.

—Espera, encantadora Damson. No hagas un juicio precipitado.

—Éste es un asunto peligroso, Padishar —respondió la muchacha, oprimiendo el brazo de Par—. Como muy bien sabes, he enviado a varios hombres al Pozo, y ninguno ha vuelto.

—El Pozo... así llaman ahora los tyrsianos al barranco —dijo Padishar, esbozando una indulgente sonrisa—. Me parece adecuado.

—¡Te arriesgas excesivamente! —exclamó la muchacha.

—Damson es mis ojos, mis oídos y mi brazo derecho en Tyrsis —continuó el jefe de los proscritos como si no la hubiese oído—. Damson, di al joven del valle lo que sabes sobre la Espada.

—El puente de Sendic se derrumbó cuando la Federación se anexionó Callahorn y empezó la ocupación de Tyrsis —respondió la muchacha, dirigiendo a Padishar una mirada de reproche y dándole después la espalda—. El bosque que ahora cubre el antiguo Parque del Pueblo, donde se conservaba la Espada de Shannara, creció prácticamente en una noche. El parque y el puente nuevos surgieron con la misma rapidez. Hace algunos años, pregunté a los viejos de la ciudad qué recordaban, y esto fue lo que me dijeron. La Espada nunca fue sacada de su cripta, sino que fue la cripta la que desapareció en el bosque. La gente olvida, sobre todo cuando se le dice una y otra vez otra cosa. Casi todo el mundo cree que sólo hay un Parque del Pueblo y un puente de Sendic... los que ven. La Espada de Shannara ha desaparecido, suponiendo que alguna vez existiera.

—¿El bosque, el puente y el parque cambiaron en una noche? —preguntó Par, con incredulidad.

—Así fue —respondió la muchacha pelirroja, haciendo un gesto de asentimiento.

—¿Pero...?

—Cosas de la magia, muchacho —dijo en voz baja Padishar Cesta, respondiendo a su no formulada pregunta.

Caminaron un poco más, y se acercaron al paño de vivos colores sobre el que estaban los restos de su merienda. Los niños habían regresado y mordisqueaban los bollos.

—La Federación no utiliza la magia —respondió Par, todavía confuso—. La ha prohibido.

—Ha prohibido que la utilicen otros, sí —reconoció Padishar—. Quizá para reservarla para sus propios fines o tal vez para permitir que alguien la use. O algo —concluyó, recalcando esta última palabra.

—Los Espectros, quieres decir, ¿no es así? —preguntó Par, fijando en él su mirada.

Ni Padishar ni Damson Rhee respondieron. A Par le daba vueltas la cabeza. La Federación y los Espectros habían establecido algún tipo de alianza entre ellos, se habían unido para alcanzar unos objetivos que ninguno de ellos podía comprender. ¿Era eso posible?

—Hace mucho tiempo que estoy investigando el paradero de la Espada de Shannara —dijo en voz baja Padishar, deteniéndose justo fuera del alcance de los oídos de los niños que los estaban esperando—. También forma parte de la historia de mi familia. Nunca he podido creer que haya desaparecido sin dejar ningún rastro. Ha permanecido empotrada en mármol y guardada en una cripta durante doscientos años. ¿Cómo ha podido desvanecerse? ¿Qué ha ocurrido con la cripta donde se guardaba? —Miró a Par—. Damson ha dedicado mucho tiempo en la búsqueda de respuestas a estas preguntas. Sólo unos pocos recordaban cómo se había producido la desaparición. Todos han muerto ya... pero me dejaron su versión.

»Ahora tengo una excusa para descubrir si lo que me dijeron era cierto —prosiguió el jefe de los proscritos, esbozando una sonrisa lobuna—. ¿Está la Espada de Shannara en ese barranco? Tú y yo nos encargaremos de descubrirlo. La resurrección de la casa élfica de Shannara, joven Ohmsford, quizá sea la clave para liberar a las Cuatro Tierras. Debemos averiguarlo.

—Estás demasiado ansioso por poner en peligro tu vida, Padishar —le dijo Damson Rhee, agitando su pelirroja melena—. Y lo que es peor todavía, también las vidas de otros muchos, como la de este muchacho. Jamás conseguiré entenderlo.

Se separó de ellos para reunirse con los niños. A Par no le importó que le llamase muchacho una chica que parecía más joven que él.

—¡Ten mucho cuidado con ella, Par Ohmsford! —le dijo en voz baja el jefe de los proscritos.

—No tiene excesiva confianza en nuestras posibilidades —comentó Par.

—¡Se preocupa sin motivo! Somos siete para enfrentarnos con lo que el Pozo esconda. Y si lo que esconde es magia, contamos con tu cantar y con la espada del joven de las tierras altas. Con eso tenemos más que suficiente. Pronto oscurecerá, muchacho —concluyó, mirando al cielo.

Pasó el brazo sobre los hombros de Par en un gesto amistoso, y lo llevó a donde estaban Damson Rhee y los niños.

—En el momento oportuno —le dijo en voz baja—, veremos con nuestros propios ojos lo que ha sucedido con la Espada de Shannara.

Cuando la familia ficticia de Padishar Cesta llegó al final del parque y se disponía a entrar en la Vía Tyrsiana, Damson Rhee se volvió hacia el jefe de los proscritos.

—Los centinelas que patrullan por el muro se relevan a medianoche frente al cuartelillo de la Federación. Yo puedo provocar un pequeño alboroto que los distraiga el tiempo suficiente para que bajéis al Pozo... si estáis decididos a hacerlo. Debéis entrar por el extremo occidental, es importante que no lo olvidéis.

Extendió la mano, extrajo una moneda de plata de detrás de la oreja de Par y se la entregó. La cara grabada en la moneda era muy parecida a la de ella.

—Para que tengas suerte, Par Ohmsford —dijo—. La necesitarás si sigues metido en este asunto.

Dirigió a Padishar una mirada dura, cogió de la mano a los niños y se perdió entre la muchedumbre sin volver la cabeza atrás. El jefe de los proscritos y el joven del valle permanecieron inmóviles hasta que se perdió de vista.

—¿Quién es esta muchacha, Padishar? —preguntó Par.

—Lo que decida en cada momento —respondió el jefe de los proscritos, encogiéndose de hombros—. Se cuentan tantas historias sobre sus orígenes como sobre los míos. Vámonos. Tenemos que irnos.

Llevó a Par por la ciudad a través de calles secundarias y callejuelas. La circulación todavía era densa. Los viandantes se empujaban unos a otros para abrirse paso, impacientes y sudorosos. El crepúsculo había empujado hacia el oeste la luz solar, alargando las sombras, pero el calor del mediodía persistía en las murallas de la ciudad y brotaba de las piedras de las calles y de los edificios, gravitando en el aire. Ya se veía en el norte el cuarto creciente de la luna, y las estrellas salpicaban el firmamento por el este. Intentó pensar en lo que sabía sobre la desaparición de la Espada de Shannara, pero no lograba concentrarse porque su pensamiento se desviaba hacia Damson Rhee.

Antes de la caída de la noche llegaron al sótano de la armería, donde Coltar y Morgan los esperaban con impaciencia. Para cortar el alud de preguntas, el jefe de los proscritos les anunció, esbozando una sonrisa, que todo estaba arreglado. A medianoche, los hermanos del valle, el joven de las tierras altas, Ciba Blue y él harían una breve incursión en el barranco que lindaba con el antiguo palacio de los gobernantes de la ciudad. Utilizarían una escalera de cuerda. Stasas y Drutt se quedarían arriba. Recogerían la escalera cuando sus compañeros estuviesen abajo, y la ocultarían hasta que se la pidieran de nuevo. Si fuera necesario, se encargarían de los centinelas, tenderían la escalera y, a continuación, todos se irían por el mismo camino que habían llegado.

Se mostró concreto y despreocupado. En ningún momento mencionó la razón de

aquella salida, y ninguno de sus propios hombres se atrevió a preguntarla. Se limitaron a escucharlo hasta que terminó de hablar, y después retornaron a sus actividades con la mayor naturalidad. Pero Coltar y Morgan apenas podían contenerse, y Par se vio obligado a llevarlos aparte y referirles con detalles lo que había sucedido. Los tres se quedaron en un rincón del sótano, sentados sobre sacos de polvos para pulir. Las lámparas de aceite estaban encendidas, y la ciudad de arriba iniciaba el descanso.

—Es difícil creer que toda una ciudad haya olvidado que hubo más de un Parque del Pueblo y un puente de Sendic —dijo en voz baja Morgan, haciendo un gesto dubitativo.

—No mucho, si se tiene en cuenta que han dispuesto de más de cien años para convencerla —puntualizó Coltar—. Piénsalo detenidamente, Morgan. ¿Cuántas cosas, además de un parque y de un puente, se han olvidado durante ese tiempo? La Federación ha impuesto a las Cuatro Tierras trescientos años de revisionismo histórico.

—Coltar tiene razón —dijo Par—. Cuando murió Allanon, perdimos al único historiador auténtico. Las historias de los druidas eran las únicas compilaciones escritas que tenían las Razas, y ahora tampoco sabemos qué ha sido de ellas. Sólo nos quedan los narradores, con sus relatos orales, en su mayoría imprecisos.

—Se ha dicho que todo lo que respecta al mundo antiguo es un cúmulo de falsedades —prosiguió Coltar, con una mirada dura—. Nosotros sabemos la verdad, pero nadie comparte nuestras creencias. La Federación lo ha cambiado todo en pro de sus propios fines. Después de un centenar de años, no es extraño que nadie en Tyrsis recuerde que los actuales Parque del Pueblo y puente de Sendic no se correspondan con los que fueron. Y además, ¿a quién le preocupa?

—Quizá sea así —respondió Morgan, frunciendo el entrecejo—. Pero aquí hay algo que no encaja. —Su ceño se acentuó—. Me extraña que la Espada de Shannara, la cripta y todo lo demás hayan estado en el fondo de ese barranco durante tantos años sin que nadie pudiera advertirlo. Me extraña que nadie haya bajado a echar un vistazo y regresado para contarlo.

—También a mí —convino Coltar.

—Ninguno de nosotros pensó ni siquiera durante un minuto que no sería peligroso intentar la recuperación de la Espada —dijo Par en voz baja con un toque de exasperación en la voz, mientras dirigía una mirada a los proscritos, que no les prestaban ninguna atención—. No esperaréis que todo se reduzca a llegar allí y cogerla, ¿verdad? ¡Claro que nadie la ha visto! De lo contrario, ¿estaría perdida? ¡Y podéis apostar conmigo lo que queráis a que la Federación se ha asegurado de que nadie que haya bajado al Pozo haya tenido la menor oportunidad de volver a subir! ¡Ésa es la razón de la existencia de los centinelas y el cuartelillo! Por otra parte, el

hecho de que la Federación se haya tomado tantas molestias para ocultar el puente y el parque antiguos es un claro indicio de que la Espada se encuentra allí.

—También es un claro indicio de que es allí donde quieren que esté —respondió Coltar, mirando fijamente a su hermano mayor.

Cuando la conversación concluyó, cada uno de ellos se dirigió a tres rincones distintos del sótano. Ya era entrada la noche, cuando empezó a refrescar. Cenaron entre prolongados silencios. Sólo Padishar tenía cosas que decir, bullicioso como siempre, contando historias y chistes como si aquella noche fuese igual que cualquier otra, como si no fuera consciente de la falta de respuesta de su audiencia. Par se sentía demasiado excitado para comer o hablar, y no cesaba de preguntarse si Padishar estaba tan poco afectado como pretendía dar a entender. Nada parecía alterar el buen humor del jefe de los proscritos. Padishar Cesta era un valiente o un estúpido, y al joven del valle le molestaba no saber a qué atenerse.

Cuando concluyó la cena, permanecieron sentados, hablando en voz baja y mirando a las paredes. Poco después, Padishar se acercó a Par y se puso en cuclillas a su lado.

—¿Estás impaciente por actuar, muchacho? —le preguntó en voz baja.

No había nadie lo bastante cerca para poder oírlo. Par se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

—Bueno, ya no falta mucho. —El proscrito dio una palmada en la rodilla del joven del valle sin dejar de mirarlo—. No se debe olvidar cuál será nuestro objetivo en esta ocasión: un reconocimiento rápido y fuera de nuevo. Si la Espada está allí al alcance de la mano, aprovecharemos la ocasión. De lo contrario, no nos quedaremos. —Esbozó una sonrisa lobuna—. Cautela ante todo —concluyó, retirándose de su lado.

Los minutos se sucedían con la fatigosa lentitud de las horas del mediodía. Par y Coltar se sentaron juntos, sin hablar. Par casi podía oír los pensamientos de su hermano en el silencio. Las llamas de las lámparas de aceite fluctuaban y chisporroteaban. Un moscardón zumbaba, describiendo círculos bajo el techo hasta que Ciba Blue lo mató de un manotazo. El sótano empezaba a desprender olor a cerrado.

Entonces Padishar se levantó y dijo que había llegado el momento. Todos lo imitaron con la ansiedad reflejada en sus rostros. Se ciñeron las armas y se pusieron las capas. Abandonaron el sótano por la trampilla y salieron a las sombras de la noche.

Las calles de la ciudad estaban vacías y silenciosas. De las posadas y las cervecerías salían voces, acompañadas en ocasiones de carcajadas y gritos. Casi todas las farolas de los callejones seguidos por Padishar estaban rotas o apagadas, y sólo contaban con la luz de la luna. No caminaban furtivamente, sino procurando no

llamar la atención. Varias veces retrocedieron para evitar encontrarse con los grupos de jueguistas que iban camino de sus casas. Los borrachos y mendigos ante quienes pasaron apenas levantaron la vista de los quicios y portales que les daban cobijo. Por allí no había soldados, porque la Federación dejaba que las callejuelas y los pobres de Tyrsis se las arreglaran por su cuenta.

Cuando ya estaban en las proximidades del Parque del Pueblo y el puente de Sendic, Padishar les hizo cruzar la ancha Vía Tyrsiana en grupos de dos o tres y seguir direcciones diferentes en el interior del parque. Después se reunieron, sin perder de vista la iluminada vía por si se acercaba alguna de las patrullas de vigilancia de la Federación. Sólo pasó una, y no detectó su presencia. Había una guardia apostada ante el cuartelillo, en el centro del muro que bordeaba el Pozo, pero los soldados estaban rodeados de farolas encendidas, lo cual les impedía ver a las personas que estuvieran fuera de su círculo luminoso. Padishar llevó con rapidez al grupo, a través del parque desierto, hacia el oeste, donde el barranco se unía a los acantilados. Una vez allí, les ordenó que se detuvieran y esperaran.

Agachado e inmóvil en la oscuridad, Par podía escuchar los latidos de su corazón. El silencio sólo era roto por el zumbido de los insectos. Las cigarras cantaban con estridente cadencia. Los siete hombres, ocultos entre unos matorrales, eran invisibles desde fuera. Pero cualquiera que no compartiera su escondite también sería invisible para ellos. Par se sentía incómodo y se preguntaba si aquel lugar era adecuado. Miró a Padishar Cesta, pero éste estaba ocupado supervisando el despliegue de la escalera de cuerda que les permitiría bajar al barranco...

Par dudaba. El Pozo. Bajar al Pozo. Se obligó a pronunciar la palabra.

Respiró profundamente, para intentar serenarse, y se preguntó si Damson Rhee estaría cerca.

Una patrulla de cuatro soldados de la Federación, que recorría el muro, apareció casi delante de ellos. Aunque el sonido de sus botas les había puesto sobre aviso, su presencia los aterrorizó. Par y los otros se encogieron en su escondrijo. Los soldados se detuvieron, intercambiaron unas palabras en voz baja, dieron media vuelta y se fueron por donde habían llegado.

Par exhaló lentamente el aire contenido, y se arriesgó a echar una rápida mirada al oscuro hoyo del barranco. Era una hondonada silenciosa y sin fondo, negra como el carbón.

Padishar y los otros proscritos colocaban en su sitio la escalera de cuerda, preparándola para el descenso. Par se puso de pie, deseando relajar sus músculos que empezaban a entumecerse y ansiando iniciar el descenso cuanto antes. Debería de haberse sentido más seguro, pero no lo estaba. Su inquietud crecía cada segundo que pasaba, sin que supiera la razón. Había algo que lo acuciaba, haciendo que se pusiera en guardia; era una especie de sexto sentido que no podía identificar.

Le pareció que había oído algo a sus espaldas en el parque, no en el barranco. Miró hacia atrás, escrutando la oscuridad con su aguda mirada élfica.

De repente, se produjo una gran conmoción en el cuartelillo, y los gritos de alarma rompieron la calma nocturna.

—¡Ahora! —los apremió Padishar Cesta, y todos corrieron hacia el muro.

La escalera ya estaba asegurada, atada a dos de las púas que coronaban el muro. A toda prisa, tiraron el otro extremo al fondo del barranco. Ciba Blue sería el primero en bajar. La mancha color cobalto de su mejilla parecía un agujero a la luz de la luna. Comprobó la seguridad de la escalera, e inmediatamente inició el descenso.

—Estad atentos a mi señal —dijo Padishar en voz baja y áspera, dirigiéndose a Stasas y Drutt.

Iba a volverse para indicarle a Par que siguiera a Ciba Blue cuando un enjambre de soldados de la Federación armados con lanzas y ballestas surgió de la oscuridad, figuras silenciosas que parecían haber salido de la nada. Todos se quedaron petrificados. Par sintió que su estómago se contraía por la sorpresa. Debía haberlo intuido, debía haberlos sentido, pensó, y en seguida se dio cuenta de que había sido así.

—Tirad vuestras armas —ordenó una voz.

Durante un breve instante, Par temió que Padishar Cesta optase por enfrentarse a los soldados en lugar de rendirse. Los ojos del jefe de los proscritos miraron a izquierda y a derecha, pero sólo le sirvió para comprobar la superioridad de los recién llegados. Su expresión se relajó, en sus labios se dibujó una sonrisa casi imperceptible y, sin decir palabra, dejó caer su espada y su largo cuchillo. Los demás miembros del grupo lo imitaron, y los soldados de la Federación estrecharon su cerco. Recogieron las armas y les ataron las manos a la espalda.

—Hay otro abajo, en el Pozo —dijo un soldado al jefe de la patrulla; un individuo de pequeña estatura, cabellos cortos y galones de comandante en la camisa oscura.

—Cortad las cuerdas de la escalera y que se quede ahí —ordenó, mirando al fondo del Pozo.

Lo obedecieron sin oponer ninguna objeción, y la escalera cayó. Par esperó un grito, pero no se produjo. Quizá Ciba Blue ya estaba abajo. Miró a Coltar, que se limitó a hacer un gesto contrariado de resignación.

—Debes saber que uno de los tuyos te ha traicionado —dijo en tono indiferente el comandante de la Federación acercándose a Padishar.

Esperó una respuesta, pero no la recibió. La expresión de Padishar Cesta se mantuvo inalterable. Sólo sus ojos reflejaban una ira contenida.

Entonces un grito aterrador, que surgió de las profundidades del Pozo, rompió el silencio. Se elevó en la noche como un pájaro herido, rebotó contra el acantilado y, por fortuna, se extinguió.

Era Ciba Blue, pensó Par, horrorizado.

El comandante de la Federación dirigió una mirada rutinaria al barranco y ordenó que se llevaran a los prisioneros.

Los condujeron a lo largo del muro hacia el cuartelillo, en fila india, con soldados intercalados. Par caminaba en silencio y abrumado, con el eco del grito de Ciba Blue resonando en sus oídos. ¿Qué podía haberle sucedido en el Pozo? Tragó saliva para paliar el malestar de su estómago y se obligó a pensar en otra cosa. Traicionado, había dicho el comandante de la Federación. Pero ¿por quién? Era obvio que ninguno de los presentes podía ser el traidor... ¿Uno de los hombres de Padishar...?

Tropezó con la raíz de un árbol, recuperó el equilibrio y siguió adelante. En su mente daban vueltas pensamientos dispares. Suponía que los llevaban a las prisiones de la Federación. Una vez allí, la gran aventura habría tocado a su fin. Ya no habría nadie que se ocupara de buscar la Espada de Shannara. No tendría que preocuparse por la misión que Allanon le había encomendado. Nadie había salido de las prisiones de la Federación.

Tenía que trazar un plan de fuga y ponerlo en práctica.

Fue un pensamiento instintivo, que ocupó su mente desalojando todos los demás. Si no lo hacía, tanto él como sus compañeros quedarían encerrados para siempre, y serían olvidados. De repente cayó en la cuenta de que Damson Rhee sabía dónde estaban y, por tanto, ella podía ser muy bien la traidora.

Era una desagradable posibilidad, pero no por ello debía ser rechazada.

Redujo el ritmo de su respiración. Si desperdiciaba la primera oportunidad de huir, no se le presentarían muchas más. Una vez dentro de la prisión, sería más difícil. Quizá Padishar elaborara un plan entonces, pero él no deseaba depender de esa posibilidad. Pensaba que había sido Padishar quien los había metido en aquel lío, aunque admitía la posibilidad de ser injusto.

Vio el parpadeo de las luces del cuartelillo entre los árboles del parque. Disponía de pocos minutos. Pensó que podría conseguirlo si lo intentaba solo. Tendría que dejar a Coltar y a Morgan. No le quedaba otra alternativa.

Les llegaron voces de delante. Había otros soldados esperándolos. La fila empezó a deshacerse, y algunos guardianes se retiraron un poco. Par aspiró una bocanada de aire, esperó hasta que pasaron por un grupo de abedules, y entonces utilizó el cantar. Lo hizo en voz baja, que se introdujo en los sonidos de la noche como un susurro de brisa, una suave llamada de pájaro, un canto de grillo. Dejó que su magia se extendiera e inundara las mentes de los soldados que estaban junto a él, distrayéndolos, obligándolos a mirar a otro lado, a que se olvidaran de su presencia...

Entonces sólo tuvo que meterse entre los árboles y desaparecer.

La fila de prisioneros continuó su camino sin él. Nadie lo echó en falta. Si Coltar,

Morgan o los proscritos vieron algo, lo guardaron para sí. Los soldados de la Federación y sus prisioneros continuaron avanzando hacia las luces, dejándolo solo.

Cuando se fueron, él empezó a moverse sin hacer ningún ruido.

Inmediatamente después consiguió liberarse de las cuerdas que ataban sus manos. Encontró una púa con los lados mellados sobre el muro del barranco, a un centenar de metros del lugar de su huida y, poniéndose de espaldas, cortó las cuerdas. Aún no habían dado la voz de alarma; al parecer, nadie había advertido su ausencia. Quizá no se habían molestado en contarlos cuando los hicieron prisioneros. Al fin y al cabo, estaba oscuro y fueron capturados en unos pocos segundos.

En cualquier caso, estaba libre. ¿Qué debía hacer ahora?

Atravesó el parque en dirección a la Vía Tyrsiana, manteniéndose entre las sombras, deteniéndose con frecuencia para escuchar los sonidos de su posible persecución, pero nunca los percibió. Sudaba copiosamente, la túnica se le pegaba a la espalda y su cara estaba cubierta de polvo. Se sentía alegre por haber logrado huir y abrumado por no saber cómo aprovecharlo. No tenía a quien recurrir en la ciudad, ni fuera de ella, en demanda de ayuda. No sabía a quién dirigirse ni en quién confiar. Y no tenía idea de cómo regresar a la Cuña de Parma. Steff le ayudaría si se enteraba de que sus compañeros estaban en apuros. Pero ¿cómo podía llegar hasta el enano antes de que fuese demasiado tarde?

Pudo ver entre los árboles las luces de la Vía Tyrsiana. Par se detuvo en el lindero occidental del parque y se sentó junto al tronco de un viejo arce, desesperado. Tenía que hacer algo. No podía vagar sin rumbo indefinidamente. Se limpió la cara con la manga y apoyó la cabeza en la áspera corteza. De repente, se sintió mal y necesitó recurrir a toda su fuerza de voluntad para no vomitar.

Tenía que regresar en busca de Coltar y Morgan. Tenía que encontrar la forma de liberarlos.

El cantar, pensó.

¿Pero cómo?

Una patrulla de la Federación bajaba por la Vía Tyrsiana. Las pisadas de sus botas resonaban en el silencio. Par se encogió y esperó hasta que se extinguieron. Entonces abandonó su refugio y bordeó el parque hacia una fuente cercana. Una vez allí, se inclinó y se lavó la cara y las manos. El agua corrió por su piel como plata líquida.

Apoyó la cabeza en el pecho, y de repente, se sintió muy cansado.

El brazo que lo rodeó era fuerte e inflexible, y le echó la cabeza atrás con violencia. Se encontró cara a cara con Damson Rhee.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó la muchacha pelirroja en voz baja.

Par buscó su cuchillo largo desesperadamente. Pero no llevaba ningún arma, porque se las había quitado la Federación en el momento de ser capturado. Dio un

empujón a la muchacha, intentado liberarse de sus brazos, pero ella lo eludió sin esfuerzo aparente y le lanzó una fuerte patada al estómago que le hizo doblarse.

—¿Qué estás haciendo, idiota? —le dijo en voz baja y áspera.

Sin esperar la respuesta, lo arrastró hasta las protectoras sombras del parque y lo tiró al suelo.

—¡Si vuelves a intentar algo así conmigo, te partiré los dos brazos! —exclamó, indignada.

Par se enderezó hasta sentarse, buscando todavía la manera de liberarse de la muchacha. Pero la joven lo obligó a tenderse de nuevo y se agachó a su lado.

—¿Por qué no empezamos desde el principio, joven elfo? ¿Dónde están los demás? ¿Qué les ha ocurrido?

—¡La Federación los ha hecho prisioneros! —exclamó Par, conteniendo su ira—. ¡Nos estaban esperando, Damson! ¡Como si no lo supieras!

La furia se tornó en sorpresa en los ojos verdes de la muchacha.

—¿Qué quieres decir exactamente con la frase «como si no lo supieras»?

—Nos estaban esperando. Ni siquiera nos dieron tiempo de atravesar el muro. ¡Fuimos traicionados! ¡El comandante de la Federación nos lo dijo! ¡Dijo que había sido uno de los nuestros... un proscrito, Damson! —concluyó Par, temblando.

—Y tú has decidido que la traidora fui yo, ¿verdad, Par Ohmsford? —dijo Damson Rhee, mirando fijamente al joven del valle.

—¿Quién mejor que tú? —respondió Par, levantándose sobre los codos—. ¡Eres la única que sabía qué íbamos a hacer... la única que está libre! ¿Quién podría haber sido sino tú?

Se produjo un largo y opresivo silencio, mientras se observaban en la oscuridad. Les llegó un rumor de voces. Alguien se acercaba.

—No lo sé. ¡Pero no fui yo! —dijo Damson Rhee, inclinándose hacia él—. ¡Ahora, tiéndete en el suelo y no muevas ni un dedo hasta que hayan pasado!

Lo empujó hacia unos matorrales y, a continuación, se echó a su lado. Par sintió el calor de su cuerpo y olió su dulce aroma. Cerró los ojos y esperó. Eran dos soldados de la Federación que abandonaban el parque. Se detuvieron un instante y continuaron su camino.

Damson Rhee acercó los labios al oído de Par.

—¿Saben que te has escapado?

—No estoy seguro —respondió en voz baja, haciendo un gesto dubitativo.

Ella le cogió la barbilla con suavidad y le obligó a volver la cara hasta que quedó frente a la suya.

—No os he traicionado. Aunque lo parezca, yo no lo he hecho. Si yo hubiera pretendido entregarte a la Federación, hubiera llamado a esa pareja de soldados.

Los ojos verdes de la joven brillaban tenuemente a la luz de la luna que penetraba

entre las ramas de su escondite. Par miró aquellos ojos y no encontró ni el más leve indicio de engaño en ellos. Sin embargo, seguía dudando.

—Tienes que decidir aquí y ahora si me crees o no —dijo la joven.

—¡No es tan fácil!

—¡Pero has de hacerlo! Mírame, Par. ¡No he traicionado a nadie... ni a ti, ni a Padishar, ni a los demás; no le hecho antes ni lo haré nunca! ¿Por qué iba a hacerlo? ¡Odio a la Federación tanto como el que más! —Hizo una breve pausa, exasperada—. Os advertí que era una misión peligrosa. Os dije que el Pozo era un agujero negro que se tragaba a los hombres. ¡Fue Padishar quien insistió!

—Eso no hace que sea responsable de lo sucedido.

—¡Ni a mí! Prometí que los distraería, y lo hice.

Par hizo un gesto de asentimiento.

—¡Ya ves! ¡He cumplido mi parte del trato! ¿Por qué iba a molestarme en hacerlo si os hubiera traicionado?

Par no contestó.

—No reconocerás nada, ¿verdad? —Le palpitaban las fosas nasales. Después echó hacia atrás la cabellera rojiza, que produjo un destello de color—. ¿Me explicarás, al menos, lo que ha sucedido?

Par dio un suspiro. Le refirió en pocas palabras su captura, incluyendo la aterradora desaparición del proscrito Ciba Blue. Fue deliberadamente inconcreto sobre la forma en que había conseguido huir. La magia era asunto suyo. Su secreto le pertenecía.

—De hecho, tanto podrías haber sido tú el traidor como yo —dijo Damson, que no estaba dispuesta a admitir la facilidad de su fuga—. ¿Cómo te las arreglaste para escapar cuando los otros no lo consiguieron?

—¿Por qué iba a hacer una cosa así a mis amigos? —respondió Par sonrojándose, ofendido por la acusación e irritado por sus insistencia.

—Estás utilizando el mismo razonamiento que yo —replicó la joven.

Se observaron en silencio, midiendo sus fuerzas. Lo que había dicho Damson era lógico. Había tantas razones para sospechar de él como de ella. Pero eso no cambiaba el hecho de que él no había sido.

—Toma una decisión, Par —le exigió—. ¿Me crees o no?

Su expresión parecía sincera a la escasa luz. Las sombras de las diminutas hojas de los matorrales moteaban su piel joven. Se sintió atraído de una forma que antes no hubiese creído posible. Aquella muchacha tenía algo especial, algo que vencía sus celos y eliminaba sus dudas. Los ojos verdes seguían fijos en él, insinuantes y persuasivos. Sólo veía franqueza en su interior.

—De acuerdo, te creo —dijo el joven del valle.

—Entonces explícame cómo conseguiste huir —le pidió—. No, no utilices

argumentos en contra. Necesito una prueba de tu inocencia para poder colaborar contigo.

Poco a poco, se fue resquebrajando la firmeza del propósito de Par de mantener en secreto el cantar. Ella tenía razón. Sólo le pedía lo que él hubiera pedido si estuviera en su lugar.

—Recurrí a la magia.

—¿Magia? ¿De qué clase? —preguntó la muchacha, acercándose aún más a él, como si quisiera valorar mejor la sinceridad de sus palabras.

Par seguía sumido en un mar de dudas.

—¿Prestidigitación? ¿Hechizos? —lo presionó—. ¿Alguna forma de encubrimiento?

—Sí —respondió el joven del valle—. Puedo hacerme invisible cuando quiero.

Se produjo un largo silencio. Par detectó curiosidad en los ojos de la muchacha.

—Posees magia verdadera, ¿no es cierto? —dijo ella al fin—. No la ficticia que yo utilizo cuando las monedas aparecen y desaparecen y el fuego danza en el aire. Tú tienes la que está prohibida. Por eso Padishar muestra tanto interés por ti. ¿Quién eres, Par Ohmsford? Dímelo.

En el parque reinaba la quietud. Ya no se oían las voces de los centinelas. La noche estaba tranquila y silenciosa, como si en el mundo sólo estuvieran ellos dos. Par pensó en la conveniencia de su respuesta. Pisaba piedras asentadas sobre arenas movedizas.

—Lo que estás viendo —dijo por fin—. Alguien con sangre élfica que le otorga la magia de sus antepasados. Tengo su magia o, al menos, una pequeña parte de ella.

La chica se quedó pensativa, mirándolo. Después pareció que había llegado a una conclusión. Se arrastró fuera de los matorrales, tirando de él. Se pusieron de pie y se sacudieron las ropas, respirando profundamente el fresco aire nocturno. El parque estaba desierto.

—Nací en Tyrasis —empezó a hablar ella de forma espontánea—. Soy hija de un armero y de su esposa. Tuve un hermano y una hermana, los dos mayores que yo. Cuando cumplí los ocho años de edad, la Federación descubrió que mi padre suministraba armas al Movimiento. Alguien... un amigo, un conocido, jamás lo supe... lo delató. Los investigadores llegaron a nuestra casa a medianoche, le prendieron fuego y ardió hasta los cimientos. Mi familia estaba dentro y ardió con ella. Yo me libré porque estaba pasando unos días con mi tía. Al año siguiente, también murió ella, y me vi obligada a vivir en las calles. Así crecí. Todos mis parientes habían desaparecido y no tenía amigos. Un mago callejero me tomó de aprendiz y me enseñó el oficio. Ésa ha sido mi vida. —Hizo una breve pausa—. Debí decirte por qué jamás denunciaría a nadie a la Federación.

Levantó la mano y rozó con los dedos la mejilla de Par. Luego la bajó para

cogerlo del brazo.

—Lo que haya que hacer, ha de hacerse esta noche. Después sería demasiado tarde. La Federación sabe quién es Padishar Cesta. Llamarán a Rimmer Dall y a sus investigadores para que lo interroguen. Cuando eso suceda, el rescate será imposible.

—Hizo una pausa para asegurarse de que el joven del valle había captado el significado de sus palabras—. Tenemos que ayudarles ahora.

Par se quedó helado al imaginarse a Coltar y a Morgan en manos de Rimmer Dall. ¿Y Padishar? ¿Qué haría el jefe de los investigadores con el líder del Movimiento?

—Esta noche —insistió la muchacha con voz suave—. Cuando no lo esperan. Padishar y los demás estarán aún en las celdas del cuartelillo. Todavía no los habrán trasladado. Se encontrarán cansados y somnolientos. No tendremos una oportunidad mejor.

—¿Tú y yo? —preguntó Par, mirándola con incredulidad.

—Si accedes a venir conmigo.

—Pero ¿qué podemos hacer los dos solos?

—Háblame de tu magia —dijo la muchacha, cuyos cabellos rojizos brillaban bajo la luz de la luna, acercándose más el—. ¿Qué efectos produce, Par Ohmsford?

—Me hace invisible —respondió el joven del valle, sin dudar ni solo instante—. Me da una apariencia distinta. Me permite lograr que otros vean cosas que no existen. —Empezó a animarse—. Todo lo que quiera. Si no es por mucho tiempo ni abarca mucho espacio. No es más que una ilusión, ¿comprendes?

Se alejó de él, se metió entre los árboles próximos y se detuvo. Permaneció allí, entre las sombras, sumida en sus pensamientos. Par esperó sin moverse de su sitio, sintiendo la frialdad de una súbita ráfaga de viento, escuchando el silencio que cubría la ciudad como las aguas el fondo de un océano. Casi se podía nadar en aquel silencio hacia mejores tiempos y lugares. Se sentía invadido por un miedo del que no podía librarse... miedo ante la sola idea de regresar en busca de sus amigos, miedo a fracasar en el intento. Pero la pasividad le resultaba completamente inconcebible.

¿Qué podían hacer ellos dos solos?

Como si leyera su pensamiento, Damson volvió a su lado. Sus ojos tenían una mirada intensa, y lo agarró con fuerza por los brazos.

—Creo que conozco un medio, Par —dijo la joven en voz baja.

—Explícamelo —le pidió Par, esbozando una sonrisa contra su voluntad.

LIBRO II



Cuando dejó al pequeño grupo en el Cuerno del Infierno, Walker Boh se dirigió directamente a la Chimenea de Piedra. Condujo su caballo hacia el este a través de los llanos de Rabb, dejó atrás Storlock y a sus habitantes, los sanadores, cruzó las montañas de Wolfstaag por el Desfiladero de Jade y remontó el torrente de Chard hasta que entró en la Cuenca Tenebrosa. Tres días después de su partida estaba de regreso en casa. Había evitado a los viajeros durante el viaje y no había hablado con nadie; sólo se había detenido el tiempo imprescindible para comer y dormir. No era un compañero de viaje agradable, y él lo sabía. Estaba obsesionado por su encuentro con el espíritu de Allanon.

Veinticuatro horas después de su llegada, el Anar fue azotado por una fuerte tormenta estival, y Walker se encerró en su casa a la espera de que cesaran los vientos que azotaban los muros de madera y la lluvia que caía copiosamente sobre el tejado. Todo el valle estaba inundado, iluminado por los destellos de los rayos y estremecido por los largos y aterradores rugidos de los truenos. El incesante ruido que era producido por la lluvia ahogaba cualquier otro que no fuese el de los truenos, y Walker se sentó, abrigándose con una manta, en una oscuridad espiritual que nunca hubiera podido imaginar.

Estaba desesperado.

Le asustaba no poder cambiar el curso de las cosas. Podía cambiar de nombre, pero siempre llevaría en sus venas la sangre de los Ohmsford, y era plenamente consciente de que los Ohmsford, a pesar de sus recelos, siempre habían hecho suya la causa del druida. Así había ocurrido con Shea y Flick, con Wil y también con Brin y Jair. Y ahora les tocaba el turno a ellos, a Wren, a Par y a él. Par lo había aceptado. El joven del valle era un romántico incurable, un campeón de los oprimidos y los humillados. Par era un loco.

Sin embargo, desde otro punto de vista, también podía ser considerado una persona realista. Porque, si se otorgaba crédito a la Historia, Par se había limitado a aceptar sin condiciones lo que Walker, al fin, se vería obligado a hacer: someterse a la voluntad de Allanon, defender la causa de un muerto. El espíritu de druida se había presentado como un patriarca implacable, llegado del más allá para reprocharles su falta de diligencia y sus recelos, y a continuación cargar sobre sus espaldas misiones de locura y autodestrucción. ¡Propiciar el retorno de los druidas! ¡Restablecer Paranor! Hacedlo porque yo digo que debe hacerse, porque yo digo que es necesario, porque yo, que soy un ser incorpóreo y difunto, así os lo demando.

Cuanto más pensaba en el asunto, que era tan opresivo como la tormenta atmosférica que en aquellos momentos se estaba desatando sobre el Anar, más aumentaba su mal humor. El espíritu del druida exigía que Par, Wren y él cambiaran

por completo la faz del mundo, que cogieran en sus manos trescientos años de evolución de las Cuatro Tierras y los eliminaran en un abrir y cerrar de ojos. ¿No era eso lo que les había pedido el espíritu? El retorno de la magia y de los poseedores de esa magia, de quienes la habían configurado, de todas las cosas que habían desaparecido trescientos años atrás. ¡Una locura! ¡Jugarían con las vidas de las personas como si ellos fueran sus creadores... y no tenían ningún derecho a hacerlo!

Entre la bruma grisácea fruto de su ira y de su miedo consiguió perfilar los rasgos del espíritu de Allanon, el último druida, el guardián de la Historia de las Cuatro Tierras, el protector de las Razas, el dispensador de la magia y sus secretos. Su lúgubre figura se levantaba contra las tres centurias transcurridas como una nube contra el Sol, bloqueando el calor y la luz. Todos los acontecimientos que habían jalonado su vida, llevaban el inconfundible sello de Allanon. Y antes que él fue Bremen, y antes que éste los druidas del Primer Consejo de las Razas. Guerras de magia, luchas para sobrevivir, batallas entre la luz y las tinieblas, o tal vez entre la penumbra y la penumbra. Eso era obra de los druidas.

Y ahora les pedía su ayuda para restablecer todo eso.

Como siempre, se podía afirmar que era necesario. Se podía decir, asimismo, que los druidas sólo actuaban para preservar y proteger a las Razas, nunca para moldearlas. Pero ¿cuándo existió una cosa sin la otra? Por otra parte, esa necesidad era subjetiva. Los Espectros ocupaban ahora el lugar del Señor de los Hechiceros, de los demonios y de los Espectros Corrosivos del pasado. Pero ¿qué eran los Espectros actuales para que los hombres necesitaran imperiosamente la ayuda de los druidas y de la magia? ¿No podían enfrentarse por sí solos con los males del mundo en lugar de recurrir a un poder que apenas podían comprender? La magia proporcionaba tanto dolor como alegría, su lado oscuro podía ejercer tanta influencia como el luminoso. ¿Debía él, Walker Boh, prestar su colaboración para devolvérsela a unos hombres que habían demostrado reiteradamente su incapacidad para manejarla?

¿Debía hacerlo?

Sin embargo, sin el concurso de la magia, el mundo se convertiría, como el espíritu de Allanon les había mostrado, en una pesadilla de fuego y de tinieblas dominada por seres como los Espectros. Después de todo, tal vez fuese verdad que sólo la magia podría salvar a las Razas de tales monstruos.

Tal vez.

El fondo del asunto era que él no quería participar de ninguna forma en los futuros acontecimientos. Él no pertenecía a las Razas de las Cuatro Tierras ni en cuerpo ni en espíritu; no se sentía vinculado a los hombres y mujeres que las poblaban; no había un lugar entre ellos para él. Llevaba la maldición de su propia magia, que lo había despojado de su humanidad y del lugar que le correspondía por derecho propio entre los humanos, aislándolo del resto de los seres vivos. En

realidad, resultaba irónico, porque era el único que no temía a los Espectros. Incluso, si se lo pidieran, podría convertirse en un poderoso valedor contra ellos. Pero nunca se lo pedirían. Le temían a él tanto como a los Espectros. Era el Tío Oscuro, el descendiente de Brin Ohmsford, el portador de su semilla y su responsabilidad, y de algún encargo indefinido de Allanon...

Pero el encargo ya había sido concretado. Tenía que restaurar Paranor y a los druidas, extraerlos del vacío del pasado, sacarlos de la nada.

Eso era lo que el espíritu de Allanon le exigía, y esa exigencia vagaba sin descanso por el paisaje de su mente, obviando todos los argumentos, esquivando todas las razones, recordándole que seguía allí.

Dio vueltas y más vueltas al asunto durante varios días. Cesaron las tormentas y el Sol volvió a hacer acto de presencia, resecaando los llanos, pero dejó las tierras boscosas sumergidas en el calor y la humedad. Unos días después salió de su casa para recorrer el valle en compañía de Rumor. El gigantesco gato del páramo, que se había guarecido de la tormenta en los bosques del este, había regresado a casa. Sus ojos luminosos eran tan profundos como la desesperación del Tío Oscuro. El animal le hacía mucha compañía, pero no podía aportar ninguna solución a su problema ni aliviar sus cavilaciones. Caminaron durante varios días y descansaron otras tantas noches, pero el tiempo parecía haberse detenido sobre unos acontecimientos que se desarrollaban más allá de su refugio y que ellos no podían conocer ni ver.

Cogline regresó al valle de la Chimenea de Piedra la misma tarde en que Par Ohmsford y sus compañeros fueron traicionados cuando intentaban rescatar la Espada de Shannara, y rompió la ilusión de independencia que tanto le había costado mantener a Walker. Ya había caído la tarde, el Sol se había ocultado tras el horizonte y los cielos estaban bañados por la luz de la Luna y tachonados de estrellas. Aquel día Walker se había acercado a Las Agujas, un refugio que para él era sedante, una piedra enorme que, al parecer, restauraba sus fuerzas. La puerta de la cabaña estaba abierta y las habitaciones iluminadas como siempre, pero Walker advirtió la diferencia antes de que Rumor interrumpiera su ronroneo y erizara los pelos de la nuca.

Atravesó con cautela el porche y se detuvo en el umbral de la puerta.

Cogline estaba sentado a la vieja mesa de madera del comedor, con el rostro esquelético inclinado para protegerse del resplandor emitido por la luz de las lámparas de aceite y vestido con sus habituales ropas grises. Junto a él había un paquete grande y cuadrangular, envuelto en hule y atado con una cuerda. Estaba comiendo, y ante él tenía un vaso de cerveza que apenas había probado.

—Te estoy esperando, Walker Boh —le dijo antes de que entrara.

—Podías haberte ahorrado la molestia —respondió Walker, dirigiéndose hacia el interior iluminado.

—¿Molestia? —inquirió el anciano, extendiendo una mano huesuda, que Rumor

olisqueó con familiaridad—. Ya era hora de que volvieres de nuevo a mi casa.

—¿Es ésta tu casa? —preguntó Walker—. Creía que te sentías más cómodo entre las reliquias de tu pasado druídico.

Esperó una respuesta, pero Cogleine guardó silencio.

—Si has venido con la intención de persuadirme de que acepte la misión que me encomendó el espíritu, debes saber de una vez por todas que nunca lo conseguirás —prosiguió Walker.

—Vamos, Walker. «Nunca» es demasiado tiempo. No tengo la menor intención de persuadirte de nada. Sospecho que ya ha habido demasiada persuasión.

Walker continuaba de pie junto a la puerta. Se sentía inquieto e indefenso. Se acercó a la mesa para sentarse frente a Cogleine, mientras éste bebía un largo trago de cerveza.

—Tras mi desaparición en el Cuerno del Infierno, es posible que pensaras que me había ido para siempre —dijo con una voz suave, distante y emocionada que a Walker le resultó extraña—. Incluso es posible que lo desearas.

Walker permaneció en silencio.

—He estado dando vueltas por ahí, por el mundo. He recorrido las Cuatro Tierras, he andado entre las Razas, he atravesado comarcas y ciudades. He tomado el pulso a la vida y lo he encontrado débil. Un campesino me habló de los prados de Streleheim, abrumado y apesadumbrado por lo que allí ocurría. «Nada crece —me dijo—, la tierra parece enferma, víctima de una plaga.» También él estaba afectado por la enfermedad.

»Un comerciante de tallas y juguetes de madera, natural de una pequeña aldea situada más allá de Varfleet —prosiguió Cogleine—, me dijo: "Me voy porque nadie me necesita. La gente ha dejado de interesarse por mi trabajo. Se pasan el día sumidos en sus pensamientos y perdiendo el tiempo".

»La vida se está agostando en las Cuatro Tierras, Walker. Un poco aquí y otro poco allá, como si se hubiera perdido el deseo de vivir. Los árboles y arbustos se secan, los hombres y los animales enferman y mueren. Todo se convierte en polvo, y la neblina formada por ese polvo invade el aire como si estuviera empezando a suceder lo que nos mostró Allanon. Ya está empezando, Walker, ya está empezando —concluyó el anciano, observándolo de soslayo con sus agudos ojos.

—La tierra y sus gentes siempre han sufrido enfermedades, Cogleine —respondió Walker, haciendo un gesto de resignación—. Las relacionas con la visión que nos mostró el espíritu del druida porque te sientes inclinado a hacerlo.

—No, Walker, no —repuso el anciano, haciendo un gesto negativo—. No quiero recrearme en las visiones ofrecidas por los druidas. Como tú, sólo soy un peón en lo que ha sucedido. Piensa lo que quieras, pero no tengo ningún deseo de verme envuelto en los futuros acontecimientos. Yo he elegido mi propia vida como tú la

tuya. Pero no puedes admitirlo, ¿verdad?

—Aceptaste la magia sin que nadie te lo impusiera —respondió Walker, esbozando una irónica sonrisa—. Tú, que fuiste druida, tuviste la posibilidad de elegir. Te instruiste en una mezcla de antiguas ciencias y magias porque ambas cosas te interesaban. Pero no es ése mi caso. Yo nací con un legado que mejor hubiese sido no tener. Se me otorgó la magia sin que nadie pidiera mi consentimiento, y la utilizo porque no puedo evitarlo. Es una piedra de molino que me arrastrará hasta el fondo. No quiero engañarme a mí mismo. La magia ha arruinado mi vida. No puedes compararte conmigo, Cogleine —concluyó Walter, con una gran amargura reflejada en su rostro.

—Tus palabras son duras, Walker Boh —repuso el anciano, irguiéndose—. Hubo un tiempo en que mostrabas un verdadero interés en mis lecciones sobre la utilización de la magia, en conocer a fondo sus secretos.

—Simple instinto de supervivencia y nada más. Yo era un niño que estaba atrapado en un monstruoso plan trazado por los druidas. Te utilicé para poder mantenerme con vida. Tú eras todo lo que yo tenía —repuso Walker con una expresión triste reflejada en su rostro—. No pretendas que te dé las gracias, Cogleine. No estoy tan bien educado para poder hacerlo.

Cogleine se levantó de forma brusca e inesperada, desmintiendo con aquel movimiento su aparente fragilidad. Se irguió frente a la figura vestida de oscuro que permanecía sentada frente a él y le dirigió una mirada de reproche.

—Pobre Walker —dijo en voz baja—. Sigues negando lo que eres, sigues negando tu propia existencia. ¿Durante cuánto tiempo podrás mantener esa ilusión?

Se produjo un tenso silencio que pareció interminable. Rumor, enroscado ante el fuego sobre una estera en el otro extremo de la habitación, levantó la cabeza con gesto de curiosidad. Un ascua crujió y se partió en dos, lanzando por los aires una lluvia de chispas.

—¿Por qué has venido, anciano? —preguntó Walker Boh con voz áspera, rompiendo el silencio. Su boca tenía un sabor amargo, y supo que no era producido por la ira, sino por el miedo.

—Para intentar ayudarte —respondió Cogleine, sin ironía—. Para orientar tus pensamientos.

—Puedo arreglármelas muy bien sin tu ayuda.

—¿Muy bien? —inquirió el anciano, haciendo un gesto negativo—. No, Walker. Mientras no aprendas a luchar contra ti mismo, no conseguirás arreglarte bien. Te esfuerzas mucho en eso. Estaba convencido de que mis lecciones sobre la utilización de la magia conseguirían alejarte de tales niñerías. Pero parece que estaba equivocado. Te enfrentas a situaciones difíciles, y es posible que no consigas superarlas. Ábrelo —concluyó Cogleine, empujando hacia él, a través de la mesa, el

pesado paquete.

Walker dudó un breve instante, sin apartar los ojos del paquete. Después lo cogió, desató el cordel con sus hábiles dedos y retiró el hule.

Se encontró ante un enorme libro, encuadernado en cuero, con bellas estampaciones en oro. Lo acarició un instante, levantó la tapa, miró la primera página y lo soltó de golpe como si le quemara las manos.

—Sí, Walker. Es un volumen de las desaparecidas Historias de los druidas, sólo eso —dijo el anciano, con una expresión intensa reflejada en su rostro.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Walker.

—De las proximidades del desaparecido Paranor —respondió Cogleine inclinándose hacia él, mientras el aire parecía llenarse con el sonido de su respiración.

—Mientes —repuso Walker Boh, levantándose lentamente de la mesa.

—¿Yo? Mírame a los ojos y dime lo que ves.

—¡No me importa de dónde lo hayas sacado, ni las fantasías que hayas inventado para hacerme creer lo que sé que es imposible! —exclamó Walker retrocediendo y temblando—. ¡Devuélvelo al lugar de donde lo hayas cogido o deja que se hunda en las ciénagas! ¡No quiero saber nada de él!

—No, Walker, no lo devolveré —respondió Cogleine, haciendo un gesto negativo—. Lo saqué de un reino del pasado lleno de bruma gris y muerte para dártelo. ¡No soy la persona encargada de atormentarte... nunca lo seré! ¡Soy lo más parecido a un amigo que nunca tendrás, aunque no quieras admitirlo! —El viejo rostro se suavizó—. Antes te dije que he venido a ayudarte, y es cierto. Lee el libro, Walker. En sus páginas encierra verdades que es preciso que conozcas.

—¡No lo haré! —gritó Walker, dominado por la furia.

—Como quieras —respondió Cogleine, tras observarlo durante varios minutos, dando un suspiro—. Pero el libro se quedará contigo. Puedes leerlo o no; la decisión es tuya. Hasta puedes destruirlo, si así lo deseas. —Apuró el vaso de cerveza, y después lo depositó con cuidado sobre la mesa, fijando los ojos en sus nudosas manos—. He terminado lo que debía hacer aquí. Adiós, Walker —se despidió, rodeando la mesa y deteniéndose frente a él—. Me quedaría más tiempo si pudiese serte útil. Te daría todo lo que poseo si lo aceptases. Pero todavía no estás preparado. Quizás otro día.

Entonces se dirigió a la puerta, traspasó el umbral y desapareció en la noche. No volvió la vista atrás ni se desvió de su camino. Walker Boh siguió con los ojos a aquel hombre que regresaba a las sombras que lo habían creado.

Cuando desapareció, la cabaña quedó vacía y en silencio.

Corremos un grave peligro, Par —dijo Damson Rhee en voz baja—. Si hubiese otra manera más segura, no dudaría en escogerla.

Par Ohmsford no dijo nada. Se encontraban en el Parque del Pueblo, ocultos en un bosquecillo de cedros justo al borde de la zona iluminada por los faroles del cuartelillo. Era medianoche, tiempo destinado a dormir, cuando todo repta entre los sueños y los recuerdos. El cuartelillo, iluminado por la Luna, se destacaba entre las tinieblas y presentaba el aspecto de un castillo de arena construido por un niño en la playa. Las ventanas enrejadas y las puertas aseguradas con barras eran unas marcas oscuras en una superficie devastada por los años y la intemperie. El muro que lindaba con el barranco se extendía a ambos lados, y la pasarela que lo cruzaba se prolongaba detrás como una tela de araña tendida sobre las ruinas del viejo palacio. Dos centinelas montaban guardia ante la entrada principal, cuyas enormes puertas estaban cerradas tras la verja protectora. Los centinelas dormitaban de pie, apenas conscientes de la placidez que los envolvía. Los ruidos y movimientos procedentes del cuartelillo no conseguían perturbar su descanso.

—¿Lo recuerdas con bastante precisión para conjurar su imagen? —le preguntó Damson al oído.

Par respondió con un gesto de asentimiento.

—Si nos detienen, procura atraer su atención —dijo Damson, tras detenerse a pensar durante un breve instante—. Yo me encargaré del resto.

Par volvió a responder con un gesto de asentimiento. Esperaron inmóviles en su escondite, absortos en sus propios pensamientos. Par estaba asustado y sumido en un mar de dudas, pero decidido a actuar. Damson y él eran la única oportunidad real que tenían Coltar y los otros prisioneros. No les quedaba otro remedio que intentar realizar con éxito su peligrosa misión.

Los centinelas se despertaron cuando llegó la patrulla que recorría la parte occidental del muro del parque. Los guardias intercambiaron un saludo y algunas palabras. Entonces apareció también la patrulla encargada de la vigilancia de la zona este, y un frasco pasó de mano en mano, las pipas empezaron a humear y después los guardias se dispersaron. Las patrullas volvieron a sus puestos, y los centinelas del cuartelillo se quedaron en el suyo.

—Todavía no —dijo Damson a Par en voz baja, al ver que éste se preparaba para dirigirse al cuartelillo.

Los minutos pasaban con una exasperante lentitud. El cuartelillo recuperó la anterior soledad, y los centinelas bostezaron y cambiaron de postura.

—Ahora, y suerte para los dos, Par Ohmsford —dijo Damson Rhee, agarrando al joven del valle por el hombro e inclinándose tanto hacia él que sus labios le rozaron la mejilla.

Se pusieron en pie y atravesaron el círculo de luz con audacia, saliendo de las sombras como si estuviesen en su casa, y se dirigieron al cuartelillo como si llegaran de la ciudad. Par empezó a cantar tejiendo el sortilegio de su canción en la

tranquilidad de la noche, introduciendo en las mentes de los centinelas las imágenes que deseaba que vieran.

Los centinelas vieron a dos investigadores envueltos en sus capas negras, y uno de ellos era Rimmer Dall.

Se cuadraron al instante, con la vista al frente, sin fijarse apenas en las dos personas que se acercaban. Par, cantando en tono bajo, mantenía hechizados a los centinelas.

—¡Abrid! —ordenó Damson Rhee cuando estuvieron ante la entrada.

Los centinelas obedecieron con celeridad. Empujaron la verja hacia detrás, descorrieron los cerrojos exteriores y golpearon con ansiedad las puertas para avisar a los guardias apostados en el interior. Se abrió una mirilla y Par desplazó ligeramente el foco de su concentración. Unos ojos legañosos los miraron con malhumorada curiosidad, se desorbitaron y, acto seguido, los cerrojos se descorrieron. Se abrieron las dos hojas de la puerta, y Par y Damson la cruzaron con presteza.

Entraron en una cámara llena de armas colocadas en fila contra los muros y de aturridos soldados de la Federación. Habían estado jugando a las cartas y bebiendo, convencidos de que aquella noche no tendrían ningún otro sobresalto. La llegada de los investigadores los había cogido por sorpresa, y no se esforzaban por disimularlo. Par llenó la habitación con el tenue zumbido del cantar, cubriéndola momentáneamente con su magia, para lo que necesitó echar mano de todos sus recursos.

Damson captó la sutileza de su poder.

—¡Todos fuera! —ordenó con voz airada.

La sala se vació al instante. Todo el escuadrón corrió hacia las puertas adyacentes y desapareció como el humo que se disipa. Sólo quedó un guardia; al parecer, el oficial que estaba al mando. Parecía inseguro, envarado, con los ojos mirando al suelo, como si deseara encontrarse en otro lugar, pero no se atreviera a irse.

—Condúcenos hasta los prisioneros —ordenó Damson, que se había situado a la izquierda del hombre, sin levantar la voz.

—Necesitaré el permiso del comandante —respondió el soldado, aclarándose la garganta, tras varios intentos fallidos de hablar.

Aún guarda algún sentido de responsabilidad, pensó Damson. La muchacha mantuvo los ojos fijos en la oreja del hombre, obligándolo a mirar hacia otro lado.

—¿Dónde está tu comandante? —preguntó Damson.

—Durmiendo abajo —respondió—. Lo despertaré.

—No —dijo Damson, deteniéndolo—. Iremos los dos a despertarlo.

Cruzaron la habitación, atravesaron una puerta asegurada con grandes cerrojos y empezaron a bajar por una escalera de caracol débilmente iluminada por lámparas de aceite. Par mantuvo la música del cantar en los oídos del asustado guardia,

jugueteando con él. Logró que le parecieran mucho más altos de lo que en realidad eran, y mucho más amenazadores. Hasta el momento, todo se desarrollaba según lo establecido previamente. La estrategia funcionaba tal como la habían planeado Damson y él. Bajaron la escalera desierta, girando de piso a piso, con las pisadas de sus botas como único sonido en aquel agujero silencioso. Al pie de la escalera había dos puertas. La de la izquierda estaba abierta y daba a un corredor iluminado. El guardia se dirigió hacia ella y los condujo hasta otra puerta, ante la que se detuvo y llamó con los nudillos. Como no obtuvo respuesta, volvió a llamar con más fuerza.

—¡Maldita sea! ¿Quién es? —preguntó una voz en el interior de la estancia.

—¡Abre ahora mismo, comandante! —respondió Damson, con voz tan fría que hasta Par sintió un estremecimiento.

Se oyó un ligero movimiento en la habitación e inmediatamente se abrió la puerta. El comandante de la Federación tenía el pelo corto y unos ojos poco amables. No había acabado de abrocharse la camisa. La sorpresa se reflejó en su rostro tan pronto como fue hechizado por el cantar. Vio a los investigadores o, lo que aún era peor, vio a Rimmer Dall.

—No esperaba a nadie tan pronto. Lo siento. ¿Hay algún problema? —preguntó, olvidando los botones de su camisa y saliendo al corredor.

—De eso hablaremos más tarde, comandante —dijo Damson con voz cortante—. Condúcenos ante los prisioneros.

La duda se reflejó durante un segundo en los ojos del comandante, una sombra de sospecha de que las cosas no fuesen como debieran. Par reforzó el poder de su magia en la mente del soldado de la Federación, proporcionándole una aterradora visión de lo que le ocurriría si cuestionaba la orden, y eso fue suficiente. El comandante se dirigió con presteza hacia la escalera, sacó una llave de un aro que colgaba de su cintura y abrió la puerta de la derecha.

Entraron en un pasadizo que sólo estaba iluminado por una lámpara colgada cerca de la puerta. El comandante la cogió y se puso a la cabeza para indicarles el camino, seguido de Damson. Con un gesto, Par indicó al jefe de la guardia que pasara delante de él. Su voz empezaba a debilitarse por el esfuerzo, y le resultaba difícil proyectar las imágenes a puntos diferentes. Debía de haber despedido al segundo hombre.

El pasadizo estaba construido con bloques de piedra, y olía a moho y a podrido. Par comprendió que se encontraban en un subterráneo; al parecer, bajo el barranco. Había vetas fosforescentes y húmedas en la piedra.

Sólo tuvieron que recorrer una corta distancia para llegar a las celdas, una especie de jaulas de techo tan bajo que no permitían a un hombre estar de pie, sucias y llenas de telarañas, con puertas de barrotes de hierro oxidado. Los detenidos estaban hacinados en la primera que encontraron, en cuclillas o sentados en el suelo. Sus ojos parpadearon con incredulidad, y se agrandaron cuando la mentira de la magia jugó al

escondite con la verdad. Coltar enseguida supo lo que estaba sucediendo. Se levantó para empujar contra la puerta, indicando a los demás que lo imitaran. Incluso Padishar obedeció a su gesto, comprendiendo lo que estaba a punto de suceder.

—Abre la puerta —ordenó Damson.

Los ojos del comandante de la Federación reflejaron de nuevo su recelo.

—Abre la puerta, comandante —repitió Damson, con impaciencia—. ¡Ahora mismo!

El comandante buscó otra llave en el manajo que colgaba de su cinturón, la introdujo en la cerradura y la hizo girar. La puerta se abrió e, inmediatamente, Padishar agarró por el cuello al sorprendido soldado con tal fuerza que casi le impedía respirar. El jefe de la guardia dio un paso atrás, se volvió, intentó sin éxito arrollar a Par y fue alcanzado por Morgan, que lo dejó inconsciente de un solo golpe.

Los prisioneros salieron con rapidez al pasadizo, saludando a Par y a Damson con apretones de manos y sonrisas. Padishar los ignoró, porque había concentrado toda su atención en el aterrorizado comandante de la Federación.

—¿Quién nos ha traicionado? —le preguntó.

El comandante intentó soltarse. Tenía la cara roja a causa de la dificultad para respirar por la presión que soportaba su garganta.

—¡Dijiste que había sido uno de nosotros! ¿Quién?

—No... sé. No lo vi... —respondió el comandante, entre ataques de tos.

—¡No me mientas! —rugió Padishar, zarandeándolo.

—No... sólo fue... un mensaje.

—¿De quién? —insistió Padishar. Los tendones del dorso de sus manos estaban blancos y tensos.

El comandante de la Federación pateó con violencia y Padishar golpeó su cabeza contra el muro de piedra. El comandante se quedó flácido como un muñeco de trapo.

—Ya está bien —dijo Damson, apartando a Padishar, sin preocuparse de la furia que aún ardía en los ojos del jefe de los proscritos—. Estamos perdiendo el tiempo. Está claro que no lo sabe. Salgamos de aquí cuanto antes. Ya hemos corrido bastantes riesgos por hoy.

El jefe de los proscritos observó a la joven durante un breve instante en silencio, y después soltó al hombre inconsciente.

—Lo averiguaré sea como sea. Te lo prometo.

Par nunca había visto a nadie tan furioso. Pero Damson fingió que no se daba por enterada. Se volvió e indicó a Par que emprendiera la retirada. El joven del valle los condujo a la escalera de caracol. No planearon el trayecto de regreso cuando decidieron rescatar a sus amigos. Decidieron que lo mejor sería aprovechar las oportunidades que se les presentaran.

Y aquella noche tuvieron las que necesitaban. El cuarto de guardia estaba vacío y lo atravesaron con rapidez. Sólo Morgan se detuvo ante las hileras de armas hasta que encontró la Espada de Leah que le había sido confiscada en el momento de su detención. Esbozó una amplia sonrisa, la colgó a la espalda y siguió tras los pasos de sus compañeros.

La suerte continuó aliada con el pequeño grupo. Los guardias que estaban apostados en el exterior del cuartelillo fueron dominados antes de que tuvieran tiempo de darse cuenta de lo que sucedía. La noche seguía en silencio, el parque estaba vacío, las patrullas aún no habían regresado de su ronda y la ciudad dormía. Los miembros del pequeño grupo se fundieron con las sombras y desaparecieron.

Mientras huían, Damson se acercó a Par, le dedicó una amplia y amable sonrisa y le dio un beso. Fue un beso lleno de promesas.

Más tarde, cuando tuvo tiempo de reflexionar, Par Ohmsford saboreó aquel momento. Sin embargo, no recordó con tanta satisfacción el beso de Damson como el hecho de que, por fin, la magia del cantar hubiese revelado su utilidad.

Para Walker Boh, la *Historia de los druidas* se convirtió en un desafío que tenía que superar.

Tres días después de la marcha de Cogline, Walker aún no había tocado el libro. Lo había dejado en la mesa del comedor, sobre el hule y la cuerda con los que había sido envuelto, acumulando polvo sobre su pulida tapa de cuero, brillando tenuemente bajo la luz del Sol y de la lámpara de aceite. Lo había despreciado. Se dedicó a sus quehaceres habituales como si no estuviera allí, pretendiendo que formaba parte del entorno, que no podía eliminar, poniéndose a prueba contra la tentación. Al principio, pensó en deshacerse de él, pero pronto cambió de idea. Sería demasiado fácil y rápido, se dijo a sí mismo. Si conseguía resistir su atracción durante cierto tiempo, podría vivir con él a su lado sin ceder al deseo de descubrir sus secretos. Más adelante podría disponer de él con la mente clara. Cogline esperaba que lo leería o lo destruiría inmediatamente. Sin embargo, Walker no hizo ninguna de las dos cosas. El anciano fracasaría en su intento de manipular a Walker Boh.

Quien sí prestó atención al libro fue Rumor, que lo olisqueaba de vez en cuando. Pasaron tres días resistiendo la tentación de abrir el volumen.

Pero sucedió algo extraño. Transcurría el cuarto de aquella extraña prueba cuando Walker empezó a cuestionar su razonamiento. ¿Tenía sentido esperar una semana, o un mes, para deshacerse del libro, pudiendo hacerlo sin demora? ¿Sería importante la forma de hacerlo? Aparte de su testarudez, ¿qué otra cosa pretendía demostrar con la espera? ¿A qué clase de juego estaba jugando y a quiénes beneficiaba con ello?

Estuvo pensando en ello durante todo el día. Cuando llegó la noche, se sentó en el otro extremo de la estancia con la mirada fija en el libro, mientras el fuego de la chimenea se transformaba lentamente en cenizas.

—No soy fuerte —se dijo a sí mismo—. Estoy asustado.

Consideró los pros y los contras. Por fin, se puso de pie, se acercó a la mesa y se detuvo ante ella. Dudó durante un momento. Luego extendió la mano, cogió la *Historia de los druidas* y la sopesó.

Es mejor conocer al demonio que te persigue que seguir imaginándolo, pensó.

Se dirigió al sillón destinado a la lectura y se sentó con el libro en el regazo. Rumor, que dormía junto al fuego, levantó su enorme cabeza y fijó sus luminosos ojos en Walker Boh. Él le correspondió. El gran gato parpadeó y se volvió a dormir.

Walker abrió el libro y lo leyó despacio, pasando sus páginas de pergamino con lentitud deliberada, dejando que sus ojos se detuvieran en los cantos dorados y la ornamentada caligrafía, decidido a captar todo su contenido. Pasada la medianoche, el profundo silencio sólo era interrumpido por algún gruñido esporádico del gato y el chasquido de los tizones en el fuego. Sólo en una ocasión se preguntó cómo podía

haber conseguido el libro Cogle, porque no creía que lo hubiese encontrado en los alrededores de Paranor. Pero pronto se olvidó de ello, absorto en su lectura, tan dominado por su contenido como una hoja por un vendaval.

La crónica se refería a la época de Bremen, cuando aún estaba con los últimos druidas, cuando el Señor de los Hechiceros y sus secuaces destruyeron a casi todos los miembros del Consejo. Había relatos de la magia negra que convirtió a los druidas rebeldes en los horrores que llegaron a ser. Hacía referencia a los variados usos, conjuros y encantamientos que Bremen descubrió, y a los que también temió, dada su inteligencia. El libro hablaba de todos los secretos aterradores del poder de la magia, entremezclados con las precauciones que ignoraban tantos de los que intentaron dominarla. Aquél había sido un tiempo de trastornos y cambios en las Cuatro Tierras, y sólo Bremen había sido capaz de comprender lo que estaba en juego.

Walker continuó su lectura con ansiedad creciente. Cogle quería que leyese algún pasaje concreto, y fuera lo que fuese, aún no había llegado a él.

Según relataban las crónicas, los Portadores de la Calavera habían conquistado Paranor con la intención de instalarse en el Alcázar. Pero el Señor de los Hechiceros se sintió amenazado por la magia latente en las piedras de la fortaleza, en las profundidades de la tierra donde ardían los hornos instalados bajo ella. Por ello convocó a los Portadores de la Calavera y se dirigió al norte...

Walker frunció el entrecejo. Había olvidado aquella parte de la Historia. Paranor había estado abandonado por completo durante un tiempo, en vez de ser patrimonio de los rebeldes. Al fin y al cabo, la Segunda Guerra de las Razas había durado muchos años.

Se sumió de nuevo en la lectura, analizando las palabras, esperando encontrar algo indeterminado. Había olvidado su primera decisión, su propósito de no caer en la trampa que le había tendido Cogle. Su curiosidad y su capacidad intelectual eran demasiado exigentes para que la cautela pudiese frenarlos. Aquel libro encerraba unos secretos en los que ningún hombre había puesto los ojos en centenares de años, unos conocimientos de los que habían disfrutado los druidas y que sólo revelaban a las Razas en la medida estrictamente necesaria y en el momento oportuno. ¿Cuánto tiempo había permanecido oculto ese poder para todos excepto para Allanon, y antes de él para Bremen, y antes para Galáfilo y los primeros druidas, y antes...?

Interrumpió la lectura, consciente de que el estilo de la narración había cambiado. La caligrafía era ahora más pequeña, más cuidada. Había unas extrañas marcas entre las palabras, runas que simbolizaban presencias.

Walker sintió un profundo escalofrío. El silencio que envolvía la estancia se convirtió en un sofocante océano sin fin.

¡Cielos! ¡Es la invocación a la magia que hizo desaparecer Paranor!, dijo en lo más profundo de su mente.

Su respiración resonó áspera en sus oídos cuando se obligó a levantar los ojos del libro. Su pálida cara reflejaba una gran tensión. No le cabía la menor duda de que aquello era lo que Cogline quería que leyese. Ignoraba la causa, pero estaba convencido de que era aquello. Puesto que ya lo había encontrado, se preguntó si no sería mejor cerrar el libro.

Pero se dio cuenta de que sus dudas estaban alentadas por el miedo.

Volvió a fijar los ojos en el libro y siguió leyendo. Allí estaba el hechizo, la invocación mágica que había formulado Allanon trescientos años antes para hacer desaparecer Paranor del mundo de los hombres. Con gran sorpresa, descubrió que lo comprendía. Su adiestramiento con Cogline había sido más completo de lo que hubiera podido imaginar. Acabó de leer lo que hacía referencia al hechizo y pasó la página. En la siguiente sólo había un párrafo.

Una vez desaparecido, Paranor se perderá para el mundo de los hombres, sellado e invisible dentro de sus límites. Sólo una magia tiene el poder de devolverlo a la existencia, esa singular piedra élfica de color negro, concebida por la gente fantástica del viejo mundo de la misma manera y forma que todas las piedras élficas, pero combinando en una sola todas las propiedades necesarias del corazón, la mente y el cuerpo. Quien tenga motivos y derecho para hacerlo, la utilizará para alcanzar su fin adecuado.

Eso era todo lo que decía. Walker continuó leyendo, pero al ver que el libro cambiaba de tema, volvió atrás. Releyó el párrafo lentamente, en busca de algo que no hubiera captado en la primera lectura. No le cabía la menor duda de que eso era lo que Cogline quería que encontrara. Una piedra élfica negra. Una magia que devolvería Paranor al mundo. El medio de cumplir el encargo del espíritu de Allanon.

Devuelve Paranor al mundo y restaura a los druidas, habían sido las palabras del druida, que ahora escuchaba en su mente.

Desde luego, los druidas ya no existían. Pero quizás Allanon pretendía que Cogline asumiera su causa una vez restablecido Paranor. Parecía lógico, a pesar de que el anciano hubiera afirmado en distintas ocasiones que su tiempo ya había quedado atrás. Walker era lo suficientemente inteligente para saber que, en lo que respectaba a los druidas y a su magia, la lógica discurría con frecuencia por caminos tortuosos.

Había leído ya las dos terceras partes del libro. Dedicó otra hora a terminarlo, pero no encontró nada más que le pareciera relacionado con él, y volvió, una vez más, al párrafo dedicado a la piedra élfica negra. Las primeras luces doradas del alba asomaban por el horizonte oriental. Walker se frotó los ojos e intentó reflexionar. ¿Por qué había tan pocas alusiones al propósito y las características de esta magia? ¿Cómo era y cuál era su poder? ¿Se trataba de una sola piedra en lugar de tres? ¿Por qué nadie había oído hablar de aquella piedra hasta entonces?

Las preguntas zumbaban en su cabeza como moscas atrapadas, molestándole e

intrigándole a la vez. Leyó el párrafo varias veces más, hasta que lo aprendió de memoria. Luego cerró el libro. Rumor se estiró y bostezó en el suelo frente a él, levantó la cabeza y parpadeó.

Háblame, gato, pensó Walker. Siempre hay secretos que sólo conoce un gato. Quizás éste sea uno de ellos.

Pero Rumor se limitó a levantarse y alejarse, desapareciendo entre las huidizas sombras.

Walker se quedó dormido y no despertó hasta mediodía. Se levantó, se bañó y cambió de ropa, tomó un abundante desayuno con el libro cerrado ante sí y salió para dar un largo paseo. Atravesó el valle en dirección sur hasta que llegó a uno de sus claros favoritos, atravesado por un arroyuelo que corría ruidosamente sobre su serpenteante lecho rocoso para verter sus aguas en un estanque poblado de diminutos peces rojos y azules. Se detuvo allí un rato, reflexionando, y después regresó a la cabaña. Se sentó en el porche y contempló el Sol, que seguía su camino hacia el oeste envuelto en una neblina purpúrea.

—No debería haber abierto el libro —se reprochó en voz baja, porque su misterio había ejercido sobre él una atracción irresistible—. Debería haberlo tirado al pozo más profundo que hubiera podido encontrar.

Pero ya era demasiado tarde. Lo había leído, y los conocimientos que le había proporcionado eran difíciles de olvidar. Su ansiedad se mezcló con un sentimiento de inutilidad. Estaba convencido de que era imposible restaurar Paranor y, sin embargo, ahora sabía que existía una magia con la que se podía lograr su restauración. Una vez más, se sintió invadido por la sensación de que las cosas profetizadas por los druidas eran inevitables.

En cualquier caso, él seguía siendo dueño de su propia vida, ¿o no? La aceptación del encargo que había recibido del espíritu de Allanon era voluntaria.

Pero su curiosidad era implacable. El pensamiento sobre la piedra élfica negra afloraba en su mente cuando menos lo deseaba. La piedra élfica negra era una magia olvidada, que yacía en alguna parte. ¿Dónde? ¿En qué sitio se ocultaba?

Éstas y otras preguntas lo acuciaron durante toda la tarde. Cenó, salió a dar un paseo, escogió uno de los escasos y preciados libros de su biblioteca y leyó un poco. Por último, escribió en su diario, pero en ningún momento consiguió apartar del pensamiento el párrafo dedicado a la magia que restauraría a Paranor.

Lo acompañó mientras se disponía a acostarse, y siguió haciéndolo mucho rato después.

Serpenteaba por su mente de una manera soterrada e insidiosa, sugiriéndole diversas posibilidades, diciéndole que cuando la puerta de una estancia a oscuras se abre, aunque sólo sea una rendija, pueden verse muchas cosas.

Quizás así lograría recuperar la paz de espíritu.

Aquella noche durmió mal. El misterio de la piedra élfica negra se había convertido en una obsesión de la que ya no podría librarse.

Cuando se levantó por la mañana, pensó que debía tomar una decisión al respecto.

Par Ohmsford se despertó dispuesto a tomar una decisión. Habían pasado cinco días desde que, con la colaboración de Damson, rescatara a Coltar, Morgan, Padishar Cesta y los otros dos proscritos de las celdas del cuartelillo de la Federación, y los habían pasado yendo de un lado a otro. No habían intentado abandonar la ciudad, porque estaban convencidos de que las puertas estarían muy vigiladas y, por tanto, correrían un gran riesgo si se decidían a hacerlo. Tampoco habían regresado al sótano del herrero, porque existía la posibilidad de que el misterioso traidor lo hubiera descubierto. Habían ido de un escondite a otro, sin quedarse en ninguno más de una noche, siempre montando guardia, sobresaltándose ante cada ruido que oían y cada movimiento que captaban.

Par ya se había cansado de huir, y decidió que no seguiría haciéndolo.

Se levantó de la improvisada cama que ocupaba en la buhardilla de un granero y miró a Coltar, que aún dormía a su lado. Los otros debían de haber bajado al almacén principal, que permanecería cerrado hasta el comienzo de la semana laboral.

Se acercó a la pequeña ventana que proporcionaba escasa luz a la habitación, procurando no hacer ruido, y miró por ella. Abajo, la calle estaba desierta, sin contar con la presencia de un perro vagabundo que olisqueaba un cubo de basura y de un mendigo que dormía en el quicio de la puerta de la hojalatería de enfrente. Las nubes ocultaban el cielo, formando una capota gris que presagiaba lluvias.

Cuando volvió para ponerse las botas, vio que Coltar se había despertado y estaba observándolo. Su abundante pelo estaba encrespado y sus ojos enturbiados por el sueño y el descontento.

—Vaya, empezamos otro día —dijo Coltar en voz baja, bostezando ruidosamente—. ¿Qué maravilloso almacén nos tocará visitar esta noche?

—Por lo que a mí respecta, ninguno —respondió Par, sentándose a su lado.

—¿Cómo? —inquirió Coltar, arqueando las cejas—. ¿Te lo ha dicho Padishar?

—Lo he decidido yo.

—Supongo que habrás pensado en alguna alternativa; a esto de escondernos, me refiero —dijo Coltar, levantándose sobre un codo—. Porque, de lo contrario, no creo que Padishar te lo permita. No está de muy buen humor desde que descubrió que sus hombres no lo quieren tanto como él pensaba.

Par dudaba de que Padishar Cesta se hubiera engañado hasta el punto de creer que sus hombres lo idolatraban, pero Coltar estaba en lo cierto sobre el mal humor del jefe de los proscritos. El sentirse traicionado por uno de sus hombres lo había dejado taciturno y amargado. Durante los días anteriores se había encerrado en sí mismo,

aunque sin renunciar a su autoridad cuando los dirigía entre la red de patrullas y controles que la Federación había establecido por toda la ciudad, todavía capaz de encontrar un refugio cuando parecía que no quedaba ninguno, pero al mismo tiempo extrañamente aislado de cuantos lo rodeaban. Damson Rhee estaba con ellos, Par ignoraba si por elección propia o a la fuerza, pero ni siquiera a ella le estaba permitido atravesar las barreras que el jefe de los proscritos había levantado. Padishar se alejaba tanto de los demás cuando no ejercía su autoridad de líder, que conseguía que su presencia pasara inadvertida.

—Bueno, tenemos que hacer algo más que ir de un sitio a otro durante el resto de nuestras vidas —dijo Par, haciendo un gesto de contrariedad y con la preocupación reflejada en su semblante—. Si es necesario elaborar un plan, Padishar debe encargarse de ello. Si seguimos así, no conseguiremos nada.

—Es posible que no te guste oír lo que voy a decirte, Par, pero quizá sea el momento de reconsiderar nuestra alianza con el Movimiento —dijo Coltar, sentándose y empezando a vestirse—. Tal vez estuviéramos mejor solos.

Par no contestó. Acabaron de vestirse y bajaron para reunirse con los demás. Había pan duro, mermelada y fruta para desayunar, y comieron con ansiedad. Par no conseguía entender cómo, con tan poca actividad, podía tener tanto apetito. Mientras comía, escuchaba a Stasas y Drutt hablar de las características de la caza en los bosques próximos a sus respectivas aldeas, en alguna comarca situada al sur de Varfleet. Morgan hacía la guardia junto a las puertas del almacén y Coltar se acercó a él. Damson Rhee, sentada en una cesta invertida, estaba entretenida tallando algo. La había visto poco en los últimos días; solía salir con Padishar a explorar la ciudad, mientras los demás permanecían ocultos en el escondite.

Pero Padishar no estaba con ellos.

Cuando acabaron de desayunar, Par subió a recoger sus cosas, sabiendo que, fuera cual fuese el resultado de su entrevista con el jefe de los proscritos, tendría que tomar una decisión.

—Estás nervioso, ¿verdad? —le preguntó Damson, que lo había seguido, cuando nadie podía oírlos—. La existencia de un proscrito no se parece en nada a lo que tú habías imaginado —prosiguió la muchacha sin esperar la respuesta, sentándose al borde de su camastro y echando hacia atrás su melena rojiza.

—No creía que consistiera en pasarse la vida en almacenes y sótanos —respondió Par, esbozando una forzada sonrisa—. ¿A qué espera Padishar?

—Lo que todos esperamos de vez en cuando... que una vocecita interior nos diga lo que tenemos que hacer —dijo la muchacha, encogiéndose de hombros—. Puede ser intuición o sentido común, o un cambio de circunstancias que están fuera de nuestro control —prosiguió, esbozando una maliciosa sonrisa—. ¿Te está hablando ahora?

—Es posible —respondió Par, sentándose a su lado—. ¿Por qué estás aquí todavía, Damson? ¿Te ha obligado a quedarte Padishar?

—¡Claro que no! —exclamó la joven, riendo con jovialidad—. Voy y vengo cuando me place. Él sabe que yo no lo he traicionado. Y creo que tampoco tú lo has hecho.

—Entonces, ¿por qué sigues con nosotros?

—Tal vez porque me interesas —respondió la muchacha, tras quedarse un momento pensativa, mirándolo. Se detuvo como si quisiera continuar pero renunciara a ello, y esbozó una cálida sonrisa—. Nunca he conocido a nadie que usara verdadera magia. Sólo a los que hacen trucos, como yo.

Alargó la mano y sacó una moneda de la oreja de Par. Era de madera de cerezo y tenía tallado en ambas caras un rostro parecido al de ella.

—Esto es muy bueno —dijo el joven del valle, gratamente sorprendido.

—Gracias. Puedes guardarla junto a la otra.

Le pareció que ella se ruborizaba un poco, guardó la moneda en el bolsillo, y los dos se quedaron en silencio, intercambiando miradas inseguras.

—En realidad, no hay mucha diferencia entre tu magia y la mía —dijo Par, rompiendo el incomodo silencio—. Ambas se basan en la ilusión.

—No, Par —respondió Damson, haciendo un gesto negativo—. Estás completamente equivocado. Mi magia es una habilidad adquirida, y la tuya, innata. La mía es aprendida y, una vez conocida, no sufre el más mínimo cambio. La tuya, en cambio, no cesa de crecer y su aprendizaje es ilimitado. ¿No lo comprendes? Mi magia es un oficio, una manera de ganarse la vida. Tu magia es mucho más que eso; es un don a cuyo alrededor debes construir tu vida. Tengo trabajo —le dijo, poniéndose de pie y esbozando una sonrisa en la que se vislumbraba un toque de tristeza—. Acaba de recoger tus cosas.

Pasó por delante de él y desapareció escaleras abajo.

Pasó la mañana sin que Padishar regresara. Par se ocupó en diferentes tareas vanas, deseando con ansiedad creciente que sucediera alguna cosa, fuera lo que fuese. Coltar y Morgan se acercaron a él de vez en cuando, y les habló de su intención de enfrentarse con el jefe de los proscritos. Ninguno de ellos se mostró muy optimista sobre sus posibilidades de éxito.

El cielo se tornó amenazador, el viento aumentó hasta convertirse en un triste gemido que penetraba por las jambas medio sueltas y los postigos del viejo edificio donde se albergaban, pero aún no había empezado a llover. Jugaron a las cartas para pasar el rato, y agotaron todos los temas de conversación.

Era cerca de media tarde cuando llegó Padishar. Cruzó la puerta sin decir una palabra, se acercó a Par y le hizo una seña para que lo siguiera. Condujo al joven del valle a un pequeño despacho situado en la parte trasera del granero y cerró la puerta.

Cuando estuvieron solos, a Par le dio la impresión de que Padishar era incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar su pensamiento.

—He estado meditando sobre lo que deberíamos hacer —consiguió decir al fin—. O, si lo prefieres, lo que no deberíamos hacer. Cualquier error que cometamos puede ser el último.

Llevó a Par hasta un banco arrimado a la pared y se sentaron en él.

—Tenemos el problema de ese traidor —continuó en voz baja y con un brillo en los ojos que Par no supo interpretar. Al principio estaba seguro de que tenía que ser uno de nosotros. Pero también de que no éramos Damson ni yo. Damson está por encima de toda sospecha. Tampoco eres tú ni tu hermano, ¿verdad?

Fue más una afirmación que una pregunta. Par respondió con un gesto de asentimiento.

—Ni el joven de las tierras altas.

Par respondió con otro gesto de asentimiento.

—Así que sólo quedan como posibles sospechosos Ciba Blue, Stasas y Drutt. Probablemente, Blue ha muerto, por lo que, si fue él el traidor, también fue lo bastante estúpido para que le pagaran sus servicios matándolo. De todos modos, no creo que fuese él. Y los otros dos no se han separado de mí desde el principio. Es inconcebible que cualquiera de ellos me vendiese por importante que fuera el precio o la razón alegada. Odian a la Federación casi tanto como yo.

»Quizá, después de todo, es posible que el traidor no sea ninguno de nosotros —prosiguió, tensando los músculos de las mandíbulas—. Pero ¿quién podría haber descubierto nuestro plan? ¿Comprendes lo que quiero decir? Tu amigo, el joven de las tierras altas, mencionó esta mañana algo que casi había olvidado. Cuando llegamos a la ciudad y recorrimos el mercado, creyó que había visto a Hirehone. Entonces pensó que se había equivocado, pero ahora no está seguro de ello. Olvidando por el momento el hecho de que Hirehone ha tenido mi vida en sus manos en varias ocasiones y jamás me ha traicionado, ¿cómo puede habérselas arreglado para hacerlo ahora? Nadie, excepto Damson y los que han venido conmigo, sabía el dónde, el cuándo, el cómo y el porqué de nuestro objetivo. Sin embargo, debo reconocer que los soldados de la Federación nos estaban esperando.

Par olvidó su intención de decir a Padishar que estaba harto de todo aquello.

—Entonces, ¿quién nos ha traicionado? —preguntó, intrigado, el jefe de los proscritos—. ¿Quién pudo haber sido?

»Las preguntas me acosan como las moscas a un caballo sudoroso —prosiguió Padishar, esbozando una sonrisa forzada—. Aún desconozco el nombre del traidor, pero no te quepa la menor duda de que tarde o temprano lo conoceré. Por ahora, este asunto carece de importancia. Tenemos peces más grandes que capturar.

»He pasado la mañana con un conocido, un hombre que tiene acceso a las

decisiones que se toman en las más altas esferas de la autoridad de la Federación en Tyrsis —continuó, inclinándose hacia delante—. Se puede confiar en él, no me cabe la menor duda. Ni siquiera Damson lo conoce. Me dijo algunas cosas interesantes. Parece que Damson y tú conseguisteis rescatarnos justo a tiempo. Rimmer Dall llegó a la mañana siguiente muy temprano para presenciar mi interrogatorio y mi ajusticiamiento. —El jefe de los proscritos dio un suspiro de triunfo—. Se sintió muy decepcionado cuando comprobó que no estaba esperando su llegada.

»Sé qué esperas con impaciencia que suceda algo —prosiguió Padishar, enderezándose y acercando su cabeza a la de Par—. Puedo leer los signos como si estuviesen escritos en un cartel pegado en la pared junto a mi cama, pero apresurar los acontecimientos puede resultar fatal. En estos asuntos, siempre es necesaria la máxima cautela. —Esbozó una nueva sonrisa—. Tú y yo juntos, muchacho, constituimos una auténtica fuerza contra la Federación y sus manejos. ¡El destino te traído hasta mí, y ha urdido algo para los dos, algo que hará temblar a la Federación, a su Consejo de la Coalición, a sus investigadores y a todos los seres que la integran!

»¡Cuántos esfuerzos han hecho para ocultar cualquier rastro del antiguo Parque del Pueblo! —exclamó, cerrando una mano ante el rostro de Par y obligando al joven del valle a echarse hacia atrás de forma instintiva—. ¡El puente de Sendic derribado y reconstruido, el viejo parque vallado y hundido, guardias por todas partes como hormigas ante una merienda campestre! ¿Por qué? ¡Porque allí abajo hay algo que no quieren que nadie conozca! ¡Puedo sentirlo, muchacho! ¡Ahora estoy tan convencido como cuando fuimos hace cinco noches!

—¿La Espada de Shannara? —dijo Par en voz baja.

—¡Apuesto diez años de mi vida a que se trata de eso! —exclamó Padishar, esbozando una alegre sonrisa—. Pero sólo hay una forma de comprobarlo, ¿verdad?

Agarró a Par por los hombros. Su cara morena y angulosa era una máscara de resolución astuta e implacable. El hombre introvertido y taciturno de los últimos cinco días había desaparecido, para dejar su lugar al Padishar Cesta de siempre.

—El hombre con quien he hablado, el que tiene oídos en las cámaras de la Federación, me dijo que Rimmer Dall cree que hemos huido. Piensa que hemos regresado a la Cuña de Parma y que, fuera cual fuese el propósito que nos había llevado allí, habíamos desistido. Permanece en la ciudad porque aún no ha decidido lo que debe hacer. Sugiero que debemos ayudarlo a tomar esa decisión, ¿qué te parece?

—¿Qué...? —empezó a preguntar el joven del valle con las pupilas dilatadas.

—¡La que menos espera, desde luego! —respondió Padishar antes de que el joven del valle pudiera formular la pregunta—. ¡Lo último que imaginarían él y sus lobos de negras capas... eso será! ¡Bajaremos al Pozo! —concluyó, entrecerrando los ojos.

El joven del valle se quedó sin aliento.

—Bajaremos antes de que tengan la oportunidad de descubrir dónde estamos o qué nos proponemos. Bajaremos al Pozo tan bien guardado, y si la Espada de Shannara está allí, nos la llevaremos ante sus propias narices. ¡Y será esta misma noche!

Par se puso en pie de un salto.

El Sol ya se ocultaba tras el horizonte occidental cuando Walker Boh llegó a su destino. Había partido de la Chimenea de Piedra a media mañana en dirección norte, con paso relajado y tranquilo, con el propósito de concederse el tiempo necesario para reflexionar sobre lo que iba a hacer. En el momento de emprender el viaje, el cielo estaba despejado y luminoso, pero a medida que avanzaba el día se fue poblando de nubes procedentes del oeste hasta adquirir un tono grisáceo. El terreno por el que caminaba era abrupto y estaba salpicado por una serie de crestas y barrancos que rompían la simetría de los bosques, y dejaban a los árboles torcidos y desequilibrados como lanzas clavadas en tierra al azar. Numerosas ramas secas y montones de piedras bloqueaban de cuando en cuando el sendero, y la niebla, suspendida de los árboles como un sudario, parecía atrapada e inmóvil.

Walker se detuvo, miró hacia abajo entre dos grandes y dentados peñascos y vio un estrecho valle que encerraba una pequeña laguna. Los pinos la ocultaban casi por completo y la superficie de sus aguas estaba cubierta por una densa niebla, que se arremolinaba perezosa e imprevisiblemente en el aire sereno del atardecer.

Aquella laguna era el hogar del Oráculo Siniestro.

Tras contemplarla durante un breve instante, Walker empezó el descenso hacia el valle. Enseguida se cerró la bruma a su alrededor, llenándole la boca de su sabor metálico e impidiéndole ver lo que había delante de él. Consiguió sobreponerse a esas sensaciones... a la opresión del cerco, a los susurros imaginados, y puso toda su atención en poner sobre seguro un pie delante del otro. El aire, cuyo olor a podredumbre y frialdad eran mayores a medida que avanzaba, se pegaba a su piel de una forma insidiosa, y los pinos se espesaban, privándolo de toda perspectiva. Sobre el valle gravitaba un sobrecogedor silencio, que sólo era roto por el ruido producido por sus botas al rozar contra la piedra.

Sintió que el Oráculo Siniestro lo observaba, que sus ojos estaban fijos en él.

Había pasado mucho tiempo desde su primer y último encuentro.

Cogline le había hablado de la existencia del Oráculo Siniestro cuando llegó al Silvestrum. Le había dicho que el espíritu vivía en una laguna, un espíritu con más años a sus espaldas que el mundo de las Cuatro Tierras. Según afirmaba el mismo Oráculo Siniestro, ya existía antes de las Grandes Guerras, y se jactaba de haber vivido en la época fantástica. Como cualquier espíritu, poseía la facultad de adivinar secretos a los que no podían acceder los seres vivos y, por otra parte, dominaba una magia. Sin embargo, era una criatura amargada y rencorosa, ya que había quedado atrapada en este mundo para toda la eternidad por unas razones que nadie conocía. No podía morir, y odiaba con todas sus fuerzas la vida insustancial y vacía que se veía obligado a soportar. Se desahogaba con los hombres que se acercaban a hablar

con él, abrumándolos con acertijos referentes a las cosas que deseaban conocer, burlándose descaradamente de su mortalidad y mostrándoles aquellas partes de ellos mismos que deseaban mantener ocultas.

Hacia trescientos años que Brin Ohmsford había ido en su busca para que le indicara el camino que la llevara al Maelmord, el lugar donde se encontraba el *Ildatch*. El Oráculo Siniestro había jugado con ella hasta que la joven del valle había recurrido al cantar, atrapándolo con su astucia y obligándolo a revelar lo que necesitaba saber. El espíritu nunca pudo olvidar esa hábil jugada de la joven del valle. Walker había oído contar esta historia innumerables veces durante su niñez. Después de su llegada al norte con el propósito de establecerse en la Chimenea de Piedra, tras haber renunciado al apellido y a la herencia de los Ohmsford, descubrió que el Oráculo Siniestro esperaba su visita. Brin Ohmsford podía estar muerta, pero el Oráculo Siniestro viviría eternamente y había decidido que alguien debía sufrir las consecuencias de la humillación que trescientos años atrás le infligiera la joven del valle. Puesto que no podía ser la responsable directa, se conformaría con cualquiera que llevase su sangre.

Cogline le aconsejó que se mantuviera alejado del Oráculo Siniestro, porque éste lo destruiría si le daba la menor oportunidad. Sus padres habían recibido el mismo consejo y lo habían seguido, pero Walker Boh estaba cansado de excusarse por ser quien era y lo que era. Si había ido al Silvestrum era precisamente para liberarse de todo eso, y no quería pasar el resto de sus días preguntándose si habría algo en las proximidades que pudiera causarle algún daño. Era preferible enfrentarse al espíritu de una vez por todas, y fue al encuentro del Oráculo Siniestro. Como el espíritu no se aparecía cuando había más de una persona, Cogline tuvo que quedarse rezagado. El enfrentamiento, que fue memorable, duró casi seis horas. El Oráculo Siniestro empleó con Walker Boh todos los trucos y tácticas que conocía, y le descubrió secretos verdaderos e imaginarios de su presente y de su futuro, empleando una retórica consabida para llevarlo a la locura, revelándole visiones venenosas y destructivas de sí mismo y de las personas que amaba. Cuando el Oráculo Siniestro se quedó exhausto, maldijo a Walker y se disolvió en la niebla.

Walker regresó a la Chimenea de Piedra, considerando que la antigua querrela había quedado zanjada. No volvió a molestar al Oráculo Siniestro, y éste le correspondió con la misma moneda, aunque al espíritu no le quedara otro remedio porque estaba vinculado a las aguas de la laguna.

Ahora Walker Boh volvía a su encuentro. Dio un suspiro. En esta ocasión el encuentro revestiría mayores dificultades, puesto que deseaba obtener algo del espíritu. Procuraría disimular. Mantendría oculta la razón de su visita: que el Oráculo Siniestro le indicara el lugar donde se encontraba la piedra élfica negra. Podía hablar de diversos temas o interpretar algún papel que indujese a confusión al Oráculo

Siniestro, ya que le gustaban los juegos. Pero no conseguiría el resultado apetecido, porque el Oráculo siempre se las arreglaba para adivinar el motivo de la presencia de uno.

Walker sentía las suaves e insistentes caricias de los minúsculos dedos de la bruma. Aquel encuentro no iba a ser agradable.

Siguió avanzando mientras la luz del día se difuminaba para dejar su lugar a la oscuridad. Las sombras se alargaban, donde la niebla gris se lo permitía, como ondeantes caricaturas de las cosas que las proyectaban. Walker se ciñó más la capa, pensando en las palabras que dirigiría al Oráculo Siniestro, en los argumentos que utilizaría y en los juegos en que participaría si se viera obligado a jugar.

Repasó mentalmente todos los acontecimientos acaecidos en su vida que el Oráculo pudiera utilizar para zaherirlo, la mayoría de ellos correspondientes a sus años juveniles, cuando ya todo el mundo desconfiaba de él por sus singularidades, haciendo que se sintiera inseguro.

Entonces, los amigos y compañeros de Par y Coltar, sus padres e incluso las personas de Valle Umbroso que no lo conocían ya lo llamaban «Tío Oscuro». Lo llamaban «oscuro» por su vida anodina, su palidez y retraimiento, y también porque algunas veces podía leer los pensamientos de las personas, adivinar futuros acontecimientos de sus vidas e incluso provocarlos, y comprender muchas cosas que para todos los demás eran incomprensibles. El extraño tío de Par y Coltar, huérfano, sin una familia que pudiera decir con propiedad que fuera realmente suya, sin una historia que compartir. Ni tan siquiera el apellido Ohmsford parecía que le perteneciera. Era el «Tío Oscuro», siempre más viejo que todos los demás conciudadanos, no en años sino en conocimiento. Y su conocimiento no era adquirido, sino innato. Su padre había intentado explicárselo. Era un legado que había recibido a través de la magia del cantar, y que se manifestaba de aquella forma. Pero no duraría mucho tiempo, y no había durado. Sólo fue una fase que tenía que pasar por ser quien era. Pero Par y Coltar no habían pasado por ella, solía responder Walker. No, sólo la pasamos tú y yo, que somos los descendientes directos y herederos de Brin Ohmsford, le decía su padre. Somos los elegidos de Allanon... Limpió su mente de los recuerdos, y de nuevo brotó la amargura. «Los elegidos de Allanon», había dicho su padre, cuando hubiera sido mucho más apropiado decir «los maldecidos de Allanon».

Los árboles se abrieron ante él de repente, y se sorprendió por la rapidez de su desaparición. Se detuvo y permaneció de pie al borde de la laguna, cuyas orillas rocosas se perdían en la bruma por ambos lados. Sus aguas las lamían con suavidad una y otra vez. Enseguida, Walker Boh se irguió. Su mente se tensó y encerró en sí misma como si fuera una coraza de hierro, su atención se concentró y sus pensamientos se aclararon.

Entonces se dispuso a esperar como una estatua solitaria.

Se produjo un movimiento en la niebla, pero salía de distintos lugares a la vez. Walker intentó determinar su procedencia, pero desapareció con la misma rapidez que había surgido. Desde algún lugar lejano, sobre la bruma que cubría las aguas de la laguna, más allá de los muros rocosos de la cordillera que encerraba el estrecho valle, una voz procedente del cielo pronunció su apodo:

Tío Oscuro.

Walker escuchó la voz inquietantemente próxima y al mismo tiempo ilocalizable. No había surgido del interior de su mente ni de cualquier otro lugar físico concreto, sino de la nada. Permaneció en silencio y continuó a la espera.

Enseguida, los movimientos dispersos que antes habían agitado la niebla se concentraron, formando una silueta incolora que emergió de las aguas y empezó a avanzar hacia la orilla. A medida que se acercaba, se definía y aumentaba de tamaño, superando el de la figura humana que pretendía imitar e irguiéndose como si quisiera aniquilar cualquier cosa que osase interponerse en su camino. Walker permaneció inmóvil. Entonces, la forma etérea adquirió consistencia hasta convertirse en una persona...

Sin cambiar ni un ápice la expresión de su rostro, Walker Boh observó cómo el Oráculo Siniestro se detenía delante de él, suspendido en la bruma, con la cara levantada para que pudiera ver con toda claridad en quién había decidido convertirse.

—¿Has venido a aceptar mi encargo, Walker Boh? —le preguntó el espíritu.

A pesar de habérselo propuesto, Walker no pudo evitar que lo cogiera por sorpresa. El oscuro y adusto semblante de Allanon no lo perdía de vista.

En el almacén se escuchó un leve murmullo. Nada se movía en el cavernoso recinto cuando seis pares de ojos se fijaron en Padishar Cesta.

El jefe de los proscritos acababa de comunicarles su decisión de volver al Pozo.

—En esta ocasión actuaremos de una manera completamente distinta —les dijo, con el gesto y la convicción de quien ha tomado una decisión irrevocable, como si eso fuera argumento suficiente para convencerlos—. No iremos de una parte a otra del parque con una escalera bajo el brazo. En los sótanos del cuartelillo hay una puerta que da acceso al Pozo. La utilizaremos. Iremos al cuartelillo, bajaremos al Pozo y regresaremos por el mismo camino. Es lo mejor.

Par dirigió una rápida mirada a sus compañeros de grupo. La expresión de las caras de Coltar, Morgan, Damson y los proscritos Stasas y Drutt reflejaban incredulidad y espanto. La propuesta de Padishar era una locura sin la menor probabilidad de éxito. Sin embargo, nadie puso ninguna objeción. Querían escuchar de sus propios labios cómo pensaba conseguirlo.

—En el cuartelillo, el cambio de guardia se realiza dos veces al día, a la salida del

Sol y a su ocaso. Por tanto, hacen dos turnos, de seis hombres cada uno. Las patrullas se relevan una vez a la semana, pero en días diferentes. Hoy es uno de los días de relevo. El relevo de la patrulla de día se realizará justo después de la puesta de Sol. Lo sé, estoy bien informado —afirmó con rotundidad, esbozando su típica sonrisa burlona.

»Hoy está prevista la llegada de un destacamento especial un par de horas antes del cambio de guardia, porque esta tarde se realizará una inspección, que se iniciará con el cambio —prosiguió el jefe de los proscritos—. Por ello, el comandante quiere que todo esté impecable y en orden. La guardia de día se alegrará de que el destacamento haga su trabajo y no se detendrá mucho en la identificación. —Dio un suspiro—. Ese destacamento estará formado por nosotros.

»Tan pronto como hayamos entrado en el cuartelillo, neutralizaremos a la guardia nocturna —continuó, inclinándose hacia delante y dirigiendo a sus subordinados una mirada incisiva—. Si lo hacemos con la rapidez y el sigilo adecuados, la guardia de día no se enterará de lo que está ocurriendo. Continuarán realizando sus rondas, y eso nos beneficiará, porque no permitirán que nadie entre. En cualquier caso, como medida de precaución, cerraremos la puerta por dentro. Después bajaremos al sótano y de allí pasaremos al Pozo. Todavía dispondremos de la luz suficiente para encontrar en poco tiempo lo que buscamos. Cuando lo tengamos en nuestro poder, desandaremos el camino y saldremos del cuartelillo de la misma manera que entramos en él.

De momento, todos permanecieron callados.

—Nos reconocerán, Padishar —dijo con voz grave Drutt, rompiendo el opresivo silencio—. Es probable que aún estén allí algunos de los soldados que nos hicieron prisioneros.

—Los cambiaron hace tres días —respondió el jefe de los proscritos, haciendo un gesto negativo.

—¿Y qué me dices del comandante?

—No regresará hasta principios de semana. Su puesto está ocupado por otro oficial.

—Necesitaremos uniformes de la Federación.

—Ya los tenemos. Los traje ayer.

—Llevas bastante tiempo preparándolo, ¿verdad? —preguntó Stasas después de intercambiar una mirada con Drutt.

—Desde que salimos de aquella celda —respondió el jefe de los proscritos, esbozando una amplia sonrisa.

—Si algo sale mal y descubren nuestras intenciones, caerán todos sobre el cuartelillo y nos capturarán —objetó Morgan, que había permanecido sentado en un banco junto a Par, poniéndose de pie.

—No, eso no sucederá jamás —respondió Padishar, haciendo un gesto negativo—. Llevaremos arpeos y cuerdas con nuestro equipo de limpieza. Si no podemos salir por el mismo sitio que entramos, los utilizaremos para escalar el Pozo. Los soldados de la Federación se concentrarán en la entrada del cuartelillo para capturarnos. Nunca se les ocurrirá pensar que podamos salir por otro sitio.

Las preguntas dejaron paso a un prolongado silencio, durante el cual los seis miembros del pequeño grupo analizaron sus dudas y temores, mientras esperaban que algo en su interior les confirmara el éxito del plan elaborado por Padishar Cesta. Sin embargo, Par pensaba que eran muchas las cosas que podían fallar.

—Bien, ¿qué os parece? —preguntó Padishar, impaciente—. No podemos perder tiempo. Todos sabemos que hay algunos riesgos, pero también sabemos que son inevitables en este tipo de asuntos. Quiero que toméis ya una decisión. ¿Lo intentamos o no? ¿Quién está a favor? ¿Quién está conmigo?

Nadie contestó. Par escuchó la prolongación del silencio, y Coltar y Morgan parecían dos estatuas. Stasas y Drutt, que había sido el primero en tomar la palabra, tenían sus ojos clavados en el suelo. Damson intercambió una mirada con Padishar. El joven del valle comprendió que nadie diría nada, porque todos esperaban que fuera él quien tomara la iniciativa.

—Yo iré —dijo Par, sin pensarlo.

—¿Has perdido el juicio? —le dijo Coltar al oído.

La atención del jefe de los proscritos se había trasladado hacia Stasas y Drutt, quienes también se mostraron dispuestos a ir.

—¡Par, ésta es nuestra oportunidad para salir de este embrollo! —insistió Coltar.

—¿No te das cuenta de que lo hace por mí? —respondió Par, inclinándose hacia él—. ¡Soy yo quien desea encontrar la Espada! ¡No puedo permitir que Padishar corra todos los riesgos! ¡Tengo que ir!

Su hermano hizo un gesto de impotencia. Morgan comunicó a Par con un guiño que estaba de acuerdo con él, y Coltar se limitó a levantar una mano y hacer un gesto de asentimiento.

Sólo faltaba conocer la decisión de Damson. Padishar había concentrado su aguda mirada en la muchacha, y esperaba. Entonces Par comprendió que la consulta de Padishar era superflua, porque hubiera bastado con que lo ordenara. Quizá la utilizara como prueba. El traidor aún no había sido descubierto, y aunque poco antes le había dicho que no creía que fuese ninguno de ellos, tal vez hubiera decidido cerciorarse.

—Os esperaré en el parque —dijo Damson Rhee, atrayendo hacia ella todas las miradas—. Tendría que disfrazarme de hombre para acompañaros, y eso significaría un riesgo más. ¿Y con qué fin? Creo que si surgen dificultades, os seré mucho más útil fuera.

—Has pensado con la claridad acostumbrada, Damson —dijo Padishar,

esbozando una sonrisa que relajó la tensión del pequeño grupo—. Nos esperarás en el parque.

Par pensó que el jefe de los proscritos se había precipitado aceptando tan pronto la idea.

Surtidores de agua salada se elevaban y caían sobre la superficie tranquila y gris de la laguna, salpicando con gotas heladas a Walker Boh.

—¿Quieres decirme por qué has venido, Tío Oscuro? —preguntó en voz baja la figura de Allanon.

—No tengo por qué decirte nada —respondió Walker, sintiendo que el frío lo abandonaba cuando su propósito se fortaleció. Tú no eres Allanon, sino el Oráculo Siniestro.

La figura de Allanon vibró y se disolvió en la media luz para ser reemplazada por la del propio Walker.

—Soy tú, Walker Boh. Nada más y nada menos —dijo el Oráculo Siniestro, soltando una carcajada hueca—. ¿No te reconoces?

Su cara sufrió una serie sucesiva de transformaciones: Walker cuando era niño, cuando era adolescente, cuando era joven y, por último, en sus años de madurez. Las imágenes aparecían y desaparecían con tanta rapidez que Walker apenas podía captarlas. Era aterrador contemplar las distintas fases de tu vida a tal velocidad, pero se obligó a mantener la calma.

—¿Hablarás conmigo, Oráculo Siniestro? —preguntó.

—¿Hablarás contigo mismo? —respondió el Oráculo.

—Lo haré. Pero ¿con qué fin? No tengo nada que decirme a mí mismo. Ya me lo he dicho todo.

—Ah, como yo Walker, como yo.

El Oráculo Siniestro se contrajo hasta que tuvo la altura real de Walker. Conservó su cara y la utilizó para burlarse de él, mostrándole algunos destellos del aspecto físico que tendría con el paso de los años, como si con ello quisiera demostrarle la futilidad de su vida.

—Conozco la razón de tu presencia —dijo de improviso el Oráculo Siniestro—. Conozco los pensamientos más íntimos de tu mente, los pequeños secretos que te ocultas a ti mismo. No es necesario que juguemos entre nosotros, Walker Boh. Eres mi igual en el juego y no deseo volver a enfrentarme contigo. Has venido para preguntarme dónde se encuentra la piedra élfica negra. Pues bien, te lo diré.

Walker desconfió de las intenciones del espíritu. El Oráculo nunca ofrecía nada sin contrapartida. Se limitó a responder con un gesto de asentimiento.

—Pareces muy triste, Walker —dijo el Oráculo Siniestro con tono compasivo—. ¿No te alegras de mi buena disposición ni te satisface saber que conseguirás tu

propósito? ¿Tan difícil te resulta admitir que has renunciado a tu orgullo y a tu decisión, que has olvidado tus principios y que has sido ganado para la causa del druida?

—Malinterpretas las cosas, Oráculo —respondió Walker, poniéndose en tensión de forma involuntaria—. No hay nada decidido.

—¡Oh, sí, Tío Oscuro! ¡Está todo decidido! No te equivoques. Tu vida se despliega ante mis ojos como un hilo continuo y recto, los años en un número finito, con una trayectoria definida. Has caído en la trampa de las palabras del druida. El legado que entregó a Brin Ohmsford ya es tuyo, lo quieras o no.

—Háblame de la piedra élfica negra —dijo Walker.

—Lo haré a su debido tiempo. Ten paciencia.

Sus palabras se perdieron en el silencio. El Oráculo Siniestro cambiaba constantemente bajo su envoltura de niebla. La luz diurna se había transformado en oscuridad, el gris en negro, pero las densas brumas suspendidas sobre el valle ocultaban la Luna y las estrellas. Sin embargo, en el sitio donde se encontraba Walker había luz, una fosforescencia que se desprendía de las aguas sobre las que se levantaba la figura del Oráculo Siniestro, un resplandor que jugueteaba de forma siniestra en las sombras de la noche.

—¡Cuántos esfuerzos para liberarte de los druidas! —exclamó el Oráculo—. ¡Qué estupidez!

Entonces el rostro de Walker fue sustituido por el de su padre.

—Recuerda que somos los depositarios del legado de Allanon, Walker —le dijo la figura de su padre—. Se lo confió a Brin Ohmsford, ya moribundo, para que lo transmitiera de generación en generación y disponer de él en el futuro si fuera necesario. —El rostro de su padre lo miró de reojo—. Quizá sea éste el momento.

Aparecieron sobre él unas imágenes nacidas del aire y tramadas en la niebla. Surgieron una tras otra, en vivos colores, consistentes y vigorosas.

Walker, sobresaltado, retrocedió un paso. Se vio a sí mismo en las imágenes, con semblante ansioso y desafiante, de pie sobre las nubes, encima de las figuras de Par, Wren y todos los que habían ido al Cuerno del Infierno, respondiendo a la convocatoria de Allanon. Entonces un rayo destelló en el cielo con línea quebrada, e inmediatamente después un poderoso trueno resonó en la oscuridad. La voz de Walker semejaba un suave siseo entre el resplandor y el rugido del trueno cuando pronunció las siguientes palabras: *¡Antes me cortarían la mano que ser testigo de la vuelta de los druidas!*, levantando el brazo para que todos pudieran ver que le faltaba la mano.

La visión se difuminó durante unos segundos, y volvió a tomar consistencia. Ahora Walker se vio sobre una interminable cordillera, alta y desprovista de vegetación. Todo el mundo se extendía a sus pies, las naciones y sus respectivas

Razas, las criaturas que poblaban la tierra y el agua, todos los seres y todas las cosas que habían existido. El viento silbaba con fuerza en sus oídos y hacía flotar con furia sus negras vestiduras. Junto a él había una muchacha, mujer y niña al mismo tiempo, un ser mágico dotado de una belleza increíble. Quedó aturdido ante la intensidad de la mirada de sus insondables ojos negros, sin poder apartar los suyos de los de ella. Su larga y plateada melena flotaba al viento como una masa ondeante. La joven extendió los brazos en demanda de apoyo para mantenerse en pie sobre la traicionera roca..., pero él la rechazó con violencia. La muchacha se precipitó en el abismo, dando vueltas sobre sí misma en silencio, y su plateada melena se convirtió en una masa brillante que acabó disolviéndose en la nada.

Se difuminó la visión, y Walker se vio ahora en una fortaleza vacía, grisácea y en estado ruinoso. La Muerte lo acechaba, reptando por los muros y los pasillos, buscando con ansiedad, mediante sus helados dedos, rastros de su vida. Quiso huir de ella, para satisfacer sus ansias de supervivencia, pero no lo consiguió. Permaneció inmóvil, permitiendo que la Muerte se acercara y lo abrazara. Cuando se extinguió su vida, se sintió invadido por un frío glacial y vio a sus espaldas una figura vestida con negros ropajes y embozada que lo sujetaba y le impedía huir. La figura tenía la cara de Allanon.

Desaparecieron las visiones, se esfumaron los colores y la penumbra se instaló de nuevo alrededor de la fosforescencia emitida por la laguna. El Oráculo Siniestro bajó los brazos despacio y la laguna emitió un sonido de desagrado y salpicó de insatisfacción. Walker Boh retrocedió unos pasos para que el agua no cayera sobre él.

—¿Qué dices, Tío Oscuro? —preguntó el Oráculo Siniestro, que había vuelto a adoptar la pálida cara de Walker.

—Que todavía estás jugando —respondió Walker con voz serena—. Que me muestras mentiras y medias verdades para burlarte de mí, pero aún no me has mostrado nada de la piedra élfica negra.

—¿Que no? —contestó el Oráculo Siniestro, vibrando lúgubrementemente—. ¿Crees que todo es un juego? ¿Sólo mentiras y medias verdades? Piensa lo que quieras, Walker Boh —prosiguió, soltando una carcajada llena de tristeza—. Pero yo veo un futuro que tú no puedes ver, y no es muy inteligente por tu parte que pienses que no te muestro nada de él. Recuerda, Walker, yo soy tú, el revelador de quién eres y qué eres. De la misma manera que soy todos los que vienen a hablar conmigo.

—No, Oráculo Siniestro, nunca podrás ser yo —respondió Walker, haciendo un gesto negativo—. Ni nunca podrás ser alguien distinto de quien en realidad eres, un espíritu sin identidad, sin existencia, exiliado en este charco de agua para toda la eternidad. Hagas lo que hagas, juegues a lo que juegues, nunca conseguirás cambiar la situación.

—¡Entonces, déjame en paz, Tío Oscuro! —exclamó el Oráculo Siniestro,

lanzando un surtidor de agua—. ¡Toma lo que viniste a buscar y vete! —Desapareció el rostro de Walter y su lugar fue ocupado por una calavera—. ¿Piensas que mi destino no está relacionado con el tuyo? ¡Ten cuidado! ¡Hay más de mí en ti de lo que pudieras imaginar!

»¡Escúchame, Walker! ¡Escúchame! —prosiguió el Oráculo Siniestro, agitando sus vestiduras y lanzando dardos de luz turbia a la niebla—. ¿Deseas saber dónde se encuentra la piedra élfica negra? ¡Pues escucha! ¡Las tinieblas la ocultan, una oscuridad que nunca podrá atravesar la luz, donde hay ojos que convierten en piedra a los hombres y voces que los hacen enloquecer! Más allá, donde sólo hay muerte, existe una cavidad con runas talladas, los signos del paso del tiempo. ¡En esa cavidad está la piedra!

»Te he dado lo que deseas, Tío Oscuro —dijo entre dientes el espíritu con la voz cargada de odio. La calavera se había difuminado, y las ropas colgaban vacías entre la bruma—. Lo he hecho porque mi regalo te destruirá. ¡Muere y pon fin a tu maldito linaje! ¡Cuánto tiempo hace que lo espero! ¡Vete ya! ¡Te deseo un rápido viaje a tu condenación!

El Oráculo Siniestro se mezcló con la niebla y desapareció. También desapareció la niebla que lo había acompañado, y la oscuridad cubrió por completo toda la laguna y sus alrededores, quedándose Walker a ciegas. Permaneció sin moverse donde estaba a la espera de que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, sintiendo sobre su piel el gélido tacto de la bruma. La carcajada del Oráculo Siniestro resonaba en el silencio de su mente.

Tío Oscuro, dijo una voz áspera.

Walker se fortaleció contra ella. Se revistió con la coraza de hierro.

Cuando recobró la visión y pudo distinguir la silueta de los árboles, se ciñó la capa, dio la espalda a la laguna y volvió sobre sus pasos.

La tarde avanzaba con paso firme y decidido hacia el crepúsculo. Una fina e incesante lluvia caía sobre la ciudad de Tyrsis, lavando sus polvorientas calles y dejándolas resbaladizas y brillantes a la pálida luz crepuscular. Negros nubarrones, que presagiaban una fuerte tormenta, se cernían sobre los árboles del Parque del Pueblo, y de ellos se desprendían jirones que descendían para enroscarse en sus troncos. El parque estaba desierto y silencioso, sin escucharse otro ruido que el producido por la lluvia.

Unas pisadas, un pesado sonido de botas, rompieron la calma y una escuadra de seis soldados de la Federación, embozados y encapuchados, se materializó en la niebla. Llevaban voluminosas mochilas de equipamiento. Dos mirlos que estaban posados en un abedul los miraron con extrañeza, un perro que husmeaba en la basura huyó a toda prisa y un niño mendigo, agazapado en un portal para protegerse del agua y el frío, los observó con mirada desconfiada. Nadie más se fijó en ellos. Las calles estaban vacías, y la ciudad recogida en sus casas y ciega aquel atardecer húmedo y desapacible.

Padishar Cesta dirigió al pequeño grupo por la Vía Tyrsiana hasta el interior del parque. Envueltos en sus capas, todos parecían iguales. No habían sufrido ningún tropiezo desde que salieran del almacén, y apenas si se habían cruzado con una docena de transeúntes. Todo discurría conforme a lo previsto.

Par Ohmsford contempló la vaga y oscura silueta del cuartelillo entre los árboles y sintió que su mente se encerraba en sí misma. Encogió los hombros para protegerse del frío de la lluvia y liberarse de la desagradable sensación del calor del sudor que corría bajo sus ropas. Estaba atrapado dentro de sí y al mismo tiempo podía verse desde fuera como si su alma se hubiese separado de su cuerpo. El camino que tenía delante era mucho más oscuro de lo que cabía esperar a la pálida luz crepuscular. Había entrado en un túnel, redondo y serpenteante, cuyo interior era tan liso que no tenía ningún asidero. Estaba cayendo, y su propio ímpetu lo llevaba hacia el terror que lo esperaba delante.

Se dio cuenta de que estaba a punto de perder el autocontrol. Había sentido miedo en varias ocasiones: cuando Coltar y él huyeron de Varfleet, cuando la vieja del bosque apareció para enfrentarse a ellos, cuando Cogleine les dijo lo que debían hacer, cuando cruzaron el Lago del Arco Iris en una noche cubierta por la bruma en compañía de Morgan, cuando lucharon contra el gigante en el bosque de Anar, cuando consiguieron huir del Devorador en las montañas de Wolfsktaag, cuando fue capturado por los gnomos araña y la niña—mujer que era un Espectro. Y también en presencia de Allanon. Pero todos estos miedos y temores no podían compararse con el que sentía ahora. Ahora estaba aterrorizado.

Tragó saliva, sintiendo la sequedad de su garganta, e intentó convencerse a sí mismo de que todo iba bien. El sentimiento de terror lo había cogido por sorpresa, como si fuera una criatura que lo acechara en las calles de la ciudad con los tentáculos extendidos. Ahora lo sujetaba una garra tan fuerte como el hierro y carecía de los medios para liberarse. No tenía sentido hablar a los demás de sus sentimientos. ¿Qué podía decirles? ¿Que estaba asustado o, peor aún, aterrorizado? ¿Cómo suponía que debían estar los demás?

Una ráfaga de viento sacudió los árboles, y descargaron sobre ellos el agua que retenían entre su follaje. Se mojó los labios con esa agua, fresca y agradable. Coltar era un bulto informe delante de él y Morgan, otro detrás. Las sombras danzaban a su alrededor, robándole el poco valor que le quedaba. Aquello era un error, oyó que le decía una voz interior. Se le puso piel de gallina ante la certeza.

Tenía una sensación de vulnerabilidad que jamás se había manifestado antes con tal intensidad, encerrada en algún rincón olvidado de su mente. Volviendo la vista atrás, le pareció que todo lo que había hecho en su vida no era más que un juego. Era ridículo, lo sabía, pero, en parte, también era cierto. Se lanzó a la aventura, autoproclamándose héroe como un personaje de aquellos que cantaban las historias, decidido a probar la realidad de sus sueños, a saber quién y qué era. Se había convencido a sí mismo de que era dueño de su destino y ahora se daba cuenta de que nunca lo había sido.

Todo el pasado atravesó su mente en una rápida sucesión de imágenes, que se perseguían con malvados propósitos. Había ido rebotando de un contratiempo a otro, creyendo erróneamente que su actuación era válida. Pero, en realidad, ¿qué había logrado? Era un proscrito que huía para mantenerse con vida. Sus padres estaban prisioneros en su propio hogar. Walker pensaba que estaba loco. Wren lo había abandonado. Coltar y Morgan seguían con él porque sabían que necesitaba su ayuda. Padishar Cesta creía que era alguien que jamás llegaría a ser. Y lo peor de todo era que, a consecuencia de su insensata decisión de aceptar el encargo de un hombre que hacía trescientos años que había muerto, otros cinco hombres estaban a punto de perder la vida.

—Cuídate —le había dicho a Coltar intentando en vano reducir la tensión cuando abandonaron el almacén—. No vayas a tropezar con esos pies de pato.

—Y tú aguza el oído —había respondido Coltar—. No le resultará demasiado difícil a alguien con unas orejas como las tuyas.

Intentaba simular valor, pero sabía que no había conseguido engañar a nadie. *¡Allanon!* Pronunció el nombre del druida en el silencio de su mente como si fuera una oración. *¿Por qué no me ayudas?*

Pero sabía muy bien que un espíritu no podía ayudar a nadie. Sólo podía recibir ayuda de los vivos.

Ya no quedaba tiempo para pensar, ni para lamentarse de las decisiones adoptadas en el pasado. Habían llegado al final de los árboles y ante ellos se levantaba el cuartelillo. Un par de guardias de la Federación se irguieron cuando vieron que se acercaba la patrulla. Padishar, sin dudar, se dirigió directamente hacia ellos, los informó de la tarea encomendada al destacamento, hizo algunas bromas triviales sobre el mal tiempo y logró que abrieran las puertas. Muy juntos, con las cabezas bajas y las capas ceñidas, se apresuraron a cruzar la entrada.

Los seis hombres de la guardia nocturna jugaban a las cartas alrededor de una mesa de madera. Apenas si levantaron la cabeza cuando oyeron a los recién llegados. El comandante de la guardia no estaba con ellos.

Padishar miró por encima de su hombro, hizo un gesto a Morgan, Stasas y Drutt, e inmediatamente se situaron detrás de los jugadores. Uno de los guardias levantó los ojos con suspicacia.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—El equipo de limpieza —respondió Padishar. Se acercó al que había hablado y se inclinó para ver sus cartas—. Ésta es una mano perdida, amigo.

—Quítate, me estás mojando —dijo el guardia.

Padishar lo golpeó en la sien con el puño, y el hombre se desplomó. Otro cayó casi a la vez. Los demás se pusieron de pie, gritando, pero los proscritos y Morgan los derribaron en unos segundos, y Par y Coltar sacaron cuerdas y trapos de sus mochilas.

—Llevadlos a los dormitorios, atadlos y amordazadlos —ordenó Padishar—. Aseguraos de que no puedan escapar.

Alguien llamó a la puerta. Padishar esperó a que se llevaran a los guardias y después abrió la mirilla. Eran los soldados de afuera, que habían acudido alarmados por los gritos. Padishar les dijo que todo estaba orden, que dejarían de jugar a las cartas y pondrían las cosas en su sitio.

Cerró la mirilla esbozando una sonrisa tranquilizadora.

Cuando los hombres de la guardia nocturna estuvieron inmovilizados en los dormitorios, Padishar cerró las puertas y las aseguró. Tras reflexionar durante un breve instante, ordenó que echaran los cerrojos de la puerta de entrada. No debían correr riesgos innecesarios, argumentó. Tampoco podían dejar atrás a ningún miembro del grupo para asegurarse de que no los molestaran.

Provistos de lámparas de aceite, bajaron por la escalera hasta el último sótano del cuartelillo. Los muros de piedra impedían a los miembros del pequeño grupo escuchar el sonido de la lluvia, pero la humedad que penetraba por ellos era tan fría que Par empezó a tiritar. Siguió a los demás dispuesto a hacer lo que fuese necesario, concentrándose en poner un pie delante del otro para no tropezar. No había ningún motivo para asustarse, seguía diciéndose a sí mismo. Enseguida coronarían con éxito

aquella misión.

El comandante estaba durmiendo en el nivel más bajo. No era el mismo hombre que los había hecho prisioneros cuando intentaron saltar el muro del barranco. No tuvo mejor suerte que sus subordinados. Lo dominaron sin esfuerzo, lo ataron, lo amordazaron y lo encerraron en su habitación.

—Dejad las lámparas —ordenó Padishar.

Continuaron caminando hasta llegar al final del pasadizo, donde se encontraron ante una puerta forrada de hierro y cerrada, que doblaba en altura a Drutt, el más alto de todo el grupo. Un enorme picaporte, adornado con una cabeza de lobo, la insignia de los investigadores, se destacaba en ella. Padishar lo agarró con las dos manos, lo giró y la puerta se abrió. A través de la oscura rendija les llegó un fuerte olor a moho y a podrido.

—Ahora manteneos juntos —ordenó Padishar volviendo la vista atrás, antes de salir a la penumbra exterior.

Coltar se volvió lo suficiente para apretar el hombro de Par, antes de seguir al jefe de los proscritos.

Se encontraron en un bosque donde los árboles se mezclaban con enmarañados matorrales, enredaderas, zarzas y una neblina impenetrable. Las frondosas y mojadas copas de los árboles, que se unían formando una capota, apenas dejaban pasar la pálida luz crepuscular. El cieno rezumaba y succionaba en minúsculos charcos a su alrededor. Había criaturas que revoloteaban por aquella jungla; pájaros, o algo menos agradable, cuya naturaleza no pudieron determinar. Les llegaban fuertes olores de humedad y putrefacción, mezclados con otros aún más insoportables, y unos sonidos lejanos, irreconocibles y amenazadores. El Pozo era un lugar sumido en tinieblas y espantoso.

Todos los nervios del cuerpo de Par Ohmsford le pedían a gritos que saliera de aquel lugar.

Padishar reanudó la marcha seguido de Drutt, y tras ellos iban Coltar, Par, Morgan y Stasas, formando una fila de figuras empapadas. Avanzaron muy despacio, siguiendo la pared del barranco en dirección a los escombros del antiguo puente de Sendic. Par y Coltar llevaban los arpeos y las cuerdas, y los demás empuñaban sus armas. Par volvió la vista atrás un momento y vio que la luz de la puerta abierta del cuartelillo que habían dejado atrás se diluía en la niebla. También observó que la Espada de Leah brillaba débilmente en la mano de Morgan y el agua que corría por su bruñida hoja.

La tierra que pisaban estaba muy blanda, pero continuaron avanzando sin detenerse en ningún momento. Daba la sensación de que el Pozo eran unas fauces gigantescas abiertas que les estaban esperando, y olía a cosas que había comido antes y su aliento era la neblina que los envolvía. Extraños seres se retorcían y culebreaban

en los charcos de aguas estancadas, los troncos putrefactos exudaban y desprendían destellos entre la maleza como si fuesen de mercurio. El silencio era opresivo. Incluso los primeros sonidos habían cesado ante su avance. Sólo percibían el de la lluvia, lenta y firme, que caía sobre aquel espantoso lugar.

Siguieron caminando durante un tiempo que a Par le pareció interminable. Los minutos se sucedían uno tras otro en un desfile incesante hasta que ya no tuvieron principio ni fin. ¿A qué distancia estarían de las ruinas del puente?, se preguntó el joven del valle. Ya no debían quedar muy lejos. Se sentía atrapado en el Pozo, con la pared que lo limitaba a su izquierda, los árboles y la niebla a su derecha, y llovizna y lluvia por todas partes. Las negras capas que llevaban sus compañeros les daban el aspecto de miembros de una comitiva fúnebre, de sepultureros.

Entonces Padishar Cesta se detuvo para escuchar. Par también había oído algo. Era una especie de siseo que procedía de algún lugar del interior del fangal, como el de un chorro de vapor que escapase por una fisura. Los demás estiraron sus cuellos y escrutaron los alrededores sin ningún éxito. Cuando cesó el ruido, sólo pudieron oír el sonido de sus respiraciones y de la lluvia.

El espadón de Padishar centelleó cuando lo movió para ordenarles que continuaran. Ahora el jefe de los proscritos había aligerado el paso, como si sintiera que algo no iba bien, y que la rapidez era más importante que la cautela. Pasaron a través de veintenas de gruesos troncos relucientes, mudos centinelas en aquel lugar tenebroso. La luz disminuía, tornando su tono gris en cobalto.

De repente Par advirtió que algo los observaba, y se le erizaron los pelos de la nuca. Miró a su alrededor. Nada se movía en la bruma. No consiguió ver nada.

—¿Qué es eso? —le preguntó Morgan a su oído, pero el joven del valle sólo consiguió encogerse de hombros.

Entonces, los bloques de piedra del destruido puente de Sendic entraron en su campo visual, sobresaliendo como unos enormes dientes entre la maraña vegetal. Padishar apresuró el paso, y todos los demás lo imitaron. Se alejaron de la pared del barranco y se internaron en el bosque. Parecía que se lo hubiera tragado el Pozo. Había grandes cascotes del antiguo puente entre los escombros, cubiertos por las copas de los árboles, llenos de musgo y desgastados, espectrales a la escasa luz.

Par respiró profundamente. Las antiguas leyendas decían que la Espada de Shannara había sido empotrada en un bloque de mármol rojo y guardada en una cripta bajo el arco protector del puente de Sendic.

Tenía que estar allí, en algún lugar cercano.

Entonces lo asaltaron las dudas. Si la Espada había sido empotrada en un bloque de mármol rojo, ¿conseguiría sacarla? Ni siquiera estaba seguro de poder entrar en la cripta.

Sus ojos registraron la bruma. ¿Estaría enterrada bajo los cascotes del puente?

¿Cómo conseguiría descubrir su escondrijo?

Demasiadas preguntas sin respuesta, pensó, y de pronto se sintió invadido por un sentimiento de desesperación. ¿Por qué no las había formulado antes? ¿Por qué no había considerado todas las posibilidades?

Las piedras se destacaban tenuemente en la neblina. Pudo ver la esquina occidental del ruinoso palacio de los reyes de Callahorn, una oscura silueta a través de un hueco entre los árboles. Sintió un nudo en la garganta. Casi habían llegado a la pared opuesta del barranco, y quedaban pocos sitios donde buscar.

No me iré sin la Espada, se dijo a sí mismo mentalmente. *¡Por mucho que me cueste, no me iré sin ella!* El fuego de su convicción lo atravesó como si con él quisiera sellar un convenio.

Escucharon de nuevo el siseo, ahora mucho más cerca. Daba la impresión de que les llegaba de distintas direcciones. Padishar se detuvo y dio media vuelta con precaución. Flanqueado por Stasas y Drutt, se adelantó varios pasos para proteger con su cuerpo a los tres jóvenes, los hermanos del valle y el muchacho de las tierras altas. Después empezó a bordear con paso lento los escombros.

El siseo aumentó su intensidad, adquiriendo mayor precisión. Ya no parecía un siseo, sino una respiración.

Los ojos de Par buscaron con ansiedad en la oscuridad. Algo se acercaba a ellos, el mismo ser que había devorado a Ciba Blue y a todos los que habían bajado al Pozo antes que él y que nunca habían conseguido salir. Su certeza era aterradora. A pesar de ello, no buscaba a quienes los acechaban, sino la cripta donde estaba guardada la Espada de Shannara. Ahora se sentía invadido por un fuerte deseo de encontrarla. De repente, la vio mentalmente con la misma claridad que si estuviese pintada en un cuadro. La buscó, primero con el pensamiento y después entre la niebla y la penumbra.

Algo extraño le estaba sucediendo.

Sintió una tensión interior que parecía provocada por la magia del cantar. Presionaba contra unos obstáculos que no podía ver ni comprender, y pudo sentir que estaba dotado de una fuerza hasta entonces desconocida para él.

—¿Par? —le zarandó Coltar, mirándolo a la cara y palideciendo.

La niebla que los rodeaba se llenó de puntos rojos y luminosos, que ardían como fuegos minúsculos en la humedad. Se apagaban y encendían mientras se acercaban a ellos. Aparecieron unas caras que ya no eran humanas, con carne podrida y medio devorada, y las facciones contorsionadas e inmundas. Cuerpos que arrastraban los pies; algunos enormes, otros huesudos y todos deformes hasta lo increíble. Parecía que hubiesen sido estirados y retorcidos, torturados. La mayoría caminaban agachados y algunos, a cuatro patas.

En unos pocos segundos habían rodeado al pequeño grupo. Eran seres liberados

de alguna horrible pesadilla, retazos y fragmentos materializados de un sueño espantoso. Espectros insustanciales entraban y salían de sus cuerpos a través de la boca y los ojos, de los poros de la piel y los pelos encrespados.

¡Espectros!

La presión de Par Ohmsford aumentó hasta resultar casi insoportable. Sintió que algo subía por las paredes de su estómago. Sus visiones oníricas adquirían vida, el lóbrego mundo de los humanos embrutecidos dominado por los Espectros. Se hacía realidad lo que Allanon había profetizado.

Por fin, la presión rompió sus ataduras. Par dio un grito, dejando aterrados a sus compañeros con la fuerza de su alarido. El sonido tomó forma y se convirtió en palabras, empezando a cantar. El cantar irrumpió en el aire como una llama y su magia iluminó las tinieblas. Los Espectros retrocedieron de un salto. Sus rostros aún eran más espantosos bajo el inesperado resplandor, que también dejó al descubierto las heridas de sus cuerpos. Par se irguió, impulsado por un poder que nunca hubiera podido sospechar que poseyera el cantar. Era consciente de una visión mental, de una visión de la Espada de Shannara.

La luz de la magia, sólo una ilusión al principio, de repente fue real. Se incrementó, rechazando la oscuridad de una forma que a Par le pareció extrañamente familiar, brillando con intensidad mientras la penetraba. Se contorsionaba y revolvía como algo atrapado que intentara escapar, serpenteando entre las ruinas del puente de Sendic, saltando por encima de los troncos de árboles caídos, deslizándose a través de la maleza hasta donde había una singular cámara de piedra en medio de una maraña de enredaderas y hierbas a menos de cien metros de donde él estaba.

Se sintió traspasado por una corriente de júbilo.

¡Allí!

La palabra sonó en el silencio de su mente, protegida de la magia y el caos. Vio la piedra ennegrecida por la intemperie, y la luz de su magia que se extendía por su carcomida superficie, por sus grietas y recovecos, destacando las palabras grabadas en ella:

*Aquí yace el corazón y el alma de las naciones.
Su derecho a ser libres,
Su deseo de vivir en paz,
Su valor...*

Le fallaron las fuerzas antes de que pudiera concluir la lectura. La magia resplandeció y se disolvió en la oscuridad con la misma rapidez que había surgido. Se tambaleó hacia atrás dando un grito, y Coltar lo cogió en sus brazos. Par no pudo oírlo. Sólo podía oír el extraño repiqueteo que el cantar había dejado tras de sí, los restos de una magia que todavía no había empezado a comprender.

En su mente persistía la visión, una imagen que vibraba en el primer plano de sus

pensamientos. Todo lo que había descubierto la magia.

La cripta de piedra erosionada y las palabras grabadas.

La Espada de Shannara.

Entonces cesó el repiqueteo, la visión desapareció y volvió a encontrarse en el Pozo, completamente extenuado. Los Espectros se acercaban desde todas direcciones empujándolos contra las piedras del puente. Padishar avanzó, erguido y resuelto, para enfrentarse con el más próximo, un enorme monstruo parecido a un oso con zarpas en lugar de manos. Lo atacó con su espadón... una, dos, tres veces... con estocadas tan rápidas que escapaban de la vista de Par. El extraño ser se contrajo y retrocedió con los miembros flácidos, pero no se desplomó. Apenas parecía darse cuenta de las heridas que había sufrido. Sus ojos permanecían inmóviles y su expresión reflejaba algún tormento interior.

Par observó al Espectro. Sus miembros se recompusieron de la misma manera que los del gigante con el que habían luchado en el Anar.

—Padishar, la Espada... —empezó a decir, pero el jefe de los proscritos les estaba ordenando a gritos que retrocedieran por el mismo camino que habían seguido hasta allí, a lo largo del muro de piedra.

—¡No! —gritó Par, desesperado.

Era incapaz de expresar con palabras la certeza que sentía. Tenían que llegar hasta donde estaba la Espada. Intentó liberarse de las manos de Coltar, pero su hermano volvió a sujetarlo con fuerza y lo obligó a seguir a los demás.

Los Espectros atacaron con una torpe acometida. Stasas cayó, y fue arrastrado fuera del alcance de sus compañeros. Le desgarraron la garganta y algo oscuro entró en su cuerpo mientras aún estaba vivo y jadeante. Sufrió una fuerte sacudida que lo hizo ponerse en pie, se volvió hacia ellos mirándolos a la cara y empezó a atacarlos. El grupo retrocedió, sin dejar de esgrimir sus espadas. Apareció Ciba Blue... o lo que quedaba de él. Con una fuerza increíble, bloqueó la espada de Drutt, lo cogió por los brazos y se pegó a su antiguo compañero como una sanguijuela. El proscrito dio un grito de dolor cuando le arrancó primero un brazo y luego el otro, para acabar arrancándole la cabeza. Lo que había sido Ciba Blue siguió agarrando y devorando el cuerpo de su antiguo compañero.

Padishar se quedó solo, rodeado. De momento, su rapidez y fortaleza habían conseguido mantenerlo con vida. Entre fintas y estocadas, esquivando los dedos que se extendían hacia él, regateaba para mantenerse libre. Pero, abrumado por su número, empezaba a ceder terreno.

Fue Morgan Leah quien lo salvó de los Espectros. Abandonó su papel de defensor de Par y Coltar, y se apresuró a socorrer al jefe de los proscritos. Con su melena rojiza flotando, cargó contra el grueso de los Espectros. La Espada de Leah cayó sobre ellos, desprendiendo llamas cada vez que los alcanzaba. La magia brotaba de su

hoja y reducía a cenizas a aquellos seres tenebrosos. Acabó con dos, tres y muchos más. Padishar luchaba sin descanso junto a él, y juntos consiguieron abrirse paso, gritando a Par y Coltar que los siguieran. Los hermanos del valle corrieron tras ellos, evitando las garras de los Espectros que los perseguían. Par renunció a toda esperanza de conseguir la Espada. Dos de los suyos habían muerto, y todos correrían la misma suerte si no salían de allí inmediatamente.

En el trayecto de regreso al muro del barranco, rechazaron como pudieron los ataques de los Espectros. La magia de la Espada de Leah los mantenía a raya, aunque surgían de todas partes, como si el Pozo fuera un nido donde se reprodujeran. Igual que la leñadora y el gigante, parecían inmunes a las armas convencionales. Sólo Morgan podía herirlos. No podían enfrentarse a su magia.

La retirada fue angustiosamente lenta. El cansancio de Morgan aumentaba a medida que disminuían sus fuerzas, y también se debilitaba el poder de la Espada de Leah. Corrían cuando les era posible, pero los Espectros les cerraban el paso cada vez con más frecuencia. Par intentó invocar la magia del cantar, pero no lo consiguió. Trató de no pensar en lo que eso significaba, y concentró todos sus esfuerzos en buscar una razón que pudiera explicar lo ocurrido, que le permitiera entender cómo se había liberado la magia. Incluso durante la huida, su mente no descansaba. ¿Por qué había perdido el control de aquella forma? ¿Por qué la magia le había proporcionado aquella extraña luz, real y no ilusoria? ¿Sólo porque él lo había deseado? ¿Qué le había ocurrido?

Por fin consiguieron llegar al muro del barranco, y se apoyaron contra él para recuperar el aliento. Del parque les llegaban gritos y reflejos de antorchas. Su lucha contra los Espectros había alertado a la guardia de la Federación. En un momento, el cuartelillo estaría sitiado.

—¡Los arpeos! —gritó Padishar.

Par había perdido el suyo, pero Coltar todavía lo llevaba colgado del hombro. El joven del valle se echó hacia atrás, desenrolló la cuerda y lanzó hacia arriba el pesado hierro, que se elevó hasta perderse de vista y se enganchó. Coltar lo probó con su peso. El resultado fue positivo.

Padishar empujó a Par contra la pared y sus ojos se encontraron. A sus espaldas, el bosque del Pozo estaba vacío.

—Sube —le ordenó con voz áspera.

Su respiración era entrecortada. Empujó también a Coltar contra la pared.

—Los dos —ordenó—. Subid hasta salir de aquí, y luego entrad en el parque. Damson os estará esperando y os llevará al Saliente.

—Damson —repitió Par como un eco.

—Olvida tus sospechas y también las mías —respondió el jefe de los proscritos, reflejando cierta tristeza en sus agudos ojos—. ¡Confía en ella, muchacho, es lo mejor

de mí!

Los Espectros volvieron a surgir de las tinieblas. Su respiración era un lento siseo en el aire nocturno.

—Sal de aquí, Par —le gritó Morgan, que ya se había alejado del muro para enfrentarse a los Espectros.

—¡Sube! —gritó Padishar—. ¡Ahora!

—Pero tú... —empezó a decir Par.

—¡Vete! —exclamó indignado el jefe de los proscritos—. ¡Yo me quedaré con Morgan para que puedas huir! ¡No pierdas el tiempo en gestos!

»¡Suceda lo que nos suceda a cualquiera de nosotros, tú tienes que vivir! —prosiguió el jefe de los proscritos, cogiendo a Par bruscamente por los hombros—. ¡La magia de Shannara es lo que algún día ganará esta batalla, y tú eres el único que puede utilizarla! ¡Vete ahora mismo!

Entonces intervino Coltar, y obligó a subir a Par por la cuerda. Ésta estaba anudada, facilitando su ascenso. Empezó a trepar con los ojos inundados de lágrimas de frustración. Su hermano lo seguía, apremiándolo, con el rostro cubierto de sudor.

Par solamente se detuvo una vez para mirar hacia abajo. Los Espectros rodeaban a Padishar Cesta y a Morgan Leah que, para protegerse mejor, se habían pegado al muro del barranco.

Demasiados Espectros.

Apartó la vista. Conteniendo la rabia, siguió trepando en la oscuridad.

Morgan Leah no se volvió cuando dejó de oír el roce de las botas contra la pared del barranco. Tenía sus ojos fijos en los Espectros que los rodeaban. Era consciente de que Padishar estaba junto a su hombro izquierdo. Los Espectros habían interrumpido su avance y se mantenían a distancia, en los límites de la densa cortina de bruma. Ahora conocían el poder del arma de Morgan y adoptaban mayores precauciones.

Estúpidas criaturas, pensó el joven de las tierras altas con amargura. ¡Pensaba que merecía un final mejor que éste!

Lanzó una finta a los que estaban más cerca, y retrocedieron.

La fatiga lo aprisionaba como una cadena. Sabía que era la consecuencia de su magia. Todo su poder había pasado por él, una especie de fuego interior extraído de la propia espada, un alud de energía al principio y después un cansancio creciente. Y había algo más, una insidiosa relación entre la magia y su cuerpo que lo impulsaba a ansiarla de una manera inexplicable, como si el dejar de utilizarla, o incluso el simple hecho de tomarse un descanso, implicara una cierta renuncia de su identidad.

De repente, sintió miedo de no poder desprenderse de ella hasta que estuviera demasiado cansado para utilizarla.

O muerto.

Ya no oía los ruidos producidos por Par y Coltar durante la ascensión. El Pozo había vuelto a quedar envuelto en el silencio, sólo roto por el siseo de los Espectros.

—¡En marcha, Morgan! —dijo Padishar en voz baja, acercándose más al joven de las tierras altas.

Al principio, empezaron a deslizarse muy despacio junto al muro del barranco. Después, al ver que nadie los perseguía, más deprisa. Enseguida empezaron a correr, tropezando a cada paso, porque sus fuerzas empezaban a flaquear. La niebla se arremolinaba a su alrededor, formando grises zarcillos contra la noche. Los árboles ondeaban tras la cortina de la lluvia como si se movieran. Morgan comenzó a sentirse bien en un mundo de imposible realidad, fuera del tiempo y del espacio.

Los Espectros realizaron dos ataques durante su huida. Fueron dos breves escaramuzas, y consiguieron rechazar las dos gracias a la magia de la Espada de Leah. Cuerpos grotescos se abalanzaban sobre ellos como pedruscos que rodaran por la ladera de una montaña, y acababan convertidos en cenizas. El fuego ardía en la noche, rápido y seguro, y Morgan sintió que perdía una parte de sí mismo en cada llamarada.

Empezó a preguntarse si no estaría matándose de alguna forma extraña.

Arriba, donde el parque se ocultaba tras el muro del barranco, los gritos aumentaban su intensidad y llegaban hasta ellos como un falso aliento de esperanza. Morgan sabía que allí no encontrarían amigos. Tropezó y tuvo que hacer un gran esfuerzo para recuperar la verticalidad.

Por fin divisaron el cuartelillo, un torreón enorme y oscuro que se levantaba sobre los árboles y la bruma.

Morgan advirtió que algo había salido mal.

—¡A la puerta! —gritó Padishar Cesta, empujándolo con tanta fuerza que casi lo derribó.

Corrieron hacia la puerta abierta... o hacia donde la puerta debiera haber estado abierta, porque la realidad era que no lo estaba. Ninguna luz se filtraba por la ranura de la puerta que habían dejado entreabierta. Se encontraban ante una oscura pared de piedra, y el joven Morgan Leah sintió un estremecimiento de miedo e incredulidad que oprimió su estómago.

¡Alguien, o algo, había bloqueado su retirada!

Con Padishar a un paso detrás de él, el joven de las tierras altas llegó junto al muro del cuartelillo, a la gruesa puerta por la que habían accedido al Pozo, ahora cerrada para bloquearles el paso. La empujaron con todas sus fuerzas, pero estaba asegurada por dentro. Los dedos de Morgan recorrieron toda su superficie, esperando encontrar algún resorte que le permitiera abrirla, pero para horror suyo lo único que encontró fueron unas pequeñas marcas alrededor de la puerta, marcas en las que no

habían reparado antes, runas de magia que brillaban débilmente en la neblina grisácea y cortaban su retirada de una manera mucho más eficaz que cualquier cerradura o llave.

Oyó que los Espectros se estaban agrupando a sus espaldas. Se dio media vuelta para lanzarse sobre los seres de la noche, que se dispersaron ante su inesperada acometida. Padishar golpeaba la invisible cerradura sin saber que era magia y no cerrojos de hierro lo que la mantenía cerrada.

La delgada cara de Morgan se había convertido en una máscara dominada por la furia.

—¡Apártate, Padishar! —gritó.

Se abalanzó sobre la puerta como si fuese un Espectro, blandiendo la Espada de Leah, cuya hoja era un brillante trazo de plata que se destacaba en la oscuridad. El arma cayó sobre la puerta como un martillo... una, dos veces y muchas más. Las runas talladas en el hierro de la puerta lanzaron un maligno fulgor verde. A cada golpe saltaban chispas, fragmentos de llama que eran gritos de protesta. Morgan vociferaba como un loco, y el poder mágico de la espada absorbió sus últimas fuerzas.

Entonces todo estalló en un fuego blanco, y Morgan quedó sumido en las tinieblas.

Par dejó atrás las oscuras tinieblas del Pozo, alcanzó la parte superior del muro del barranco y pasó por encima de los pinchos metálicos. Tenía los brazos y las piernas llenos de cortes y arañazos. El sudor corría por su frente y se introducía en sus ojos haciendo que le escocieran y su respiración era fatigosa y entrecortada. Durante un momento sintió que se le nublaba la vista, y las sombras de la noche se convirtieron en una capota impenetrable punteada de ondeantes rastros de luz.

Antorchas, pensó, reunidas a la entrada del cuartelillo. Oyó gritos y fuertes golpes producidos por maderos pesados. Los centinelas y los refuerzos que hubieran llegado en su ayuda intentaban derribar la puerta.

Coltar saltó tras él, resoplando por el esfuerzo mientras se dejaba caer sobre la tierra húmeda. La lluvia empapaba los cabellos que no quedaban cubiertos por la capucha, y sus ojos tenían un brillo que Par no supo interpretar.

—¿Puedes andar? —le preguntó Coltar con ansiedad.

Par hizo un gesto de asentimiento, sin saber realmente si podía o no hacerlo. Se pusieron en pie lentamente. Les dolían todos los músculos y huesos del cuerpo, y les costaba trabajo respirar. Se alejaron del muro para internarse entre los árboles y descansar un momento. Querían cerciorarse de que nadie los había visto, y escucharon el alboroto que se había formado a la puerta del cuartelillo.

—Tenemos que salir de aquí, Par —dijo Coltar, inclinando la cabeza hacia su

hermano, que levantó los ojos con mirada acusadora—. ¡Ya lo sé! Pero ahora no podemos ayudarlos. Tenemos que pensar en salvarnos.

Par respondió con un gesto de desánimo.

—¡Por favor! —le suplicó Coltar.

Par le dio una palmada en el hombro e hizo un gesto de asentimiento. Se pusieron en marcha con paso vacilante. Avanzaban con precaución, manteniéndose en las zonas más oscuras, lejos de los senderos que conducían al cuartelillo. Había dejado de llover sin que lo advirtieran y cuando el viento soplaba a rachas intermitentes, los grandes árboles descargaban el agua que habían acumulado en sus hojas. La mente de Par estaba ocupada en los recientes sucesos, repitiéndole las advertencias que ya le había hecho antes, acosándolo con la satisfacción de haber acertado. ¿Por qué no me escuchaste?, le decía. ¿Por qué fuiste tan testarudo?

Las luces de la Vía Tyrsiana brillaban en la oscuridad que los precedía. Poco después llegaron al borde de la calle, donde había gente reunida, figuras irreconocibles en la noche, siluetas sin rostro que eran mudos testigos del caos que se vivía a unos pocos pasos de allí. La mayoría estaban lejos y no los habían visto salir, pero quienes habían reparado en su presencia, desviaron la mirada al reconocer los uniformes de la Federación.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Par en voz baja a su hermano, apoyándose en él, porque apenas si era capaz de mantenerse en pie.

Coltar se encogió de hombros y tiró de su hermano hacia la calle, alejándolo de las luces. Apenas habían pisado los adoquines, cuando apareció una figura con ánimo de interceptarlos. *Damson*, pensó Par. Pronunció su nombre en voz baja al oído de Coltar y aflojaron el paso, mientras que la muchacha aceleraba el suyo.

—No os detengáis —les dijo en voz baja, pasando por encima de sus hombros el brazo libre de Par para ayudar a Coltar a soportar su peso—. ¿Dónde están los otros?

Par buscó con sus ojos los de la muchacha. Hizo un gesto de resignación y vio la expresión de estupor que se dibujó en su cara.

Tras ellos, en el interior del parque, se produjo una explosión que iluminó el cielo y se oyeron exclamaciones angustiadas de los grupos reunidos en la calle.

A continuación siguió un angustioso silencio.

—No miréis atrás —dijo *Damson* sin mover los labios.

Pero los hermanos del valle no necesitaban el consejo.

Morgan Leah yacía tendido sobre la chamuscada tierra del Pozo. Sus ropas desprendían humo, y su nariz y su boca percibían un olor y un sabor acres. Estaba vivo, pero se sentía muy mal. Se sentía roto, como si bajo su piel todo su cuerpo estuviera hecho pedazos. Sentía dolor, pero no era dolor físico. Era mucho peor, una especie de agonía emocional que no sólo torturaba su cuerpo, sino también a su

mente.

—¡Morgan!

La poderosa voz de Padishar atravesó las capas de su angustia y le hizo abrir los ojos. Las llamas lamían el suelo muy cerca de donde él yacía tendido.

—¡Levántate, rápido!

Padishar tiró de él hasta que consiguió ponerlo de pie. Entonces se oyó un chillido. Un confuso mar de árboles y bloques de piedra se mecía entre la niebla y la oscuridad, pero se fue estabilizando hasta quedarse inmóvil.

Entonces la vio. Su mano aún sujetaba la Espada de Leah. La hoja se había partido. Sólo quedaba un trozo, mellado y negro, unido a la empuñadura.

—¿Qué he hecho? —murmuró el joven de las tierras altas, empezando a temblar, sin conseguir dominarse.

—¡Has salvado nuestras vidas, amigo mío! —respondió Padishar, tirando de él—. ¡Eso es lo que has hecho!

La luz brotaba de un enorme agujero abierto en la pared del cuartelillo. La puerta que antes estaba cerrada, había desaparecido.

—Tu arma lo ha logrado —continuó Padishar, con voz cansada—. Tu magia. Ha reducido a humo la puerta y nos ha brindado la oportunidad que necesitamos, si somos capaces de actuar con la suficiente rapidez. ¡Date prisa! Apóyate en mí. En un par de minutos o tres...

Padishar le ayudó a atravesar el agujero. Apenas tuvo conciencia de su paso por el corredor y de la subida por la escalera. El dolor continuaba desgarrando su cuerpo, haciéndole pronunciar palabras incoherentes cuando intentaba hablar. No podía dejar de mirar la espada rota. Su espada, su magia, él mismo. Era incapaz de establecer diferencias.

Un griterío y fuertes golpes interrumpieron sus pensamientos y lo obligaron a retroceder.

—Ahora, estate tranquilo —le dijo Padishar, y su voz llegó a sus oídos como un zumbido lejano.

Llegaron a la sala de guardia. Desde afuera, golpeaban con frenesí las puertas de entrada. Las planchas de hierro que las protegían estaban abombadas y rotas.

—Quédate aquí —le dijo Padishar, mientras lo apoyaba contra una de las paredes laterales—. No digas nada cuando entren, no llames su atención. Con un poco de suerte, pensarán que somos unas víctimas más de lo sucedido. Dame eso. —Cogió la Espada de Leah de la mano sin fuerza de Morgan Leah—. Enváinala, muchacho, ya nos ocuparemos de repararla más adelante.

Introdujo el arma en su funda, dio una suave palmada en la mejilla de Morgan y se dirigió a abrir las puertas.

Los uniformes negros de los soldados de la Federación llenaron la sala. Gritaban,

vociferaban y alborotaban, formando un estruendo insoportable. También a gritos, y haciéndose pasar por uno de ellos, Padishar los llevó hacia la escalera de caracol, a los dormitorios, a todas partes. Había una gran confusión, y Morgan observaba aquel caos sin entenderlo y sin mostrar el menor interés por él. La sensación de indiferencia que inundaba todo su ser sólo era superada por la angustia que le producía la pérdida de la Espada. Le parecía que su vida carecía de sentido, que la razón de su existencia había desaparecido de una manera tan repentina e inesperada como la hoja de la Espada de Leah.

Ya no hay magia, se decía a sí mismo una y otra vez. La he perdido. Lo he perdido todo.

Entonces regresó Padishar y lo obligó a ponerse de pie. Lo llevó hasta la puerta en medio del caos reinante en el cuartelillo y, desde allí, al parque. Se cruzaron con algunos hombres, pero ninguno reparó en su presencia.

—Menuda locura hemos desencadenado esta noche —dijo Padishar con voz lúgubre—. Confío en que no se vuelva contra nosotros.

Alejó al joven de las tierras altas del círculo de luces del cuartelillo, y un instante después ya habían salido del radio de acción de los soldados de la Federación.

Par Ohmsford se despertó al amanecer, pero permaneció echado en el camastro, ordenando los pensamientos que estaban dispersos en su mente. Le costó un poco recordar dónde se hallaba. Estaba en un cobertizo, destinado a almacén, detrás de una tienda de frutas y verduras, en algún lugar del centro de Tyrsis. Damson los había llevado allí la noche anterior para ocultarlos después de...

Los recuerdos llegaron formando una avalancha, en una sucesión ininterrumpida de rápidas y nítidas imágenes.

Abrió los ojos con gran esfuerzo y las imágenes desaparecieron. A través de las grietas de los postigos cerrados entraba una vaga luz grisácea que permitía vislumbrar los aperos de labranza, alineados en la pared como soldados en formación. El penetrante olor a abono y a mantillo impregnaba el aire. El silencio se extendía más allá de los muros de su escondite. La ciudad aún dormía.

Levantó la cabeza con cautela y miró a su alrededor. Coltar dormía a su lado, y su respiración era profunda y uniforme, pero no vio a Damson por ninguna parte.

Continuó acostado, escuchando el silencio, hasta que consiguió despertarse por completo. Entonces se sentó, retiró las mantas y se puso en pie. Todavía estaba agarrotado, y el dolor de las articulaciones lo obligó a encogerse. Pero había recuperado las fuerzas y podía moverse sin ayuda.

Coltar se agitó, se dio media vuelta y siguió durmiendo. Par observó un momento a su hermano, concentrándose en las líneas sombreadas de sus toscas facciones, y después se acercó a la ventana más próxima. Llevaba puesta la misma ropa que el día anterior; sólo le habían quitado las botas cuando lo acostaron. El frío de las primeras horas de la mañana pasaba de las tablas del suelo a las plantas de sus pies a través de los calcetines, pero lo ignoró. Miró por una grieta del postigo. Había dejado de llover, pero el cielo estaba nublado y el día presentaba un aspecto húmedo y vacío. Ninguna persona ni animal se movían en su campo visual. Sólo una desordenada colección de paredes, tejados, calles y pórticos se destacaba en la bruma.

La puerta se abrió a su espalda, y Damson entró en el cobertizo sin hacer ruido. Sus ropas estaban húmedas y sus cabellos rojizos colgaban lacios.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó en voz baja, mientras en su rostro se dibujaba una expresión de contrariedad. Cruzó la habitación y lo sostuvo como si estuviera a punto de desplomarse—. ¡No deberías haberte levantado! ¡Estás muy débil! ¡Vuelve a la cama ahora mismo!

Lo llevó hasta ella y le obligó a acostarse. Par intentó resistirse, pero descubrió que tenía menos fuerzas de las que había supuesto.

—Damson, escucha... —empezó a decir, pero ella le obligó a callar, tapándole la boca con la mano.

—No, escucha tú, joven élfico... —Hizo una breve pausa y lo miró como si hubiese descubierto algo extraño en su rostro—. ¿Qué te pasa, Par Ohmsford? ¿Es que no tienes ni una pizca de sentido común? Anoche salvaste tu vida por casualidad y ya estás buscando la manera de arriesgarla de nuevo. ¿No sientes el menor aprecio por ti mismo?

La muchacha respiró profundamente, y el joven del valle se encontró pensando en la calidez del contacto de su mano. Pareció que la joven le hubiera leído el pensamiento, porque la retiró enseguida. Sus dedos le rozaron la mejilla.

—Lo siento —respondió Par, cogiéndole la mano y reteniéndola entre las suyas—. No podía dormir más. He pasado toda la noche acuciado por las pesadillas. No puedo olvidar a Morgan y a Padishar...

Se interrumpió, no deseaba seguir hablando del tema. Incluso en aquel momento resultaba aterrador recordarlo. Coltar parpadeó y lo miró.

—¿Qué pasa? —preguntó, medio dormido.

—Tu hermano no puede dormir —respondió Damson, oprimiendo con su mano la de Par—. Se preocupa mucho por todos, menos por sí mismo.

—¿Hay nuevas noticias, Damson? —preguntó Par.

—Haré un trato contigo —respondió la joven, esbozando una leve sonrisa—. Si me prometes que intentarás volver a dormir o, al menos, que te quedarás en la cama, te aseguro que te daré toda la información que poseo. ¿De acuerdo?

El joven del valle hizo un gesto de asentimiento. Entonces recordó el consejo que le había dado Padishar: *¡Confía en ella, muchacho, es la mejor parte de mí!*

—Cuento contigo para que cumpla su palabra —dijo Damson, dirigiéndose a Coltar y soltando la mano de Par—. Os traeré también algo de comer. Podéis estar tranquilos, porque aquí nadie os molestará.

Se detuvo un instante, como si se resistiera a dejarlos solos, y luego dio media vuelta y salió de la estancia.

Tras su marcha, la habitación quedó en silencio. Los dos hermanos intercambiaron una significativa mirada.

—Está enamorada de ti —dijo Coltar en voz baja.

—No, es que le gusta protegerme —respondió Par, ruborizándose y haciendo un gesto negativo—. Nada más.

—Ah, ¿sólo eso? —dijo Coltar, dando un suspiro y cerrando los ojos. Su respiración se acompasó y su hermano creyó que había vuelto a dormirse, pero enseguida le hizo una nueva pregunta—: ¿Qué te ocurrió anoche, Par?

—¿Te refieres al cantar? —respondió Par, tras reflexionar un instante.

—¡Claro que me refiero a eso! —exclamó Coltar, abriendo los ojos y dirigiendo a su hermano una penetrante mirada—. Yo sé cómo actúa la magia mejor que nadie, salvo tú mismo, y nunca había visto algo parecido. ¡No fue una ilusión creada por ti,

aquello era real! Nunca pensé que poseyeras tan grandes poderes.

—Tampoco yo.

—¿Entonces?

Par se encogió de hombros. ¿Qué sucedió?, se preguntó a sí mismo. Cerró los ojos durante un momento y los abrió de nuevo.

—Tengo una teoría —dijo por fin—. Podría decirse que la he elaborado entre el sueño y las pesadillas. ¿Recuerdas cómo se manifestó la magia del cantar la primera vez? Wil Ohmsford utilizó las piedras élficas en la batalla que le enfrentó a la Segadora. Tuvo que hacerlo para salvar a la elfina Amberle. Hemos contado muchas veces esa historia, ¿no es cierto? Era peligroso para él porque no tenía suficiente sangre élfica. Eso lo cambió de un modo que al principio no pudo precisar. Sólo lo consiguió tras el nacimiento de sus hijos, Brin y Jair. Parte de la magia élfica de las piedras pasó a él. Esa parte se transmitió a Brin y Jair en la forma del cantar.

Se levantó sobre un codo, y Coltar lo imitó. Ya entraba suficiente luz en la habitación y podían verse las caras.

—La primera noche que pasamos con Cogline, el anciano nos dijo que no comprendíamos la magia. Nos aseguró que actúa de maneras diferentes, o algo parecido, pero que hasta que no la entendiéramos sólo tendríamos una. Más tarde, en el Cuerno del Infierno, nos habló de cómo cambia la magia, dejando estelas a su paso igual que una embarcación en el agua. Hizo una referencia específica al legado mágico de Wil Ohmsford, a la magia que se había convertido en el cantar.

Hizo una breve pausa y la habitación se quedó en completo silencio. Cuando empezó a hablar de nuevo, su voz tenía un sonido extraño.

—Admitamos por un momento que el anciano tenga razón, que la magia sufra constantes cambios, que esté en continua evolución. Al fin y al cabo, eso fue exactamente lo que sucedió cuando la magia de las piedras élficas pasó de Wil Ohmsford a sus hijos. ¿Y si en mí ha sufrido un nuevo cambio?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó, mirándolo fijamente—. ¿En qué consiste el cambio?

—Supongamos que la magia ha retrocedido en el tiempo para ser lo que fue. Las piedras élficas azules que Allanon dio a Shea Ohmsford cuando partieron en busca de la Espada de Shannara tenían el poder de descubrir lo que estaba oculto para su poseedor.

—¡Par! —exclamó Coltar en voz baja, asombrado.

—No, espera, déjame que termine. Anoche, la magia se manifestó como nunca lo había hecho. Apenas si pude controlarla. Tienes razón, Coltar; no fue una ilusión. Pero respondió de una forma reconocible. Descubrió lo que estaba oculto para mí, y creo que actuó así porque yo, en mi subconsciente, lo deseaba. —Su voz era enérgica—. ¡Imagínate que el poder que tuvieron las piedras élficas en otras épocas lo tiene

ahora mi magia!

Se quedaron mudos, mirándose a menos de medio metro de distancia. Coltar, profundamente concentrado, había contraído sus toscas facciones. La asombrosa revelación que su hermano acababa de hacer, había caído sobre él como una losa de piedra y lo aplastaba bajo su peso.

Tras aceptar esa realidad, la duda se reflejó en sus ojos y, de repente, también el miedo.

—Las piedras élficas también tenían otra propiedad —dijo Coltar. Su rostro palideció y su bronca voz se suavizó—. Podían defender a su poseedor de los peligros. Eran un arma dotada de un poder asombroso.

Par esperó, adivinando sus siguientes palabras.

—¿Crees que la magia del cantar puede hacer ahora lo mismo por ti?

—Sí, Coltar —respondió Par, con voz casi inaudible—. Creo que puede hacerlo.

Hacia el mediodía, la niebla se había levantado y las nubes habían desaparecido. El Sol brillaba sobre la ciudad de Tyrsis, inundándola con su calor. Los charcos y los arroyuelos se evaporaron enseguida, las piedras y el barro de las calles se secaron y el aire se volvió húmedo y pegajoso.

En las puertas de la muralla exterior, el tráfico era denso y lento. Los soldados de la Federación que hacían el turno de guardia, en doble número del normal a causa de los disturbios de la noche anterior, ya estaban sudorosos e irritados cuando apareció el sepulturero barbudo procedente de las callejuelas de la ciudad. Los viajeros y los comerciantes le abrieron paso cuando vieron que se acercaba. Harapiento y encorvado, olía como si viviese en un albañal. Empujaba un pesado carro de maderas podridas y astilladas, cargado con un cuerpo envuelto en sábanas y atado con tiras de cuero.

Los guardias intercambiaron una mirada de duda cuando el sepulturero llegó a su altura.

—Hace demasiado calor para trabajar, ¿no es cierto, señores? —resopló el sepulturero, y los guardias retrocedieron de manera instintiva ante el hedor que despedía.

—Documentación —dijo uno.

—Claro, claro. —Una mano sucia le entregó un papel tan sucio que parecía que hubiese sido empleado para limpiar el suelo—. Tengo que enterrarlo enseguida, ya sabes —prosiguió el sepulturero, señalando el cuerpo—. No durará mucho en un día tan asfixiante como éste.

Uno de los guardias se acercó lo suficiente para pinchar el cadáver con la punta de su espada.

—Cuidado —le dijo el sepulturero—. Hasta los muertos merecen un poco de

respeto.

El soldado lo miró con suspicacia, clavó la espada en el cuerpo y la sacó. El sepulturero se echó a reír.

—Debería limpiar su espada cuanto antes, señor, porque éste murió de tifus.

El soldado dio un paso atrás, completamente pálido, y los demás siguieron su ejemplo. El que tenía la documentación del sepulturero se apresuró a entregársela y lo apremió para que siguiera su camino.

El sepulturero hizo un gesto de indiferencia, agarró las varas del carro y bajó la rampa hacia la llanura, silbando desentonadamente.

Qué colección de estúpidos, pensó Padishar.

Cuando llegó a los primeros árboles y la ciudad de Tyrsis había quedado reducida a una vaga silueta en la lejanía, Padishar dejó los varales del carro en el suelo, retiró el cadáver que llevaba, cogió una barra de hierro y empezó a soltar las tablas del falso fondo. Con cuidado, ayudó a Morgan a salir de su escondite. La cara del joven de las tierras altas estaba pálida y demacrada, tanto por el calor y la incomodidad que había soportado como por los efectos de los combates librados el día anterior con los Espectros.

—Toma un poco de esto.

El jefe de los proscritos le ofreció una bota de cerveza, intentando disimular sus recelos. Morgan aceptó el ofrecimiento en silencio. Sabía lo que Padishar estaba pensando..., que él no se había sentido bien desde que habían salido del Pozo.

Tras abandonar el carro y el cadáver, recorrieron la distancia que los separaba de un río. Se bañaron en sus aguas, se pusieron ropa limpia, que Padishar había ocultado también en el doble fondo del carro, y se sentaron a comer para recuperar fuerzas.

—Morgan, no te preocupes, podemos arreglar la hoja de la espada —dijo Padishar, rompiendo el incómodo y opresivo silencio—. Es posible que, después de todo, no haya perdido su magia.

—No hay nada que podamos arreglar —respondió el joven de las tierras altas en tono deprimido, haciendo un gesto negativo.

—¿No? Dime por qué. Explícame cómo actúa la espada —insistió Padishar, que no quería darse por vencido.

Morgan accedió a su petición no porque se sintiera inclinado a hacerlo, sino porque era la forma más rápida de acabar con el asunto. Le contó cómo había adquirido la magia la Espada de Leah, que Allanon había sumergido la hoja en las aguas del Cuerno del Infierno para que Rone Leah dispusiera de un arma con la que pudiera proteger a Brin Ohmsford.

—La magia estaba en la hoja, Padishar —concluyó el joven de las tierras altas, a punto de perder la calma—. Una vez rota, no es posible repararla. La magia se ha

perdido.

—Bueno, Morgan, si es así, se ha perdido por una buena causa —respondió Padishar, haciendo un gesto dubitativo y encogiéndose de hombros—. Al fin y al cabo, ha salvado nuestras vidas, y eso no es un cambio desventajoso.

—Tú no puedes comprenderlo —dijo el joven de las tierras altas, mirando al jefe de los proscritos con ojos obsesionados—. Había una especie de nexo entre nosotros, entre la espada y yo. ¡Cuando se rompió la espada, también yo quedé roto! No tiene sentido, lo sé... pero eso es lo que ha sucedido. Cuando se perdió la magia, también se perdió una parte de mí mismo.

—Pero eso es lo que sientes ahora, muchacho. ¿Quién puede decir que no cambiarás? —respondió Padishar, esbozando una sonrisa para darle ánimos—. Concédete un poco de tiempo. Deja que cicatrice la herida.

Morgan retiró a un lado su comida y dobló las rodillas contra el pecho. Se quedó callado, sin tener en cuenta que el jefe de los proscritos estaba esperando una respuesta, pensando que nada había salido bien desde que tomaron la decisión de bajar al Pozo en busca de la Espada de Shannara.

—Tenemos que marcharnos —dijo de repente Padishar, poniéndose de pie con gesto irritado—. Escucha, Morgan —prosiguió, al ver que el joven de las tierras altas seguía sentado—. Estamos con vida y con vida seguiremos con la Espada o sin ella, y no estoy dispuesto a permitir que sigas comportándote como un cachorro medio muerto...

—¡Ya está bien, Padishar! —exclamó Morgan, levantándose de un salto—. ¡No necesito que te preocupes por mí! —Su voz fue más áspera de lo que pretendía, pero no pudo contener la ira que sentía—. ¿Por qué no te preocupas por Par y Coltar? —prosiguió, canalizando esa ira hacia un objetivo concreto—. ¿Tienes idea de lo que ha podido pasarles? ¿Por qué los hemos abandonado?

—Vaya —respondió el jefe de los proscritos con voz suave—. Así que es eso lo que te inquieta. Pues lo más probable es que los dos hermanos del valle estén mucho mejor que nosotros. A nosotros nos vieron salir del cuartelillo, ¿no lo recuerdas? La Federación no es tan estúpida como para no prestar atención al informe de lo sucedido y al hecho de que desaparecieran dos de sus supuestos soldados. Tendrán nuestra descripción. ¡Si no nos hubiésemos apresurado a salir de la ciudad, no lo habríamos conseguido nunca!

»Por otra parte —prosiguió Padishar, apuntando con un dedo al joven de las tierras altas—, nadie vio abandonar el lugar a los hermanos del valle. Por tanto, nadie puede reconocer sus rostros. Además, Damson se habrá encargado de ellos. Y sabe cómo llevarlos al Saliente. Los sacaré de Tyrsis cuando tenga oportunidad de hacerlo.

—Tal vez sí, tal vez no —respondió Morgan, haciendo un gesto dubitativo—. También estabas seguro de poder recuperar la Espada de Shannara, y mira lo que ha

pasado.

—¡Todos nosotros sabíamos que corríamos algunos riesgos! —exclamó Padishar, rojo de furia.

—¡Díselo a Stasas, Drutt y Ciba Blue!

—Los que han encontrado la muerte en aquel agujero eran mis amigos, no los tuyos, Morgan —respondió el jefe de los proscritos, agarrando la túnica del joven de las tierras altas y atrayéndolo hacia sí. Sus ojos se habían endurecido—. ¡No te atrevas a reprochármelo! Lo que hice, lo hice por todos nosotros. ¡Necesitamos la Espada de Shannara! ¡Tarde o temprano tendremos que volver a buscarla, con Espectros o sin ellos! ¡Lo sabes tan bien como yo, Morgan! Y por lo que respecta a los hermanos del valle, me gusta tan poco como a ti que se queden solos en la ciudad. ¡Pero no tenemos otra opción!

¡Al menos, podías haberlos buscado! —dijo Morgan, intentado liberarse en vano de la mano de Padishar.

—¿Dónde? ¿Dónde iba a hacerlo? ¿Crees que estarán escondidos en un lugar que conozcamos? ¡Damson no es tonta! ¡Los habrá llevado al agujero más profundo de Tyrsis! ¿Es que no entiendes lo que ha pasado? ¡Anoche descubrimos un secreto que la Federación había mantenido oculto con mucho empeño y esfuerzo! ¡No estoy seguro de que ninguno de nosotros comprenda aún todo su significado, pero basta con que la Federación lo crea! ¡Por eso nos quieren ver muertos!

»Intuí lo que pasaba en cuanto te saqué de la ciudad —prosiguió el jefe de los proscritos, visiblemente irritado—. Las autoridades de la Federación ya no se contentan con doblar el número de los centinelas e incrementar las patrullas. ¡Han movilizado a toda la guarnición! A menos que esté muy equivocado, Morgan Leah, han decidido eliminarnos de una vez por todas, a ti, a mí y a todos los miembros del Movimiento que caigan en sus manos. Nos hemos convertido en una auténtica amenaza para ellos, porque, por primera vez, conocemos sus verdaderas intenciones... ¡y eso es algo que no estarán dispuestos a tolerar! ¡Saldrán decididos a cazarnos y será mejor para nosotros que no nos encuentren!

»En cualquier caso, no tengo que discutir mis decisiones contigo —prosiguió, tras soltar al joven de las tierras altas y respirar profundamente—. Yo soy el jefe. Peleaste bien en el Pozo, y tal vez hayas pagado un precio por ello. Pero eso no te da derecho a cuestionar mis órdenes. Conozco mejor que tú el arte de conservar la vida, y debes tenerlo en cuenta.

Morgan estaba pálido de rabia, pero en ningún momento perdió el control. Sabía que la discusión era vana, que no cambiaría el pensamiento del proscrito. Además, en el fondo estaba convencido de que, como Padishar había dicho, hubieran corrido un gran riesgo si se hubiesen quedado en la ciudad para buscar a Par y a Coltar.

—Sólo quería cerciorarme de que estábamos de acuerdo en no olvidarnos de los

hermanos del valle —respondió Morgan, alejándose de Padishar y estirando con cuidado sus arrugadas ropas.

—Ni por un momento —dijo Padishar Cesta, esbozando una rápida sonrisa—. No yo, al menos. Tú eres libre de hacer lo que quieras.

Dio media vuelta y se internó entre los árboles. Tras un momento de duda, Morgan se tragó su enojo y su orgullo, y siguió al jefe de los proscritos.

Par se despertó a media tarde. Ahora Coltár lo zarandeaba y un agradable olor a sopa caliente impregnaba la estancia donde se ocultaban. Parpadeó y se sentó muy despacio.

Damson estaba de pie junto a una podadera, sirviendo caldo humeante en unos cuencos. Lo miró y esbozó una afable sonrisa. Sus cabellos rojizos destellaban bajo los rayos de sol que se filtraban por las grietas de los postigos, y Par experimentó un irresistible deseo de acariciarlos.

Damson les había llevado, además de la sopa, fruta, pan y leche, y el joven del valle pensó que era la comida más maravillosa que jamás hubiera probado. Se tomó todo lo que le sirvió la muchacha, igual que Coltár. Los dos estaban más hambrientos de lo que suponían. Par se mostraba sorprendido por su largo sueño, pero se sentía mucho mejor; descansado y casi sin dolores. Hablaron poco durante la comida, y dedicó ese tiempo a reflexionar. Su mente había empezado a trabajar tan pronto como abrió los ojos, pasando del recuerdo de los horrores sufridos la noche anterior a los proyectos que le esperaban, para seleccionar las informaciones obtenidas, estudiar sus sospechas y planear las acciones más adecuadas.

El proceso produjo en él un estremecimiento interior de excitación. Se dio cuenta de que estaba empezando a saborear la perspectiva de intentar algo increíble.

Cuando terminaron de comer, los hermanos del valle se lavaron en una palangana de agua fresca. Después, Damson les pidió que volvieran a sentarse y les habló de Padishar y Morgan.

—Pudieron huir —dijo la muchacha sin ningún preámbulo, reflejando una gran alegría y asombro en sus ojos—. No sé cómo lo lograron, pero así fue. He dedicado bastante tiempo a comprobar la noticia, porque quise asegurarme de su veracidad.

Par miró a su hermano con alivio y esbozó una alegre sonrisa.

—Conociendo a esos dos, no me extraña —dijo Coltár, encogiéndose de hombros.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Par.

El joven del valle se sentía como si le hubieran ampliado la vida. Padishar y Morgan habían conseguido huir. Ésa era la mejor noticia que podía recibir.

—No lo sé —respondió Damson—. Han desaparecido. Están ocultos en algún lugar de la ciudad o la han abandonado y van camino del Saliente. Personalmente me

inclino más por la segunda opción, porque han movilizado a todos los soldados de la Federación y sólo hay una razón para adoptar tal medida. Irán en busca de Padishar y sus hombres a la Cuña de Parma. Lo que hicisteis la noche pasada los ha enfurecido. Corren todo tipo de rumores: unos dicen que en el cuartelillo murieron docenas de soldados a manos de monstruos, y otros que esos monstruos vagan sin control por toda la ciudad. Sea lo que fuere, Padishar habrá sabido interpretar los signos con la misma claridad que yo, y habrá huido hacia el norte.

—¿Estás segura de que no han sido capturados por la Federación? —preguntó Par, todavía angustiado.

—Lo habría oído —respondió Damson, haciendo un gesto negativo.

La joven estaba apoyada en la podadera y ellos, sentados en sus improvisados camastros. Echó la cabeza hacia atrás y la luz destacó las suaves facciones de su cara.

—Ahora os toca a vosotros. Cuéntame lo que pasó, Par. ¿Qué encontrasteis en el Pozo?

Con la ayuda de Coltar, Par le relató lo sucedido, decidiendo que seguiría el consejo de Padishar y confiaría en Damson tanto como lo hacía el jefe de los proscritos. Así que no se limitó a contarle su encuentro con los Espectros, sino también la extraña actuación del cantar, los inesperados efectos de su magia e incluso sus sospechas de la influencia de las piedras élficas.

Cuando Par terminó su relato, los tres jóvenes se quedaron en silencio, intercambiando miradas de consternación, con diferentes pensamientos sobre lo que habían descubierto en el Pozo y su significado.

—Parece que ahora tenemos más preguntas que responder que antes de entrar en el Pozo —dijo Coltar, rompiendo el silencio.

—Pero también sabemos más cosas, Coltar —respondió Par, inclinándose hacia delante impulsado por sus deseos de hablar—. Sabemos que existe alguna clase de acuerdo entre la Federación y los Espectros. La Federación debe saber lo que hay allí; es imposible que ignore la verdad. Hasta es posible que haya prestado su colaboración para la creación de esos monstruos. Por lo que hemos visto, pueden ser prisioneros arrojados al Pozo, como Ciba Blue, y transformados en las horribles criaturas que hemos encontrado. ¿Por qué siguen allí si la Federación no los mantiene? Si pudieran, ¿no habrían escapado hace mucho tiempo?

—Como ya he dicho, ahora tenemos más preguntas que responder —insistió Coltar, adoptando una postura más cómoda.

—Hay algo que no encaja —dijo Damson, haciendo un gesto de incompreensión—. ¿Por qué la Federación ha de estar relacionada con los Espectros? Representan todo contra lo que la Federación lucha; magia, costumbres ancestrales, la subversión de las Tierras Meridionales y sus gentes. ¿Por qué la Federación iba a acceder a semejante acuerdo? Carece de defensa contra la magia de los Espectros. ¿Cómo

podría protegerse?

—Quizá no tenga que hacerlo —respondió Coltar, interpretando sus miradas—. Tal vez la Federación haya dado a los Espectros algo más para alimentarse, algo que le estorbaba. Quizá fuera ése el final de los elfos. Y quizá sea eso lo que está sucediendo ahora a los enanos —concluyó, tras hacer una breve pausa.

Permanecieron en silencio mientras consideraban esa posibilidad. Hacía tiempo que Par no pensaba en los enanos; los horrores de Culhaven y sus habitantes habían quedado arrinconados en su memoria durante las últimas semanas. Recordó su pobreza, su miseria, la opresión que soportaban. Estaban exterminando a los enanos por motivos ocultos. ¿Tendría razón Coltar? ¿Estaría la Federación alimentando a los Espectros con enanos, como parte del pacto secreto entre ellos?

—¿Y qué obtendría a cambio la Federación? —preguntó Par, reflejando la tensión en su rostro.

—Poder —respondió Damson Rhee inmediatamente.

—Poder sobre las Razas, sobre las Cuatro Tierras —puntualizó Coltar, haciendo un gesto de asentimiento—. Tiene sentido, Par.

—¿Pero qué sucederá cuando no quede nadie, excepto la Federación? —preguntó Par, haciendo un gesto negativo—. Deben de haber pensado en ello. ¿Qué puede impedir que también ellos sean devorados por los Espectros?

Ni Damson ni Coltar respondieron a sus preguntas.

—Aún hay más —prosiguió Par en voz baja—. Algo importante.

El joven del valle se levantó, se dirigió al otro extremo de la habitación, se quedó un rato con la mirada perdida, hizo un gesto de preocupación y regresó a su sitio. Cuando se sentó de nuevo, la expresión de su rostro reflejaba una clara determinación.

—Ocupémonos ahora de los Espectros del Pozo —dijo Par—. Al menos, ése es un misterio que podemos resolver.

Dobló las piernas ante sí y se inclinó hacia delante.

—Creo que están allí para impedir que nadie pueda apoderarse de la Espada de Shannara —dijo, mirándolos fijamente.

—¡Par! —exclamó Coltar, disponiéndose a exponer una objeción que su hermano interrumpió con un gesto.

—Piensa un momento, Coltar. Padishar no estaba equivocado. ¿Por qué la Federación se tomó tantas molestias en la reconstrucción del Parque del Pueblo y el puente de Sendic? ¿Por qué ocultó los restos del parque y del puente antiguos en ese barranco, si no era para guardar la Espada de cualquier mirada indiscreta? ¡Y hemos visto la cripta, Coltar! ¡La hemos visto!

—La cripta, sí... pero no la Espada —dijo Damson, mirando fijamente a los hermanos del valle.

—Si la Espada no está en el Pozo, ¿por qué están los Espectros? —preguntó Par—. Supongo que no están allí para proteger una cripta vacía. No, la Espada sigue estando allí, y lo ha estado durante los últimos trescientos años. Por eso Allanon me envió en su busca... sabía que estaba allí, esperando a que alguien la encuentre.

—Pues podría habernos ahorrado bastante tiempo y problemas si nos lo hubiera dicho —dijo Coltar.

—No, Coltar. Ése no es su modo de proceder. Recuerda la historia de la Espada. Bremen se la entregó a Jerle Shannara hace mil años para que destruyera al Señor de los Hechiceros, y el rey elfo no pudo dominarla porque no estaba preparado para aceptar lo que se le pedía. Cuando quinientos años después Allanon eligió a Shea Ohmsford para que llevara a cabo la misión, lo primero que hizo fue poner a prueba a Shea. Si no tenía la suficiente fuerza para empuñarla, si no lo deseaba con tanta intensidad como fuera capaz, si no estaba decidido incondicionalmente a alcanzar su objetivo, el poder de la Espada de Shannara sería excesivo para él. Y supo que, si eso ocurría, el Señor de los Hechiceros volvería a huir.

—Y cree que sucederá lo mismo contigo —concluyó Damson. Miraba a Par como si lo viera por vez primera—. Si no eres bastante fuerte, si careces de la voluntad necesaria, la Espada de Shannara no te servirá de nada y prevalecerán los Espectros.

Par respondió con un gesto de asentimiento apenas perceptible.

—Pero ¿por qué los Espectros, o la Federación, han mantenido enterrada la Espada en el Pozo durante todos esos años? —preguntó Coltar, irritado por estar hablando sobre ello después de lo que había ocurrido la noche anterior—. ¿Por qué no la han retirado o, mejor aún, por qué no la han destruido?

—No creo que la Federación ni los Espectros puedan destruirla, siendo un talismán con tanto poder —respondió Par, con expresión pensativa—. Dudo incluso que los Espectros se atrevan a tocarla. El Señor de los Hechiceros no pudo hacerlo. Lo que no comprendo es el motivo que haya podido tener la Federación para no esconderla en otro lugar.

»En cualquier caso, eso carece de importancia —prosiguió Par, cruzando las manos con fuerza—. El hecho es que la Espada continúa allí, en su cripta. —Hizo una breve pausa y levantó los ojos—. Está esperándonos.

—No es posible que hables en serio, Par —consiguió responder unos segundos después Coltar, que se había quedado mudo y boquiabierto al comprender lo que su hermano sugería, sin disimular su asombro—. ¿Después de lo que sucedió la noche pasada? Después de ver... —Intentó contenerse, pero no lo consiguió—. No durarías ni dos minutos.

—Estás equivocado —respondió Par, reflejando en sus ojos su inquebrantable determinación—. Sé que sobreviviré. Me lo dijo Allanon.

—¡Allanon! —exclamó Coltar, acentuando su expresión de asombro—. ¿De qué estás hablando?

—Allanon dijo que Walker, Wren y yo poseíamos las habilidades necesarias para llevar a cabo las misiones que nos había encomendado. ¿Lo recuerdas? En mi caso, creo que se refería al cantar. En mi opinión, el druida dio a entender que su magia me protegería.

—¡Pues hasta el momento no lo ha hecho muy bien! —respondió Coltar, indignado.

—Porque hasta este momento no la he comprendido.

—¿Estás seguro? ¿Estás seguro, Par? ¡Por favor, sé un poco realista!

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —inquirió Par, sin perder la serenidad—. ¿Huir al Saliente? ¿A nuestra casa? ¿Pasar el resto de nuestros días de acá para allá? —Ahora, le temblaban las manos—. Coltar, no tengo elección. Debo intentarlo.

La angustia se reflejó en el rostro de Coltar. Apretó los labios como si quisiera impedir que salieran las palabras de su boca. Se volvió hacia Damson, pero la muchacha tenía su mirada fija en Par y no la desvió de él.

—Pretendes regresar al Pozo, confiando en una vaga promesa. Serás capaz de arriesgar tu vida con la esperanza puesta en el cantar, en una magia que ya te ha fallado en tres ocasiones contra los Espectros. ¡Y todo porque crees que has captado un nuevo sentido en las palabras de un hombre muerto! —Expulsó lentamente el aire de sus pulmones—. ¡No puedo creer que vayas a hacer algo tan... estúpido! Y siento no encontrar otro calificativo peor.

—Coltar...

—¡No, no me digas ni una palabra más! Te he acompañado a todas partes, te he seguido, te he ayudado, he hecho todo lo que podía por tu seguridad... y ahora planeas tu destrucción. ¡Sacrificar tu vida! ¿No comprendes lo que vas a hacer, Par? ¡Vas a matarte! ¡Y todavía piensas que posees una habilidad especial para distinguir lo que está bien de lo que está mal! ¡Eres un obseso! ¿Es que careces por completo de sentido común?

Coltar cerró los puños. Su cara estaba rígida y hacía verdaderos esfuerzos para no gritar. Par nunca lo había visto tan enfadado.

—Cualquiera reflexionaría sobre el asunto, y luego decidiría buscar ayuda —prosiguió—. Pero eso no entra en tus planes, ¿verdad?

»Puedo leerlo en tus ojos. Te falta tiempo o paciencia. Ya has tomado una decisión. Te olvidas de Padishar y Morgan, y del resto del mundo, excepto de ti mismo. ¡Pretendes apoderarte de esa Espada! E incluso serás capaz de renunciar a la vida para conseguirla.

—No estoy tan ciego...

—¡Háblale, Damson! —lo interrumpió Coltar, desesperado—. Sé que lo quieres.

¡Dile que es un estúpido!

—No, no lo haré —respondió Damson Rhee, haciendo un gesto negativo—. No tengo ningún derecho a hacerlo —concluyó, al ver la expresión de estupor reflejada en el rostro de Coltar.

El joven del valle no insistió. Sus toscas facciones se relajaron con la derrota. Los tres jóvenes permanecieron callados, dejando que el silencio se extendiera por la habitación. La luz había cambiado a causa del desplazamiento del Sol hacia el oeste, y las sombras empezaban a alargarse. De las calles inmediatas les llegaron voces dispersas, que pronto dejaron de escuchar. Par sentía un dolor profundo, provocado por la seguridad de que su hermano se sentía traicionado. Pero era irremediable. Sólo podía hacer una cosa para cambiar la situación, y no estaba dispuesto a hacerla: renunciar al proyecto.

—Tengo un plan —dijo, y esperó hasta que Coltar levantó los ojos—. Sé lo que piensas, pero te aseguro que sólo correré los riesgos necesarios.

Coltar le dirigió una mirada incrédula, pero permaneció en silencio.

—La cripta está cerca de la base del acantilado, justo bajo los muros del viejo palacio. Si pudiese entrar en el barranco por el lado contrario, tendría que recorrer muy poca distancia, y una vez que tuviera la Espada en mis manos, estaría a salvo de los Espectros.

Este plan admitía muchas objeciones, pero ni Coltar ni Damson opusieron ninguna. Par sintió que el sudor corría por su frente. Estaba aterrado por la previsible reacción de su hermano a lo que tenía que decir.

—Podría llegar al viejo palacio por la pasarela que parte del cuartelillo —prosiguió, tragando saliva.

—¿Vas a ir al cuartelillo por tercera vez? —preguntó Coltar, levantando las manos, exasperado.

—Todo lo que necesito es un truco, un modo de distraer...

—Pero ¿es que has perdido el juicio por completo? ¡Ningún truco te servirá! ¡Ahora están prevenidos! Te descubrirán a los dos segundos...

—¡Coltar! —exclamó Par, irritado.

—Tiene razón —dijo Damson Rhee con voz serena.

Par se volvió impulsivamente hacia ella, pero se contuvo. Volvió a encararse con su hermano, que había adoptado una actitud desafiante.

—Entonces, tendré que buscar otro camino —admitió.

—La verdad es que no existe otro —respondió Coltar, reflejando cansancio en su rostro.

—Es posible que lo haya —dijo Damson en voz baja y apremiante—. Cuando los ejércitos del Señor de los Hechiceros sitiaron Tyrsis en la época de Balinor Buckhannah, la ciudad fue traicionada en dos ocasiones desde su interior: la primera,

por su entrada principal y la segunda, por los pasadizos subterráneos que se extienden bajo la ciudad y los acantilados hasta los sótanos del viejo palacio. Es posible que aún estén practicables y permitan el acceso al barranco.

Coltar desvió su mirada. Su expresión revelaba el disgusto que sentía. Esperaba algo muy distinto de Damson.

—Todo eso sucedió hace más de cuatrocientos años —respondió Par, tras un breve instante de duda, eligiendo cuidadosamente las palabras—. Había olvidado por completo la existencia de esos pasadizos, aunque los he mencionado con frecuencia en mis historias. —Volvió a dudar—. ¿Sabes dónde están, por dónde se puede acceder a ellos y si es posible atravesarlos?

—Conozco a alguien que podría informarte, si accede a hablar contigo —respondió Damson haciendo un gesto negativo, desafiando la mirada de Coltar y con una expresión tan dulce que sorprendió a Par—. Todos tenemos derecho a elegir.

Los ojos de Coltar reflejaban su preocupación. Par observó a su hermano, dudando sobre si dirigirse a él o a la muchacha.

—¿Me llevarás ante esa persona... esta noche? —preguntó, volviéndose hacia Damson.

La muchacha se levantó y los hermanos del valle la imitaron. Parecía muy pequeña entre los dos, casi débil, pero Par sabía que esa impresión no se correspondía con la realidad. Se quedó pensativa antes de responder.

—Eso depende —respondió después de un breve instante de reflexión—. Antes has de prometerme que cuando vuelvas al Pozo, por los medios que sea, nos llevarás contigo a Coltar y a mí.

Se produjo un silencio provocado por la estupefacción. Hubiera sido difícil decir cuál de los dos hermanos estaba más sorprendido.

—Me temo que no te dejaré posibilidad de elección —prosiguió Damson, dirigiéndose a Par, después de haber concedido a los dos hermanos un momento para que pudieran recuperarse—. No puedo. Te sentirás impulsado a actuar sin nosotros, para protegernos... y entonces cometerías un terrible error. Nos necesitas. —Se volvió hacia Coltar—. Y nosotros, Coltar, necesitamos ir. ¿No lo comprendes? La tiranía de la Federación, la malignidad de los Espectros, la enfermedad que infecta a las Tierras persistirán mientras no haya alguien que les ponga fin. Y tal vez ese alguien sea Par. Pero no podemos permitir que lo intente él solo. Tenemos que hacer todo lo posible para ayudarlo, porque ésta también es nuestra lucha. No podemos sentarnos a esperar a que alguien se muestre dispuesto a prestarnos su apoyo. Nadie lo hará. Si he aprendido algo en esta vida, es eso.

Esperó, paseando su mirada de Coltar a Par. Coltar parecía confuso, como si pensara que existía una alternativa, pero que no podía encontrarla. Dirigió su mirada hacia Par, pero la desvió enseguida. Su hermano tenía los ojos fijos en el suelo y su

cara era inexpresiva.

—Ya es bastante malo que tenga que ir yo —dijo Par, rompiendo el silencio.

—Peor que malo —añadió Coltar.

—¿Y si soy el único que puede ir? —prosiguió Par, sin prestar atención a su hermano y fijando sus ojos en Damson.

—Eso no sucederá. Tú lo sabes —respondió la muchacha, acercándose a él, cogiéndole las manos y presionándolas—. ¿De acuerdo? —preguntó, inclinándose para besarle suavemente.

Par respiró profundamente, y se sintió invadido por una aterradora sensación de fatalidad. Coltar y Damson Rhee. Arriesgaba sus vidas por conseguir la Espada. Su obstinación iba más allá de lo razonable, rayaba en la temeridad; se dejaba arrastrar por sus propias necesidades y ambiciones. Había suficientes motivos para creer que su insistencia los llevaría inexorablemente a la muerte.

Renuncia, se aconsejó a sí mismo. Abandona.

Sin embargo, sabía que no lo haría.

—De acuerdo —dijo por fin.

—De acuerdo —repitió Coltar en voz baja poco después, levantando los ojos y haciendo un gesto de resignación.

Damson extendió la mano y acarició la mejilla de Par, luego se acercó a Coltar y lo abrazó. Par se sorprendió cuando vio que su hermano correspondía al abrazo.

Padishar Cesta y Morgan Leah llegaron al refugio de los proscritos, completamente exhaustos, al atardecer del día siguiente.

Tan pronto como salieron de Tyrsis, apresuraron el paso y sólo se detuvieron para comer. La noche anterior habían dormido menos de seis horas. Pero hubieran llegado mucho antes y en mejores condiciones si Padishar no se hubiera empeñado en borrar cualquier rastro de sus pasos. Cuando entraron en la Cuña de Parma, volvía sobre sus pasos continuamente. Hicieron el camino atravesando barrancos, lechos de ríos y afloramientos rocosos sin que el jefe de los proscritos dejara de volver la vista atrás como un halcón.

A Morgan le pareció que Padishar Cesta era demasiado cauteloso.

—Padishar, estamos perdiendo el tiempo —dijo el joven de las tierras altas cuando se agotó su paciencia. ¿Quién crees que nos persigue?

—Nadie que podamos ver, muchacho —fue su enigmática respuesta.

La tarde era bochornosa, el aire pesado y quieto, y el cielo estaba cubierto por la niebla donde la roja bola del Sol se apoyaba en el horizonte. Mientras eran izados en la cesta hacia la cumbre del Saliente, contemplaron cómo las sombras de la noche empezaban a extenderse sobre las zonas iluminadas de los bosques que se extendían a sus pies, convirtiéndolos en pozos negros. Los insectos zumbaban insistentemente a su alrededor, atraídos por el sudor de sus cuerpos. El calor del día cubría la tierra como una manta sofocante. Padishar miraba al sur, hacia la ciudad de Tyrsis, como si quisiera descubrir a su desconocido perseguidor. Morgan lo imitó, pero no consiguió ver nada.

—No logro descubrirlo, pero siento su llegada —dijo el jefe de los proscritos, haciendo un gesto de impotencia.

Padishar no dio más explicaciones, y el joven de las tierras altas tampoco se las pidió. Estaba cansado y hambriento, y sabía que ninguno de los dos podía hacer nada para cambiar los planes de la invisible criatura, fuera quien fuese. Su viaje había terminado, habían borrado a conciencia sus huellas, y no conseguiría nada con preocuparse. Oía las protestas de su estómago y pensó en la cena que les estaría esperando. La comida de aquel día había sido bastante escasa: sólo unas cuantas raíces, pan y queso duros y un poco de agua.

—¡Comprendo que los proscritos deben acostumbrarse a subsistir con casi nada, pero creo que podías haber traído más víveres! —se había quejado—. ¡Esta comida es patética!

—Claro, muchacho —respondió el jefe de los proscritos—. ¡Y la próxima vez tú serás el sepulturero y yo el cadáver!

Para entonces, ya habían superado sus diferencias; quizá no las habían olvidado

por completo, pero sí reducido a su verdadera dimensión. Padishar dejó de lado su enfrentamiento cinco minutos después de que terminara y, al acabarse el día, Morgan dedujo que las cosas habían vuelto a la normalidad. Sentía un gran respeto involuntario por aquel hombre, por su audacia y su capacidad de decisión, porque le recordaban las suyas propias, por la autoconfianza de que hacía gala y por la forma de ganarse las voluntades de otros. Padishar era un jefe nato.

Poseía una fuerza innegable que impulsaba a seguirlo. Pero Padishar sabía bien que un jefe debe dar algo a sus seguidores. Consciente del papel que Morgan desempeñaba en el viaje al norte de los hermanos del valle, había respetado la legítima preocupación que sentía el joven de las tierras altas por su seguridad. Varias veces después de su discusión le había asegurado que Par y Coltar Ohmsford no serían abandonados a su suerte, que se cercioraría de que estaban a salvo. Era un individuo complejo y carismático, y a Morgan le agradaba, a pesar de su creciente sospecha de que Padishar Cesta no era capaz de cumplir todas sus promesas.

En todas las paradas que realizaron durante el ascenso, los proscritos estrecharon la mano de su jefe. *Si ellos confían tanto en Padishar*, se preguntó el joven de las tierras altas, *¿porqué había yo de dudar?*

Pero sabía que esa fe era tan efímera como la magia. No pudo evitar pensar, durante un momento, en la Espada rota que él llevaba. La fe y la magia se habían fundido con el hierro, y luego se habían hecho pedazos. Respiró profundamente. El dolor de su pérdida seguía atormentándolo, profundo e insidioso a pesar de su firme propósito de olvidarlo, de seguir el consejo de Padishar y dar tiempo a la herida para que cicatrizara. Nada podía cambiar lo que había sucedido, se había repetido a sí mismo; debía seguir con su vida adelante. Había pasado muchos años sin utilizar la magia de la espada... sin conocer siquiera su existencia. No estaba peor ahora que entonces. Era el mismo hombre.

Sin embargo, a pesar de todos esos razonamientos, el dolor persistía. Era un vacío que corroía todos sus huesos desde dentro, dejándolo fragmentado y en busca de las partes que lo completarían de nuevo. Se podía decir que no había cambiado, que seguía siendo el mismo, pero las sensaciones que había experimentado al dominar la magia habían dejado en él su huella como si lo hubiesen marcado con un hierro al rojo vivo. Quedaban los recuerdos, las imágenes de sus luchas, las impresiones causadas por el poder que había sido capaz de convocar, la fuerza de que había disfrutado. Y lo había perdido todo. Era una sensación similar a la que produce la pérdida de un padre, de un hermano menor o de un hijo; nunca podría olvidarla por completo.

Contempló la Cuña de Parma desde lo alto, y se sintió empequeñecido.

Cuando llegaron al Saliente, Chandos los estaba esperando. El lugarteniente tuerto de Padishar parecía más alto y moreno de lo que Morgan recordaba. Su cara

barbuda, cubierta de arrugas y cicatrices, y su cuerpo envuelto en la gran capa contribuían a aumentar su tamaño. Tomó la mano de Padishar y la estrechó con fuerza.

—¿Has tenido una buena caza?

—Peligrosa sería un calificativo más adecuado —se limitó a contestar el jefe de los proscritos.

—¿Y los otros? —preguntó Chandos, observando a Morgan Leah.

—Salvo los hermanos del valle, todos están muertos. ¿Dónde está Hirehone? ¿Sigue aquí o ha ido a Varfleet?

Morgan lo miró con extrañeza. Padishar seguía intentado descubrir al traidor. No había vuelto a mencionar al capataz de la herrería de Kiltan desde que él le dijera que lo había visto en Tyrsis.

—¿Hirehone? —Chandos pareció sorprendido—. Se fue detrás de vosotros, el mismo día. Supongo que volvió a Varfleet, siguiendo tus instrucciones. No está aquí. —Hizo una breve pausa—. Pero tienes visita.

—¿Visita?

—Trolls, Padishar.

—¿Qué has dicho? ¿Trolls? —preguntó el jefe de los proscritos con extrañeza—. Bien, bien. ¿Y cómo consiguieron llegar hasta aquí?

Padishar y Chandos, uno al lado de otro, se dirigieron hacia las hogueras, seguidos de Morgan.

—No nos lo han dicho —respondió Chandos—. Salieron de los bosques hace tres días, con la mayor naturalidad del mundo, como si llegar hasta aquí no representara para ellos ningún problema. Llegaron sin guía, y nos localizaron cuando estábamos acampados con nuestras banderas desplegadas al viento. —Gruñó—. Era veinte, todos ellos corpulentos. Vienen de las montañas de Charnal. Kelktics, se llaman a sí mismos. Se quedaron en las inmediaciones hasta que me acerqué a hablar con ellos. Entonces me dijeron que querían hablar contigo. Cuando les dije que no estabas, respondieron que esperarían tu regreso.

—Así que estaban decididos a verme.

—Como una roca suelta a llegar al suelo. Por tanto, los traje en cuanto accedieron a entregar sus armas. No me pareció bien dejarlos en la Cuña de Parma después del largo camino que habían recorrido para verte... y después de haber hecho un buen trato. —Esbozó una sonrisa—. Además, supuse que trescientos de los nuestros no tendrían ningún problema para manejar a un puñado de trolls.

—La cautela nunca sobra, viejo amigo —respondió Padishar, soltando una carcajada—. Hace falta algo más que un empujón para derribar a un troll. ¿Dónde están?

—Por allí, en la hoguera de la izquierda.

Morgan y Padishar miraron a través de la penumbra. Un grupo de siluetas sin rostro se había puesto de pie al ver que se acercaban. Parecían enormes. Sin pensarlo, Morgan echó mano a su espada, dispuesto a desenvainarla, pero recordó que sólo le quedaba la empuñadura.

—El jefe se llama Axhind —concluyó Chandos, bajando la voz—. Es el matureno.

Padishar avanzó a grandes zancadas hacia los trolls. Había olvidado el cansancio y hacía alarde de una gran arrogancia. Un troll se destacó de los demás para recibirlo.

Morgan Leah nunca había visto a un troll. Desde luego, había escuchado historias sobre ellos; todo el mundo las contaba. Mucho antes de que naciera Morgan, los trolls habían bajado de las Tierras Septentrionales, donde habitaban, para traficar con las demás Razas. Durante un tiempo, algunos de ellos incluso vivieron entre los hombres de Callahorn. Pero la llegada de la Federación y su cruzada para la conquista de las Tierras Meridionales acabó con sus actividades comerciales. Los trolls ya no eran bien recibidos más abajo de los llanos de Streleheim, y los pocos que habían viajado al sur se vieron obligados a regresar al norte inmediatamente. Retraídos por naturaleza, no fue difícil mantenerlos recluidos en sus fortalezas de las montañas. Desde entonces no habían salido de ellas. Al menos, Morgan nunca había oído que lo hubiesen hecho. Encontrar aquel grupo desplazado tan al sur era muy extraño.

Morgan intentó no mirar a los visitantes, pero pudo más su curiosidad.

Los trolls eran musculosos hasta lo grotesco, muy corpulentos, con la piel casi marrón y rugosa como la corteza de los árboles. Sus caras eran lisas, casi sin facciones. Morgan no les vio orejas por ninguna parte. Vestían de cuero, con sólidas corazas, y sus grandes capas yacían esparcidas alrededor de la hoguera como manchas aisladas.

—Soy el barón Cesta, jefe del Movimiento —se presentó Padishar con voz grave.

El troll que se hallaba ante él pronunció unas palabras incomprensibles.

Morgan sólo consiguió entender el nombre de Axhind. Los dos se estrecharon las manos y Axhind pidió al proscrito que se sentara con él junto al fuego. Los trolls se retiraron cuando Padishar y los suyos entraron en el círculo de luz. Morgan no pudo evitar sentir recelo al verse rodeado por tan enormes criaturas. Nunca se había sentido tan indefenso. Chandos, al parecer tranquilo, se sentó detrás de Padishar, a menos de un metro de distancia. Y él, al lado del lugarteniente.

Entonces fue cuando se inició la conversación, pero el joven de las tierras altas no consiguió entender ni una palabra. Hablaban en la lengua gutural de los trolls, que él desconocía. Padishar se expresaba con facilidad, aunque en alguna ocasión se vio obligado a detenerse para encontrar las palabras adecuadas. En su mayor parte sonaban igual que gruñidos, algunas como tartamudeos, y mucho de lo que se decía era enfatizado por marcados gestos.

—¿Cómo habla Padishar su lengua? —preguntó Morgan a Chandos en voz baja.

Nosotros, los que vivimos en Callahorn, sabemos más cosas que vosotros, los habitantes de las tierras altas —respondió el proscrito sin ni siquiera mirarlo.

Morgan sintió que la sensación de hambre se intensificaba por momentos, pero se esforzó en apartarla de su mente, y se mantuvo erguido y tranquilo a pesar del cansancio que lo invadía. La charla prosiguió, y Padishar parecía sentirse satisfecho de su desarrollo.

—Quieren unirse a nosotros —dijo en voz baja Chandos un rato después al joven de las tierras altas, a modo de recompensa por su paciencia. Después, volvió a prestar atención a la conversación—. ¡Pero no sólo los que están aquí... sino veintiuna tribus! ¡Cinco mil hombres! ¡Quieren concertar una alianza!

—¿Con nosotros? ¿Por qué? —preguntó Morgan, contagiándose de la excitación del proscrito.

Chandos, en lugar de responder, le indicó con un gesto que esperara.

—Tiempo atrás, el Movimiento se había puesto contacto con ellos, solicitando su ayuda —le explicó después el proscrito—. Pero entonces les pareció que el Movimiento estaba demasiado dividido y, en consecuencia, que era poco fiable. Ahora han cambiado de idea. Dicen que el hecho de que Padishar haya conseguido integrar las distintas facciones les ha impulsado a reconsiderar la cuestión. Buscan la forma de frenar el avance de la Federación en sus territorios. —Su voz ronca rebosaba de satisfacción—. ¡Éste podría ser un buen golpe de suerte!

Axhind estaba pasando copas que había llenado con el contenido de una gran jarra. Morgan tomó la que le ofreció el troll y la examinó. El líquido era tan negro como la pez. Esperó a que brindaran los jefes y luego bebió. Hizo cuanto pudo por contener las náuseas. Fuera lo que fuese, aquello sabía a bilis.

—Leche de troll —le dijo Chandos, que había captado la expresión del joven de las tierras altas, esbozando una leve sonrisa.

Todos apuraron las copas, incluso Morgan, a quien le calmó el apetito de inmediato. Entonces se levantaron, Axhind y Padishar volvieron a estrecharse las manos, y los habitantes de la Tierras Meridionales se marcharon.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Padishar en voz baja, mientras caminaban en la penumbra y las estrellas empezaban a parpadear sobre sus cabezas—. ¿Lo habéis oído todo?

—Hasta la última palabra —respondió Chandos, y Morgan hizo un gesto de asentimiento.

—¡Cinco mil hombres! ¡Con una fuerza como ésa podríamos enfrentarnos a la Federación! —Padishar estaba entusiasmado—. ¡El Movimiento podría reunir dos mil, e incluso más contando con los enanos! ¡Es fantástico!

Golpeó con el puño la palma de la otra mano, y después extendió los brazos para

dar unas alegres palmadas en la espalda de Chandos y Morgan.

—Ya era hora de que nos sucediera algo así. ¿No estáis de acuerdo, muchachos? —concluyó Padishar.

Morgan se separó de Padishar y Chandos, y cenó solo en una mesa próxima al fuego de la cocina, con el apetito recuperado gracias a los olores que desprendían las ollas. El jefe de los proscritos y su lugarteniente se habían retirado para hablar de lo ocurrido en ausencia del primero, pero el joven del valle pensó que no era necesaria su presencia en la reunión. Buscó con la mirada a Steff y a Teel, pero no vio a ninguno de los dos. Casi había concluido la cena cuando apareció Steff y se sentó a su lado.

—¿Cómo han ido las cosas? —le preguntó el enano a guisa de saludo, con sus nudosas manos rodeando una jarra de cerveza que había llevado consigo. Daba la sensación de que se sentía muy desanimado.

Morgan le refirió en pocas palabras los sucesos de la semana anterior.

—Habéis tenido suerte al salir con vida —dijo Steff, cuando el joven del valle terminó su narración, acariciándose la barba. Su rostro poblado de cicatrices revelaba un profundo agotamiento, destacando sus líneas la mezcla de la penumbra con las sombras—. Aquí se han producido acontecimientos raros en vuestra ausencia.

Morgan retiró el plato y levantó los ojos hacia el enano, expectante.

—Teel se puso enferma el mismo día que os marchasteis —prosiguió Steff, aclarándose la garganta y mirando a su alrededor—. La encontraron desmayada junto al farallón hacia el mediodía. Aún respiraba, pero no pude conseguir que recuperara la conciencia. La llevé al interior, la envolví en mantas y la he cuidado y velado casi toda la semana. Pero no conseguí nada. Allí seguía, apenas con un hilo de vida. —Respiró profundamente—. Creo que ha sido envenenada.

»Al menos, yo creo que así ha sido —prosiguió, haciendo un gesto de contrariedad—. Por fin despertó, presa de las náuseas y tan débil que casi no podía moverse. La alimenté con caldo para que recuperase las fuerzas, y ya lo ha conseguido. No sabe lo que pudo suceder. Dice que lo último que recuerda es que estaba preguntando algo acerca de Hirehone...

Morgan realizó una repentina y profunda inspiración que sobresaltó e interrumpió al enano.

—¿Tiene algún significado eso para ti, Morgan? —preguntó Steff.

—Es posible —respondió el joven de las tierras altas, haciendo un gesto de asentimiento—. Creí haber visto a Hirehone en Tyrsis, pero como no debía estar allí, pensé que me había equivocado. Ahora no estoy tan seguro. Alguien nos delató a la Federación, y pudo haber sido Hirehone.

—No parece lógico —respondió Steff, haciendo un gesto negativo—. ¿Por qué Hirehone? Pudo habernos entregado a la Federación en Varfleet. ¿Por qué tenía que

esperar tanto tiempo para hacerlo? —Se removi6, inquieto, en su asiento—. Adem6s, es un hombre que goza de la total confianza de Padishar.

—Quiz6 —respondi6 Morgan en voz baja, saboreando su cerveza—. Pero el jefe de los proscritos pregunt6 por 6l en cuanto llegamos.

—Hay algo m6s —prosigui6 Steff, tras reflexionar un momento sobre lo que acababa de decirle Morgan y decidir que no era muy significativo—. Hace dos d6as, la patrulla nocturna encontr6 degollados a todos los centinelas de los ascensores, y ning6n rastro de sus autores. —Mir6 a lo lejos, y sus ojos se oscurecieron—. Todas las cestas estaban arriba.

—As6 que lo hizo alguien de aqu6 —dedujo Morgan.

—No puedo afirmararlo, pero eso es lo que parece. Sin embargo, no encuentro la raz6n. Pero si fueron gentes de fuera, 6c6mo subieron y despu6s bajaron dejando las cestas arriba?

Morgan escrut6 las sombras, reflexionando, pero no encontr6 ninguna respuesta a las preguntas.

—He pensado que deb6as saberlo —prosigui6 el enano, poni6ndose de pie—. Espero que Padishar sea informado por los suyos. —Apur6 el contenido de su jarra—. Tengo que volver con Teel. Despu6s de todo lo que ha sucedido, no me gusta dejarla sola. A6n est6 muy d6bil. Yo tampoco me siento bien —concluy6, frot6ndose la frente y esbozando una sonrisa.

—Entonces, vete —dijo Morgan, levant6ndose tras 6l—. Os har6 una visita por la ma6ana. Ahora me caigo de sue6o. Apenas he dormido durante los dos 6ltimos d6as. —De repente, se detuvo—. 6Sabes algo de los trolls?

—6Que si s6 algo? —inquiri6 Steff, esbozando una d6bil sonrisa—. Ya he hablado con ellos. Axhind y yo nos entendemos bien.

—Bueno, bueno, otro misterio. Ya me lo explicar6s ma6ana, 6verdad?

—Ma6ana, s6 —respondi6 Steff, empezando a retirarse—. Mejor ser6 que te cuides, muchacho —a6adi6, cuando casi se hab6a perdido de vista.

Morgan Leah ya hab6a tomado una decisi6n sobre el tema.

Durmi6 bien aquella noche y cuando despert6, estaba descansado. A media ma6ana, el Sol hab6a rebasado la l6nea de los 6rboles y empezaba a caldear el d6a. En el campamento de los proscritos hab6a m6s actividad de la habitual, y Morgan se sinti6 ansioso por averiguar lo que ocurr6a. Lo primero que se le ocurri6 pensar fue que los hermanos del valle hab6an regresado; pero si hubiera ocurrido tal cosa, lo hubiesen despertado. Por tanto, desech6 esa posibilidad. Se visti6 y calz6, enroll6 las mantas, se lav6, desayun6 y se dirigi6 al borde del farall6n.

No tard6 en ver a Padishar, vestido con sus ropas escarlata, dando 6rdenes a gritos a sus hombres.

—Espero que no te haya despertado el ruido —dijo a modo de saludo el jefe de los proscritos, cuando el joven de las tierras altas llegó a su lado. Volvió a dar instrucciones al grupo que estaba junto a los ascensores antes de proseguir en un tono normal—. No me gustaría pensar que te hemos molestado.

Morgan empezó a decir algo entre dientes, pero se interrumpió en cuanto vio el gesto burlón de Padishar.

—Venga, muchacho, que sólo era una broma —le dijo el jefe de los proscritos—. No empecemos mal el día. Hay mucho que hacer. He enviado exploradores por toda la Cuña de Parma para convencerme de que los pelos de mi nuca se erizaron sin motivo, y mensajeros al sur con la misión de traer a Hirehone. Ya veremos. Mientras tanto, los trolls, Axhind y los suyos, esperan. Todos están emparentados, según me han dicho. Lo de ayer no fue más que un tanteo. Hoy hablaremos del cómo y del porqué de todo esto. ¿Quieres acompañarme?

Morgan lo acompañó. Se ajustó la vaina que guardaba los restos de la Espada de Leah y que ahora llevaba sólo por costumbre, y siguió a Padishar por la ladera y después en dirección al campamento donde se habían establecido los trolls. Mientras caminaban, preguntó si tenía alguna noticia de los hermanos del valle, pero el jefe de los proscritos no tenía ninguna. Buscó con la mirada a Steff y a Teel, pero no los vio, y decidió que más tarde les haría una visita.

Cuando llegaron al campamento de los trolls, Axhind recibió con un abrazo al jefe de los proscritos. Después saludó al joven de las tierras altas con una solemne inclinación de cabeza y un férreo apretón de manos, y les pidió que tomaran asiento. Unos instantes después llegó Chandos con varios acompañantes, hombres a los que Morgan no conocía, y empezó la reunión.

Duró el resto de la mañana y gran parte de la tarde. De nuevo, Morgan fue incapaz de entender lo que hablaban, y Chandos estaba demasiado inmerso en su participación para preocuparse por él. Escuchó con atención, estudiando los gestos y movimientos de los rudos trolls, intentando leer los pensamientos que ocultaban sus inexpresivos rostros, pero sin ningún éxito. Parecían enormes tocones que hubiesen cobrado vida, provistos de una rudimentaria forma humana que les permitía moverse. La mayoría de ellos se limitaba a observar. Quienes hablaban eran parcos en palabras, incluido Axhind. Había una gran economía de esfuerzos en todo lo que hacían. Morgan se preguntó cómo se comportarían en combate, llegando a la conclusión de que ya lo sabía.

El Sol se desplazaba por el cielo, y su viva luminosidad empezó a disminuir de nuevo, borrando las sombras para después alargarlas. Llenó el día de calor, para dejarlo convertido en un bochorno sofocante que impulsaba a los reunidos a cambiar constantemente de postura en un intento inútil de encontrar alivio. Hicieron una breve interrupción para la comida, un intercambio de cerveza y de vino, e incluso una breve

alusión a que el joven de las tierras altas estaba relacionado con el amplio apoyo de que disfrutaba el Movimiento. Morgan guardó un prudente silencio. Sabía que estaba allí para respaldar una postura, no para discutirla.

A media tarde llegó un mensajero, corriendo y con una expresión de terror dibujada en su rostro. Padishar lo vio enseguida, frunció el entrecejo por la inoportunidad de la interrupción y pidió excusas por ello. Escuchó con atención lo que tenía que decirle, vaciló durante un momento, dirigió una mirada al joven de las tierras altas y le hizo una seña para que se acercase. Morgan se puso en pie de un salto.

Padishar despidió al mensajero cuando vio que Morgan se acercaba.

—Han encontrado a Hirehone en el extremo occidental de la Cuña de Parma, cerca del camino que seguimos al regreso —dijo en voz baja y serena—. Estaba muerto. Según palabras de la patrulla que lo ha descubierto, parecía que lo hubiesen vuelto del revés —concluyó el jefe de los proscritos, con un gesto de repulsión.

—¿Qué está pasando, Padishar? —preguntó Morgan en voz baja, sintiendo un nudo en la garganta ante aquella repulsiva imagen.

—Dímelo tú cuando lo descubras, muchacho, porque todavía hay noticias peores. Los pelos de mi nuca nunca mienten. A menos de tres kilómetros se encuentra un ejército de la Federación, la guarnición de Tyrsis o yo no soy el hijo favorito de mi madre. —Su expresión dura se suavizó por la ironía—. No me cabe la menor duda de que vienen a por nosotros. No sé cómo lo han conseguido, pero han descubierto dónde estamos... y supongo que los dos tenemos una ligera idea de cómo ha podido ocurrir, ¿no es cierto?

—¿Quién? —preguntó Morgan, aturdido, pronunciando con dificultad la palabra.

—¿Tiene mucha importancia eso ahora? —inquirió Padishar, haciendo un gesto de indiferencia. Miró hacia atrás por encima del hombro—. Volvamos. No me entusiasma la idea de tener que informar a Axhind y a su clan de lo que está sucediendo, pero quiero ser franco y honesto con ellos. Si yo estuviese en su lugar, me iría de aquí más deprisa que una liebre.

Sin embargo, los trolls no reaccionaron como él esperaba. Cuando terminó la reunión, Axhind y sus compañeros no mostraron ninguna intención de salir huyendo. Por el contrario, pidieron que les devolvieran sus armas; una impresionante colección de hachas, lanzas y espadas.

Cuando las tuvieron en sus manos, se dedicaron a afilarlas como si estuvieran preparándose para el combate.

Morgan fue a visitar a los enanos, que estaban acampados en un pequeño bosquecillo de abetos, en el extremo opuesto del farallón, donde un afloramiento rocoso formaba una protección natural contra la intemperie.

Steff lo recibió sin gran entusiasmo, y Teel estaba sentada. Su extraña cara

enmascarada no revelaba sus pensamientos, aunque sus ojos brillaban de una manera especial. Daba la impresión de que se había recuperado en parte. Sus cabellos estaban peinados, y estrechó con firmeza la mano de Morgan. Éste le dirigió algunas frases, pero ella casi no habló. El joven de las tierras altas los informó de la suerte que había corrido Hirehone y de la proximidad del ejército de la Federación. Steff se limitó a responder con un gesto de asentimiento, y Teel ni siquiera eso. Los dejó, sintiendo una vaga insatisfacción por la visita.

El ejército de la Federación llegó al anochecer, se desplegó por las tierras boscosas de la base del farallón del Saliente, y los soldados empezaron a limpiar el terreno de acuerdo con sus necesidades, trabajando con la resolución industriosa de las hormigas. Salían entre los árboles, a millares, con los pendones ondeando al viento. Sus armas destellaban. Los estandartes, negros con una raya roja y otra blanca los de las tropas regulares de la Federación y con una sonriente cabeza de lobo blanca los de los investigadores, precedían a cada compañía. Montaron las tiendas de campaña, apilaron las armas junto a cada grupo, dejaron los suministros en retaguardia y encendieron hogueras. Casi de inmediato, varios equipos de hombres iniciaron la construcción de máquinas de asedio, y se oyó el ruido de las sierras que talaban los árboles y el de las hachas que cortaban las ramas.

Los proscritos, tranquilos y confiados, observaban desde las alturas, con sus fortificaciones puestas a punto. Morgan estaba con ellos. No eran más de trescientos, pero el Saliente constituía una fortaleza natural capaz de resistir a un ejército cinco veces más poderoso que aquél. Todos los ascensores estaban en la cumbre, y no había medio de subir o de bajar, excepto escalando la pared rocosa. Eso tendría que hacerse a cuerpo descubierto, con escaleras o arpeos. Y bastaría un puñado de hombres para impedirlo.

Ya era noche cerrada cuando Morgan pudo hablar de nuevo con Padishar. Se encontraron junto a los ascensores, ahora muy vigilados, y observaron las numerosas hogueras encendidas a sus pies. Los soldados de la Federación seguían con su tarea, llenando el aire con fuertes ruidos.

—No me importa decirte que todos esos esfuerzos me preocupan —le dijo el jefe de los proscritos, frunciendo el entrecejo.

—¿Pero cómo es posible que esperen llegar hasta nosotros, aun disponiendo de máquinas de asedio? —preguntó Morgan, frunciendo también el entrecejo.

—No pueden —respondió Padishar, haciendo un gesto negativo—. Y eso es precisamente lo que me inquieta.

Siguieron observando un poco más de tiempo, y después Padishar lo llevó a un lugar apartado.

—No necesito recordarte que ya hemos sido traicionados dos veces —dijo el jefe de los proscritos, hablándole al oído—. Quien lo haya hecho, sigue aquí... entre

nosotros. Si logran tomar el Saliente, será gracias a su intervención. —Acercó aún más su enérgico rostro al de Morgan—. Haré cuanto pueda para defenderlo. Pero tú, muchacho, también debes mantener los ojos bien abiertos. Tú, por ser nuevo aquí, puedes ver las cosas de una forma diferente. Quizá veas algo que a mí me haya pasado inadvertido. Vigila, y te deberé un gran favor si descubres algo.

Morgan asintió. Aquello daba sentido a su estancia allí, algo que empezaba a sospechar que le faltaba. Estaba consumido por la sensación de vacío que había experimentado cuando se rompió su espada, y angustiado por haber tenido que dejar atrás a Par y a Coltar Ohmsford. Aquel encargo le obligaría a estar concentrado en algo, y agradecía a Padishar que le hubiese ofrecido esa oportunidad.

Cuando se separaron, fue en busca del armero y le pidió un espadón. Escogió el que le pareció más adecuado, desenvainó la espada rota y lo colocó en su lugar. Después buscó una vaina que se acomodara a la Espada de Leah y la cortó a la longitud precisa, anudó el extremo y lo sujetó a su cinturón.

Se sintió mejor consigo mismo que en los días anteriores.

Durmió bien aquella noche, a pesar del ruido producido por los soldados de la Federación, que continuaron montando sus máquinas de sitio hasta el amanecer.

A la salida del Sol, dieron por terminado su trabajo. El súbito silencio lo hizo despertarse, se vistió, se ciñó las armas y a continuación se dirigió al borde del farallón. Los proscritos estaban en sus puestos, preparados para frenar el ataque. También estaban allí Padishar, Steff, Teel y los trolls. Todos miraban hacia el campamento de la Federación, en silencio.

Los soldados, bien adiestrados, estaban formando en compañías, y éstas en escuadras, sin que se produjera ninguna confusión. Se extendieron por la base del Saliente, de un extremo a otro del farallón, manteniendo sus líneas justo fuera del alcance de los arcos y las hondas. Apilaron junto a ellos escaleras, cuerdas y arpeos. Las torres de asedio estaban preparadas, aunque eran toscas y apenas tenían la tercera parte de la altura a la que debían llegar. Los jefes impartían órdenes crispadas, y los huecos entre compañías empezaron a llenarse poco a poco.

Morgan tocó levemente el hombro de Steff. El enano lo miró con extrañeza, hizo un gesto de reconocimiento, y apartó la vista.

Morgan frunció el entrecejo. Steff no llevaba ningún arma.

Sonaron las trompetas y las líneas de la Federación se enderezaron. La quietud se adueñó de nuevo del Saliente. La luz del Sol brilló las corazas y las armas al intensificarse en el este. Las gotas de rocío destellaron en las hojas y las hierbas, los pájaros gorjearon alegremente, el rumor de una corriente de agua llegó de un lugar lejano y a Morgan Leah le pareció que volvía a vivir una mañana más de las muchas que había disfrutado cuando vagaba y cazaba por las colinas de su tierra natal.

Entonces algo se movió entre los árboles, detrás de las largas filas de soldados. Se produjo una sacudida de ramas y troncos, y se escuchó un sonido chirriante de cortezas arañadas. Las filas de la Federación se abrieron en dos de repente, dejando libre un espacio de más de treinta metros de anchura. Los proscritos y sus aliados contuvieron la respiración, mientras el bosque continuaba temblando por la aproximación de lo que ocultaba.

Morgan no podía salir de su asombro.

El ser surgió entre los árboles. Era enorme, una criatura de tamaño increíble, una aparición formada por los peores trozos y fragmentos despreciados por los carroñeros. Era un conjunto de pelo, tendones y huesos, además de planchas y barras metálicas. Tenía contornos dentados y superficies relucientes; hierro injertado en la carne, carne que crecía en el hierro. Poseía la apariencia de un crustáceo deforme o de un gusano monstruoso, pero no era ni lo uno ni lo otro. Se tambaleaba al avanzar, con los ojos relucientes mirando hacia arriba en busca del borde del farallón. Sus pinzas se abrían y cerraban, y sus garras arañaban las piedras del suelo.

Durante un breve instante, Morgan creyó que era una máquina, pero enseguida se dio cuenta de que tenía vida.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Steff cuando lo reconoció, con voz furiosa y aterrada—. ¡Han traído con ellos a un Escalador!

Andando con torpeza entre las filas de la Federación, el Escalador se disponía a capturarlos.

Entonces, Morgan Leah recordó las historias que se contaban sobre los Escaladores.

Al parecer, siempre habían existido historias sobre estas criaturas monstruosas, narraciones que se transmitían de padres a hijos de generación en generación. Se contaban en las tierras altas y en la mayoría de los lugares de las Tierras Meridionales que había visitado. Los hombres hablaban de los Escaladores en las tabernas ante los vasos de cerveza, en la noche, alrededor de las hogueras, suscitando estremecimientos de interés y horror en las espaldas dorsales de muchachos como Morgan que escuchaban sus relatos. Pero nadie daba mucho crédito a esas historias, porque se contaban en el mismo tono que las que hablaban de los Portadores de la Calavera, los Espectros Corrosivos y otros monstruos de un tiempo casi olvidado. Sin embargo, nadie se atrevía a negar su existencia porque, aunque quizá los hombres de las Tierras Meridionales no creyesen en ella, los enanos de las Tierras Orientales estaban dispuestos a jurarlo.

Steff era uno de ellos. Había relatado esas historias a Morgan mucho después de que éste las oyera por primera vez, pero no como leyendas sino como auténticos relatos. El enano insistía en que narraban acontecimientos reales.

Fue la Federación, había dicho el enano al joven de las tierras altas, quien creó a los Escaladores. Cien años antes, cuando la guerra declarada por la Federación contra los enanos se había estancado en el Anar, cuando los ejércitos de las Tierras Meridionales habían quedado bloqueados por la jungla y las montañas, la maraña de maleza y los muros rocosos que les impedían rodear y capturar a su escurridiza presa, la Federación dio vida a los Escaladores. En aquella época, los enanos habían recuperado la iniciativa y traían en jaque a la Federación. Constituían una auténtica fuerza de resistencia decidida a hostigar a los invasores hasta expulsarlos de su territorio. Desde sus madrigueras en el laberinto de cañones y desfiladeros de las montañas del Cuerno Negro Azabache y en las profundas hondonadas de los bosques circundantes, los enanos contraatacaban a los ejércitos de la Federación, más pesados y lentos, y desaparecían en la noche sin dejar rastro. La Federación era consciente del progresivo debilitamiento de sus fuerzas a medida que pasaban los meses, y entonces decidió recurrir a los Escaladores.

Nadie supo con certeza cuál era su origen. Para unos no eran más que máquinas construidas por ingenieros de la Federación, engendros sin capacidad para pensar, cuya única misión era derribar las defensas de los enanos y acabar con ellos. Para otros eran unos seres dotados de astucia e instinto, porque ninguna máquina podía actuar como lo hacían los Escaladores. Para algunos, por último, eran obra de la magia. Fuera cual fuese su origen, lo cierto es que los Escaladores aparecieron en el

Anar central e iniciaron la persecución y caza de los enanos. Eran imparables. Seguían el rastro de los enanos sin descanso y, cuando los alcanzaban, los destruían por completo. La guerra terminó en menos de un mes, los ejércitos de los enanos fueron aniquilados y la estructura de la resistencia quedó completamente deshecha.

Tras la conclusión de esta guerra, los Escaladores desaparecieron de una forma tan misteriosa como habían aparecido, como si se los hubiese tragado la tierra. Sólo quedaron las historias, que con el paso del tiempo fueron adquiriendo mayor dramatismo y perdiendo precisión y credibilidad, hasta el punto de que sólo los enanos mantuvieron como reales los hechos que en ellas se narraban.

Morgan Leah permaneció un momento más con la mirada fija en el monstruo que se movía a sus pies, mientras los relatos de su niñez cobraban vida en su imaginación. Después retiró la vista del precipicio y de aquella pesadilla, y dirigió una mirada de desesperación a Steff. El enano estaba medio vuelto hacia él, con una expresión de terror dibujada en su rostro.

—Un Escalador, Morgan. Un Escalador... después de tantos años. ¿Te imaginas lo que eso significa?

Morgan no tuvo tiempo para pensarlo. Padishar Cesta, que había escuchado al enano, apareció de repente ante ellos.

—¡Habla, rápido! ¿Qué sabes de esa cosa? —preguntó el jefe de los proscritos a Steff, cogiéndolo por los hombros y obligándolo a que lo mirara a la cara.

—Es un Escalador —repitió Steff, como si su nombre lo explicara todo.

—¡Sí, sí, muy bien! —exclamó con impaciencia Padishar—. ¡Me tiene sin cuidado lo que sea! ¡Quiero saber cómo puedo detenerlo!

—No puedes detenerlo —respondió Steff, sacudiendo la cabeza como si intentara aclarar sus ideas, como si quisiera librarse del aturdimiento que le impedía pensar—. No existe ningún medio. Al menos, hasta ahora, nadie lo ha podido encontrar.

Los hombres más próximos empezaron a murmurar tan pronto como oyeron las palabras del enano, y una sensación de inquietud empezó a extenderse por las líneas de los defensores. Morgan estaba desconcertado. Nunca había visto a Steff tan abatido. Miró a Teel, cuyos ojos parecían dos piedras brillantes tras la máscara, que había alejado a Steff de Padishar como si quisiera protegerlo.

—¡Quedaos donde estáis! —ordenó Padishar a quienes empezaban a murmurar y retroceder, y los murmullos y la retirada cesaron—. ¡Desollaré vivo al primer conejo que se haga el listo!

—No existe ningún medio para detenerlo, ¿verdad? —dijo el jefe de los proscritos a Steff, dirigiéndole una mirada dura—. Quizá no exista para ti, aunque yo pensaba que eras distinto; creía que eras mejor de lo que eres. —Su voz era baja y controlada—. ¡Siempre hay un medio!

Abajo se produjo un sonido chirriante, y todos corrieron al parapeto para ver qué

era lo que lo había producido.

El Escalador ya estaba junto a la pared rocosa y empezaba a ascender, agarrándose a grietas y apoyándose en huecos donde ningún ser humano hubiera podido hacerlo. El Sol reflejaba sus rayos en las planchas metálicas y varillas del monstruo, mientras ondeaban los músculos de su cuerpo de gusano. Los tambores de la Federación acompañaban la ascensión del Escalador redoblando con una cadencia estable.

—¡Chandos! —gritó Padishar, subiéndose de un salto al parapeto—. ¡Necesito una docena de arqueros... ahora mismo!

Los arqueros aparecieron en el acto y, con gran rapidez, lanzaron una lluvia de flechas contra el Escalador, pero el monstruo ni siquiera alteró su ritmo de ascensión. Las flechas rebotaron en sus placas o se enterraron en su gruesa piel sin producir ningún efecto. Sus ojos, unos horribles globos negros que vibraban y giraban perezosamente con el movimiento de su cuerpo, parecían impenetrables.

Padishar retiró a los arqueros. Entonces, de las filas del ejército de la Federación se elevó un grito de alegría, e inmediatamente después iniciaron un canto que seguía el ritmo de los tambores. El jefe de los proscritos pidió que llevaran a los lanceros, pero sus pesadas armas de madera con punta de hierro tampoco consiguieron frenar la ascensión del monstruo. Todas se rompieron o astillaron al chocar contra las rocas, y el Escalador siguió impertérrito su camino hacia la cumbre.

Le arrojaron pedruscos enormes, y varios lo alcanzaron de lleno, pero obtuvieron el mismo resultado. El monstruo continuó su ascensión sin inmutarse.

El miedo y la frustración generados por los infructuosos intentos de detener al Escalador reanudaron los murmullos en las filas de los proscritos. Padishar ordenó silencio a gritos, pero cada vez le resultaba más difícil hacerse obedecer. Pidió que llevaran matorrales, los prendió luego y los lanzó contra el Escalador, pero en vano. Sin apenas poder contener la furia, ordenó que llevaran un barril de aceite de cocina, lo abrió, lo derramó por el muro rocoso y lo prendió fuego. El aceite ardió y crepitó entre las rocas desnudas, envolviendo al Escalador en llamas y una nube de humo negro. Las huestes de la Federación profirieron gritos de sorpresa e indignación y cesó el son de los tambores. El calor desprendido por el fuego y elevado a oleadas por el aire de la mañana era tan sofocante que los defensores se vieron obligados a retroceder. Morgan se retiró del parapeto al mismo tiempo que los demás, junto a Steff y Teel. El enano, que tenía la cara pálida y demacrada, parecía extrañamente desorientado. El joven de las tierras altas lo ayudó a retirarse, sin poder comprender lo que le sucedía a su amigo.

—¿Estás enfermo? —le preguntó en voz baja cuando consiguió que se sentara—. ¿Qué te pasa, Steff?

El enano se limitó a hacer un gesto de desesperación, incapaz de pronunciar una

sola palabra.

—El fuego no lo podrá detener —logró decir unos minutos después Steff con gran esfuerzo—. Ya se probó, Morgan, y no funciona.

El enano estaba en lo cierto. Cuando la intensidad de las llamas y el calor disminuyeron y los defensores pudieron regresar a los parapetos, vieron con estupor que el Escalador seguía ascendiendo por el muro, sin alterar lo más mínimo su ritmo. Se encontraba casi a mitad de camino, tan chamuscado y ennegrecido como la roca a la que se agarraba, pero no se advertía en él ningún cambio significativo. El son de los tambores y los cánticos de los soldados de la Federación se reanudaron a sus pies, una ansiosa y confiada mezcla de sonidos que envolvió todo el Saliente.

Los proscritos empezaron a perder la confianza en sí mismos. Pronto se escucharon entre ellos todo tipo de comentarios, y enseguida se pudo comprobar que nadie confiaba en frenar el avance del Escalador. ¿Qué harían cuando llegase hasta ellos? Ya habían comprobado que era invulnerable a las lanzas y a las flechas, ¿podrían detenerlo con las espadas?

Los aterrorizados proscritos no confiaban mucho en esa posibilidad.

Sólo Axhind y sus trolls de las rocas parecían indiferentes ante el preocupante desarrollo de los acontecimientos. Ocupaban el extremo de las defensas de los proscritos, protegiendo, con las armas preparadas, un reborde que descendía desde el farallón principal por el muro rocoso. Constituían una isla de calma en medio de aquel tumulto. No hablaban ni daban muestras de nerviosismo. Observaban con curiosidad a Padishar para ver qué harían los proscritos a continuación.

Padishar satisfizo sus expectativas. Había advertido algo que había pasado inadvertido a todos los demás, y eso hizo que sus esperanzas cobraran vida.

—¡Chandos, trae todo el aceite que tengamos: el de la cocina, el de engrasar..., todo! —ordenó a su barbudo lugarteniente, empujando a sus hombres hacia atrás para que volvieran a ocupar sus puestos en el parapeto—. ¡Y no pierdas el tiempo haciendo preguntas, tráelo ahora mismo!

Chandos cerró la boca y se apresuró a cumplir la orden recibida. Padishar dio media vuelta y se dirigió hacia donde estaban Morgan y los enanos.

—¡Preparad uno de los ascensores! —gritó al pasar. Luego se detuvo inesperadamente—. ¿Cómo se desenvuelven los Escaladores en las superficies resbaladizas, Steff?

Steff lo miró con una cara inexpresiva, como si la pregunta fuera demasiado complicada para él.

—No lo sé —respondió el enano.

—Pero tienen que agarrarse para trepar, ¿verdad? —insistió el jefe de los proscritos—. ¿Qué ocurre cuando no pueden hacerlo?

Se alejó sin esperar la respuesta. El calor de la mañana era sofocante y sudaba a

chorros. Se quitó la túnica y la arrojó lejos de sí con irritación. Después pidió a un proscrito su correa y se lo puso, cogió un hacha de mango corto, lo introdujo en una presilla del cinturón y se fue directamente a los ascensores. Morgan, que se dio cuenta de sus intenciones, lo siguió. Chandos salió apresuradamente de las cuevas, seguido por un grupo de hombres cargados con barriles de diferentes tamaños y pesos.

—Cargadlos en la cesta —ordenó Padishar impaciente.

»Voy a bajar en la cesta hasta el lugar donde se encuentra el monstruo y lo empaparé en aceite —dijo a su lugarteniente, poniendo las manos sobre sus anchos hombros cuando los proscritos empezaron la operación de carga.

—¡Padishar! —exclamó Chandos, visiblemente horrorizado.

—Escúchame. El Escalador no conseguirá llegar hasta aquí si no puede escalar el muro, y no lo escalará si no puede agarrarse. El aceite dejará todo tan resbaladizo que inmovilizará al monstruo, y hasta es posible que lo haga perder el equilibrio y provoque su caída. —Esbozó una dura sonrisa—. ¿No sería ése un magnífico final?

Chandos hizo un gesto de preocupación, y dirigió a Padishar una mirada en la que se reflejaba el espanto que sentía. Los trolls se habían aproximado y escuchaban.

—¿Crees que la Federación te va a permitir llegar tan lejos? ¡Sus arqueros te destrozarán mucho antes!

—No podrán hacerlo si me cubrís desde arriba —respondió el jefe de los proscritos, borrando la sonrisa de su rostro—. Además, viejo amigo... ¿qué otra opción nos queda?

Saltó a la cesta, protegiéndose tras la barandilla para ofrecer el menor blanco posible.

—Procurad no dejarme caer —gritó, y cogió el hacha con fuerza.

La cesta empezó a bajar. Chandos permitió que lo hiciera rápidamente, situándola encima del Escalador, una enorme mancha negra que ascendía por la pared y ya había llegado muy arriba. Un aullido de rabia surgió de las filas de la Federación cuando vieron lo que sucedía. Las líneas de arqueros se adelantaron inmediatamente, mientras los proscritos esperaban su ataque, que rechazaron en cuanto se produjo, aprovechándose de su ventajosa posición. Después se adelantaron más líneas y las flechas empezaron a estrellarse contra la pared rocosa, alrededor de la cesta que descendía. Los proscritos respondieron, y una vez más frustraron el ataque.

Entonces avanzaron las catapultas, con las que lanzaban piedras enormes contra la superficie rocosa cercana a la cesta. Corrigieron la trayectoria de tiro y un pedrusco alcanzó el ascensor, empujándolo contra la roca. La madera crujió y se astilló. El Escalador, que estaba justo por debajo, levantó la vista.

Morgan contemplaba la escena, horrorizado, desde el borde del farallón junto a Steff y Teel. El ascensor de Padishar giraba y se tambaleaba como si fuera agitado

por un fuerte viento.

—¡Sujetadlo! —gritó Chandos a los hombres que manejaban las cuerdas—. ¡Haced que recupere la estabilidad!

Pero no podían conseguirlo. Las cuerdas se deslizaban, y el esfuerzo para recogerlas arrastraba a los hombres hasta el borde del farallón, donde luchaban con furia por asegurarse. Las flechas de la Federación, que caían por todas partes, alcanzaron a dos de ellos. Nadie los reemplazó, inseguros de lo que tenían que hacer en el caos producido por el ataque. Chandos miró hacia abajo con los ojos desorbitados. Las cuerdas continuaban deslizándose.

No pueden sujetarlas, pensó Morgan, horrorizado.

Se lanzó hacia delante, gritando con todas sus fuerzas. Pero Axhind fue más rápido. Con una agilidad inverosímil para una persona de su volumen, el matureno de los kektics de las rocas se abrió paso entre los mirones y agarró las cuerdas con sus enormes manos. Los proscritos que se ocupaban de ellas cayeron de espaldas. Sin ayuda de nadie, el gigantesco troll sujetó la cesta y a Padishar. Enseguida le ayudó otro, y después dos más. Afirmando los pies, sujetaron las cuerdas mientras Chandos les daba instrucciones a gritos.

Morgan volvió a mirar hacia abajo. La Cuña de Parma era un mar de color verde que se confundía en la lejanía con el cielo despejado y azul de la mañana, y desprendía aromas intensos y una apacible sensación de eternidad. El Saliente, situado en el centro, era un islote donde reinaba el caos. Al pie del farallón se amontonaban moribundos los soldados de la Federación. Se habían roto sus ordenadas líneas, y sus perfectas formaciones se habían dispersado ante la urgencia del ataque. Las catapultas lanzaban gruesos proyectiles y las flechas volaban por todas partes. La cesta seguía colgando de sus cuerdas como un trozo de carnada que, en apariencia, se hallaba a sólo unos centímetros de la negra y monstruosa criatura.

Entonces, de forma inesperada, Padishar Cesta se levantó, dejando su cuerpo al descubierto. Abrió de un hachazo el primer barril de aceite y derramó su contenido por la pared rocosa y sobre el Escalador. La cabeza y la parte superior del monstruo quedaron empapadas del líquido, y se detuvo. El contenido del segundo barril siguió el mismo camino que el primero, y a éste siguió el de un tercero. El Escalador y el muro rocoso quedaron completamente impregnados de aceite. Las flechas de los arcos de la Federación zumbaban en torno a Padishar cada vez que dejaba su cuerpo al descubierto. Dos de ellas lo alcanzaron, y se desplomó en la cesta.

—¡Izadlo! —ordenó Chandos.

Los trolls obedecieron la orden del lugarteniente, y los proscritos apostados en el parapeto profirieron gritos de indignación y dispararon sus flechas contra las filas de arqueros de la Federación.

Haciendo un esfuerzo, Padishar logró ponerse en pie y derramar el contenido de

los dos últimos barriles sobre la pared rocosa y sobre el Escalador. El monstruo seguía inmóvil, dejando que el líquido corriera por encima y por debajo de su cuerpo.

En la piedra se formaron arroyuelos grasientos que desprendían destellos en la intensa luz de la soleada mañana.

El disparo de una catapulta hizo blanco en la cesta, que saltó en pedazos. Los proscritos profirieron un grito de angustia cuando se desprendió. Pero Padishar no cayó con ella; había conseguido agarrarse a la cuerda, quedando colgado mientras las flechas y las piedras volaban hacia él. Tenía manchas de sangre en el pecho y los brazos, y los músculos de su cuerpo se destacaban por el esfuerzo que debía hacer para mantenerse agarrado a la cuerda.

Recogieron las cuerdas con rapidez, arrastrando a Padishar Cesta hasta el borde del parapeto, donde recibió la ayuda de sus hombres para que pudiera saltarlo. Todos los defensores olvidaron la batalla durante un momento. Chandos se desgañitaba gritándoles que volvieran a sus puestos, pero los proscritos que rodeaban a su jefe herido ignoraron sus órdenes. Entonces Padishar se puso en pie, con la sangre que brotaba de las heridas corriendo por su cuerpo. Una flecha le había atravesado el hombro derecho y otra asomaba por el costado izquierdo. Tenía la cara pálida y contraída por el dolor. Bajó la mano hacia la flecha del costado, la partió en dos y, con una mueca de dolor, tiró de la punta hacia fuera.

—¡Volved al parapeto! —ordenó—. ¡Ahora!

Los proscritos se dispersaron. Padishar dejó atrás a Chandos y, con paso inseguro, se dirigió hasta la barandilla para ver al Escalador.

Permanecía en el mismo sitio, sin mover ni un solo músculo, como si estuviera pegado a la roca. Los arqueros y las catapultas de la Federación continuaban disparando contra las defensas de los proscritos, pero su entusiasmo había decrecido. También ellos esperaban con ansiedad el resultado final.

—¡Cáete, monstruo! —gritó Padishar, con voz colérica.

El Escalador se removi6, desplazándose ligeramente hacia la derecha, intentando maniobrar para salir de la reluciente capa de aceite. Sus garras arañaban mientras él se contorsionaba para no caer. Pero el aceite había hecho su trabajo. La capacidad de asimilación del monstruo empezó a debilitarse. Lentamente al principio, y con más rapidez cuando sus apéndices fueron saltándose uno tras otro. Un griterío de angustia se levantó entre las huestes de la Federación y otro de alegría entre los proscritos. El Escalador se deslizaba hacia abajo a gran velocidad, sobre un rastro que lo perseguía, cubriendo su cuerpo tubular. De repente, perdió toda sujeción y cayó rodando entre chasquidos de metal y huesos. Cuando se estrelló contra el suelo, se formó una enorme nube de polvo y todo el farallón vibró con el impacto.

El Escalador se quedó tendido al pie de la pared, entre violentos espasmos.

—¡Eso está muy bien! —exclamó Padishar Cesta, y se sentó junto a la barandilla

con los ojos cerrados.

—¡Estoy seguro de que has acabado con él! —dijo Chandos, agachándose a su lado.

La sonrisa del lugarteniente del jefe de los proscritos era feroz. Morgan, de pie a su lado, también sonreía.

—Con esto no se acaba nada —respondió Padishar, haciendo un gesto negativo—. Ése ha sido el horror de hoy. Lo lógico es que mañana traigan otro. ¿Qué aceite utilizaremos entonces si ya hemos echado todo el que teníamos? —Sus oscuros ojos se abrieron—. Corta esta otra flecha y sácala para que pueda dormir.

La Federación no volvió a atacar aquel día. Ordenó la retirada de todo su ejército al bosque para que se ocupara de curar a los heridos y enterrar a los muertos. Sólo las catapultas siguieron en su lugar, lanzando proyectiles hacia el cielo de vez en cuando, que resultaban más molestos que peligrosos porque caían antes de llegar a su destino.

Por desgracia, el Escalador no había muerto. Después de cierto tiempo pareció recuperarse y, rodando y serpenteando, fue a refugiarse en la Cuña de Parma. Era imposible determinar hasta qué punto había sufrido graves daños, pero nadie se atrevía a asegurar que no volverían a verlo.

Curaron las heridas de Padishar, lo vendaron y acostaron. La pérdida de sangre y el dolor lo habían dejado muy débil, pero las lesiones sufridas no eran graves. Mientras Chandos lo cuidaba, Padishar daba instrucciones para la defensa del Saliente. Tenían que construir un arma especial para poder enfrentarse con éxito al enemigo, Morgan oyó las instrucciones que Chandos daba a un grupo de hombres escogidos, a los que después envió a la cueva principal para que realizaran el trabajo. Se pusieron manos a la obra casi de inmediato, pero cuando Morgan preguntó al lugarteniente de Padishar qué estaban haciendo, éste se negó a hablar del asunto.

—Muchacho, la verás cuando esté terminada —respondió Chandos de forma tajante y hosca—. Ahora, olvídalo.

Al joven de las tierras altas no le quedó otro remedio que conformarse con la promesa del proscrito. Sin saber en qué ocupar el tiempo, se dirigió hacia donde Teel había llevado a Steff y encontró a su amigo envuelto en mantas y con fiebre. Teel le dirigió una mirada suspicaz cuando puso la mano en la frente de Steff, como si fuera un perro guardián que no se fiara de nadie. Morgan no podía reprochárselo. Habló a Steff en voz baja durante un momento, pero el enano estaba casi inconsciente y optó por dejarlo dormir. Morgan se puso en pie, dirigió una última mirada a la impassible Teel y se alejó.

Pasó el resto del día vagando entre las fortificaciones y las cuevas, contemplando al ejército de la Federación y la construcción del arma secreta, e interesándose por la salud de Padishar Cesta y de Steff.

No consiguió mucho, y las restantes horas de la mañana y toda la tarde transcurrieron lentamente. Volvió a preguntarse qué estaba haciendo allí, encerrado en el Saliente con aquellos proscritos, combatientes de la resistencia o no, lejos de Par y de Coltar y de lo que en realidad importaba. ¿Cómo conseguiría volver a encontrarse con los hermanos del valle? Estaba seguro de que no regresarían a la Cuña de Parma mientras el ejército de la Federación mantuviese el asedio. Damson Rhee no se lo permitiría.

¿O sí? En aquel momento a Morgan se le ocurrió pensar que la muchacha podía conocer un camino oculto. ¿Habría más de un camino para llegar al Saliente?, se preguntó. Aun contando con unas defensas tan sólidas como las suyas, Padishar Cesta nunca se hubiese arriesgado a que los proscritos quedaran bloqueados, sin posibilidad de huir, en caso de que fueran sometidos a un prolongado asedio. Tenía que existir un medio de escapar, otra salida. O entrada.

Tomó la decisión de buscarla, pero llegó el crepúsculo antes de que se le presentara la oportunidad. Padishar ya se había despertado y Morgan lo encontró sentado en el borde de la cama, vendado. Los arañazos rojos se destacaban en su piel morena. Estaba estudiando con Chandos unos planos dibujados toscamente. Otro hombre aún seguiría durmiendo para recuperar fuerzas, pero Padishar parecía ya dispuesto para el combate. Los dos levantaron la vista cuando advirtieron su llegada, y Padishar ocultó los planos de forma apresurada. Morgan dudó.

—Muchacho —lo saludó el jefe de los proscritos—. Ven a sentarte conmigo.

La invitación cogió por sorpresa a Morgan, que se acercó y tomó asiento en una cesta llena de piezas metálicas. Chandos hizo un gesto de despedida, se levantó sin decir palabra y se fue.

—¿Cómo está nuestro amigo el enano? —preguntó Padishar, aparentando una tranquilidad excesiva—. ¿Está mejor?

—No. Algo va muy mal, pero no sé qué puede ser. —respondió Morgan, mirando a los ojos al jefe de los proscritos. Hizo una breve pausa—. No confías en nadie, ¿verdad? Ni siquiera en mí.

—Sobre todo en ti —Padishar hizo una pausa, le dirigió una sonrisa que lo desarmó y que desapareció con la rapidez de un parpadeo—. Ya no puedo confiar en nadie. Han sucedido demasiadas cosas. Dime, ¿cuál es el motivo de tu visita? —prosiguió, cambiando de postura y haciendo una mueca al sentir una punzada de dolor—. ¿Has visto algo que crees que yo debería saber?

La verdad era que, con la excitación producida por los sucesos de aquella mañana, Morgan había olvidado por completo el encargo que le había hecho Padishar: que intentara averiguar quién o qué los había traicionado. Pero no confesó su olvido, y se limitó a hacer un gesto negativo.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo—. Sobre Par y Coltar Ohmsford.

¿Crees que Damson Rhee intentará traerlos aquí? ¿Hay algún otro camino al Saliente que ella conozca?

Padishar Cesta le dirigió una mirada indescifrable y, a la vez, cargada de significado. Se produjo un largo silencio, y Morgan empezó a sentir miedo al darse cuenta de que aquella pregunta lo había convertido en sospechoso.

—No quiero saber dónde está, sólo si... —quiso puntualizar el joven de las tierras altas, respirando profundamente.

—Comprendo tu pregunta y por qué la has formulado —lo interrumpió Padishar, impidiendo que se justificara.

Su cara adusta se arrugó en torno a la boca, pero no añadió ni una palabra más y estuvo un largo rato observando al joven de las tierras altas.

—La verdad es que hay otro camino —prosiguió después, rompiendo el silencio—. Supongo que has llegado por ti mismo a esa conclusión. Sabes bastante de táctica militar como para comprender por ti mismo que un refugio debe contar siempre con más de una salida.

Morgan se limitó a asentir con un gesto.

—Pues bien, muchacho, sólo puedo añadir que Damson no se arriesgará a traer a los hermanos del valle mientras el Saliente esté sometido a asedio. Los mantendrá seguros en Tyrsis o en cualquier otro lugar mientras la situación así lo requiera.

Guardó silencio. La dureza de su mirada no dejaba traslucir sus pensamientos.

—Excepto Damson, Chandos y yo, nadie conoce el segundo camino... ahora que Hirehone ha muerto —continuó—. Es mejor que las cosas sigan como están hasta que descubramos al traidor, ¿no te parece? No me gustaría que la Federación entrara por la puerta trasera mientras defendemos la principal.

Morgan no había considerado esa posibilidad, y era escalofriante.

—¿Está segura la puerta trasera? —preguntó con inquietud.

—Muy segura —respondió Padishar—. Ahora, muchacho, vete a cenar. Y recuerda que has de mantener los ojos muy abiertos.

El jefe de los proscritos volvió a ocuparse de sus planos. Morgan dudó un momento, pensando en decir algo más, pero se dio media vuelta de forma brusca y se marchó.

Cuando la noche extendió sus sombras sobre la Tierra y el cielo empezó a tachonarse de estrellas, Morgan se sentó solo en el extremo más alejado del farallón, en un pequeño prado protegido por un pequeño bosque de álamos, contemplando el valle de la Cuña de Parma, donde la luna creciente se elevaba poco a poco sobre el horizonte en el cielo oscuro, y se dedicó a poner en orden sus pensamientos. El profundo silencio que reinaba en el campamento sólo era roto por los amortiguados sonidos producidos por los proscritos que trabajaban dentro de la cueva en el arma

secreta que había mandado construir Padishar. Las catapultas y los arcos estaban inactivos; tanto los hombres del ejército de la Federación como los del Movimiento dormían o reflexionaban sobre los últimos acontecimientos. Padishar, acompañado de Chandos, estaba reunido con los trolls, pero Morgan no había sido invitado a la reunión. Steff descansaba, sin que hubiera sufrido ningún nuevo ataque de fiebre, pero se sentía muy débil y su estado general no había experimentado ninguna mejoría. No tenía nada que hacer, nada en que ocupar el tiempo, excepto dormir o reflexionar, y Morgan Leah optó por lo último.

Desde que tenía uso de razón, se había considerado una persona inteligente. Reconocía que era un don heredado de sus antepasados, de hombres como Menion y Rone Leah, auténticos príncipes en aquellos días, héroes... pero también era una cualidad que siempre se había esforzado en perfeccionar. Y la Federación le había proporcionado un objetivo. Había pasado casi toda su juventud buscando distintas maneras de burlar a los funcionarios de la Federación que ocupaban y gobernaban su tierra natal, de hacer que se salieran de sus casillas siempre que se le presentaba la oportunidad para que nunca se sintieran seguros, para que sintieran una incapacidad y una frustración que un día los obligara a abandonar Leah. Había trabajado con éxito en ello, sin duda mejor que ningún otro. Conocía todos los trucos, e incluso había inventado muchos. Era más astuto y audaz que cualquier otro habitante de las tierras altas si contaba con tiempo suficiente y con las circunstancias adecuadas.

Esbozó una melancólica sonrisa. Al menos, eso era lo que siempre había creído. Pero ahora había llegado el momento de demostrarlo. El momento de descubrir cómo conseguía enterarse la Federación de sus planes, cómo habían sido traicionados los proscritos, los hermanos del valle, el pequeño grupo que había partido de Culhaven, todos los que estaban relacionados con aquellos infortunios... y, lo que aún era más importante, quién era el responsable.

Era un asunto que podía llegar a aclarar por simple deducción.

Dejó que su delgado cuerpo se deslizara sobre la hierba que crecía al pie de un viejo y retorcido tronco, dobló las rodillas hasta la altura de su pecho, y repasó mentalmente todo lo que sabía.

La lista de traiciones era bastante larga. Alguien había informado a la Federación del viaje que habían planeado hacer a Tyrsis para recuperar la Espada de Shannara. Alguien había averiguado lo que iban a hacer y se lo había dicho al comandante de la guardia antes de su llegada.

Uno de los tuyos, había dicho el comandante a Padishar. Después alguien había revelado el emplazamiento del Saliente al ejército que ahora lo asediaba, alguien que conocía su situación y el camino que había que seguir para llegar hasta él.

En realidad, las traiciones habían empezado antes, se dijo a sí mismo el joven de las tierras altas frunciendo el entrecejo. Si se aceptaba la premisa, y él no tenía ningún

inconveniente en hacerlo, de que alguien había enviado al Devorador tras ellos en las montañas de Wolfsktaag e indicado a los Espectros en la Cresta de Toffer el lugar donde los gnomos araña podían hacer prisionero a Par, las traiciones se remontaban a Culhaven.

¿Habían sido seguidos desde Culhaven?

Descartó inmediatamente tal posibilidad. Nadie hubiera sido capaz de conseguir tal hazaña.

Pero había otros hechos misteriosos. Uno de ellos era su impresión de haber visto a Hirehone en Tyrsis y su posterior asesinato en la Cuña de Parma. Otro, la muerte de los proscritos que hacían guardia en los ascensores cuando todas las cestas estaban arriba. ¿Cómo podían estar relacionados todos esos hechos?

Dejó que las piezas del rompecabezas vagaran libremente por su mente durante unos minutos, esperando descubrir algo que se le hubiera pasado por alto. Las aves nocturnas se llamaban con sus graznidos en la oscuridad de la Cuña de Parma, y el viento, cálido y fragante, acariciaba su cara. Como no consiguió descubrir nada nuevo, examinó todas las piezas de una en una, procuró encajarlas por todos los medios en el rompecabezas e intentó obtener una imagen reconocible. Pero el tiempo pasaba y no había forma de que las piezas encajaran.

Ignoraba qué podía ser, pero sin duda faltaba algo.

Se frotó las manos. Utilizaría otro sistema. Prescindiría de todo lo que no funcionase y vería lo que quedaba. Respiró profundamente y se relajó.

Nadie podía haberlos seguido... no siempre, no desde el principio. Por tanto, tenía que ser uno de ellos. Pero si era el responsable de los ataques del Devorador y los Espectros, y también de todo lo acaecido desde su llegada al campamento de los proscritos, necesariamente tenía que tratarse de un miembro del grupo original formado por Par, Coltar, Steff, Teel y él mismo. Pensó en Teel, porque era a quien menos conocía. No podía creer en la traición de los hermanos del valle o de Steff. Pero ¿por qué atribuía a Teel mayores posibilidades de ser la traidora? ¿No había sufrido, al menos, tanto como Steff?

Por otra parte, ¿qué era lo que relacionaba a Hirehone con todo esto? ¿Por qué fueron asesinados los hombres que custodiaban los ascensores?

Interrumpió durante un momento sus pensamientos. Los habían matado para que alguien pudiera entrar o salir del campamento de los proscritos sin ser visto. Eso tenía sentido. Pero las cestas estaban arriba. Tuvieron que asesinarlos después de que alguien llegara al campamento... quizá para ocultar su identidad.

Barajó las distintas posibilidades. Todas las pistas conducían a Hirehone. El capataz de la herrería Kiltan era la clave. ¿Había visto realmente a Hirehone en Tyrsis? ¿Había sido él el traidor? Pero Hirehone no había regresado al Saliente después de que lo abandonara. Si era así, ¿cómo podía haber matado a los centinelas?

¿Por qué había sido asesinado Hirehone? ¿Quién lo había hecho? Además de Hirehone, ¿podía haber otros traidores?

Algo había encajado en su sitio, y Morgan Leah se sobresaltó al advertirlo. ¿Quién era el enemigo... el auténtico enemigo? No la Federación. El auténtico enemigo eran los Espectros. ¿No había sido eso lo que les había dicho el espíritu de Allanon? ¿No les había prevenido contra ellos? Además, los Espectros podían adoptar la forma, el cuerpo y la manera de hablar de cualquier persona. Algunos eran capaces de hacerlo, al menos los más peligrosos. Eso había afirmado Cogline.

Morgan sintió que su pulso se aceleraba y su cara ardía de excitación. ¡El traidor no era ningún ser humano, sino un Espectro! De repente, empezaron a encajar todas las piezas. Un Espectro podía haberse ocultado entre ellos sin que lo advirtieran. Un Espectro podía haber llamado al Devorador, enviado a uno de los suyos a la Cresta de Toffer, llegado a Tyrsis antes de que lo hiciera el grupo de Padishar, averiguado lo que se proponía y regresado antes de su retorno. Un Espectro era capaz de mantenerse suficientemente cerca, y podía disfrazarse de Hirehone. ¡No, no disfrazarse... podía ser Hirehone! Y lo mataría cuando ya no lo necesitara, y también a los centinelas de los ascensores para que no pudieran decir que lo habían visto, fuera cual fuese el rostro que presentara. ¡Había revelado el emplazamiento del Saliente al ejército de la Federación... e incluso trazado la ruta que debía seguir!

¿Quién? Sólo faltaba determinar...

Morgan se recostó lentamente en el tronco del álamo. Había resuelto el rompecabezas. Sabía quién era el traidor. Steff o Teel. Tenía que ser uno de los dos. Eran los únicos, además de él, que habían estado con el grupo desde el principio, desde Culhaven hasta el Saliente, y de aquí a Tyrsis. Teel había estado inconsciente durante todo el tiempo que ellos habían permanecido en Tyrsis. Eso habría dado a cualquiera de los dos enanos, o al Espectro que albergaban, la oportunidad de ausentarse y de regresar. En cualquier caso, solamente ellos dos habían estado solos la mayor parte del tiempo.

Se sublevó contra el peso de sus sospechas. Se resistía a aceptarlas. Durante un momento, pensó que estaba loco, que tendría que deshacer por completo su razonamiento y empezar de nuevo. Pero no pudo. Sabía que estaba en lo cierto.

El viento sopló, y el joven de las tierras altas se ciñó la capa a pesar del calor de la noche. Continuó sentado y quieto al amparo de su refugio, y repasó cuidadosamente las conclusiones a las que había llegado, los razonamientos que le habían servido de base, las especulaciones que poco a poco se habían revestido de verdad. Ahora el silencio era total en el campamento de los proscritos y podía imaginar que estaba solo en la vasta y oscura extensión de la Cuña de Parma.

Steff o Teel, ¿cuál de los dos?

Su instinto le hacía sospechar de Teel.

Tres días después de que Par, Coltar y Damson hubieran tomado la decisión de volver al Pozo para recuperar la Espada de Shannara, Damson sacó a los hermanos del valle del almacén de útiles de labranza y los llevó por las calles de Tyrsis. En aquel momento, Par era ya un manojito de nervios. Se empeñó en ir al Pozo sin la menor dilación; el tiempo lo era todo, afirmaba. Pero Damson se negó de forma categórica, alegando que correrían un grave peligro si actuaban de forma tan precipitada. La Federación aún mantenía numerosas patrullas por toda la ciudad, y tenían que esperar. A Par no le quedó otra opción que aceptar el criterio de la muchacha.

Por fin, Damson consideró que el margen de riesgo había disminuido lo suficiente para aventurarse a poner en práctica su plan una noche en la que los hombres razonables se lo pensarían dos veces antes de salir a la calle, una noche en la que el frío calaba hasta los huesos, la ciudad se hallaba envuelta en un manto de bruma y lluvia que impedía incluso que los amigos íntimos se reconocieran a más de un metro de distancia y obligaba a los pocos ciudadanos que terminaban tarde su jornada laboral a apresurar el paso por las calles vacías y relucientes en busca del calor y de la comodidad de sus hogares.

Damson les había proporcionado grandes capas impermeables provistas de capuchas que ocultaban sus cabezas mientras caminaban entre la humedad y el silencio. Sus botas resonaban suavemente en las piedras de la calzada, llenando el silencio nocturno con una extraña y apresurada cacofonía. El agua goteaba de los aleros de los tejados y se escurría por las hendiduras de las fachadas, y la niebla se pegaba a su piel con una helada y desagradable insistencia. Seguían las calles secundarias como siempre, evitando la Vía Tyrsiana y otras arterias importantes de la ciudad vigiladas por las patrullas de la Federación, metiéndose por pasajes parecidos a túneles que discurrían entre los bloques descoloridos y semiabandonados donde vivían los pobres y desamparados.

Iban a encontrarse con el Topo.

—Sólo se le conoce por ese nombre —les había dicho Damson antes de salir—. La gente de la calle lo llama así porque él quiere. Si alguna vez tuvo un nombre, dudo que lo recuerde. Su pasado es un secreto que guarda celosamente. Vive en las alcantarillas y los pasadizos abiertos en el subsuelo de Tyrsis. Es una persona muy retraída, y casi nunca sale a la superficie. Todo su mundo se limita a los pasadizos subterráneos de la ciudad, y nadie los conoce mejor que él.

—Si todavía existen pasadizos bajo el palacio de los reyes de Tyrsis, ¿los conocerá el Topo? —preguntó Par.

—Con toda seguridad.

—¿Podemos confiar en él?

—El problema no es si nosotros podemos confiar en él, sino si él cree que puede confiar en nosotros. Como ya os he dicho, es muy retraído. Es posible que ni siquiera acceda a hablar con nosotros.

—Debe hacerlo —dijo Par.

Coltar se mantuvo en silencio. No había vuelto a participar en la conversación desde que tomaron la decisión de regresar al Pozo, limitándose a pronunciar las palabras indispensables. Aceptó la noticia de lo que se disponían a hacer como quien toma un jarabe que puede curarlo o llevarlo a la muerte y espera estoicamente a ver qué sucede. Daba la impresión de que había llegado a la conclusión de que era inútil discutir el asunto o alegar que era una locura. Había adoptado una actitud fatalista, aceptando con resignación el firme propósito de Par y la fortuna o desgracia que se derivarían de él, y se había encerrado en una concha tan dura como el hierro.

Seguía a Damson y a Par mientras caminaban en la lobreguez del crepúsculo tyrsiano, tan cerca de éste que parecía su propia sombra, causando con su muda presencia más inquietud que tranquilidad. A Par le desagradaba el estado de ánimo de su hermano, pero no podía evitarlo. Coltar había escogido ese papel. No podía compartir lo que Par estaba haciendo, pero tampoco podía dejarlo solo. Lo seguiría hasta el fin para bien o para mal.

Damson los condujo por un estrecho tramo de escaleras de piedra que cortaba un muro bajo entre dos edificios deshabitados y sin luz. Par oyó el ruido producido por una corriente de agua, un lento gorgoteo que chapoteaba y resonaba a través de alguna obstrucción. Descendieron con cautela porque los escalones estaban resbaladizos y la barandilla, enmohecida y rota, ofrecía un precario asidero. Cuando llegaron al final, se encontraron en un estrecho pasillo que corría paralelo a una zanja de alcantarillado, que recogía el agua que caía de un conducto medio atascado procedente de la calle de arriba.

Damson precedió a los hermanos del valle en el túnel.

Su interior era negro y oscuro como boca de lobo, y el aire estaba impregnado de malos olores. La lluvia desapareció detrás de ellos. Damson se detuvo un instante, tanteó en la oscuridad y cogió una antorcha untada con pez en un extremo, que encendió con un trozo de pedernal. Su luz les permitió caminar más seguros. Seres invisibles huían en las tinieblas que tenían delante, sin más ruido que el producido por sus pequeñas garras. El agua goteaba del techo, se escurría por las paredes y gorgoteaba en la zanja de la alcantarilla. El aire era helado y putrefacto.

Llegaron a otra escalera, descendieron varios niveles y dejaron de escuchar el ruido del agua. Pero persistían los sonidos producidos por las uñas de los seres invisibles al rozar la piedra, y el frío se intensificó. Los hermanos del valle se ciñeron más sus capas. Cuando acabaron de bajar la escalera, se encontraron ante un nuevo

pasadizo, más estrecho y bajo que el anterior. Tuvieron que agacharse para seguirlo, y la humedad desapareció para dar paso al polvo. Continuaron sin detenerse durante varios minutos. Ya estaban a mucha profundidad, en el corazón de roca y tierra de la meseta sobre la que se levantaba la ciudad de Tyrsis, y los hermanos del valle habían perdido por completo el sentido de orientación.

Poco después llegaron a una especie de pozo desde donde ascendía una escalerilla de hierro, y Damson se detuvo.

—Ya no está lejos —dijo en voz baja—. Sólo a unos cuantos centenares de metros desde lo alto de la escalerilla. Lo encontraremos nosotros... o será él quien nos encuentre. Me trajo hasta aquí hace mucho tiempo, en una ocasión en que me mostré amable con él. Es una persona muy afable, pero también peculiar —prosiguió después de titubear un momento—. Tened mucho cuidado con las formas.

La escalerilla los llevó a un rellano del que partían varios corredores. Allí la atmósfera era más tibia, menos polvorienta. Y el aire rancio, pero no maloliente.

—Estos túneles eran vías de escape para los defensores de la ciudad. Algunos de ellos conducen a las llanuras. —Su roja cabellera destelló cuando la retiró de la cara—. No os separéis de mí.

Entraron en uno de los corredores y empezaron a bajar. La pez del extremo de la antorcha desprendía numerosas chispas y bastante humo. El túnel serpenteaba y cruzaba otros túneles y estancias apuntaladas con tablones. Los hermanos del valle se sentían cada vez más desorientados, pero Damson no mostraba el menor indicio de vacilación, absolutamente segura del camino que debía seguir, bien porque se lo indicaran unos signos que ellos no veían o porque siguiera un plano grabado en su memoria.

Por fin entraron en una cámara, que era la primera de otras interconectadas. Todas eran de grandes dimensiones, con vigas de madera, suelos enlosados, muros recubiertos de tapices y colgaduras, e innumerables y variados objetos extraños. Apilados desde el suelo hasta el techo, y de un muro a otro, había arcas llenas de ropas antiguas, muebles con incrustaciones y herrajes, pergaminos casi reducidos a polvo, plumas, bisutería y animales de juguete de todos los tipos, formas y tamaños. Los animales estaban cuidadosamente ordenados, algunos sentados en grupos, otros alineados en estantes y divanes, y varios sobre mesas y escritorios. Había armas oxidadas por doquier, y cestas de cañas y mimbres.

También había luces. Lámparas de aceite colgadas de las vigas y de los muros, que daban a las habitaciones una vaga claridad y cuyo humo salía a través de los respiraderos abiertos en las esquinas.

Los hermanos del valle lo miraban todo sin poder salir de su asombro. Allí no había nadie.

Damson no dio muestras de sorpresa. Los condujo a otra sala en la que se

destacaban una mesa de caballetes y ocho sillas con respaldo alto de roble tallado, y les indicó que se sentaran. Todas las sillas estaban ocupadas por animales, y los hermanos del valle dirigieron a la muchacha una mirada interrogativa.

—Elegid vuestro sitio, coged al animal que está sentado en él y sostenedlo —les dijo, mostrándoles a continuación lo que tenían que hacer.

Damson había elegido una silla sobre la que descansaba un conejo de terciopelo raído, lo cogió, se sentó y lo depositó en su regazo.

Coltar la imitó con la mirada fija en la pared opuesta, como si estuviese convencido de que lo que sucedía no era más extraño de lo que esperaba. Tras una breve vacilación, Par también se sentó, sosteniendo algo que lo mismo podía ser un perro que un gato... era imposible precisarlo. Se sentía un poco ridículo.

Allí, sentados, esperaron en silencio y sin apenas dirigirse una mirada. Damson empezó a acariciar el estropeado terciopelo de su conejo. Coltar era una estatua. Después de varios minutos de espera sin que sucediera nada, Par empezó a perder la paciencia.

Entonces, una tras otra, se apagaron todas las luces. Par hizo ademán de levantarse.

—Sigue sentado —le dijo Damson.

Ya sólo quedaba una luz encendida en la primera sala que entraron, y su resplandor apenas llegaba a donde estaban. Par esperó a que su vista se acomodase a la oscuridad. Cuando lo consiguió, vio una cara redonda y barbuda al otro lado de la mesa, separada por dos asientos de Damson. Unos ojos inexpresivos de hurón lo observaban, y luego se desviaron hacia Coltar, parpadearon y siguieron mirando.

—Buenas noches, Topo —dijo Damson Rhee.

El Topo levantó un poco la cabeza, dejando que asomaran su cuello y sus hombros, y puso los brazos y las manos sobre la mesa. Estaba completamente cubierto de pelo, salvo la nariz, las mejillas y parte de la frente, que brillaban como marfil al resplandor de la débil luz. Su redonda cabeza se giró lentamente y sus dedos de niño se entrelazaron en una postura plácida.

—Buenas noches, encantadora Damson.

Su voz infantil tenía un tono extraño, como si hablara desde dentro de un barril o a través de una capa de agua. Sus ojos iban de Par a Coltar y de éste a Par.

—Te oí llegar y encendí las luces —dijo—. Pero no me gustan mucho las luces y, puesto que ya estás aquí, las he vuelto a apagar. ¿Te parece bien?

Damson respondió haciendo un gesto de asentimiento.

—¿Quiénes son los dos jóvenes que te acompañan?

—Los hermanos del valle.

—¿Los hermanos del valle?

—Sí, son hermanos, de Valle Umbroso, una lejana aldea de las Tierras

Meridionales. Par Ohmsford y Coltar Ohmsford —los presentó, señalándolos con un gesto, y los ojos del Topo siguieron su indicación.

—Bienvenidos a mi casa ¿Os apetece tomar un té?

Desapareció sin esperar la respuesta de manera tan silenciosa que Par no pudo captar el menor sonido a pesar de la quietud reinante en la sala. Percibió el aroma del té cuando lo llevó, pero no vio ningún recipiente hasta que colocó dos tazas ante él, una de tamaño normal y otra minúscula, las dos viejas y desportilladas, con los dibujos que las adornaban semiborrados.

Par observó con asombro que Damson acercaba la taza pequeña a la boca del conejo que tenía en su regazo.

—¿Están bien todos los pequeños? —preguntó la muchacha convencionalmente.

—Muy bien —respondió el Topo, que ocupaba de nuevo su asiento.

Sostenía un oso grande, al que ofreció su propia taza. Coltar y Par imitaron el ritual sin pronunciar ni una sola palabra.

—Chalt, ya sabes, ha vuelto a portarse mal —continuó el extraño individuo—. Toma té y dulces cuando se le antoja, dejándolo todo desordenado. Cuando tengo a subir a la superficie para enterarme de lo que ocurre a través de las rejillas de las calles y los pasadizos, cree que tiene permiso para reorganizar las cosas como mejor le parece. Resulta muy molesto. —Miró al oso de reojo—. Lidia ha tenido mucha fiebre, pero ya se ha restablecido. Y Westra se hizo un pequeño corte en la pata.

Par intercambió una interrogativa mirada con Coltar.

—¿Hay algún nuevo miembro en la familia? —preguntó Damson.

—Everlind —dijo el Topo. Fijó la vista en ella durante un momento y después señaló al conejo que sostenía—. Vino hace dos noches a vivir con nosotros. Se siente aquí mucho más a gusto que en las calles.

Par no sabía qué pensar. Al parecer, el Topo recogía todos los trastos que desechaban las gentes de la ciudad y los llevaba a su cubil. Para él, los animales eran reales, o al menos eso se deducía de su comportamiento. Par se preguntó si apreciaba la diferencia.

—En la ciudad se murmura sobre algo que ha inquietado a la Federación: alteraciones, intrusos, una amenaza para su gobierno —dijo el Topo con los ojos clavados en Par—. Han aumentado las patrullas callejeras y los centinelas de las puertas desconfían de todos. Están apretando las tuercas. Es mejor estar aquí, encantadora Damson... aquí, bajo tierra —concluyó, volviéndose hacia Damson, tras hacer una breve pausa.

—Eso forma parte del motivo que nos ha traído aquí —respondió la muchacha, dejando su taza sobre la mesa.

—Sí, es mejor estar bajo tierra, bajo las calles y las torres, donde la Federación nunca llega —insistió el Topo, como si no la hubiera oído.

—No hemos venido en busca de un refugio —respondió Damson, haciendo un gesto negativo.

El Topo parpadeó, reflejándose la decepción en sus ojos. Retiró su taza y el muñeco que sostenía, y levantó su redonda cabeza.

—Encontré a Everlind detrás de la casa de un hombre que presta servicios contables a los recaudadores de impuestos de la Federación. Es mucho más diestro con los números y el cálculo que cualquier otro contable. Antes era asesor de los comerciantes de la ciudad, pero éstos no podían pagarle tan bien como la Federación, así que aceptó el puesto que le ofrecieron. Trabaja durante todo el día en el edificio donde se guardan las recaudaciones. Por la noche, una vez terminada su jornada laboral, regresa a su casa, con su esposa y su hija, que fue la propietaria de Everlind. La semana pasada compró a su hija un juguete nuevo, un gatito de sedosa piel blanca y ojos de cristal verde. Lo compró con el salario recibido de la Federación, con dinero de los impuestos. La hija sustituyó a Everlind por el gatito. —Su mirada iba de uno a otro—. Ni el padre ni la hija son conscientes de lo que han abandonado. Sólo ven la superficie de las cosas, no lo que hay debajo. Ése es el peligro de vivir sobre la tierra.

—Es cierto —dijo Damson—. Pero es algo que debemos cambiar quienes deseamos seguir viviendo allí.

El Topo volvió a frotarse las manos, sin apartar la mirada de sus visitantes mientras lo hacía, sumido en sus pensamientos. La sala era un cuadro plástico en el que el Topo y los tres jóvenes estaban sentados entre los desechos de otras vidas y escuchaban lo que podía ser el susurro de las suyas propias.

—¿Qué deseas en realidad, bella Damson? —preguntó el Topo a la muchacha, levantando los ojos y fijándolos en ella con atención.

—En otros tiempos, había túneles bajo el palacio de los Reyes de Tyrsis —dijo Damson, irguiéndose y echando hacia atrás su brillante melena—. Si todavía están abiertos, necesitamos entrar en ellos.

—¿Bajo el palacio? —inquirió el Topo, poniéndose rígido.

—Bajo el palacio y hasta el Pozo.

Se produjo un largo silencio mientras el Topo la miraba sin pestañear. Estiró las manos de manera inconsciente para coger el oso, y lo acarició.

—En el Pozo hay unos seres salidos de la noche y las mentes más lóbregas —dijo el Topo en voz baja.

—Espectros —respondió Damson.

—¿Espectros? Sí, ése es el nombre más adecuado. Son espectros.

—¿Los has visto, Topo?

—Yo veo todo lo que vive en la ciudad. Soy los ojos de la tierra.

—¿Están abiertos los túneles que conducen hasta el Pozo? ¿Puedes llevarnos a ellos?

El Topo, con semblante inexpresivo, retiró su silla de la mesa y, empujándola hacia atrás, se ocultó en las sombras. Por un instante, Par creyó que se había ido. Pero se había limitado a ocultarse, sosteniendo el animal de juguete entre las manos, en la cómoda oscuridad para pensar en la petición que acababan de hacerle. La muchacha y los hermanos del valle se quedaron tan solos como si el pequeño individuo realmente hubiese desaparecido. Esperaron pacientemente, sin hablar.

—Explícales cómo nos conocimos —dijo el Topo de repente desde su escondite—. Explícales cómo fue.

—Yo estaba paseando por uno de los parques a la hora en que el crepúsculo deja su lugar a la noche y el cielo se puebla de estrellas —dijo Damson, volviéndose hacia los hermanos Ohmsford—. Era verano, el aire cálido estaba impregnado del aroma de las flores y de la hierba recién nacida. Me senté en un banco y el Topo apareció de repente a mi lado. Había presenciado una de mis sesiones de magia en las calles, oculto en algún lugar de subsuelo, y me pidió que hiciera algún truco para él. Hice varios. Me pidió que volviera a la noche siguiente, y accedí a su petición. Volví todas las noches durante una semana, y fue entonces cuando me llevó a los subterráneos, me enseñó su hogar y me presentó a su familia. Nos hicimos muy buenos amigos.

—Muy buenos amigos, encantadora Damson. Los mejores amigos del mundo —respondió el Topo, recuperando la expresión habitual de su rostro. Su mirada era solemne—. No puedo negarte nada de lo que me pidas. Pero, sinceramente, hubiera preferido que no me pidieses eso.

—Es importante, Topo.

—Tú eres mucho más importante —respondió el Topo con timidez—. Tengo miedo por ti.

—Todo saldrá bien, no te preocupes —dijo la muchacha, extendiendo el brazo lentamente y acariciándole el dorso de la mano.

—Hay muchos túneles en la roca donde se asienta el palacio de los Reyes de Tyrsis —respondió el Topo esperando a que la muchacha retirara la mano, ocultando de prisa la suya bajo la mesa—. Unen sótanos y calabozos ya olvidados. Alguno, uno o tal vez dos, llegan hasta el Pozo.

—Necesitamos que nos lleves —respondió Damson, haciendo un gesto de asentimiento.

—Los seres tenebrosos, ésos que vosotros llamáis Espectros, estarán allí. ¿Qué haremos en caso de que nos descubran? —preguntó el Topo mientras un estremecimiento recorría todo su cuerpo.

—Este joven del valle también utiliza la magia, Topo —respondió Damson, fijando sus ojos en los de Par—. Pero no es una magia como la mía, que funciona con trucos y mucho entrenamiento, sino magia verdadera. No le asustan los Espectros. Él nos protegerá.

A Par se le oprimió el estómago cuando escuchó aquellas palabras... palabras que encerraban una promesa que tal vez él no fuera capaz de cumplir.

—Muy bien —aceptó el Topo, fijando sus oscuros ojos en Par y observándolo con detenimiento una vez más—. Mañana iré a los túneles y me aseguraré de que aún siguen abiertos. Regresad mañana por la noche y, si están abiertos y libres, os llevaré.

—Gracias, Topo —respondió Damson.

—Termina el té —dijo el Topo, sin mirarla.

Continuaron sentados en silencio junto a los animales de juguete mientras bebía el último trago.

Aún seguía lloviendo cuando abandonaron el laberinto de túneles y alcantarillas y salieron a la superficie. Las calles de la ciudad estaban desiertas, y Damson los guiaba por ellas con paso seguro entre la bruma y la humedad, como un gato al que no le importara mojarse. Acompañó a los hermanos del valle hasta el almacén de útiles de labranza y los dejó allí para que durmieran, diciéndoles que volvería a buscarlos después del mediodía. Antes tenía algunas cosas que hacer.

Aquella noche, Par y Coltar no consiguieron conciliar el sueño. Se sentaron junto a la ventana y observaron la cortina de niebla llena del movimiento de unos seres que no estaban allí y del reflejo de la luz del día que anunciaba su llegada.

Amanecía, y el cielo empezaba a aclararse por el este. En el cobertizo hacía frío y los dos hermanos, envueltos en mantas, intentaban olvidar, sumido cada cual en sus propios pensamientos, su incomodidad y la inquietante idea de lo que les esperaba.

—¿Qué piensas de todo esto? —preguntó Par a su hermano, incapaz de seguir sufriendo el opresivo silencio.

Tras un breve instante de reflexión, Coltar se limitó a encogerse de hombros.

—¿Estás pensando en el Topo? —insistió Par.

—Sí —respondió Coltar, dando un suspiro y ajustándose aún más la manta—. Debería estar preocupado por poner mi vida en manos de un individuo que habita en el subsuelo de la ciudad con los desechos de las vidas de otras personas como posesión y animales de juguete como compañía, pero no lo estoy. En realidad, no sé por qué, pero supongo que es porque no parece más extraño que cualquiera de los personajes con los que nos hemos topado desde que salimos de Varfleet. Desde luego, no parece que esté loco.

Par guardó silencio. Todo lo que podía decir ya había sido dicho. Conocía muy bien los sentimientos de su hermano. Se acurrucó bajo su manta y dejó que sus ojos se cerraran. Deseaba que la espera hubiera terminado ya y que hubiese llegado el momento de actuar. Se sentía incómodo cuando no tenía nada que hacer.

—¿Por qué no intentas dormir? —le dijo Coltar.

—No puedo —respondió mientras volvía a abrir los ojos—. ¿Por qué no lo

intentas tú?

Coltar se limitó a encogerse de hombros. Estaba ensimismado en sus propios pensamientos, esforzándose en mantenerse orientado mientras se sumergía en una ciénaga de circunstancias y sucesos sabiendo que tenía que salir de ella, pero no cómo lo conseguiría.

—¿Por qué no dejas que lo haga yo solo, Coltar? —le dijo Par de repente. Su hermano levantó los ojos—. Sé que ya lo hemos discutido. No necesitas recordármelo. Pero, ¿por qué no me dejas? No hay ninguna razón para que me acompañes. Conozco tu opinión sobre lo que estoy haciendo, y tal vez tengas razón. Por ello, te pido que te quedes aquí, esperando a que regrese.

—No.

—¿Por qué no? No necesito tu ayuda. Puedo cuidarme yo solo.

—La verdad es que no puedes —respondió Coltar, dibujando en su rostro una escéptica expresión y mirando fijamente a su hermano—. Creo que es la cosa más ridícula que has dicho en toda tu vida.

—Sólo porque... —empezó a decir Par, con el rostro enrojecido de rabia.

—No ha habido un solo instante en esta larga expedición, aventura o como quieras llamarla, en que no hayas necesitado la ayuda de alguien —lo interrumpió Coltar, estrechando sus ojos—. No me interpretes mal, Par. No digo que hayas sido el único. Todos necesitamos ayuda, necesitamos a los demás... hasta Padishar Cesta necesita la ayuda de los demás. Así es la vida.

»Lo realmente curioso es que todo el mundo, menos tú, se da cuenta de ello y lo acepta —prosiguió Coltar, señalando a Par con un dedo—. Tú pretendes hacerlo todo solo, quieres demostrar que eres quien más sabe, que conoces todas las respuestas y todas las posibles opciones, y que posees un instinto especial del que los demás carecemos, que te permite decidir con absoluta seguridad lo más conveniente en cada momento. Te niegas a ver la verdad. ¿Sabes una cosa, Par? El Topo, con su familia de animales de juguete y su refugio subterráneo... es como tú. Sois exactamente iguales. Creáis vuestra propia realidad sin que os importe la verdad ni lo que piensen los demás.

»Por eso voy a ir —continuó Coltar, volviendo a meter la mano bajo la manta para ajustarla un poco más—. Porque necesitas que vaya. Necesitas que te explique la diferencia que existe entre los animales de juguete y los auténticos.

Se volvió hacia el otro lado, dirigiendo la mirada más allá de la ventana surcada por hilos de agua de la lluvia, hacia donde las menguantes sombras de la noche continuaban jugueteando en la bruma.

—¡Conozco la diferencia, Coltar! —exclamó Par, tensando los músculos de la boca. La cara de su hermano reflejaba una calma irritante.

—No, no la conoces —respondió Coltar, encogiéndose de hombros—. Para ti

todo es igual. Tomas la decisión que más te conviene y das carpetazo al asunto. Eso es lo que hiciste en el caso de la entrevista con el espíritu de Allanon; de la misma forma actuaste cuando recibiste el encargo de encontrar la Espada de Shannara; y así estás actuando ahora. Animales de juguete o auténticos, a ti te da lo mismo. Sólo importa la visión que tú tienes de ellos.

—¿Eso no es verdad! —exclamó Par, irritado.

—¿No lo es? Entonces, respóndeme. ¿Qué ocurrirá mañana si estás equivocado? Sobre cualquier cosa. ¿Qué ocurrirá si no está allí la Espada de Shannara? ¿Y si nos están esperando los Espectros? ¿Y si el cantar no funciona como tú esperas? Contesta, Par. ¿Qué ocurrirá si estás equivocado en todo?

Par agarró el borde de su manta con tanta fuerza y rabia que le blanquearon los nudillos de los dedos.

—¿Qué ocurrirá si los animales de juguete se convierten en auténticos? ¿Qué harás entonces? Ésa es otra razón para que te acompañe —concluyó, después de hacer una breve pausa.

—Si estoy equivocado, ¿en qué me puede beneficiar tu compañía? —le preguntó Par, indignado.

—¿No lo sabes? —inquirió Coltar, tras un breve instante de reflexión, volviéndose lentamente hacia su hermano y dirigiéndole una irónica sonrisa.

Apartó la vista de él. Par se mordió los labios, dejando traslucir su frustración. La lluvia arreció y las gotas golpearon con renovada fuerza el tejado de madera del cobertizo. Par se sintió de repente pequeño y asustado, consciente de que su hermano tenía razón, de que él actuaba de forma temeraria e impulsiva, de que con su insistencia en volver al Pozo arriesgaba su vida. Pero también era plenamente consciente de que, a pesar de todo, tenía que hacerlo. Tampoco en eso estaba equivocado Coltar. Había tomado una decisión y nada le haría volverse atrás. Permaneció erguido y rígido junto a él, negándose a dejar paso a sus temores. Se encerró en sí mismo e intentó apartar de su mente los rostros que le mostraban.

—Te quiero, Par —le dijo Coltar en voz baja. Supongo que tienes razón, y por eso iré contigo.

Par dejó que las palabras gravitaran en el silencio que siguió a continuación, deseoso de tenerlas siempre presentes. Sintió que se relajaba y fortalecía, y que una corriente cálida atravesaba su cuerpo. Cuando intentó hablar, no lo consiguió. Entonces dejó que el aire de sus pulmones saliera en un largo, lento e inaudible suspiro.

—Te necesito, Coltar —logró decir al fin—. De verdad. Te lo aseguro.

Coltar respondió con un gesto de asentimiento, y a partir de aquel momento los dos guardaron silencio.

Walker Boh regresó a la Chimenea de Piedra tras su encuentro con el Oráculo Siniestro, y se pasó casi toda una semana reflexionando sobre lo que el espíritu le había dicho. Hacía un tiempo agradable, los días eran tibios y soleados, y el aire estaba impregnado de las fragancias de los árboles, las flores y los arroyos del bosque. Se sentía protegido en el valle y contento por haberlo elegido como lugar de su retiro. Rumor le daba toda la compañía que necesitaba. El gigantesco gato del páramo siempre lo acompañaba en los largos paseos que daba aquellos días, pisando con delicadeza los senderos solitarios, las orillas cubiertas de musgo de los riachuelos y los bosques poblados de centenarios y enormes árboles. Al oscurecer, los dos salían al porche de la casa: el gato se acomodaba para dormitar y el hombre se sentaba en su mecedora para contemplar la Luna y las estrellas.

Aunque se había propuesto no hacerlo, se pasaba todo el día reflexionando. El recuerdo de las palabras del Oráculo Siniestro lo importunaba incluso en la Chimenea de Piedra, en su hogar, donde nada debiera romper la serenidad y la paz. Las palabras jugueteaban en su mente, obligándolo a enfrentarse a ellas, forzándolo a pensar en cuáles escondían la verdad y cuáles la mentira. Walker sabía que le ocurriría eso antes de ir a ver al Oráculo, que sus palabras serían vagas e inquietantes, que le hablaría utilizando enigmas y medias verdades, y que lo dejaría con una maraña de hilos que conducían a las respuestas que él buscaba, una maraña que sólo una persona clarividente podría desenredar. Lo sabía, pero no estaba preparado para pagar su alto precio.

No le fue difícil deducir el lugar donde se encontraba la piedra élfica negra. Sólo existía un lugar donde había ojos que podían convertir a los hombres en piedras y voces que los llevaban directamente a la locura, un lugar donde la muerte yacía en las tinieblas más profundas... la Morada de los Reyes, en los Dientes del Dragón. Según la leyenda, la Morada de los Reyes había sido construida antes de la época de los druidas. Era un vasto laberinto de cavernas en el que eran enterrados los monarcas de las Cuatro Tierras, una cripta enorme en la que no se permitía la presencia de los seres vivos, protegida por la oscuridad, por unas estatuas, llamadas Esfinges, que eran mitad hombre y mitad bestias, capaces de convertir a los seres vivos en piedra, y por unos seres amorfos llamados Heraldos de la Muerte que ocupaban la parte de las cavernas conocida como el Pasillo de los Vientos y cuyos gemidos enloquecían a los hombres de forma instantánea.

El sepulcro donde la cavidad tallada con runas ocultaba la piedra élfica negra, estaba vigilado por la serpiente Valg, en el supuesto de que aún viviera.

En tiempos de Shea Ohmsford se entabló una cruel y terrible batalla entre la serpiente y el grupo, liderado por Allanon, cuando fueron en busca de la Espada de

Shannara. Se encontraron inesperadamente con la serpiente, y se vieron obligados a luchar para abrirse camino. Pero nadie se preocupó de la suerte que hubiera podido correr la serpiente. Por las noticias que Walker tenía, nadie había vuelto para comprobar si había conseguido sobrevivir a la batalla.

Cabía la posibilidad de que Allanon hubiese regresado, pero si lo hizo, nunca habló de ello.

La dificultad no radicaba en descubrir dónde se encontraba la piedra élfica negra, sino en decidir si debía ir a buscarla o no. La Morada de los Reyes era un lugar peligroso incluso para un individuo como Walker, que tenía más poderes que una persona normal. La magia, incluida la druídica, podía no ser una protección suficiente, y la que Walker poseía era muy inferior a la que había tenido Allanon. También le preocupaba lo que el Oráculo Siniestro se había callado. Estaba seguro de que le había ocultado algunas cosas. El Oráculo Siniestro jamás revelaba todo lo que sabía. Le había ocultado algo y, probablemente, eso era lo que podía matarlo.

Por otra parte, tampoco debía olvidar las visiones. Habían sido tres, cada una de ellas más inquietante que la anterior. En la primera, Walker estaba de pie sobre unas nubes, por encima del pequeño grupo que había ido al Cuerno del Infierno para reunirse con el espíritu de Allanon, y había perdido una mano. Aquello era una burla por su afirmación de que antes de propiciar la vuelta de los druidas se cortarían una mano. En la segunda, había arrojado a los brazos de la muerte a una mujer de cabellos plateados, una criatura mágica de extraordinaria belleza. En la tercera, Allanon lo sujetaba para que no pudiera huir cuando era perseguido por la Muerte.

Walker sabía que había algo de verdad en cada una de las tres visiones, lo suficiente para prestarles atención y no despreciarlas como simples burlas del Oráculo. Las visiones tenían un significado. El espíritu se las había mostrado para que intentara averiguarlo.

Éstos eran los temas sobre los que Walker no podía dejar de reflexionar ni un instante. Pero los días pasaban sin que lograra llegar a ninguna conclusión. De lo único que estaba seguro era del lugar en que se encontraba la piedra élfica negra... y la atracción que ésta ejercía sobre el Tío Oscuro aumentaba más cada día. Lo atraía como la llama a la mariposa, y aunque la mariposa sabía que la esperaba la muerte, volaba con decisión hacia ella.

Al final, Walker también voló. A pesar de que había tomado la firme decisión de esperar hasta que hubiese conseguido resolver los enigmas que le había planteado el Oráculo Siniestro, sus ansias por conseguir la piedra élfica perdida acabaron imponiéndose. Había reflexionado tanto sobre la conversación que se sentía confuso al reproducirla en su mente. Llegó a convencerse de que ya sabía todo lo que podía saber. Sólo le quedaba pendiente la búsqueda de la piedra élfica negra y descubrir mediante la acción lo que no podía conseguir de otra manera. Sin duda sería una

aventura peligrosa, pero había conseguido sobrevivir a otras situaciones tan peligrosas como ésta. Decidió no dejarse dominar por el miedo, aunque adoptaría las precauciones necesarias.

Al amanecer del último día de la semana salió del valle, protegiéndose de la intemperie con una larga capa y llevando únicamente un morral lleno de provisiones. En el camino encontraría prácticamente todo lo que pudiera necesitar. Entró en la Cuenca Tenebrosa, en dirección oeste, y no volvió la cabeza hasta que la Chimenea de Piedra quedó fuera de su campo visual. Rumor se había quedado allí. Le había costado mucho dejar solo al gran gato. Se hubiera sentido mejor si lo hubiera llevado consigo, ya que pocos seres vivos se atreverían a desafiar a un gato del páramo adulto. Pero sería peligroso para Rumor salir de los confines protectores de las Tierras Orientales porque le sería difícil ocultarse, ya que perdería sus dotes naturales para ello. Por otra parte, aquella búsqueda era una cuestión personal que sólo le atañía a él, y a nadie más.

Era consciente de lo irónica que resultaba su decisión. Había proclamado a todos los vientos que nunca se implicaría con los druidas y sus maquinaciones. Había acompañado a Par en su viaje al Cuerno del Infierno de mala gana. Después del encuentro con el espíritu de Allanon, estaba convencido de que el druida jugaba con los Ohmsford y que los utilizaba para sus propios fines ocultos. Casi había echado a Cogleine de su propia casa, insistiendo en que todos sus esfuerzos para enseñarle los secretos de la magia le habían perjudicado más que beneficiado. Había amenazado al anciano con coger la *Historia de los druidas* y tirarla a la ciénaga más profunda que encontrara. Pero después empezó a leerla, encontró la referencia a la piedra élfica negra y cambió radicalmente su forma de pensar. Aún no sabía por qué. Su curiosidad había jugado un papel muy importante, su insaciable necesidad de ampliar sus conocimientos. ¿Existía en realidad la piedra élfica negra? ¿Conseguiría el restablecimiento de Paranor como profetizaba la *Historia*? Debía encontrar las respuestas adecuadas a esas preguntas. No podía resistir la atracción que ejercían sobre él tales secretos. Tenían que ser descubiertos y sus misterios aclarados. Había saberes que estaban esperando ser revelados. Ése era el objetivo al que había dedicado su vida.

Quiso creer que también lo impulsaba su sentido de la justicia y de la piedad. A pesar del concepto que tenía de los druidas, podía haber algo en Paranor que ayudara a las Cuatro Tierras contra los Espectros, suponiendo que lograra restablecer el Alcázar de los Druidas.

Lo inquietaba la posibilidad de condenar a las Razas a un futuro como el que había descrito el espíritu de Allanon si se negaba a ir.

Antes de partir se prometió a sí mismo que sólo haría lo que debiera y nunca más de lo que creyese razonable. Siempre sería dueño de su persona y no un juguete en

manos del espíritu de Allanon.

Los días eran tranquilos y bochornosos. El calor del verano aumentaba a medida que atravesaba el bosque. En el oeste, en algún lugar bajo los Dientes del Dragón, se estaban acumulando negros nubarrones y no tardaría en desatarse una tormenta en las montañas.

Siguió el curso del torrente de Chard, ascendió por las montañas de Wolfsktaag y volvió a bajarlas. Tardó tres días en llegar a Storlock. Pasó aquella noche con los stors, que se ocuparon de reabastecer sus ya menguadas provisiones, y la mañana del cuarto día partió hacia los llanos de Rabb. Entonces lo alcanzó la tormenta, a la que siguió una incesante llovizna que dio al paisaje un tono grisáceo. Patrullas de soldados de la Federación a caballo y caravanas de mercaderes aparecían y desaparecían como fantasmas, sin verlo. El ruido de los truenos llegaba de lejos, sordo y perezoso en el opresivo calor, un gruñido de insatisfacción cuyos ecos cruzaban el vacío.

Walker acampó esa noche en los llanos de Rabb, bajo la protección de un pequeño bosque de chopos. Estaba empapado, pero no pudo encontrar madera seca para encender fuego, por lo que se vio obligado a dormir envuelto en su capa, tiritando a causa del frío y la humedad.

Por la mañana, cuando Walker despertó, la lluvia había aflojado. Las nubes habían perdido densidad, permitiendo el paso de la luz del Sol, pero tiñéndola de gris. Se levantó, tomó un desayuno frío a base de fruta y queso, y reanudó su viaje. Los Dientes del Dragón se levantaban ante él, hoscos y enigmáticos. Llegó al desfiladero que conducía al Valle de Pizarra y al Cuerno del Infierno, así como a la Morada de los Reyes, que se hallaba más lejos.

Se detuvo en el desfiladero y acampó al abrigo de un afloramiento rocoso, donde la tierra estaba seca. Encontró leña, encendió una hoguera, secó sus ropas y se calentó. Estaría dispuesto para reemprender la marcha tan pronto como llegase la mañana, la hora más adecuada para entrar en las cavernas. Preparó la cena al fuego y contempló cómo descendían las sombras formando un amplio palio de nubes, niebla y noche sobre los parajes que lo rodeaban. Recordó sus años juveniles y se preguntó qué podía haber hecho para que ahora fuese diferente. Empezó a llover de nuevo, y el mundo que había más allá de su pequeño fuego desapareció.

Aquella noche durmió bien, sin sueños ni sobresaltos. Cuando despertó, había dejado de llover y él se sentía descansado y dispuesto a enfrentarse con su destino. Estaba seguro de sí mismo, pero no por eso iba a dejar de ser precavido. Escuchó los sonidos de la mañana que brotaban a su alrededor, buscando advertencias ocultas, y no consiguió descubrir ninguna.

Se envolvió en la capa, cargó el morral a la espalda e inició la marcha.

Pasó la mañana siguiendo un camino ascendente. Había decidido tomar más

precauciones, y sus ojos escrutaban las rocas, los desfiladeros y las grietas, intentando captar algún movimiento que le previniera de un posible peligro. Sus oídos estaban atentos a los sonidos más insignificantes. Avanzaba con lentitud deliberada, estudiando atentamente el terreno, eligiendo con cuidado la ruta. Las montañas de su entorno eran vastas y estaban vacías y silenciosas; gigantes dormidos que llevaban tanto tiempo arraigados en la tierra que jamás podrían moverse aunque algún día consiguieran despertar.

Entró en el Valle de Pizarra. Las piedras negras brillaban de humedad en su cuenco, y las aguas del Cuerno del Infierno burbujearon como una sopa espesa y verdosa. Rodeó el lago con precaución y lo dejó atrás.

La pendiente se hizo más pronunciada, dificultando aún más la ascensión. El viento empezó a soplar con fuerza contra la bruma hasta que el aire quedó claro y despejado, dejando el techo de nubes grises entre Walker y la tierra.

La temperatura bajó, con lentitud al principio y después con inusitada rapidez, hasta situarse en el punto de congelación. Había hielo entre las rocas, y empezaron a caer copos de nieve formando remolinos. Se ciñó la capa y prosiguió su camino.

Ahora su avance se había ralentizado tanto que le daba la impresión de que no se movía. El sendero, lleno de piedras sueltas, serpenteaba y se retorcía entre los peñascos. El viento era implacable; congelaba su rostro y sus manos, golpeándolo con tal fuerza que amenazaba con derribarlo. El paisaje no cambiaba su aspecto, impidiéndole conocer el lugar exacto donde se encontraba.

Renunció a su empeño de oír o ver algo que estuviera a más de un metro de distancia, y se concentró en poner un pie delante del otro, procurando no pensar en el frío.

Se entretuvo en imaginar cómo sería la piedra élfica negra y cómo actuaría su magia. Jugó con la visión en el silencio de su mente, cerrándola al mundo por el que viajaba y la incomodidad que sentía. Mantuvo la imagen ante sí como si fuera un farol, y la utilizó para iluminar el camino.

Al mediodía entró en un cañón, una ancha fisura entre gigantescos picos encapotados por nubes que conducía a un valle y, tras éste, a un angosto y tortuoso desfiladero que se perdía entre las rocas. Walker atravesó el cañón y se internó en el desfiladero. El viento se convirtió en un susurro, en un eco suave. La humedad recogida por las cumbres se concentraba en charcos. Walker sintió con mayor fuerza la mordedura del frío. Reaccionó, manteniéndose alerta de nuevo, observando en tensión los diversos recovecos y rincones del desfiladero. Poco después dejó atrás los muros de piedra, llegando a su destino.

Ante él se abría, en la roca de la montaña, la entrada a la Morada de los Reyes, unas sobrecogedoras fauces negras, flanqueadas por gigantescos centinelas de piedra en forma de guerreros con armadura, cuyas espadas se clavaban en la tierra. De

espaldas a la boca de la caverna, los pétreos centinelas tenían sus caras erosionadas por los agentes atmosféricos, y sus ojos miraban a Walker como si pudieran verlo.

Walker se detuvo. El camino que tenía delante estaba sumido en la penumbra. El viento, cuyos ecos resonaban aún en sus oídos, había cesado por completo y la bruma había desaparecido. Incluso el frío se había transformado en una extraña sensación de embotamiento.

Lo que Walker sentía en aquel momento era inconfundible. El sentimiento lo envolvía como una segunda piel, penetraba en su cuerpo y le calaba hasta los huesos. Ese sentimiento era provocado por la presencia de la muerte.

Escuchó el silencio, escrutó las tinieblas y esperó. Dejó que su mente penetrara en aquel mundo, sin que lograra descubrir nada.

Los minutos pasaban.

Por fin, Walker se irguió con decisión, se ajustó el morral y reanudó la marcha.

Era media tarde en las Tierras Occidentales, en el lugar donde el Tirfing se extiende hacia el sur desde las soleadas orillas del río Mermidón a lo largo de los extensos y despoblados parajes de La Mortaja. El verano había sido seco y la hierba estaba requemada por el calor incluso en los lugares sombreados. Donde no había sombra que la protegiera, la tierra estaba desnuda y cuarteada.

Wren Ohmsford se sentó con la espalda apoyada en el tronco de un gran roble, cerca de una fangosa charca donde bebían los caballos, y contempló como enrojecía el Sol, próximo ya a ocultarse tras el horizonte. El resplandor le impedía ver cualquier cosa que pudiera acercarse desde aquella dirección, y se puso una mano sobre los ojos a modo de visera.

Una cosa era que Garth consiguiera sorprenderla y otra muy distinta bajar la guardia ante su perseguidor.

Se mordió el labio inferior en actitud pensativa. Hacía ya dos días que se habían dado cuenta de que alguien o algo los estaba siguiendo. En realidad, sólo lo sintieron, porque no habían conseguido ver nada. Garth había vuelto sobre sus pasos aquella mañana para averiguar quién o qué era. Cambió sus ropas de colores vivos por otras oscuras, se embadurnó la cara, las manos y el pelo de barro, y desapareció en la calina como un espectro.

A su perseguidor, quienquiera que fuese, le esperaba una desagradable sorpresa.

Pero el día tocaba a su fin y el gigante bohemio aún no había regresado. Quizás el ser que los perseguía era más astuto de lo que suponían.

—¿Qué pretenderá? —se preguntó Wren.

Aquella mañana había hecho a Garth la misma pregunta, y él se había pasado lentamente un dedo por la garganta. Ella intentó hacerle desistir de su propósito, pero le faltaba la convicción necesaria. Tal vez su perseguidor era un asesino, pero

también cabía la posibilidad de que no lo fuera.

A continuación, dejó que su mirada vagara por las llanuras que se extendían al este. La situación era inquietante, ya que probablemente estaba relacionado con sus indagaciones sobre los elfos.

Dio un suspiro, irritada por el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Había regresado muy preocupada del encuentro con el espíritu de Allanon, insatisfecha con lo que había oído y sin atreverse a tomar una decisión en un sentido u otro. El sentido común le decía que el espíritu le pedía algo imposible. Pero en su interior, ese sexto sentido en el que ella tanto confiaba le decía que quizá no lo fuese, que los druidas siempre habían tenido una percepción mucho más clara que los humanos, y que sus encargos y advertencias a las gentes de las Razas siempre habían sido acertados. Por así lo creía, y era probable que ya hubiese iniciado la búsqueda de la Espada de Shannara. Y aunque Walker se había separado de ellos dominado por un fuerte ataque de ira, jurando que no volvería a mantener trato alguno con los druidas, su acceso de ira parecía momentáneo. Era una persona demasiado racional, que ejercía sobre sí un férreo autocontrol, para rechazar el asunto con tanta facilidad. Como había hecho ella, Walker también lo habría pensado con más detenimiento.

Hizo un gesto de insatisfacción. Durante algún tiempo, ella había creído que su propia decisión era irrevocable. Se había convencido a sí misma de que el curso su vida debía estar regido única y exclusivamente por el sentido común, y se había apresurado a regresar junto a los suyos en compañía de Garth, dejando a un lado todo lo que pudiera estar relacionado con Allanon y los elfos. Sin embargo, no había conseguido resolver sus dudas. Tenía la sensación de que había algo que fallaba en la actitud que había adoptado. Y casi contra su voluntad, empezó a hacer preguntas sobre los elfos. Fue bastante fácil. Los bohemios eran nómadas, y durante el año recorrían la Tierras Occidentales de un extremo a otro, intercambiando sus posesiones por las cosas que necesitaban. Pasaban por las aldeas y comunidades, y siempre había nuevas personas con las que hablar. ¿Qué daño podía causarles el que incluyera a los elfos en sus conversaciones?

A veces formulaba las preguntas directamente y otras, medio en broma. Pero siempre obtenía la misma respuesta: los elfos habían desaparecido en una época remota, antes de que nacieran sus abuelos. Nadie había visto nunca a un elfo. La mayoría ni siquiera estaba segura de que hubiesen existido alguna vez.

Wren empezó a sentirse estúpida cuando preguntaba por los elfos, y se planteó si debía dejar de hacerlo. Se alejó de su gente para cazar con Garth, y al mismo tiempo satisfacer su creciente necesidad de estar sola y reflexionar, confiando en que conseguiría aclarar sus ideas.

Y entonces fue cuando apareció su perseguidor. Ahora pensaba en la posibilidad de averiguar algo a través de él.

Captó un movimiento con el rabillo del ojo, una vaga agitación en la calina de la llanura, y se puso de pie con cautela.

Permaneció inmóvil bajo el roble mientras la imprecisa forma aumentaba de tamaño y se convertía en Garth. El gigante bohemio corría hacia ella cubierto de sudor. Apenas jadeaba, como una máquina incansable a la que ni siquiera afectara el intenso calor del pleno verano. Hizo un gesto negativo. No había encontrado a nadie.

Wren sostuvo su mirada durante un breve instante, y después se agachó para darle la bota del agua. Mientras bebía, ella se apoyó en la áspera corteza del roble y contempló la llanura vacía. De manera inconsciente, levantó una de sus manos para tocar la bolsita de cuero que colgaba de su cuello e hizo girar el contenido entre sus dedos. Piedras élficas falsas. Su talismán de la suerte. ¿Qué clase de suerte le estaba dando ahora?

Consiguió sobreponerse a la inquietud. En su bronceada cara se reflejó su firme resolución. Bueno, ya estaba bien. No le gustaba que la siguieran e iba a acabar con aquella persecución. Tomarían una nueva dirección, borrarían sus huellas, retrocederían una o dos veces, cabalgarían de noche si era necesario y despistarían de una vez por todas a su perseguidor.

Retiró la mano de la bolsita. Sus ojos tenían un brillo intenso.

A veces hay que crear la propia suerte.

Walker Boh entró en la Morada de los Reyes con pisadas de gato, pasando sin ruido entre los enormes centinelas de piedra al atravesar la boca de la caverna hacia la impenetrable oscuridad del interior. Se detuvo un momento para que sus ojos pudieran adaptarse a ella. Había un poco de luz, una tenue fosforescencia verdosa producida por la roca. No necesitaría ningún farol ni ninguna antorcha para encontrar el camino.

Durante un instante pudo ver en su mente una imagen de las cavernas, una reconstrucción de lo que esperaba encontrar en ellas. Cogline se las había dibujado en un papel hacía tiempo. El anciano nunca había estado allí, pero sí otros druidas, y Allanon había sido uno de ellos. Cogline había estudiado los mapas que ellos habían trazado y reveló los secretos que encerraban a su alumno. Walker estaba seguro de que sabría encontrar el camino.

Avanzó con precaución.

El pasadizo era ancho y llano. Tanto los muros como el suelo carecían de protuberancias y grietas. En las cuevas reinaba un silencio profundo y susurrante, y el frío le calaba hasta los huesos, un frío que se había instalado en el interior de la roca de la montaña siglos atrás y que jamás sería desalojado. Atravesó la ropa de Walker y lo hizo tiritar. Inmediatamente se sintió invadido por una mezcla de sensaciones desagradables: soledad, insignificancia, futilidad. Las cavernas lo empequeñecían, lo

reducían a un ser minúsculo cuya presencia en aquel lugar antiguo y prohibido constituía una afrenta.

Luchó para imponerse a esos sentimientos al darse cuenta de sus consecuencias funestas, y después de un breve forcejeo se disolvieron en el frío y el silencio.

Llegó a la caverna de las Esfinges. Se detuvo de nuevo, ahora para estabilizar su mente, para retraerse adonde los espíritus de la piedra no pudieran alcanzarlo. Cuando estuvo allí, envuelto en susurros de cautela y precaución, abrigado por palabras de poder, siguió adelante. Mantuvo los ojos fijos en el suelo polvoriento, en la piedra que había bajo sus pies, limitando el alcance de su mirada al paso que daría a continuación.

En su mente, vio a las Esfinges que se erguían sobre él, enormes esculturas talladas por las mismas manos que los centinelas. Se decía que las Esfinges tenían rostro humano y cuerpo de animal... criaturas pertenecientes a otra época que ningún hombre vivo había visto nunca. Eran antiguas, tan increíblemente antiguas que sus existencias podían medirse en centenares de generaciones de hombres mortales. Tantos habían sido los monarcas que habían desfilado bajo su mirada cuando eran llevados al eterno descanso de sus tumbas por personas que jamás salieron.

¡Míranos!, murmuraban. ¡Mira lo maravillosas que somos!

Podía sentir sus ojos sobre él, oír sus voces con la mente, sentir cómo rasgaban las capas de protección que había confeccionado suplicándole que levantara los ojos. Aceleró el paso, intentando ahogar los susurros, resistirse a obedecerlos. Entonces le pareció que los monstruos de piedra proferían terribles, autoritarios e insistentes aullidos.

¡Walker Boh! ¡Míranos! ¡Tienes que mirarnos!

Se obligó a continuar, con la mente inundada por las voces y su resolución resquebrajada. Tenía la frente empapada de sudor a pesar del frío, y los músculos dolorosamente agarrotados. Apretó los dientes, increpándose por su debilidad. De repente, recordó que Allanon había recorrido el mismo camino, con siete hombres bajo su protección, y que en ningún momento había cedido.

Al final, él tampoco lo hizo. Justo cuando estuvo a punto de renunciar, cuando creyó que debía hacerlo, llegó al extremo de la caverna y entró en el pasadizo que partía de ella. Los susurros disminuyeron su intensidad y poco después cesaron por completo. Las Esfinges habían quedado atrás. Levantó de nuevo los ojos, resistió la tentación de mirar atrás y siguió avanzando.

El pasadizo se estrechó y empezó a serpentear hacia abajo. Walker aminoró la marcha, temeroso de lo que pudiera estar acechándolo en la oscuridad. Allí sólo había pequeñas manchas de luz verdosa y el corredor estaba poblado de densas sombras. Se agachó, convencido de que algo estaba esperando el momento oportuno para atacarlo, sintiendo su presencia con mayor intensidad a cada paso que daba. Por un momento,

consideró la posibilidad de iluminar el pasadizo valiéndose de su magia para ver lo que se escondía, pero enseguida rechazó la idea. Si invocaba a la magia, las criaturas o lo que fuesen se enterarían de que poseía poderes especiales. Era mejor mantenerlo en secreto, pensó. Le serían mucho más útiles si los utilizaba de forma imprevista.

Sin embargo, nada apareció. Desterró su inquietud y aceleró el paso hasta que el pasadizo se enderezó y empezó a ensancharse de nuevo.

Entonces empezó a escuchar el sonido.

Supo que se estaba acercando, y que atacaría. Sin embargo, cuando se produjo el ataque, él no estaba preparado. Se abalanzó sobre él, envolviéndolo con la fuerza de cadenas de hierro, tirando de él hacia delante. Era el grito de los vientos a través de un cañón, el aullido de las tormentas sobre una llanura, el golpear de las olas del mar contra las rocas de un acantilado. Y bajo la superficie de aquello escuchaban los horribles gemidos de almas atormentadas por dolores inimaginables que arañaban con sus huesos la roca de los muros de la caverna.

Walker Boh recurrió a sus defensas con frenesí. Se encontraba en el Pasillo de los Vientos, y los Heraldos de la Muerte estaban sobre él. Bloqueó todo su ser en un momento, cerrándose al sonido aterrador con toda la fuerza de su voluntad, enfocando sus pensamientos hacia una sola imagen mental, una imagen de sí mismo. Dibujó la figura con líneas y sombras, coloreó el resto y la dotó de vida, fuerza y determinación. Siguió adelante. Ahogó el sonido de los Heraldos de la Muerte hasta que quedó reducido a un extraño zumbido que golpeaba y rasgaba a su alrededor, intentando penetrar en él. Contempló el Pasillo de los Vientos mientras lo atravesaba, una caverna vacía en la que sólo se podía ver el gemido, que era un remolino de color lanzando destellos en la oscuridad como un rayo enloquecido.

Nada de lo que hiciese Walker conseguiría debilitarlo. Los chillidos y los aullidos golpeaban su cuerpo como si fuesen seres vivos. Sintió que sus fuerzas disminuían, como ya le había ocurrido antes bajo la acometida de las Esfinges, que sus defensas lo abandonaban. La furia del ataque era terrible. Luchó con desesperación al ver que la imagen que había trazado de sí mismo empezaba a ondear y desvanecerse. Estaba perdiendo el control. En un minuto, en dos como mucho, su protección acabaría saltando por los aires hecha añicos.

Pero, una vez más, consiguió salir de allí justo en el momento en que parecía que iba a rendirse. Con pasos vacilantes se alejó del Pasillo de los Vientos, entró en una pequeña caverna contigua y cesaron los gritos de los Heraldos de la Muerte. Walker se apoyó en la pared más próxima, deslizándose sobre la pulida roca del suelo hasta quedar sentado. Le temblaba todo el cuerpo. Respiró muy despacio, reconstruyéndose pieza a pieza. Le dio la sensación de que el tiempo se detenía y permitió que sus ojos se cerraran durante un breve instante.

Cuando volvió a abrirlos, vio ante sí una enorme puerta de piedra de dos hojas,

unidas a la roca por goznes de hierro. En la puerta había runas grabadas, viejas marcas tan rojas como el fuego.

Había llegado a la Sala de Reuniones, al sepulcro donde descansaban los restos de los reyes de las Cuatro Tierras.

Se levantó, cogió el morral y se dirigió a la puerta. Estudió las runas durante un breve instante; después puso una mano cuidadosamente sobre ellas y empujó. La puerta se abrió y Walker Boh las traspasó.

Se encontró en una gigantesca caverna circular, iluminada por rayos de luz verdosa. Junto a las paredes estaban alineados los sarcófagos, la muerte encerrada por la piedra y el mortero. Había estatuas que guardaban a los gobernantes enterrados. Ante cada sepulcro, dentro de arcas y toneles, estaban las posesiones de su ocupante: joyas, pieles, armas y todo tipo de tesoros, tan cubiertos de polvo que apenas eran reconocibles. Los muros de la cámara se perdían en las alturas. El techo era un impenetrable dosel negro. La caverna parecía desprovista de vida. En el extremo opuesto había otra puerta cerrada. Tras ella había vivido la serpiente Valg. Allí estaba la Pira de los Muertos, un altar sobre el que yacían los monarcas difuntos de las Cuatro Tierras durante un número determinado de días antes de ser sepultados. Unos escalones de piedra descendían desde el altar hasta un estanque donde se ocultaba Valg. Se suponía que la serpiente vigilaba a los muertos. Walker no se hubiera sorprendido si le hubiesen dicho que se los comía.

Escuchó, intentando captar algún sonido de movimiento o respiración, pero no oyó nada. Contempló el sepulcro, estudiándolo. Allí era donde estaba la piedra élfica negra... no en la caverna contigua. Si actuaba con rapidez y cautela, quizá no se viera obligado a descubrir si la serpiente Valg seguía con vida.

Empezó a andar muy despacio y sin hacer ningún ruido ante los sarcófagos, sus estatuas y sus riquezas. No prestó atención a los tesoros. Sabía por Cogline que estaban impregnados de un veneno que mataría a cualquiera persona que los tocara. Siguió adelante, rodeando cada bastión de muerte, observando los muros rocosos y las runas que los adornaban. Dio una vuelta completa a la cámara y se encontró en el mismo lugar del que había partido.

Nada.

En su cara se dibujo una expresión reflexiva. ¿Dónde estaba la cavidad que guardaba a la piedra élfica negra?

Recorrió de nuevo la caverna, dejando que sus ojos vagaran a través de la neblina verdosa, pasando de un rincón oscuro al siguiente. Había algo que no lograba captar. ¿Qué era?

Cerró los ojos y dejó que sus pensamientos se extendieran, explorando la penumbra. Percibía una vaga presencia que parecía susurrar su nombre. Sus ojos se abrieron de repente y su delgado y espectral rostro se puso en tensión. Esa presencia

que sentía no estaba en los muros, sino en el suelo.

Empezó a andar a través de la cámara, dejándose guiar por lo que sentía que esperaba allí. Llegó a la conclusión de que se trataba de la piedra élfica negra. Una piedra élfica debía de tener una vida propia, una presencia que podía ser convocada. Se alejó de las estatuas y los tesoros, de los sarcófagos, con los ojos fijos en un punto situado casi en el centro de la estancia.

Cuando llegó a él, vio una losa rectangular sobre el suelo, con runas grabadas, pero estaban tan deterioradas que le fue imposible descifrarlas. Inquieto por desconocer su significado, dudó. Si las runas eran élficas, tendrían miles de años. No podía esperar que fuesen legibles.

Se arrodilló. No era más que una figura solitaria en el centro de la caverna, aislada incluso de los muertos. Limpió las marcas e intentó descifrarlas de nuevo. Poco después, desalentado, renunció. Empujó la piedra con ambas manos, y se corrió con facilidad y sin hacer el menor ruido.

Sintió una corriente de excitación.

El agujero de abajo era oscuro, tanto que no consiguió ver nada en su interior. Pero, sin duda, había algo...

Prescindiendo de la cautela con que había actuado hasta el momento y que tan buenos resultados le había dado, Walker Boh introdujo la mano en el agujero.

Walker sintió al instante que algo la envolvía y sujetaba. Sintió un dolor muy agudo, y después embotamiento. Intentó soltarse, pero no lo consiguió, y enseguida el pánico se apoderó de él. Seguía sin poder ver lo que había dentro del agujero.

Desesperado, recurrió a la magia. Su mano libre produjo luz, que enfocó rápidamente en el agujero.

Lo que vio lo dejó helado. Allí no había ninguna piedra élfica, sino una serpiente enroscada en su mano. Pero no era una serpiente normal, sino muy peligrosa, y la reconoció en el acto; era un Áspid, una criatura salida de las antiguas leyendas, concebida al mismo tiempo que las enormes Esfinges de la otra caverna.

Pero el Áspid era un ser de carne y hueso hasta que atacaba. En ese momento se convertía en piedra, y también en piedra convertía a su víctima.

Walker apretó los dientes cuando comprendió lo que sucedía. Su mano ya estaba poniéndose gris, con el Áspid enroscado en ella ahora muerto y endurecido, sujeto al fondo de la cavidad por una espiral de la que no podía liberarse.

Walker Boh tiró con fuerza para desembarazarse de aquel ser, pero no lo consiguió. Estaba engarzado en la piedra, unido al Áspid y al suelo de la caverna.

Sintió que el miedo se apoderaba de él, cortándolo como el filo de un cuchillo. Lo habían envenenado. Su mano se estaba convirtiendo en piedra, y a continuación, de forma lenta pero inexorable, se petrificaría el resto de su cuerpo.

Hasta que quedara convertido en una estatua.

Poco antes de amanecer, cuando el frente de la tormenta que atravesaba Tyrsis se alejó hacia el norte, cambió el tiempo en el Saliente. Las primeras nubes empezaron a cubrir el cielo, la Luna y las estrellas, y convirtieron el final de la noche en una oscuridad impenetrable. El viento se calmó, su murmullo se extinguió sin que lo advirtieran los proscritos que permanecían despiertos, y el aire se aquietó e hizo más pesado. Cayeron algunas gotas sobre las caras levantadas de los centinelas y mancharon la roca seca y polvorienta del farallón. Todo enmudeció mientras las gotas se multiplicaban. Abajo, de la tierra boscosa se elevaron vapores que superaron la altura de las copas de los árboles para mezclarse con las nubes, hasta que ni los ojos más penetrantes pudieron ver nada. Cuando el alba consiguió abrirse paso a través de las sombras, fue como una línea luminosa a lo largo del horizonte oriental, tan tenue que pasó casi inadvertida. En aquel momento, la lluvia se había estabilizado, obligando a todos, incluso a los centinelas, a buscar un refugio.

Por eso nadie vio al Escalador.

Debió de salir del bosque amparado en la oscuridad, y escalar por la pared rocosa cuando las nubes taparon la luz que habría revelado su presencia. Sus garras y corazas arañaban la roca, produciendo sonidos chirriantes, que quedaban ahogados por los truenos lejanos, el golpeteo de la lluvia y el movimiento de hombres y animales en los campamentos. Además, los proscritos de guardia estaban cansados y de malhumor, convencidos de que la Federación no intentaría un nuevo ataque antes del amanecer.

Cuando comprendieron su error y empezaron a alertar a gritos a sus compañeros, el Escalador se encontraba ya muy arriba.

Los gritos despertaron a Morgan Leah. Se había quedado dormido en el bosquecillo de álamos que crecía en el extremo del farallón, cuando todavía reflexionaba sobre sus sospechas acerca de la identidad del traidor. Estaba acurrucado bajo el árbol más grande, arropado con la capa. Tenía tan doloridos y agarrotados sus músculos que no consiguió ponerse en pie al primer intento. Pero los chillidos eran cada vez más intensos y terroríficos. Imponiéndose a su estado físico, se levantó, desenvainó el espadón y salió corriendo al descubierto en medio de la lluvia.

El farallón era el reino de la confusión. Los hombres corrían por todas partes, de un lado para otro, empuñando sus armas; siluetas negras en un mundo gris y húmedo. Aparecieron varias antorchas, brillando en las tinieblas, pero la lluvia las apagó enseguida.

Morgan intentaba averiguar la causa de aquella locura, y entonces lo vio. El Escalador estaba ya en la cumbre del farallón, alzándose sobre las fortificaciones de los proscritos y los hombres que lo amenazaban, con las garras clavadas en la roca.

Un cadáver colgaba de una de sus gigantescas pinzas, casi cortado por la mitad... uno de los centinelas que había visto lo que sucedía.

Los proscritos se lanzaron al asalto, provistos de pértigas y lanzas con las que atacaron el enorme cuerpo del Escalador, para obligarlo a retroceder hacia el precipicio. Pero el monstruo era una criatura gigantesca y se erguía sobre ellos como una torre. Morgan se detuvo, angustiado.

Era como si intentaran desviar un río de su curso. Ninguna criatura que tuviera aquel volumen podía ser rechazada sólo con fuerzas humanas.

El Escalador se abalanzó sobre sus atacantes. Las pértigas y las lanzas se rompían y astillaban contra el monstruo. Los hombres que quedaron aprisionados bajo sus pies murieron al instante, y varios más fueron apresados por sus pinzas. Una sección completa de las fortificaciones del Saliente se desplomó bajo la presión de su peso. Los proscritos retrocedieron ante la criatura, que destrozaba armas, provisiones y tiendas de campaña, dando alcance a todo lo que se movía. Las espadas y los cuchillos se hundían en su cuerpo, pero no parecía afectarle. Avanzaba sin cesar, persiguiendo a los que se retiraban.

—¡Nacido libre! —se oyó gritar de repente—. ¡A mí!

Padishar Cesta, una brillante figura escarlata que se destacaba entre la lluvia y la bruma animando a sus hombres, parecía haber surgido de la nada. Los proscritos gritaron en respuesta y corrieron a su lado. Los formó en escuadras sin pérdida de tiempo. La mitad contraatacó con estacas enormes para bloquear las pinzas del Escalador, mientras el resto lo hizo por los lados y por detrás. El monstruo se contrajo y retorció, pero no cejó en su avance.

—¡Nacido libre! ¡Nacido libre! —se oía por todas partes, y el grisáceo amanecer se impregnó de su furia.

Entonces, Axhind y los trolls de las rocas aparecieron, armados hasta los dientes, con sus gigantescas hachas de guerra en la mano. Atacaron de frente al Escalador, con las pinzas del monstruo como objetivo. Tres murieron casi de forma instantánea, cortados con tanta rapidez que desaparecieron en un torbellino de miembros y sangre. Pero los otros no se amilanaron, siguieron en su empeño hasta quebrar la pinza izquierda e inutilizarla.

El Escalador redujo su ímpetu. Había dejado tras de sí un rastro de cadáveres. Morgan todavía se hallaba entre el monstruo y las cuevas, sin atreverse a tomar una decisión y sin comprender por qué. Era como si estuviese atrapado en arenas movedizas. Vio que la bestia se levantaba de la tierra, con la cabeza erguida y la pinza sana levantada como una serpiente dispuesta a atacar, apoyándose en la mitad trasera de su cuerpo, preparada para arrojarse sobre sus adversarios y aplastarlos. Los trolls y los proscritos retrocedieron de forma precipitada, avisándose unos a otros.

Morgan buscó a Padishar con la mirada, pero el jefe de los proscritos había

desaparecido. No pudo encontrarlo por ninguna parte. Durante un breve instante pensó que Padishar podía haber sucumbido al ataque del Escalador. La lluvia le daba de lleno en la cara, le entraba el agua en los ojos y parpadeó para expulsarla. Su mano se tensó sobre la empuñadura del espadón, pero se contuvo.

El Escalador avanzaba ahora muy despacio, revolviéndose a derecha e izquierda para protegerse de los ataques laterales. De un coletazo hizo volar a varios hombres. Las lanzas y las flechas rebotaban en sus corazas. Seguía adelante, obligando a los defensores a retroceder hacia las cuevas. Pronto no tendrían un lugar hacia el que huir.

Morgan estaba temblando. *¡Haz algo!*, le dijo una voz interior.

En aquel instante, Padishar reapareció en la boca de la cueva principal del Saliente y ordenó a sus hombres que se retirasen. Había algo enorme tras él que avanzaba entre crujidos. Morgan forzó la vista a través de la penumbra y la niebla. Surgieron filas de hombres, tirando de cuerdas, y la cosa empezó a tomar forma. Morgan pudo verla bien cuando atravesó la boca de la cueva y siguió arrastrándose hacia el exterior.

Era una enorme ballesta de madera.

Los hombres de Padishar la orientaron hacia el Escalador. De pie sobre la base, Chandos daba vueltas a un pesado manubrio para echar hacia atrás la cuerda de la ballesta, mientras otros proscritos ajustaban a ella una gigantesca y afilada flecha.

El Escalador vaciló un instante, como si quisiera calcular el peligro potencial de la nueva arma. Después se agachó ligeramente y prosiguió su avance precedido de la pinza que le quedaba.

Padishar ordenó realizar el primer disparo cuando el monstruo estaba a unos quince metros, pero erraron el blanco. El Escalador aceleró el paso mientras Chandos volvía a montar el arma. La segunda flecha rebotó en una de las planchas de la bestia, pero la enorme criatura no acusó el impacto. La fuerza del golpe casi consiguió detenerla, pero enseguida se enderezó y prosiguió la marcha.

Morgan se dio cuenta de que ya no había tiempo para hacer un tercer tiro. El Escalador estaba demasiado cerca. Sin embargo, Chandos se mantenía firme en su puesto y preparaba desesperadamente la ballesta para intentarlo de nuevo. El Escalador estaba a pocos metros. Los proscritos y los trolls lo acosaban por ambos lados con hachas y espadas, sin demasiado éxito. El monstruo había comprendido que sólo la ballesta entrañaba algún peligro para él, y avanzaba con resolución para destruirla.

Chandos colocó la tercera flecha y puso la mano sobre el disparador, pero ya era demasiado tarde. El Escalador se irguió y se abalanzó sobre el arma, destrozándola. La madera se astilló y las ruedas que la soportaban salieron despedidas. Chandos se encontró volando por el aire y los hombres se dispersaron, presas del terror. El

Escalador reptó hasta ponerse sobre ella, consciente de su victoria, sabiendo que le faltaba poco para terminar el trabajo.

Pero Padishar fue más rápido. Mientras los otros proscritos huían, Chandos estaba inconsciente y Morgan luchaba con su indecisión, Padishar atacó. El jefe de los proscritos, apenas una vaga mancha escarlata en la niebla y la penumbra del lluvioso amanecer, cogió una de las flechas de la ballesta que ahora estaban esparcidas por el suelo, corrió bajo el Escalador y la aseguró en la tierra con la punta hacia arriba. La bestia, obsesionada en destruir el arma, no lo vio. La golpeaba, aplastándola sobre la punta de hierro de la flecha. La fuerza del derrumbamiento fue tal que ésta atravesó la coraza y la carne de un lado de su cuerpo y salió por el otro.

A duras penas, Padishar consiguió apartarse cuando el Escalador cayó a tierra.

El monstruo se irguió, temblando de dolor y sorpresa, atravesado por la flecha. Perdió el equilibrio y se desplomó, retorciéndose con furor en su ansia por liberarse del arma asesina.

Al final, se hizo una bola.

—¡Nacido libre! —gritó Padishar, y los proscritos y los trolls cayeron con sus armas sobre el monstruo.

Con las hachas y las espadas, cortaron su única pinza útil. Padishar animaba a sus hombres, atacaba con ellos, blandiendo su espadón con la fuerza que le quedaba.

El combate era feroz. Aunque malherido, el Escalador todavía era muy peligroso. Algunos hombres cayeron y fueron aplastados bajo el peso de su corpachón, y otros fueron lanzados por los aires o destrozados por sus garras. Todos los esfuerzos para acabar con él resultaron insuficientes hasta que, por fin, lograron atravesar su cerebro con otra flecha. Tras una última convulsión, el Escalador quedó inmóvil.

Morgan Leah lo había presenciado todo como si hubiera estado a gran distancia, demasiado lejos de lo que estaba sucediendo para intervenir. Aún temblaba cuando concluyó el combate. Estaba bañado en sudor, cuando no había levantado ni un solo dedo para ayudar a los demás.

A partir de aquel momento pudo apreciarse un cambio en el campamento de los proscritos, un cambio de actitud que reflejaba la creciente convicción de que el Saliente ya no era inexpugnable. Pudo apreciarse casi de inmediato. Padishar estaba profundamente irritado, e importunaba a cualquiera que se le pusiera delante; estaba enfurecido con la Federación por haber utilizado a un Escalador, con el monstruo muerto por los graves daños que les había infligido, con los centinelas por no haber estado más atentos y, sobre todo, consigo mismo por no haberse preparado mejor. Los hombres desempeñaban las tareas encomendadas de mala gana, hablando solos mientras se movían entre los despojos de la batalla. Si la Federación había enviado un Escalador, decían, ¿qué le impediría enviar otro? Si lo mandaba, ¿cómo se las

arreglarían para vencerlo? Y si enviaba algo peor, ¿qué podían hacer?

Dieciocho hombres habían muerto en el ataque, y más del doble habían resultado heridos, algunos de ellos de tal gravedad que expirarían antes de que finalizara el día. Padishar ordenó que enterraran a los muertos al final del farallón y que trasladaran a los heridos a la cueva principal, habilitada como hospital de urgencia. Tenían medicinas y varios hombres con experiencia en el tratamiento de heridas de guerra para administrarlas, pero los proscritos no contaban con los servicios de un sanador profesional. Los gritos de dolor y los lamentos de los heridos y moribundos alteraban la tensa calma de las primeras horas de la mañana.

Arrostraron al Escalador hasta el borde del farallón y lo arrojaron por él. Fue un trabajo difícil y extenuante, pero Padishar no hubiera tolerado la presencia del monstruo en el campamento más tiempo del necesario. Utilizando cuerdas y poleas, docenas de hombres arrastraron el cuerpo del monstruo entre los despojos de la batalla palmo a palmo. Los proscritos necesitaron toda la mañana para realizar aquel trabajo. Morgan les ayudó, en silencio, esforzándose por pasar inadvertido, mientras intentaba comprender qué le había ocurrido.

Al final lo descubrió. Estaba ocupado en arrastrar al Escalador hasta el borde del acantilado, con el cuerpo debilitado y dolorido, cuando cayó en la cuenta. Comprendió que la Espada de Leah era la responsable de su extraña actitud o, para ser más exacto, la magia que guardaba en su hoja o que había guardado. La pérdida de la magia lo había dejado inerme, provocando su indecisión y su miedo. Cuando descubrió la magia de la Espada, creyó que era invencible. Aquella sensación de poder era algo que jamás había experimentado ni imaginado. Con ese poder a su disposición, podría hacer cualquier cosa. Aún recordaba con fruición lo que había sentido durante su enfrentamiento con los Espectros en el Pozo. Había sido algo extraordinario, fantástico, aunque también agotador. Cada vez que invocaba el poder, parecía que se llevaba algo suyo.

Cuando rompió la Espada de Leah y perdió la posibilidad de seguir utilizando magia, empezó a comprender lo que ésta le había arrebatado. Casi inmediatamente, sintió el cambio que se había producido en él. Padishar había insistido en que estaba equivocado, le había asegurado que olvidaría su pérdida, que la herida cicatrizaría y que, con el tiempo, volvería a ser la misma persona que antes había sido. Ahora sabía que el jefe de los proscritos estaba equivocado. Nunca lograría recuperarse... no por completo. El empleo de la magia lo había cambiado para siempre; no podía olvidarla; no era el mismo hombre sin ella. Aunque sólo la había poseído durante un breve espacio de tiempo, lo había marcado. Necesitaba volver a poseerla, porque sin ella se sentía perdido, confuso y asustado. Eso era lo que le había impedido actuar en la lucha contra el Escalador, y no el que no supiera lo que debía hacer ni cómo hacerlo. Se había quedado paralizado porque no podía invocar a la magia.

El reconocimiento de esa realidad le exigía algo que no era capaz de precisar. Siguió trabajando como una máquina carente de sentimientos, aturdido por la idea de que la pérdida de la magia pudiese paralizarlo de aquella manera. Se sumió en sus pensamientos, en la lluvia y el entorno gris, esperando que nadie, y en particular Padishar Cesta, se hubiera dado cuenta de su fallo, angustiado por lo que haría si volviese a suceder.

Un rato después, se encontró pensando en Par. Nunca antes se había detenido a pensar en lo que supondría para el joven del valle estar luchando de forma ininterrumpida con su propia magia. Obligado a enfrentarse con lo que la magia de la Espada de Leah significaba para él, Morgan creyó que comprendía lo difícil que era para Par. ¿Cómo había aprendido a vivir con la incertidumbre del poder del cantar? ¿Qué sentía cuando le fallaba, como tantas veces le había ocurrido durante el viaje al Cuerno del Infierno para asistir al encuentro con Allanon? ¿Cómo habría conseguido aceptar su debilidad? Morgan halló una nueva fuerza cuando comprendió que el joven del valle había encontrado un camino.

Hacia mediodía, el Escalador había desaparecido y la mayoría de los desperfectos sufridos en el campamento habían sido reparados. La tormenta se desplazó hacia el este, rozando las cumbres de los Dientes del Dragón, y cesó la lluvia. Las nubes se rompieron y el Sol atravesó las fisuras con largos y estrechos rayos que jugueteaban sobre el verde intenso de la Cuña de Parma. La niebla se deshizo y sólo quedó un brillo de humedad que cubría todo con una capa de lustre plateado.

La Federación no tardó en preparar sus catapultas y torres de asedio, y reanudar el ataque al Saliente. Las catapultas arrojaron grandes piedras y las torres de asedio se llenaron de arqueros que disparaban sin cesar contra el campamento de los proscritos. Pero en ningún momento intentaron escalar a la cumbre; el ataque se limitó a descargar una incesante lluvia de proyectiles sobre el farallón y sus ocupantes durante toda la tarde y una buena parte de la noche; un acoso ininterrumpido. No había nada que los proscritos pudieran hacer para detenerlo. Sus agresores estaban demasiado lejos y muy bien protegidos. Fuera de las cuevas, no existía un solo lugar donde no se corriera peligro de resultar herido. Era evidente que la pérdida del Escalador no había menguado los ánimos de la Federación. No levantaría el asedio; lo mantendría hasta que los defensores se hubieran debilitado lo suficiente para ser vencidos en un ataque frontal. Aunque resistieran días, semanas o meses, el final sería el mismo. El ejército de la Federación estaba dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario.

En la parte alta, los defensores corrían y esquivaban los proyectiles, gritaban su desafío a los atacantes y hacían los trabajos encomendados lo mejor que podían. Pero en la intimidad de sus refugios maldecían y mascullaban sus sospechas con renovada convicción. Aunque antes pensaran lo contrario, estaba claro que el Saliente no era inexpugnable.

Morgan Leah se enfrentaba en soledad a sus propias preocupaciones. El joven de las tierras altas se había aislado a propósito bajo la protección de los álamos que crecían al final del farallón, lejos de las principales posiciones defensivas del campamento donde la Federación concentraba su ataque. Tras haber afrontado y olvidado, por el momento, el problema de su incapacidad para aceptar la pérdida de la magia de la Espada de Leah, se obligó a enfrentarse con el no menos problemático dilema de sus sospechas sobre la identidad del traidor.

No sabía muy bien cómo tenía actuar. Debía decírselo a alguien. Tenía que decírselo a alguien. Pero ¿a quién?

¿A Padishar Cesta? Si confiaba sus sospechas al jefe de los proscritos, éste podría creerle o no, pero el asunto no acabaría ahí. Tan pronto como se lo hubiera dicho, Padishar no haría distinciones entre Steff y Teel; se desharía de los dos, porque no había medio de saber cuál de los dos era el traidor o si lo eran ambos. Y Padishar no estaba de humor para esperar la respuesta.

Morgan hizo un gesto negativo. No podía decírselo a Padishar. ¿A Steff? Si confiaba sus sospechas al enano, aceptaba que Teel era la traidora. Eso era lo que él deseaba creer, pero ¿era la verdad? Y aunque lo fuera, no sabía cuál sería la reacción de Steff. Su amigo estaba enamorado de Teel. Ella le había salvado la vida. Difícilmente aceptaría lo que Morgan le dijera si no aportaba unas pruebas que respaldaran sus palabras. Pero Morgan no tenía ni una sola prueba; sólo eran especulaciones mejor o peor razonadas.

Tampoco podía contárselo a Steff.

¿A quién más podía confiar sus sospechas? No había nadie más. Se lo hubiese contado a Par o a Coltar si hubieran estado allí, o a Wren, o incluso a Walker Boh. Pero los miembros de la familia Ohmsford se habían dispersado, y él estaba solo. No tenía a nadie en quien confiar.

Se sentó entre los árboles y escuchó los gritos lejanos y las bravatas de los defensores, los ruidos sordos de las catapultas y los arcos, los crujidos del hierro y la madera, el zumbido de los proyectiles y el golpe seco de sus impactos. Se sentía marginado, como una isla en el corazón de la batalla que de algún modo lo había atrapado, perdido en un mar de indecisiones y dudas. Tenía que hacer algo... pero no acababa de encontrar la dirección que debería seguir.

Había deseado con todas sus fuerzas tomar parte en la lucha contra la Federación, ir al norte para unirse a los proscritos, emprender la búsqueda de la Espada de Shannara, ver aniquilados a los Espectros... ¡Había hecho tantos planes! Abandonó su vida enclaustrada en las tierras altas, sus insignificantes burlas dedicadas a los burócratas que la Federación había enviado para gobernarlos, dejó de hostigar a unos hombres que, aunque lo desearan, nada podían cambiar.

Tenía que hacer algo grande, algo asombroso...

Algo que marcara la diferencia.

Y ahora que se le presentaba la oportunidad, cuando podía destacar como nadie, se había quedado paralizado.

La tarde caminaba paso a paso hacia el crepúsculo, el asedio de la Federación persistía y Morgan no lograba resolver su dilema. Una vez salió del bosquecillo para hacer una visita a Steff y Teel o, mejor dicho, para espiarlos, para ver si conseguía descubrir algo. Pero los enanos parecían no haber cambiado en nada. Steff continuaba encontrándose débil y sólo era capaz de conversar unos pocos minutos sin adormilarse, y Teel seguía mostrándose taciturna y cautelosa. Observó a los dos con el mayor disimulo posible en busca de un indicio en que basar sus sospechas, pero se fue con las manos vacías.

Empezaba a oscurecer cuando lo encontró Padishar Cesta. Estaba absorto en sus reflexiones, intentando tomar una decisión sobre lo que debía hacer, y no lo oyó acercarse. No advirtió su presencia hasta que le habló.

—Aislándote del mundo, ¿verdad?

—¿Qué? —preguntó Morgan, dando un respingo—. ¡Oh, Padishar, perdona!

El jefe de los proscritos se sentó frente a él. Su rostro, cubierto de polvo y sudor, reflejaba cansancio. Si advirtió la turbación de Morgan, no dio ninguna muestra de ello. Extendió las piernas y se echó hacia atrás, apoyándose en los codos.

—Éste ha sido un día enloquecedor, Morgan —dijo, dando un largo suspiro—. Veintidós hombres muertos, otros dos que no llegarán a mañana, y aquí estamos nosotros como zorros acorralados.

Morgan se limitó a hacer un gesto de asentimiento, mientras intentaba desesperadamente decidir qué debía decirle.

—La verdad es que no me preocupa mucho el cariz que están tomando las cosas —prosiguió Padishar, sin que pudiera deducirse nada de su expresión—. La Federación mantendrá el asedio de esta plaza hasta que todos hayamos olvidado por qué vinimos a aquí, y eso no será muy beneficioso para mis planes ni para las esperanzas de los nacidos libres. Atrapados como estamos, no servimos para gran cosa. Hay otros cielos, y habrá otras oportunidades de ajustar cuentas con esos cobardes que nos envían seres concebidos por la magia negra en vez de combatir contra nosotros. —Hizo una pausa—. Así que he llegado a la conclusión de que ya es hora de que pensemos en la retirada.

—¿Huir? —preguntó Morgan, inclinándose hacia delante.

—Por la puerta trasera de la que ya hemos hablado. He decidido confiarte mis planes, porque necesitaré tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —inquirió Morgan, mirando con extrañeza a su interlocutor.

—Quiero que alguien lleve un mensaje a Tyrsis... a Damson y a los hermanos del valle —respondió Padishar, enderezándose hasta quedarse sentado—. Hay que

informarlos de lo ocurrido. Iría yo, pero he de quedarme para organizar la retirada de los míos, y he pensado que podría interesarte.

De acuerdo —respondió Morgan—. Iré enseguida.

—No tan deprisa —dijo Padishar, levantando una mano—. No abandonaremos el Saliente de inmediato; probablemente, no lo haremos hasta dentro de tres días. Todavía no es conveniente mover a los heridos. Pero quiero que te vayas antes. Mañana. Damson es una chica lista, con una cabeza clara sobre los hombros, pero también es obstinada. He reflexionado desde que me preguntaste si intentaría traer aquí a los hermanos del valle. Quizá me equivoque, pero creo que es probable que lo intente. Tienes que asegurarte de que no lo hará.

—Lo procuraré.

—Por la puerta trasera... como te he dicho. Y solo.

Morgan se limitó a fruncir el entrecejo.

—Sí, irás tú solo, muchacho. Tus amigos se quedan conmigo. En primer lugar, no puedes andar por Callahorn en compañía de un par de enanos... aunque estuviesen capacitados para eso, y al menos uno de ellos no lo está. La Federación os capturaría en dos minutos. Y en segundo lugar, no podemos correr riesgos innecesarios después de todas las traiciones que hemos sufrido hasta ahora. Nadie debe conocer tus planes.

El joven de las tierras altas se quedó pensativo un instante. Padishar tenía razón. Era absurdo exponerse a riesgos inútiles. Sería mejor que actuara solo y no hablara a nadie de su propósito; en especial, a Steff y a Teel. Casi estuvo a punto de hablarle de sus sospechas, pero lo pensó mejor y se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

—Bueno. Asunto concluido, salvo por un pequeño detalle —dijo Padishar, poniéndose de pie—. Acompáñame.

Llevó a Morgan a través del campamento hasta la cueva principal, precediéndolo al pasar por la zona habilitada para los heridos y por las cámaras situadas más allá. Los túneles empezaban allí, una docena o más, se separaban unos de otros y desaparecían en la oscuridad. Padishar cogió una antorcha y la encendió acercándola a otra que ardía en un soporte de hierro sujeto al muro, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie les prestaba una atención especial, e hizo una seña a Morgan para que siguiera adelante. Prescindiendo de los túneles, condujo al joven de las tierras altas, entre fardos apilados, hasta la parte más profunda de la cueva unos cien metros en el interior de la montaña, donde las cestas almacenadas formaban una pared de unos seis metros de altura. Allí reinaba un silencio absoluto; los ruidos habían quedado atrás. Volvió a mirar a su alrededor, escrutando la oscuridad.

Entonces entregó la antorcha a Morgan, extendió las manos, metió los dedos entre las cestas y tiró. Una sección entera giró. Era una barrera falsa con bisagras ocultas que daba acceso a un túnel.

—¿Te has fijado en cómo lo he hecho, muchacho? —preguntó en voz baja.

Morgan respondió con un gesto de asentimiento.

Padishar recuperó la antorcha y la acercó al interior. Morgan se inclinó para mirar. El pasadizo secreto serpenteaba hacia abajo hasta perderse de vista.

—Atraviesa toda la montaña —dijo Padishar—. Siguiéndolo saldrás sobre la Cuña de Parma, justo al sur de los Dientes del Dragón, al este del desfiladero de Kennon.

»Si hubieses intentado salir por los otros túneles... en los que mantengo una guardia para confundir —prosiguió el jefe de los proscritos, dirigiendo al joven de las tierras altas una significativa mirada—, quizá nunca te hubiéramos vuelto a ver. ¿Comprendes?

»Te he mostrado ahora todo esto porque, cuando llegue el momento de tu partida, no podré estar contigo —continuó Padishar, cerrando la puerta secreta y retrocediendo—. Me quedaré por ahí fuera, cubriéndote las espaldas. —Esbozó una amplia sonrisa—. Asegurándome de que puedas salir sin problemas.

Volvieron sobre sus pasos y salieron de las cavernas. Ya había oscurecido. El jefe de los proscritos se detuvo y respiró profundamente.

—Escúchame, muchacho —le dijo en voz baja—. Hay una cosa más. Tienes que dejar de atormentarte por lo ocurrido a tu espada. No puedes cargar con ese fardo y mantener la cabeza clara; es demasiado pesado incluso para una persona tan decidida como tú. Déjalo. Olvídalo. Tienes el valor suficiente para poder arreglártelas sin ella.

Morgan se dio cuenta de que había observado su comportamiento aquella mañana. *Lo sabe y me dice que todo está bien*, pensó.

—Me duelen todos los huesos del cuerpo, pero ninguno de ellos tanto como el corazón —continuó Padishar, dando un suspiro—. Odio lo que ha sucedido aquí. Odio lo que nos han hecho. —Miró fijamente a Morgan—. A eso me refería cuando hablaba de tu carga inútil. Piénsalo.

Dio media vuelta y se alejó, perdiéndose entre las sombras de la noche. Morgan estuvo a punto de pedirle a gritos que regresara. Incluso dio un paso tras él, pensando que debía confiarle sus sospechas sobre el traidor. Le hubiera sido fácil. Lo habría liberado de la frustración que sentía por guardar el secreto. Le habría quitado la responsabilidad de ser el único que lo sabía.

Luchó contra su indecisión como había luchado durante todo el día.

Pero perdió.

Después se retiró a descansar a su lugar favorito. Durmió bajo la protección del álamo, envuelto en su capa. La tierra se había secado, la noche era cálida y el aire estaba impregnado de olor a bosque. Su sueño fue profundo y tranquilo. Las preocupaciones e indecisiones desaparecieron sin que se lo propusiera. Se desvanecieron los fantasmas de su magia perdida y del traidor, expulsados por el

cansancio que se había adueñado de él, dándole paz. Estaba suspendido en el paso del tiempo.

Y entonces se despertó de forma brusca.

Una mano le había agarrado con fuerza del hombro. Sucedió de una forma tan brusca e inesperada que creyó que lo atacaban. Se desembarazó de la capa y se puso de pie, dándose la vuelta.

Se encontró cara a cara con Steff.

El enano estaba ante él, envuelto en su manta, con los pelos tiesos y erizados y el rostro pálido y sudoroso a pesar de que la noche era tibia. Sus ojos oscuros brillaban a causa de la fiebre, y en sus ojos se reflejaban el pánico y la desesperación.

—Teel se ha ido —murmuró con voz ronca.

—¿Adónde? —consiguió preguntar Morgan, intentando serenarse, manteniendo la mano en la empuñadura de la daga que llevaba en la cintura.

—No lo sé —respondió Steff, haciendo un gesto negativo. Su respiración jadeante resonaba en el silencio nocturno—. Se fue hace una hora. La vi. Creyó que estaba dormido, pero... —Se interrumpió sin terminar la frase—. Hay algo que anda mal, Morgan. Algo. —Apenas podía hablar—. ¿Dónde está? ¿Dónde está Teel?

Morgan Leah lo supo enseguida.

Aquella noche fue la misma en que Par Ohmsford bajó por última vez al Pozo en busca de la Espada de Shannara.

La oscuridad se había extendido sobre la ciudad de Tyrsis como un manto impenetrable. La bruma y la lluvia se habían fundido en una niebla tan espesa que los tejados y los muros de los edificios, los carros y los puestos de los mercados, e incluso los adoquines de las calles, desaparecieron en ella. No se veían la Luna ni las estrellas, y las luces de la ciudad fluctuaban como velas a punto de apagarse.

Damson Rhee sacó del cobertizo a los hermanos del valle, embozados en sus capas y encapuchados. La niebla era sofocante, húmeda y pesada, y se pegaba a la ropa y a la piel. El día había dejado pronto paso a las sombras de la noche, empujado hacia la oscuridad por la llegada de la niebla que se levantó de las llanuras como una marea hasta que su oleaje rebasó las murallas de Tyrsis y cubrió la ciudad con su húmedo manto. El frío que habían soportado la noche anterior había sido reemplazado por un calor también muy desagradable que olía a moho y a podrido. Las gentes de la ciudad no dejaron de comentar durante todo el día la extrañeza de aquel tiempo con preocupación y, cuando su grisácea luz empezó a disminuir, se atrincheraron en sus casas como si estuviesen sometidos a un asedio.

Damson y los hermanos del valle deambularon prácticamente solos por las calles lóbregas y silenciosas. Cuando se cruzaban con algún transeúnte, su presencia era momentánea, como las de fantasmas salidos del infierno sólo para ser succionados por él al instante. Podían escucharse algunos sonidos indefinidos, pero carecían de origen y dirección. Se oían pisadas ilocalizables que poco después se disolvían en la densa niebla nocturna. A su alrededor se movían unas formas y siluetas indefinidas que daban la impresión de flotar, e iban y venían en un abrir y cerrar de ojos.

Era una noche propicia para dar rienda suelta a la imaginación y dar vida a lo inexistente.

Par hizo todo lo posible para evitar caer en esa tentación, pero no tuvo demasiado éxito. El joven del valle albergaba en su mundo interior fantasmas de su propia creación, que parecían hallar su identidad en las sombras que jugueteaban en la niebla. Allí, a la izquierda de la mota de luz que era el farol de una calle, se erguía la promesa que Par había hecho de mantener a salvo a Coltar y a Damson aquella noche durante su incursión al Pozo... un diminuto y aterrador trozo de nada. A continuación, justo detrás, estaba su absoluto convencimiento de que la magia del cantar sería suficiente para cumplir su promesa, de que podría utilizarla como en otros tiempos sus antepasados habían utilizado las piedras élficas; no para crear imágenes y engaños, sino como una auténtica arma de fuerza y poder. Su convencimiento desapareció tras su promesa, más pequeña y frágil todavía. A lo largo

del muro casi invisible de una tienda situada al otro lado del camino, sumiéndose entre los bloques de piedra como si estuviera atrapada en arenas movedizas, reptaba la sensación de culpa que lo inundaba por tener únicamente en cuenta su propia opinión cuando intentaba justificar su promesa y su convencimiento de que podía cumplirla... un sentimiento de culpa que amenazaba con crecer hasta ahogarlo.

Y planeando sobre la promesa, el convencimiento y la culpa, como una gigantesca ave de presa de la noche sin rostro, estaba su ciega y temeraria determinación de llevar a cabo la misión encomendada por el espíritu de Allanon y arrebatarse al Pozo y a los Espectros la perdida Espada de Shannara.

Una voz interior le aseguraba que la Espada de Shannara lo estaba esperando en su cripta.

Pero los fantasmas no se desvanecieron, y el susurro de sus dudas zumbaba alrededor de su débil autoafirmación como un animal carroñero, insistente en su propósito, burlándose de su orgullo y de su presuntuosa seguridad, torturándolo con vivas imágenes del trágico destino que les esperaba si estaba equivocado. Se aisló de los fantasmas como había conseguido aislarse de todo lo demás, pero no pudo olvidar su presencia. No consiguió fingir que no estuvieran allí. Se replegó en su interior mientras recorría con sus compañeros, con paso lento y a ciegas, las desiertas calles de la ciudad bajo la niebla y la humedad, y encontró refugio en el centro de su decisión. Estaba arriesgándolo todo a una carta. ¿Qué ocurriría si fallaba? Además de Coltar y de Damson, ¿quién sufriría las consecuencias?

Dedicó un rato a pensar en aquellos de quienes se había separado durante su odisea, en aquellos que se habían disuelto en los acontecimientos que lo habían llevado hasta esta noche. Sus padres, unas magníficas personas, amables y cordiales, que nunca habían hecho mal a nadie y que no sabían nada de los asuntos en que pudieran estar metidos sus hijos, habían sido sometidos a arresto domiciliario en Valle Umbroso por la Federación. ¿Qué sería de ellos si fracasaba?, se preguntó. ¿Qué sería de Morgan Leah, de Steff y de la enigmática Teel? Supuso que en esos momentos debían de estar en el Saliente, en lo más profundo de los confines protectores de la Cuña de Parma, tramando planes contra la Federación. ¿Pagarían también ellos el precio de su fracaso? ¿Qué podría ocurrirles a todos los que habían ido al Cuerno del Infierno? Walker Boh había regresado a la Chimenea de Piedra, Wren había vuelto a las Tierras Occidentales y Cogleine había desaparecido.

Y Allanon. ¿Qué sería de espíritu del druida? ¿Qué sería de Allanon, que quizá nunca había existido?

Pero aquél no era un error ni él estaba equivocado. Lo sabía. Estaba seguro.

Cuando llegaron a los estrechos escalones de piedra que conducían a las alcantarillas, Damson se detuvo. Se dio la vuelta y dirigió una dura mirada a los hermanos Ohmsford. Después, tras hacerles una seña para que la siguieran, empezó a

bajar seguida de los hermanos del valle. Los fantasmas que antes habían inquietado a Par siguieron acompañándolo tan de cerca que notaba su aliento en la cara como si fuesen seres reales. Coltar cerraba la marcha. Ninguno de los tres hablaba. Par no estaba seguro de que pudiera hacerlo si lo intentaba. Tenía la sensación de que su boca y su garganta estaban recubiertas de algodón.

Estaba asustado.

Como en la ocasión anterior, Damson cogió una antorcha para alumbrar el camino, un fulgor en las tinieblas, y continuaron adelante. Par miró a Damson y después a Coltar. Sus rostros estaban pálidos y tensos. Los dos sostuvieron su mirada durante un breve instante, y luego la desviaron.

Tardaron menos de una hora en encontrar al Topo. Estaba esperándolos cuando salieron del pozo seco, oculto entre las sombras, un montón de pelos en el que brillaban dos ojos.

—¿Topo? —preguntó Damson en voz baja.

La joven no recibió respuesta. El Topo estaba dentro de una fisura de la pared, casi invisible en la penumbra. De no haber sido por la antorcha que llevaba Damson, nunca hubieran conseguido descubrir su presencia. Los observó sin pronunciar palabra, como si quisiera cerciorarse de que realmente eran quienes parecían ser. Al fin dio un par de pasos al frente y se detuvo.

—Buenas noches, encantadora Damson —saludó el Topo, paseando la mirada por los hermanos del valle, pero sin decirles nada.

—Buenas noches, Topo —respondió Damson, ladeando un poco la cabeza—. ¿Por qué te escondías?

—Estaba pensando —respondió el Topo, parpadeando como una lechuza.

La muchacha se quedó desconcertada, con el entrecejo fruncido. Fijó la antorcha en una grieta de la roca, a sus espaldas, para que la luz no molestara a su extraño amigo. Entonces se puso en cuclillas delante de él, mientras los hermanos del valle permanecieron de pie.

—¿Qué has descubierto, Topo? —le preguntó Damson con voz serena.

El Topo se balanceó, inquieto. Iba vestido con una especie de pantalones de cuero y una túnica, pero estaban casi tapados por el pelo de su cuerpo. Sus pies, también cubiertos de pelo, estaban descalzos.

—Hay un camino que conduce al palacio de los Reyes de Tyrsis, y desde allí al Pozo —dijo el Topo, encogiéndose aún más—. También hay Espectros.

—¿Podremos esquivarlos? —preguntó Damson, haciendo un gesto de asentimiento.

El Topo se frotó la nariz con una mano. Después observó a la muchacha durante cierto tiempo con expresión de asombro, como si hubiese descubierto algo nuevo en su cara.

—Quizás —dijo al fin—. ¿Tenemos que intentarlo?

Damson esbozó una sonrisa e hizo un gesto afirmativo. El Topo se irguió. Era diminuto, una bola de pelo con brazos y piernas que parecían añadidos. ¿Qué era el Topo?, se preguntó Par. ¿Un enano? ¿Un gnomo? ¿Qué?

—Por aquí —dijo el Topo, indicando con una mano el pasadizo oscuro hacia el que se encaminó—. Puedes coger la antorcha si quieres. Podemos utilizarla durante un rato. —Dirigió una significativa mirada a los hermanos del valle—. Pero que nadie hable.

Así empezó. Los llevó a los intestinos de la ciudad, a sus más profundas alcantarillas, a las catacumbas que atravesaban sus cimientos y niveles más bajos, a túneles que nadie había pisado en centenares de años. Las gruesas capas de polvo depositadas sobre la roca y el suelo de tierra no presentaban signos de haber sido pisadas. A aquella profundidad, donde no penetraba la humedad ni la niebla, hacía calor. Los corredores ahondaban en los acantilados, subiendo y bajando a través de cámaras utilizadas en otras épocas por los defensores de la ciudad como vías de escape, almacenes de víveres y armas, y ocasionalmente para ocultar a todos los habitantes de Tyrsis. De vez en cuando encontraban puertas enmohecidas y desvencijadas, con los cerrojos rotos y la madera podrida. Las ratas corrían en la oscuridad asustadas por la presencia de los humanos y la luz de la antorcha.

El tiempo se iba consumiendo. Par perdió la noción de la distancia que habían recorrido por los túneles, caminando tras la rechoncha figura del Topo. A veces les concedía unos minutos de descanso, aunque él no parecía necesitarlo. Los hermanos del valle y la muchacha llevaban agua y algunos víveres para reponer fuerzas, pero el Topo no llevaba nada. A primera vista, ni siquiera un arma. En sus breves paradas, cuatro seres solitarios, enterrados bajo un centenar de metros de roca, se sentaban en círculo en la semioscuridad; tres bebían agua y mordisqueaban algo, mientras que el cuarto escrutaba el túnel como un gato, y todos ellos participantes silenciosos de algún extraño ritual.

Anduvieron hasta que a Par empezaron a dolerle las piernas. Habían dejado atrás docenas de túneles, y el joven del valle no tenía ni idea del lugar en que estaban ni de la dirección que seguían. Habían consumido ya dos antorchas. Sus ropas y sus botas se hallaban cubiertas de polvo, lo mismo que sus caras. Par tenía la garganta reseca.

Entonces, el Topo se detuvo. Se encontraban en un pozo seco cruzado por varios túneles. En la pared que se levantaba frente a ellos había una escalera de hierro sujeta con pernos. Ascendía en la oscuridad hasta desaparecer.

El Topo se volvió, señaló hacia lo alto y se llevó un dedo a los labios. Nadie necesitó que le explicasen el gesto.

Subieron uno tras otro en silencio por la escalera, escuchando cómo crujía y gemía bajo su peso. La luz de la antorcha proyectaba sus sombras sobre los muros del

pozo dibujando formas extrañas y apenas identificables. Los pasadizos de abajo se disolvieron en la oscuridad.

Al final de la escalera había una trampilla. El Topo la empujó hacia arriba, levantándola unos centímetros, y miró a través de la rendija. Satisfecho, la abrió por completo, y se oyó un sonido hueco cuando cayó arriba. El Topo salió del pozo, seguido por Damson y los hermanos del valle.

Se encontraron en un enorme recinto, una mazmorra donde había grandes toneles reforzados con aros de hierro, grilletes y cadenas por todas partes, puertas de barrotes e incontables túneles que partían de allí. En un extremo, una escalera ancha ascendía hasta perderse en la oscuridad. El silencio era opresivo, como si emanara de la piedra y hubiese adquirido consistencia propia. Las tinieblas cubrían toda la estancia, perseguidas sin mucha eficacia por la luz humeante de la única antorcha que llevaba el pequeño grupo.

El Topo se acercó a Damson y le dijo algo al oído. La muchacha hizo un gesto de asentimiento, se volvió hacia los hermanos del valle, les señaló la escalera y dibujó con los labios la palabra «Espectros».

El Topo cruzó el sótano con rapidez hasta una puerta muy pequeña situada en el muro que se levantaba a su derecha, seguido de los tres jóvenes. La abrió sin hacer ruido, les cedió el paso y, cuando todos la hubieron atravesado, la cerró y aseguró. Habían salido a un corto pasillo que terminaba en otra puerta. La traspasaron, ahora con el Topo a la cabeza del grupo, y entraron en una habitación.

La estancia, prácticamente vacía, sólo estaba ocupada por algunas tablas que podían proceder de cajones de embalaje, varios trozos de flejes de metal y una rata, que huyó velozmente por una grieta abierta en el muro de piedra.

El Topo tiró a Damson de una manga, y la muchacha se inclinó para escucharlo.

—Hemos cruzado la ciudad hasta el extremo occidental del Parque del Pueblo y el interior del palacio —dijo Damson volviéndose hacia los hermanos del valle, cuando el hombre de las cloacas terminó de hablar con ella—. Estamos en los sótanos más profundos, que se utilizaban como prisiones. Por aquí intentó entrar el ejército del Señor de los Hechiceros en la época de Balinor Buckhannah, el último rey de Tyrsis.

El Topo volvió a decir algo a Damson, y la muchacha frunció el entrecejo.

—El Topo dice que es posible que haya Espectros en las cámaras que están encima de nosotros... no los Espectros del Pozo, sino otros. Asegura que siente su presencia, aunque no pueda verlos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Par.

—Significa que están demasiado cerca de nosotros —respondió Damson, apartando la cara de la luz de la antorcha mientras observaba el techo—. Significa que si se acerca lo suficiente para poder verlos, ellos también lo verán.

Par siguió la dirección de su mirada con gran inquietud. Habían hablado en voz apenas audible, pero ¿no era peligroso incluso eso?

—¿Pueden oírnos? —le preguntó al oído, bajando aún más la voz.

—Aquí, parece que no —respondió Damson, haciendo un gesto negativo—. Pero es mejor que sólo hablemos lo imprescindible. —Miró a Coltar, que permanecía inmóvil en la oscuridad—. ¿Te encuentras bien?

El joven del valle hizo un gesto de asentimiento, aunque estaba muy pálido.

—Todavía no hemos llegado al Pozo —dijo Damson, volviendo los ojos hacia Par—. Aún tenemos que atravesar las catacumbas del palacio hasta la puerta de piedra, por la que accederemos a él. El Topo conoce bien el camino, pero hemos de adoptar las máximas precauciones. No había Espectros cuando lo exploró hace unas horas, pero puede haber cambiado la situación.

Par observó al Topo. Estaba acurrucado junto a un muro, apenas visible en el borde del círculo de luz de la antorcha, y sus ojos brillaban. Se rascaba un brazo sin cesar.

El joven del valle sintió una punzada de inquietud. Cambió de sitio, dejando a Damson entre el Topo y él.

—¿Estás segura de que podemos confiar en él? —preguntó Par a la muchacha, asegurándose de que sólo ella pudiera oírlo.

La cara de Damson mantuvo la misma expresión, pero sus ojos parecieron perderse en la lejanía.

—Todo lo segura que puedo —respondió la muchacha—. ¿Crees que nos queda alguna otra opción?

Par se limitó a hacer un gesto negativo.

—Entonces supongo que no hay por qué preocuparse, ¿verdad? —dijo Damson, esbozando una leve e irónica sonrisa.

Sin duda, la muchacha tenía razón. Debía olvidar sus sospechas o volverse atrás, y Par Ohmsford había decidido llegar hasta el final. Deseó probar la magia del cantar para ver si funcionaba como él había previsto. La prueba le hubiera proporcionado cierta seguridad, pero sabía que no podía hacerlo, al menos de la forma que necesitaba. Era capaz de crear imágenes, pero no podía convocar al auténtico poder del cantar hasta que no tuviese algo contra lo que pudiera utilizarlo. Y quizá ni siquiera entonces sería capaz de convocarlo.

Sin embargo, el poder estaba en el cantar, se dijo a sí mismo una vez más para fortalecerse ante el incesante acoso de sus fantasmas. Tenía que estarlo.

—Ya no necesitamos la antorcha —dijo Damson.

Se la entregó a Par, buscó en sus bolsillos y sacó un par de extrañas piedras blancas con rayas plateadas. Se quedó con una y dio la otra al joven del valle.

—Apaga la antorcha —le dijo—. Después, aprieta la piedra entre las manos para

que se caliente. Cuando sientas su calor, ábrelas.

Par apagó la antorcha en el polvo, y la estancia se quedó completamente a oscuras. Después oprimió la piedra, y al cabo de unos segundos sintió que desprendía calor. Cuando retiró una mano, la piedra emitió una suave luz plateada. Mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra, vio que la luz tenía la suficiente intensidad para revelar tanto las caras de sus compañeros como un espacio de unos dos metros a su alrededor.

—Cuando la luz se debilite, vuelve a calentar la piedra.

Ella puso una mano sobre la que él mantenía en la suya, la dejó un rato y luego la retiró. La luz aumentó su brillo. Par esbozó una sonrisa muy a su pesar, sin disimular su asombro.

—Este es un magnífico truco —dijo Par en voz baja.

—Una muestra de mi propia magia, muchacho —contestó Damson con los ojos fijos en él—. Magia callejera de una chica callejera. No es tan maravillosa como la auténtica, pero es aceptable. Sin humo, sin olor y fácil de ocultar. Sin duda, mucho mejor que una antorcha para nuestros propósitos.

—Mucho mejor —convino Par, haciendo un gesto de asentimiento.

Entonces el Topo los llevó fuera de la estancia, caminando en la oscuridad sin la ayuda de la luz, que parecía no necesitar. Damson lo seguía, llevando una piedra, Par iba tras la muchacha con la otra y Coltar cerraba la marcha. Salieron a un pasadizo tortuoso, flanqueado por puertas que daban acceso a otras habitaciones. Caminaban sin hacer ruido, sus botas apenas si rozaban la piedra, su respiración era un siseo apagado y sus voces habían enmudecido.

Par volvió a sentir las dudas que antes albergara sobre el Topo. ¿Era digno de confianza? ¿Era lo que él afirmaba ser, o en realidad era algo muy distinto? Los Espectros podían adoptar cualquier apariencia. ¿Y si el Topo fuese uno de ellos? Eran demasiadas preguntas y no tenía ninguna respuesta. No había nadie en quien pudiera confiar, pensó con amargura... en nadie excepto en Coltar. Y en Damson, también confiaba en Damson.

¿Confiaba?

Rechazó con decisión la súbita nube de duda que amenazaba con envolverlo. En la actual situación, no podía permitir que afloraran tales preguntas. Era demasiado tarde. Se estaban arriesgando por la opinión que tenían de Damson, y debía creer que era correcta.

Pensando de nuevo en el enigma de los Espectros, en el misterio de quiénes eran, qué eran y cómo podían ser tantas cosas, se preguntó si no habría Espectros en el campamento de los proscritos, si el enemigo que intentaban rechazar no estaría ya infiltrado entre ellos. El traidor que Padishar Cesta buscaba podía ser un Espectro, alguien que sólo tuviera apariencia humana, que sólo aparentara ser uno de ellos.

¿Cómo podrían descubrirlo? ¿Era la magia el único medio para lograrlo? ¿Sería ésa la finalidad de la Espada de Shannara? Esta última pregunta no había dejado de martillar su mente desde el momento en que Allanon lo envió en su busca. Pero parecía imposible que el talismán pudiera servir para un trabajo tan agotador e interminable. Se necesitaría toda una eternidad para someter a prueba a todos los que pudieran ser un Espectro.

Oyó en su mente la voz de Allanon.

Sólo a través de la Espada podrá revelarse la verdad, y sólo a través de la verdad serán aniquilados los Espectros.

La verdad. La Espada de Shannara era un talismán que revelaba la verdad, destruía las mentiras y separaba lo que era real de lo que sólo pretendía serlo. Para eso la había utilizado Shea Ohmsford cuando derrotó al Señor de los Hechiceros, y para eso sería utilizada también ahora.

Subieron una larga escalera de caracol hasta llegar a un rellano. En el muro que apareció frente a ellos había una puerta cerrada y asegurada con cerraduras, y tanto el muro como el techo se perdían en la oscuridad. Se hallaban a una altura de vértigo. Se apretaron en el descansillo mientras el Topo manipulaba las cerraduras, primero una, luego otra y, por último, la tercera. En todas, el metal rechinó un poco antes de correrse. El Topo giró la manija lentamente. Par podía oír los sonidos de su respiración, de su pulso y de los latidos de su corazón, provocados por el miedo que lo inundaba. Sentía la presencia de los Espectros que acechaban en la oscuridad. Era irracional, imaginario... pero lo sentía.

Por fin el Topo consiguió abrir la puerta, y la atravesaron con rapidez.

Habían salido a una diminuta cámara sin ventanas y con una escalera de caracol en el centro, que descendía hacia una lóbrega oscuridad, y una puerta a la izquierda, que daba acceso a un túnel vacío, por cuyas agrietadas paredes se filtraba una luz tenue y fantasmal. Al final del túnel, a unos treinta metros, había otra puerta cerrada.

El Topo les hizo señas para que lo siguieran, y cerró tras ellos la puerta por la que habían accedido al túnel. Par se acercó a una de las grietas y miró a través de ella. Estaban en algún lugar del palacio, ya en la superficie. Ante él se levantaban laderas cubiertas de pinos, y sobre los árboles colgaban nubes de vientres planos y tenebrosos.

Par se apartó. La oscuridad empezaba a ceder ante la luz del día. Estaba amaneciendo. Habían caminado durante toda la noche.

—Encantadora Damson —decía el Topo en voz baja cuando Par se acercó—. Hay una pasarela que cruza el patio del palacio. Si la utilizamos, ahorraremos mucho tiempo. Si tus amigos y tú vigiláis, yo me aseguraré de que los Espectros no están por allí.

—¿Dónde quieres que nos pongamos? —preguntó Damson, haciendo un gesto de

asentimiento.

Quería que se situaran en los extremos del túnel, atentos a los sonidos que indicaran la aproximación de cualquier ser. Resolvieron que Coltar se quedaría donde estaba, y que Par y Damson irían con el Topo hasta el extremo opuesto. Allí los dejó y desapareció por la puerta.

El joven del valle y la muchacha se sentaron el uno frente al otro. Par miró hacia atrás para cerciorarse de que podía ver a Coltar a pesar de la escasa luz que había en el túnel. Su hermano levantó la cara y Par lo saludó con un gesto de la mano, que fue correspondido.

Esperaron en silencio. Los minutos pasaban y el Topo no regresaba.

—¿Crees que todo va bien? —preguntó en voz baja el joven del valle, que ya empezaba a impacientarse, a la muchacha acercándose a ella.

Damson se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

—Esta espera es insufrible —dijo Par, retrepándose, respirando profundamente y exhalando lentamente el aire.

La muchacha no le respondió. Tenía la cabeza apoyada en el muro y los ojos cerrados, y permaneció largo tiempo en esta postura. Par pensó que se había dormido. Volvió a mirar a Coltar, que tampoco había cambiado de postura, y después a Damson, que había abierto los ojos y lo observaba.

—¿Te gustaría que te dijera algo sobre mí que nadie sabe? —le preguntó la muchacha en voz baja.

Contempló su cara, sus bellas y regulares facciones, sus ojos de color esmeralda y su pálida piel sombreada por sus cabellos rojos. Pensó que era hermosa y enigmática, y deseó saber todo lo que pudiera estar relacionado con ella.

—Sí —respondió el joven del valle.

Damson se acercó a él hasta que sus hombros se tocaron. Lo miró durante un breve instante, y luego apartó los ojos. Par esperó.

—Revelar a alguien un secreto propio es como entregarle parte de sí mismo —dijo la muchacha—. Éste es un regalo, pero tiene más valor que cualquier cosa que se pueda comprar. Yo no acostumbro hablar de mí con la gente. Creo que es porque nunca he tenido mucho, aparte de a mí misma, y no quiero entregar lo poco que poseo.

Inclinó la cabeza y sus cabellos cayeron hacia delante, impidiendo que él pudiera verla con claridad.

—Pero deseo darte algo —continuó—. Me siento muy cerca de ti. Desde el principio, desde el día que te vi por primera vez en el parque. Quizá sea porque tenemos en común la magia... porque la compartimos. Quizá sea eso lo que me une a ti. Tu magia es diferente de la mía, pero no importa. Lo que cuenta es que los dos vivimos utilizando la magia. La magia nos proporciona una identidad.

Damson se detuvo y el joven del valle pensó que podía esperar una respuesta, por lo que se limitó a hacer un gesto de asentimiento, aunque no estuvo muy seguro de que ella lo captara.

—Bien, me gustas, muchacho élfico —prosiguió Damson, dando un suspiro—. Eres voluntarioso y decidido, y a veces no tienes en cuenta nada ni a nadie, excepto a ti mismo. Pero yo soy como tú. Tal vez sea una forma de evitar el parecernos a los demás. Tal vez sea nuestra forma de sobrevivir. —Se interrumpió y miró de frente a Par—. He pensado que, si muriera, me gustaría dejarte algo de mí, algo que sólo tendrías tú. Algo muy especial.

Par empezó a protestar, pero ella le tapó la boca con los dedos.

—Déjame terminar. No estoy diciendo que crea que voy a morir, aunque sea posible. Quizá la revelación de este secreto me proteja contra la muerte, igual que un talismán, y me libre de cualquier daño. ¿Lo comprendes?

La boca de Par se tensó, y ella retiró los dedos.

—¿Recuerdas lo que te dije la noche que conseguiste huir de la guardia de la Federación mientras todos los demás eran hechos prisioneros? Intenté convencerte de que no os había traicionado. Hablamos de nosotros. Tú de la magia, de cómo actuaba. ¿Lo recuerdas?

—Me dijiste que te habías quedado huérfana a los ocho años, y que la Federación era la responsable de tu desgracia —respondió el joven del valle, haciendo un gesto de asentimiento.

—Te dije que mi familia había muerto en un incendio provocado por los investigadores de la Federación después de que descubrieran que mi padre suministraba armas al Movimiento —precisó ella, abrazándose a sus propias rodillas como una niña—. Te dije que poco después me recogió un mago callejero y que así aprendí mi oficio.

»Lo que te dije no era del todo cierto —prosiguió la muchacha, respirando profundamente y haciendo un gesto de desaprobación—. Mi padre no murió en el incendio. Consiguió huir, llevándome a mí con él. Fue mi padre quien me crió, no una tía ni un mago callejero. Es verdad que crecí entre magos en la calle y que de ellos aprendí mi oficio, pero fue mi padre quien me cuidó, y quien todavía se desvela por dedicarme sus cuidados. —Su voz tembló—. Mi padre es Padishar Cesta.

—¿Padishar Cesta es tu padre? —preguntó Par, sin poder salir de su asombro.

—Sólo lo sabes tú —respondió Damson, sin apartar ni un momento sus ojos de los del joven del valle—. Es más seguro. Si la Federación se entera de que soy su hija, me utilizaría para capturarlo. Todo lo que necesitabas saber aquella noche era que jamás podría traicionar a nadie después de lo que la Federación había hecho a mi familia a causa de una delación. Y es cierto. Por eso mi padre, Padishar Cesta, se enfureció tanto al pensar en la posibilidad de que hubiera un traidor entre sus

hombres. Nunca podrá olvidar lo ocurrido a mi madre, a mi hermano y a mi hermana. Se siente aterrorizado ante la sola la idea de perder a alguien por una traición.

»Prometí que jamás revelaría mi verdadera identidad, pero he roto esa promesa por ti —prosiguió, tras hacer una breve pausa para observar su reacción—. Quiero que lo sepas. Es lo único que puedo darte y que sólo te pertenecerá a ti.

La muchacha esbozó una sonrisa, y el joven del valle advirtió que desaparecía una parte importante de su tensión.

—Damson —respondió Par, correspondiendo a su sonrisa—, será mejor que no te suceda nada. Toda la responsabilidad recaerá sobre mí, porque yo he sido quien te ha convencido de la necesidad de que me trajeras aquí. ¿Cómo podría presentarme ante Padishar Cesta? —Su voz era burlona y divertida— ¡No podría acercarme ni a cien kilómetros!

Ahora fue Damson quien rió con ganas, sin hacer ruido, y le dio un empujón, como si fuesen dos niños que estuvieran jugando. Luego le tendió los brazos y se apretó contra él. Par no respondió a su gesto de momento, porque sus ojos se desviaron hacia Coltar, que era una vaga figura en el otro extremo del pasadizo. Pero su hermano no lo miró. En aquella empresa se habían mezclado amigos y traidores desde el principio, y era prácticamente imposible distinguir a unos de otros, con la excepción de Coltar y ahora también de Damson.

Entonces la estrechó entre sus brazos.

Poco después regresó el Topo. Llegó tan silenciosamente que no advirtieron su presencia hasta que la puerta se abrió hacia ellos.

Par soltó a Damson y se puso de pie de un salto, al tiempo que desenvainaba su largo cuchillo. El Topo asomó la cabeza y la retiró de inmediato, mientras Damson sujetaba a Par por el brazo.

—¡Topo! —exclamó en voz baja—. ¡Está todo en orden!

El Topo asomó su cara redonda de nuevo y, al ver que Par había guardado el arma, traspasó el umbral. Coltar se acercó a ellos deprisa.

—La pasarela está libre, y podremos atravesarla si nos damos prisa —dijo el Topo, que había recuperado su serenidad habitual, cuando Coltar se reunió con ellos—. Pero debemos guardar un silencio absoluto.

Salieron del túnel y se encontraron en una galería que rodeaba una rotonda vasta y vacía. La recorrieron con paso rápido, pasando ante innumerables puertas cerradas y pórticos ocultos en las sombras. Cuando llegaron a la mitad, el Topo los hizo entrar en un vestíbulo en cuyo extremo había una verja de doble hoja que daba al patio principal del palacio. Una pasarela lo atravesaba hasta una gruesa muralla. Muchos años antes el patio había sido un laberinto de jardines y senderos, pero ahora sólo había losas rotas y tierra yerma. Al otro lado de la muralla se encontraba la tenebrosa oscuridad del Pozo.

El Topo los apremió con ansiedad. Empezaron a andar por la pasarela, sintiendo que se balanceaba ligeramente bajo su peso y oyendo sus crujidos de protesta. El viento soplaba a rachas, y el ruido que producía al rozar la piedra desnuda de las paredes y al atravesar el patio vacío parecía un gemido ahogado. La maleza golpeaba y temblaba bajo sus pies. No había señales de vida, ni ningún movimiento anormal, ningún Espectro a la vista.

Cruzaron la pasarela con paso rápido, sin prestar atención a los quejidos y lamentos de los soportes de hierro. Mantenían los pies en movimiento, las manos sobre la barandilla y los ojos mirando al frente, fijos en la muralla del palacio, a la que se acercaban de prisa. Cuando llegaron al final de la pasarela, se dirigieron con rapidez hacia las almenas, ayudándose unos a otros, contentos de haberlo conseguido.

El Topo los llevó hasta una escalera de caracol que descendía a la oscuridad. Con la ayuda de las piedras de Damson, la bajaron sin hacer ningún ruido. Ya estaban cerca de su objetivo; la piedra de la muralla era todo lo que los separaba del Pozo. El nerviosismo de Par aceleraba los latidos de su corazón, que resonaban en sus oídos.

Unos cuantos minutos más...

Al pie de la escalera había un pasadizo que concluía en una puerta de madera deteriorada, forrada con una plancha de hierro. El Topo se detuvo ante ella. Cuando se volvió para mirarlos, Par supo lo que había detrás.

—Gracias Topo —le dijo en voz baja.

—Sí, gracias —repitió Damson.

—Podéis mirar por aquí —respondió el hombre de las cloacas, pestañeando con timidez.

Se puso de puntillas, descorrió con cuidado un minúsculo cerrojo y abrió una mirilla. Par se adelantó y miró.

Ante él se extendía el suelo del Pozo, una selva de árboles y piedras cubierta por la bruma, el fondo de un barranco lleno de troncos podridos y maleza enmarañada, una penumbra que parecía poblada de fantasmas. Los escombros del puente de Sendic estaban a la derecha y desaparecían en la niebla grisácea.

Par contempló aquel paraje durante un momento más. No descubrió ningún signo que le indicara el lugar donde se encontraba la cripta que guardaba la Espada de Shannara.

Pero él la había visto allí, un poco más allá del muro del palacio. La magia del cantar se la había descubierto. Estaba detrás de la puerta. Podía sentir su presencia como si se tratara de un ser vivo.

Dejó su sitio a Damson, y ésta a Coltar. Cuando su hermano se retiró de la mirilla, los tres jóvenes intercambiaron una mirada interrogativa.

—Esperadme aquí —dijo Par, mientras se quitaba la capa—. Vigilad por si aparecen los Espectros.

—Vigila tú —respondió Coltár, quitándose también la capa—. Yo te acompaño.

—Y yo también —dijo Damson.

—No, tú no —dijo Coltár, cerrando el paso a la muchacha—. Sólo uno de nosotros puede acompañar a Par. Mira a tu alrededor, Damson. Fíjate bien en el lugar donde nos encontramos. Estamos metidos en una ratonera, en una trampa. La única salida del Pozo es esta puerta, y la única salida del palacio es la escalera que acabamos de bajar y la pasarela que hemos cruzado antes. El Topo puede vigilar la pasarela, pero no puede vigilar la puerta al mismo tiempo. Tienes que hacerlo tú.

Damson empezó a oponer objeciones a tal proposición.

—No discutas, Damson —la interrumpió Coltár—. Sabes que tengo razón. Yo te he escuchado cuando debía; ahora eres tú quien tiene que escuchar.

—No importa quién escuche a quién. No quiero que me acompañéis ninguno de los dos —dijo Par.

—No tienes elección —respondió Coltár ignorando sus palabras, y arrastrando el espadín por el cinturón hasta dejarlo en la parte delantera.

—¿Por qué no puedo ser yo quien lo acompañe? —preguntó Damson con acritud.

—¡Porque es mi hermano! —La voz de Coltár restalló como un látigo y sus toscas facciones se endurecieron; pero inmediatamente su voz adquirió una extraña amabilidad—. Tengo que ser yo, porque para eso he venido con él, porque ésa es la única razón de que esté aquí.

Damson se quedó paralizada y sin encontrar las palabras adecuadas para seguir oponiéndose.

—De acuerdo —dijo al fin, desviando la mirada, pero su boca estaba tensa y su tono reflejaba fielmente su irritación—. Vigila la pasarela —ordenó a continuación al Topo, volviéndose hacia él.

El pequeño individuo los observaba con una mezcla de incertidumbre y miedo en sus brillantes ojos.

—Sí, encantadora Damson —respondió el hombre de las cloacas en voz baja, y desapareció escaleras arriba.

Par iba a decir algo más, pero Coltár lo cogió por los hombros y lo empujó hacia la desgastada puerta, encontrándose sus miradas.

—No perdamos más tiempo en discusiones —dijo Coltár—. Hagamos lo que debemos hacer. Tú y yo.

Par intentó soltarse de las grandes manos de Coltár, pero renunció, frustrado, porque eran como garfios de hierro. Poco después, su hermano lo soltó.

—Par —dijo, casi en tono de súplica—. Lo que he dicho es verdad. Tengo que ir.

En silencio, cara a cara, Par recordó lo que habían pasado juntos hasta aquel momento, las penalidades que habían soportado. Quiso decirle que todo eso significaba mucho para él, que lo quería y que estaba asustado por lo que pudiera

ocurrirle. Quiso hablarle de sus pies de pato, advertirle que eran demasiado grandes para poder moverse con la agilidad que aquella misión exigía. Quiso gritar.

—Lo sé —se limitó a responder Par, rechazando todos sus pensamientos.

Entonces se acercó a la pesada y desgastada puerta, descorrió los cerrojos y tiró de la manija. La puerta se abrió y la penumbra y la niebla, los olores rancios y el frío pegajoso, los siseantes sonidos de ciénaga, la distante llamada de un pájaro solitario inundaron el interior.

Par se volvió para mirar a Damson Rhee, y ella respondió a su mirada con un gesto de asentimiento. ¿Le había dicho que estaría esperándolo? ¿Que lo comprendía?

Con Coltar a su lado, Par entró en el Pozo.

¿Dónde estaba Teel?

Morgan Leah se arrodilló junto a Steff, le tocó la cara y sintió el frío de su piel a través de los dedos. De forma impulsiva, el joven de las tierras altas puso sus manos en los hombros de Steff y apretó, pero el enano no pareció darse cuenta. Morgan retiró las manos y se dio media vuelta. Sus ojos escrutaron la oscuridad que lo rodeaba y sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo, pero no precisamente a causa del frío. La pregunta no cesaba de repetirse una y otra vez en su mente, pasando de un rincón a otro como si intentara esconderse.

¿Dónde estaba Teel?

El joven de las tierras altas volvió a repasar mentalmente todas las posibilidades.

¿Había ido a buscar agua, comida caliente o quizás otra manta para Steff? ¿Había ido a explorar los alrededores, arrancada del sueño por uno de esos instintos que te mantienen con vida cuando te persiguen constantemente? ¿Estaría cerca y a punto de regresar?

Todas las posibilidades saltaron hechas añicos y desaparecieron. No. Él conocía la respuesta. Había ido al túnel secreto. Había ido allí para que los soldados de la Federación irrumpieran en el Saliente por la puerta trasera. Con aquel acto se disponía a culminar sus numerosas traiciones.

Nadie, excepto Damson, Chandos y yo conoce el otro camino... ahora que Hirehone ha muerto.

Ésas eran las palabras que le había dicho Padishar Cesta cuando hablaron de la salida secreta del túnel... palabras que Morgan casi había olvidado. Sintió un estremecimiento al recordarlas. Si su razonamiento era correcto y el traidor era un Espectro que había adoptado la identidad de Hirehone para seguirlos a Tyrsis, eso significaba que poseía los conocimientos de Hirehone y, por tanto, conocía la existencia del túnel.

Si el Espectro ahora era Teel...

Morgan sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. La Federación tardaría meses en tomar el Saliente por asedio. Pero ¿no podía ser el asedio un simple engaño? ¿El Escalador no podía haber sido enviado, a pesar de los graves estragos que había causado, con el único propósito de distraer la atención de los proscritos? ¿La Federación no podía haber planeado desde el principio la conquista del Saliente a través del túnel concebido como vía de escape con la ayuda del traidor?

¡Tengo que hacer algo!

Morgan Leah sintió sobre sus espaldas la terrible opresión de aquella carga. Debía dejar a Steff y mantener una entrevista con Padishar Cesta. Si sus sospechas sobre Teel eran fundadas, tenían que encontrarla y detenerla.

Sí.

El horror que le producían sus sospechas hizo que sintiera un nudo en la garganta... que Teel pudiera ser el peor de los enemigos que los habían acechado desde que salieron de Culhaven, que los hubiese engañado por completo, sobre todo a Steff que estaba convencido de que le debía la vida y se había enamorado de ella. El nudo se apretó aún más. Sabía que su horror no era provocado por la posibilidad de la traición... sino por su certeza.

—¿Dónde está, Morgan? ¡Tú lo sabes! ¡Puedo sentirlo! —preguntó Steff al joven de las tierras altas al ver el espanto reflejado en sus ojos, agarrándose a él con ansiedad.

—Creo saberlo —respondió Morgan sin hacer nada para librarse de él y mirando de frente a su amigo—. Pero tú tienes que quedarte aquí, Steff. Tienes que dejarme que vaya a buscarla.

—No —respondió el enano, haciendo un resolutivo gesto negativo—. Yo te acompañaré.

—No puedes hacerlo. Estás muy enfermo...

—¡Te acompañaré, Morgan! ¿Dónde está?

El enano temblaba a causa de la fiebre, pero Morgan supo que sólo podría apartarlo de él recurriendo a la fuerza.

—De acuerdo —respondió el joven de las tierras altas contra su voluntad—. Vamos.

Pasó un brazo por debajo de los de su amigo para que pudiera apoyarse en él y empezó a andar. No podía dejarlo atrás aunque sabía que las cosas se complicarían si lo llevaba consigo. Cumpliría con su deber, a pesar de la amistad que lo unía a él. Tropezó y cayó, pero se levantó deprisa, levantando también a Steff. No había visto la cuerda que había en el suelo y había tropezado con ella. Se obligó a ir más despacio, tras advertir que no se había concedido el tiempo suficiente para reflexionar sobre lo que ya daba como un hecho probado. Teel era la traidora. Debía aceptarlo. Quizá Steff no estuviera de acuerdo, pero a él no le cabía la menor duda. Teel era la única persona...

Se detuvo.

No. Teel no. No pienses así de ella. Teel está muerta. O tan cerca de la muerte que no es posible establecer una distinción. Por tanto, Teel no. El Espectro que se esconde en Teel.

Su respiración se aceleró cuando apresuró el paso a través de la noche soportando el peso de Steff. El Espectro debía de haber abandonado el cuerpo de Teel y tomado el de Hirehone para seguir al pequeño grupo de Padishar hasta Tyrsis y delatarlo a la Federación. Luego se desprendió del cuerpo de Hirehone, volvió al campamento, mató a los centinelas porque lo vieron cuando subió al Saliente y volvió a ocupar el

cuerpo de Teel. Steff nunca había podido comprender lo que sucedía. Había creído que Teel había sido envenenada. El Espectro no lo sacó de su error. Incluso consiguió que se sospechara de Hirehone. Se preguntó cuánto tiempo haría que Teel era un Espectro. Mucho, dedujo. La reconstruyó en su mente, nada más que una cáscara, una piel vacía, y sus dientes se apretaron ante la imagen. Recordó la descripción que Par había hecho del Espectro de la Cresta de Toffer, que ocupaba el cuerpo de una niña y había intentado poseerlo a él. Recordó el horror y la repulsión que el joven del valle había mostrado. Lo mismo debía de haberle sucedido a Teel.

Ya no quedaba tiempo para hacer más consideraciones sobre la cuestión. Se acercaban a la cueva principal, cuya entrada resplandecía a la luz de las antorchas. Padishar Cesta estaba allí. Tal como Morgan había esperado, el jefe de los proscritos estaba despierto, deslumbrante con sus ropas escarlata, hablando con los hombres que cuidaban a los enfermos y heridos, con su espadón y sus largos cuchillos colgados a la cintura.

—¿Qué vas a hacer? —le gritó Steff, sin poder contener la furia—. ¡Esto es algo que debemos resolver entre tú y yo, Morgan! ¡Él no tiene parte en este asunto!

Pero Morgan hizo caso omiso de sus protestas y tiró de él hacia la zona iluminada. Padishar Cesta se volvió cuando los dos se le acercaron tambaleándose, y los sujetó por los hombros.

—¡Calma, muchachos... calma! ¿Qué razón tan importante puede haber para andar en una noche tan oscura a paso tan ligero? —Sus manos apretaron más cuando Steff intentó soltarse, y bajó la voz—. Cuidado. Tus ojos me dicen que estás asustado por algo. ¿Qué ha sucedido?

Steff, rígido de rabia, le dirigió una mirada dura y Morgan titubeó ante la mirada de curiosidad de los proscritos.

—Creo que he encontrado a la persona que estás buscando —se limitó a decir el joven de las tierras altas, esbozando una sonrisa, al ver que los proscritos que acompañaban a Padishar estaban lo suficientemente cerca para oír lo que dijeran.

—¿Eso es todo? —preguntó Padishar, endureciendo sus facciones durante un momento. Pero enseguida volvió a relajarse—. Bien, bien, salgamos a respirar el aire libre y me lo contáis —Había hablado tanto para sus hombres como para ellos, con voz casi burlona.

Les pasó los brazos por los hombros con gran naturalidad, dedicó un gesto de despedida a los proscritos que le escuchaban, y salió afuera con el joven de las tierras altas y el enano.

—¿Qué has descubierto? —preguntó a Morgan tan pronto como estuvieron fuera.

El joven de las tierras altas miró a Steff. Estaba empapado de sudor y la sangre fluía a su cara, haciéndole enrojecer.

—Padishar —dijo Morgan—, Teel ha desaparecido. Steff no sabe lo que le puede

haber pasado. Yo creo que puede haber ido al túnel.

Esperó con la mirada fija en el hombre corpulento, suplicándole en silencio que no exigiera más información, que no lo obligara a explicarse. Todavía no estaba completamente seguro, y Steff jamás lo creería.

—Vamos a echar un vistazo —dijo Padishar, comprendiendo el sentido de sus palabras—. Tú y yo solos, Morgan.

—Yo también voy —dijo Steff, agarrándolo por un brazo.

Estaba sudoroso y tenía los ojos nublados, pero su determinación era indudable.

—No tienes fuerza suficiente, muchacho.

—¡Eso es problema mío!

Padishar volvió la cara hacia la luz, mostrando los innumerables cortes y arañazos recibidos en la batalla de la noche anterior, líneas que parecían reproducir las profundas cicatrices del enano.

—Y mío porque también nos afecta a todos nosotros. Espero que lo comprendas —respondió el jefe de los proscritos sin perder la serenidad.

Se dirigieron a la enfermería, donde Padishar se retiró unos metros con uno de los proscritos y le habló en voz baja. Morgan oyó con dificultad lo que le decía.

—Despierta a Chandos —ordenó Padishar— y dile que quiero que movilice al campamento. Revisad las guardias y aseguraos de que los centinelas están despiertos y vivos. Que todos se preparen para partir. Después, que vaya a reunirse conmigo en el túnel secreto, acompañado por hombres de refuerzo. Dile que ya no importa que se sepa dónde está. ¡Deprisa!

El hombre se alejó y Padishar hizo señas a Morgan y Steff para que lo siguieran. Cruzaron la cueva principal hasta llegar a los almacenes. Encendió tres antorchas, se quedó con una y dio las otras dos al joven de las tierras altas y al enano. Después se dirigió a la cámara más oscura y alejada, donde las cestas estaban apiladas contra la pared de piedra, entregó su antorcha a Morgan, agarró las cestas con ambas manos y tiró. La entrada del túnel quedó al descubierto. La traspasaron y Padishar volvió a cerrarla.

—No os separéis —les ordenó.

Apresuraron el paso, con las antorchas encendidas lanzando contra la oscuridad su débil luz amarillenta. El túnel era ancho, pero tenía muchas vueltas y revueltas. Los salientes rocosos constituían un peligro. Había estalactitas y estalagmitas, traicioneros carámbanos de piedra. Se filtraba agua por el techo, goteando, y formaba charcos en la roca. Era lo único que se oía, prescindiendo de sus propias pisadas. Hacía frío y pronto penetró a través de las ropas de Morgan, que empezó a tiritar. Steff cerraba la marcha, sin ninguna ayuda, caminando con dificultad y jadeando.

Morgan se preguntó de repente qué harían cuando se encontraran con Teel.

Repasó sus armas mentalmente. Llevaba su nuevo espadón sujeto a la espalda,

una daga en el cinturón y otra en una bota. También llevaba colgada a la cintura la vaina ajustada a los restos de la Espada de Leah.

No es gran cosa contra un Espectro, pensó. ¿Qué ayuda podría prestarles Steff, incluso después de que descubriera y aceptara la verdad? ¿Qué haría?

Si al menos contara con la magia...

Rechazó ese pensamiento, sabiendo a dónde podía llevarlo, decidido a impedir que la indecisión lo paralizara.

Transcurrían los minutos, y el eco de sus pasos se repetía una y otra vez. Las paredes del túnel se aproximaban hasta estrecharlo notablemente para volver a separarse, en un cambio constante de dimensión y forma. Atravesaron varias cavernas, donde la luz de las antorchas no alcanzaba a sus altísimos techos abovedados. Un poco más allá, aparecieron ante ellos varias grietas, algunas de casi seis metros de anchura. Había puentes para atravesarlas, tablones unidos por gruesas sogas sujetas a la roca con ganchos de hierro. Los puentes se mecieron y vibraron cuando los cruzaron, pero se mantuvieron firmes en su lugar.

Mientras caminaban, buscaban a Teel, pero no lograban descubrir el menor rastro de ella.

Steff empezaba a quedarse rezagado, por no poder mantener el ritmo de la marcha. Era muy fuerte, pero la enfermedad lo había debilitado; en el caso de que se tratara de una enfermedad y no de veneno, como sospechaba Morgan. Se cayó varias veces, y debía hacer un gran esfuerzo para levantarse. Sin embargo, Padishar en ningún momento aflojó el paso. Cumplía lo que había dicho... que Steff tenía que valerse por sí mismo. El enano había conseguido llegar hasta allí gracias a su gran fuerza de voluntad, y Morgan no veía la manera de que pudiera mantener durante más tiempo el ritmo de marcha impuesto por el jefe de los proscritos. El joven de las tierras altas miró a su amigo, pero éste no pareció darse por enterado. Sus ojos de cazador escrutaban las tinieblas que se extendían más allá de la luz de las antorchas.

Habían recorrido más de un kilómetro por el interior de la montaña cuando apareció ante ellos el primer destello de luz, un punto luminoso que pronto se convirtió en resplandor. Padishar no aminoró el paso ni se preocupó de disimular su llegada. El túnel se ensanchó. La luz que habían visto era emitida por antorchas, y Morgan sintió que los latidos de su corazón se aceleraban.

Entraron en una caverna enorme y radiante. Las antorchas estaban embutidas en las grietas de los muros y del suelo, llenando el aire de humo y olor a madera y pez quemadas. Una gran fisura atravesaba de un extremo a otro la caverna por el centro, unas fauces abiertas de pared a pared. Había un puente tendido sobre su parte más estrecha, una gran estructura de hierro equipada con una máquina para bajarlo y subirlo, que estaba instalada en el lado en que ellos se encontraban. En aquel momento el puente estaba tendido, uniendo las dos mitades del suelo de la caverna.

Al otro lado, se abría un nuevo túnel.

Teel estaba junto a la máquina del puente, golpeándola.

Padishar Cesta se detuvo, y Morgan y Steff llegaron enseguida junto a él. Teel no los había visto ni oído. Sus antorchas no alteraban la intensa luz de la caverna.

—Ha atascado el mecanismo. Ya no es posible elevar el puente. —Su mirada se cruzó con la de Steff—. Si se lo permitimos, conducirá a la Federación hasta nosotros.

—¡No! —exclamó con incredulidad Steff.

Padishar no le hizo caso. Desenvainó su espadón y empezó a avanzar.

—¡Teel! —gritó enloquecido Steff, tras tropezar y caer, en su afán por seguir a Padishar.

Teel se volvió. Tenía una barra de hierro en las manos, y su pulida superficie mostraba las muescas producidas por los golpes descargados sobre el mecanismo del puente. Ahora Morgan pudo ver los daños que había causado: manubrios rotos, poleas destrozadas, así como engranajes desencajados. Los cabellos de Teel brillaban a la luz de las antorchas con reflejos dorados. De cara a ellos, la máscara que llevaba no revelaba nada de lo que estaba pensando; no era más que un trozo de cuero atado a su cabeza, con dos agujeros para los ojos.

Padishar cerró sus grandes manos sobre el espadón, levantando la hoja hacia la luz.

—Aquí termina tu vida, muchacha —gritó con furia.

El eco de sus palabras llenó la caverna y Steff se puso de pie, intentado avanzar.

—¡Padishar, espera! —gritó el enano.

—¡No, no es Teel! ¡Ya no lo es! —le dijo Morgan, saltando para detenerlo, cogiéndolo de un brazo y tirando de él. Los ojos de Steff brillaban de ira y de miedo. Morgan bajó la voz y le habló rápida y serenamente—. Escúchame, Steff. Es un Espectro. ¿Cuánto tiempo hace que no has visto la cara que cubre esa máscara? No es la de ella. Teel desapareció hace mucho tiempo.

—¡Morgan, no! ¡Yo lo sabría! ¡Lo hubiese notado! —exclamó el enano, cuya ira y miedo se habían trocado en horror.

—Steff, escucha...

—¡Morgan, va a matarla! ¡Déjame ir! —le suplicó el enano, consiguiendo liberarse de las manos del joven de las tierras altas.

—¡Steff, mira lo que nos está haciendo! ¡Nos ha traicionado! —respondió Morgan, volviendo a agarrarlo.

—¡No! —gritó el enano, dando un fuerte golpe al joven de las tierras altas.

Morgan se desplomó. El golpe lo dejó atontado. Su primera reacción fue de sorpresa. No creyó que Steff tuviera todavía tanta fuerza. Cuando se puso de rodillas, vio que el enano corría hacia Padishar, gritando algo que no consiguió entender.

Steff alcanzó al jefe de los proscritos cuando éste estaba a muy pocos pasos de Teel. El enano se lanzó contra él por detrás, aferrándose al brazo armado y obligándolo a bajarlo. Padishar dio un grito de furia e intentó liberarse, pero no lo consiguió. El enano lo rodeaba, pegado a él como una segunda piel.

Teel aprovechó el momento de confusión para atacar. Cayó sobre ellos con la agilidad de un gato y con la barra de hierro levantada. Golpeó con rapidez, sin que ni Padishar ni Steff pudieran oponer resistencia y, en unos segundos, los dos yacían en el suelo de la caverna sangrando abundantemente.

Morgan Leah se tambaleó al ponerse de pie para enfrentarse a ella.

Teel avanzó despacio, y en ese preciso momento surgieron de repente todos los recuerdos que conservaba de la enana. La vio como la pequeña muchacha desamparada que había conocido en Culhaven, en la oscura cocina de la abuela Elise y la tía Jilt, con los cabellos de color miel asomando ligeramente bajo la capucha y el rostro cubierto por la extraña máscara de cuero. La vio en los límites del resplandor de la hoguera del campamento, escuchando la conversación del pequeño grupo cuando viajaban a través de las montañas de Wolfsktaag. La vio agazapada junto a Steff, al pie de los Dientes del Dragón, antes de que partieran para reunirse con el espíritu de Allanon, suspicaz y retraída.

Rechazó aquellas imágenes para verla sólo como era ahora, golpeando a Padishar y a Steff, demasiado ágil y fuerte para ser lo que pretendía. A pesar de todo, resultaba difícil creer que fuera un Espectro, y más todavía aceptar que los había estado engañando durante tanto tiempo.

Desenvainó el espadón y esperó. Tendría que ser rápido o, más aún, tenía que ser veloz. Recordó a las criaturas del Pozo. El hierro por sí solo no había bastado para matarlas.

Teel se puso en cuclillas cuando llegó a su altura, sus ojos eran unos agujeros oscuros en la máscara, su mirada reflejaba dureza y seguridad. Morgan hizo una finta y lanzó una estocada a las piernas de la muchacha. Ella esquivó el golpe con facilidad. Volvió a intentarlo dos veces más, y la enana las paró con la barra de hierro, que al chocar con la hoja de la espada produjo vibraciones que recorrieron el cuerpo de Morgan. Se acometieron repetidamente, cada uno esperando que su adversario le proporcionase la oportunidad de acabar con él.

Tras una serie de golpes planos contra la barra de hierro, la hoja del espadón se rompió. Morgan atacó de nuevo con lo que le quedaba, y tanto la barra como su arma saltaron y se perdieron en la lejanía.

Teel se arrojó sobre Morgan sin perder ni un segundo, y sus manos se cerraron alrededor de su cuello. Tenía una fuerza increíble. Cuando cayó de espaldas, sólo dispuso de un instante para actuar. Cogió la daga que llevaba en el cinturón y la hundió en el estómago de la enana, que retrocedió, sorprendida. Morgan le dio una

patada, sacó la daga de su bota y se la clavó de abajo a arriba.

Teel contraatacó con tal furia que el joven de las tierras altas volvió a perder pie. Cayó y se dio un golpe tan fuerte que se le cortó la respiración. Vio puntos luminosos danzando ante sus ojos, pero consiguió llenar de aire sus pulmones y levantarse.

La enana estaba de pie donde la había dejado, con las dagas clavadas en el cuerpo. Las sacó con indiferencia y las tiró lejos.

Sabe que no puedo causarle ningún daño, pensó Morgan, desesperado. Sabe que no tengo nada para detenerla.

Parecía ilesa cuando se acercó a él. Había algunas manchas de sangre en sus ropas, pero apenas si eran perceptibles. La máscara tapaba la expresión de su cara, y en sus ojos y su boca no había nada, excepto un vacío tan gélido como el hielo. Morgan se retiró, buscando en el suelo de la caverna algo que pudiera utilizar como arma. Vio la barra de hierro y fue a cogerla.

Teel se lo permitió. Alrededor de su cuerpo se percibía una especie de vibración, una oscuridad que se dilataba y se contraía como si el ser que ocupaba su interior se estuviera preparando.

Morgan retrocedió, acercándose a la grieta. ¿Conseguiría atraer a la criatura lo suficiente para empujarla y hacer que cayera al fondo? ¿Conseguiría acabar con su vida de esa forma? No lo sabía. Pero sí que era lo único que podía hacer para detenerla, para impedir que traicionara a todo el Saliente, a todos aquellos hombres, en beneficio de la Federación. Si fracasaba, todos morirían.

¡Pero sin la magia no soy bastante fuerte!

Estaba ya a pocos pasos del borde de la grieta. Teel recorrió la distancia que los separaba con rapidez. Esgrimió la barra de hierro contra ella, pero la agarró, se la quitó y la tiró muy lejos.

Cayó sobre él, oprimiéndole la garganta con las manos, privándolo de aire, estrangulándolo. No podía respirar. Luchó para soltarse, pero la enana era demasiado fuerte. Cerró los ojos, apretándolos contra el dolor, y notó amargor en la boca.

Sintió sobre sí un peso enorme.

—¡No lo hagas, Teel! —oyó que gritaba alguien... una voz despersonalizada y enronquecida por el dolor y la fatiga.

Las manos aflojaron un poco y su mirada se aclaró lo suficiente para ver a Steff sobre Teel, rodeándola con sus brazos y tirando de ella para quitársela de encima. La sangre chorreaba por su cara. Tenía una gran herida en la cabeza.

Morgan se llevó la mano derecha al cinturón y encontró la empuñadura de la Espada de Leah.

Teel se desembarazó de Steff, se volvió y lo atacó. Había furia en sus ojos, revelada también debido a la tensión de las cuerdas de su cuello, que la máscara no podía ocultar. De un tirón, desenvainó la daga de Steff y la hundió profundamente en

el pecho del enano, que cayó hacia atrás, jadeando.

Teel se giró para acabar con Morgan y, en ese instante, él le clavó en el estómago la hoja rota de la Espada de Leah.

Retrocedió, profiriendo tales aullidos que el muchacho se apartó de ella contra su voluntad, aunque sin soltar la empuñadura. Entonces sucedió algo extraño. La Espada de Leah se calentó y destelló. Percibió su vibración y su regreso a la vida.

¡La magia!... ¡Es la magia!

El poder surgió de la hoja y fluyó dentro de Teel. Un fuego escarlata estalló en la enana, desgarrándola, y la máscara cayó de su cara. Morgan Leah nunca olvidaría lo que había debajo, un semblante nacido de los pozos más profundos del Infierno, destrozado, contraído y animado por demonios difíciles de imaginar. Teel pareció borrarse por completo y sólo quedó el Espectro tras su cara, un ser de las tinieblas, sin cuerpo, un vacío que bloqueaba el paso de la luz.

Unas manos invisibles intentaron destruir a Morgan, arrebatarle la espada y el alma.

—¡Leah! ¡Leah!

El grito de guerra de sus antepasados, de los reyes y príncipes de su tierra durante un millar de años, y esa sola palabra se convirtió en el talismán al que se aferró.

El chillido proferido por el Espectro se tornó en alarido. Luego se desplomó cuando las tinieblas que la sostenían se resquebrajaron y disolvieron. Teel regresó, un envoltorio frágil y flácido carente de vida, y cayó muerta sobre él.

Morgan Leah necesitó varios minutos para recuperar las fuerzas que le permitieron liberarse del cadáver de Teel. Permaneció tendido sobre su propio sudor y su propia sangre, escuchando el súbito silencio, exhausto, clavado al suelo de la caverna por el peso de la muchacha que yacía muerta sobre él. Su único pensamiento era que había conseguido sobrevivir.

Luego, poco a poco, su pulso se fue acelerando. La magia de la Espada de Leah le había salvado la vida. La Espada conservaba, al menos, parte de la magia que había poseído, lo cual admitía la posibilidad de restaurarla por completo, de poder reparar la hoja...

Sus reflexiones se dispersaban de forma incontrolada en un continuo ir y venir. Llenó de aire sus pulmones, reunió todas sus fuerzas y empujó hacia un lado el cuerpo de Teel. No pesaba nada. Lo miró mientras se incorporaba, ayudándose con las manos y las rodillas. Parecía encogido, como si algo hubiera disuelto sus huesos. Su cara aún estaba torcida y llena de cicatrices, pero los demonios que antes había visto la habían abandonado.

Entonces oyó el jadeo de Steff. Incapaz de ponerse en pie, fue a gatas hasta donde estaba su amigo. Steff yacía boca arriba, con la daga clavada en el pecho. Morgan tiró

de ella con cuidado, pero desistió al darse cuenta de que era demasiado tarde. Le tocó el hombro con cariño.

—¿Teel? —preguntó, Steff, parpadeando y buscando con la mirada perdida al joven de las tierras altas.

—Ha muerto —respondió Morgan.

En el rostro del enano se dibujó un gesto de dolor, y después se relajó. Tosió y escupió sangre.

—Lo siento, Morgan. Lo siento... Estaba ciego. Tenía que suceder.

—No fuiste sólo tú.

—Debería haber visto... la verdad. Debería haberla reconocido. Es que... no estaba dispuesto a admitirlo, supongo.

—Steff, has salvado nuestras vidas. Si no me hubieses despertado...

—Escúchame. Escucha, Morgan. Eres mi mejor amigo. Quiero... que hagas algo por mí. —Tosió de nuevo e intentó afianzar la voz—. Quiero que vuelvas a Culhaven y te asegures de que... la abuela Elise y la tía Jilt se encuentran bien. —Cerró los ojos y volvió a abrirlos—. ¿Me comprendes, Morgan? Corren peligro porque Teel...

—Te comprendo —respondió Morgan, interrumpiéndolo.

—Son todo lo que tengo —dijo Steff con voz débil, poniendo una mano sobre el brazo de Morgan—. Prométemelo.

—Te lo prometo, respondió Morgan, haciendo un gesto de asentimiento.

—La amaba, Morgan —dijo Steff, dando un suspiro, con un hilo de voz apenas audible.

La mano del enano se deslizó, y murió.

Todo lo que ocurrió después resultó confuso para Morgan Leah. Se quedó un rato junto a Steff, tan anonadado que no podía pensar en otra cosa. Después se acordó de Padishar Cesta. Hizo un gran esfuerzo para levantarse y fue a ver cómo estaba. El jefe de los proscritos vivía, pero seguía inconsciente. Tenía roto el brazo izquierdo, con el que había parado los golpes propinados por Teel con la barra de hierro, y también una profunda herida en la cabeza por la que sangraba profusamente. Morgan se la vendó para detener la hemorragia, pero se despreocupó del brazo. No había tiempo para eso.

El mecanismo del puente estaba destrozado, y él no podía repararlo. Si la Federación tenía la intención de enviar al túnel una fuerza de ataque aquella noche, y Morgan debía pensar que ésa sería la decisión que tomaría, sería imposible elevar el puente para detener su avance. Faltaban pocas horas para el amanecer. Los soldados de la Federación ya debían de estar en camino. Teel ya no podía servirles de guía, pero no tendrían demasiadas dificultades para seguir el túnel hasta el Saliente.

Se preguntó qué habría sido de Chandos y de los hombres que tenían que acompañarlo. Ya deberían haber llegado.

Decidió que no podía arriesgarse a esperarlos. Tenía que salir de allí, y cargar con Padishar, ya que, a pesar de sus esfuerzos, no había conseguido que recuperara el conocimiento. Dejaría allí el cuerpo de Steff.

Tardó varios minutos en organizarse. Primero recuperó la Espada de Leah y la envainó con cuidado. Luego llevó los cadáveres de Teel y Steff hasta el borde de la grieta y los arrojó al vacío. No estuvo seguro de poder hacerlo hasta que terminó. Después se sintió insatisfecho y vacío.

Después se sintió muy cansado, tan débil que pensó que no sería capaz de emprender el camino de vuelta, y menos aún teniendo que llevar a Padishar. Pero realizó un nuevo esfuerzo y consiguió cargar al jefe de los proscritos sobre un hombro. Después cogió una antorcha para alumbrarse, y emprendió el camino de regreso.

Anduvo durante lo que le parecieron horas, sin ver nada, sin oír otra cosa que el ruido de sus propias pisadas y el roce de sus botas sobre la piedra. ¿Dónde estaba Chandos? ¿Por qué no había llegado todavía? Tropezó y cayó tantas veces que perdió la cuenta, en parte por las irregularidades del suelo rocoso y en parte por su debilidad. Sus manos y rodillas estaban magulladas y ensangrentadas, y su cuerpo empezó a entumecerse. Pensó en acontecimientos pasados, en su adolescencia y su familia, en las aventuras que había compartido de niño con Par y con Coltar, en el Steff que había conocido, tan sincero y honrado, y en los enanos de Culhaven. Lloró al recordar lo que había sido de todos ellos, por el pasado perdido. Le habló a Padishar cuando se sintió al borde del colapso, pero Padishar seguía inconsciente.

Le pareció que llevaba siglos caminando, y que estaba condenado a hacerlo por toda la eternidad.

Cuando por fin apareció Chandos, acompañado de un ejército de proscritos y de Axhind y sus trolls, Morgan había dejado de caminar. Se había desplomado en el túnel, exhausto.

Los llevaron a hombros, a él y a Padishar, el resto del camino, e intentó explicar lo que había sucedido. Nunca estuvo seguro de lo que les había relatado. Sabía que divagaba, a veces sin coherencia. Recordaba que Chandos había hablado de un nuevo ataque de la Federación, y de que eso le había impedido llegar con la rapidez que hubiera deseado hacerlo. Recordaba la fuerza de la nudosa mano que sostenía la suya.

Todavía era de noche cuando llegaron al farallón, y el Saliente estaba siendo sometido a un nuevo ataque. Otra maniobra de diversión quizá, para desviar la atención de los soldados que recorrían los túneles, pero a la que necesitaban enfrentarse. Las flechas y las lanzas volaban desde abajo, y las torres de asedio estaban más cerca. Ya habían rechazado numerosos intentos de escalada, a pesar de que la retirada estaba ya preparada hasta en sus más mínimos detalles. Los heridos estaban listos para el traslado. Los que pudieran andar, harían la retirada por su

propio su pie, y los que no pudieran hacerlo, serían transportados en camilla. Morgan fue con este último grupo hasta el comienzo de los túneles. Entonces se le acercó Chandos y se inclinó hacia él para hablarle.

—Todo va bien, joven de las tierras altas —recordaría más tarde Morgan que le había dicho con una voz que no era más que un débil susurro—. Ya hay soldados de la Federación en el túnel, pero hemos cortado los puentes de cuerdas. Eso los retrasará un poco... lo bastante para que consigamos ponernos a salvo. Iremos por otros túneles. Hay una salida que sólo conoce Padishar. Ofrece más dificultades, porque tiene muchas curvas y bifurcaciones y los errores pueden ser fatales. Pero Padishar la conoce bien. No deja nada al azar. Ya ha recuperado el conocimiento y está adoptando las medidas oportunas para que todo el mundo consiga huir. Es muy duro Padishar. Pero no más que tú. Salvaste su vida y lo trajiste justo a tiempo. Descansa mientras puedas.

Morgan cerró los ojos y se sumió en el sueño, pero durmió mal, despertándose continuamente a causa de los vaivenes de la camilla en que yacía y por las voces de los hombres de su alrededor que suspiraban y proferían gritos de dolor. La oscuridad cubría los túneles, una bruma negra que las antorchas no conseguían disolver por completo. Veía pasar caras y cuerpos, pero la impresión más persistente era la de una noche impenetrable.

Una o dos veces creyó oír ruidos de lucha, entrechocar de armas y gruñidos de hombres. Pero, como los heridos que estaban junto a él no daban muestras de alarma, pensó que probablemente lo había soñado.

Por último, se obligó a permanecer despierto. No quería dormir más. Le asustaba no tener plena conciencia de lo que sucedía. En apariencia, nada había cambiado. Era posible que sólo hubiese dormido un momento.

Intentó levantar la cabeza, pero un fuerte dolor en la nuca le hizo renunciar. De repente, se acordó de Steff y Teel, de lo fina que es la línea que separa la vida de la muerte.

Padishar Cesta se acercó a él. Llevaba la cabeza vendada y el brazo en cabestrillo.

—Hola, muchacho —le dijo como saludo.

Morgan correspondió a su saludo con un gesto, cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Gracias a ti y a Steff, podremos salir ahora mismo todos —le dijo—. Chandos me ha contado la historia. Se portó como un valiente. —Apartó la mirada—. Bien, hemos perdido el Saliente, pero es un precio insignificante a cambio de nuestras vidas.

Morgan descubrió que el jefe de los proscritos no quería hablar del precio de la vida humana.

—Ayúdame, Padishar —le rogó—. Quiero salir de aquí por mi propio pie.

—No todos pueden —respondió el jefe de los proscritos, esbozando una afable

sonrisa.

Le tendió su mano sana y Morgan Leah se levantó de la camilla.

Par y Coltar entraron en un mundo de pesadilla. El silencio era absoluto, un manto de vacío que se extendía más allá del tiempo. No se escuchaba ningún sonido, ni los trinos de los pájaros, ni el zumbido de los insectos, ni rumores, ni roces, ni siquiera el leve susurro del viento entre los árboles para dar una pequeña señal de vida. Los árboles se erguían hacia el cielo como estatuas de piedra talladas por alguna civilización ancestral y dejadas como testimonio de la futilidad de las obras del hombre. Presentaban un aspecto gris e invernal, e incluso las hojas, que debían suavizar y colorear su estructura, parecían harapos de un espantapájaros. La maleza y los hierbajos se agarraban a sus troncos como niños perdidos, y los zarzales se enmarañaban unos con otros en un desesperado esfuerzo para protegerse de las penalidades de la existencia.

Como cabía esperar, todo estaba cubierto por la bruma. Estaba allí desde el principio, y continuaría estándolo por toda la eternidad; un profundo mar gris que lo cubría todo. Estaba suspendida en el aire, ahogando a los árboles y matorrales, a las piedras y la tierra, y a cualquier clase de vida. Una pantalla que impedía el paso de la luz del Sol y el calor. En algunos lugares era tenue y se limitaba a difuminar los contornos de lo que tapaba, mientras que en otros era tan impenetrable como la tinta. Se pegaba a la piel con una insistencia fría y húmeda.

Par y Coltar avanzaron con lentitud y cautela a través de aquel mal sueño, intentando sobreponerse a la fuerte sensación de que se habían convertido en seres incorpóreos. Sus ojos escrutaban los rincones oscuros en busca de cualquier indicio de movimiento sin encontrar nada más que quietud. Habían entrado en lo que parecía un mundo sin vida, como si los Espectros que habían establecido en él su morada sólo fueran producto de una pesadilla fuera del alcance de sus sentidos.

Agilizaron el paso hacia los escombros del puente de Sendic para, a continuación, dirigirse a la cripta. Sus pisadas no producían sonido alguno en las hierbas altas ni en la tierra blanda y húmeda. A veces, sus botas desaparecían en la alfombra de bruma. Par volvió la cabeza hacia la puerta, pero no pudo distinguirla.

Pocos segundos después, también se desvanecieron la pared del acantilado y todo lo que había junto al palacio de los Reyes de Tyrsis.

Como si nunca hubieran existido, pensó Par.

Sentía frío y un gran vacío interior, pero calor donde el sudor humedecía su piel bajo la ropa. No conseguía rechazar las emociones que lo inundaban; todas ellas gritaban con voces maliciosas y confusas, intentando hacerse oír, pero sin un propósito definido. Su corazón golpeaba contra su pecho, acelerándole el pulso, y a cada paso que daba sentía la inminencia de su propia muerte. Sintió tentaciones de convocar a la magia durante un breve instante, y en la forma más rudimentaria, para

asegurarse de que poseía un poder con el que podía defenderse. Pero si utilizaba la magia, alertaría a los moradores del Pozo, y no deseaba que eso ocurriera.

Coltar tocó su brazo y señaló hacia donde la tierra se abría ante ellos en una grieta de aspecto siniestro, cuyo fondo se sumía en las tinieblas. Sería mejor dar un rodeo. Par hizo un gesto de asentimiento, y reemprendió la marcha. La compañía de Coltar le tranquilizaba, como si el simple hecho de su presencia pudiera detener de algún modo el mal que lo amenazaba. Coltar, con su corpulencia, era como una roca que lo resguardara; su tosca cara tenía una expresión tan decidida que parecía que bastaba su fuerza de voluntad para que salieran bien librados del trance. Par se sentía más satisfecho de lo que se puede expresar con palabras por contar con la compañía de su hermano. Sabía que era un sentimiento egoísta, pero sincero. El valor de Coltar en aquel asunto era en gran parte la fuente de su propio valor.

Rodearon la trampa y volvieron a los escombros del puente. Allí nada había cambiado. Todo seguía silencioso e inmóvil, sin presentar ningún signo aparente de vida.

Entonces, de repente algo destelló levemente en la niebla frente a ellos, una forma cuadrada que se levantaba entre los cascotes.

Par respiró profundamente. Era la cripta.

Agilizaron el paso, abriendo Par la marcha. Los muros de piedra definieron sus formas, perdiendo la imprecisión irreal con que los recubría la bruma. Junto a ellos crecía abundante maleza y plantas trepadoras que se extendían sobre su tejado oblicuo. El musgo coloreaba la base de colores rojizo y verde oscuro. Las dimensiones de la cripta eran mayores de lo que Par había imaginado; unos dieciséis metros de anchura por unos seis de altura en su punto máximo.

Los hermanos del valle llegaron al muro más próximo y doblaron la esquina con la máxima cautela, buscando la entrada. Vieron una inscripción grabada en la piedra, una inscripción antigua deteriorada por los agentes atmosféricos, con muchas palabras casi completamente borradas. Se detuvieron un momento y pudieron leer:

Aquí está el corazón y el alma de las naciones.

El derecho de sus habitantes a ser libres.

Su deseo de vivir en paz.

Su valor para buscar la verdad.

Aquí está la Espada de Shannara.

Un poco más allá, una enorme puerta de piedra estaba entreabierta. Los hermanos del valle se miraron en silencio y siguieron adelante. Cuando llegaron a la puerta, miraron al interior y vieron un pasillo ancho que se dirigía a la izquierda y desaparecía en la oscuridad.

Par frunció el entrecejo. No había pensado en la posibilidad de que la cripta pudiera tener una estructura complicada. Había supuesto que sería una cámara con la

Espada de Shannara en el centro.

Se dio la vuelta para mirar a Coltar. Sin duda, su hermano estaba inquieto, mirando hacia la entrada y la maraña oscura del bosque que los rodeaba. Luego se adelantó y empujó la puerta, que no ofreció resistencia.

—Esto parece una trampa —dijo, inclinándose para poder ver mejor lo que había detrás, pero en voz tan baja que Par apenas pudo oírlo.

Él estaba pensando lo mismo. La puerta de una cripta con trescientos años de antigüedad y sometida al clima del Pozo no podía abrirse tan fácilmente. Sería muy sencillo para cualquiera cerrarla cuando él estuviera dentro.

A pesar de todo, sabía que iba a entrar. Estaba decidido a hacerlo. Había realizado grandes esfuerzos para llegar hasta allí y no estaba dispuesto a renunciar. Arqueó las cejas y dirigió a Coltar una mirada interrogativa. Éste le respondió con un gesto de disgusto. Estaba seguro de que Par había decidido continuar, de que, por muy alto que fuera el riesgo, no se detendría.

—De acuerdo —consiguió decir Coltar con gran esfuerzo. Entra a buscar la Espada. Yo te espero aquí. —Lo cogió por el hombro—. ¡Pero date prisa!

Par hizo un gesto asentimiento, esbozó una sonrisa de triunfo y le dio una cariñosa palmada en la espalda.

Cruzó la puerta y avanzó por el pasillo. Avanzó sin dificultad hasta donde llegaba la tenue luz del exterior, pero pronto le faltó. Siguió caminando a lo largo de los muros sin encontrar el final. Entonces recordó que llevaba en el bolsillo la piedra que le había dado Damson. Se detuvo un momento, la cogió, la apretó entre las manos para calentarla y después la levantó ante sí. Una luz plateada se impuso a la oscuridad. Esbozó una sonrisa y empezó a caminar de nuevo, atento a cualquier sonido, a cualquier movimiento.

Cuando el pasillo terminó, descendió un tramo de escalera y entró en otro corredor. Anduvo mucho más de lo que hubiera creído posible y, por primera vez, empezó a sentirse intranquilo. Ya no estaba en la cripta, sino en algún profundo subterráneo.

Entonces llegó al final del pasadizo. Se encontró ante una estancia con techo abovedado y muros adornados con imágenes y runas. Se le cortó la respiración.

En el centro de la cámara, con la hoja clavada en un bloque de mármol rojo, estaba la Espada de Shannara.

Parpadeó para asegurarse de que no era una alucinación, y después se acercó hasta que estuvo delante de la Espada. La hoja brillaba. Era una pieza perfecta de artesanía. En la empuñadura tenía tallada una mano que levantaba una antorcha. A aquella luz suave, el talismán relucía como metal nuevo y un poco azulado.

Par sintió que se le oprimía la garganta. No le cabía la menor duda, aquella era la Espada de Shannara.

Un sentimiento de júbilo inundó todo su ser. Apenas pudo reprimir el deseo de llamar a gritos a su hermano, de decirle lo que sentía. Sintió una oleada de alivio. Lo había apostado todo a una carta, dejándose llevar por una corazonada, y había ganado. ¡Era cierto! ¡La Espada de Shannara se encontraba en el Pozo, oculta por una maraña de árboles y maleza, por la bruma y las sombras de la noche, por los Espectros...!

No duró mucho su alegría. Al pensar en los Espectros recordó la precariedad de su situación. Ya habría tiempo para las felicitaciones cuando Coltar y él hubieran logrado salir de aquella ratonera.

Había unos escalones tallados en la base de piedra sobre la que descansaba el bloque de mármol con la Espada, y empezó a subirlos. Pero antes de que diera el segundo paso, algo se destacó de la oscuridad del muro que tenía enfrente, quedándose paralizado por el terror.

Su mente se llenó con una sola palabra: *¡Espectros!*

Sin embargo, enseguida advirtió que se había equivocado. No era un Espectro, sino un hombre vestido de negro, con capa y encapuchado. El emblema de la cabeza de lobo brillaba sobre su pecho.

El miedo de Par no disminuyó. El hombre que se acercaba a él era Rimmer Dall.

En la entrada de la cripta, Coltar empezaba a impacientarse. Estaba de pie, con la espada apoyada en el muro, a un lado de la puerta. Sus ojos escrutaban la bruma, pero no advertía ningún movimiento ni escuchaba ningún sonido. Al parecer, estaba solo, aunque su impresión era otra. La luz del amanecer se filtraba entre las copas de los árboles, cubriéndolo con su fría y grisácea claridad.

Pensaba que Par tardaba demasiado para lo que tenía que hacer.

Volvió la cabeza para mirar a la negra entrada de la cripta. Si Par no había vuelto antes de cinco minutos, entraría.

Rimmer Dall se detuvo a menos de cuatro metros de Par y echó hacia atrás la capucha. No llevaba máscara que le cubriera el rostro, pero a la media luz de la cripta estaba tan sombreado que era prácticamente irreconocible. No importaba. Par lo hubiera reconocido en cualquier sitio. Sólo lo había visto una vez hacía ya muchas semanas, la noche en que huyeron de la cervecería Barba Azul. Había confiado en que nunca volvería a encontrarse con él, pero allí estaba. Rimmer Dall, el primer investigador de la Federación, el hombre que lo había perseguido a lo largo y ancho de Callahorn y que tantas veces estuvo a punto de capturarlo, ahora lo tenía en sus manos.

La puerta por la que había entrado Par seguía abierta a sus espaldas como una vía

de escape que atraía su atención. El joven del valle se dispuso a emprender la retirada.

—Espera, Par Ohmsford —le dijo el hombre de negro, como si hubiera leído su pensamiento—. ¿Tan pronto vas a echar a correr? ¿Te asustas con tanta facilidad?

Par dudó. Rimmer Dall era un hombre corpulento y ágil. Su duro y amenazador rostro de barba rojiza parecía esculpido en piedra. Aun así, su voz, que Par tampoco había olvidado, era cordial y sugerente.

—¿No crees que antes deberías escuchar lo que tengo que decirte? —prosiguió el hombre de negro—. ¿En qué puede perjudicarte? Hace mucho tiempo que estoy esperándote aquí para hablar contigo.

—¿Esperando? —preguntó Par, asombrado.

—Sí. Desde que tomaste la decisión de recuperar la Espada de Shannara. Tenías que venir a buscarla, ¿verdad? Y has venido. Entonces, ¿no es lógico que te estuviera esperando? Tenemos mucho de que hablar.

—No lo creo. —La mente de Par trabajaba al máximo—. Intentaste arrestarnos a Coltar y a mí. Hiciste prisioneros a mis padres en Valle Umbroso y ocupaste la aldea. Me persigues desde hace varias semanas, y también a quienes me acompañan.

Rimmer Dall se cruzó de brazos. Par advirtió de nuevo que llevaba el izquierdo enguantado hasta el codo.

—Supongamos que yo me quedo aquí y tú dónde estás —dijo el investigador—. Para que puedas irte si lo deseas. No haré nada para impedirlo.

—No me fío de ti —dijo Par, respirando profundamente y dando un paso atrás.

—¿Por qué habrías de confiar en mí? —inquirió el hombre vestido de negro, encogiéndose de hombros—. Pero quieres la Espada de Shannara, ¿no es cierto? Si la quieres, debes escucharme. Después podrás llevártela, en caso de que sigas deseándolo. ¿Te parece un trato justo?

—¿Por qué debo acceder a tus condiciones después de todo lo que has hecho para impedir que recupere la Espada? —preguntó Par, sintiendo que se le erizaban los pelos de la nuca como señal de advertencia.

—¿Impedir que recuperaras la Espada? —repitió el investigador, riendo en tono bajo y un poco burlón—. ¿No se te ha ocurrido pensar ni una sola vez en pedirla, Par Ohmsford? ¿No has considerado la posibilidad de que pueda entregártela? ¿No hubiera sido eso más fácil que cruzar toda la ciudad bajo tierra para robarla como un vulgar ladrón? Ignoras tantas cosas... ¿Por qué no me permites que te informe? —concluyó Rimmer Dall, haciendo un gesto negativo.

Par miró a su alrededor con inseguridad, creyendo que se trataba de un truco para hacerle bajar la guardia. La cripta era una masa oscura que le hacía sentir la presencia de otros seres al acecho. Frotó con fuerza la piedra de Damson para avivar la luz.

—Ya veo. Crees que tengo a otros escondidos, ¿no es así? —dijo Rimmer Dall, y

las palabras salieron del interior de su pecho para retumbar en el silencio—. Pues bien, mira.

Levantó su mano enguantada, hizo un rápido movimiento con ella y la estancia se llenó de luz. Par se quedó boquiabierto por la sorpresa y dio otro paso atrás.

—¿Suponías que eras el único capaz de utilizar la magia. Par Ohmsford? —preguntó Rimmer Dall con voz serena— Pues estabas equivocado. En realidad, la magia que yo poseo es mucho más poderosa que la tuya, quizá más poderosa que la de los antiguos druidas. Hay otros como yo. Son muchos los que en las Cuatro Tierras dominan la magia del mundo antiguo, del mundo anterior a ellos, a las Grandes Guerras y al mismo hombre.

Par lo miraba en silencio.

—¿Me escucharás ahora, joven del valle? ¿Ahora que aún estás a tiempo de elegir?

—Eres un investigador —respondió Par, haciendo un gesto negativo, pero no como respuesta a la pregunta que le había formulado el hombre vestido de negro, sino de incredulidad—. Persigues a quienes utilizan la magia. ¡Está prohibida, incluso para ti!

—Eso es lo que ha decretado la Federación —dijo Rimmer Dall, esbozando una sonrisa—. Pero ¿ha podido evitar que tú la utilices, Par? ¿O que la utilice tu tío Walker Boh? ¿O cualquier otra persona que la posea? Es una orden estúpida, a la que nadie se someterá jamás. La Federación sueña con la conquista y la creación de un imperio, con reunir bajo su mando a las tierras y las Razas. Ésos son los proyectos y los planes del Consejo de la Coalición, residuos de un mundo que se destruyó una vez a sí mismo con las guerras por el poder. Se considera llamada a gobernar porque ya no existen los Consejos de las Razas y los druidas han desaparecido. Considera una bendición la extinción de los elfos. Ocupa las provincias de las Tierras Meridionales, amenaza a Callahorn hasta que se somete y aniquila a los obstinados enanos sólo porque puede hacerlo. ¡Se cree omnisciente! ¡Y en un gesto final de arrogancia, proscribire la magia! Ni una sola vez se molesta en preguntarse a qué propósito sirve la magia en el orden de las cosas... simplemente la rechaza.

»Lo cierto es que la Federación está formada por un grupo de imbéciles que no comprenden en absoluto lo que significa la magia —continuó el hombre vestido de negro, inclinándose hacia delante y bajando los brazos del pecho—. Fue la magia la que extrajo nuestro mundo del pasado, el mundo en que vivimos y en el que la Federación cree que es soberana. La magia lo crea todo, hace que todo sea posible. Y la Federación rechaza ese poder como si no valiera nada.

Rimmer Dall se irguió, destacándose en la extraña luz que había creado como una figura tenebrosa de apariencia vagamente humana.

—Mírame, Par Ohmsford —le dijo el investigador en voz baja.

Su cuerpo empezó a ondear y luego a dividirse. Par contempló horrorizado cómo se levantaba una negra silueta, en cuyos ojos llameaba un fuego escarlata.

—¿Ves, joven del valle? —La voz incorpórea de Rimmer Dall siseaba de satisfacción—. ¡Soy lo que la Federación pretende destruir, y no tiene ni la más ligera sospecha de mi identidad!

La ironía de la situación no hizo ninguna mella en Par, quien era plenamente consciente de que estaba expuesto al peor de los peligros. Retrocedió ante aquel hombre que se hacía llamar Rimmer Dall, ante la criatura que, en realidad, no era un hombre, sino un Espectro. Se volvió a medias, dispuesto a emprender la huida. Entonces se acordó de la Espada de Shannara y de repente, temerariamente, cambió de propósito. Si conseguía recuperar la Espada, podría utilizarla para destruir a Rimmer Dall.

Pero el Espectro parecía despreocupado. Muy despacio, la silueta negra regresó al cuerpo de Rimmer Dall y continuó hablando con su voz.

—Te han mentido muchas veces, muchacho. Te han dicho que los Espectros son seres malignos, parásitos que invaden los cuerpos de los hombres para someterlos y utilizarlos. No, no te molestes en negarlo ni en preguntar cómo lo sé —se apresuró a decir, cortando la exclamación de sorpresa de Par—. Conozco toda tu vida, tu viaje a Culhaven, al Silvestrum, al Cuerno del Infierno y más allá. Sé que mantuviste una reunión con el espíritu de Allanon. También conozco las mentiras que te contó. ¡Mentiras, Par Ohmsford, empezando por lo que dijo de los druidas! ¡Te dijo lo que debes hacer para destruir a los Espectros, para salvar al mundo! Tú tenías que buscar la Espada de Shannara, Wren a los elfos y Walker Boh el desaparecido Paranor... lo sé.

»¡Pero escucha ahora lo que nadie te ha dicho! —continuó el Espectro, con la cara contraída por un acceso de ira—. Los Espectros no son una aberración surgida durante la ausencia de los druidas. ¡Somos sus sucesores! Tras su desaparición, hemos evolucionado por medio de la magia. ¡Y no somos monstruos que invaden a los hombres, joven del valle... somos hombres!

Par hizo un gesto negativo.

—Ahora hay magia en los hombres como la hubo en las criaturas del mundo fantástico —dijo Rimmer Dall, levantando la mano enguantada para señalarlo—. En los elfos, antes de que desaparecieran. En los druidas. —Su voz era amable e insistente—. Yo soy un hombre como cualquier otro, sin más diferencia que la que me otorga la posesión de la magia. Como tú, Par. La he heredado de las generaciones de mi familia que vivieron en un mundo en el que el uso de la magia era natural. La magia se esparció y se sembró... no en la tierra, sino en los cuerpos de hombres y mujeres de las Razas. Arraigó y creció en algunos de nosotros, y ahora tenemos el poder que antaño fue patrimonio de los druidas.

»Tú tienes ese poder —prosiguió, haciendo un gesto de asentimiento, con los ojos fijos en el joven del valle—. Es inútil que lo niegues. Has de comprender su verdadero significado.

Se detuvo, esperando la respuesta de Par. Pero el joven del valle se había sentido invadido por un frío intenso que le caló hasta los huesos al sentir lo que se acercaba, y sólo pudo negar con un grito silencioso.

—Puedo ver en tus ojos que comprendes —dijo Rimmer Dall con voz aún más suave—. Eso significa, Par Ohmsford, que también tú eres un Espectro.

Coltar contó mentalmente los segundos, alargando el proceso todo lo que pudo, esperando tras cada número que Par apareciera por la puerta. Pero su hermano no daba señales de vida.

Empezó a desesperarse. Se alejó unos pasos del muro de la cripta y volvió otra vez. Habían pasado los cinco minutos. Ya no podía esperar más. Tenía que entrar. Le asustaba la idea de dejar la retirada desprotegida, pero no tenía otra opción. Tenía que descubrir lo que le había ocurrido a Par.

Respiró profundamente para tranquilizarse mientras se disponía a entrar en la cripta.

En ese preciso instante, unas manos lo agarraron por detrás y lo derribaron.

¡Estás mintiendo! —grito Par a Rimmer Dall, olvidándose de su miedo y dando un paso adelante.

—No hay nada malo en ser un Espectro —le respondió Rimmer Dall con viveza—. Es sólo una palabra que otros utilizan para designar algo que no acaban de comprender. Si eres capaz de olvidar las mentiras que te han contado y pensar en las posibilidades, estarás mejor preparado para comprender lo que te estoy diciendo. Imagina por un momento que tengo razón. Si los Espectros no son más que hombres destinados a suceder a los druidas, la posesión de la magia no será solo su derecho, sino también su responsabilidad. La magia es un legado... ¿No fue eso lo que dijo Allanon a Brin Ohmsford cuando agonizaba y la ungió con su sangre? La magia es un instrumento que debe ser utilizado para el progreso de las Razas y de las Cuatro Tierras. ¿Tan difícil es aceptar eso? El problema no está en mí, ni en ti, ni en otros como nosotros. ¡El problema está en esos estúpidos que gobiernan la Federación y creen que hay que suprimir todo lo que no pueden controlar! ¡A cualquiera que sea diferente lo consideran un enemigo!

»Pero ¿quién intenta dominar las Cuatro Tierras y a sus gentes? —prosiguió el Espectro, tensando sus facciones—. ¿Quién ha expulsado a los elfos de las Tierras Occidentales, esclaviza a los enanos en las Tierras Orientales, asedia a los trolls en las

Tierras Septentrionales y reclama como propias las Cuatro Tierras? ¿Por qué crees que todas ellas comienzan a agostarse y a morir? ¿Cuál es la causa? Has visto a los pobres seres que viven en el Pozo, ¿supones que son Espectros? Sí, lo son... pero han sido llevados a ese estado por sus guardianes. Son hombres como tú y como yo. La Federación los encierra porque muestran indicios de poseer la magia y los considera peligrosos. Llegan a ser lo que se pensaba que eran. ¿Se les priva de la vida que la magia alienta en ellos, y enloquecen! Aquella niña de la Cresta de Toffer... ¿Qué pudo haberle sucedido para que se convirtiera en lo que es? Hambrienta de la magia que necesitaba, de su uso y de todo lo que la hubiera conservado cuerda, fue conducida al exilio. ¿Es la Federación la que causa todos los estragos en las Cuatro Tierras con sus estúpidos y aciagos decretos y su dominio aplastante! ¿Y son los Espectros los únicos que pueden arreglar las cosas!

»Por lo que respecta a Allanon, he de decirte que, antes que nada, es un druida con mente y procedimientos de druida, y siempre lo será. Sólo él sabe lo que busca, y no lo dirá. Sería mejor que no te mostraras tan dispuesto a acatar sus órdenes.

Hablaba con tal convicción que, por primera vez, Par Ohmsford empezó a dudar. ¿Podía haber mentido el espíritu de Allanon? ¿Acaso no era cierto que los druidas habían jugado siempre con aquellos de quienes querían conseguir algo? Walker le había advertido sobre ello, sobre el error que podía cometer aceptando las palabras de Allanon. En eso coincidía con Rimmer Dall. Era posible que lo hubiera engañado, pensó con desesperación.

—Tú eres uno de los nuestros, Par Ohmsford —dijo irguiéndose la alta figura que tenía ante él.

—No —respondió Par inmediatamente, haciendo un gesto negativo.

—Lo eres. Puedes negarlo cuanto te plazca, pero no por ello cambiarán las cosas. Tú y yo somos iguales... poseedores de la magia, sucesores de los druidas, depositarios del legado. —Se interrumpió durante un breve instante para pensar—. Todavía me temes, ¿verdad? Un Espectro. Hasta el nombre te asusta. Es el resultado inevitable de haber aceptado como verdad las mentiras que te han contado. Me consideras enemigo en lugar de pariente.

Par permaneció callado.

—Veamos quién miente y quién dice la verdad. Allí —dijo, señalando la Espada—. Sácala de la piedra. Es tuya. Es tuya por herencia de la casa élfica de Shannara. Cógela. Tócame con ella. Si soy la criatura de las tinieblas contra la que te han prevenido, la Espada me destruirá. Si soy un mal que se oculta dentro de una mentira, la Espada lo revelará. Tómala en tus manos y utilízala.

Par permaneció inmóvil un largo rato, y después subió corriendo los escalones hasta el bloque de mármol rojo, agarró con ambas manos la Espada de Shannara y tiró. Se deslizó hacia fuera, brillante y bruñida. El joven del valle se dio la vuelta y

miró de frente a Rimmer Dall.

—Acércate, Par —dijo el hombre vestido de negro—. Acércate y tócame.

Los recuerdos giraron de manera vertiginosa en la mente de Par, fragmentos y detalles de las canciones que había entonado, de las historias que había relatado. Lo que ahora empuñaba era la Espada de Shannara, el talismán élfico de la verdad, contra el que ninguna mentira se sostiene.

Bajó los escalones, con la antorcha grabada en la empuñadura presionando la palma de su mano y la hoja levantada en actitud precavida ante él. Rimmer Dall esperaba. Cuando Par estuvo a la distancia adecuada, levantó la hoja del talismán y la apoyó con firmeza en el cuerpo del hombre vestido de negro.

No ocurrió nada.

Mantuvo los ojos fijos en el investigador, con la hoja apoyada contra su cuerpo, y expresó su deseo de que se revelara la verdad. Pero tampoco ocurrió nada en esta ocasión. Par aún mantuvo el arma en esa posición todo lo que pudo. Por fin la bajó y se retiró.

—Ahora ya lo sabes. No hay mentira en mí —dijo Rimmer Dall—. La mentira está en lo que te han dicho.

—Pero ¿por qué iba a mentir Allanon? ¿Con qué objeto? —se preguntó a sí mismo Par, con un estremecimiento.

—Piensa un momento en lo que se te ha pedido que hagas. —El hombre de negro mostraba una actitud relajada, y su voz era serena y tranquilizadora—. Se te ha pedido que hagas regresar a los druidas, que les devuelvas sus talismanes, que busques nuestra destrucción. Los druidas quieren recuperar lo que perdieron, el poder sobre la vida y la magia. ¿Es eso diferente de lo que pretendía el Señor de los Hechiceros hace ya siglos?

—¡Pero tú nos perseguías!

—Quería hablar contigo, quería explicarte.

—¡Has hecho prisioneros a mis padres!

—Los mantengo a salvo de cualquier daño. La Federación conocía tus actividades y los habría utilizado para encontrarte si yo no hubiese llegado primero.

Par no respondió. En aquel instante no encontró ningún argumento válido que pudiera contrarrestar las afirmaciones del hombre vestido de negro. ¿Era cierto todo lo que le habían dicho o, como aseguraba Rimmer Dall, era mentira? No podía creer esto último, pero tampoco podía rechazarlo de forma categórica. Estaba completamente confundido y se sentía pequeño y vulnerable.

—Tengo que pensar —dijo en voz muy baja.

—Entonces ven conmigo y hazlo —respondió con rapidez Rimmer Dall—. Ven conmigo y continuaremos hablando. Tienes muchas preguntas que necesitan respuestas, y yo puedo dártelas. Necesitas saber muchas cosas sobre la utilización de

la magia. Ven. Rechaza de una vez por todas tus temores y recelos. No te ocurrirá nada malo, porque nada malo puede ocurrirle a una persona que posee una magia como la tuya.

Hablaba de manera tan convincente, tan segura, que casi logró convencer a Par. El joven del valle se sintió inclinado a aceptar su oferta. Estaba cansado y deseaba que aquella odisea terminara cuanto antes. Sería reconfortante tener a alguien con quien poder hablar de las frustraciones causadas por la posesión de la magia. Rimmer Dall era la persona indicada, puesto que las habría experimentado. Por mucho que le repugnara admitirlo, ya no se sentía amenazado por aquel hombre. Al parecer, no había razón alguna para negarse a su petición.

—No —dijo el joven del valle, sin comprender la razón de su tajante negativa.

—Piensa en lo que podremos compartir si vienes conmigo —insistió Rimmer Dall—. ¡Tenemos tantas cosas en común! Seguramente, deseas hablar de tu magia, de la magia que te han obligado a ocultar. Nunca has podido hablar de esto con nadie. Siento tu necesidad. ¡Ven conmigo! Joven del valle, tienes...

—No.

Par retrocedió aterrado. Algo horrible había despertado de repente en su mente, algún recuerdo aún sin rostro definido pero cuya voz pudo reconocer.

—Eso es una estupidez, joven del valle —dijo Rimmer Dall que observaba con atención sus reacciones, ahora con las facciones de su rostro endurecidas.

—Me voy —dijo Par en voz baja, con todos sus músculos en tensión y otra vez en guardia. ¿Qué podía inquietarlo tanto?—. Y me llevo la Espada.

El hombre vestido de negro ya sólo le parecía un retazo de oscuridad en la media luz.

—Quédate —insistió Rimmer Dall—. Hay secretos que se te han ocultado, cosas que sería mejor que conocieras por mí. Quédate y te hablaré de ellas.

Par se dirigió de lado hacia el pasillo por el que había llegado allí.

—La salida está detrás de ti —dijo Rimmer Dall con voz aguda—. No hay pasillos ni escalera. Todo ha sido una ilusión creada por mi magia para retenerte y poder hablar contigo. Si te marchas ahora, se destruirá algo muy valioso. La verdad te espera, joven del valle... y hay horror en su rostro. No podrás resistirlo. ¡Quédate y escúchame! ¡Me necesitas!

—Durante un breve instante, Rimmer Dall —respondió Par, haciendo un gesto negativo—, te has parecido a esos otros, a esos Espectros que exteriormente no son como tú, pero que hablan con tu misma ansiedad. Tú, igual que ellos, también me poseerías.

Rimmer Dall no habló ni se movió, sino que se limitó a contemplar su retirada. La luz que el primer investigador había producido se extinguió, y la cámara se quedó a oscuras.

Par Ohmsford agarró la Espada de Shannara con las dos manos y corrió hacia la libertad.

Rimmer Dall le había dicho la verdad sobre los pasillos y la escalera. No existían. Habían sido una ilusión, un producto de la magia que Par debería haber reconocido enseguida sin ningún problema. Salió directamente de la oscuridad de la cripta a la grisácea penumbra del Pozo, y quedó envuelto en la humedad y la niebla. Parpadeó y dio media vuelta, buscando a su hermano.

Coltar.

¿Dónde estaba Coltar?

Se quitó la capa que colgaba de sus hombros y envolvió en ella la Espada de Shannara. Allanon había dicho que la necesitaría... si debía creer a Allanon. Pero, por el momento, no estaba muy seguro. Sin embargo, tenía que cuidar de la Espada para que cumpliera su misión. A no ser que hubiese perdido la magia. ¿Podía haberla perdido?

—Par.

El joven del valle dio un salto, sorprendido por la voz que le llegó de su espalda, tan cercana como si le hubiera hablado al oído. Se dio media vuelta, y allí estaba Coltar.

O lo que había sido Coltar.

La cara de su hermano era difícil de reconocer, torturada por algún tormento interior que él sólo podía imaginar, un tormento que había alterado los rasgos familiares privándolos de vida. Su cuerpo también estaba desfigurado, con las articulaciones desencajadas y plegado sobre sí mismo, como si sus huesos hubieran sido cambiados de sitio. Había marcas en su piel, arañazos y lesiones, y los ojos ardían con una fiebre que enseguida identificó.

—Me capturaron —dijo Coltar, presa de la desesperación—. Me maltrataron. Par, te necesito. Abrázame, por favor.

Par gritó, chillando como si nunca fuera a detenerse, deseando que se alejara el ser que estaba ante él, que desapareciera de su vista y de su mente. Sintió una frialdad y un vacío interior que amenazaban con hundirlo por completo.

—¡Coltar! —sollozó.

Su hermano se tambaleó y avanzó hacia él con los brazos extendidos. La advertencia de Rimmer Dall resonó en los oídos de Par: ¡La verdad, la verdad, el horror de la verdad! ¡Coltar era un Espectro! No sabía cómo, pero se había convertido en eso, en una criatura como las que vagaban por el Pozo y que, según Rimmer Dall, la Federación había reducido a aquel estado. ¿Cómo? Par sólo había estado ausente unos minutos o, al menos, ésa era la impresión que él tenía. ¿Qué le habían hecho a su hermano en tan poco tiempo?

Se quedó inmóvil, aturdido y tembloroso, mientras el ser lo aferraba con los dedos y después lo rodeaba con los brazos, sin dejar de murmurar «abrázame, abrázame», como si rezara una letanía pidiendo su redención. Par deseó que estuviera muerto, que nunca hubiese nacido, que desapareciera de la tierra y dejara atrás lo que estaba sucediendo. Deseó cosas imposibles... algo que pudiera salvarlo. La Espada de Shannara se escurrió entre sus dedos, y tuvo la sensación de que se derrumbaban todos sus conocimientos y creencias.

Las manos de Coltar intentaron desgarrarlo.

—¡Coltar, no! —gritó Par.

Entonces, algo ocurrió en lo más profundo de su ser, algo contra lo que luchó sólo un momento antes de que consiguiera imponerse sobre él. Dentro de su pecho surgió una llamarada y se extendió por todo su cuerpo como un incendio incontrolado. Era la magia... no la magia del cantar, no la magia de imágenes inoperantes y de simulaciones, sino la otra. La magia que en tiempos pasados poseyeron las piedras élficas, la magia que Allanon había otorgado a Shea Ohmsford hacía tantos años, la que enraizó en Wil Ohmsford y llegó hasta él a través de las generaciones de su familia, cambiando, evolucionando, siempre misteriosa. Y estaba viva en él, una magia más poderosa que el cantar, fuerte e inflexible.

Recorrió todo su cuerpo y explotó. Gritó a Coltar que se alejara, pero su hermano no pareció oírlo. Coltar, una criatura arruinada, una caricatura del ser humano que Par había querido, se consumía en su propia locura. El Espectro en que ahora se había convertido sólo necesitaba nutrirse. La magia lo envolvió y, en un instante, lo convirtió en cenizas.

Par contempló horrorizado cómo su hermano se deshacía ante sus ojos. Aturdido, sin voz, cayó de rodillas, sintiendo que su propia vida desaparecía con la de Coltar.

Entonces, otras manos se extendieron hacia él, lo empujaron y lo tiraron al suelo. Un remolino de caras y cuerpos espantosos se estrechó a su alrededor. Los Espectros del Pozo también habían ido en su busca. Docenas de ellos intentaban agarrarlo, y sus dedos se encogían y estiraban como si quisieran desgarrarlo. Tuvo la sensación de que se rompía bajo el peso de sus cuerpos.

En aquel instante retornó la magia, volvió a explotar y los lanzó hacia atrás como si fueran ramas secas.

Esta vez la magia tomó forma. Ante la sorpresa del joven del valle, se materializó en sus manos como una afilada astilla de fuego azul y llamas tan frías y duras como el hierro. No comprendía su origen ni su esencia... pero entendió de forma instintiva su propósito. Irradiaba poder a través de él. Gritando con furia, levantó su nueva arma formando un arco mortal que cortó a las criaturas que lo rodeaban como si fuesen de papel. Caían al instante, y sus voces eran ininteligibles y lejanas mientras morían. Se perdió a sí mismo en la nebulosidad de la matanza, golpeando como un loco, sin dar

reposo a la furia y la desesperación que habían nacido en él con la muerte de su hermano.

¡La muerte que él había causado!

Los Espectros que aún quedaban con vida retrocedieron, tambaleándose como si fueran marionetas. Gritando todavía, con la astilla de fuego mágico en una mano, recogió del suelo la Espada de Shannara.

Sintió que la Espada quemaba, que le producía un dolor muy agudo.

Al instante, su propia magia fulguró y se extinguió. Sorprendido, saltó hacia atrás, intentó invocarla de nuevo, pero descubrió que no podía. Todos los Espectros se abalanzaron sobre él. Tras un instante de duda, emprendió una veloz huida. Bordeó las ruinas del puente, tropezando y resbalando en la tierra húmeda, jadeando de rabia y frustración. No sabía a qué distancia lo perseguían las criaturas del Pozo. Corría sin mirar atrás, pensando sólo en huir, escapando tanto de los horrores que había sufrido como de los Espectros que lo perseguían.

Estaba muy cerca de la pared del acantilado cuando oyó la voz de Damson que lo llamaba, y se dirigió corriendo hacia ella. No podía pensar en nada, salvo en la necesidad de huir. Llevaba la Espada de Shannara apretada contra el pecho. Ya no quemaba, ya sólo era un arma envuelta en su capa. Cayó de bruces, entre sollozos. Oyó de nuevo la voz de Damson que lo llamaba, y gritó en respuesta.

—Par, Par. ¿Qué ha salido mal? ¿Qué ha pasado? —le preguntó la muchacha, rodeándolo con los brazos e intentando levantarlo del suelo.

—¡Está muerto, Damson! ¡Coltar ha muerto! ¡Yo lo he matado! —respondió Par entre sollozos.

La puerta del muro estaba abierta, un agujero negro con un ser pequeño, peludo y de grandes ojos enmarcado en él. La atravesó, sostenido por Damson, y oyó que se cerraba a su espalda.

Entonces todo y todos desaparecieron en el terrible sonido de su grito.

Una fría, grisácea e insistente llovizna caía sobre los Dientes del Dragón. Morgan Leah, protegiéndose de las inclemencias del tiempo con la capa y la capucha, miraba a lo lejos desde el borde de una vereda que bordeaba un precipicio. Al sur podía ver las siluetas de las colinas, bajas y onduladas, sobre el fondo cubierto por la niebla, pero el río Mermidón era completamente irreconocible. El mundo era un lugar remoto y vago, y Morgan experimentó la desagradable sensación de que no sería capaz de encajar de nuevo en él.

Parpadeó para impedir que las gotas de lluvia penetraran en sus ojos, y después los protegió con la mano. Tenía sus cabellos rojizos pegados a la frente y la cara fría. Bajo las ropas empapadas, su cuerpo escondía varias heridas y magulladuras. Temblaba mientras escuchaba los sonidos que se producían en su entorno. El viento azotaba las piedras y las copas de los árboles, y su aullido se imponía a los truenos que rugían al norte. A su espalda había una cascada, donde el agua salpicaba en su caída y se convertía en niebla.

Era un día para reflexionar sobre la vida pasada, pensó Morgan con tristeza. Era un día para empezar de nuevo.

Padishar Cesta, embozado en su capa, se acercó a él por detrás. El agua chorreaba por su rostro y sus ropas estaban tan empapadas cómo las de Morgan.

—¿No te parece que ya es hora de que nos vayamos? —le preguntó en tono amable.

Morgan respondió con un gesto de asentimiento.

—¿Ya estás preparado, muchacho?

—Sí.

—No salieron las cosas como esperábamos, ¿verdad? —le preguntó Padishar en voz baja, mirando a lo lejos y dando un suspiro—. Ni siquiera en el más pequeño detalle.

—No lo sé, Padishar —respondió el joven de las tierras altas, tras reflexionar un breve minuto—. Tal vez sí.

Guiados por su jefe, los proscritos habían abandonado los túneles del Saliente a primeras horas de aquella mañana y se habían internado en las montañas en dirección noroeste. Los senderos que habían seguido eran estrechos y estaban peligrosamente resbaladizos a causa de la lluvia, pero Padishar pensó que eran más seguros que el desfiladero de Kennon, que sin duda estaría vigilado. Las adversas condiciones climatológicas, a pesar de sus inconvenientes, favorecían su retirada. La lluvia borraba sus huellas, eliminando cualquier indicio del lugar que habían dejado y hacia el que se dirigían. No habían visto a ningún soldado de la Federación desde que emprendieron la huida. Los proscritos habían perdido el Saliente, pero habían

conseguido salir con vida para continuar la lucha en el futuro.

A media tarde la banda se encontraba cerca de la bifurcación del río Mermidón, dirigiendo su curso al sur hasta el Lago del Arco Iris y al este, hacia los llanos de Rabb. Antes de que se dividiera el grupo, se detuvieron a descansar en un monte del que partían caminos en todas direcciones. Los trolls volverían al norte por las montañas de Charnal. Los proscritos se reagruparían en otro de sus reductos. Padishar partiría hacia Tyrsis en busca de Damson y los hermanos del valle, y Morgan hacia Culhaven, para cumplir la promesa que había hecho a Steff. Cuatro semanas más tarde se reunirían todos en el desfiladero de Jannison. Confiaban en que, en ese plazo de tiempo, los trolls habrían conseguido movilizar su ejército y el Movimiento integrar a sus grupos dispersos. Ése sería el momento oportuno para planear una estrategia para reemprender su lucha contra la Federación.

Si alguno de ellos continuaba vivo para hacer planes, pensó Morgan con pesimismo. Ya no estaba seguro de que consiguieran sobrevivir. Lo ocurrido con Teel lo había dejado resentido y escéptico. Ahora sabía lo fácil que era para los Espectros, y para sus aliados de la Federación, infiltrarse en las filas de quienes se enfrentaban a ellos. Cualquiera podía ser un enemigo, y no había manera de distinguirlo. La traición podía llegar de cualquier lado, y era muy probable que llegara. ¿Qué podían hacer para protegerse cuando ignoraban de quién debían protegerse?

Morgan sabía que este problema también preocupaba a Padishar, aunque el jefe de los proscritos sería el último en admitirlo. Lo había observado desde que emprendieron la retirada y, sin duda, veía fantasmas a cada paso.

Igual que él.

Sentía una helada resignación que amenazaba con convertirlo en hielo. Quizá fuera mejor para ambos separarse durante algún tiempo.

—¿No te arriesgas demasiado al regresar a Tyrsis tan pronto? —le preguntó de repente.

Quería iniciar una conversación sin importarle el tema con tal de oír la voz de Padishar, pero no se le ocurrió nada mejor que decir.

—No más que otras veces —respondió Padishar, encogiéndose de hombros—. De todas formas, iré disfrazado. —Miró hacia otro lado, inclinando un poco la cabeza, para resguardarse de una racha de viento y de lluvia—. No te preocupes, Morgan. Los hermanos del valle estarán bien. Yo me encargaré de ello.

—Lo que me preocupa es no poder acompañarte —dijo Morgan, sin poder evitar que su voz denotara amargura—. Yo fui el primero que les habló de venir aquí... o, al menos, influí mucho en su decisión. Sin embargo, los abandoné en Tyrsis, y ahora vuelvo a abandonarlos. Pero no tengo otra alternativa. He de cumplir la promesa que hice a Steff. No puedo ignorar...

La frase se atascó en su garganta cuando recordó la imagen de su amigo

moribundo y volvió a sentir el agudo y penetrante dolor que le había producido su pérdida. Creyó que se había echado a llorar, pero no había derramado ni una sola lágrima. Tal vez ya no le quedaban.

—Muchacho, debes cumplir tu promesa —le dijo Padishar, poniendo una mano sobre su hombro—. Estás obligado a hacerlo. Cuando la hayas cumplido, vuelve. Los hermanos del valle y yo te estaremos esperando. Empezaremos juntos de nuevo.

Morgan, que seguía sin poder articular una sola palabra, hizo un gesto de asentimiento. Sintió la lluvia en sus labios y se los secó.

—Todos nosotros hacemos lo que debemos en esta lucha, Morgan Leah —prosiguió Padishar, acercando a él su enérgico rostro y obstaculizando su visión de todo lo demás—. Hemos nacido libres como proclama nuestro grito; los hombres, los enanos, los trolls... todos nosotros. No hay guerras de unos o de otros, sólo hay una que todos compartimos. Así que vete a Culhaven y ayuda allí a quienes lo necesiten. Yo iré a Tyrsis y haré lo mismo. Pero siempre nos recordaremos, ¿verdad?

—Siempre, Padishar —respondió el joven de las tierras altas, haciendo un gesto de asentimiento.

—Bien. Entonces toma esto —dijo el jefe de los proscritos dando un paso atrás y entregándole su anillo con el emblema del halcón—. Cuando necesites encontrarme, enséñaselo a Matty Roh en el Silbido de Varfleet. No te preocupes, porque le haré saber dónde estaré. El anillo ha cumplido su misión en una ocasión, y volverá a hacerlo. Ahora sigue tu camino, y buena suerte.

—Que la suerte te acompañe, Padishar —respondió Morgan, estrechando con fuerza la mano que le había tendido el jefe de los proscritos.

—Siempre lo hace, muchacho. Siempre —dijo Padishar Cesta, echándose a reír.

Se alejó del joven de las tierras altas y se dirigió hacia un bosquecillo de abetos altos donde esperaban los proscritos y los trolls. Todos los que pudieron se pusieron en pie e intercambiaron frases de despedida que le llegaron a través de la lluvia. Chandos abrazó a Padishar, otros le dieron afectuosas palmadas en la espalda, algunos de los que yacían en las camillas levantaron la mano para estrechar la suya.

Incluso después de todo lo que había sucedido, seguía siendo el jefe indiscutible, pensó Morgan con admiración.

Los trolls empezaron a dirigirse hacia el norte por entre las rocas, y pronto sus enormes y pesadas figuras se confundieron con el paisaje.

Padishar lo estaba observando ahora, y el joven de las tierras altas levantó un brazo en señal de despedida.

Él se dirigió hacia el este, entre las colinas. La lluvia azotaba su rostro, por lo que tuvo que caminar con la cabeza baja. Sus ojos se enfocaron en el sendero que discurría ante él. Cuando volvió la vista atrás para ver por última vez a aquellos con quienes había luchado y viajado, ya habían desaparecido.

Entonces recordó que no había dicho a Padishar que la Espada de Leah conservaba la magia, y que gracias a ella los dos habían conseguido sobrevivir. Tampoco le había hablado de cómo había vencido a Teel ni de cómo había logrado destruir al Espectro. No había tenido tiempo. Pero quizá no fuera ésa la verdadera razón. Se trataba de algo que no acababa de comprender. No sabía por qué la hoja conservaba la magia, y tampoco estaba seguro de haber sido capaz de convocarla. Pensaba que la Espada había perdido esa cualidad. Tras lo ocurrido, ¿podía confiar en que conservaba la suficiente magia para salvarlo de nuevo, en caso de que fuera necesario?

Se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que se viera obligado a averiguarlo. Bajó con cautela la ladera de la montaña, y se alejó bajo la lluvia.

Par Ohmsford vagaba entre el sueño y la vigilia.

No dormía, porque tenía miedo a las pesadillas, pero tampoco estaba despierto, porque entonces tendría que enfrentarse a la realidad de la que deseaba huir.

Simplemente, se limitaba a vagar, medio dentro y medio fuera de cualquier existencia reconocible, en la zona incierta entre lo que es y lo que no es, donde su mente no podía concentrarse y sus recuerdos se dispersaban, donde estaba a salvo tanto del pasado como del futuro, encerrado en sí mismo. Era plenamente consciente de que sobre él se cernía la locura, pero la aceptaba y se rendiría sin ofrecer la más mínima resistencia. Distorsionaba y tergiversaba sus percepciones y pensamientos. Le proporcionaba un refugio. Lo envolvía en el sudario del no ser que lo aislaba de todo... y eso era precisamente lo que necesitaba.

Sin embargo, incluso los muros más sólidos tienen grietas y hendiduras por las que penetra la luz, y lo mismo sucedía con su locura. Sentía cosas... murmullos de vida que no deseaba oír, porque quería huir del mundo. Sentía las mantas que lo cubrían y la cama en que yacía. Veía velas encendidas a través de una neblina líquida, puntos de luz amarilla que eran como islas en un mar tenebroso. Bestias extrañas lo observaban desde los armarios, las estanterías, las cajas y las mesas; y sus caras eran de trapo, con botones por ojos, narices cosidas, orejas caídas o puntiagudas. Mantenían posturas circunspectas que nunca cambiaban. Oía palabras que flotaban en el aire como motas de polvo en los rayos de sol.

—Está muy enfermo, encantadora Damson —decía una voz.

—Se está protegiendo, Topo —respondía otra voz.

Damson y el Topo. Sabía quiénes eran, aunque fuese incapaz de identificarlos por completo. Sabía también que hablaban de él, pero no le importaba porque todo le era indiferente.

A veces veía sus caras a través de las grietas y las hendiduras.

El Topo era una criatura peluda con ojos grandes y dubitativos, que se acercaba a

él de vez en cuando. En ocasiones, se sentaba junto a las extrañas bestias. Par pensó que se parecía mucho a ellas.

Las llamaba por sus nombres y hablaba con ellas. Pero las bestias nunca le respondían.

La muchacha lo alimentaba. Damson. Le metía cucharadas de sopa en la boca y lo forzaba a tragarlas. Había algo extraño en ella, algo que lo fascinaba, y por eso intentó hablarle en un par de ocasiones, pero acabó renunciando ante la dificultad de hacerlo. Las palabras huían y se ocultaban. Sus pensamientos se disolvían y, con ellos, la imagen de su cara.

Ella siempre volvía. Se sentaba a su lado y le cogía la mano. Podía sentirlo desde su escondite interior. Le hablaba en voz baja, le acariciaba el rostro con los dedos, conseguía que advirtiera su presencia incluso sin hacer nada. Y eso, sobre todo, fue lo que impidió que consiguiera huir por completo. Hubiera preferido que lo dejara. Pensaba que llegaría ese momento, que se alejaría hasta que todo desapareciera. Pero ella estaba allí y, aunque en algún instante provocara su frustración e incluso su ira, le gustaba que estuviese cerca. ¿Por qué hacía aquello la muchacha? ¿Deseaba mantenerlo consigo o que la llevase con él?

Empezó a escuchar con mayor atención cuando le hablaba. Sus palabras se hicieron más comprensibles.

—No fue culpa tuya —decía con frecuencia.

Lo repetía y lo volvía a repetir, y él no comprendió el porqué durante mucho tiempo.

—Aquel ser ya no era Coltar —le decía también—. Tenías que destruirlo.

Decía esas cosas y, a veces, él creía que las comprendía. Pero, entonces, su mente era invadida por oscuros nubarrones y él se apresuraba a esconderse de ellos.

Pero un día ella pronunció las palabras y él las comprendió de inmediato. Despertó por completo, las murallas cayeron y todo se precipitó con la furia helada de una tormenta de invierno. Empezó a gritar sin poder evitarlo. Regresaron los recuerdos barriendo todo lo que había construido con tanto cuidado para impedirles el paso, y su rabia y su angustia se desbordaron. Siguió gritando, y el Topo se alejó de él, las extrañas bestias cayeron de los pies de su cama, vio que las velas fluctuaban a través de sus lágrimas y las tinieblas que se extendían tras ellas danzaban de júbilo.

Fue la muchacha quien lo salvó. Luchó contra la rabia y la angustia, sin hacer caso de sus alaridos, y lo mantuvo abrazado. Lo apretaba como si fuera a escaparse de nuevo, como si corriera el peligro de ser arrastrado definitivamente y ella se negara a permitirlo. Cuando por fin dejó de chillar, descubrió que Par también la estrechaba.

Entonces se durmió, y disfrutó de un sueño profundo y libre de pesadillas, un sueño restaurador. Cuando despertó, la locura había desaparecido y su mente se había

despejado. Supo quién era, reconoció el lugar donde estaba y las caras de Damson Rhee y del Topo. Lo bañaron, le proporcionaron ropas limpias, le dieron de comer y le dejaron que se volviera a dormir. No le hablaron. Quizá comprendieron que aún no estaba en condiciones de responder.

Cuando despertó de nuevo, los recuerdos que había evitado emergieron a la superficie de su mente como criaturas en busca de aire. Ya no le parecían tan odiosos como antes, aunque le produjeron una gran tristeza y confusión, y una fuerte sensación de vacío. Se enfrentó a ellos y permitió que le hablasen. Y cuando lo hicieron, tomó sus palabras y las enmarcó en ventanas de luz que las revelaron con claridad.

Significaban que el mundo había cambiado de pies a cabeza, pensó.

La Espada de Shannara estaba sobre la cama, junto a él. Dudaba entre si había permanecido allí todo el tiempo o si Damson la había puesto después de que volviera en sí. Pero no dudaba de su inutilidad. Se suponía que era un medio para destruir a los Espectros, y había sido completamente ineficaz contra Rimmer Dall. Lo había arriesgado todo para conseguirla, y había sido en vano. Aún no poseía el talismán que se le había prometido.

Había demasiadas mentiras y verdades, y no sabía cómo distinguir unas de otras. Rimmer Dall le había mentado..., podía sentirlo, pero también le había dicho la verdad. Allanon había dicho la verdad..., pero también le había mentado. Ninguno de ellos era, por completo, lo que pretendía ser. Nada era lo que parecía. Incluso él podía ser algo distinto de lo que pensaba, y su magia la espada de dos filos contra la que su tío Walker siempre lo había prevenido.

Pero los recuerdos más duros y amargos eran los que le quedaban de Coltar y de su muerte. Habían transformado a su hermano en un Espectro mientras él intentaba protegerlo, en una criatura del Pozo, y él lo había matado por eso. Lo había hecho en contra de su voluntad, porque la magia había actuado por sí misma y lo había destruido. Tal vez no había podido evitarlo, pero esa suposición no le ofrecía consuelo ni perdón. Era el único responsable de la muerte de Coltar. Había emprendido aquel viaje por él. Había bajado al Pozo por él. Todo lo había hecho por él.

Porque Coltar lo quería.

Pensó de repente en la cita con el espíritu de Allanon, que tan importantes misiones había encomendado a todos los Ohmsford, excepto a Coltar. ¿Sabía Allanon que iba a morir? ¿Por qué no lo había mencionado? ¿Por qué no le había encomendado nada?

Esa posibilidad enfureció a Par.

El rostro de su hermano se balanceaba en el aire ante él, reflejando todas las expresiones que tan bien recordaba. Podía oír su voz con sus diversos matices, la

mezcla de sus tonos. Revivió mentalmente todas las aventuras que habían compartido mientras crecían, las veces que se habían escapado contra la voluntad de sus padres, los lugares que habían recorrido y explorado, las personas que habían conocido. Pasó revista a los acontecimientos de las últimas semanas, empezando por su huida de Varfleet. Muchos estaban teñidos por su propia sensación de culpa, por su necesidad de inculparse. Pero deseaba recordar cómo había sido su hermano Coltar.

Coltar, que estaba muerto.

Permaneció en la cama durante horas, pensando en ello, examinándolo a la luz de su entendimiento, intentando aceptar la realidad. Pero no era real... todavía no. Era demasiado terrible para que pudiera ser real, y el dolor y la desesperación demasiado intensos para darles rienda suelta. Una parte de él se negaba a admitir que Coltar se había ido, aunque estaba seguro de ello. Sin embargo, seguía abrigando una absurda y remota esperanza, contra la que luchaba. Al final, acabó renunciando.

Su mundo se redujo. Comió y descansó. Cruzó algunas palabras con Damson. Siguió postrado en la oscura guarida subterránea del Topo, entre los desechos del mundo civilizado, como lo era él, sólo un poco más vivo que los animales de juguete que lo vigilaban.

Pero su mente no dejó de trabajar. Volvería a ser fuerte, se prometió a sí mismo, y entonces alguien respondería por lo que le había hecho a Coltar.

El prisionero despertó del sueño inducido por las drogas que lo había mantenido paralizado casi desde el mismo momento en que fue capturado. Yacía sobre un jergón en una habitación a oscuras. Le habían quitado las cuerdas que ataban sus manos y pies, y los trapos con que habían tapado sus ojos y amordazado. Ahora podía moverse.

Se sentó muy despacio, luchando por sobreponerse a un súbito vértigo. Sus ojos se acomodaron a la oscuridad, y pudo ver la forma y dimensiones de su prisión. Era espaciosa. Además del jergón, había un banco de madera y una mesa pequeña con dos sillas. También había una ventana con postigos metálicos, así como una puerta de metal, ambas cerradas.

Extendió la mano con cuidado y tocó la pared. Estaba hecha de bloques de piedra y mortero. Habría que cavar mucho para atravesarla.

Superó el vértigo y se puso de pie. Sobre la mesa había una bandeja con pan y agua. Se sentó, comió el pan y bebió el agua. No le pareció que pudiera correr algún peligro por ello, ya que si hubiesen querido matarlo, ya lo habrían hecho. Conservaba ligeras impresiones del viaje que lo había llevado hasta allí... los sonidos del carro y de los caballos que tiraban de él, las voces bajas de los hombres, el áspero contacto de las manos que lo sostenían mientras lo alimentaban y acostaban, y el dolor que sentía cuando estaba despierto el tiempo suficiente para sentir algo.

Todavía conservaba el sabor amargo de las drogas que le habían obligado a tragar, la mezcla de hierbas machacadas y medicinas que había ardidado en su interior y lo había dejado inconsciente, sumiéndolo en un mundo onírico completamente distinto del real.

Acabó de comer y se levantó despacio. ¿A dónde lo habrían llevado?

Muy despacio, porque todavía se sentía muy débil, se dirigió a la ventana cerrada. Los postigos no encajaban bien y había rendijas. Miró a través de ellas.

Estaba en un lugar muy alto. El sol estival iluminaba una campiña de bosques y lomas cubiertas de hierba que se extendía hasta la orilla de un gran lago, cuya superficie destellaba como plata líquida. Los pájaros volaban sobre sus aguas, elevándose y descendiendo, y sus gritos resonaban en el silencio. Mucho más arriba, los tenues trazos de un gran arco iris atravesaban el lago de orilla a orilla.

La sorpresa le cortó la respiración. Era el Lago del Arco Iris.

Recorrió rápidamente con la mirada los muros exteriores de su prisión, la pequeña parte de ellos que era visible desde la ventana.

Eran de granito negro.

Esta vez, su descubrimiento lo aturdió. No daba crédito a sus ojos. Estaba en la Atalaya Meridional.

Dentro.

¿Pero quiénes eran sus carceleros? ¿La Federación, los Espectros u otros? ¿Y por qué la Atalaya Meridional? ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué seguía con vida?

Se quedó abrumado durante un momento. Apoyó la cabeza en el marco de la ventana y cerró los ojos. Demasiadas preguntas. Nunca encontraría la respuesta a todas ellas.

¿Qué habría sido de Par?

Coltar Ohmsford se irguió y abrió los ojos. Volvió a mirar por los postigos, contemplando el lejano paisaje, y se preguntó qué destino le habrían reservado sus captores.

Cogline soñó aquella noche. Yacía al abrigo de los árboles del bosque que rodeaba las alturas yermas donde en otros tiempos se había levantado Paranor, removiéndose bajo la fina cobertura de sus ropas, acosado por visiones que lo helaban más que cualquier viento nocturno. Despertó sobresaltado y temblando de miedo.

Había soñado que todos los descendientes de la casa élfica de Shannara estaban muertos.

Lo creyó durante un momento. Después, el miedo dejó paso a una nerviosa irritación que se convirtió en ira. Comprendió que lo que había experimentado era más una premonición de lo que podía ocurrir que una visión de lo que había sucedido.

Se tranquilizó, encendió una pequeña hoguera, la dejó arder hasta que entró en calor, luego cogió un pellizco de polvo plateado de una bolsa que llevaba en la cintura y lo arrojó a las llamas. Se levantó una humareda que llenó el aire de imágenes que destellaban con una luz iridiscente. Esperó, observándolas con atención hasta que desaparecieron.

Entonces profirió un gruñido de satisfacción, apagó la hoguera con los pies, se envolvió en sus ropas y se tendió de nuevo. Las imágenes sólo le habían revelado un poco, pero eso era todo lo que necesitaba saber. El sueño no había sido más que eso, un sueño. Los vástagos de la casa élfica de Shannara vivían. Desde luego, había peligros que los acechaban... pero esos peligros habían existido desde el principio. Los había percibido en las imágenes, monstruosas y aterradoras, oscuros fantasmas de posibilidades.

Pero tenía que ser así.

El anciano cerró los ojos y respiró lentamente. Aquella noche no podía hacer otra cosa.

Todo, se repitió a sí mismo, era como tenía que ser.

Y cayó en un profundo sueño.